CHATEAUBRIAND
HISTORIA
DE
FRANÇA
DC255
Ch3
A4

1020025056

Saavedra.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES.

ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

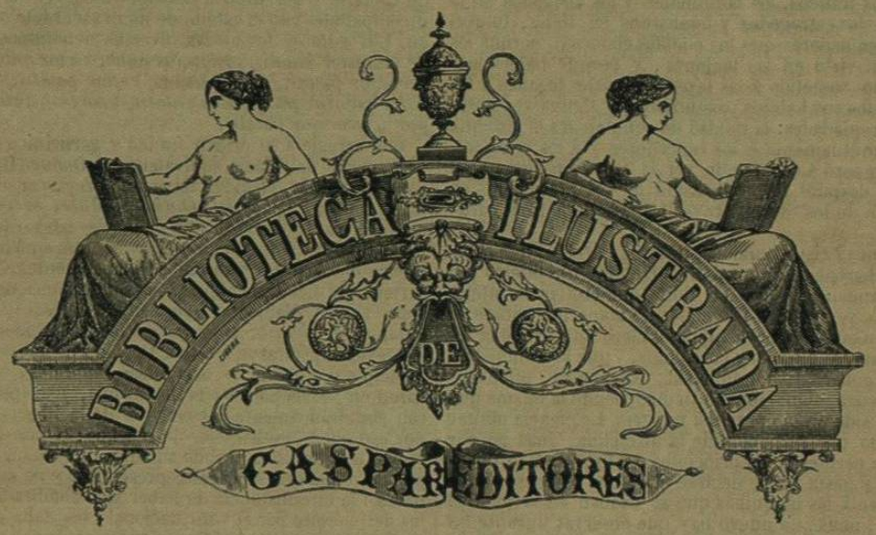
POR D. FRANCISCO MADINA-VEYTIA.

CHATEAUBRIAND.

BIBLIOTECA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO [illegible]RUBIAS
86130
17052

GASPAR, EDITORES.
4. PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1881.

944 DC255
Ch. .Ch3
A4



ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA,

POR F. CHATEAUBRIAND.

PRIMERA RAZA.

¿Qué fue de las tres verdades del órden social cuando se derrocó el imperio de Occidente?

La verdad religiosa dió un inmenso paso: el politeismo quedó destruido, y con el dogma de la unidad de Dios se establecieron las demás verdades que son consecuencia suya.

La verdad filosófica se volvió á hermanar con la verdad religiosa como al principio de la civilizacion.

La verdad política siguió el progreso de la verdad religiosa. Los destructores del mundo romano eran libres; encontraron en su camino una sociedad organizada con arreglo al sistema de esclavitud, y la jóven libertad de aquellas hordas salvajes se estableció en ella, asi como en otro tiempo se habia establecido el antiguo despotismo romano. De aquí nacieron repúblicas militares de francos, borgoñones, visigodos, sajones, etc., que gobernaron á los esclavos á la manera de las antiguas repúblicas civiles, griegas y latinas.

Tales fueron los resultados producidos por el choque de las generaciones paganas, cristianas y bárbaras desde el reinado de Augusto hasta llegar al de Augústulo.

Vamos ahora á ver cómo las tres verdades fundamentales combinadas de otro modo producirán los acontecimientos de la edad media, la verdad religiosa dominando omnímodamente, será árbitra de la paz y de la guerra; favorecerá á la verdad política (la libertad) en las últimas clases de la sociedad, sostendrá parcialmente al poder en el límite de intereses privados y perseguirá á todo trance á la verdad filosófica fugada nuevamente del santuario bajo el disfraz de algun monge sabio ó herético. Asi se irá prolongando la lucha hasta el momento en que equilibrándose las tres verdades, darán orígen á la sociedad perfeccionada de los tiempos modernos.

He dicho (1) que el imperio romano-latino se habia convertido en imperio romano-bárbaro siglo y medio

(1) Estudios Históricos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

antes de la caida de Augústulo. Este imperio misto duró aun mas de cuatro siglos despues de aquel suceso. Los francos, los borgoñones y los visigodos en la Galia, los ostrogodos y lombardos en Italia, fueron los dominadores que los pueblos conocian, porque los habian visto en las legiones, y porque habiéndose aquellos sometido á las leyes nacionales legaban á los vencidos sus hábitos, costumbres, y alguna vez hasta sus propiedades: la unidad de religion era el lazo que unia mútuamente á los vencedores y á los vencidos. No empezó á echarse de ver la trasformacion social hasta despues de la invasion de los normandos en tiempo de los últimos reyes francos de la raza carolingia.

Nunca existió, como algunos han creido, una completa barbarie. No puede decirse que un pueblo sea enteramente bárbaro en tanto que cultiva la inteligencia y conserva principios de gobierno. Sabido es que en aquella época siguió el clero cultivando la literatura, la filosofía y la teología, y que la administracion gubernativa municipal, económica, pública y doméstica, siguió mucho tiempo siendo la misma que habia sido en la época del imperio. La ciencia militar pereció por relajacion de la disciplina; mas no por eso se perdieron los principios del arte de la fortificacion, y hasta puede decirse que hubo adelantos en lo relativo á las máquinas que se usaban en la guerra. Nada, pues, de nuevo hay que observar durante las dos primeras razas, no siendo las costumbres particulares de las familias revestidas del poder, el perfeccionamiento de la monarquía de la Iglesia, y las altas fuentes de donde se precipitó sobre Europa el torrente de los siglos feudales.

Conviene sin embargo, tener muy presentes estas dos reflexiones. El jefe del Estado durante las razas merovingia y carolingia, siguió siendo electivo como en tiempo de los Césares; pero el gobierno de los francos trajo consigo una institucion que dió á la época un carácter distinto del de la antigüedad romana: consejos compuestos de obispos y jefes militares arreglaban, juntamente con el rey, los negocios públicos, y daban muy sumariamente cuenta de sus decisiones á las asambleas generales, ó sea grandes revistas que se verificaban en marzo y en mayo. Estas asambleas su orígen á la tradicion de los Estados de las Galias momentáneamente restablecidos por Arcadio y Honorio; mas para su organizacion habia particularmente servido de tipo la de los concilios. Si se quiere tener una idea exacta de aquellos tiempos sin empeñarse en buscar en ellos novedades que en realidad no existieron, debe tenerse presente, que la sociedad en toda su estension tomó una forma eclesiástica: desde el pueblo hasta los reyes, cuya consagracion era igual á la de un obispo, todo fue gobernado por la Iglesia y para la iglesia. No era tampoco estraño el que personas legas fuesen admitidas á discutir gubernativamente asuntos con el clero: en muchas asambleas religiosas los emperadores romanos no hacian mas que presidir, en tanto que los altos funcionarios de la corona deliberaban: en el concilio de Nicea asistieron filósofos y hasta sectarios del politeismo. La segunda observacion que debe tenerse presente al tratar de aquella época histórica es relativa á la clase de funcionarios llamados gobernadores ó mayordomos de palacio. El primero de quien hace mencion la historia es Goggon, que de parte de Sigeberto fue enviado á Atanagildo para pedir la mano de Brunequilda.

A esa dignidad de gobernador de palacio pueden asignársele dos orígenes, á saber: el romano y el franco ó germánico. El dignatario representaba al *magister officiorum*, que en su tiempo llegó á igual grado de poder en el palacio de los emperadores que los gobernadores de palacio alcanzaron en la servidumbre de los reyes francos. Considerada en su origen romano esa dignidad fue temporal en la época de Sigeberto y sus antecesores, vitalicia bajo el reinado de Clotario y hereditaria reinando Clodoveo II: eran incompatibles con el estado de mero sacerdote ú obispo. Los autores le dan las diversas denominaciones de *magister palatii, præfectus aulæ, rector aule, gubernator palatii, mayordomus, rector palatii, moderator palatii, præpositus palatii, provisor aulæ regiæ y provisor palatii.*

Con arreglo á su orígen franco y germánico era el gobernador de palacio equivalente al *Duque* (Dux) ó caudillo militar, elegido, así como el rey, por el voto de la nacion: *Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt.* Ya he dicho lo que habia de estraordinario en esa institucion que en medio de un mismo pueblo creaba dos poderes supremos independientes. Necesariamente debió resultar la preponderancia del uno sobre el otro. Habiendo sido los gobernadores, como *sumpsi ex virtute*, hombres de mas capacidad que los reyes suplantaron á éstos. Despues de haber dado principio por abolir las asambleas generales, confiscaron en provecho suyo la monarquía, y se apoderaron simultáneamente del poder y de la libertad. No por eso puede tachárseles de rebeldía: tenian el derecho de conquistar porque su autoridad emanaba del pueblo, ó del que se decia representario y no del monarca: la circunstancia de haber sido nombrados jefes del ejército por el voto nacional, les daba el carácter de autoridad legítima. Preciso es, pues, reformar las rancias ideas que existen sobre el particular y segun las cuales creemos que los gobernadores fueron vasallos que oprimieron á sus señores, y usurparon el trono; pues todo queda reducido á que un rey y un general del ejército, iguales en soberanía en virtud de una eleccion separada (*reges et duces sumunt*) se atacaron mútuamente, y uno de ellos venció en la lucha. No se habria malgastado tanta lectura ni tantas investigaciones para reprobar ó justificar la usurpacion de los gobernadores de palacio; muy profundas observaciones acerca de los peligros que ofrecia su dignidad, demasiado preponderante, habrian podido ahorrarse solo con tener presente el doble orígen de donde procedian, y con no haberse empeñado en no ver mas que un alto funcionario de la servidumbre del rey en una diginidad en que es preciso considerar además la circunstancia del mando en jefe del ejército conferido por el espontáneo voto de sus compañeros: «*Omnes Austrasii cum eligerent Chrodinum majorem domus.*»

Ya he hecho observar que no seria rigurosamente exacta la comparacion entre las naciones germánicas y eslavas con las hordas salvajes de América. He hablado largamente de este asunto en el cuadro general que he trazado acerca de las costumbres de los bárbaros y los francos, y es ya muy poco lo que puedo añadir á lo dicho. Sin embargo, haré observar de paso que los francos están aun considerados como el pueblo menos grosero de todas aquellas naciones, segun lo acredita formalmente el testimonio de Agatias cuando dice: «Los francos no se parecen á los demás bárbaros que no quieren vivir sino en el campo y aborrecen las poblaciones. . . . . .

. . . . . .

»Manifiéstanse muy sumisos á las leyes y no se diferencian de nosotros mas que por el idioma y el trage: *nihiloque anobis diferre quam solum modo barbarico vestitu et linguæ propietate.*» mucho antes de siglo VI habia aquella nacion adquirido mediante sus relaciones con los romanos, urbanidad en las costumbres, ya que no humanidad en el carácter. Salviano dice que los francos eran *hospitalarios*, lo cual, en nuestro concepto significa *sociables*. En la tumba de Childerico I descubierta en el 1635 en Tournai se halló una losa grabada representando un hombre de hermosas facciones, con los cabellos largos, partidos en medio de la cabeza y echados hácia atrás y teniendo un dardo en la mano derecha; alrededor se leia el nombre de Childerico escrito en letras romanas, y dentro de la tumba se encontró un globo de cristal, símbolo del poder, un punzon con las tablillas para escribir, anillos, medallas de muchos emperadores, y restos de una tela de púrpura: nada de esto revela barbarie. Dice tambien la historia que los germanos que habitaban mas allá del Rhin dulcificaban su rudeza con la vecindad de los francos. Segun Constantino Porfirogénito, autorizó Constantino el Grande, mediante una ley, las alianzas que pudieran contraer los emperadores con los francos por parecerle bastante noble la sangre de estos.

Mas cualquiera que fuese el grado de sociabilidad de los francos, no debemos en mi concepto reputarlos ni como un pueblo civilizado, ni como un pueblo salvaje, ni es posible olvidarnos segun el testimonio de autores contemporáneos, de su perfidia, ligereza, crueldad, y furor militar. Vopisco y con arreglo á su opinion Procopio acusan á los francos de su facilidad en quebrantar las palabras, y Salviano les echa en cara la indiferencia con que miraban el perjurio. «Los francos, dice Nazaire, esceden en ferocidad á todos los pueblos bárbaros.» Un panegirista anónimo supone que se alimentaban con carne de fieras y Libanio asegura, que la paz era para ellos una horrible calamidad.

Generalmente se cree que los francos eran una confederacion de algunas tribus germánicas para defender su libertad; mas no existen pruebas que corroboren esa opinion que no se apoya en ningun documento histórico. Los francos no eran, pues, mas que meramente germanos, como lo atestiguan san Gerónimo, Procopio y Agatias. En nada afecta al orgullo nacional francés el suponer que sus antepasados recibieron su nombre de la libertad, ó se lo dieron á esta. Libanio alterando el nombre *Frank* para darle una etimología griega, lo deriva de φραγχοι *diestros en fortificarse*, otros suponen que proviene de una palabra que en cierto idioma, del cual no nos dan mas noticia que llamarse *lingua attica ó hattica*, significa *indomable*. El erudito y juicioso Mr. du Tillet, hermano del sabio obispo de Meaux sostiene que la denominacion *Frank* nació de las dos palabras teutónicas *Freien ansen* (jóvenes libres ó compañías libres), cuya pronunciacion vino á parar en *Fransen*, y advierte que en cierto privelegio otorgado por Luis el Gordo, se lee aun la palabra *ansen* como sinónimo de compañía ó sociedad. Otra respetable autoridad (Mr. Thierry) da á la palabra tudesca *Frank ó Frak* el valor de la diccion latina *feroz*; nosotros seguimos ateniéndonos á la cancion de los soldados de Probo y considerándola como principal autoridad. Con arreglo á esta opinion *Francus* no es mas que un apodo militar que los soldados de Probo dieron á aquel puñado de germanos que vencieron en las inmediaciones de Mayenza. ¿Pero qué significaba ese apodo? Un sabio (Mr. Gilbert) lo deduce de la palabra *Fram ó Framea*, como si aquellos soldados hubiesen oido gritar á los bárbaros: ¡á la lanza! ¡á la lanza! esto es, ¡á las armas! ¡á las armas! Mas en ese caso todos los germanos se habrian llamado francos, pues todos segun dice Tácito, llevaban la framea: *Frameas gerunt augusto et brevi ferro.*

De todos modos los francos habitaban en el otro lado del Rhin poco mas ó menos en el sitio en que los coloca el mapa de Peutinger en el pais que actualmente comprende la Franconia, Turingia, Hesse y Westfalia. En tiempo de Galiano asolaron las Galias y penetraron en España, volviendo á presentarse bajo los reinados de Probo, de Constancio y de Constantino. El segundo de estos emperadores trasplantó una colonia de Francos en los terrenos de Amiens, Beauvais, Langres y Troyes, y negoció un tratado de paz con los restantes. Despues de este suceso, los francos sirvieron en el ejército de los emperadores. Sucesivamente se ven figurar en los altos puestos militares del imperio, Sylvano, Melobaldo, Merobaldo, Balton, Richomer. Carrieton y Arbogasto. Mas otros francos independientes, como Genobaldo, Markhomer y Sunnon siguieron conservando su enemistad y en tiempo de Máximo hicieron una correría por las Galias; finalmente fijáronse, segun parece, en este país durante el reinado de Honorio (hácia el año 420) presentándose acaudillados por el rey Faramundo. Téngase presente que esta palabra rey, no significaba entre ellos mas que *jefe* militar (*koning*) de diversas graduaciones: supro-rey, virey, semi-rey: *ober, under, half-koning.* (THIERRY).

Tampoco puede absolutamente afirmarse que haya existido un Faramundo, y que este haya sido padre de Clodion; pero es cierto que Clodion, ó mas bien dicho Clogion, el de la Cabellera, fue rey de los francos occidentales (año 427) y se apoderó de Tournay y Cambray (en el 445). Aecio le arrojó del terreno que habia conquistado á este lado del Rhin, y Clodion murió en 447 ó 48, dejando en concepto de algunos autores dos hijos y segun otros tres, entre ellos el llamado Auberon, de quien hacen descender Ansbert, tronco de la familia de la segunda raza.

Ignórase quién fue el padre de Meroveo, sucesor de Clodion: ¿seria hijo suyo? ¿Tendria acaso este un hermano mayor de edad, que tal vez imploró el socorro de Atila, en tanto que Meroveo se puso bajo la proteccion de los romanos? Es un hecho demostrado que Meroveo no fue aquel gallardo jóven franco que llevaba una hermosa cabellera rubia, que Aecio habia adoptado por hijo y que Prisco vió en Roma. Los sabios han disertado mucho sobre este particular sin tener presente que siendo la monarquía, ó mas bien dicho el *generalato* electivo entre los francos, nada de estraño tiene que se encuentren personas encargadas sucesivamente de aquella dignidad sin haber sido hijos, ni aun tal vez parientes de los anteriores. Ricoron dice que Meroveo fue elegido rey de los francos despues de la muerte de Clodion. Fredeger cuenta que estando la esposa de Clodion bañándose en el mar fue sorprendida por un monstruo de cuya union nació Meroveo: fábula mitológica y escandinava.

«Segun cierto poeta, llamado *Virgilio*, dice el autor que acabamos de citar, fué Priamo el primer rey de los francos, y Friga el sucesor de Priamo. Despues de la ruina de Troya los francos se dividieron en dos grupos, viniendo el que estaba mandado por el rey Francio á Europa y estableciéndose en las orillas del Rhin.» Eso mismo dicen, el autor de los *Hechos de los reyes francos*, Pablo Diacre, Roricon, Aimom y Sigeberto de Ghemblours. Anio Viterbo apoyándose en esas crónicas arregla una genealogía de los reyes galos, y de los reyes francos suponiendo la existencia de veinte y dos reyes galos anteriores á la guerra de Troya, cuya ruina se verificó en tiempo de Remo, último de esos reyes, habiendo venido á las Galias á casarse con una de sus hijas un príncipe llamado Franco, hijo de Héctor. Hay tambien quien supone que los francos que combatieron al lado de los ejércitos romanos en los campos catalaúnicos estaban acaudillados por Meroveo.

Meroveo tuvo por sucesor (446) á su hijo Childerico I, que habiendo sido durante su infancia arrebatado por los Hunos, fue puesto en libertad por un franco llamado Viomado. Childerico se malquistó por sus relajadas costumbres con los francos y tuvo que retirarse á Turingia y solicitar la proteccion de un rey llamado Bisingh. Los francos dieron la suprema autoridad á Egidio, general de los ejércitos romanos. Al cabo de ocho años pudo Childerico volver, por haberle Viomado remitido la mitad de una moneda de oro que ambos habian roto, conviniendo en que el reci-

birla fuese señal de que podria reconciliarse con su país. Lo que hay de cierto en todo esto, es que Childerico habia ido á Constantinopla y que el emperador le hizo volver á las Galias á fin de contrabalancear la autoridad de Egidio que se iba ya haciendo sospechoso.

Basina, esposa del rey de Turingia, se dió prisa en tener una conferencia secreta con su huésped Childerico y le dijo: «Quiero unirme á tí: si supiera que al otro lado de los mares hubiese una persona que pudiera serme mas útil que tú, habria ido á buscarla para estrechar vínculos con ella.» Childerico se regocijó al oir hablar de esta manera á la reina y la tomó como esposa. Durante la primera noche de su alianza, Basina le dijo á Childerico: «Suspendamos nuestras intimidades, asómate á la ventana y dime lo que veas pasar por el patio de palacio.» Su amigo la complació y le dijo que habia visto pasar unas fieras que en su concepto eran leones, unicornios y leopardos.» «Vuelve, señor, vuelve á mirar lo que ahora está pasando y refiéreselo á tu esclava.» Childerico volvió á levantarse otra vez y otra á instancias de su compañera y por último á la tercera vez le dijo que ya no habia visto pasar sino fieras de un órden inferior. Entonces la reina le dió noticia de la posteridad que les esperaba y concibió un hijo llamado Clovis, Clovio ó Clodoveo que andando el tiempo fue por sus hazañas el leon de los reyes. Empieza ya en este cuento á figurar la romancesca imaginacion de la edad media, y ese mismo gusto domina en la narracion del casamiento de Clotilde ó Clotagilde, hija de Chilperico, y sobrina de Gundebaldo, rey de Borgoña.

Aureliano, el Galo, disfrazado de mendigo, llevando al hombro la alforja sostenida por el palo, se encarga de la mision de pedir la mano de aquella princesa, sin mas credenciales de su mensaje que una sortija de Clovigh ó Clodoveo que debia ser entregada á la futura. Llega Aureliano á las puertas de la ciudad (Ginebra) y encuentra á Clotilde juntamente con su hermana Sædehleuba, ejerciendo obras de caridad con los pasajeros porque ambas eran cristianas. Empieza Clotilde á lavar los pies de Aureliano y éste se inclina y le dice al oido: «Señora, tengo que comunicarte una noticia del mayor interés, llévame á un sitio donde podamos hablar en secreto.»—«Habla cuanto antes, le contestó la princesa, y entonces el mensajero le dijo: «Clodoveo, rey de los francos me envia á tí: desea ardientemente, si la voluntad de Dios no se opone, casarse contigo, y á fin de que dés crédito á mis palabras, te envia su sortija.» Clotilde la aceptó mostrando serle muy grata la noticia y dió esta contestacion al mensajero: «Toma en recompensa de tu trabajo estos cien sueldos de oro, juntamente con mi anillo. Vuelve hácia tu señor y dile que si desea casarse conmigo, envie inmediatamente embajadores á mi tio Gundebaldo.» Esta narracion es á manera de una escena de la *Odisea*.

Aureliano parte: duérmese en el camino y un mendigo le roba la alforja en la que iba guardado el anillo de Clotilde. Afortunadamente el mendigo cae en poder de la justicia, sufre azotes en pena de su delito y la sortija vuelve á ser encontrada. Clodoveo despacha embajadores á Gundebaldo que no se atreve á negarles la mano de su sobrina. Los embajadores presentan segun costumbre un sueldo y un dinero, se desposan con Clotilde en nombre de Clodoveo y se la llevan en un carro; pero la princesa teme ser perseguida por Aridio, enemigo suyo, capaz de hacer cambiar de resolucion á Gundebaldo; monta á caballo y la comitiva atraviesa rápidamente colinas y valles.

Entre tanto, habiendo Aridio vuelto de Marsella á Ginebra manifiesta á Gundebaldo que ha mandado degollar á su hermano Chilperico, padre de Clotilde, atar una piedra al cuello de la madre de ésta, precipitándola en un pozo, y arrojar á este mismo sitio las cabezas de los dos hermanos de Clotilde, y que por lo tanto ésta no tardará en correr á vengarse auxiliada de todo el poder de los francos. Gundebaldo aterrado al oir esta narracion envia gente en perseguimiento de Clotilde; pero ésta comprendiendo anticipadamente lo que iba á suceder, habia mandado arrasar doce leguas del país por donde iba pasando. Al verse ya en salvo la jóven desposada esclamó: «Gracias te sean dadas Dios omnipotente, porque me has dejado ver el principio de la venganza que debo tomar en obsequio de mis parientes y hermanos (1).»

Costumbres verdaderamente bárbaras, que sin embargo no escluyen la mansedumbre de las costumbres cristianas combinadas en el pecho de aquella jóven con las pasiones de su naturaleza salvaje.

Clodoveo, antes de casarse, y teniendo solamente veinte años de edad, habia atacado á la Galia. Demuéstrase por documentos históricos que su invasion fue favorecida particularmente en el Mediodia de Francia por los obispos católicos que aborrecian á los visigodos arrianos. Clodoveo bautió á los romanos en Soissons y á los alemanes en Tolbiac, por lo cual se convirtió al cristianismo, recibiendo el bautismo de manos de San Remigio, el dia de Navidad del año 496.

Los borgoñones y visigodos tuvieron á su vez que sufrir las victoriosas armas de Clodoveo. Los de la Armórica (Bretaña), que hacia ya mucho tiempo que se habian sustraido de la autoridad de los romanos se avinieron, por último, á sujetarse á la del hijo de Meroveo. Anastasio, emperador de Oriente, envió á Clodoveo el título y las insignias de patricio, de cónsul y de augusto.

A esta época poco mas ó menos se refiere la venida de Clodoveo á París: su padre Childerico habia ocupado esta ciudad cuando penetró en las Galias.

Clodoveo mató ó mandó matar á todos sus parientes, reyezuelos de Colonia, de Saint-Omer, de Cambrai y de Mans.

Celebróse el primer concilio de la Iglesia Galicana en Orleans, reinando Clodoveo (año 511). En ese concilio se encuentran los principios del derecho de regalía, con arreglo al cual el fisco absorbia las rentas de los beneficios eclesiásticos mientras permaneciesen vacantes. Clodoveo, sin duda, no vió en este derecho mas que una especie de contribucion que el clero le concedia sobre sus bienes. Algunas disposiciones testamentarias de este jefe de los francos, me dan motivo para creer que no hablaba latin. Basta mencionar ese derecho de regalía para echar de ver los inmensos abismos que nos separan de los tiempos pasados: no parece sino que dejando á un lado nuestra propia historia, nos ocupamos en tratar de alguna costumbre de la Persia ó la India. A ese mismo año (511) se refiere la fecha de la redaccion de la ley sálica, la muerte de Santa Genoveva y la de Cladoveo. La pastora Gala y el rey franco fueron enterrados en el templo de San Pedro y San Pablo que en lo sucesivo tomó el nombre de la patrona de París: todavía duraba al principiar la revolucion la costumbre de celebrar una misa por el descanso del alma del Sicambro en el mismo templo en que habia sido inhumado. La verdad religiosa tiene una vida de que la verdad política y la filosófica carecen. ¡Cuántas veces se han renovado las generaciones! ¡Cuántas veces la sociedad ha mudado de costumbres, opiniones y leyes, en el espacio de mil doscientos ochenta años! ¿Quién se habria acordado de Clodoveo al través de tantas ruinas y de tantos siglos? Solo un sacerdote sobre una tumba.

Clodoveo dejó cuatro hijos: Tierre, Clodomiro, Childeberto y Clotario, hijo de Clotilde. El reino con arreglo á la ley sálica fue repartido como un patrimonio de familia: la suerte decidió la parte que de cada uno de los hijos tocaba, sin tener en cuenta el derecho de primogenitura, ya hemos indicado que las leyes de los bárbaros eran faborables á los hijos menores de edad. La Francia se estendia en aquella época desde el Rhin hasta los Pirineos y desde el Océano hasta los Alpes: además poseia el país natal de los francos, al otro lado del Rhin, hasta la Wesfalia; pero esos límites cambiaban á cada momento. Habíase establecido otra demarcacion geográfica mas fija, dividiéndose el reino desde el lado acá del Loire en oriental y occidental. Oster-Rike y Neoster-Hike: la Austrasia comprendia el terreno situado entre el Meuse, el Loire y el Mozelle, y se daba el nombre de Neustria al país situado entre el Meuse, el Loire y el Océano. Al otro lado del Saona y del Loire estaba la Galia conquistada por burgundos ó borgoñones y los visigodos. Los coronistas y los hagiógrafos dicen con frecuencia Francia y Galia distinguiendo la una de la otra.

(1) *Hist. Franc.*, epit.

Los cuatro reyes obtuvieron para heredar la corona el consentimiento de los francos, y las cuatro monarquías se confederaron bajo una misma ley política, y crearon una asamblea general en la que se resolvieran los negocios de cada país.

Los hijos de Clodoveo tuvieron que sostener guerras contra Teodorico, rey de Italia; contra Amalarico rey de los visigodos de España; contra Babrico, rey de Turingia y contra Sigismundo y Gundemaro, reyes de Borgoña, cuyo país fue en esta ocasion subyugado é incorporado á la Francia despues de haber sostenido durante ciento veinte años su nacionalidad. Clodomiro, rey de Orleans, fue muerto en la batalla de Veseronce cerca de Viena.

Dejó este monarca tres hijos: Teodoberto, Gontario y Clodoaldo, educado por Clotilde, viuda de Clodoveo. Childeberto y Clotario á fin de apoderarse de esos niños enviaron un mensajero á Clotilde. Encargóse de semejante comision un tal Arcadio, senador, de la ciudad de Clermont, hombre de aquellos que al verse vencidos se prestan á todas las bajezas de la esclavitud y se adhieren al crímen como el labrador á la tierra. Presentóse, pues, este hombre á Clotilde llevando en sus manos unas tijeras y una espada desnuda, y le dijo: «¡Oh, gloriosa reina; tus hijos y señores nuestros, desean conocer tu intencion por lo tocante á tus nietos! ¿Mandas que se les corte el cabello, ó bien que sean degollados?

Llena de terror Clotilde al oir semejantes palabras y fijando alternativamente la vista en la espada y en las tijeras, contestó: «Si mis nietos no han de reinar, prefiero verlos muertos á verlos con el cabello cortado.» Arcadio sin pararse á oir mas esplicaciones regresó de su comision y dijo á los reyes: Cúmplase vuestro destino: la reina mostrándose favorable se digna acceder á vuestra determinacion.» Palabras ambiguas que con arreglo á las consecuencias podian tener distintas interpretaciones. Clotario agarró al mayor de los niños, lo tiró al suelo y le hundió un cuchillo en el pecho. El otro niño al oir los gritos de la víctima se arrojó á los pies de Childeberto y abrazando sus rodillas le decia deshecho en llanto: «Sálvame, amado padre; líbrame de la suerte de mi triste hermano.» No pudo Childeberto resistir á tan horrenda escena y dirigiéndose á Clotario con lágrimas en los ojos: Dulcísimo hermano mio, le dijo, concedáme tu generosidad la vida de este niño. Todo lo que me pidas te otorgaré gustoso á trueque de salvarle la vida.» Pero Clotario cuya obstinacion se habia aumentado con la sangre derramada le contestó: «Arroja lejos de tí á ese niño, ó prepárate á morir por él: tú has sido el instigador de este asunto, ¡y ahora quieres faltarme á la fe ofrecida!» Al oir esto Childeberto se desprendió del niño que cayó atravesado por el mismo cuchillo que su hermano. En seguida Clotario y Childeberto hicieron quitar la vida á los ayos y á los niños (uno de diez años y otro de siete) compañeros de aquellos príncipes. Clodoaldo, tercer hijo de Clodomiro se salvó por la proteccion que ciertos hombres poderosos le dispensaron (1), y cuando llegó á ser mayor de edad renunció al mundo, se cortó el cabello para consagrarse á Dios, é insistiendo en sus buenos propósitos, murió siendo sacerdote en 7 de setiembre de 560, despues de haber edificado un monasterio en el burgo de Naventium, que cambió de nombre para tomar el del nieto de Clodoveo. Ahora este sitio (*Saint-Cloud*) acaba de ver partir para el postrer desierto al último sucesor del primero de nuestros reyes.

En los crímenes de Clotario y Childeberto hay que distinguir lo que pertenece á la civilizacion y lo que es propio de la barbarie. Los asesinatos consumados por Clotario con sus propias manos son una atrocidad peculiar del hombre salvaje, y el deseo de invadir un trono y aumentar sus Estados es obra del hombre civilizado. Habiendo por último muerto todos los hermanos de Clotario, este heredó todos sus Estados: dió una batalla contra su hijo Kramo, que ya se habia insurreccionado, y despues de haberlo vencido lo quemó con toda su familia en una cabaña. Clotario murió en Compiegne (562).

Volvieron á dividirse los Estados entre sus cuatro hijos, contando siempre con el asentimiento de los francos; pero no tuvieron ya las cuatro monarquías los mismos límites que tenian despues de la primera reparticion.

Sigeberto se casó con Brunequilda, hija menor de Atanagildo, rey de los visigodos, que para casarse abjuró el arrianismo y se hizo católica. Chilperico I tuvo relaciones ilícitas con Fredegunda hasta que habiendo fallecido su esposa Galsvintas, hermana mayor de Brunequilda se casó con ella.

Las disputas y arrebatos de aquellas dos hermosas mujeres produjeron guerras civiles, envenenamientos y asesinatos que llenan los confusos reinados de Cariberto, Gontran, Sigeberto I, Chilperico I, Childeberto II, Clotario II, Tierry I y Teodoberto II. Por último, en 613 recayó toda la monarquía de los francos en la única persona de Clotario II.

Habíanse los lombardos establecido en Italia (263) diez y seis años despues de haberse estinguido el reinado de los ostrogodos. El patricio Longino, enviado por el emperador Justino dió principio al exarcato de Rávena. Los gobernadores de palacio hicieron sentir su autoridad cada vez mas estensa á la Australia y á la Borgoña.

Durante el año 593 bajaron de los Pirineos los pueblos llamados gascones ó vascones y habiéndose establecido en la Novempopulania, se fueron poco á poco estendiendo; despues de haber dado su nombre al país hasta el Garona: Teodoberto II tuvo que caer armado sobre ellos y despues de haberlos derrotado les hizo reconocer por jefe á Genialis, que fue el primer duque de Gascuña.

No debe creerse ni todo el bien que acerca de Brunequilda refieren Fortunato, Gregorio de Tours y San Gregorio papa, ni todo el mal que Fredegero, Aimoin y Adan cuentan de ella sin haber sido contemporáneos suyos. Cuando mas debemos conjeturar que fue una mujer de talento que dejó monumentos históricos. Si le dieron tormento durante tres dias consecutivos, si la pasearon por un campamento cabalgando en un camello, si por último, la ataron á la cola de un fogoso caballo, que la despedazó en su impetuosa carrera, no debió ser para castigarla por sus adulterios, pues entonces tenia ya muy cerca de ochenta años. Si habia contribuido á la muerte de diez reyes (lo cual está ya demostrado ser una falsedad) mas justo habria sido hacerle cargo por los príncipes que habia dado

(1) Viros fortes... qui primates barones apellati sunt.

á la luz, que por los reyes de que habia librado á la Francia.

Clotario falleció en el año 628, dejando dos hijos: Dagoberto y Cariberto. Este último murió de allí á poco y un hijo que dejó llamado Childerico fue envenenado por su tió. Otro hermano de Childerico, Boggis, se contentó con la Aquitania á título de ducado hereditario.

El rey Dagoberto iba siempre acompañado de una numerosa turba de concubinas, es decir, de mezquinas mujeres que no eran esposas suyas, sin contar otras que no le acompañaban y tenian nombre y prerogativas de reinas. (Mer des Hist. et chron) Gregorio de Tours hace mencion de tres reinas. Nantilde, Vulfgunda y Bertilde, dispensándose hablar de las concubinas, porque, segun él dice, «*son demasiado numerosas.*» Los tesoros de Dagoberto y de San Eloi han llegado á adquirir celebridad. *El rey hacia estraordinarios gastos en cacerias* (Mer des Hist.) Consérvase una interesante y poética tradicion de un ciervo que se refugió en una ermita edificada en *Catulliac* por Santa Genoveva sobre los cuerpos de San Dionisio y compañeros. Allí fue donde Dagoberto echó los cimientos de aquel capitolio en que los franceses conservan sus crónicas juntamente con las regias cenizas; como documentos auténticos de su historia. Bonaparte mandó recomponer las desoladas galerías subteráneas de este edificio y en cambio de las antiguas glorias de que habian sido despojadas, los prometió su imperial ceniza. Bonaparte no podia cumplir esta palabra que daba á las tumbas. Los restos de Luis XVIII ocupan apenas un oscuro rincon de los nichos vacíos juntamente con los de María Antonieta y Luis XVI, y algunos huesos salvados del destierro. Luego el último de los Condé, ante cuyo féretro Bossuet habria enmudecido, ha venido á ocultarse cerca de su padre. Vanamente el duque de Berry está aguardando en esos sepulcros de esperanza á su padre, á su hermano y á su hijo. ¿Para qué preparar anticipadamente asilos á la nada, siendo el hombre una cosa tan vana que ni aun seguridad tiene de nacer?

Los dos hijos de Dagoberto, Sigeberto II ó III, rey de Austrasia, y Clodoveo II, rey de Borgoña y de Neustria gobernaron el imperio de los fruncos. Pipino el viejo que fue gobernador de palacio en tiempo de Dagoberto siguió desempeñando el mismo puesto bajo el reinado de Sigeberto.

Sigue la confusa época histórica de Dagoberto II y III, de Clotario III, de Childerico II y de Tierri III. El poder real habia pasado á los gobernadores de palacio despues de las sangrientas disputas de Grimoaldo, Arquimabaldo, del obispo Seger y de Ebroin.

Este último fue asesinado: ocurrieron muchas elecciones de gobernadores de palacio siendo la última la que recayó en Bester. Pipino de Heristal, duque de Austrasia, nieto de Pipino el viejo, padre de Cárlos Martel, abuelo de Pipino el Breve y tatarabuelo de Carlo Magno, hizo la guerra á Tierry sin dejar por eso de darle el dictado de rey. Tierri fue vencido, pero Pipino, lejos de destronarlo, se contentó departir con él la autoridad suprema, reinando á su lado bajo el nombre de gobernador de palacio. A sus esfuerzos se debió el haber vuelto á someterse á la obediencia los pueblos que se habian emancipado de la monarquía de los francos.

En Tierri III principia la serie de los reyes llamados *perezosos*. La enérgica índole de la primera raza se desvirtuó prontamente y los hijos de Clodoveo no tardaron en caer de lo alto del pavés al fondo de una carreta tirada por bueyes.

Pipino continuó reinando en tiempo de Clodoveo III. de Childeberto III. hijo de Tierri, y durante una parte del reinado de Dagoberto III, hijo de Childeberto III (desde el 692 al 714). Al morir parece que desconoció la gran disposicion de su hijo Cárlos Martel, ó no se atrevió á nombrarlo sucesor de su dignidad por no ser Cárlos hijo de legítimo matrimonio, sino de una concubina llamada Alpaida, y en su lugar nombró á un nieto llamado Teudoaldo. Vióse, pues, elevado á la gobernacion de palacio un niño bajo la tutela de su abuela Plectruda, como si se hubiera tratado de un rey hereditario. Cárlos que aun no habia adquirido su sobrenombre histórico fue reducido á prision por voluntad de su abuela Plectruda. Los francos se sublevaron: Teudoaldo huyó, Cárlos pudo evadirse de la prision y los austrasianos lo reconocieron por rey.

Entre tanto los sarracenos llamados por el conde don Julian invadieron la España y derrotaron á los visigodos, Los pueblos del Norte se precipitaban sobre la Francia.

Dagoberto muere dejando un hijo llamado Tierri; pero los francos elevan á la suprema dignidad á Daniel, hijo de Childerico, que reinó bajo el nombre de Childerico II hasta que habiendo tenido un combate con Cárlos, duque de Austrasia, fue vencido y tuvo que retirarse á Aquitania, por haber el vencedor puesto en su lugar á Clotario IV. No tardó este en morir y Cárlos llamó otra vez á Childerico II y despues de haberlo sentado en el trono se contentó con ser su gobernador de palacio.

Tierri IV (dice Mr. de Chelles), hijo de Dagoberto III sucedió á Childerico II (720). En tiempo de este Tierri fue cuando Cárlos Martel desplegó los talentos militares que le dieron celebridad. Los sarracenos habian atravesado ya la España, pasado los Pirineos, é inundado la Francia hasta el Loira. Cárlos Martel los derrotó entre Tours y Poitiers, matándoles mas de trescientos mil hombres (732). Este es uno de los mas notables sucesos de la historia. Si los sarracenos hubiesen triunfado, el mundo seria tal vez mahometano. Cárlos venció tambien á los frisones, redújolos de grado ó por fuerza al cristianismo é incorporó su país á la Francia.

Cárlos venció á Eudes, duque de Aquitania, y obligó á Herald, hijo de Eudes, á rendirle homenaje por los Estados de su padre.

Habiendo muerto Tierri, Cárlos reinó solo sobre toda la Francia con el dictado de duque ds los francos desde el 737 hasta el 741. Refrenó á los sajones nuevamente sublevados, y espulsó de Provenza á los sarracenos. Gregorio III le propuso sustraerle, como pontífice, de la dominacion del emperador Leon y proclamarle (á Cárlos) cónsul de Roma: de aquí data la autoridad temporal de los papas.

Al morir Cárlos (741) se repartió su autoridad real entre sus dos hijos Carloman y Pipino. Este último, electo jefe de la Neustria, Borgoña y Provenza proclamó rey de esa parte del reino á Childerico III, hijo de Childerico II. Carloman retuvo el gobierno de la Austrasia hasta que por último se retiró á Roma y abrazó la vida monástica.

Cuando el viajero francés ve el Soracte en el horizonte de la campiña romana ¿se acordará que un franco, hijo de Cárlos Martel, hermano de Pipino el Breve, y tio de Carlomagno habitó una pequeña celda en la cumbre de aquella montaña?

Childerico III fue destronado, tonsurado y reducido á vivir en el monasterio de Silhin (Saint-Bartin), hasta su muerte que ocurrió en 754. Su hijo Tierri, pasó sus dias á la sombra de los claustros del convento de Fontenelles en Normandía. La raza merovingia habia ocupado el trono por espacio de doscientos setenta años.

Si los *Estudios* se fundan en hechos incontestables, el lector no habrá creído encontrarse en un pais desconocido al recorrer el reinado de los francos, pues no puede menos de haber visto que siguió siempre subsistiendo el *imperio bárbaro-romano*, tal cual existia un siglo antes de la invasion de Clodoveo. La sociedad en su fondo ha permanecido inalterable sin mas diferencia que la de hablar el pueblo vencedor que ha sustituido la soberanía de los Césares, su idioma particular y distinguirse por algunas costumbres de sus bosques nativos. En vez de generales romanos se ven jefes germánicos que hacen gala de echar sobre su túnica estrecha y abigarrada la púrpura consular que les enviaban de Constantinopla, y de la que en realidad no eran indignos. Por todas partes dominaba el órden romano, en la religion, en las leyes y en el gobierno; las Galias y sobre todo el Lionesado, la Alibernia, la Provenza, el Langüedoc y la Guyena estaban cubiertos de templos, anfiteatros, acueductos, arcos de triunfo, y de ciudades adornadas de capitolios; las vias militares cruzaban el terreno y Brunequidla las mandó recomponer. Cierto es, sin embargo, que los reyes de las primeras razas, los gobernadores de palacio que mas se distinguieron, y el mismo Cárlos Martel saquearon las ciudades que los bárbaros antecesores suyos habian respetado. Aviñon fue totalmente arrasado, y Agda y Bezieres sufrieron la misma suerte. El mismo Cárlos Martel destruyó á Nimes (738) sepultando aquellas ruinas que nosotros nos empeñamos en exhumar.

Tampoco cambió la naturaleza de la propiedad bajo la dominacion de los francos: la esclavitud era de derecho comun entre los bárbaros, asi como entre los romanos, si bien se presentó con un carácter de mayor dulzura entre los primeros. Asi es que la esclavitud que se echa de ver en la Galia bajo la dominacion de los francos no era el resultado de la conquista, sino meramente la que existia entre el pueblo vencedor y el pueblo vencido, efecto de aquellas leyes groseras nacidas de la ruda libertad germánica y de la sutileza de la legislatura producida por el refinado despotismo de la civilizacion romana. Los galos, que al estender los francos sus conquistas, eran libres, siguieron conservando su libertad, y los que no lo eran tuvieron que permanecer sometidos al yugo á que les condenaban el código romano y las leyes sálica, ripuaria, sajona, gombeta y visigoda. La propiedad media prosiguió existiendo confundida en la gran propiedad por las razones que aduce Salviano. (*De Gul.* Véase el *Estudio V, tercera parte*).

Claramente se comprende la degradacion moral de las personas fijando la atencion en la tarifa de las *compensaciones*; mas no por eso se prueba que hubiese ocurrido un cambio en su Estado. Solo la nomenclatura basta para indicar la posicion social que ocupaban los hombres: casi todos los nombres de los obispos y de los funcionarios civiles eran latinos del lado acá del Loira durante los primeros siglos de la monarquía, y casi todos los nombres de los militares eran francos; mas en Provenza, Auvernia y al otro lado del Loira hasta los Pirineos, todos los nombres de los empleados civiles, militares y eclesiásticos eran de orígen latino ó gótico. Cuando los jefes francos empezaron á abrazar el estado eclesiástico, cuando el soldado se hizo fraile, el fraile á su vez y el obispo se hicieron soldados. Asi es que durante la primera raza se ve á un obispo de Auxerre, llamado Haincmaro combatir con Cárlos Martel contra los sarracenos y contribuir eficazmente á la victoria. (*Hist. epis. Acetis*).

Durante aquel período, as ciencias y las letras fueron en las Galias lo mismo que habian sido en el mundo romano, brillando mas ó menos segun el grado de instruccion y tranquilidad de las diversas provincias del imperio. Como escritores de aquella época figuran Fortunato, Fredeger, Gregorio de Tours, Marculfo, San Remigio, una multitud de eclesiásticos y algunas personas legas.

Por lo tocante á la política vemos que el último de la raza merovingia fue tonsurado y reducido á encerrarse en el cláustro. No se crea que eso fuese una novedad, antes por el contrario, era una costumbre que databa de muy atrás, pues tambien los últimos emperadores de Occidente tuvieron que sujetarse á que se les cortara el cabello para hacerse clérigos ú obispos.

No parece, empero, cierto que Chilperico hubiese abrazado el estado monástico, si bien le cortaron el cabello y le desterraron á un monasterio. Cortar el cabello á un individuo de la raza merovingia no suponia otra cosa mas que despojarlo de su nobleza, y reducirlo á la clase del pueblo. Despojábase á un rey franco de su cabellera como á un emperador de su diadema. Los germanos en su sencillez habian abjudicado un signo de poder á la corona natural del hombre.

Aconteció que por esta costumbre fue introduciéndose la desigualdad en condiciones. Para que los jefes se distinguieran de los soldados, no hubo mas medio que el que estos se cortaran el cabello: de aquí resultó que el mero hombre del pueblo llevaba el cabello corto por detrás y largo por delante. (Sidonio). Clodoveo y sus primeros compañeros ofrecieron al volver de la conquista del reino de los visigodos, algunos cabellos de su cabeza á los obispos. Dejábanles esta prenda aquellos sansones como en signo de fuerza y proteccion. Habiendo un pescador encontrado en las aguas del Marne el cadáver de un jóven, conoció que era el de Clodoveo II por la larga cabellera que adornaba su cabeza, y cuyas trenzas no habia soltado aun el agua. (Greg. de tours, lib. VIII). Los Borgoñones conocieron por la misma señal en la batalla de Veseronce, que un jefe franco, Clodomiro, debia haber sido muerto. «Esos jefes, dice Agatías, llevaban una larga cabellera, partida sobre la frente y echada hácia atrás: rízanla algunas veces y la ungen con aceite; pero no es sucia como la de algunos pueblos, ni está arreglada en pequeñas trenzas como la de los godos. Los hombres del pueblo llevan el cabello cortado en redondo y no se les permite dejarlo crecer.»

Juraban por sus cabellos.

Al llegar el niño de la clase del pueblo á los doce años se le cortaba por primera vez el cabello, y esto daba lugar á una fiesta de familia llamada *capilotatoria*.

El clero llevaba tambien el cabello corto como siervo de Dios: ese mismo orígen tiene la tonsura eclesiástica.

A los conspiradores se les condenaba á cortarse mútuamente el cabello.

Tambien los visigodos atribuian, segun parece, al cabello el mismo poder que los francos: un cánon del concilio de Toledo del año 628, declara que el que se haya hecho cortar el cabello, no podrá ser elegido rey.

Cuando el cabello cortado habia crecido, suponian que tambien habia vuelto la aptitud del poder. Tierri III recobró por esa circunstancia la regia dignidad que habia perdido juntamente con la largura del cabello. (*Quam nuper tonsoratus amiserat, recepit dignitatem*). Clodoveo habia mandado cortar el cabello al rey Kararik y á su hijo. El rey lamentaba su desgracia y el hijo le consolaba diciendo: «Los hojas que se arrancan de un tronco verde no impiden que otras broten en su lugar prontamente.» (*In viridi ligno hæ fronde succisæ sunt; non omnino arescunt; sed velociter emergunt*).

Ni la misma corona de Carlomagno usurpó á la cabellera del franco la autoridad soberana. Lotario quiso apoderarse de su hermano Cárlos á fin de tonsurarlo é inhabilitarlo para la monarquía, pero la naturaleza se habia anticipado á la enemistad fraternal, y la cabeza de Cárlos el Calvo presentaba la imágen de su incapacidad para llevar la corona. Mas ya á fines del siglo VI habia galo-romanos que dejaban crecer su barba y cabello y los francos se lo toleraban porque de ese modo encubrian el pequeño número á que la raza franca se iba quedando reducida. Gregorio de Tours hace observar que «el bienaventurado Leobardo no era de los que procuraban complacer á los bárbaros

dejando flotar al aire los bucles de su cabellera.» (*Dimesiss capillorum flagellis barbarum plaudebat.* De Vit. Patrum). El preceptor de Dagoberto, Sandreghesil, debió llevar larga la barba, puesto que Dagoberto se la cortó. Por último, en el siglo XII los reyes derogaron la ley que prohibia á los siervos llevar la barba larga, y esta derogacion fue concedida á instancia de Pedro Lombardo, obispo de París y de otros muchos prelados. Al dar los eclesiásticos sus siervos para la guerra convirtiéndolos en soldados, exigieron que no se diferenciaran de las personas de condicion libre contra las que iban á pelear. Hé aquí, pues, cómo la cabellera larga forma una notable época histórica en los anales de Francia, y cómo ha servido para indicar el tránsito de la esclavitud á la libertad, y la transformacion de franco en francés. No debe, sin embargo, perderse de vista que tambien hubo galos llamados *Capillati*, *Crinosi*; una Galia, por decirlo asi, que llevaba larga cabellera, *Gallia comata*, que los bretones tenian tambien la misma costumbre (*Fredeger*) y que en la vida de varios santos galos, se ve que cuidaban de sus cabellos. ¿Será probable que al establecerse los francos entre los pueblos conquistados les obligaran á éstos á dejar sus antiguas costumbres? Todo cuanto en la historia de Francia se lea relativo á las cabelleras, es preciso referirlo á la nacion que ocupó victoriosamente su territorio.

No me detendré á examinar esa segunda invasion de los francos, cuya fecha suelen colocar en la época del advenimiento de los gobernadores de palacio de la raza carlovingia, invasion á la que esta raza habria debido la corona. Es muy cierto que no cesaron las guerras civiles entre los francos de la Austrasia y los de la Neustria; que esas guerras dieron el poder á los que sabian mas y que á esa circunstancia debieron los carlovingios su exaltacion sobre la raza de los merovingios, pero en nada de eso se descubren señales de haber ocurrido una nueva invasion. Mientras no se encuentren documentos históricos que confirmen esa opinion, me creo autorizado á no seguir la opinion de algunos hombres, cuyo mérito, sin embargo, me complazco en confesar.

En tiempos de la primera raza y hasta en los de la segunda hubo en las familias bárbaras reinantes un desórden no conocido entre las familias romanas que ocuparon el trono. Los príncipes francos tenian muchas esposas y muchas concubinas y se verificaba la reparticion de bienes entre los hijos de estas mujeres sin distincion de derechos de primogenitura ni de legitimidad.

La sociedad, por decirlo de una vez, en su composicion y descomposicion lenta y gradual, permaneció casi inmóvil en tiempo de los merovingios, y no se manifestó sensiblemente la trasformacion sino á fines de la segunda raza. Nada, pues, de importante puede examinarse durante los cinco primeros siglos de la monarquía francesa, no siendo la progresion ascendente de la Iglesia hácia el mas alto punto de su dominacion. No tardaré en ocuparme de este particular asi que lleguemos al principio de esa otra especie de barbarie que suele designarse con el nombre de edad media; barbarie de la que tomaron su orígen los pueblos modernos, cuando se verificó por completo la fusion de las razas paganas, cristiana y bárbara.

SEGUNDA RAZA.

Una de las antiguas falsedades históricas que han adquirido visos de verdad en fuerza de ser repetidas, es el calificar de usurpacion el advenimiento de Pipino al trono. Ya hemos hecho observar que en la monarquía electiva no puede caber mas usurpacion que la del monarca que la convirtiera en hereditaria. «Pipino fue elegido por parecer y consentimiento de todos los francos:» tales son las palabras testuales del primer continuador de Fredeger (cap. XII). Razon tuvo el papa Zacarías cuando habiendo sido consultado por Pipino, contestó: «Paréceme bueno y útil que sea rey el que sin tener el nombre de tal tiene el poder que le hace preferible al que ostentando el nombre de rey, carece de la competente autoridad.»

Por otra parte los pontífices en su cualidad de padre comun de los fieles no pueden tomar parte en esas cuestiones de derecho, ni deben reconocer mas que el hecho. Obrando de otro modo la Córte Romana se hallaria involucrada en todas las revoluciones política de los pueblos cristianos, y la caida del trono mas insignificante allá en los últimos confines del mundo, haria estremecer el Vaticano. «El príncipe, segun dice Eghinardo, se contentaba con llevar flotando el cabello y la barba larga; veíase reducido á una pension alimenticia designada por el gobernador de palacio: no poseia mas que una casa de campo que le producia una módica renta y cuando viajaba era en una carreta tirada por bueyes y conducida por un boyero á la manera de los aldeanos.»

Surgieron, sin duda, intereses que dieron apoyo á las realidades políticas. Los papas Gregorio II y Gregorio III habian tenido grandes relaciones con el gobernador de palacio Cárlos Martel, Pipino deseaba ser rey de los francos, asi como Zacarías deseaba sustraerse del yugo de los emperadores de Constantinopla, protectores de los iconoclatas, y de la opresion de los lombardos. San Bonifacio, obispo de Fayenza, que no necesitaba de la cooperacion de los francos para estender sus misiones por la Germania, fue el que medió como arreglador de este asunto entre Zacarías y Pipino. Sin embargo, éste creyó deber pedir su absolucion por la infidelidad cometida contra Childerico III al papa Estéban, á quien no debió servir de disgusto el ver que se reconocia su derecho de absolver y condenar.

Por otra parte, los duques de Aquitania se mantuvieron largo espacio de tiempo rehusando someterse á Pipino; mas adelante hasta en la tercera raza, los veremos renegar de Hugo Capeto y fechar los actos públicos: *Rege terreno deficiente, Christo regnante.* En aquella época Guillermo el Grande, duque de Aquitania no reconoció de un modo auténtico sino á Roberto, Hijo de Hugo: *Regnante Roberto, rege theosopho.* Hubieran sido ignoradas las causas secretas de las rudas guerras que Pipino de Heristal, Cárlos Martel, Pipino el Breve y Cárlos Martel hicieron á los aquitanos, si la carta de Alaon, impresa en los concilios de España, comentada é ilustrada por don Vaissette no demostrara que los duques de Aquitania descendian de Hariberto por Bagghis, ilustre familia que se ha ido perpetuando hasta Luis de Armagnac, duque de Nemours, muerto en la batalla de Cerignoles en 1503. De manera que los duques de Aquitania descendian directamente de Clodoveo y solo la fuerza pudo reducirlos á ser vasallos de una corona que habia pertenecido á sus padres. En la actualidad es curioso contemplar la mala fe ó la ignorancia de Eginardo, despues de haber dicho que Cárlos y Carloman sucedieron á su padre Pipino, añade: «La Aquitania no pudo gozar de larga paz á consecuencia de las guerras de que habia sido teatro. Un tal *Hunold*, aspirando al poder trastornó la tranquilidad, etc. Este tal Hunold era nada menos que hijo de Eudes, duque de Aquitania y padre de Waiffe, igualmente duque de Aquitania y heredero de la casa merovingia me he detenido en esas guerras de Aquitania, por no haber hablado ningun historiador, escepto Gaillard y La Bruere de la verdadera causa que las produjo: no deben, pues, imputarse mas que á una simple lucha entre lo pasado y lo presente, entre la primera raza y entre la segunda.

Pipino, electo rey en Soissons (751), derrotó á los sajones, y á ruegos del papa Estéban III, pasó á Italia para combatir á Adolfo rey de los lombardos, que amenazaba á Roma despues de haberse apoderado del exarcado de Rávena. Volviólo en efecto Pipino á conquistar, devolviólo al pontífice, y estableció los cimientos de la soberanía temporal de los papas.

A Pipino le sucedió su hijo que resucitó el imperio de Occidente, Carlomagno continuó la guerra contra los sajones por espacio de treinta y tres años, destruyó la monarquía de los lombardos en Italia, y contuvo á los sarracenos de España. La derrota de su retaguardia en Roncesvalles le grangeó una especie de celebridad novelesca que marcha al par de su verdadera gloria histórica.

Cuéntanse hasta cincuenta y tres espediciones militares de Carlomagno, segun el cuadro que de ellas ha presentado un historiador moderno. Observa monsieur Guizot con mucho criterio que la mayor parte no tuvieron mas objeto que contener y dar fin á las dos grandes invasiones de bárbaros del Norte y del Mediodía.

Carlomagno fue coronado emperador de Occidente en Roma por el Papa Leon III (800). Despues de un intervalo de 324 años, fue restablecido aquel imperio cuya sombra y cuyo nombre duran todavía despues de haber desaparecido su cuerpo y su poder.

El interés que naturalmente inspira el honor de un grande hombre ha sido causa de que casi todos los escritores hallan callado acerca del destino de los pri mos de Carlomagno. Pipino el Breve, dejó dos hijos, Carloman y Cárlos: Carloman dejó tambien otros dos Pipino y Siagro. El primero ha desaparecido de la historia y por mas de nueve siglos no se ha tenido noticia de la suerte del segundo. Un manuscrito de la abadía de Saint-Pons de Niza, remitido al obispo de Meaux dió por fin á conocer que Siagro abrazó el estado monástico en aquella comunidad, que llegó á ser obispo de Niza y mereció ser colocado en el número de los santos. De manera que al parecer solo á Bossuet estaba reservado el lavar de un crímen la memoria de Carlomagno.

Este monarca, que con objeto de estinguir las invasiones de los bárbaros, los habia ido á atacar hasta en su suelo nativo, fue el que vió las primeras velas de las embarcaciones de los normandos que con toda rapidez se alejaron de la costa que el emperador protegia con su presencia. Carlomagno, al presentarse á la vista aquellas embarcaciones se levantó de la mesa y asomándose á una ventana permaneció un momento inmóvil y con la vista fija en el Oriente: algunas lágrimas surcaban sus mejillas, y nadie se atrevia á interrumpir su silencio, hasta que él mismo satisfizo la curiosidad de los próceres que le rodeaban diciéndoles: «¿Sabeis, leales vasallos mios, la causa que me hace derramar estas lágrimas? No es que por lo tocante á mi persona me inspiren temor esos piratas. Duéleme de que viviendo yo, se hayan atrevido á insultar estas playas. Preveo los males que harán sufrir á mis descendientes y á sus pueblos.» (*Monge de Saint-Gall*).

Carlomagno al asociar al imperio á su hijo Ludovico-Pio (*Hlovigh le Debonnaire*), le dijo: «Hijo querido de Dios, de tu padre y de ese pueblo, tú que me has sido dado por Dios para consuelo mio, ya lo ves: mis dias avanzan: hasta la misma vejez se me escapa: el tiempo de mi muerte se acerca. . . . . .

«Cristo me concedió el honor de nacer en el país de los francos, y me ha permitido poseer los dominios paternales, que se han conservado en un estado no menos floreciente que cuando los recibí. Soy el primero de los francos que ha recibido el dictado de César y he trasportado á la raza de los francos el imperio de la raza de Rómulo. Recibe mi corona, oh hijo mio, siendo Dios propicio, y con ella las insignias del poder... Cárlos abrazó tiernamente á su hijo y le dió el postrer adios.» (*Ermold Nigel*).

El anciano cristiano Carlomagno llorando á la vista del mar por el presentimiento de las calamidades que iban á caer sobre su pátria asi que él dejara de existir; asociado al imperio con un corazon eternamente paternal á ese hijo que debia ser tan desgraciado padre; refiriendo á ese mismo hijo su historia, diciéndole que se honraba de haber nacido en el país de los francos y que á la raza de estos habia trasportado el imperio de la de Rómulo; Carlomagno anunciando que se le acababan sus dias y que hasta la misma vejez se le escapa, son hermosas escenas que están esperando al futuro pintor de la historia francesa. Las últimas palabras de un padre en medio de sus hijos tienen algo de triste y de solemne: el género humano es la familia del grande hombre y es la que le rodea en su lecho de muerte.

El poeta de Ludovico hace proceder la palabra Hlunovicus de la diccion latina *Ludus*, ó lo que es aun mas positivo de las dos palabras teutónicas, *Hlut*, famoso y *Wigh*, dios de la guerra. Ludovico Pio fue por desgracia demasiado buen estudiante, sabia el griego y el latin, y es indudable que la educacion literaria dada á los hijos de Carlomagno, fue una de las causas que contribuyeron á la pronta degeneracion de su raza. Ludovico heredó el título de emperador y rey de los francos, y al otro hijo de Carlomagno, Pipino, le tocó en herencia el reino de Italia.

El primero de estos dos hermanos asoció su hijo Lotario al imperio (817); al otro hijo llamado Pipino dió el ducado de Aquitania, y á Luis el reino de Francia: de manera que de los cuatro hijos que tuvo, solo el último llamado Cárlos el Calvo, habido en su segunda esposa Judit, fue el que por de pronto no participó de la herencia.

Las disputas ocurridas entre Ludovico Pio y sus hijos le dieron por resultado el ser depuesto y restaurado dos veces en el trono, hasta que por último espiró (840) de inaccion y disgusto.

No tenia Cárlos el Calvo mas que diez y siete años de edad cuando ocurrió la muerte de su padre, y era ya rey de Francia, de Borgoña y de Aquitania. Unióse á su tio Luis, rey de Baviera contra Lotario, emperador y rey de Italia y Roma, dando en Borgoña la batalla de Fontenai (23 de junio de 841) y quedando vencedores de Lotario y del jóven Pipino, hijo de Pipino, rey de Aquitania, cuyos despojos habian sido dados por Ludovico Pio á Cárlos el Calvo.

Dícese que en esta batalla llegaron á cien mil el número de cadáveres que quedaron en el campo: lo cual es una manifiesta exageracion. (Véase *la sabia Disertacion del abate Lebreuf*). Mas debe tenerse presente que los combates eran estremadamente sangrientos entre los francos, y que el órden profundo que su infantería afectaba, solia producir estraordinarios resultados. Tierri alcanzó una victoria (612) sobre su hermano Teodoberto en Tolbiac, sitio que ya anteriormente gozaba de celebridad. «Tan grande fue el número de los que murieron en uno y otro ejército, dice la Crónica de Fredeger, que no habiendo en aquel campo bastante estension para que los cadáveres pudieran caer al suelo, se mantuvieron de pies apiñados los unos sobre los otros, como si no se les

dejando flotar al aire los bucles de su cabellera.» (*Dimesiss capillorum flagellis barbarum plaudebat.* De Vit. Patrum). El preceptor de Dagoberto, Sandreghesil, debió llevar larga la barba, puesto que Dagoberto se la cortó. Por último, en el siglo XII los reyes derogaron la ley que prohibia á los siervos llevar la barba larga, y esta derogacion fue concedida á instancia de Pedro Lombardo, obispo de París y de otros muchos prelados. Al dar los eclesiásticos sus siervos para la guerra convirtiéndolos en soldados, exigieron que no se diferenciaran de las personas de condicion libre contra las que iban á pelear. Hé aquí, pues, cómo la cabellera larga forma una notable época histórica en los anales de Francia, y cómo ha servido para indicar el tránsito de la esclavitud á la libertad, y la transformacion de franco en francés. No debe, sin embargo, perderse de vista que tambien hubo galos llamados *Capillati*, *Crinosi*; una Galia, por decirlo asi, que llevaba larga cabellera, *Gallia comata*, que los bretones tenian tambien la misma costumbre (*Fredeger*) y que en la vida de varios santos galos, se ve que cuidaban de sus cabellos. ¿Será probable que al establecerse los francos entre los pueblos conquistados les obligaran á éstos á dejar sus antiguas costumbres? Todo cuanto en la historia de Francia se lea relativo á las cabelleras, es preciso referirlo á la nacion que ocupó victoriosamente su territorio.

No me detendré á examinar esa segunda invasion de los francos, cuya fecha suelen colocar en la época del advenimiento de los gobernadores de palacio de la raza carlovingia, invasion á la que esta raza habria debido la corona. Es muy cierto que no cesaron las guerras civiles entre los francos de la Austrasia y los de la Neustria; que esas guerras dieron el poder á los que sabian mas y que á esa circunstancia debieron los carlovingios su exaltacion sobre la raza de los merovingios, pero en nada de eso se descubren señales de haber ocurrido una nueva invasion. Mientras no se encuentren documentos históricos que confirmen esa opinion, me creo autorizado á no seguir la opinion de algunos hombres, cuyo mérito, sin embargo, me complazco en confesar.

En tiempos de la primera raza y hasta en los de la segunda hubo en las familias bárbaras reinantes un desórden no conocido entre las familias romanas que ocuparon el trono. Los príncipes francos tenian muchas esposas y muchas concubinas y se verificaba la reparticion de bienes entre los hijos de estas mujeres sin distincion de derechos de primogenitura ni de legitimidad.

La sociedad, por decirlo de una vez, en su composicion y descomposicion lenta y gradual, permaneció casi inmóvil en tiempo de los merovingios, y no se manifestó sensiblemente la trasformacion sino á fines de la segunda raza. Nada, pues, de importante puede examinarse durante los cinco primeros siglos de la monarquía francesa, no siendo la progresion ascendente de la Iglesia hácia el mas alto punto de su dominacion. No tardaré en ocuparme de este particular asi que lleguemos al principio de esa otra especie de barbarie que suele designarse con el nombre de edad media; barbarie de la que tomaron su orígen los pueblos modernos, cuando se verificó por completo la fusion de las razas paganas, cristiana y bárbara.

SEGUNDA RAZA.

Una de las antiguas falsedades históricas que han adquirido visos de verdad en fuerza de ser repetidas, es el calificar de usurpacion el advenimiento de Pipino al trono. Ya hemos hecho observar que en la monarquía electiva no puede caber mas usurpacion que la del monarca que la convirtiera en hereditaria. «Pipino fue elegido por parecer y consentimiento de todos los francos:» tales son las palabras testuales del primer continuador de Fredeger (cap. XII). Razon tuvo el papa Zacarías cuando habiendo sido consultado por Pipino, contestó: «Paréceme bueno y útil que sea rey el que sin tener el nombre de tal tiene el poder que le hace preferible al que ostentando el nombre de rey, carece de la competente autoridad.»

Por otra parte los pontífices en su cualidad de padre comun de los fieles no pueden tomar parte en esas cuestiones de derecho, ni deben reconocer mas que el hecho. Obrando de otro modo la Córte Romana se hallaria involucrada en todas las revoluciones política de los pueblos cristianos, y la caida del trono mas insignificante allá en los últimos confines del mundo, haria estremecer el Vaticano. «El príncipe, segun dice Eghinardo, se contentaba con llevar flotando el cabello y la barba larga; veíase reducido á una pension alimenticia designada por el gobernador de palacio: no poseia mas que una casa de campo que le producia una módica renta y cuando viajaba era en una carreta tirada por bueyes y conducida por un boyero á la manera de los aldeanos.»

Surgieron, sin duda, intereses que dieron apoyo á las realidades políticas. Los papas Gregorio II y Gregorio III habian tenido grandes relaciones con el gobernador de palacio Cárlos Martel, Pipino deseaba ser rey de los francos, asi como Zacarías deseaba sustraerse del yugo de los emperadores de Constantinopla, protectores de los iconoclatas, y de la opresion de los lombardos. San Bonifacio, obispo de Fayenza, que no necesitaba de la cooperacion de los francos para estender sus misiones por la Germania, fue el que medió como arreglador de este asunto entre Zacarías y Pipino. Sin embargo, éste creyó deber pedir su absolucion por la infidelidad cometida contra Childerico III al papa Estéban, á quien no debió servir de disgusto el ver que se reconocia su derecho de absolver y condenar.

Por otra parte, los duques de Aquitania se mantuvieron largo espacio de tiempo rehusando someterse á Pipino; mas adelante hasta en la tercera raza, los veremos renegar de Hugo Capeto y fechar los actos públicos: *Rege terreno deficiente, Christo regnante.* En aquella época Guillermo el Grande, duque de Aquitania no reconoció de un modo auténtico sino á Roberto, Hijo de Hugo: *Regnante Roberto, rege theosopho.* Hubieran sido ignoradas las causas secretas de las rudas guerras que Pipino de Heristal, Cárlos Martel, Pipino el Breve y Cárlos Martel hicieron á los aquitanos, si la carta de Alaon, impresa en los concilios de España, comentada é ilustrada por don Vaissette no demostrara que los duques de Aquitania descendian de Hariberto por Bagghis, ilustre familia que se ha ido perpetuando hasta Luis de Armagnac, duque de Nemours, muerto en la batalla de Cerignoles en 1503. De manera que los duques de Aquitania descendian directamente de Clodoveo y solo la fuerza pudo reducirlos á ser vasallos de una corona que habia pertenecido á sus padres. En la actualidad es curioso contemplar la mala fe ó la ignorancia de Eginardo, despues de haber dicho que Cárlos y Carloman sucedieron á su padre Pipino, añade: «La Aquitania no pudo gozar de larga paz á consecuencia de las guerras de que habia sido teatro. Un tal *Hunold*, aspirando al poder trastornó la tranquilidad, etc. Este tal Hunold era nada menos que hijo de Eudes, duque de Aquitania y padre de Waiffe, igualmente duque de Aquitania y heredero de la casa merovingia me he detenido en esas guerras de Aquitania, por no haber hablado ningun historiador, escepto Gaillard y La Bruere de la verdadera causa que las produjo: no deben, pues, imputarse mas que á una simple lucha entre lo pasado y lo presente, entre la primera raza y entre la segunda.

Pipino, electo rey en Soissons (751), derrotó á los sajones, y á ruegos del papa Estéban III, pasó á Italia para combatir á Adolfo rey de los lombardos, que amenazaba á Roma despues de haberse apoderado del exarcado de Rávena. Volviólo en efecto Pipino á conquistar, devolviólo al pontífice, y estableció los cimientos de la soberanía temporal de los papas.

A Pipino le sucedió su hijo que resucitó el imperio de Occidente, Carlomagno continuó la guerra contra los sajones por espacio de treinta y tres años, destruyó la monarquía de los lombardos en Italia, y contuvo á los sarracenos de España. La derrota de su retaguardia en Roncesvalles le grangeó una especie de celebridad novelesca que marcha al par de su verdadera gloria histórica.

Cuéntanse hasta cincuenta y tres espediciones militares de Carlomagno, segun el cuadro que de ellas ha presentado un historiador moderno. Observa monsieur Guizot con mucho criterio que la mayor parte no tuvieron mas objeto que contener y dar fin á las dos grandes invasiones de bárbaros del Norte y del Mediodía.

Carlomagno fue coronado emperador de Occidente en Roma por el Papa Leon III (800). Despues de un intervalo de 324 años, fue restablecido aquel imperio cuya sombra y cuyo nombre duran todavía despues de haber desaparecido su cuerpo y su poder.

El interés que naturalmente inspira el honor de un grande hombre ha sido causa de que casi todos los escritores hallan callado acerca del destino de los pri mos de Carlomagno. Pipino el Breve, dejó dos hijos, Carloman y Cárlos: Carloman dejó tambien otros dos Pipino y Siagro. El primero ha desaparecido de la historia y por mas de nueve siglos no se ha tenido noticia de la suerte del segundo. Un manuscrito de la abadía de Saint-Pons de Niza, remitido al obispo de Meaux dió por fin á conocer que Siagro abrazó el estado monástico en aquella comunidad, que llegó á ser obispo de Niza y mereció ser colocado en el número de los santos. De manera que al parecer solo á Bossuet estaba reservado el lavar de un crímen la memoria de Carlomagno.

Este monarca, que con objeto de estinguir las invasiones de los bárbaros, los habia ido á atacar hasta en su suelo nativo, fue el que vió las primeras velas de las embarcaciones de los normandos que con toda rapidez se alejaron de la costa que el emperador protegia con su presencia. Carlomagno, al presentarse á la vista aquellas embarcaciones se levantó de la mesa y asomándose á una ventana permaneció un momento inmóvil y con la vista fija en el Oriente: algunas lágrimas surcaban sus mejillas, y nadie se atrevia á interrumpir su silencio, hasta que él mismo satisfizo la curiosidad de los próceres que le rodeaban diciéndoles: «¿Sabeis, leales vasallos mios, la causa que me hace derramar estas lágrimas? No es que por lo tocante á mi persona me inspiren temor esos piratas. Duéleme de que viviendo yo, se hayan atrevido á insultar estas playas. Preveo los males que harán sufrir á mis descendientes y á sus pueblos.» (*Monge de Saint-Gall*).

Carlomagno al asociar al imperio á su hijo Ludovico-Pio (*Hlovigh le Debonnaire*), le dijo: «Hijo querido de Dios, de tu padre y de ese pueblo, tú que me has sido dado por Dios para consuelo mio, ya lo ves: mis dias avanzan: hasta la misma vejez se me escapa: el tiempo de mi muerte se acerca. . . . . .

«Cristo me concedió el honor de nacer en el país de los francos, y me ha permitido poseer los dominios paternales, que se han conservado en un estado no menos floreciente que cuando los recibí. Soy el primero de los francos que ha recibido el dictado de César y he trasportado á la raza de los francos el imperio de la raza de Rómulo. Recibe mi corona, oh hijo mio, siendo Dios propicio, y con ella las insignias del poder... Cárlos abrazó tiernamente á su hijo y le dió el postrer adios.» (*Ermold Nigel*).

El anciano cristiano Carlomagno llorando á la vista del mar por el presentimiento de las calamidades que iban á caer sobre su pátria asi que él dejara de existir; asociado al imperio con un corazon eternamente paternal á ese hijo que debia ser tan desgraciado padre; refiriendo á ese mismo hijo su historia, diciéndole que se honraba de haber nacido en el país de los francos y que á la raza de estos habia trasportado el imperio de la de Rómulo; Carlomagno anunciando que se le acababan sus dias y que hasta la misma vejez se le escapa, son hermosas escenas que están esperando al futuro pintor de la historia francesa. Las últimas palabras de un padre en medio de sus hijos tienen algo de triste y de solemne: el género humano es la familia del grande hombre y es la que le rodea en su lecho de muerte.

El poeta de Ludovico hace proceder la palabra Hlunovicus de la diccion latina *Ludus*, ó lo que es aun mas positivo de las dos palabras teutónicas, *Hlut*, famoso y *Wigh*, dios de la guerra. Ludovico Pio fue por desgracia demasiado buen estudiante, sabia el griego y el latin, y es indudable que la educacion literaria dada á los hijos de Carlomagno, fue una de las causas que contribuyeron á la pronta degeneracion de su raza. Ludovico heredó el título de emperador y rey de los francos, y al otro hijo de Carlomagno, Pipino, le tocó en herencia el reino de Italia.

El primero de estos dos hermanos asoció su hijo Lotario al imperio (817); al otro hijo llamado Pipino dió el ducado de Aquitania, y á Luis el reino de Francia: de manera que de los cuatro hijos que tuvo, solo el último llamado Cárlos el Calvo, habido en su segunda esposa Judit, fue el que por de pronto no participó de la herencia.

Las disputas ocurridas entre Ludovico Pio y sus hijos le dieron por resultado el ser depuesto y restaurado dos veces en el trono, hasta que por último espiró (840) de inaccion y disgusto.

No tenia Cárlos el Calvo mas que diez y siete años de edad cuando ocurrió la muerte de su padre, y era ya rey de Francia, de Borgoña y de Aquitania. Unióse á su tio Luis, rey de Baviera contra Lotario, emperador y rey de Italia y Roma, dando en Borgoña la batalla de Fontenai (23 de junio de 841) y quedando vencedores de Lotario y del jóven Pipino, hijo de Pipino, rey de Aquitania, cuyos despojos habian sido dados por Ludovico Pio á Cárlos el Calvo.

Dícese que en esta batalla llegaron á cien mil el número de cadáveres que quedaron en el campo: lo cual es una manifiesta exageracion. (Véase *la sabia Disertacion del abate Lebreuf*). Mas debe tenerse presente que los combates eran estremadamente sangrientos entre los francos, y que el órden profundo que su infantería afectaba, solia producir estraordinarios resultados. Tierri alcanzó una victoria (612) sobre su hermano Teodoberto en Tolbiac, sitio que ya anteriormente gozaba de celebridad. «Tan grande fue el número de los que murieron en uno y otro ejército, dice la Crónica de Fredeger, que no habiendo en aquel campo bastante estension para que los cadáveres pudieran caer al suelo, se mantuvieron de pies apiñados los unos sobre los otros, como si no se les

hubiese acabado la vida.» (*Stabant mortui inter cæterorum cadavera stricti, quasi viventes*, capítulo XXXVIII).

Uno de los primeros historiadores modernos monsieur Tierri ha fijado con rara perspicacia el principio de la trasformacion del pueblo franco en nacion francesa, en la batalla de Fontenai. Habiendo sufrido la mayor pérdida las tribus que aun conservaban el uso del idioma germánico, hicieron los vencedores prevalecer gradualmente sus costumbres y la lengua romana. Aquella batalla preparó tambien bajo otro concepto una revolucion: habiendo perecido en ella la mayor parte de los jefes francos, así como la nobleza de Francia en los campos de Crecy, fue causa de que los jefes de segundo órden pudieran elevarse lo mismo que acaeció tambien con la nobleza de inferior ge-

CÁRLOS MARTEL.

rarquía despues de las derrotas de Crecy y de Poitiers. De aquellos francos de segundo órden, establecidos en sus posesiones feudales provino en tiempo de la tercera raza la alta nobleza de Francia.

Retirado el emperador Lotario en Aix la Chapelle, levantó un nuevo ejército de sajones y de neustrianos. Entonces ocurrió el juramento y el tratado entre Cárlos y Luis, escrito y pronunciado en los dos idiomas del imperio, á saber, el romano y el tudesco. Debe, sin embargo tenerse presente que ademas de estos dos idiomas se conservaba todavía el célico puro que se distinguia de la lengua *gala ó romana* como lo atestigua este pasaje de Sulpicio Severo: «*In vero Celtique, vel si mavis galle loquere*, esto es, hablad como querais en céltico ó en galo. En medio de aquellos trastornos aparecieron los normandos que con los galo-romanos, los burgundos ó borgoñeses, los visigodos, los bretones, los vascos ó gascones y los

francos debian acabar de componer la nacion francesa. Roberto el Fuerte, bisabuelo de Hugo Capeto y duque de París, murió de un flechazo peleando contra los normandos de los alrededores de Mans.

El emperador Lotario, príncipe turbulento, perseguidor de su padre y hermanos, murió (855) despues de haber vestido el hábito monacal.

Cárlos el Calvo, fue envenenado por el judío Sedecías, en una aldea al pie del monte Cénis, al regresar á Francia (3 octubre 877).

Luis el Tartamudo, subió al trono de los francos y fue consagado emperador por el papa Juan VIII. Carloman, hijo de Luis el Germánico, le disputó el imperio y llegó tal vez á ser emperador, pero despues de la muerte de Carloman, obtuvo el imperio su hermano Cárlos el Craso.

Volvió el emperador Cárlos el Craso á ser rey de Francia por la esclusion de Cárlos, hijo de Luis el Tartamudo, y poseyó casi todos los Estados de Carlomagno. En esa época ocurrió el sitio de París por los normandos, que duró por espacio de dos años, y que al fin hizo Cárlos el Craso levantar por medio de un tratado vergonzoso. Habia éste acumulado sobre su persona tantos desprecios como grandezas, y al morir (888) ya le habian despojado de su dignidad imperial.

Cárlos, hijo de Luis el Tartamudo, fue propuesto para el imperio, mas fue desechado, así como lo habia sido cuando fue propuesto para rey de Francia. Armildo, bastardo del emperador Carloman, sucedió en el imperio á Cárlos el Craso, siendo proclamado rey de los francos Eudes, conde de París, hijo de Roberto el Fuerte. Eudes habia defendido aquella ciudad contra los normandos. Cárlos III fue, por último, proclamado rey (892) en la ciudad de Laon. Repartiéronse Eudes y Cárles el poder, quedándose

CARLOMAGNO.

el primero con el país que media entre el Sena y los Pirineos, y el segundo con el que se estiende desde el Sena hasta el Meuse.

Despues de la muerte de Eudes (898), Cárlos III llamado el Simple, absorbió bajo su poder la monarquía entera, y entonces principiaron las guerras particulares entre los jefes convertidos en soberanos de las provincias de que habian sido gobernadores. En Saint-Clair, sobre el Eptsa, se confirmó (912) el tratado en virtud del cual Cárlos el Simple daba su hija Gisela por esposa á Rolon, cediéndole aquella parte de la Neustria á que los conquistadores habian dado ya su nombre. Rolon la poseyó con título de ducado, con la condicion de mantenerse tributario de Cárlos y abrazar el cristianismo; tambien obtuvo el señorío directo é imediato de la Bretaña; sobresalió como hombre eminente en lo relativo á la justicia y á la espada, y fue caudillo de aquel pueblo que abrigaba en su seno algun principio de vitalidad y creacion, capaz de contribuir á la organizacion de otros pueblos.

Habiendo muerto Luis IV, y viéndose Cárlos reducido á estrechos límites por motivo de los señoríos que le habian usurpado, no pudo intervenir de un modo conveniente y dió lugar á que el imperio se escapara de la línea de los reyes de Francia. Conrado, duque de Franconia y Enrique I, vástago de la casa imperial sajona, fueron electos emperadores. El hijo de Enrique Oton, llamado el Grande, coronado en Roma (962), reunió el reino de Italia al reino de Germania.

Roberto, hermano del rey Eudes, fue proclamado soberano y consagrado en Reims (922). Cárlos el Simple le presentó la batalla, le derrotó y le quitó la vida. Lleno de asombro por la victoria, corrió á refugiarse cerca de Enrique, rey de Germania y le cedió una parte de la Lotingaria. Desde allí pasó á ver á Herberto, conde de Vermandois, desde donde cayó en la tumba (929). Ogina, hija de Eduardo I, rey de los ingleses, se retiró á Lóndres al lado de su hermano Adelstan, llevando consigo á su hijo Luis, que en lo sucesivo tomó el nombre de *Ultra-marino*.

En 923 intentaron dar la corona á Hugo, que la cedió á su cuñado Raoul, duque y conde de Borgoña; éste nunca llegó á ser reconocido por rey en las provincias meridionales de la Francia, y murió en Autum en 936. Hugo, llamado el Grande, segun dice el abate Le Blanc, tampoco quiso admitir la corona, y se la ofreció á Luis el Ultramarino, hijo de Cárlos el Simple, en virtud de lo cual subió al trono á los diez y seis años de edad.

Una caida de caballo le costó la vida (954), dejando ya dos hijos, Lotario y Cárlos, duque de Lutingaria. El primero de éstos fue elegido rey bajo la tutela de Hugo el Grande, y como el reino habia quedado reducido á límites muy pequeños, no pudo ser repartido entre los dos hermanos. Habiendo Hugo fallecido (956) vió Lotario reducidos sus Estados por invasion de poderosos vasallos á la ciudad de Laon, miserable término en que habia venido á parar el dilatado patrimonio de Carlomagno. Cárlos VII fue tambien *rey de Bourges*, pero salió de esta ciudad para reconquistar su reino, en tanto que Lotario jamás llegó á adquirir todos sus dominios. Por último, un veneno que le propinó su mujer, hija de Lotario, rey de Italia, puso fin á su vida en Reims durante el 896. Su hijo, Luis V, muy impropiamente llamado el Perezoso, fue el último monarca de la raza carolingia. Al cabo de un año de reinado sufrió la misma suerte que su padre, siendo envenenado por su esposa Blanca de Aquitania. No habiendo dejado sucesion, se presentó su tió Cárlos con pretensiones á la corona; mas la eleccion recayó en favor de Hugo Capeto, duque de los Franceses. Hugo dió principio á la raza de aquellos monarcas de los cuales hemos visto caer del trono al último descendiente: fuerza es conocer la grandeza que acompañó á esa raza por el vacío y por el trastorno que su caida ha causado y sigue causando en el mundo.

Ningun cambio notable en las costumbres ni en el gobierno ofrecen los sesenta primeros años de la segunda raza, sigue marchando la sociedad sin separarse de sus bases romanas aunque el supremo poder pasa á manos de otros conquistadores. Esta época presentó todavía mayor semejanza con los tiempos anteriores por el restablecimiento del imperio de Occidente. Carlomagno, bajo el punto de vista militar, no hizo mas que lo que otros muchos emperadores hanbian hecho anteriormente: trasportóse de una en otra de las diversas provincias del imperio, á fin de rechazar los bárbaros, así como Probo, Aureliano, Diocleciano, Constantino y Juliano habian corrido de un estremo del mundo al otro impelidos por la misma necesidad. Tampoco le faltaban á Carlomagno modelos que imitar por lo tocante á la legislacion y á las letras; los emperadores mas oscuros y hasta los más débiles, se habian distinguido por la promulgacion de leyes y por el establecimiento de escuelas, pero es preciso convenir en que aquellas nobles empresas de Carlomagno produjeron resultados de mas elevado carácter, y que fue muy meritorio el que un soldado teutónico mandara hacer una coleccion de las poesías de los antiguos germanos, que «*pusiera nombre á cada uno de los doce meses, y de los doce vientos, pues antes de Carlomagno no se les llamaba mas que colectivamente viento cardinal*, fue muy meritorio en un soldado teutónico *el vestirse á la moda de Francia, llevando en invierno un capoton forrado de pieles de nútria ó de martas*; en un soldado que *levantaba á puño á un caballero armado, y con su espada lo dividia en dos partes á pesar de la armadura.*» (Chron. Saint-Denis.)

En la córte de los reyes de las dos primeras razas se vuelven á ver figurar los mismos empleos y dignidades que en la de los césares, á saber, duques, condes, cancilleres, refrendarios, camareros, domésticos condestables y mayordomos de palacio: solo Carlomagno conservó la primitiva sencillez de los francos, á pesar de haber sus antecesores y sucesores afectado la magnificencia romana. Se ve que al lado de Ludovico Pio, Herold, el danés, llevaba una clámyde de púrpura, adornada de piedras preciosas y bordada de oro: su esposa, merced á los favores de la reina Judit, llevaba tambien una túnica bordada de oro y recamada de pedrería, una diadema cubria sus sienes y las puntas de un largo collar venian á caer sobre su seno. En otras prendas del trage que aquella reina danesa vestia, brillaban las perlas entre los elegantes trenzados de tisú de oro; de este precioso metal era tambien e ancho capuchon que cubria sus espaldas: en fin, puede decirse que eran unos salvajes que se adornaban á su gusto con las telas y con las riquezas del guarda-joyas del imperio. El niño Cárlos (Cárlos el Calvo) *pudo en una brillante caceria herir con sus diminutas armas á una corza que sus jóvenes compañeros le trajeron, por decirlo así á las manos.* No decia mas Virgilio hablando de Ascanio.

Las Capitulares de Carlomango, relativas á la civilizacion civil y religiosa, no hacen mas que reproducir con poca diferencia lo que dicen sobre la materia las leyes romanas y los cánones de los concilios; mas los concernientes á la legislacion doméstica, presentan curiosos detalles por lo tocante á las costumbres.

La Capitular de *Villis fisci* se compone de setenta artículos, que probablemente fueron compilados de algunos otros muchos Capitulares.

Los administradores del patrimonio tienen obligacion de presentar en el sitio donde resida el emperador el dia de San Martin todos los potros de cualquiera edad que sean para que el emperador despues de haber oido misa pueda revisarlos.

En el corral de las principales granjas debe haber por lo menos cien gallinas y treinta patos.

Constantemente habrá en las mismas carneros, cerdos y por lo menos dos cebones, á fin de que en caso de necesidad puedan ser llevados al palacio del emperador.

Los administradores cuidarán de que se sale el tocino, y de la buena coleccion de los chorizos y longanizas, del vino, vinagre, jarabe de moras, salsa de mostaza, queso, manteca, cerveza, hidromel, miel y cera.

Conviene al decoro de las casas donde el emperador habite, que los administradores cuiden de que haya en ellas gorrinas, pavos, faisanes, patos, pichones, perdices y tórtolas.

Los inquilinos de las granjas suministrarán á las manufacturas del emqerador lino, lana y materias para teñir y cardar la lana, aceite y jabon.

Cuidarán los administradores que en los lagares no se pise la uva con los piés: Carlomagno y la reina, cuya mútua voluntad se espresa en todos estos detalles, quieren que en la elaboracion del vino se proceda con la mayor limpieza.

Por los artículos 39 y 65 se manda vender en el mercado, en provecho del emperador, los huevos que sobren al consumo de las granjas y los peces de los criaderos.

Los carros que han de servir de bagajes al ejército deben hallarse siempre en el mejor estado y los toldos de las literas deben ser de buen cuero y estar cosidos de manera que en caso necesario puedan servir para pasar un rio.

En los jardines del emperador y la emperatriz se cultivarán toda clase de plantas, legumbres y flores: rosas, yerbas balsámicas, sálvia, cohombros, judías, lechugas, cebollas, etc.

Quien tan minuciosamente arreglaba los detalles de su casa en union de su esposa, quien mandaba vender en el mercado los huevos de sus granjas, era nada menos que el restaurador del imperio de Occidente, fundador de los nuevos estudios; era el que estendiendo sus brazos en medio de Francia contenia por la

parte del Norte y del Mediodía los últimos esfuerzos de una invasion que llevaba seis siglos de duracion; era nada menos que todo un emperador Carlomagno.

Cuando hable de la época caballeresca haré ver que su orígen debe atribuirse á la segunda raza, y que al trasformar los romanceros del siglo XI á Carlomagno en caballero, segun el sentido que damos á esta palabra, han sido mas puntuales que lo que vulgarmente se cree respecto de la verdad histórica.

Las Capitulares de los reyes francos gozaron de la mayor autoridad: los papas las observaron como leyes y los germanos se sometieron tambien á ellas hasta el reinado de los Otones, en cuya época los pueblos transrinianos desecharon el nombre de francos de que hasta entonces se habian envanecido. Cárlos el Calvo en el edicto de Pitres (cap. VI), nos revela cómo se redactaba el capitulario: « La ley, dice aquel príncipe, llega á ser irrefragable por el consentimiento de la nacion y la constitucion del rey.» Verificábase en las provincias la publicacion de las Capitulares redactadas con el consentimiento de las asambleas nacionales por los obispos y los comisionados régios, *missi dominice.*

Las Capitulares fueron obligatorias hasta que en tiempo de Felipe el Hermoso, fueron reemplazadas por las ordenanzas. Rhenano las sacó del olvido en 1531: habian ya sido coleccionadas, aunque incompletamente en dos libros por Angesise, abad de Fontenelles (y no por Lobes) hácia el año 827. Benito, de la iglesia de Mayena, aumentó la coleccion en 815 y Vito publicó la primera edicion impresa de las Capitulares en 1545.

Las asambleas generales en que se trataban los negocios de la nacion se reunian dos veces al año, donde quiera que el rey ó el emperador las convocaba. El monarca proponia el objeto de la Capitular y la deliberacion se verificaba á cielo descubierto si el tiempo lo permitia, y sino, en salones preparados anticipadamente para el objeto. Los obispos, abades y el clero de alto rango, se reunian aparte, y los condes y principales jefes militares hacian lo mismo. Cuando unos y otros lo juzgaban conveniente, se reunian, y el monarca autorizaba con su presencia la asamblea: el pueblo estaba escluido de ella; pero despues de confeccionada la ley, se le llamaba para sancionarla. (Hincmar. Hunold). La libertad individual del franco se fue poco á poco cambiando en libertad política de aquel género representativo no conocido de los antiguos. Las asambleas de los siglos VIII y IX eran verdaderos Estados, tales como los que volvieron á reproducirse en tiempos de San Luis y Felipe el Hermoso; pero los Estados de los carlovingios tenian una base mas lata porque estaban mas próximos á la independencia primitiva de los bárbaros: el *pueblo* existia aun durante las dos primeras razas, pero desapareció en la tercera para renacer bajo la forma de *siervos ciudadanos.*

Esa libertad política carlovingia perdió prontamente lo que le quedaba de popularidad y tomó carácter puramente aristocrático cuando la division creciente del reino privó de toda fuerza á la monarquía.

Administrábase durante la monarquía franca la justicia con arreglo á lo instituido por los romanos; pero los reyes de la cabellera establecieron, con objeto de oponerse á la corrupcion de la justicia, los *missi dominici*, especie de jueces ambulantes que tomaban conocimientos de las causas y daban su fallo en nombre del soberano, usando particularmente de severidad contra los magistrados prevaricadores. Al tratar del feudalismo y los parlamentos haré ver cómo en los pueblos modernos fue el orígen de la justicia diverso que entre los griegos y latinos.

Bajo los sucesores de Carlomagno tuvo lugar la gran revolucion social que cambió el mundo antiguo en mundo feudal, y fue el segundo paso de la libertad general de los hombres, ó sea el tránsito del estado de *esclavitud* á la *condicion de siervo*. En su lugar conveniente esplicaré esa notable transformacion.

Carlomagno, como todos los grandes hombres, absorbió por la atraccion natural de su genio la administracion y el gobierno social en su propia persona, mas esa unidad desapareció al fallecer aquel soberano y los que habian visto el modo con que fue acumulándose su imperio, tuvieron que lamentar su division.

Careciendo de familia Alejandro Magno, entregó a sus generales los dospojos de la conquista como si hubieran sido hijos suyos: no quiso al dejar la Mecedonia reservase mas que la esperanza, y al dejar la vida no pudo retener mas que la gloria. Diferente era la situacion de Carlomagno, pues al paso que aquel dada, por decirlo así, fin á un mundo antiguo, este inauguraba un nuevo órden de cosas. Carlomagno repartió el imperio entre sus tres hijos, y estos á su vez lo fraccionaron entre los suyos. Al morir Carlos el Craso (888) ya estaba dividida en siete monarquías la monarquía del hijo de Carlos Martel, á saber: el reino de Francia, el reino de Navarra, el reino de Borgoña cisjurana, el reino de Borgoña transjurana, el reino de Lorena, el reino de Alemania, y el reino de Italia. Carlos el Calvo, estableció el órden hereditario, diciendo: «Si despues de nuestra muerte tiene alguno de nuestros leales vasallos un hijo ó algun otro pariente... sea dueño de trasmitirle sus beneficios y honores del modo que le plazca.» Esto en realidad no era mas que cambiar el hecho en derecho; pues los duques, los condes y los vizcondes ya retenian en su poder las fortalezas, ciudades y provincias, cuyo gobierno les habia sido conferido. A fines del siglo IX se contaban ya veinte y nueve feudos ó soberanías aristocráticas, cuyo número llegó hasta cincuenta y cinco al siglo de haber caido la raza carlovingia. A medida que estos pequeños Estados feudales se iban aumentando, disminuian los grandes Estados monárquicos. Las siete monarquías existentes en tiempo de Carlos el Craso, quedaban reducidas á cuatro al ceñir Hugo Capeto la corona.

Los feudos usarpados dieron orígen á las casas aristocráticas que vemos surgir en aquella época: entonces fue cuando los bárbaros dejaron sus apodos germánicos, añadiendo á sus nombres cristianos las denominaciones de los terrenos, cuyo patronazgo habian tomado por su cuenta. De manera que el nombre propio de los lugares ha precedido el nombre propio de los individuos. El salvaje da al terreno una denominacion tomada de sus accidentes, cualidades ó productos antes de adjudicarse á sí mismo una denominacion particular que le distinga en la gran familia del género humano. Podria darse el caso de existir detalles geográficos de un modo que no tuviera ni un solo habitante.

El noble propiamente dicho en el sentido actual de la palabra principió á figurar á fines de la segunda raza. La nobleza titulada que Constantino estableció en lugnr del patriciado, se infiltró entre los francos por su mezcla con las generaciones romanas, por los empleos que ocuparon en el imperio y por la influencia íntima que los vencidos ejercieron despues de civilizados sobre sus rústicos vencedores.

La misma causa produjo iguales efectos en las demás regiones de Europa: el monarca ya no fue mas que el titulado jefe de una aristocracia religiosa y política, cuyos círculos concéntricos si iban sucesivamente estrechando alrededor de la corona. En cada uno de estos círculos se inscribian otros con centros acomodados á su movimiento; de modo que la monarquía vino á ser el eje en derredor del cual giraba aquella complicada esfera, república compuesta de diversas tiranías.

La Iglesia fue la que mas influyó en la creacion de semejante sistema; habiendo llegado al apogeo de sus instituciones en el período que las dos primeras razas

transcurrieron hasta desaparecer, la Iglesia se apoderó del hombre en toda la plenitud de sus facultades; ni aun en la actualidad puede el observador estender la vista sin echar de ver que el estraordinario órden de cosas de donde hemos tomado orígen, ha sido casi enteramente obra de la religion y de sus ministros.

En los *Estudios Históricos* hemos presentado el cristianismo avanzado al través de los siglos, cambiando no de principio, sino de medio, de edad en edad, modificándose á fin de adaptarse á las sucesivas modificaciones sociales, tomando incremento por las persecuciones y sublimándose cuando las intituciones de orígen humano se desplomaban. La Iglesia (téngase cuidado en distinguirla de la comunidad cristiana, como que es la forma visible de la fé y la constitucion política del cristianismo) se iba organizando mas y mas: sus milicias se estendian desde el Oriente al Occidente y Benito acababa de fundar su célebre Orden en el monte Casino.

Con la práctica habian ya los concilios adquirido mas regularidad: celebrábanse mas metódicamente y se comprendia mucho mejor el límite de su influencia. Los concilios sirvieron de modelo á los cuerpos deliberantes de las dos primeras razas, y los prelados que en la sociedad religiosa eran reputados como próceres, fueron llamados á ejercer esa misma categoría en el órden político, y como ademas figuraban por su inteligencia, como caudillos de la civilizacion, naturalmente tuvieron que ocupar un puesto en las categorías mas elevadas del Estado, segun claramente lo acreditan numerosísimos documentos de las dos primeras razas.

La compensacion por el asesinato de un obispo costaba con arreglo á la ley sálica 900 sueldos de oro, en tanto que por la muerte dada á un franco no se pagaban mas que 200. Se podia dar muerte á un romano convidado del rey por 300 sueldos á un habitante de su casa por 600.

Uno de los primeros actos de Clodoveo está dirigido á los obispos y abades, á los hombres ilustres y á los magníficos duques, etc. *Omnibus episcopis abbatibus*, etc. Otro tanto hizo Clotario en 516.

Gontran y Chilperico remitian el arreglo de sus desavenencias al buen juicio de los *obispos* y de los ancianos del pueblo: *ut quidquid sacerdotes vel seniores populi judicarent*. Y elegian por medianeros á los *sacerdotes mediantibus sacerdotibus*. Clotario II reunió á los *obispos* de Borgoña para deliberar sobre los asuntos del Estado y sobre la salvacion de la patria: *Cum pontifices et universi proceres regni sui... pro utilitate regia et salute patriæ conjunxissent* (627).

Los obispos son siempre los primeros de cuyo nombre se hace mencion en los diplomas; no hay asamblea en que no se les vea figurar: sentencian los pleitos juntamente con los reyes, y su nombre figura al pie de la sentencia inmediatamente despues del rey: eran soberanos en sus ciudades episcopales; administraban justicia, acuñaban moneda é imponian contribuciones de dinero y de sangre: Savarik, obispo de Auxerre se apoderó del territorio de Orleans, de Nivernais, de Tonerre, de Avalon y de Troyes y los incorporó á sus dominios. En el campamento el clérigo se llamaba *abad de los ejercitos*.

La unidad de la Iglesia que por la doctrina habia llegado á establecerse, adquirió nueva solidez mediante la creacion del poder temporal de la córte de Roma. Al ceñirse el pontífice la corona, se aumentó su influencia política y pudo tratar de igual á igual con los soberanos. Por esta razon se ve que los pontífices autorizan con su firma el testamento de los reyes, aprueban ó desaprueban la reparticion de sus Estados y llegan, por último, á tal esceso de autoridad, que disponen de los cetros, y hacen que los emperadores vengan á besarles los pies. Y téngase presente, que ese poder sin ejemplo en la tierra, no era, sin embargo, mas que un poder de opinion, pues los papas, que de ese modo hacian respetar al mundo su tiara, eran apenas obedecidos en la ciudad de Roma.

Al elevarse los sucesores del pescador al rango de soberanos, se elevaron tambien los obispos; la mayor parte de los prelados alemanes eran príncipes, y por una coincidencia natural, pero singular, resultó que al hacerse electivo el imperio, sus altos dignatarios entraron en el órden hereditario, de manera que el elegido fue amovible y los electores quedaron en la opuesta condicion.

Al caer Roma en manos de los pontífices dió incremento á la autoridad de la supremacía de éstos con la alta celebridad de su nombre, y con la ilusion de sus pasadas grandezas: reconociéndola hasta los mismos bárbaros como antigua fuente del poder, pareció que Roma volvia á entrar en una nueva existencia y proseguia siendo la ciudad eterna.

La córte teocrática imprimia movimiento á la sociedad universal, y así como en todas partes habia fieles, existia tambien la Iglesia en todos los sitios. Su jerarquía que principiaba en el obispo y se remontaba hasta el soberano pontífice, descendia hasta el último miembro de la parroquia al través del sacerdote, del diácono y subdiácono, del párroco y el vicario. Al esterior del clero secular figuraba el clero regular, inmensa milicia que por sus constituciones abarcaba cuantos accidentes y necesidades pudiesen afligir á la sociedad civil. Para todas las clases de enseñanzas ó de sufrimientos habia eclesiásticos y frailes. Jamás el sacerdote soltero de la unidad católica dejó, como el ministro casado disidente de esa comunion, de hacer frente á las calamidades populares: su destino era morir en tiempos de peste socorriendo á los apestados, debia morir en tiempos de guerra defendiendo el país y montando á caballo á pesar de la prohibicion canónica; debia ofrecer tal vez su vida á las llamas si ocurria un incendio ó perderla por rescatar cautivos. A su religiosa autoridad están confiadas la cuna y la tumba; cuando llegaba á ser hombre el niño educado por el clero, recibia de manos de éste la esposa que le habia de servir de compañera durante el resto de su vida. Habia comunidades de virtuosas mujeres destinadas á proporcionar iguales ventajas de educacion y asilo á las de su sexo, y por último la soledad de los claustros brindaba al estudio profundo y era seguro puerto contra la violencia de las pasiones. Bien se echa de ver que un sistema religioso tan íntimamente enlazado con la sociedad, debia ser la esencia, digámoslo así, del mismo órden social.

Las riquezas del clero, tan considerables ya en tiempo de los emperadores romanos que tuvieron éstos que ponerles coto, se fueron aumentando hasta el siglo XII, por mas que no pocas veces en las apremiantes necesidades del Estado, fueron confiscadas y vendidas. El monasterio de San Martin de Autun en tiempo de los merovingios, poseia cien mil medidas de tierra de las conocidas entonces con el nombre de *manses*. Con cada una de estas medidas podia mantenerse un inquilino con su familia y pagar los alquileres al propietario. La abadía de Saint-Riquier, mas rica aun que el monasterio de que acabamos de hablar, nos revela lo que era una ciudad de Francia en el siglo IX.

Herik presentó en 831 un estado de los bienes de esa abadía á Ludovico Pio: En la ciudad de Saint-Riquier, propiedad de los monges, habia dos mil quinientas *manses* pertenecientes á seculares, y por cada una pagaban doce dineros, tres sestarios de trigo, de avena y de habas, cuatro gallinas y treinta huevos. Cuatro molinos debian seiscientos almudes (muids) de trigo mezclado, ocho cerdos y doce vacas. El mercado producia semanalmente cuarenta sueldos de oro y veinte el portazgo. Trece hornos pagaban anualmente diez sueldos de oro cada uno, trescientos panes y treinta pasteles en tiempo de letanías. El cura de San Mignel pagaba una renta de quinientos sueldos de oro, distribuidos en limosnas por los hermanos de la abadía. Lo que eventualmente producian en el curso del año los entierros de los pobres y los estranjeros, se calculaba en cien sueldos de oro distribuidos igualmente en limosnas. El abad daba diariamente cinco sueldos de ero á los mendigos; alimentaba trescientos pobres, ciento cincuenta viudas y sesenta clérigos. Los casamientos producian una renta anual de veinte libras de plata en peso, y sesenta y ocho el fallo de las causas judiciales.

La calle de los Mercaderes (en la ciudad de Saint-Riquier) pagaba anualmente á la abadía una pieza de tapicería de valor de cien sueldos de oro, y la calle de los Herreros toda la herramienta que la abadía necesitara. La calle de los fabricantes de escudos tenia la obligacion de encuadernar los libros de la abadía, lo cual se apreciaba en treinta sueldos de oro. La calle de los Guarnicioneros suministraba las sillas que fuesen necesarias para las caballerías del abad y las de los hermanos; la calle de los Panaderos entregaba cien panes semanalmente; la calle de los Escuderos estaba libre de toda carga (*vicus serventium per omnia liber est*); la calle de los Zapateros daba calzado á los criados y cocineros de la abadía; la calle de los Carniceros tenia que suministrar anualmente quince *sextarios* de grasa; la calle de los Batineros suministraba colchones de lana para los monges, y la calle de los Curtidores todas las pieles que fuesen necesarias; la calle de los Vendimiadores daba cada semana diez y seis *sextarios* de vino y la calle de los Bodegoneros, finalmente, uno de aceite; la calle de los Ciento diez *Milites* (caballeros), debia tener constantemente en buen servicio para cada uno de ellos un caballo, un escudo, una espada, una lanza y las demás armas.

La capilla de los nobles pagaba anualmente doce libras de incienso y de perfumes, y las cuatro capillas del pueblo comun (*populi vulgaris*), cien libras de cera y tres de incienso. Las ofrendas presentadas semanalmente al sepulcro de Saint-Riquier, valian dos marcos, ó sea trescientas libras de plata.

Sigue el inventario de los vasos de oro y plata de las tres iglesias de Sant Riquier, y el catálogo de los libros de la biblioteca. A continuacion viene la lista de las poblaciones dependientes de la ciudad, que eran en número de veinte, á saber: Buniac, Vallés, Drusiac, Leuville, Gaspane, Guibrantium, Bagarde, Cruticelle, Croix, Civinocurtis, Haidulficurtis, Maris, Nialta, Langradus, Alteica, Rochinismons, Sidrunis, Concilio, Buxudis é Ingoaldicurtis. En esos pueblos habia algunos vasallos de Saint-Riquier, que poseian tierras á título de beneficios militares. Contábanse ademas otras trece poblaciones, sin ninguna clase de feudos; y esas poblaciones segun dice la noticia á que aludimos, mas bien que aldeas podrian llamarse villas ó ciudades.

En la ennumeracion de las iglesias, villas, aldeas y terrenos dependientes de Saint-Riquier, figuran los nombres de cien caballeros adictos al monasterio, los cuales en las festividades de Navidad, Pascuas y Pentecostés, componian alrededor del abad un acompañamiento casi regio. En resúmen, el monasterio poseia la ciudad de Saint-Riquier, trece poblaciones considerables, treinta aldeas y un número infinito de casas de campo, de todo lo cual sacaba una inmensa renta. Solo las ofrendas de plata presentadas en la tumba del santo subian anualmente á quince mil seiscientas libras de plata en peso, casi dos millones numéricos de la moneda corriente en la actualidad.

Clovdoveo dió á la iglesia de Reims tierras en la Bélgica, Turingia, Austrasia, Septimania y Aquitania; además regaló al obispo, de cuya mano habia recibido el bautismo, todo el espacio de tierra que pudiese recorrer mientras que él (Clodoveo) durmiera la siesta. La iglesia de Besanzon era una soberanía: vasallos feudades del arzobispo de esta iglesia eran el vizconde de Besanzon y los señores de Salins, de Montfaucon, de Montferrand, de Durnes, de Montbeliard, de Sanit-Seine y hasta el mismo conde de Borgoña por su señorío de Gray de Vesoul y Choye.

Carlomagno en 805 mandó renovar el testamento de Abbon en favor del monasterio de la Novalaise, mencionando con este motivo los nombres de todos los terrenos que se le adjudicaban. Mr. Lancelot ha tratado de indagar la situacion de aquellos terrenos redactando un d cumento que ofrece no poco interés.

Imposible seria reducir á cálculo la cantidad de oro y plata acuñada ó empleada en objetos artísticos que existia en aquellos siglos: solo puede decirse que seria extremadamente considerable atendiendo á la opulencia de las iglesias, y la increible abundancia de limosnas y ofrendas y á la multitud infinita de contribuciones. Los bárbaros habian despojado al mundo, y sus rapiñas quedaron en los sitios donde ellos se establecieron; en la actualidad sabemos que un ejército fecunda los campos que se propone arrasar.

La única cosa que merece ocupar nuestra atencion por lo tocante á las riquezas del clero, es el indagar de qué manera sirvieron á la sociedad, y de cuál otra propiedad se compusieron.

En tiempo de las razas merovingia y carlovingia dominaba el derecho de conquista: no fueron arrebatadas las tierras á los propietarios por efecto de una ley positiva, antes por el cantrario, el hecho debió estar y estuvo frecuentemente en oposicion con el derecho. ¿Quién podia impedir que un franco se apoderara cuando quisiese del campo de un galo-romano? Cuando Clodoveo donó á San Remigio el espacio de terreno que el Santo pudiera recorrer en tanto que el rey durmiera (1), es indudable que el Santo pasó por terrenos que tenian dueño, y que dejaron de pertenecerle así que el rey se dispertó. Pero esos terrenos que cambiaron de propietarios no cambiaron de régimen, y este es el punto sobre el cual todas las nociones históricas han sido falseadas.

Preséntanse á la imaginacion las posesiones de un monasterio como una cosa sin relacion de ningun género con lo que anteriormente existia, y eso es un error capital.

Nada mas era una abadía que la morada de un opulento patricio romano con las diversas clases de esclavos y trabajadores necesarios al servicio de la propiedad y del propietario, y con los pueblos y aldeas de su dependencia. El P. abad era el dueño, y los monges como si fueran los libertos, se dedicaban á cultivar las ciencias, las letras y los artes. Ni en lo esterior de la abadía, ni en sus habitantes, podia notarse ninguna diferencia que chocara á la vista: un nonasterio era una casa romana por lo tocante á la arquitectura, con su pórtico ó claustro rodeado de celdas ó pequeñas habitaciones. Y como en tiempo de los últimos Césares se habia permitido y hasta mandado que los particulares fortificaran sus habitaciones, resultaba que un convento rodeado de murallas almenadas, se parecia enteramente á cualquiera otro edificio algo considerable de aquella época. El trage de los frailes era el que todos usaban en aquel tiempo: los romanos no gastaban ya el manto ni la toga; por medio de una ley se habia prohibido el trage á lo *gótico*, y todos habian adoptado la túnica de los galos y la capa talar de los persas. No nos parece raro el trage de los frailes en la actualidad, sino porque no ha sufrido variacion alguna desde su orígen.

(1) Cárlos Martel hizo tambien un donativo de la misma especie: indemnizaba al clero, á espensas de los vecinos, de los bienes que le habia quitado.

La abadía, pues, volveremos á repetirlo, era absolutamente lo mismo que una casa romana; pero esta casa que por espíritu de la ley eclesiástica habia pasado á manos-muertas, no tardó en adquirir con arreglo al espíritu del faudalismo, una especie de soberanía: pudo administrar justicia, tuvo sus campeones y soldados, y fue un pequeño Estado completo en todas sus partes, sin dejar por eso de ser á manera de una adquería esperimental, una fábrica (tejíanse telas de hilo y paños) y una escuela.

Nada puede imaginarse mas favorable á la independencia individual y á los trabajos de la inteligencia, que la vida cenobítica. Una comunidad religiosa puede decirse que era como una familia artificial que siempre se hallaba en su período de virilidad, porque no tenia que pasar como la familia natural, ni por la imbecilidad de la infancia, ni por la de la vejez: libre estaba igualmente de los períodos de la tutela, y de la minoría y de todos los inconvenientes que la debilidad de la mujer trae consigo. Aquella familia que no moria, iba aumentando sus bienes sin poder perdelos, y como que estaba libre de todos los cuidados del mundo, ejercia sobre él una prodigiosa influencia. Hoy que la sociedad no tiene ya que sufrir el peso de una propiedad inmóvil, ni el celibato perjudicial á la poblacion, ni el abuso del poder monástico, se halla en estado de poder apreciar imparcialmente unas instituciones que por muchos conceptos fueron útiles á la especie humana en la época de su institucion.

Los conventos llegaron á ser una especie de baluartes en que la civilizacion pudo subsistir ilesa bajo la bandera de algun santo: dentro de su recinto siguió cultivándose la elevada inteligencia conservándose con la verdad filosófica que renació de la verdad religiosa. La verdad política, ó sea la libertad, halló un asilo, ó mas bien un sócio de la independencia del monge á quien era lícito hacer investigaciones, y hablar sin ningun temor sobre cualquier asunto. Esos grandes descubrimientos de que la Europa se envanece, jamás habrian podido realizarse en el seno de una sociedad bárbara y sin la inviolabilidad y tranquila existencia del claustro, hubiera quedado rota tal vez para siempre la cadena que enlaza lo presente con lo pasado, pues no nos habrian sido trasmitidos ni los libros ni los idiomas de la antigüedad. La astronomía, la aritmética, la geometría, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, y todas las artes, tuvieron una sucesion no interrumpida de maestros desde los primeros tiempos de Clodoveo hasta el siglo en que las universidades, compuestas tambien de profesores religiosos, hicieron salir la ciencia del fondo de los claustros. Para demostrar esta verdad no se necesita mas que citar los nombres de Alcuino, Angilberto, Eginardo, Teghan, Loup de Ferrieres, Eric de Auxerre, Hincmaro, Odon de Cluny, Gerberto, Abbon, Fulberto, etc., lo cual nos conduce al reinado de Roberto, rey de la tercera raza. Entonces nacieron nuevas comunidades religiosas, y perdió la de Cluny el magnífico privilegio de ser casi la única depositaria de la instruccion.

Sabido es todo lo que en aquellos tiempos sucedia con relacion á los libros: multiplicaban sus ejemplares los frailes, unas veces impulsados por su amor á la ciencia ó por superior mandato, y otras veces por penitencia. Durante la cuaresma sacaban copias de Tito Livio solo por espíritu de mortificacion. Es desgraciadamente cierto que se rasparon algunos manuscritos haciendo desaparecer tal vez un testo precioso para estampar las cláusulas de algun donativo ú otra cualquiera elucubracion escolástica. En el catálogo de la biblioteca de la abadía de Saint-Riquier, se ve, que en 831 se conservaban ejemplares de Ciceron, de Homero y de Virgilio. En la biblioteca de Reims, durante el siglo x, figuraban las obras de Julio César, Tito-Livio, Virginio y Lucano. San Benigno de Dijon poseia un Horacio.

En San Benito sobre el Liora cada estudiante (habia cinco mil) daba en clase de honorarios dos tomos á sus maestros; en Montierender enseñaban en 990 la *Retórica* de Ciceron y dos Terencios. Loup de Ferrieres hizo corregir un Plinio mal copiado, y remitió á Roma Suetonios y Quinto-Curcios. En la abaía de Eleury poseian el tratado *de república* de Ciceron, el mismo que ha sido encontrado en nuestros dias, pero desgraciadamente sin concluir. No me acuerdo de haber visto que se haga mencion de un ejemplar de Tácito en ninguna de esas antiguas bibliotecas de Francia.

Infinitas son las atenciones que deben al clero de aquellos tiempos la música, la pintura, el grabado y particularmente la arquitectura. Carlomagno manifestó por la música la misma aficion natural que hoy le sigue profesando la raza germánica: mando venir de Roma cantores para su capilla, y él mismo con el dedo ó con una varilla indicaba cuándo le tocaca á cada cual el turno de cantar, y marcaba el fin de cada versículo con un sonido gutural que era como el diapason de la frase que iba á principiar. El monge de Saint-Gall refiere que ignorando cierto chantre las reglas establecidas, y viéndose obligado á figurar en un coro, movia á uno y otro lado la cabeza y abria una enorme boca para imitar á los cantores que le rodeaban. Carlomagno lo estuvo observando con imposible serenidad, y luego mandó que se le diera una libra de plata por lo mucho que habia trabajado.

Habia escuelas de música y los frailes sabian tocar el órgeno y otros instrumentos de cuerdas y de viento. Las *secuencias* de la misa eran magníficas en el siglo x: empleábase en su canto toda la estension de la voz, y era tan estraordinario el efecto que producian que se cuenta que una mujer murió de placer y sorpresa al oirlas. Las *secuencias* de orígen bárbaro llevaban el nombre de *Frigdora*.

El arte de grabar en piedras preciosas no estuvo tampoco enteramente perdido durante el viii y el ix siglos: dos canónigos de Sens, llamados Bernetin y Bernuin construyeron una mesa de oro adornada de pedrerías é inscripciones: Heldrico, abad de San German de Auxerre, sabia pintar, y Tusilon, monge de Saint-Gall, ejercia en Metz el arte de grabador, y escultor. La arquitectura denominada *lombarda* data de la época religiosa de Carlomagno: el monge llamado de Gozze fue un hábil arquitecto del siglo x. Posteriormente la arquitectura impropiamente llamada *gótica* debió en gran parte su gloria durante los siglos xii y xiii á clérigos, abades, monges y dependientes de los establecimientos eclesiásticos. Hugo Libergier y Roberto de Couey *maestro de Nuestra Señora y de San Nicasio de Reims*, dieron los planos y dirigieron la construccion de la iglesia metropolitana de aquella ciudad y de la de San Nicasio, admirable edificio destruido por los bárbaros del siglo xviii. Aroun al Raschild, amigo y contemporáneo de Carlomagno, amaba y protegia como éste las ciencias y las artes: pero las letras perecieron durante la edad media del mahometismo, asi como por el contrario se rejuvenecieron y renovaron en la edad media del cristianismo.

La constitucion orgánica del clero era á propósito para secundar el progreso: la ley romana que oponia á las costumbres absurdas y arbitrarias la continua amonestacion de que se diera libertad á los esclavos, y las inmunidades de que gozaban sus vasallos y las excomuniones locales que lanzaba contra ciertos usos y ciertos tiranos, estaban muy en armonía con las necesidades de la multitud. Cierto es que al seguir este rumbo el clero no se proponia mas que llegar al colma de su poder; pero hay que tener presente que ese mismo poder era popular, y que á pesar de no serles siempre concedidas al pueblo aquellas libertades reclamadas en su nombre por el clero, circulaban á beneficio de ellas por la sociedad ideas que andando el tiempo habian de desarrollarse y convertirse en provecho de la humana especie.

El clero regular era aun mas demócrata que el secular. Las órdenes mendicantes tenian relaciones de simpatía y de parentesco con las clases inferiores del pueblo: asi es que en todas partes se les ve figurar al frente de las insurrecciones populares: con la cruz en la mano dirigieron los bandos de los llamados *pastoureaux* en las campiñas, como las procesiones de la Liga dentro de los muros de París. En el púlpito ensalzaban á los débiles y abatian á los poderosos. Cuanta mas supersticion traian los tiempos, mas se multiplicaban las ceremonias religiosas, y mas ocasion tenian por consiguiente los frailes de esplicar esas verdades de la naturaleza consignadas en el Evangelio: imposible era que los frailes marchando por ese camino no descendieran alguna vez del órden religioso al órden político. Multiplicóse lo milicia de San Francisco porque el pueblo corrió de tropel á afiliarse en ella: los hijos del pueblo cambiaron su cadena por un cordon, y á beneficio de este gozaron la independencia que aquella les quitaba: pudieron desafiar á los poderosos de la tierra y presentarse á beneficio de un báculo, una barba desaliñada y los pies sucios y desnudos á dar terribles lecciones al desmedido orgullo de los señores feudales, que reprimiendo en el pecho su indignacion, tenian que sufrir la reprimenda del *siervo* convertido en *persona de condicion ingenua* solo por el hecho de haber cambiado de trage. La capucha ennoblecia mas pronto que las armas, y la libertad iba entrando en la sociedad por el camino que menos se esperaba. En aquella época el pueblo entero, asi puede decirse, abrazó el estado eclesiástico y bajo este disfraz es donde debe buscársele.

Por último, con razon se ha declamado contra las riquezas de la Iglesia que llegó á poseer la mitad de la propiedad de toda la nacion; pero para no separarse del límite de la verdad histórica no hay que perder de vista que las dos terceras partes por lo menos de aquellas inmensas riquezas, estaban en manos de la parte *plebeya* del clero. Insisto en esa palabra *plebeyo* porque desarrollando todo el sentido que encierra se llega al verdadero conocimiento de un asunto muy mal comprendido y mal presentado hasta ahora.

El espíritu de libertad é igualdad de la *república* cristiana habia pasado en la *monarquía* de la Iglesia. Esta monarquía era electiva y representativa; todo cristiano, aun siendo persona lega y de cualquiera condicion, podia en virtud de eleccion llegar á la primera dignidad. El pontificado no era mas que una soberanía vitalicia, y en ciertos casos los concilios generales podian hasta despojarle de su soberanía y poner otro en su lugar: otro tanto puede decirse de los obispos elegidos primitivamente por la comunidad diocesana.

Sucedió, por lo tanto, que el supremo pontífice era con bastante frecuencia un hombre sacado de la última clase de la sociedad: tribuno dictador que el pueblo elevaba para que pusiera el pie sobre la frente de aquellos reyes y de aquellos nobles, opresores de la libertad. Gregorio VII que redujo á práctica esa teoría y ejerció en todo su rigor el mando que el pueblo le habia conferido, habia sido un fraile insignificante; Bonifacio VIII, segun cuya opinion los papas estaban autorizados para dar y quitar coronas, habia sido un oscuro legista; y Sixto V que aprobaba el regicidio, habia en su niñez sido pastor de una piara. Aun no se ha alterado despues de tantos siglos ese espíritu de igualdad, y es raro que el soberano pontifice sea oriundo de alguna de las poderosas familias de Italia: cuando un sacerdote es elevado al cardenalato, su hermano que tal vez suele ser algun mercader en detalle, ilumina su pequeña tienda en Roma para celebrar la elevacion de su hermano. El papa futuro procedente del seno de la igualdad entraba en el claustro, donde encontrabi otra especie de igualdad combinada con la teoría y la práctica de la obediencia pasiva y salida de esta escuela con amor de la igualdad y sed del dominio.

Para esplicar el poder temporal de la Santa Sede se ha apelado á razones de ignorancia y de religion que si bien contribuyeron á aumentarlo, no deben, sin embargo, ser consideradas como su único orígen. Los pontífices heredaron aquel poder de la libertad republicana: ellos fueron los que en Europa representaron la verdad política destruida casi en todas partes y fueron en el mundo gótico los defensores de las franquicias populares. La disputa del sacerdocio del imperio, es la lucha de los dos principios sociales, el poder y la libertad durante la edad media: los güelfos eran los demócratas de aquel tiempo y los gibelinos los aristócratas. Aquellos tronos declarados vacantes y entregados al primero que los ocupaba; aquellos emperadores que venian de rodillas á implorar el perdon de un pontífice; aquellos reinos puestos en entredicho; aquellos templos cerrados y una nacion entera privada del culto por el poder de una palabra mágica; aquellos soberanos abrumados por el anatema, abandonados no solo de sus vasallos, sino hasta de sus criados y parientes; aquellos príncipes, aislados como leprosos, separados de la raza mortal en tanto que llegaba momento de ser tambien separados de la eterna raza, viendo que los alimentos que habian probado y los objetos que habian tocado eran arrojados á las llamas para ser purificados de la mancha que con su tacto les habian impreso; toda esa pompa terrible nada mas era que los efectos enérgicos de la soberanía popular delegada á la religion y ejercida por ella.

Entonces marchaba el pontificado al frente de la civilizacion é iba avanzando hácia el objeto de la sociedad general. ¿Cómo habrian esos monarcas sin vasallos y sin ejércitos, acaso fugitivos, acaso perseguidos al lanzar sus terribles rayos, como unos soberanos que tal vez carecian de moralidad, que tal vez estaban plagados de crímenes, y que tal vez no creian en el mismo Dios á quien decian servir, cómo habrian podido, decimos, destronar á los reyes con una espresion, una palabra, una idea, sino hubiesen sido los supremos directores de la opinion? ¿Cómo los cristianos diseminados en todas las regiones del globo habrian obedecido á un sacerdote cuyo nombre les era desconocido, si aquel sacerdote no hubiese sido la personificacion de alguna verdad fundamental? Asi es que los papas han sido dueños de todo, mientras se mantuvieron en los principios güelfos ó democráticos. Para obtener la tiara favorecieron en Italia las armas imperiales y desertaron de la causa del pueblo; desde entonces principió á declinar la autoridad pontificia y asi debió ser: porque fue ponerse en pugna con su propia naturaleza; porque fue, digámoslo asi, abandonar absolutamente su principio de vida. La sublimidad de las artes ocultó por de pronto á los ojos del pueblo aquel elemento destructor que empezaba á roer la tiara; pero las obras maestras de Rafael y Miguel Angel que tanto embellece los muros del Vaticano no han reemplazado por cierto el poder de que los pontífices se despojaron al rasgar su primitivo contrato. Esa misma tendencia á un mentido poder es la que dió un golpe de muerte á la monarquía en tiempo de Luis XIV: esa monarquía que hasta el reinado de Luis XIII se habia robustecido amalgamándose con las libertades públicas, creyó aumentar la órbita de su poder sofocándolas y no hizo mas que herirse en el corazon.

La invasion de las libertades nacionales se presentó tambien acompañada de la pompa de las bellas artes: el palacio del gran rey subsiste todavía en pie; pero ¿qué soldados se apoderaron de él y lo custodian?

TERCERA RAZA.

Con la tercera raza concluye la historia de los francos y principia la de los franceses.

La monarquía de Hugo Capeto sufrió cuatro principales transformaciones.

Fue puramente feudal hasta el reinado de Felipe el Hermoso.

Bajo el reinado de éste se elevó la monarquía de los Tres Estados, llamados despues Generales y del Parlamento que duró hasta Luis XIII.

Luis XIV impuso á la nacion la monarquía absoluta que fue destruida por la constitucional ó representativa de Luis XVI.

Los hechos notables de la monarquía puramente feudal son: la organizacion y el caracter de aquel gobierno: el movimiento insurreccional y la libertad de los municipios, la conquista de Inglaterra por los normandos, las cruzadas esteriores é interiores y las disputas del sacerdocio y el imperio.

La monarquía de los Tres Estados y el Parlamento vió nacer las leyes generales, civiles y políticas, la administracion y la pequeña propiedad: vió las disputas de Felipe el Hermoso con el pontífice, la destruccion de la Orden de los Templarios, el advenimiento al trono de la doble línea de los Valois, la prolongada rivalidad de la Francia é Inglaterra con todos sus acontecimientos y desgracias, la destruccion de la primera alta nobleza, la sublevacion del paisanaje y el pueblo de las ciudades, las turbulencias de los Tres Estados, el establecimiento de las contribuciones regulares y del ejército permanente, la separacion de los consejos del rey y el Parlamento por la creacion del Consejo de Estado, la extincion de las dos casas de Borgoña, la reunion sucesiva de los grandes feudos á la corana, las guerras de Italia y las alteraciones producidas en las leyes, costumbres, idioma, usos y armas. Las letras renacen: consúmanse grandes descubrimientos; Lutero aparece; estallan las guerras de religion; los Borbones ascienden al trono y la monarquía de los Estados espira juntamente con la constitucion aristocrática bajo el reinado de Luis XIII.

La breve monarquía absoluta de Luis XIV se compone de la gloria de este príncipe, de la vergüenza de Luis XV y de la intrusion de ideas con fuerza de hechos en el órden social.

La monarquía constitucional ó representativa presenta por eventualidades el enjuiciamiento de Luis XVI el paso de la república al Imperio, del Imperio á la Restauracion y de la Restauracion á la monarquía republicana, si es que estas dos palabras pueden aduanarse.

No es mi ánimo presentar aquí divisiones exactamente circunscritas principiando en tal fecha y concluyendo en tal otra; no es tan uniforme la marcha de la sociedad: los siglos se desarrollan lentamente al abrigo de los siglos; las nuevas costumbres en medio de las antiguas son como las jóvenes generaciones que van adquiriendo fuerza bajo la proteccion de las antiguas que les han dado vida. Así es que no puede absolutamente decirse que Luis el Gordo fue quien dió la libertad á los municipios; pues habia ya municipios libres y municipios que estaban en insurreccion antes que aquel monarca otorgase sus estatutos; pero desde la época de su reinado es cuando principiaron á multiplicarse las franquicias, tanto por parte de la corona como por parte de los potentados: así es que Felipe el Hermoso no es el primero que llamó al Estado llano á las deliberaciones públicas: otros muchos reyes antes de ese monarca y particularmente San Luis habian convocado asambleas de notables; pero desde Felipe el Hermoso (1303) hasta Luis XIII (1614) se encuentra una serie de convocaciones de Estado que no se interrumpen hasta el último período del siglo XIV.

Otro tanto digo de las demás divisiones que no adopto sino como fórmula histórica á propósito para fijar los hechos y retenerlos en la memoria. Sé tan bien como cualquiera, que la monarquía feudal no cayó al elevarse la de los Estados y el Parlamento y que lejos de ser así llegó á su apogeo en aquella época; luego fue descendiendo durante el siglo XIV y por último se abismó bajo el reinado de Cárlos VII.

HUGO CAPETO.

(Desde el año 987 al 996.)

Respecto á la monarquía de Hugo Capeto debo decir lo mismo que lo que he dicho de la de Pipino: no hubo usurpacion, porque no puede haberla siguiendo el órden de las monarquías electivas: en aquella época la legitimidad era un dogma no conocido. Cárlos, duque de la Lorena Baja, hijo de Luis el Ultramarino y tio de Luis V, último de la raza carlovingia, fue desechado por la mayoría de los electores; eso es todo lo que ocurrió. Cárlos tomó las armas y se apoderó de la ciudad de Laon; pero su obispo la entregó á Hugo Capeto (2 abril 991). Cárlos murió en una prision dejando dos hijos que no reinaron y en quienes nadie volvió á pensar.

Mas en la persona de Hugo Capeto se llevó á cabo una importante revolucion: la monarquía electiva se convirtió en hereditaria: hé aquí la causa inmediata de este suceso que en mi concepto ningun historiador ha hecho de ver todavía: la consagracion usurpó el derecho electivo.

Los seis primeros reyes de la tercera raza hicieron consagrar sus hijos primogénitos hallándose aun en vida. Esta eleccion religiosa reemplazó á la eleccion política, consolidó el derecho de primogenitura y fijó la corona en la casa de Hugo Capeto. Felipe Augusto se creyó bastante poderoso para no tener que presentar durante su vida á su hijo Luis VIII á la consagracion; mas Luis VIII estando cercano á la muerte se alarmó porque dejaba á su hijo Luis IX de menor edad y sin haber sido consagrado: exigió juramento á los obispos y á los grandes señores y no satisfecho aun con eso, escribió una carta á sus vasallos invitándoles á que reconocieran por rey á su primogénito. Tantas precauciones demuestran que no habian bastado doscientos treinta y nueve años para consolidacion del órden hereditario y de primogenitura en la raza de los Capetos. El recuerdo del derecho electivo se iba perpetuando hasta en una fórmula de la misma consagracion; pues en medio de aquel acto solemne se preguntaba al pueblo que se hallaba presente si recibia gustosamente al nuevo soberano.

Al tocar la corona en línea colateral á los descendientes de Hugo Capeto, nada pareció menos cierto que la existencia de la ley sálica, cuya ley controvertida en aquel momento hacia que el derecho hereditario fuese tambien una cosa dudosa. Esas cuestiones se agitaron vivamente en tiempo de Felipe el Largo, Cárlos el Hermoso y Felipe de Valois. En tiempo de Cárlos VI una hija heredó la corona. En 1576 se decretó por medio de una real órden que los príncipes de la familia real precedieran á todos los grandes del reino y se colocaran segun su proximidrd al trono. Con motivo de esto, Cristóbal de Thou dijo á Enrique III que nada mas útil se habia hecho para la conservacion de la ley sálica desde el reinado de Felipe de Valois. Ciertamente era preciso que estuviera muy arraigada en los ánimos la duda para que un magistrado pudiera confundir á fines del siglo XVI el valor de una ley política con lo que en realidad no era mas que un reglamento ó formulario del ceremonial. Catalina de Médicis trató de hacer pasar el cetro á manos de su hija. Los Estados de la Liga hablaron de poner en el trono de Francia á una infanta de España. Finalmente, bajo la regencia del duque de Orleans, durante la menor edad de Luis XV, se declaró que si la familia reinante llegara á estingruirse, los franceses serian dueños de elegir monarca: ¿no era esto reconocer su derecho primitivo?

El derecho hereditario en la línea masculina establecido en la familia real, fue á un mismo riempo gérmen destructor del feudalismo y principio regenerador de la monarquía absoluta. Subsistió la aristocracia en el imperio de Alemania y se destruyó en Francia; porque allí la dignidad imperial siguió siendo electiva y aquí la corona pasó á ser hereditaria.

Cesaron las asambleas nacionales bajo los primeros reyes de la tercera raza así como habian sido interrumpidas durante los últimos monarcas de la segunda. Hugo Capeto fue un señor de muy escaso poder. «La monarquía, dice Montesquieu, se encontró sin dominio, como en la actualidad el Imperio: pasó la corona á uno de los mas poderosos vasallos.» Hugo, aun cuando hubiera querido reunir los Estados, no lo habria podido conseguir; los demas grandes vasallos no hubieran asistido á ellos, y considerándose tan poderosos como el mismo duque de Francia, se habrian resistido á obedecerle. La libertad política que solia campear en esas asambleas al verse privada de poder manifestarse en ellas trató de presentarse bajo otra forma.

En aquella época la Francia era una república aristocrática federativa sometida á un jefe de escasas fuerzas. Esa aristocracia carecia de pueblo, porque todo el resto de la nacion se componia de esclavos ó siervos. No estaban aun confundidas estas dos condiciones, ni habia aun ciudadanos en el sentido político de esta palabra: el artesano y el mercader todavía dependia de dueños que estaban en los talleres de los monasterios ó de los señoríos; la propiedad media no era aun conocida y de todo esto resultaba aquella monarquía (aristocracia de derecho y de nombre) era en realidad una verdadera democracia pues todos los miembros que la componian eran iguales ó creian serlo. No se encontraban aun bajo de la aristocracia esa clase distinta y plebeya que por la inferioridad relativa de su sangre, fija la naturaleza del poder que la domina. Hé aquí por qué las crónicas de aquel tiempo no hablan nunca del *pueblo:* en vano se pregunta por él: casi podria creerse que los historiadores lo han ocultado y que registrando antiguos cartularios se podrá descubrir una nacion francesa no conocida, que obraba por sí misma, administraba y ganaba batallas y cuya memoria ha sido cuidadosamente sepultada por los autores en el olvido. Pero desgraciamente nada se encuentra despues de haber practicado esquisitas investigaciones, porque en realidad aquella aristocracia sin pueblo constituia en la época á que nos referimos la verdadera nacion francesa.

Indiquemos ahora el principio de la institucion de la dignidad de par; como los agraciados con ella habian en su orígen sido una especie de jurados que decidian en las disputas que ocurrian entre sus iguales, puede afirmarse que existian pares antes de ser reunidos en corporacion. Esta dignidad tomó un carácter político cuando los feudos se convirtieron en bienes patrimoniales y hereditarios. Los pares del rey fueron señores mas poderosos que los de un conde ó un duque: ninguno de los sistemas que hacen datar esa corporacion de una época anterior al reinado de Hugo Capeto puede sostenerse. La introduccion de esa dignidad fue favorable á la eleccion de los Capetos; Siete eran los condecorados con ella antes de ese suceso y entre ellos figuraba el mismo Hugo: los seis restantes cuyos señoríos dependian inmediatamente de la corona se pusieron de acuerdo, como sucede actualmente en los colegios electorales, y dieron sus votos en favor de su colega. De ese modo se encontró la dignidad de par incorporada á la corona y su número quedó reducido á seis. Era tan completa la igualdad que reinaba entre aquellos dignatarios, que habiendo Hugo Capeto preguntado á Adalberto *quién le habia hecho conde*, Adalberto contestó: *Los que te han hecho rey.*

Ademas de los pares legos habia pares eclesiásticos dependientes de la corona, diferenciándose en esta circunstancia de los demás señoríos que solo los tenian legos. De tan insigne corporacion puede decirse que antes de sus diversas degeneraciones era como un senado de reyes, ó mas bien dicho, un consejo aristocrático superior á la misma manorquía.

Elegid doce pares que os sean compañeros
y leales conduzcan á la lid los guerreros.

Así fueron efectivamente llamados los pares *(compañeros)* cuando su corporacion fue elevada al número de doce y Froissart los califica tambien con el nombre de *hermanos del reino de Francia*. Palpáronse los grandes efectos políticos de esa institucion, cuando ocurrió el enjuiciamiento de Juan Sin Tierra y el del príncipe de Gales.

Hugo Capeto falleció en 996. A fin de no hablar mas de las sucesiones reales, diré que en tiempos de la tercera raza se sustituyó la reparticion de los bienes patrimoniales entre los príncipes con el sistema de dotacion.

ROBERTO.

(Desde el 996 al 1031.)

Roberto, heredero del trono de Hugo, era un príncipe piadoso y sabio con relacion á su siglo: era poeta: la Iglesia canta todavía versículos y secuencias compuestas por aquel primogénito suyo. *¡O constantia martirum! ¡Veni, Sancte Spiritus!* Temia mucho á su esposa y se dejaba robar de los pobres. Su reinado fue largo y esto es precisamente lo que convenia á un órden de cosas que por decirlo así, se hallaba todavía en la cuna.

ENRIQUE I.

(Desde el 1031 al 1060.)

El reinado de Enrique que sucedió á Roberto, fue tambien un reinado conservador, aunque enteramente lleno de pequeñas guerras feudales.

Roberto Guiscard apareció en Italia ocupando aun Guillermo el Bastardo el señorío de su padre, Roberto el Diablo.

Estos dos normandos estaban destinados á representar un papel importante en el Occidente y en el Oriente de Europa, y al morir Enrique faltaban ya pocos años para que se diera á conocer Gregorio VII.

El nieto de Hugo Capeto fue hombre de valor heróico y el primero que hizo figurar en el trono de Francia un nombre que ha sido fatal á cuantoo monarcas lo han tenido.

FELIPE I.

(Desde el 1060 al 1108.)

Los ochenta y un años que trascurrieron desde Hugo Capeto y Felipe I fueron un período de planes, de trabajo y digámoslo así, de primera educacion; mas al ocupar Felipe I el trono se disiparon los tinieblas bajo las cuales la sociedad iba consumando trabajosamente su progreso: apareció la edad media en toda la energía de su juventud con su alma enteramente religiosa, el cuerpo enteramente bárbaro y el espíritu no menos vigoroso que el brazo.

Guillermo el Bastardo convocó á todos los aventureros de Europa para ir á subyugar la Inglaterra: triunfó en la batalla de Hastings, y el rey de Francia pudo jactarse de tener un vasallo coronado y mas poderoso que él.

Este suceso, en pos del cual vinieron las Cruzadas, imprimió un nuevo impulso á las poblaciones. Hasta entonces no se habian visto mas que invasiones fortuitas de pueblos que caminaban adelante sin direccion fija, sin saber en dónde habian de detenerse, pareciendo que mas bien iban á descubrir terrenos que á conquistarlos, como los que surcan el mar para buscar regiones desconocidas: muy al revés sucedió con Guillermo y sus huestes. Vióse por primera vez un pueblo metódicamente subyugado: un ejército invasor que recibia nuevos refuerzos: viéronse abrir registros públicos donde se tomara razon de los antiguos bienes territoriales á fin de que pudiera verificarse sin tumulto la imposicion de contribuciones ó su reparticion; la lengua y las leyes de los vencidos fueron sistemáticamente cambiadas; una especie de frailes armados construian por todas partes edificios que casi podian llamarse fortalezas, y al sonido de la campana que pendia de alguno de sus almenados torreones, el pueblo conquistado se entregaba al reposo, como pudiera suceder en una comunidad de monges: inmenso cuadro presentaba aquella época que nadie puede atreverse á componer desde que ha sido pintado por la mano de Mr. Thierry. Gildas habia dicho que los ingleses no eran ni poderosos en la guerra, ni leales en la paz: *Angli nec in bello fortes, nec in paces fideles.* Los historiadores de la Sicilia y de los normandos hacen observar que la Sicilia y la Inglaterra cambiaron de aspecto y adquirieron celebridad desde que se mezclaron con la raza normanda: *Jam inde Angla non minus belli gloria quam humanitalis cultu inter florentissimas orbis christiani gentec in primis floruit* (MALESB.) *Siculi quod in patrio solo sunt, quod liberi sunt, quod omnes hodie christiani sunt ingenio normannis acceptum ferunt* (PROSP, FASEL, *de Reb, sic.*)

En Italia un mozuelo de mala catadura se hace primeramente monge de Cluny, luego asciende á cardenal, y por último ocupa la silla pontificia bajo el nombre de Gregorio VII. Hildebrando destrona á Boleslao, rey de Polonia; despoja el título de reino á ese país; obliga al emperador victorioso de Constantinopla á abdicar; sujeta á los aventureros normandos de la Pouille á ser feudatarios de la Santa Sede; escribe al obispo de Reims, diciendo que el rey de Francia es un tirano indigno del cetro; da á entender á los príncipes cristianos de España, que San Pedro es el señor soberano de sus pequeños Estados y que la Hungría es un dominio de la Iglesia de Roma. En una carta al rey Demetrio, Gregorio VII se espresaba en estos términos: «Vuestro hijo nos ha manifestado que deseaba recibir de nuestras manos el reino, y habiéndonos parecido justo este deseo le hemos dado vuestro reino de parte de San Pedro.»

Sabido es cómo el emperador Enrique IV fue depuesto por Hildebrando y cómo para obtener perdon se vió obligado á presentarse al pie de los muros de la fortaleza de Canosa, despojado de sus vestidos imperiales, sin ningun acompañamiento, con los pies desnudos y cubierto de un cilicio. Despues de tres dias de ayuno y de lágrimas fue admitido á besar humildemente la chinela del pontífice: un momento de favorable fortuna le volvió á dar el trono á Enrique IV. Despues de diversas empresas guerreras en que se ve figurar á Godofredo de Bouillon y despues de un saqueo de Roma, Hildebrando fué á morir fugitivo, pero no vencido, á Salerno, dejando en pos de sí un nombre ilustre mezclado con los de la condesa Matilde y el aventurero Guiscard. Un hábil escritor (1) nos está preparando la historia de aquel famoso pontificado: no concluyó con Enrique IV y Gregorio VII la cuestion de las investiduras; el espíritu de dominacion popular y religiosa se fue perpetuando entre los sucesores de Hildebrando. Matilde legó sus Estados á la Santa Sede.

Felipe I, pequeño por lo tocante á su capacidad, fue uno de aquellos hombres que al parecer no viven sino para que todo se vaya arreglando en torno suyo; distinguióse por su amor á las mujeres y repudió la reina Berta bajo pretesto de parentesco. Arrebató á Bertrada de Monfort, esposa de Fulco el Rechieu, conde de Anjou. Esto dió orígen á excomuniones y á guerras de que Felipe triunfó por su perseverancia en el mal. Como si hubiese nacido con destino de presenciar grandes espectáculos sin tomar parte en ellos, Felipe vió decretada y resuelta la primera cruzada en su propio reino en el concilio de Clermont presidido por Urbano II (1698). En este mismo concilio se atribuyó esclusivamente al pontífice el nombre de papa.

Las olas de los bárbaros se habian ido calmando en el continente de Francia, como Dios habia tenido á bien derramarlas y en donde la diestra de Carlos Martel y la de su hijo fueron poderosas para tenerlas á raya; mas despues de esos dos siglos de tranquilidad volvieron á encresparse, reformadas por las nuevas generaciones y se desbordaron. Las Cruzadas fueron como un recuerdo, como un apéndice de aquella invasion general que habia asolado al mundo, y fueron además como unas guerras de represalias. Los sarracenos habian amenazado imponer yugo á la Europa tres siglos antes que los hijos de este país empuñaran las armas contra ellos: la emigracion que para conseguir su objeto emprendieron aquellos bárbaros saliendo de Arabia, conquistó la Siria y el Egipto, avanzó á lo largo del Africa, de Oriente á Occidente hasta el estrecho de Cadiz; inundó la España; salvó los Pirineos y no paró hasta llegar al corazon de las Galias donde encontraron por dique la espada de Carlos Martel.

Las poblaciones cristianas demasiado entretenidas en aquel momento remitieron á otros tiempos su venganza, mas al sonar esa hora terrible, lanzáronse á su vez del Occidente al Oriente, atravesaron el Bósforo y cayeron sobre los sectarios de la media luna en el mismo terreno de donde estos habian verificado su emigracion. No conozco espectáculo mas grandioso que esas invasiones de los pueblos del Asia y de los pueblos de Europa marchando en sentido opuesto, acaudillados los uuos por el estandarte del Profeta y conducidos los otros por el emblema de la redencion, costeando unos y otros aquellas playas donde tanto habia florecido en otros tiempo la civilizacion griega y romana. Solo á los españoles y á los portugueses les ha cabido la gloria de reproducir esas maravillas, cuando los primeros al través de los mares de Occidente, y los segundos al través de los mares de Oriente volvian á encontrar un mundo perdido y descubrian un nuevo mundo.

Costumbres llenas de esplendor y sencillez, crímenes y virtudes, creencias ardientes, hechos heróicos, recuerdos maravillosos, resultados inmensos materiales y morales, científicos y políticos, tal es el cuadro que presentan las Cruzadas. En el rudo y sencillo modo de decir de los cronistas se revela el esplendor de aquellas hazañas; los ermitaños sirven de historiadores á los caballeros, y con la humildad de la religion y la sencillez del estilo refieren los monges el orgullo de la conquista y la magnitud de las proezas de aquellos hombres fogosos, que habiendo principiado su peregrinacion con un báculo en la mano, concluyeron abriéndose paso con el hierro de la lanza. A las Cruzadas se debe la reconstitucion de los ejércitos nacionales, descompuestos por el sistema de pequeños acontecimientos militares de la feudalidad. Tantos capitanes que habian estado esparcidos en la estension del terreno nacional y sin tener relaciones entre sí, tuvieron ocasion de conocerse al frente de sus vasallos, y los siervos principiaron á ser pueblo francés en las campiñas, así como los plebeyos en las ciudades. La cristiandad apareció por primera vez bajo la forma de una inmensa nacion, obrando por impulso de un solo jefe. ¿Qué se proponian en premio de tanta agitacion? Conquistar un sepulcro.

Los últimos cruzados que se habian encaminado á Oriente con intencion de arrancar la Ciudad Santa del poder de un soldan ismaelita, quitaron á un emperador cristiano la ciudad de Constantinopla: raro desenlace de una aventura de cuatro siglos y de un espíritu caballeresco inflamado en Rodas en presencia de las medias lunas, y disipado en Malta ante un hombre histórico que iba á llegar á Jerusalen para consumar otra especie de maravilla.

(1) Mr. Villemain.

LUIS VI.

(Desde el 1108 al 1137).

Luis VI, llamado el Gordo, sucesor de su padre Felipe, no tenia mas reino que el ducado de Francia y unos treinta señoríos. Batióse contra sus vasallos en Corbeil, en Nantes, en Montlhery, en Morfort y en Puysaye, cuyo solo castillo le costó tres años de sitio: mas tiempo que el que los franceses necesitaron para asolar el Asia y apoderarse de Jerusalen. Creemos que ahora es oportuno manifestar, que los nombres que con mas frecuencia se repiten en la historia francesa, no por eso tienen un orígen mas antiguo que los demás. Los nobles cuyas posesiones estaban situadas en el ducado de París, tenian que figurar por esa sola circunstancia repetidas veces en las crónicas de aquel pequeño dominio real, pues estas preferian particularmente las guerras que aquellos vasallos sostuvieron contra la corona, á los honores que les concedieron con los monarcas. Los demás nobles, que residian lejos de ese punto en sus castillos, permanecieron casi desconocidos, y no se hizo mencion de ellos mas que con motivo de algunas batallas en que como feudatarios habian tenido que tomar parte. De aquí nace el motivo de ocupar solo un centenar de nombres los fastos nacionales durante la monarquía feudal, en vez de leer los anales de Francia, solo puede ocupar su atencion el lector con los del ducado de Francia y los de las personas notables que estuvieron inmediatas al rey.

Versalles y la córte invadieron á su vez la historia de Francia en tiempo de la monarquía absoluta, como en las épocas á que nos referimos la habia invadido el ducado, de manera que en todas ocasiones un centenar de hombres de los alrededores de París, unas veces caballeros y otras servidores condecorados, son los que figuran como personajes de la nacion: héroes domésticos, cuya gloria puede compararse al vuelo de un capon en derredor de las antesalas de su dueño. Si se quiere, por último, tener noticia exacta de la historia de la antigua Francia, es preciso componer su cuadro general con los cuadros particulares de cada una de sus provincias: este es el único modo de restablecer el carácter aristocrático que la historia francesa debe tener, en vez del carácter monárquico que tan impropiamente se le ha dado.

En tiempo de Luis el Gordo, los cuatro hermanos Guerlande y el abad Suger hicieron dar un paso al poder real, disminuyendo la autoridad de las justicias particulares, manumitiendo los siervos y fundando los municipios. Esta institucion de que tanto se ha hablado, debe ser entendida con alguna restriccion.

A principios del siglo XI la Francia lejos de ser homogénea, se componia de tres ó cuatro pueblos diferentes en costumbres, leyes é idioma. Lo que sucediera en el ducado de París, en Picardía, en Champaña, á lo largo del Marne y del Oise, del Sena y del Yonne no puede servir de regla para inferir lo que pasaba al otro lado del Loire y del Ródano, y mas allá del Orne, del Sarthe y del Vilaine. No pudieron los reyes estender la manumision á terrenos que no estaban bajo su dependencia.

Mas la historia, que no admite sino hechos demostrados, al paso que no concede á Luis el Gordo el honor de haber hecho nacer la clase media é independiente, no puede tampoco aceptar como verdad indisputable, aquel espíritu general de libertad que segun se piensa, dominó simultáneamente en todas las ciudades: no existe semejante coincidencia. Casi todos los pueblos del mediodía de Francia eran libres, y libres habian sido desde la dominacion romana y visigoda: algunos privilegios añadidos á su primitiva libertad, no deben constituir lo que se llama títulos municipales del siglo XII.

Por otra parte tampoco puede decirse que al conceder Luis el Gordo franquicias á siete ú ocho pueblos, no hizo mas que ceder á un impulso que no le hubiera sido dable contener. Vemos que los reyes sofocaban con la mayor facilidad las libertades municipales que acababan de otorgar, sacando á un mismo tiempo dinero del pueblo que habia sacudido el yugo de su señor, y del señor que, ayudado del poder real, habia impuesto otra vez su yugo al pueblo.

No puedo privarme del placer de citar un pasaje de la carta XIX acerca de la *Historia de Francia*. Despues de haber citado su autor (Mr. A. Thierry) los nombres de trece ciudadanos desterrados de los límites de Laon, termina su narracion con estas palabras, llenas de una patética gravedad: «No sé si participareis de la impresion que sufro al copiar los oscuros nombres de aquellos proscriptos del siglo XII. No he podido menos de leerlos y repetirlos una y otra vez como si hubiera creido que ellos me habian de revelar el secreto de lo que opinaban y querian los hombres que hace setecientos años los condenaron al destierro. Un vehemente amor á la justicia y el convencimiento de que su dignidad personal valia mas que sus bienes de fortuna, les habia hecho abandonar sus profesiones, su comercio y aquella vida pacífica, pero sin dignidad, que unos siervos dóciles pueden gozar bajo la proteccion de sus señores lanzados en medio de las turbulencias políticas: manifestaron, á pesar de carecer de luces y de esperiencia, aquel espíritu de energía que es el mismo en todas las épocas, generoso en lo tocante á su principio, pero demasiado irascible y propenso á estraslimitar de las vías de la humanidad á quien lo sigue á ciegas. Tal vez aquellos trece desterrados para siempre de su ciudad natal, se distinguieron entre todos los habitantes al llegar ésta á conseguir su libertad por su oposicion contra el poder señorial: tal vez mancharon con actos de violencia esa oposicion patriótica, tal vez la casualidad hizo recaer solamente sobre ellos algun crímen cometido por

sus conciudadanos. De todos modos no me es posible mirar con indiferencia esos pocos nombres y esa breve historia, único monumento de una revolucion que aunque si bien está distante de nosotros, hace todavía latir los corazones generosos y escita aquellas grandes emociones que todos nosotros venimos sintiendo ó participando desde cuarenta años á esta parte.»

El ciudadano de la Edad Media, que constituyó la clase media de las ciudades, era muy diferente del de la monarquía absoluta: aquel era un personaje importante y que no pocas veces se vió llamado á deliberar sobre los negocios de mas entidad de la patria. En su condicion se distinguian tres clases, á saber: la grande, la pequeña y la franca, y le era permitido poseer ciertos feudos. Alguna vez el nombre con que le calificaba (*bourgeois*) fue sinónimo de guerrero, y no era incompatible con la nobleza. En ejecutorias otorgadas el siglo XV, se le dan á un mismo sugeto las denominaciones de *noble gentil-hombre* y *ciudadano*. Los nobles que tenian el derecho de ciudadano en ciertas poblaciones, estaban dispensados de acudir al llamamiento de la nobleza. Los que gozaban del derecho de ciudadanía en París, eran llamados *ciudadanos del rey*. «Las personas nobles son de dos condiciones: unas son libres y ciudadanos del rey ó de los señoríos en que habitan, y las otras son siervos ó de condicion servil.» (*Costumb. gener.*)

Esa clase intermedia entre el noble y el siervo (*bourgeoisie*), dió orígen á una porcion del *pueblo* Cárlos V concedió á todos los ciudadanos de París título de nobleza que fue confirmado por Cárlos VI,

ELOISA Y ABELARDO.

Luis XI, Francisco I y Enrique II. La ciudad de París gozó siempre de especiales franquicias por la sola presencia del soberano.

LUIS VII.

Desde el (1137 á 1180).

Grandes fueron los sucesos que acaecieron durante el reinado de Luis VII, llamado el Jóven. Fue hallado el código de Justiniano; el concilio de Soissons reprobó la doctrina de Abelardo, estendióse por Italia la faccion de los güelfos y gibelinos, y San Bernardo predicó la segunda cruzada. Suger y Bernardo eran dos hombres superiores, de naturaleza mútuamente antipática; pero Bernardo con su doble condicion de santo y de monge, reformaba y gobernaba el mundo.

Al regresar Luis el Jóven de la cruzada, repudió á Leonor de Aquitania, por sospechas de adulterio con un jóven sarraceno y le restituyó la Guyena y el Poitu. Leonor volvió á casarse con Enrique, conde de Anjou y Normandía, que habiendo sido posteriormente rey de Inglaterra con el nombre de Enrique II reunió á esos títulos el ducado de Normandía y Aquitania y el condado de Anjou, del Poitu, de Touraine y del Maine. Aquella restitucion justa, pero impolítica, á la cual Suger se habia opuesto porque preveia las consecuencias, desmembró la monarquía, introdujo al enemigo en el corazon del país, y favoreció las grandes guerras que la Gran Bretaña hizo á la Francia con los mismos hijos de ésta.

El siglo XII es memorable por el rápido progreso hácia otro órden de ideas. Alejandro III en el tercer concilio de Letran declaró que todo cristiano debia ser libre: la cruz seguia dando sus frutos.

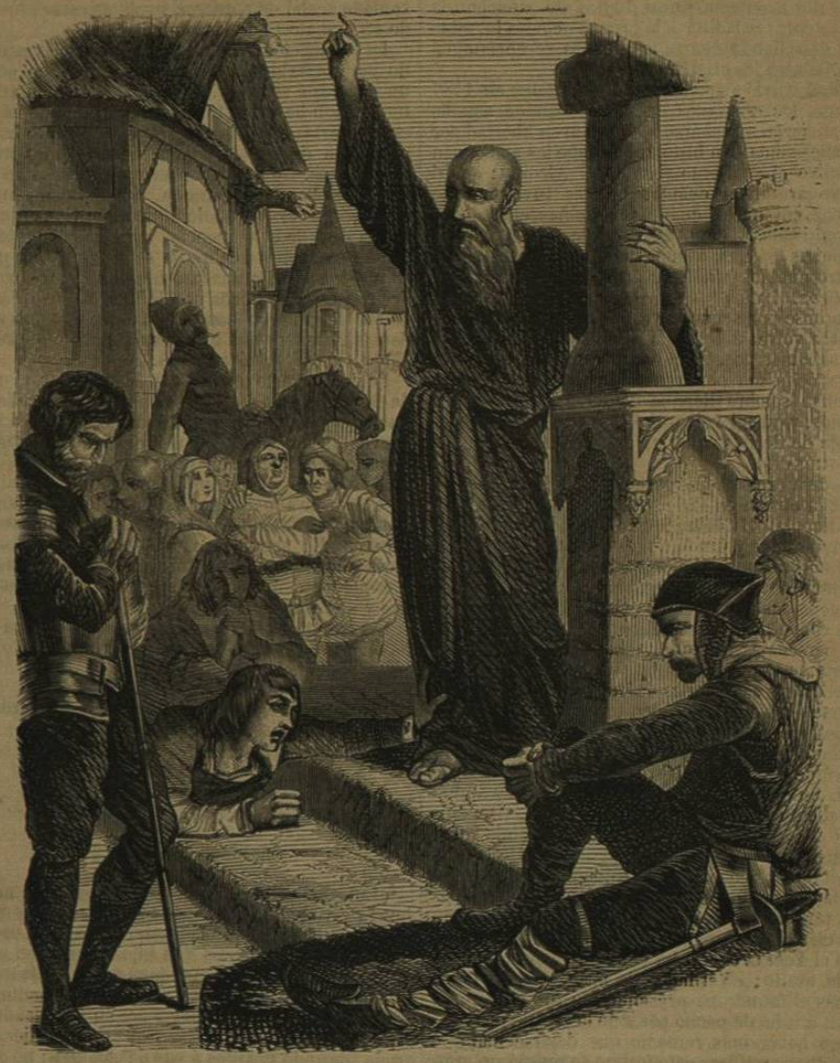
Multiplicáronse las escuelas en las catedrales y en los monasterios, y fuera del recinto de éstos, se establecieron colegios: la universidad adquirió nuevas fuerzas y en París llegaron á verse tantos estudiantes estranjeros como habitantes.

En Inglaterra ocurrió la famosa disputa entre Enrique III y Tomás Becket sobre las inmunidades eclesiásticas.

FELIPE II.

(Desde el 1226 al 1270).

Habiendo subido Felipe Augusto al trono reunió á la corona, por la confiscacion feudal y el apoyo de las armas, la Normandía, Maine, Anjou, Touraine y de Poitu; adquirió los condados de Auvergne y de Artois, se apoderó de Picardia y de gran número de plazas en el ducado de Berry y en otros diversos condados y señoríos. Restableció la subordinacion entre los grandes vasallos; haciéndoles sentir el peso de su cetro, y citó á Juan Sin Tierra ante el tribunal de los pares para ser enjuiciado por el asesinato de Arturo cometido en la jurisdiccion de su monarquía: este es el primer acto político de importancia llevado á cabo por aquel alto tribunal.



SAN BERNARDO PREDICA LA CRUZADA.

Felipe hizo coronar á su hijo rey de Inglaterra en Lóndres. Entonces fue cuando los ingleses adquirieron su Carta Magna: entre otros muchos artículos favorables á los pueblos y á la independencia de los tribunales debe citarse el 33.° que dispone: que ningun hombre sea en lo sucesivo arrestado, encarcelado, privado de sus bienes, ni sentenciado á muerte arbitrariamente y que el rey no procederá, ni consentirá que se proceda contra ninguna persona sino en virtud de sentencia legal del tribunal competente y con arreglo á las leyes del país. Este es el fundamento de la libertad de todos los pueblos.

En la batalla de Bouvines es donde se vió campear

por primera vez el espíritu de nacionalidad: los francos se han convertido en franceses: la trasformacion se ha consumado ya. Felipe no ofreció antes del combate su corona al mas digno de llevarla, mas nadie, al obtener aquella victoria contra el emperador Oton, puso la vida en mas inminente riesgo de perderla, pues «habiendo sido, dice Guillermo el Breton, arrojado del caballo, indudablemente hubiera perecido si la mano de Dios y una escelente armadura, no le hubieran protegido.»

Al reinado de Felipe Augusto hay que referir la fecha de dos acontecimientos dignos de atencion: la cruzada contra Saladino y la cruzada contra los albigenses: marchando contra los infieles se aprendió á marchar contra los cristianos.

Saladino volvió á apoderarse de Jerusalen en 1187 y dejó que los cristianos que habitaban en aquella ciudad pudieran marcharse rescatando su libertad por una módica suma. Un historiador árabe les aplica con este motivo el siguiente pasaje del Alcoran: «¡Oh! ¡Cuántos jardines y cuántas fuentes tuvieron que abandonar entonces, cuántas campiñas cuidadosamente cultivadas y cuántas magníficas habitaciones que eran sus delicias, y que hemos dado en patrimonio á otro pueblo!» *Bibl. de las Cruz.* por Mr. MICHAUD, *Cron. Arab*)

Cruzáronse por segunda vez los príncipes de Occidente para volver á librar la ciudad Santa del yugo de los mahometanos. Felipe pasó tambien al Oriente; pero fue eclipsado por aquel Ricardo, Corazon de Leon, cuya sombra llenaba de terror á los ginetes sarracenos, y que al volver del combate traia la coraza erizada de flechas como un acerico cubierto de alfileres (VINISANF).

La tercera cruzada que principió en 1187, fue seguida de la cuarta en 1201 y terminó con la toma de Constantinopla. Balduino, conde de Flandes, fue electo emperador y fundó aquel imperio de los latinos que no duró mas que cincuenta y ocho años.

Al principio del 206 se organizó la cruzada contra los albigenses: Inocencio III, Santo Domingo, Raimundo, conde de Tolosa y Simon, conde de Monfort, son los personajes de aquel abominable episodio de la historia de Francia.

En las diversas opiniones de los albigenses es digno de notarse el espíritu filosófico promovido por la herejía. Los principales jefes coligados contra su protector Raimundo VI fueron Eudes, duque de Borgoña, Enrique, duque de Nevers y Simon, conde de Monfort. Simon era un hombre disimulado y ambicioso, valiente, de costumbres morigeradas, y teniendo como todos los hombres especiales, dominio sobre la fortuna.

En esta guerra nació la Inquisicion y se distinguió por sus autos de fé. En medio de la mas atroz matanza y en tanto que arrojaban mujeres vivas á los pozos, los clérigos que iban con el conde de Monfort entonaban el *Veni Creator*. La ciudad de Beziers fue tomada de asalto: «Verificóse la mas cruel matanza que jamás el mundo ha presenciado; ni á viejo, ni á jóven, ni á niño de pecho perdonó la espada del vencedor: no habia mas remedio que dejarse matar ó matarse. Para verificar esto último se reunió un gran número de hombres y mujeres en el espacioso templo de San Nazario. Los curas de esta iglesia quedaron con el encargo de doblar las campanas cuando aquella enorme atrocidad se habria realizado; pero las campanas no llegaron á sonar, pues ni cura con sus vestidos sacerdotales, ni monaguillo con su roquete pudo salvar la vida.»

Tolosa cuyas casas estaban casi todas fortificadas, y cuyos habitantes se defendieron de calle en calle fue tomada, vuelta á tomar, inundada de sangre y medio quemada.

Mucho tiempo despues de aquel suceso se enseñaban todavía los huesos del anciano Raimundo metido en un cofre enteramente *profanados y medio roidos por los ratones* en el edificio de los hermanos hospitalarios de San Juan de Tolosa. Un simple pueblo de Francia, la pequeña república de Tolosa desafió por espacio de veinte años los anatemas de los pontífices, los furores de la Inquisicion y los ataques de tres reyes, entre los cuales hay que contar á Felipe Augusto y á San Luis. Simon de Monfort introdujo con sus *franceses* la lengua picarda, ó sea el *francés walon* en las poblaciones de Langüedoc. El hermoso idioma romano acabó de perderse y solo se conservó alterado en el dialecto de las campiñas.

La Inquisicion, hija de las turbulencias vandenses no pudo establecerse en Francia, porque encontró un poderoso rival en la justicia parlamentaria. «La Inquisicion ha subsistido por algun tiempo en Francia en ciertas localidades; pero propiamente hablando no puede decirse que haya hecho nunca mas que apariciones. No quedan mas que vestigios de ella en una aldea llamada Quingey, entre Besanzon y Dole en cuyo punto hay un dominico que vive en una pequeña casa de beneficencia, y recibe por parte de los aldeanos el sobrenombre de *Papa de Quingey* Todo su poder está afortunadamente limitado á conceder licencia de leer libros prohibidos. Antes de la conquista del Franco-condado hizo mas de una vez con llamas claras y rojas brillar su poder de inquisidor.» (*Nota sobre Boulainvilliers*).

Felipe Augusto mandó tambien cerrar el recinto de la ciudad de París y empedrar sus calles. «El buen rey, dice un autor antíguo, se asomó á una de las ventanas desde donde algunas veces solia mirar al Sena... aconteció que una carreta removió de tal modo el cieno y la inmundicia... que el rey tuvo que participar de aquel hedor fétido y tan pestilente que entornó la ventana con tan grande abominacion del corazon. En seguida mandó llamar al preboste de París y le mandó que se procediera á empedrar bien y esmeradamente todas las calles con piedras grandes y de resistencia.»

Las treinta y seis calles de París estaban en aquella época llenas de personas que gritaban:

Señores, quereis bañaros.
Entrad aquí; dáos prisa...
Los baños están calientes: es la pura verdad.
. . . . . .
Buen vino fuerte á treinta y dos,
A diez y seis, á doce, á diez y á ocho.

LUIS VIII.

(Desde el 1223 al 1226).

«Luis VIII, dice Mr. du Hailiant, fue un monarca bueno y virtuoso; pero duró tan poco que no alcanzó mas dictado que el de padre del santo rey Luis.» Ese autor se nquivoca: Luis VIII hijo de un gran monarca y padre de otro que aun llegó á mayor altura, tuvo el dictado de Corazon de Leon ó Leon pacífico, que le fue impuesto por su valor y por su especial dulzura. *Eligió* á su hijo mayor para que le sucediera en el trono, dejando dotados á sus demás hijos: no era aun la primogenitura un derecho independiente de la *voluntad* paterca para ascender al trono.

Bajo el reinado de Luis VIII se verificó el establecimiento de la primer órden de frailes mendicantes. Dícese que hubo en aquellos tiempos muchos leprosos y se espidieron leyes suntuarias concernientes á las mujeres de mala vida.

LUIS IX.

Cada época histórica tiene un hombre que la representa. San Luis es el hombre modelo de la edad media: es un legislador. un héroe, un santo. Su gloria brilla aun con mas esplendor por el contraste de la franqueza y sencillez de la época en que floreció. Sea que aquel monarca luche como un paladin en el puente de Taillebourg ó en Masoura; sea que en una biblioteca dé razon de lo que trata un libro á los que lo piden, sea que conceda audiencias públicas, ó sentencie pleitos, bajo la encina de Vincennes, *sin alguaciles ni guardias*; sea que resista á las pretensiones de los pontífices; sea que como árbitro arregle desavenencias entre otros soberanos; sea que pase su última hora entre las ruinas de Cartago, en todas partes deja como rey, como caballero, como patriarca y como hombre, testimonios que escitan á cual mas la admiracion. Marco-Aurelio supo unir el poder con la filosofía; Luis XI lo supo combinar con la santidad: la ventaja está en favor del rey cristiano.

Los amores y canciones de Thibaut, conde de Champagne, han dado un colorido novelesco á la borrascosa época de la tutela de San Luis.

Resistió el santo rey á las usurpaciones de la córte de Roma, y reclamó en favor de las libertades de la Iglesia Galicana, un vínculo de fraternidad aduena todas las libertades.

Los *Establecimientos de San Luis* son una especie de código en el que las diversas costumbres de la monarquía, las ordenanzas de los reyes, los cánones de los concilios y las decisiones de las Decretales se encuentran mezcladas con el derecho romano.

Luis se habia adelantado á su siglo: sus *Establecimientos* no fueron admitidos. Si los hubiese publicado al subir al trono, tal vez les habria dado alguna recomendacion la autoridad de su vida; pero fueron el último presente, al postrer adios que un santo daba á la tierra. La ignorancia, el interés y las pasiones que fueron impotentes contra la memoria de aquel varon eminente, se estrellaron con todo furor contra sus leyes.

Embarcóse el 1.° de julio de 1270 en Aigues-Mortes, á cuya ciudad otorgó un título de privilegios, cuyo original se conserva todavía. El tiempo que todo lo altera ha hecho que el mar se retire del pie de la ciudad de donde salió San Luis para nunca mas volver á su reino. Los muros que mandó levantar y que deberian haber sido sagrados, están á punto de ser destruidos por las nuevas generaciones que á su vez se retiran tambien como las olas del mar.

He visto el sitio en que el santo rey pasó á mejor vida: los historiadores futuros hallarán quizás en la narracion que he hecho (1) acerca de aquella muerte, algunos detalles que mis antecesores ignoraron y cuyo conocimiento no debo sino á las vicisitudes de mi vida: *Vita est in fuga*.

Algunas monedas que aun se conservan con el busto de aquel monarca están taladradas: atribuíaseles la virtud de curar todas las enfermedades y se llevaban suspendidas al cuello como reliquias: creíase que aquel rey conservaba aun despues de su muerte el poder de hacer bien á sus pueblos.

FELIPE III.

(Desde el 1270 al 1285.)

Felipe el Atrevido aparece colocado en medio de su padre San Luis y de Felipe el Hermoso, su hijo, así como Luis VIII lo habia estado entre Felipe Augusto y San Luis. De la manera que el labrador deja reposar la tierra un año entre dos cosechas, dejó la Providencia reposar la Francia entre dos grandes reinados. Felipe partió de Túnez, desembarcó en Sicilia; pasó á la Calabria y entró en Loma, ciudad de las tumbas cargado con los restos mortales de su padre, de su hermano, del conde de Nevers y de su esposa Isabel de Aragon. Al llegar á Francia, depositó aquellos restos de su familia en el panteon de San Dionisio y de allí á diez y seis años murió en Perpiñan, no lejos del puerto donde su padre se embarcó para pasar á Africa.

(1) *Itinerario de París á Jerusalem.*

Felipe el Atrevido concedió los primeros títulos de nobleza y atacó á la constitucion aristocrática.

La naturaleza de los acontecimientos hacia penetrar en Francia las nuevas ideas que se desarrollaban en las naciones inmediatas. El gran cuerpo de la feudalidad francesa chocaba por la parte de Alemania con un imperio cuyo jefe era electivo y esta circunstancia producia desavenencias y promovia dudas acerca del derecho divino de los reyes; en Inglaterra habia una monarquía representativa con parlamentos que votaban el presupuesto y se atrevian á formar causa al soberano; en España las Córtes y las leyes del Estado se mostraban muy mesuradas en hacer nuevas concesiones al trono, y en Italia, donde todavía duraban las guerras de los güelfos y gibelinos, la mayor parte de las ciudades se habian declarado independientes. Cárlos de Anjou, cuya muerte no ocurrió hasta el reinado de su sobrino Felipe el Atrevido, rey de Francia, ocupaba el trono de Sicilia en virtud de donativo de un papa que no tenia facultades para dárselo: fue el primero que en Europa hizo decapitar á un príncipe soberano injustamente condenado. Estando ya para poner su cabeza sobre el tajo el desgraciado Coradino arrojó su guante á la turba que presenciaba el suplicio. ¿Quién ha recogido aquel guante? Luis XVI, descendiente de San Luis, de quien Cárlos de Anjou era hermano.

FELIPE IV.

(Desde el 1285 al 1314).

En el reinado de Felipe el Hermoso principia la monarquía de los tres Estados y del parlamento.

Hemos dicho que durante los reyes de las dos primeras razas, el pueblo entero (es decir, los soldados ó conquisladores) se presentaba en las asambleas de marzo y mayo, daba su voto para la formacion de las leyes y contribuia á la eleccion de los soberanos. Téngase cuidado en no confundír el Estado llano convocado por Felipe y antes de él por San Luis con aquellas masas militares. El Estado llano se componia de ciudadanos que habian nacido en las ciudades de la edad media, de hombres que ejercian profesiones libres y de antiguos magistrados municipales romanos. Estos fueron los que se sublevaron en el siglo XII, convirtiéndose en *propietarios colectivos* y por consiguiente en *señores*; obtuvieron de Luis el Gordo algunos privilegios y tomaron el nombre de *comunes*, nombre nuevo y execrable, segun dice un autor contemporáneo; esos fueron tambien los que habiendo llegado á figurar en los *Estados*, dieron orígen á lo que se llamó *pueblo francés* en las ciudades despues del desaparecimiento de la *poblacion franca* y el cambio de la *esclavitud* en *servidumbre*.

No es eso decir, como ya lo he indicado, que antes del reinado de Felipe el Hermoso, no ofrezca la historia *asambleas de notables*, esto es, de ciudadanos de las buenas ciudades invitados por los reyes; pero no debe perderse de vista que solo con motivo de las desavenencias de Felipe IV con el papa Bonifacio y particularmente con motivo de una contribucion general de seis dineros sobre los comestibles vendidos, imaginó el intendente general de Hacienda, Enguerrand de Marigny, «ministro mucho mas célebre por sus desgracias que por su talento en el despacho de los asuntos, conseguir con dulzura aquella contribucion por parte del pueblo, quitándole de esta manera el pretesto de motines y nuevos disgustos.

Movido de esta intencion invitó al monarca á que estableciera en París los Estados generales del reino. Mandó levantar un tablado: y allí el ministro en presencia del rey, despues de haber elogiado á la capital del reino, dándole el nombre de cámara real donde los monarcas de la antigüedad habian tomado su primer alimento, espuso con mucha energía los motivos que tenia su soberano para ir á castigar la desobediencia de los flamencos y exhortó vivamente á los tres estados á que le socorrieran en aquella calamidad pública, en la que se trataba del bien general.» (PASQUIER).

Al tomar asiento los tres estados, el parlamento de París que andando el tiempo debia ser el heredero del poder político de aquellos, fijó tambien su residencia y el mismo monarca que constituyó esos dos poderes, estableció al propio tiempo una nueva especie de pares. Estas tres circunstancias fueron tres golpes mortales dados á la monarquía feudal.

Los tres estados, que en lo sucesivo se llamaron *Estados generales* y que con bastante frecuencia manifestaron grandes talentos y un elevado instinto político, no simpatizaron, sin embargo, mucho con las costumbres del país. Por de pronto no pudo su accion estenderse sobre una monarquía homogénea: habia además de ellos otros estados que se llamaban de la lengua de *Oc* y de la lengua de *Oyle* y los estados particulares de las provincias. Los grandes vasallos y los pequeños señoríos independientes no se sometian, sino cuando les acomodaba, á las decisiones de esos estados.

Por lo tocante á las tres categorías ú órdenes, hay que advertir que la nobleza gradualmente debilitada por el poder de la corona, ni conoció, ni apreció nunca ese otro poder colectivo que se le concedia por medio de aquellas asambleas compuestas del estado llano y del clero para indemnizarla del poder aristocrático que habia ido perdiendo. Manifestóse muy independiente por lo relativo á las opiniones; pero nunca pensó en volver á tomar de la corana, sosteniendo con calor los intereses comunes de la patria, la autoridad que habia perdido: ninguna cosa podia sugerir esa idea abstractamente política á los nobles de la edad media.

El clero, que tenia sus sínodos particulares y generales se cuidaba poco de esas reuniones mistas donde no podia contar mas que con una tercera parte de los votos. Sus intereses bien defendidos en los concilios no le incitaban á representar un papel importante en los estados: presentóse, pues, en ellos con pocas simpatías é hizo alarde de una oposicion sediciosa y de talentos gubernativos, que solo él poseia en aquella época.

El estado llano se lamentó algunas veces; pero solo se manifestó cuidadoso de permanecer adherido al trono, que era su escudo natural contra la opresion de las otras dos gerarquías y hácia el cual se sentia ademas inclinado por la propension instintiva de la democracia á unirse con el poder absoluto.

Las guerras civiles y estranjeras, las invasiones, la sublevacion de los pueblos, la desconfianza de los reyes, la resistencia de los nobles, y la confusion que dominaba en las atribuciones políticas, pusieron trabas al curso normal de los estados: hubo tiempos en que esas asambleas sugeridas y compuestas enteramente de notables en las cámaras del parlamento ó en los consejos del monarca, apenas pueden ser distinguidas de los poderes á que estaban reunidas.

Diremos una palabra acerca del parlamento.

Cuando el monarca dejó de decidir personalmente los asuntos públicos, su consejo tomó á su cargo esta suprema comision. Este consejo bajo la denominacion de parlamento, *parlamentum*, sucedió (hácia el año 1000) á los *placita* de Gregorio de Tours y de Fredeger y al *mallum imperatoris* de las capitulares. El parlamento que por de pronto anduvo ambulante con el monarca, fijó el lugar de su residencia; tuvo sesiones fijas y por último se constituyó á perpetuidad: componíase de consejeros *jueces* sacados de la clase noble, del clero y de consejeros *informantes* elegidos entre las otras gerarquías sociales. La nobleza de espada fue poco á poco retirándose del parlamento y quedó en él únicamente la nobleza de toga: de aquí resultó que los jueces inamovibles (los nobles) dejaron el depósito de la justicia en manos de los jueces amovibles (los de la clase media). Al crear Carlos VII el consejo de Estado, acabó de separar el parlamento de la corona y trató de limitarlo únicamente á las funciones judiciales. Luis XI dió en 1467 un decreto perpetuando la dignidad de la magistratura; pero en realidad se cuidó muy poco de su cumplimiento; pues nada ocupaba profundamente la atencion de aquel monarca sino su despotismo de mala ley. La venalidad de los cargos públicos tan importuna en sus principios, produjo la inamovilidad y en último término fue causa de que la magistratura fuese hereditaria.

Al fallecer el monarca, considerado como Gran Justicia de su reino cesaba toda administracion de justicia (1), porque toda justicia emanaba del soberano. El parlamento asistia á los funerales del monarca, rodeando su féretro y cuando resonaba el grito de perpetuidad de la monarquía: *el rey ha muerto: viva el rey*, los tribunales volvian á abrirse y con la monarquía naciente renacia tambien la justicia.

Sucesivamente fueron estableciéndose en diversas provincias otros parlamentos á imitacion del de París. Este usurpó los derechos políticos que los tres estados dejaban de ejercer en el largo é irregular intervalo de sus sesiones, y los pueblos se acostumbraron á mirarlo como defensor de sus derechos. «Por la costumbre de tomar acta del presupuesto, adquirió, segun dice enérgicamente Pasquier, el derecho de investigar la voluntad del soberano.» La monarquía parlamentaria sobrevivió á la de los Estados, representó un papel independiente en tiempo de la Fronda, desapareció bajo la monarquía absoluta de Luis XIV, fue destruida en tiempo de Luis XV, volvió á aparecer reinando Luis XVI y contribuyó á la convocacion de los Estados generales de 1789.

El parlamento de París fallaba las causas pertenecientes á la justicia civil con arreglo á las costumbres nacionales que entraban en la jurisdiccion de su tribunal y por lo tocante á las causas criminales empleaba el derecho real (esto es, las ordenanzas) combinado con el derecho romano y con el derecho canónico cuando la accion habia tenido lugar en la órbita de la jurisdiccion eclesiástica. Personajes comparables con los mas graves é ilustres que figuran en la historia fueron Hotte, los L'Hopital, los de Thou, los Harlay, los Nicolai, los Lamoignon, los d'Agesseau, los Brisson, los Molé y los Seguier: estos son los que unidos con algunos eclesiásticos, curiales, literatos, sabios, artistas y un centenar de individuos del ejército y la armada, componen la suma de grandes hombres de la clase plebeya en tiempos de la antigua monarquía. Mas sin embargo, debe tambien advertirse que hubo muchos magistrados oriundos de familias nobles y parlamentos que en su totalidad pertenecieron á esta clase, y por último, que la alta magistratura se intituló *nobleza de la toga*.

Una multitud de reyes acababan de desaparecer á un mismo tiempo al subir Felipe al trono, principió, pues, su reinado en medio de generaciones renovadas. Sus disputas con Bonifacio VIII son famosas: por de pronto no se trataba mas que de la imposicion hecha ó por hacer de unos cuantos maravedises de con-

(1) Luego veremos el origen de la justicia entre los francos.

tribucion sobre los bienes del clero. Bonifacio se arrebató y el monarca francés le contestó que nunca se someteria al papa por lo tocante á las cosas temporales.

El obispo de Pamiers, legado de Bonifacio, insultó al rey en plena audiencia; el rey lo espulsó de su consejo é hizo que le acusaran de delito de alta traicion; una bula de pontífice manda que el obispo quede sometido al tribunal eclesiástico. Al mismo tiempo espidió otra bula declarando que el rey de Francia debe estar sujeto al papa, tanto en lo temporal, como en lo espiritual. El guarda-sellos Pedro Hotte, dirigió al pontífice una carta en nombre del rey que principiaba con estas palabras: «Felipe, por la gracia de Dios, rey de los franceses, á Bonifacio, titulado papa, poca ó ninguna salud. Sabrá vuestra gran familia que á nadie estamos sometidos por lo tocante á lo temporal, etc.»

A este escrito sucedió otra bula en que se mencionan las principales faltas de Felipe: «Abruma á sus vasallos á fuerza de contribuciones; altera el verdadero valor de la moneda; cobra la renta de los beneficios vacantes. En vano pretenderia sincerarse imputando la gravedad de semejantes cargos á sus malos ministros; estos deben ser cambiados por amonestacion de la Santa Sede.» Si tales reprensiones eran inoportunas, por lo menos eran justas, y hasta en aquellas mismas violencias deben considerarse que habia un principio de utilidad. Solo el pontificado tenia en aquella época el derecho de hablar, y reemplazaba á la opinion pública de las naciones; las réplicas que necesariamente tenian que hacer los soberanos ponian de manifiesto los abusos de la Córte de Roma y de la tiara y de esta manera los pueblos iban adquiriendo parte de las luces que en la actualidad son el resultado de la libertad de imprenta.

Los tres estados escribieron á Roma, el clero en latin y la nobleza y probablemente el estado llano en francés. La carta del clero estaba redactada en tono respectuoso, pero enérgico; la de la nobleza se distinguia pos su violencia, y la del estado llano, cuyo contesto se ha perdido, no seria menos vigorosa que la de la nobleza si hemos de juzgar de ella por la contestacion de los cardenales. El papa trató de hija loca á la Iglesia Galicana y se quejó de que la nobleza y el estado llano ni siquiera se habian dignado darle el título de soberano pontífice.

Despues de haberse celebrado un consistorio, la asamblea de un concilio en Roma y la promulgacion de nuevas bulas, declaró Guillermo de Nogaret, caballero del rey en una asamblea de prelados y barones (1303) que Bonifacio no era papa; que con arreglo á espresiones del Evangelio no era mas que un malvado y un ladron; que era ya tiempo de poner freno á semejante miserable, de encerrarlo en un calabozo y reunir un concilio para sentenciarlo, hecho lo cual, los cardenales eligian un verdadero papa. Bonifacio lanzó una bula de excomunion contra Felipe y puso á la Francia en entredicho, engañábase por lo tocante á la época; el siglo de Gregorio VI estaba ya muy lejos.

Los dos nuncios encargados de notificar á Felipe la sentencia del papa, fueron arrojados á un calabozo; las bulas fueron recogidas y las temporalidades de los eclesiásticos que se habian refugiado en Roma quedaron confiscadas. A fin de discurrir un medio de vengarse del pontífice, se mandó que las órdenes del reino fuesen convocadas en el Louvre. En aquella asamblea se intentó por Guillermo de Plasian formacion de causa contra Bonifacio; los principales cargos que se le hacian eran los siguientes: que negaba la inmortal dad del alma; que dudaba de la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía que estaba manchado del pecado infame y que llamaba *patarinos* (1)

(1) Es decir albigenses.

á los franceses. El rey, con arreglo al dictámen de Nogaret y Plasian apeló de las bulas de Bonifacio á los concilios y papas futuros. Los estados se adhirieron á esta manifestacion.

Nogaret se hallaba por aquel tiempo en Italia, y él fue el encargado de dar á entender al papa lo resuelto por la asamblea general de Francia. Retirado el violento Pontífice en Agnania, su pueblo natal, estaba preparando nuevos anatemas. Nogaret habia recibido órden de apoderarse de su persona y de conducirlo á Lyon, donde en un concilio general seria privado del poder de las llaves; nótese que ya eran los reyes los que destronaban á los pontífices.

Nogaret se puso de acuerdo con Colonna, individuo de aquella famosa familia romana que Bonifacio habia perseguido; Nogaret y Colonna, acompañados de algunos nobles asalariados y algunos aventureros entraron en Agnania (7 setiembre 1303) al despuntar el dia. Unióseles el pueblo: asaltaron el palacio donde estaba el pontífice, y fracturando puertas llegaron hasta su cámara; apareció Bonifacio sentado en un trono cubierto con el manto de San Pedro, descansando en sus sienes la tiara adornada de dos coronas, símbolo de los dos poderes y teniendo en su diestra la cruz y las llaves.

Nogaret, sin poder reprimir su veneracion, se acercó respetuosamente á Bonifacio, cumplió su comision y le invitó á convocar un concilio general para Lyon. «En tal caso, contestó el pontífice, no me quodará mas consuelo que haber sido condenado por *patarinos*.» Es de advertir que el abuelo de Nogaret habia sido quemado vivo por pertenecer á esta secta. ¿Quiéres renunciar á la tiara? grito Colonna.—«Hé aquí mi cabeza, repitió el pontífice; moriré en la sede donde Dios se ha servido colocarme.» Pio VI, preso, medio moribundo y despojado de toda señal de dignidad llegó en nuestros tiempos á Valence; el pueblo rodeaba la casa en que fue depositado y lo llamaba á gritos; el vicario de Jesucristo se asomó penosamente á una ventana y presentándose á la multitud, esclamó: *¡Ecce homo!* ¡Qué grandeza! ¡Qué distinto modo de ofrecerse á la muerte!

Bonifacio despues de su altiva contestacion á Colonna, prorumpió en insultos contra Felipe. Colonna le dió un bofeton, é indudablemente le hubiera traspasado el pecho con su espada, si Nogaret no lo hubiera detenido. «Mezquino papa, gritó Colonna, considera »cual será la bondad de monseñor el rey de Francia, »que por medio de mí te guarda y te defiende de tus »enemigos.» Temiendo Bonifacio ser envenenado, rehusó toda clase de alimento; una pobre mujer lo mantuvo durante tres dias con un pan y cuatro huevos. El pueblo, por una de sus acostumbradas inconstancias, volvió á dar libertad á este desgraciado pontífice, que partió para Roma y murió en un acceso de fiebre (11 octubre de 1303). Algunos autores han dicho que se rompió la cabeza contra las paredes despues de haberse devorado los dedos de las manos.

En Flandes, no bien fue conquistado el país por Felipe, volvieron á renovarse los disturvios que produjeron grandes matanzas, particularmente en Brujes. A fin de conocer á los franceses que el pueblo queria degollar, se les obligaba á decir estas palabras tomadas del idioma que se habla en la baja Alemania: *Scilt ende wrendt* (escudo y amigo): en las Vísperas Sicilianas habia servido para igual objeto la palabra *ciceri*. Hay palabras en las que los galos y los franceses han consignado con mas energía el carácter de su doble raza; para evitar la molestia de aprender idiomas estranjeros han enseñado con las armas en la mano su idioma á toda la tierra; es probable que no fuese en latin la terrible sentencia que Breno pronunció en el capitolio *¡Væ victis!*

La matanza de Brujes fue seguida de la batalla de Courtray; aldeanos y gente del pueblo capitaneados

por un tejedor llamado Pebro, que se hizo armar caballero, en el mismo campamento alcanzaron una famosa victoria contra los mas ilustres capitanes y la alta nobleza de Francia. En aquel campo de batalla quedó demostrado que el valor no era patrimonio esclusivo de la caballería; nuevo conocimiento que vino á ilustrar al pueblo. Cuatro mil pares de espuelas doradas de cuatro mil *caballeros* quedaron en manos de los *buenos hombres* de Flandes (1303).

Esta victoria dió lugar á una singular aventura: algunos flamencos disfrazados de pordioseros se hicieron tener por nobles franceses que habian podido escaparse de la batalla de Bourtray, habiendo hecho voto de vestir siete años el trage de mendigo y no revelar su orígen: no faltaron viudas que se empeñaron en reconocerlos y los admitieron á gozar de sus derechos.

Felipe se indemnizó de esa desgracia en la batalla de Mons en Puele; la grosera estátua que antes de la revolucion se veia en la catedral de Paris atestiguaba esa victoria.

El descubrimiento de la brújula, que coincide con el de la pólvora, datan del reinado de Felipe el Hermoso; ambas invenciones produjeron notable cambio, la una en el mundo geográfico, la otra en la sociedad material, en tanto que estaba próximo á trasformarse al mundo de la inteligencia, mediante el descubrimiento de la imprenta. No está aun evidentemente demostrado que Juan Gira, ó Goya, ó Flavio Jivia de Amalfi sea el verdadero inventor de la brújula. Marco Polo pudo haberla traido de la China hácia el 1260 y un antiguo poeta de Provins llamado Francisco Guyot, describió exactamente la brújula bajo el nombre de *marineta ó piedra marinera*, á fines del siglo XII mas de cincuenta años antes del viaje del veneciano á la China. La flor de lis que en todos los pueblos sirve para señalar la rosa de los vientos, parece asegurar á la Francia la invencion ó perfeccionamiento de la brújula; esta flor habia servido para indicar otras muchas glorias antes de la época en que solo han servido para señal de nuestras calamidades.

El movimiento general de los ánimos que da eterna celebridad al siglo XIV produjo en 1308 la insurreccion de los tres cantones de Schwih, Uri y Undervalden; la libertad se dispertó entre los lagos y rocas de los Alpes; en tanto que los pueblos de Flandes preparaban en sus llanuras las repúblicas industriales de Artavelle se organizaba en las montañas de Suiza la república agrícola y guerra de Guillermo Tell.

En 1310 se incorporó Lyon á la corona, y ese mismo año es la fecha de la conquista de Rodas por los caballeros de San Juan de Jerusalen.

El concilio de Viena puso fin (1311) á la desavenencia de la corona de Francia y la tiara, pues Felipe habia dado rienda á su enemistad, persiguiendo hasta la memoria de Bonifacio. Tambien se trató en ese concilio de la abolicion del Orden de los Templarios y fue el último suceso importante del reinado de Felipe.

Nueve caballeros franceses fundaron en 1118 el Orden de los Templarios en Jerusalen, que andando el tiempo llegó á poseer inmensas riquezas y á inspirar recelos á los pueblos y á los reyes. Los templarios se vieron acusados de entregarse mutuamente á infames torpezas, de renegar de Cristo, escupiendo sobre su santa imagen, de adorar un ídolo de larga barba y bigote caido, de ojos como carbunclos y cubierto de una piel humana; de matar los niños que nacian de padre templario y de asarlos para untar con su grasa la barba y el bigote del ídolo y de reducir á cenizas el cadáver de los individuos de la Orden y mezclarlas en la bebida como un filtro. Puede casi adivinarse el carácter de los siglos por el género de calumnias que en ellos han dominado; brutales y absurdas han sido en los tiempos de barbarie y de fé, refinadas y casi verosímiles en las épocas de civilizacion y de duda.

No debe, sin embargo, creerse que la estincion de los Templarios fuese un asunto meramente financiero: al parecer no puede dudarse que aquellos caballeros pertenecian á la secta de los maniqueos y que Felipe se mostró mas receloso de su autoridad, que ávido de sus tesoros. Pero de todos modos en aquel proceso se vieron á un mismo tiempo violadas la humanidad y la justicia. Estuvo tambien calculada para impresionar el espíritu del pueblo la naturaleza de las acusaciones, que la opinion vulgar ha trasformado en monstruos á aquellos monges-caballeros, que probablemente no fueron culpables mas que de pasiones y errores. A principios del siglo XIX un sabio y poeta (MR. RAINOUARD) se presentó á vindicar su memoria. Preciso es descender hasta casi nuestros dias para encontrar en la abolicion de los Jesuitas (salvas las diferencias de la época) algo que haya producido el estrépito y aparato que causó en el mundo católico la estincion del Orden de los Templarios.

El ministro de Felipe el Hermoso, Enguerrand de Marihny, fue en el reinado siguiente víctima de la misma inquietud que él habia provocado contra los Templarios y expidió por una injusta muerte el injusto suplicio de Santiago de Molay. Dios, paciente y vengador, suspende por algun tiempo sus iras, mas nunca pierde de vista al criminal.

Si se da crédito á una antigua crónica, estando ya los caballeros Templarios sobre la hoguera, emplazaron á Felipe el Hermoso y á Clemente V á comparecer ante Dios al año y dia de consumada aquella sentencia y efectivamente, los emplazados comparecieron sin dilacion ante el tribunal de la eterna justicia.

Otro suceso enteramente parecido á éste, dió á un rey de Castilla el terrible sobrenombre de *Emplazado* (Fernando IV, 1295). No carecen enteramente de dignidad moral estas tradiciones, la historia se complace sobremanera en las cosas graves y trágicas, ni deben ser desatendidos los hechos que pintan las creencias, costumbres, predisposiciones de los ánimos y que dan además saludables lecciones. De todos modos ¿quién podrá dudar que el cielo oye la voz de la inocencia y de la desgracia? ¿Cuando dejará de ser una verdad eterna que el oprimido y el opresor han de comparecer irremisiblemente ante el tribunal de un mismo juez?

Felipe el Hermoso inauguró uno de los siglos mas fecundos en trasformaciones sociales y hasta su misma monarquía fue una novedad; pues entonces principió á conocerse la razon de estado y empezó á verificarse la conversion del vasallo en súbdito. Mas si por parte la libertad religiosa, política y civil dieron un paso durante aquel reinado por el choque del poder temporal y el poder espiritual, por la convocacion de los tres estados y por la institucion del Parlamento sedentario, por otra parte Felipe dió orígen al espíritu de la monarquía absoluta y mostró para el porveuir una clase de reyes, cual la nacion no podia soportar por mucho tiempo.

LUIS X.

(Desde el 1314 al 1316.)

Felipe IV el Hermoso dejó tres hijos: Luis X, llamado Hutin, Felipe V el Largo y Cárlos IV el Hermoso. Vivieron estos tres príncipes muy poco tiempo y fueron deshonrados por sus esposas. No es esta la única vez que en la historia de Francia figura una sucesion de tres hermanos y siempre acompañada de la desgracia. Francisco II, Cárlos IX, Enrique III y Luis XVI, Luis XVIII y Cárlos X pueden servir de ejemplo. Margarita de Navarra, mujer de Luis y Blanca, hija menor de Oton IV, conde Palatino de Borgoña, fueron encerradas, despues de habérseles cortado el cabello en castigo de su adulterio en el castillo de

Gaillard, construido por Ribardo Corazon de Leon y sobre cuyo recinto decian haber llovido sangre. La primera de las dos reclusas fue, por último, estrangulada con el sudario de su féretro, y Blanca pudo, como repudiada, tomar el velo en la abadía de Maulbuisson. Juana, condesa de Borgoña, hermana mayor de Blanca y mujer de Felipe el Largo, encerrada por de pronto en el castillo de Dourdan y en seguida declarada inocente por el Parlamento, volvió á ser admitida en el tálamo de Felipe. Los seductores de Margarita y Blanca fueron los dos hermanos jorobados Felipe y Gualtiero de Aulnay. En castigo de su delito fueron desollados, arrastrados por los campos de Maubuisson recientemente segados y por último mutilados y suspendidos de la horca por debajo de los brazos. Segun dice una antigua cancion.

«Vivos fueron desollados,
y sus miembros mutilados
á las fieras arrojados.»

¡Aun no creian haber comprado muy caro el suplicio!

Enguerrand de Marigny fue perseguido judicialmente por exacciones cometidas en tiempo de Felipe el Hermoso. El fiscal que actuó en el proceso compará á Enguerrand y á sus parientes y amigos *con las serpientes que asolaban el territorio de Poitou en tiempos del señor san Hilario*. No se le permitió hablar al acusado: *de manera que no se le concedió medio ninguno de defensa*. El conde de Valois perseguia á Marigny por algunas palabras altivas que en tiempo de la prosperidad se le habian escapado. Sin embargo no les hubiera sido posible condenar legalmente á aquel hombre famoso, sino hubiesen acudido al último recurso de la injusticia y de la delacion en aquella época; acusáronle de brujería, lo cual era equivalente al crímen de traicion en la república romana, y al de lesa magestad en tiempo del Imperio: solo al oir la palabra *brujería* se llenaban de terror las conciencias, y el inocente tenia que aparecer como criminal. El rey declaró que retiraba su favor de Marigny: otro tanto dijo Cárlos I de Inglaterra, respecto de Strafford. Finalmente Marigny fue ahorcado (30 de Abril de 1315) en Montfaucon antes de despuntar el dia, no por sentencia del parlamento, sino por decreto de una comision de barones y caballeros, reunida en el bosque de Vicennes. Esta es la primera y la última comision que hasta el presente se ha reunido en aquel punto. «Montfaucon ha traido tan mala suerte, dice Pasquier en el capítulo que lleva por título: *Mas funesto que la madera de que se hace la horca* (lib. VIII, cap. XL., pág. 742), á cuantos han tenido que ver algo con él. El primero que lo construyó (Enguerrand de Marigny) fue ahorcado en su recinto; el segundo que trató de reedificarlo, (un tal Pedro Remi, intendente general de Hacienda de Cárlos el Hermoso) fue tambien ahorcado en tiempo de Felipe de Valois, y en nuestros dias habiendo un tal Juan Moulnier, teniente civil de París, intentado hacer en aquel sitio algunas reformas, se vió tambien prontamente acometido de la desgracia, que si bien no lo llevó á la horca, le hizo sufrir una correccion pública.

En el tiempo á que nos referimos la civilizacion dió un paso retrógrado, y la administracion de justicia se manifestó menos avanzada que en la época de los *establecimientos de San Luis* y de los *reglamentos de Felipe el Hermoso*; mas no por eso debe creerse que la sentencia de horca ejecutada durante la noche y aplicada á un reo de sangre noble, sea como algunos han podido suponer, una infraccion de la ley que entonces regia. Los *establecimientos de San Luis* previenen que el noble culpable del deshonor de una hija de familia sea ahorcado. El noble y el plebeyo sufrian en semejante caso una misma pena, porque la ley daba por consumada la degradacion del primero mediante la perpetracion del crímen. Posteriormente los nobles supusieron que habia crímenes de raza, así como habia una nobleza de extraccion y en virtud de esto reclamaron el privilegio del cadalso.

Marigny quedó vengado por lo mucho que el rey y el pueblo lo echaron de menos. En aquellos tiempos la imaginacion mas sensible porque era mas crédula expiaba las faltas de las pasiones: si sobrevenia (como ocurrió entonces) una calamidad general despues de una injusticia individual, todo el mundo la consideraba como un castigo del cielo. Dios, verdadero juez supremo, descarga el castigo (decian entonces) tras del pecado. Partiendo de este principio llegó á crearse un grave sistema que por medio de la moral enlazaba los destinos de todo un pueblo con la iniquidad consumada tal vez sobre un solo individuo; sistema sin peligro que no debilitaba el poder por sujetarlo al remordimiento, pues suponia que el órden emanaba de la omnipotencia eterna.

Mas si en el órden civil retrocedió la civilizacion como hemos dicho refiriéndonos al suplicio de Enguerrand, hé aquí que por el contrario avanza en lo relativo al órden político. Luis Huttin publicó (3 de julio de 1815) *cartas* que por honor de los reyes y pueblo franco merecen ser copiadas. Una de ellas dice así:

«Luis por la gracia de Dios, etc. Como segun el derecho de naturaleza cada cual debe nacer *franco*, y como por usos y costumbres introducidas y observadas desde mucho tiempo atrás hasta el presente en nuestro reino y con grave perjuicio de los predecesores, muchas personas de nuestro pueblo siguen entrabadas con el *lazo de servidumbre y de otras diversas condiciones* que nos desagradan altamente.

»Considerando que nuestro reino es y se llama el *reino de los Francos* y queriendo que esta denominacion sea una realidad, y que la condicion del pueblo *sea mejorada por Nos al tomar las riendas en nuestro nuevo gobierno*; hemos mandado y mandamos por deliberacion de nuestro gran consejo, que generalmente en todo nuestro reino, en los límites que pueden pertenecer á Nos y á nuestros sucesores; *desaparezcan tales servidumbres*, y que á todos los que por *nacimiento* ó por *antigüedad*, ó recientemente por *matrimonio*, ó *residencia en pueblos de condicion servil*, se hallan ligados ó podrian estarlo con dichas trabas de servidumbre; *se les dé franquicia con buenas y convenientes condiciones.*»

El espíritu filosófico de esa ley y sus consideraciones generales acerca de *ser la libertad un derecho natural* contrastan con la infancia del idioma en que está escrito el original: las ideas son mas antiguas que el modo de espresarlas.

Algunos historiadores han pensado que en el espíritu de esa sancion real predominó eslusivamente un epíritu financiero, esto es, un proyecto para adquirir por medio de la manumision á los siervos, recursos metálicos que hacian suma falta al erario. Mas aun cuando semejante observacion fuese cierta, habria derecho de decir á los que la hacen: poco importa el modo de dar libertad á los hombres, con tal que al fin se les de: todas las interpretaciones posibles no destruyen el hecho que manifiesta la importante revolucion que principió á llevarse á cabo en el estado social. Mas en el hecho que referimos no tiene lugar la observacion que hacen aquellos historiadores: el monarca al manumitir sus siervos disminuia los recursos de su patrimonio, pues los siervos estaban sujetos á ciertas contribuciones, y era muy natural que la corona al otrgarles la libertad no lo hiciera á espensas de su propia fuerza: así se dice terminantemente en una de las cláusulas de aquella sancion: «*Nos, encargamos y mandamos* (á los alguaciles, recaudadores, etc.) que procureis y trateis de obte-

ner de ellos (los siervos) ciertas composiciones que Nos *indemnicen* de los emolumentos que por las *dichas servidumbres* podríamos gozar Nos, ó nuestros sucesores.»

Si es cierto, como hemos dicho, que las ideas son mas antiguas que el idioma, no puede tampoco negarse que el monarca habia progresado mas que el pueblo: poquísimos fueron los que quisieron redimirse de su condicion de siervos. Echase esto de ver por otras *cartas*, en las que Luis X declara que *muchas personas no han comprendido la magnitud del beneficio que se les dispensaba*, y manda que se les obligue á pagar grandes cantidades, es decir, que se les obligue á redimirse. Fracasa toda la revolucion que no ejerce influencia en las costumbres y en las ideas: la degradacion que la dependencia trae consigo es como una especie de temperamento para el hombre acostumbrado á obedecer, es una especie de naturaleza cuyas leyes llegan á realizacion en el último límite de la inteligencia; sabido es que en el mero cumplimiento de las leyes hay un cierto grado de bienestar Libre de los afanes del pensamiento y de los cuidados del porvenir, el esclavo se acostumbra á la ignominia; careciendo de lazos sociales, constituye una especie de libeatad en su propia servidumbre, de manera que si repentinamente llega á verse emancipado, se espanta de la libertad y vuelve á pedir sus cadenas. El genio del hombre es parecido al águila; cuando ésta ha sido criada en la domesticidad, rehusa tender el vuelo á los etéreos espacios, porque no sabe cómo hacer uso de sus galas ni de sus garras.

Luis volvió á llamar á los judíos espulsados por Felipe el Hermoso (28 de julio de 1315). Estábales prohibido el hacer préstamos sobre *vajilla ni ornamentos de las iglesias, ni sobre prendas ensangrentadas* (1) *ni recientemente moladas*. Tambien se les habia mandado llevar una señal en el sitio acostumbrado, que deberia tener por lo menos la anchura de una libra tornesa de plata, y ser de difetente color que el vestido, para que pudiera ser vista cómodamente de todo el mundo (2). Los judios estaban condenados á ser perpétuamente hombres de condicion servil; si sus hijos tenian una nodriza cristiana, el clero podia excomulgarla por solo esa circunstancia: *Sed benevolunt quod nutrices Judæum excommunicentur*, dice uno de los Establecimientos de Eelipe Augusto. Cierto comentador cree que se puede leer meretrices en lugar de nutrices (3) prostitutas en vez de nodrizas). ¡Qué significan tantos desprecios hácia un pueblo que en todas épocas ha vivido aislado; que nunca ha variado, ni ha estado sometido como las razas que se han renovado á los efectos de la barbarie ni de la civilizacion; que siempre ha permanecido en un mismo grado de sociabilidad; que nunca ha sido conquistado porque lo fue una vez por todas y para sismpre y que nunca ha gozado de libertad porque todas las naciones lo consideran como envuelto en un orígen misterioso, fatal é indisputable de esclavitud? ¿Era la mano de Dios la que habia puesto durante la edad media en el pecho de los judios aquella señal distintiva? ¿Estábales prohibido prestar sobre prendas ensangrentadas ó vestidos recientemente mojados, porque se les suponia capaces de aprovecharse de los despojos del asesinato ó ahogado? ¿No podrá decirse que aun se veian persequidos por el recuerdo de aquella túnica tirada á la suerte y vendida en 30 dineros?

(1) Encuéntrase esta cláusula en una pragmática latina de Felipe Augusto (febrero de 1218).

(2) Esta señal consistia en una especie de escarapela amarilla, ó medio banca y medio encarnada que con arreglo al capítulo 68 del concilio de Letran, del año 1215, debian llevar en el pecho los judios. *Ut omni timpore in medio pectoris rotant portent*, dice un estatuto de la Igicsia de Rhodez.

(3) Brussel., tomo I, pág. 583.

Finalmente no se creia que sus hijos fuesen dignos de ser alimentados con una leche castiza: la mujer cristiana que arrimaba á su seno al hijo de un judío incurria en la eterna reprobacion que pesaba sobre la criatura que la piedad le habia puesto en los brazos.

Luis X murió á la edad de veinte y cuatro ó veinte y seis años despues de diez y nueve meses de reinado y habiendo proseguido en ese período la malhadada guerra de Flandes. No careció ese jóven monarca de buenas cualidades y entre otras cosas podria citarse en honor de su memoria las órdenes que espidio dispensando proteccion á los labradores, *imponiendo la pena del cuadruplo ó de infamia al que se apoderara de sus bienes*. Quiso tambien quitar á los señores el derecho de acuñar moneda; aun no habia conseguido la monarquía destronar á la aristocracia. Tambien se manifestó apasionado de las ciencias, las letras y las artes y se dejó aconsejar bien por la clerecia lega.

FELIPE V.

(Desde el 1316 al 1322.)

Luis X había tenido de su primera mujer adúltera una hija llamada Juana, la cual habiendo heredado el reino de Navarra lo ingirió en la familia de Evreux con cuyo jefe se habia casado. La segunda mujer de Luis, Clemencia de Hungría, se hallaba en estado interesante cuando fue sorprendida por la muerte, de manera que hubo una especie de interregno durante el cual Felipe, segundo hermeno de Luis, tuvo la regencia. Los doce Pares decidieron que si el niño cuyo nacimiento se esperaba, era hembra, la corona pasase á Felipe: esta es la primera vez que la historia hace mencion de la ley sálica, es decir, de la aplicacion de esta ley. Clemencia dió efectivamente á luz un hijo, Juan I, que no vivió (4) mas que cinco dias (año de 1316), razon por la cual muchos historiadores lo han omitido en el catálogo de los reyes y solo en algunos pergaminos olvidados pueden confrontarse las fechas de su nacimiento y de su muerte ¡Feliz habria podido llamarse otro régio huérfano si hubiera ocultado su vida en el polvo de los archivos nacionales sin haber sido abrumado por el peso de una corona que sin embargo nunca llegó á llevar!

Felipe V, llamado el Largo, fue proclamado rey, pero no por unanimidad, pues algunos príncipes, y entre otros el hermano del rey, conocido luego por el nombre de Cárlos el Hermoso, querian que se examinara el derecho que Juana, hija de Luis X, podía tener á las coronas de Francia y de Navarra. La consagracion se hizo á puertas cerradas. Una reunion de obispos y de señores y ciudadanos de París, declaró que el trono de Francia no debia ser herencia de una mujer (5), opinando en este particular en sentido contrario á lo prevenido por una máxima del derecho feudal, en virtud de la cual todos los grandes feudos pasaban de la lanza é la rueca. Un tratado concluido en 1316, entre Felipe V, durante su regencia, y el duque de Borgoña, establecia que si la viuda de Luis X daba á luz una hija, aquella princesa y su hermana de primer matrimonio, Juana, ó la una de las dos en el caso de que la otra muriese, poseerian el reino de Navarra con los condados de Champagne y de Brie, y *darian recibo por el resto del reino de Francia* (6). ¿Quién al leer esto no creerá estar viendo como se reparte en familia la herencia de una casa de labranza entre unos oscuros herederos?

(4) Spicil. tom. III, pág. 72, *Tesoro de cartas*.

(5) Contin, Cron, Guill de Nangis, Spicicil, tom. III. pág. 72

(6) Tesoro de Cart. de Navar., legajo III, docum. VII. Dupuis, *Trat. de la fam. de los reyes;* Leibnich en *code. deplom*; pág. 70.—*Memoria de la Acad. de bel. let.*, tomo XIII, pág. 295.

Singulares fueron por cierto esas antiguas monarquías cristianas tanto por lo relativo al derecho como por lo concerniente á sus costumbres. A manera de la antigua república romana presentaban á un mismo tiempo una mezcla de rusticidad y violencia, de equidad y de injusticia. ¡Dos mujeres dan recibo de aquella varonil pátria que estendiendo á todas partes su gloria lo daba no pocas veces al retirarse de sus propias conquistas!

Juana se casó con Felipe, hijo mayor del conde de Evreux, y le trajo en dote el reino de Navarra. De este matrimonio nació Cárlos el Malo. Felipe el Hermoso, habia casado su hija Isabel con Eduardo II, rey de Inglaterra y fue madre de Eduardo III, una de las calamidades de la Francia. Resultó, pues, que el reino de Navarra que por matrimonio de Felipe el Hermoso, habia pasado á la familia reinante de Francia, salió de ella estando en el trono uno de sus hijos para volver á entrar de alli á cuatro siglos por otra princesa llamada tambien Juana y madre de Enrique IV, en cuya época los monarcas franceses volvieron á tomar el título de reyes de Navarra, y no lo dejaron hasta que perdieron las dos coronas. Diremos tambien con este motivo que al erigir Cárlos el Hermoso, la baronía de Borbon en ducado y en dignidad de par en favor de Luis I, hijo mayor de Roberto, sexto hijo de San Luis, obligó á éste á renunciar el nombre de Clermont, tomando el de la madre de su mujer llamada Inés de Borbon: este es el orígen de ese apellido, al cual durante un largo espacio de siglos nada le ha faltado mas que esa gloria de la adversidad que al fin ha conseguido tan magníficamente.

Así se presentan poco mas ó menos en un mismo período de la historia de Francia, esos Borbones y esos Navarros, que abrumados bajo una misma corona debian ver caer su primer rey por el puñal de un fanático, y el segundo por el hacha del ateo.

Felipe V, así como sus predecesores se mantuvo en contínua disputa con los príncipes flamencos, y por último dió fin á una guerra que habia durado veinte y cinco años, casando su hija Margarita con el conde de Nevers con condicion de sucederle en el condado de Flandes. La Alemania estaba dividida entre los dos pretendientes al imperio, Federico de Austria y Luis de Baviera: Italia tomaba parte en estas discordias mediante los dos partidos de güelfos y gibelinos, que dieron lugar á la elevacion de los Visconti. El papa publicó una cruzada contra ellos, como en otro tiempo contra los condes de Tolosa.

En tiempo de Felipe el Largo, volvieron á presentarse aquellas bandadas de paisanos armados que con el nombre de Pastorcillos (*Pastoureax*) habian ya asolado la Francia durante el cautiverio de San Luis y que bajo pretesto de ir á librar la Tierra Santa arrasaron su propia pátria y mataron á los judíos. El movimiento que por espacio de muchos siglos impelió á los germanos hácia el Mediodía y á los árabes hácia el Norte, conservó su principio en las razas que lo habian verificado. El carácter turbulento de los bárbaros prosiguió agitándose en tanto que la sociedad permaneció privada de sus derechos: en defecto de la libertad política de la especie, descollaba la independencia natural del individuo.

Algunos reglamentos acerca de la administracion de justicia hacen honor á Felipe V. Prohíbese á los jueces contar noticias durante las audiencias, ni recibir recados secretos (1). Prohíbese igualmente aconsejar al rey nada que sea contrario á los reglamentos antiguos (2). *El Señor, Dios que tiene bajo su mano á todos los reyes no los ha establecido en la tierra sino á fin de que gobiernen como deben* (3).

(1) Ordenanzas de los rey., tom , pág. 673, 702, 729.
(2) *Ibid.*, pág. 672, 673.
(3) *Ibid.*, pág. 669.

Fíjase en el reinado de Felipe V la época del derecho en virtud del cual es inenajenable el dominio de la corona (1321). Las leyes generales iban tomando el lugar de las particulares. Ya no podia el rey ni adquirir ni vender como los demás poseedores de los grandes feudos. Su estado de peregrinacion habia acabado; pero dejando á un lado la aristocracia y la democracia entonces fue cuando empezó á renacer aquel poder inviolable que la libertad misma reconoce actualmente para propia garantía suya y para sostenimiento del órden. Mas al propio tiempo que la nacion elevaba la monarquía á una altura inaccesible regularizaba el movimiento de ella estableciendo una ley superior á la voluntad de la corona, esto es, la imposibilidad de enajenarla.

Felipe el Largo, se ocupó de administracion y arregló el gasto de su casa. Téngase cuidado en no confundir las ideas por la semejanza de las palabras. Los antiguos reyes no tenian lista civil; vivian de las rentas de su patrimonio, y por lo tanto cuando administraban su casa, administraban de hecho las rentas de la corona. La contribucion que nunca carecia de objeto especial era aplicable á los sitios de donde se habia tomado y nunca iba á parar á las arcas del rey no siendo por efecto de algun abuso. Todos esos altos destinos, actuales antiquallas de la monarquía, que no tienen ya cabida en la constitucion del Estado, que cuestan mucho y que para nada sirven, no eran en su orígen mas que unos empleos administrativos. El caballerizo del rey se convirtió en tiempo de Felipe V, en primer caballerizo de corps, y últimamente en gran caballerizo bajo el reinado de Luis XI. Felipe estableció capitanes generales en las grandes ciudades, y siguió siempre prevaleciendo el sistema de eleccion, pues eran elegidos con el consejo de hombres buenos. Hay que añadir que Felipe tuvo tambien el pensamiento de establecer la igualdad de pesos y medidas, y un solo género de moneda en todo el reino. Los siglos iban progresando.

Felipe era aficionado á las letras: se rodeó de sabios y de poetas como se echa fácilmente de ver en sus ordenanzas, en las que se nota un espíritu algo filosófico ageno de aquella época. Tolosa se convirtió en metrópoli, y se crearon diez y seis nuevos obispados.

En esta época, poco mas ó menos, murieron en Italia el Dante y el señor de Joinville en Francia. pasando ya de mas de cien años de edad. Como representante de los tiempos de San Luis entre unos hombres que ya no se le asemejaban, parece que tuvo el encargo de trasmitirnos aquella encantadora crónica, cuyo idioma no es el que ahora usamos. Debémosle pues, el primer monumento de la literatura francesa y el haber como el Dante glorificado su patria con una obra, que á un mismo tiempo es vivo retrato y estátua colosal de la edad media.

CARLOS IV.

(Desde el 1322 al 1328.)

Felipe V murió en Longchamps (3 de enero) teniendo veinte y ocho años de edad y despues de haber reinado seis. Dejó cuatro hijas; un hijo que habia tenido de Juana, heredero del condado de Borgoña, murió siendo aun niño. A Felipe sucedió Cárlos IV, llamado el Hermoso. Luis Hutin, Felipe el Largo, y Cárlos el Hermoso, fueron consagrados por Roberto de Courtenay, arzobispo de Reims (4): siendo este tal vez el único ejemplar histórico de haber tenido el honor de consagrar tres reyes sucesivos. ¡Qué vanos son, que rápidos pasan los honores de la tierra!

Cárlos IV desde los primeros momentos de su reinado empleó toda su atencion en una cruzada para

(4) Baluze, t. II; p. 440.

socorrer á los cristianos ds Chipre y de Armenia (1); proyecto que no produjo sino grandes gastos. Hiciéronse indagaciones judiciales acerca de la manera con que los empleados de Hacienda, que casi todos eran lombardos, manejaban los fondos y el recaudador general de las rentas de la corona, llamado Gerardo Laguette, murió en la cuestion de tormento. (2).

Pasaron á las provincias del reino comisiones regias con el objeto de castigar á los jueces prevaricadores y á los nobles que se apoderaban de los bienes agenos. Jourdain de Lille, señor de Cazauban estaba acusado de rapto, robo y asesinato; habiéndosle citado ante el tribunal del rey maltrató rudamente al alguacil que le notificó la cita y se presentó ante sus jueces acompañado de la principal nobleza de la provincia. Mas no por eso evitó el ser condenado á muerte, atado á la cola de un caballo, arrastrado y ahorcado (3). Este hecho prueba la usurpacion de la corona y la decadencia del poder feudal. Jurdain de Lille era indudablemente un malvado, pero era soberano en su señorío; si hubiese delinquido en la fé que debia al soberano como vasallo, podia este haberle castigado; pero no habia cometido mas que crímenes comunes, y no dependiendo segun las leyes de aquel tiempo su poder mas que de Dios, solo este podia casticarlo. Pero ya habia pasado la monarquía de Hugo Capeto y las masas del pueblo habian ganado por intervencion del trono, todo lo que sus aristocráticos opresores habian perdido.

Las crónicas de las años 1323, 24 y 25 están enteramente llenas de las disputas que para la sucesion del condado de Flandes ocurrieron en aquel pais entre el anciano conde de Nevers y su hijo Roberto de Cassel, una derrota de los navarros por los vascos y una guerra en Guyena ocasionada por la construccion de un castillo entre el rey de Francia y el de Inglaterra como duque de Aquitania. En Tolosa se establecieron combates mas pacíficos; la academia de la *gaya ciencia de los siete trovadores*, dió orígen á la de los juegos florales. Ese reinado de seis años de Cárlos el Hermoso, no ofrece nada de particular mas que la revolucion que trajo consigo su último período y las ideas que se desarrollaron en Inglaterra.

Eduardo II, como ya lo he dicho, se casó con Isabel de Francia, hermana de Cárlos el Hermoso, de cuyo matrimonio nació Eduardo III. Dejábase aquel soberano dominar por sus favoritos; ya habian los señores de su reino arrancado de su lado á Gaveston, noble de Gascuña; pero nada habian adelantado con semejante accion, pues Eduardo reemplazó el puesto del favorito que le habian quitado con otro llamado Hugo Spencer, que juntamente con su padre, se hizo dueño del Estado.

Reuniéronse otra vez los grandes del reino, y los favoritos del rey mandaron decapitar veinte y dos de ellos, entre los cuales se hallaba Tomás de Lancaster, tio del rey. Por último, despues de muchas aventuras y acontecimientos, Eduardo II fue acusado ante el parlamento de haber violado las leyes del país y haberse entregado á la sugestion de malos ministros, por cuyos motivos fue condenado á prision perpétua, y la corona pasó inmediatamente á su hijo Eduardo III (4). La sentencia del tribunal que se le notificó en la prision estaba redactada en los términos siguientes: *Yo Guillermo Trussel, Procurador del Parlamento y de toda la nacion inglesa, en su nombre y autoridad os hago saber: que anulo y retracto el homenaje que os hice, y que desde este momento os privo del poder real, protestando que ya no os obedeceré como rey.*

Véase, pues, como ya en el año 1327 (14 de enero) hubo un monarca que fue encausado y destronado por sus propios vasallos.

No era esta la única vez que la Inglaterra habia de dar tal ejemplo. El rey Juan habia concedido la Carta Magna y el estado llano figuraba ya en el parlamento como en Francia. En 1265 el parlamento llamado Leicester presentó el primer modelo de la division del parlamento en dos cámaras, suceso que por de pronto no llamó la atencion, pero cuyas consecuencias habian de sentirse de un modo muy poderoso y á larga distancia. En el manifiesto de su proclamacion hicieron decir á Eduardo III, que su padre se *habia separado del gobierno de los asuntos del reino, porque tal era* SU BUENA VOLUNTAD (5). Mas estaban aun tan poco reconocidos esos principios de soberanía absoluta, de sucesion y de no eleccion, que por mas que sobre el particular se haya dicho, vamos á ver á Eduardo III disputar la corona de Francia á Felipe de Valois, á pesar de la ley sálica. Eduardo II encerrado en el castillo de Barday fue asesinado de una manera bárbara.

Un antiguo poeta inglés representa á Eduardo II, contemplando desde las rejas de su prision á los pastores que vagaban por el campo y diciendo poco mas ó menos como Lucrecio: «Dichoso tú que miras desde la playa y nada tienes que ver con la nave que esta naufragando.»

El obispo de Oxford contestó á la consulta que le habian hecho para saber si era lícito matar á un monarca desterrado, con una frase que variando su puntuacion podia ser afirmativa ó negativa: el crímen se encargó de interpretarla (6).

La madre de Eduardo fue desterrada al castillo de Rising (7), y su favorito Mortiner sufrió el mismo castigo que Spencer. En favor de una tal reina infiel y deshonrada, que habia privado á su esposo de la corona y de la vida, reclamaba Eduardo III la corona de Francia.

Cárlos IV, que en su tiempo fue considerado como filósofo, murió en el bosque de Vicennes (1.° de febrero de 1328). Durante su reinado tuvo que sostener la cruel y ridícula guerra de los *bastardos*, vagamundos, procedentes de la Gascuña, que decian ser hijos naturales de los nobles de aquel país, y en realidad no eran mas que las bandadas que hemos dado ya á conocer con el nombre de *Pastorcillos*. Cárlos tuvo tres esposas: Blanca de Borgoña, María de Luxembourg y Juana de Loreaux. Los hijos de las dos primeras murieron sin salir de la infancia, y de la última tuvo dos hijas. Contaba la reina Juana siete meses de gestacion al morir su esposo, por lo cual Cárlos manifestó á los próceres que rodeaban su lecho, que si su esposa daba á luz una hija, *los grandes barones del reino decidirian á quién debia pertenecer de derecho la corona*. Para el interregno nombró regente á Felipe de Valois (8): esto confirma lo que anteriormente he dicho acerca de la poca estabilidad del principio hereditario.

Con el reinado de Felipe VI, llamado de Valois principia una nueva era para la Francia: hemos llegado ya al punto culminante de los tiempos feudales, que en lo sucesivo irán decayendo. Si las revoluciones de la nacion francesa no caminaran con paso tan rápido; si las horas que hoy bastan para consumar obras de siglos, no me arrebataran en su velocísimo curso, yo habria presentado en este lugar los cuatro grandes cuadros de la monarquia feudal, á saber: el feudalismo, la caballería, la educacion y las costumbres generales de los siglos XII, XIII y XVI. Mas apenas me es dado consagrar algunas páginas á lo que exigiria tomos enteros. Voy, pues, á presentar un bosquejo que podrá ser completado por otras manos mas hábiles y dichosas que las mias.

(1) RUIN., año 1322, núm. 36 y sig.
(2) *Abr. Cron.*, t. II, pág. 839.
(3) *Spicil.*, tom. III, pág. 80, 81; *Hist. de tas Lang.* tomo IV, pág. 191.
(4) THOIR., Hist. de Ingl., t. III, pág. 132; HUM.
(5) RIM, tom. II, pág. 171.
(6) *Id.*, t. X, pág. 65, en la nota.
(7) FROISSART.
(8) Id.

FEUDALISMO, CABALLERÍA, EDUCACION Y COSTUMBRES GENERALES DE LOS SIGLOS XII, XIII Y XIV.

Al establecer los francos en la Galia, ascenderia probablemente la poblacion de este país á unos diez y siete á diez y ocho millones de almas, siendo el número de los que por razon de ser cabeza de familia pagaban contribucion, ó estaban sujetos á la capitacion, quinientos mil cuando mas: esto quiere decir que mas de las dos terceras partes de los habitantes eran de condicion servil. El sistema de esclavitud llevaba en sí mismo el castigo para los que lo sostenian por lo fácil que era la conquista de un pueblo cuyas dos terceras partes, desarmadas y oprimidas, no tenian interés alguno en defender su patria. El mismo terreno que hoy podria suministrar quince mil hombres para ponerse en estado de resistencia, apenas habria dado en aquellos tiempos dos mil ciudadanos capaces de oponerse á los invasores.

Los esclavos entre los romanos y los griegos, eran principalmente de dos especies: los unos estaban adictos al servicio de la casa y á la persona del dueño, y los otros estaban incrustados, si asi puede decirse, en el terreno que cultivaban. Los germanos no conocian mas que este último género de esclavos: tratábanlos con dulzura y los convertian mas bien en colonos que en siervos.

Los francos multiplicaron esta clase de esclavitud en las Galias, de manera que poco á poco se fue cambiando en *servidumbre*, y el siervo á su vez se cambió en hombre *asalariado* que á su tiempo sufrirá nueva modificacion: nuevo perfeccionamiento que indicará el tercero y grande combate del cristianismo.

Si la propiedad media industrial debió su orígen al derecho de ciudadanía, la pequeña propiedad agrícola lo debe á los libertos convertidos en labradores propietarios, mediante una retribucion cuando el sistema de esclavitud germánica prevaleció sobre el sistema de esclavitud romana. Puede en mi concepto afirmarse que esta última quedó completamente abolida en tiempo de los reyes de la segunda raza. Ya no se ven en esa época *esclavos de cuerpo* ó sea *esclavos domésticos* en las casas (1). De lo cual proviene aquel hermoso axioma de jurisprudencia nacional que dice: «Todo esclavo que pone el pie sobre la tierra de Francia, es libre.»

Es, pues, un hecho estraño, pero positivo, que el feudalismo contribuyó á abolir la esclavitud, mediante el establecimiento de la condicion de siervo. Contribuyó tambien al mismo objeto dando armas á los vasallos, y convirtiendo el esclavo apegado á la tierra en soldado que militaba bajo la bandera de su parroquia: cierto es que el siervo era trasferido á posesion del nuevo dueño cuando la tierra de que dependia pasaba á nuevas manos; mas ya no se vendia su persona como individuo de un rebaño. Los siervos ayudando á plantar las escalas en los muros de Jerusalen, y los que se hallaron en la victoria que Duguesclin alcanzó sobre los ingleses, no tuvieron ya que llevar el *hierro que encadena* sino el *hierro que dá libertad*. El aldeano, siervo, medio soldado, medio pastor, medio labrador de la Edad Media, se hallaba tal vez menos oprimido y era menos ignorante y menos rudo que cuando se llamaba libre en los últimos tiempos de la monarquía absoluta.

Debe, sin embargo, hacerse una observacion con la cual se podrá esplicar la lentitud de la emancipacion completa durante el régimen feudal. La manumision entre los romanos apenas causaba ningun perjuicio al dueño del manumitido, y no tenia que verse privado mas que de un *individuo*. El siervo constituia una parte del *feudo*; la emancipacion lo *abreviaba*, es decir, disminuia y cercenaba la *cualidad, derecho y fortuna* del poseedor. Por lo tanto era muy difícil que un hombre tuviera valor suficiente para despojarse de fortuna y de importancia, reduciéndose personalmente á una especie de servidumbre, todo para dar libertad á otro hombre.

Veamos ahora qué clase de hombres eran los que dominaban á los siervos: era gente de la última condicion, villanos que *á discrecion podian ser hechos pedazos desde los pies á la cabeza*.

En su orígen dominaba entre los francos la igualdad. Sus dignidades militares eran electivas. El rey se rodeaba de sus *leales* ó compañeros, esto es, de los llamados en su idioma *leudos* ó *antrustiones*, títulos que eran enteramente personales por serles desconocido, como ya hemos dicho, el sistema hereditario. El *leudo* por su condicion de tal, era de derecho miembro del gran consejo nacional, y del tribunal de apelacion que el rey presidia. Me sirvo de estas nomenclaturas modernas para que se me entienda con mas facilidad.

Ya he dicho que esta primera nobleza, si tal puede llamarse, de los francos, pereció casi enteramente en la batalla de Fontenai. Otros jefes francos ocuparon el puesto de los que murieron en aquella jornada; usurparon ó recibieron en premio las provincias y las fortalezas confiadas á su custodia, y de esta segunda nobleza franca personal se derivó la primera nobleza francesa hereditaria.

Esta, segun la calidad é importancia de los feudos, se dividió en cuatro ramificaciones: 1.° Los grandes vasallos de la corona y demas señores que sin pertenecer al número de aquellos, poseian feudos de gran dependencia (*Mouvance*). 2.° Los poseedores de feudos de bandera. 3.° Los que poseian feudos de coraza (*Haubert*). 4.° Los propietarios de feudos de simple escudero.

De aquí provienen los cuatro grados de nobleza; nobleza de sangre real, alta nobleza, nobleza ordinaria y nobleza por gracia particular.

El servicio militar introdujo la distincion de caballero, *miles* y escudero, *servitium scuti*. En lo sucesivo abandonaron los nobles la magistratura, que constituia una de sus mas hermosas prerogativas. En Francia se llegaron á contar cuatro mil familias pertenecientes á la antigua nobleza y noventa mil familias nobles, entre las cuales se podía formar un ejército de cien mil combatientes. Esto propiamente hablando, equivalia á la poblacion militar libre.

El apellido de los nobles no era en los tiempos primitivos hereditario, aunque la sangre, el privilegio y la propiedad lo eran ya realmente. En la ley Sálica se ve que los parientes del recien nacido se reunian á los nueve dias del nacimiento para darle nombre. Bernardo el Danés fue padre de Torfe, padre de Turchtil, padre de Anchtil, padre de Roberto de *Harcourt*. No se presenta en esta familia el nombre hereditario hasta la quinta generacion.

Las armas daban nobleza y la cobardía privaba de ella: cuando un noble ejercia una profesion plebeya, pero no degradante, se decia que su nobleza estaba

(1) La esclavitud de cuerpo no cesó simultáneamente en todas partes: mantúvose en Inglaterra principalmente por tres causas: por la dureza de corazon de los habitantes, por la invasion normanda, que reanimó el espíritu de conquista, y por la costumbre del país que no permite la abolicion completa de ninguna ley. En 1285 los Anales del priorato de Dunstale suministran esta nota: «En julio del presente, hemos vendido nuestro esclavo GUILLERMO PIKE, y hemos recibido un marco *(moneda)* del que lo ha comprado.» Precio inferior al de un caballo. Hasta en las guerras que á mediados del siglo XVII hacian los ingleses á Cárlos I, por la *libertad de los hombres*, se ve que aquellos famosos niveladores vendian por esclavos á los realistas que hacian prisioneros en el campo de batalla.

durmiendo; conferian tambien nobleza algunos cargos públicos, pero hasta el alto empleado de canciller se consideró como plebeyo por espacio de mucho tiempo. En ciertas provincias *el vientre ennoblecia*, es decir, que la madre trasmitia nobleza. Algunos funcionarios municipales de ciertas ciudades adquirian tambien nobleza, en cuyo caso se denominaba *nobleza de campana*, por la razon de que aquellos funcionarios solian reunirse á son de campana. El estranjero noble connaturalizado en Francia, conservaba su condicion de tal.

Los nobles se titularon con arreglo á la condicion de sus feudos (estos títulos, esceptuando los de baron y marqués, eran de orígen romano) y fueron duques, barones, marqueses, condes, vizcondes, señores ó caballeros, cuando poseyeron ducados, marquesados, baronías, condados, etc. Alguna vez hubo la rara escepcion de ser inherente el título al nombre y no depender del feudo.

El noble no pechaba personalmente en tanto que no cultivaba mas que una sola posesion rural; estaba libre de alojamientos y las costumbres particulares de la época le concedian otra multitud de privilegios.

Distinguíanse los nobles por sus escudos de armas que empezaron á multiplicarse en tiempo de las Cruzadas. Presentábanse generalmente hasta en los viajes y durante el combate con el alcon en la muñeca: cuando los normandos sitiaron á París en tiempo del rey Eudes, no creyendo los francos que defendian el paso del *Petit-Pont*, poder mantenerse en aquella posicion, dieron libertad á sus alcones. Los torneos en las ciudades y las cacerías en sus castillos feudales eran las mas gratas diversiones de la nobleza.

No es posible formar una idea de la arrogacia que el régimen feudal imprimió al carácter: el mas insignificante señor alodial se consideraba igual á su mismo monarca. Al atravesar Federico I por la ciudad de Thongue, el baron de Krenkingin, señor de la ciudad, no se levantó del sitio en que estaba sentado, únicamente movió un poco el sombrero en señal de cortesía. El cuerpo aristocrático era á un mismo tiempo opresor de la libertad pública y enemigo del poder real; conservóse leal á la persona del monarca, aun cuando éste fue criminal; pero se manifestó siempre hostil y rebelde á su poder por mas justo que fuera.

De aquella lealtad proviene lo que en los tiempos modernos llamamos honor, virtud que con frecuencia consiste en sacrificar las demás virtudes; virtud que puede faltar á la prosperidad pero nunca á la desgracia; virtud implacable al creerse ofendida; virtud egoista y la mas noble de todas las personalidades; virtud, finalmente, que solo á sí misma presta juramento, y que lleva en sí misma su propia fatalidad y su propio destino. Un autor (MALLET. *Introduc. á la historia de Dinam.)* refiere que habiendo derribado cierto caballero del Norte á su enemigo, y careciendo de armas con que terminar su victoria, se avino con el vencido en ir á buscar la espada: el vencido permaneció religiosamente en la actitud en que se hallaba hasta que su enemigo volvió con el arma que debia sepultarle en el seno; hé aquí el honor primogénito de la sociedad bárbara.

Conocido ya el estado de los hombres de aquella época, examinemos el de las propiedades. El feudo que nació en la época, en el sistema de esclavitud germánica empezó á dominar en el sistema de esclavitud romana y constituyó el feudalismo. No hallándose los pequeños propietarios protegidos por la ley en aquellos tiempos de continua invasion y revoluciones, pusieron sus territorios bajo el amparo de los que pudieran defenderlos: esto es por lo menos lo que nos dice Salviano. De semejante estado de cosas á la creacion del feudo no habia mas que un paso y éste fue dado por los bárbaros: ya entre ellos tenian el ejemplo de lo que llamaban servicio militar, que consistia en la concesion de un terreno con la obligacion de prestar servicio con las armas, si bien no puede aplicarse exactamente á los *feods* de los bárbaros la denominacion institutiva de los *prædia militaria* de los romanos. Sucedió que el rey y los demás jefes no quisieron ya aceptar inmuebles al instalar al propietario que habia hecho la donacion como arrendador de su antigua propiedad; pero se la devolvieron con la condicion de tomar las armas en defensa de sus protectores, y por su parte se comprometieron á socorrer en caso necesario á esta especie de súbdito voluntario. Este es el orígen del vasallaje y del señorío.

Todas las propiedades durante el feudalismo se dividieron en dos grandes clases; esto es, el alodio y el feudo dependiente. «Poseer á título de alodio, dice la *Suma rural*, es no depender sino solo de Dios, y no tener que pagar ni censo, ni renta, ni pecho de ninguna otra clase, ni en vida ni en muerte.»

Cuyas deriva la palabra *alodium* de la circunstancia de poseer tierras *sine lode*. Mas natural es derivarla de la manera de poseer del *leudé*, esto es del leal, ó del *drude*, amigo. En los documentos de aquellos tiempos se encuentran con frecuencia reunidas las palabras *drude* y *vassalli*. *Leudo* es el que Tácito designa con el nombre de compañero, *el hombre leal al rey*, segun la ley Sálica, y el *antrustion del rey* segun las fórmulas de Marculfo.

El alodio no pudo en su orígen ser enajenable sin el consentimiento del heredero. Hubo dos especies de alodio independiente: el noble y el plebeyo, distinguiéndose en que el primero llevaba consigo el derecho de administracion de justicia, de jurisdiccion y dependencia y el segundo no. Este último era el mas antiguo y representaba el débil resto de la prpiedad romana.

Los parlamentos discrepaban en lo tocante á los pricipios de conservacion de los feudos independientes. Los paises que se gobernaban por fueros y por derecho escrito en la jurisdiccion de París y de Normandía no reconocian feudo independiente sino en presencia de *títulos*, que las mas veces no era posible presentar. Las costumbres de Bretaña en tiempo del parlamento de la misma provincia, desechan absolutamente aquella clase de feudo. Los cuatro parlamentos de derecho escrito Burdeos, Tolosa, Aix y Grenoble variaban en sus *costumbres*, y pronunciaban sentecias en diverso sentido: el parlamento de Provenza no admitia mas que el feudo independiente y el parlamento del Delfinado solo en algunas dependencias admitia sus títulos. El Langüedoc pretendia haber gozado feudos independientes con anterioridad á los *Establecimientos* de Simon de Monfort, que introdujo en el condado de Tolosa la costumbre de París. «Viéndose despues de aquellos grandes hechos de armas Simon, conde de Monfort señor de tantas tierras, cuya administracion habria sido enojosa y pesada, las repartió entre los nobles franceses ó estranjeros... Para contener el espíritu de sus vasallos y asegurar sus derechos estableció leyes generales en sus territorios, por consejo de ocho arzobispos ú obispos y otros altos personajes.» *tam inter barones, ac milites, quan inter burgenses et rurales, seu succerdut hæredes, in hæreditatibus suis, secundum morem et usum Franciæ, circa Farissiis.*

Segun las costumbres que regian en Troyes, Vitri y Chaumont, toda tierra estaba considerada como independiente ó alodial. El feudo dependiente y el alodio eran la lucha y la coexistencia de la propiedad segun la antigua sociedad, y de la propiedad segun la nueva.

Alguna vez el feudo dependiente se cambió en alodio, pero éste generalmente nunca se estinguió confundiéndose en el feudo. Esto dió lugar al axioma de los legistas, *no hay tiera que no tenga dueño*. Dominó el feudalismo hasta tal punto, que una pension

otorgada, un empleo dado, un título recibido, un permiso de caza ó de pesca, el donativo de una colmena, hasta el aire que se respiraba se sujetó á feudo: de aqui nacen las palabras: *feudo en el aire, feudo volante, feudo sin tierra, sin dominio.*

Feudo *feudum, feodum, foedum, fochundum, fedum, fedium, fenum* se derivan de *á fide*, ó mas bien de la palabra sajona *fehod*, precio. La fórmula del vasallaje se remonta á los tiempos de Carlomagno: *Juro ad hæ sancta Dei Evangelia..... ut vassalum domino.*

El feudo era la confusion de la propiedad y la soberanía, pudiendo decirse que hacia retrogradar la sociedad á su cuna, esto es á los tiempos patriarcales

LUIS XII ADMINISTRANDO JUSTICIA.

á la época aquella en que un padre de familia era un rey en el espacio que se apacentaban sus rebaños; pero no hay que perder de vista que la propiedad feudal conservaba el espíritu de su fundador, el espíritu de conquista y que propendia á dominar las propiedades inmediatas. Los campos, en torno de los cuales habia podido el señor trazar un círculo con su espada, dependian del campo señorial. Tal es la primera edad del feudalismo.

La palabra *vasallo* que se ha conservado para espresar un hombre dependiente de feudo, no se encuentra sino en los documentos de fecha posterior al siglo XIII. *Vassus ó vassallus*, se deriva de la antigua palabra franca *gesell*; compañeros: conversion de letras que con bastante frecuencia se encuentra en los autores latinos.

Wacta, acecho; *wadium*, prenda; *wanti*, guantes, etc.

Habia tres especies generales de feudos, feudo de bandera, de coraza y de simple escudero.

El feudo de bandera suministraba desde diez á veinte y cinco vasallos reunidos bajo una bandera.

El feudo de coraza se limitaba á presentar un caballero armado de punta en blanco con dos ó tres criados.

El feudo de simple escudero no estaba obligado á dar mas que un solo vasallo armado á la ligera

Todos los feudos y alodios venian á concentrarse, digámoslo así, en la casa solar del señor, como un campamento en la tienda del general en jefe. La ancha torre del Louvre era el feudo dominante, el pabellon del almirante en una escuadra. El terreno sobre que Felipe Augusto edificó aquella torre fue comprado al priorato de *Saint Denis de la Chartre*, por una renta de treinta sueldos parisies; de manera que aquel torreon principal que recordaba á todos los feudos grandes y pequeños en dependencia de la corona, dependia á su vez del priorato de Saint Denis.

Cuando el rey poseía tierras en la dependencia de algun señorío se convertia en vasallo del poseedor de aquel señorío; pero en tal caso se hacia *representar* para rendir como vasallo, fe y homenaje al que en realidad lo era suyo; dignabánse los señores tener esta condescendencia con el monarca, mas no le era dado sin embargo sustraerse de la ley general del feudalismo. Felipe III tributó en 1284 homenaje á la abadía de Moissac. En 1350 el gran Chambelan tributó pleito homenaje al obispo de París en nombre del rey Juan por las castellanías de Teurnan y de Torey: *Joannes Dei gratia, Francorum rex... Robertus de Loriaco, de præcepto nostro homagium fecit.* Citaremos un ejemplo, porque es raro en su especie, y porque interesará á los lectores franceses así como el historiador que lo recuerda. *Enrique VI*, rey de Inglaterra, rindió homenaje á los *ciudadanos de París* del modo siguiente:

«Enrique por la gracia de Dios, rey *de Francia y de Inglaterra*, á todos los que las presentes vieren, salud. Hacemos saber que (como en otro tiempo hizo nuestro muy caro señor abuelo, el difunto rey Carlos (Carlos VI), que Dios *perdone*, por medio de *cartas* otorgadas sobre el particular en 21 de mayo próximo pasado), hemos diputado y diputamos al señor San Juan le Roy nuestro procurador en el Chatelet de París, en vez de Nos, á hombre y vasallo de cuantos son dependientes y tienen en feudo las tierras, posesiones y señoríos que de cuatro años á esta parte han pasado á nuestro poder en la ciudad y vizcondado de París, para que cumpla con ellos del modo debido. Dado en París el 15 de mayo de 1423 y el primero de nuestro reinado. Firmado por el rey y anotado en las actas del consejo celebrado por órden de Monseñor el regente de Francia, duque de Bedfort.»

París era un conjunto de feudos: nueve de ellos dependian del obispado, y los demás á las abadías de Santa Genoveva, San German de los Prados, San Víctor, gran priorato de Francia y del de San Martin de los Campos. Contábanse en todo el reino setenta mil feudos ó señoríos alodiales de los cuales tres mil eran titulados. El vasallo prestaba homenaje con la cabeza descubierta, sin espada, ni espuelas, de rodillas y con las manos puestas entre las del señor que se mantenia cubierto y sentado. La fórmula oral del homenaje se reducia á protestas de lealtad absoluta desde aquel momento en adelante, salva la fe debida al monarca. Cuando la fórmula era pronunciada por una tercera persona, el vasallo la confirmaba diciendo: *así lo juro*. Despues de esta ceremonia el vasallo era admitido al beso del señor, no ocurriendo el caso de que aquel fuese un *villano*. «Algunas veces un noble de buena sangre se ve en la precision de tener que arrodillarse delante un inferior y poner sus fuertes y generosas manos entre las de un cobarde y afeminado.» *(Tratado de los feudos)*

Las palabras testuales de la fórmula sufrian alguna variacion cuando era una mujer la que tributaba homenaje «*por razon de no poder decir que una mujer se entrega absolutamente sino á quien la Iglesia se lo haya permitido.*»

Main, hijo de Gualon, de comun acuerdo con su hijo, Eudon y de Vieta, su nuera, dió á Dios y San Albino de Anjou la tierra de Brilchiot: en fe de lo cual padre é hijo dieron un beso al fraile Gualtiero; mas como no era bien visto que una mujer besara á un religioso, recibió, con permiso del fraile, el beso de la otorgante el procurador de San Albino: *Jubente Walterio monachi.*

Teniendo que recibir Roberto de Artois, conde de Beaumont dos homenajes de su muy amada prima, María de Brebant, señora de Arschot y de Vierzon mandó, dice un autor de aquella época, «que nosotros y la señora de Vierzon nos mantuviéramos á caballo en esta forma: mi corcel debia estar con los pies delanteros metidos dentro del agua en el vado de Noyes, y los de atrás en tierra seca, dando frente á nuestro territorio de Meun, y el caballo de la señora en posicion contraria, es decir, con los pies delanteros sobre la tierra seca y los de atrás en el agua del vado, dando espalda á nuestro territorio de Meun.»

El homenaje era *ligio ó simple*; pues el ordinario no merece contarse. El hombre-ligio (en la antigüedad se contaban seis especies de hombres) se obligaba á servir *personalmente* á su señor *contra toda criatura capaz de vivir y morir*. El vasallo simple podia nombrar un sustituto para este servicio. Supónese que la palabra *ligio* proviene de las latinas *liga, ligamen, ligare*, etc., ó de la del idioma franco *leude*. Soys de Tournay, *cuya ciudad es enteramente ligia del rey de Francia.*

Unas veces el vasallo era obligado á servir de fianza *(plege ó plejure)* y otras á servir con su propio cuerpo, ó como campeon de un señor. Este puede considerarse como la continuacion de la clientela de los francos y de la inscripcion en la categoría *Vassaticum*.

Cuando los reyes invitaban para el servicio del feudo militar á sus vasallos *directos*, duques, condes, barones, caballeros y señores de castillos, se designaba el llamamiento con la palabra *ban* y con la de *arriere-ban*, cuando la invitacion se estendia á los vasallos *indirectos*, es decir, á los que dependian de los señores feudales. Aquella palabra se componia de dos dicciones del idioma antiguo: *har* (campo), y *ban* (llamamiento, bando): de aquí nació la palabra *heribanium* usada en tiempo de la decadencía del latin. No tienen, pues, razon los que suponen que *arriere-ban* significa reiteracion de un bando.

«Los vasallos, hombres y caballeros eran como diques, como baluartes, como muros de bronce opuestos á los enemigos; víctimas consagradas á la fortuna del Estado, cuya existencia era precaria, incierta, flotante, y las mas veces venia á quedar sepultada en las ruinas de la patria.» *(Del alodio)*.

Los vasallos debian auxiliar con dinero á su señor en tres casos: cuando partia á la Tierra Santa, cuando casaba su hermana ó su hija mayor, ó cuando el primogénito recibia las espuelas de caballero.

Habia feudos devolvibles *(rendables)* y de asilo *(receptables)*: llamábanse devolvibles, cuando el vasallo en ciertos casos devolvia los terrenos feudales al señor, salia de ellos con toda su familia, no volvia á entrar en dominio sino á los cuarenta dias despues de pasada la guerra. Llamábase de asilo, cuando el feudatario sin salir del terreno del feudo tenia obligacion de dar asilo al señor. Ambos feudos eran *jurables*, es decir, se obligaban con mutuo juramento.

La investidura, cuyo orígen se remontaba al principio de la monarquía, se hacia por lo tocante al trono en tiempo de la primera raza por medio del hacha de dos cortes *(Franciske)* y la azagaya *(hang)*; bajo la segunda raza por medio de la corona y el manto, y durante la tercera por la espada, el cetro y la mano de la justicia.

La investidura ó toma de posesion del feudo se verificaba tambien mediante alguna señal esterior y simbólica, segun la naturaleza del feudo eclesiastico ó militar, titulado ó sencillo. Diversos eran los objetos que se empleaban para la fórmula del juramento: unas veces se juraba sobre un cáliz, sobre un cayado, sobre un anillo, sobre un misal, sobre llaves ó sobre algunos pedacitos de incienso: otras veces servian para el mismo objeto una lanza, un yelmo, un estandarte, una espada, una capa, un martillo, un arco, una flecha, un guante, una almohaza, una correa, espuelas, cabellos, una rama de laurel, un baston, una bolsa, una moneda, un cuchillo, y hasta un asador, una copa, un cántaro lleno de agua, un haz de paja, una mata de yerba, un pedazo de madera y un puñado de tierra. Aun se encuentran esos frágiles símbolos arrollados en los documentos de aquella época; la prenda era insignificante, pero el valor de la fé suplia por todo.» *El señor se debe á su hombre, como el hombre se debe á su señor, menos en lo que esclusivamente sea un acto de reverencia.*» Una sociedad á un mismo tiempo libre y oprimida, inocente y corrompida, razonable y absurda, sencilla, caprichosa, apegada á lo pasado como la vejez; fuerte, fecunda, y sedienta de porvenir como la juventud; una sociedad entera descansó sobre simples prendas sin conocer mas ley de existencia que una palabra.

La creacion de terrenos nobles durante el régimen feudal, fue una idea política de las mas estraordinarias, y al mismo tiempo de las mas profundas: la tierra no perece como el hombre; no tiene pasiones ni está sujeta á cambios ni á revoluciones: atribuir derechos á la tierra, era lo mismo que comunicar á las instituciones la solidez del terreno, y así es que la feudalidad duró ochocientos años, y dura todavía en una parte de Europa. Supongamos que ciertas tierras hubiesen dado libertad en vez de dar nobleza; en ese caso habríamos tenido una república de ochocientos años de duracion. Y debe tenerse presente que la nobleza feudal era verdadera libertad para el que la poseia.

No pudo por de pronto el plebeyo adquirir feudo porque no le era dado llevar lanza, ni *espuelas* distintivos del servicio militar; pero esa costumbre se fue sucesivamente relajando: el rey cuyos tesoros se agotaban y el señor abrumado de deudas se hallaron bien avenidos en dejar vender, y en vender ellos mismos terrenos nobles á ciudadanos ricos; la tierra trasmitió el privilegio, y el plebeyo, dueño ya de un feudo, gozó á la tercera generacion la consideracion de noble.

Todo feudatario podia tomar las armas contra su señor cuando éste se hubiera negado á hacerle justicia, ó por venganza de familia: tradiciones de independencia y costumbres heredadas de sus antepasados, los francos. La disputa podia terminar por medio de un duelo, por una fianza *(assurement)*, ó por sentedcia dada por la justicia del señor del feudo. «Tratado de paz entre Raolin de Argees, sus hijos y su linaje por una parte, y por la otra el ermitaño de Estenay, sus hijos, linaje y consortes. El ermitaño ha jurado por los santos, que no le compadeció la muerte de Raolin, antes por el contrario le causó mucha angustia; ha dado cien libras (moneda) para fundar una capilla donde se cantaran responsos por el alma del difunto, y se ha comprometido á enviar continuamente uno de sus hijos á la Palestina.»

En este tratado hecho á fines del siglo XIII, se echan de ver todavía los co-jurantes de las leyes ripuaria y sajona.

Si una viuda noble casaba su hija huérfana sin el consentimiento del señor del feudo, se le confiscaban sus bienes, no dejándole mas que dos vestidos, uno para los dias de trabajo, y otro para los festivos; una cama, un palafren, una carreta y dos rocines.

Una heredera de casa ilustre tenia necesariamente que casarse para seguir sirviendo el feudo, como sucede hoy tal vez con las viudas de los mercaderes que se enlazan con el primer dependiente para poder continuar el giro de la casa. Si la heredera tenia mas de sesenta años, estaba dispensada de contraer matrimonio.

Tomáronse los derechos señoriales de las mismas entrañas, permítasenos la espresion, del feudo. En su principio se les daba el nombre de *honores*, *favores*, como señales de gratitud que el vasallo daba al señor por las enajenaciones y trasmision de feudos de una persona á otra. Esto es lo que quiere decir la palabra *lods* y ventas: *laudimia, laudæ, landationes, lausus* tomadas de *laudare*, alabar, complacer, agradar. Estos derechos eran ó militares, ó económicos y honoríficos.

No solo el rey, gran jefe del feudalismo que se sustentaba de la renta de su patrimonio, podia imponer contribuciones, sino hasta todos los señores feudales y no feudales, eclesiásticos y legos. Los derechos del quinto y requinto, de laudemios y ventas, de semilaudemios, de reventas, de rescates, de apelaciones, de queja, de mano muerta, de peage, de cabotage, de hornos, de molinos, de naturalizaciones, de hospedaje, y otros muchos aumentaban los derechos de la justicia y las rentas casuales del clero, uniéndose á las tasaciones de los gremios, cofradías, y á los antiguos impuestos de los romanos. Somos muy inferiores á nuestros padres en lo tocante á recursos rentísticos. Es probable que toda la masa del numerario pasaba anualmente al tesoro real y á la caja de los particulares, pues como todavía no se habian emancipado los mercaderes y los artesanos, pertenecian como siervos á corporaciones de las ciudades ó á dueños particulares; no formaban una clase general, independiente, y apenas percibian un mezquino salario, del cual muchas veces no les era dado disponer.

Por lo tocante á los derechos honoríficos, puede decirse que servian de testimonio de una soberanía local: en algunos feudos se alquilaba el derecho de conducir el caballo del rey cuando éste pasaba por las tierras del señor del feudo.

Otros derechos que la filosofía ha tenido la ridiculez de querer atribuir al abuso de la fuerza, no eran en realidad mas que una especie de diversiones rústicas. Cuando en una carreta tirada por cuatro bueyes llevaban un huevo atado con cables; cuando los pescadores en obsequio de la señora del terreno, se sumergian el dia de San Juan en el agua; cuando corrian lanzas; cuando para tomar posesion de un feudo era preciso besar la aldaba, la cerradura ó el cerrojo de la casa solar, fingir el modo de andar de un borracho, y hacer tres cabriolas acompañadas de un ruido innoble y asqueroso, no puede decirse que hacian mas que entregarse á diversiones groseras, distracciones dignas del señor y del vasallo, ni puede decirse que eran mas que unas verdaderas arlequinadas nacidas de la ociosidad de los palacios, y de la grosería de los campos; pero de ningun modo puede atribuírseles un orígen opresivo. ¿No vemos en nuestro culto siglo representarse todos los dias en los teatros muy subalternos bufonadas que nada tienen de mas elegantes?

Si por otra parte los siervos tenian que ocuparse en hacer callar las ranas de los estanques que rodeaban el palacio del señor feudal cuando la esposa de éste llegaba á los últimos trabajos de la gestacion; si el señor del feudo se reservaba el derecho llamado *cullagium*, si habia eclesiásticos que reclamaban el uso de

este derecho y obispos que lo convertian en plata, solo deben achacarse semejantes abusos al sistema de esclavitud *griega y romana*: existen repetidos decretos de emperadores mandando que ningun señor sea osado de emplear sus esclavos *en cosas infames*, solo por ignorancia, ó por falta de reflexion no se ha visto, ó no se ha querido ver todo lo que la *esclavitud* habia dejado en el estado de *servidumbre*. La multitud y diversidad de costumbres se esplica naturalmente por los reglamentos de los diversos jefes de aquella nacion armada, que se acantonó en el territorio de la Francia.

En medio de la propiedad móvil del feudo se fue erigiendo una propiedad inmóvil como una roca en medio de las olas, y cada dia fue aumentándose por las contínuas suposiciones: la amortizacion era la facultad de adquirir otorgada á la gente de manos muertas.

Una vez consumada la adquisicion mediante una indemnizacion ó rescate á favor del señorío de que dependia, la propiedad *esperaba*, es decir, quedaba retirada de la circulacion, y caducaban todos los demás derechos que sobre ella pudieran alegarse. Un terreno que por este camino habia venido á parar á poder de iglesias, abadías, hospitales ú órdenes de caballería, representaba por lo tocante al erario y al dueño del feudo un capital muerto y sin intereses. De manera que con ese sistema el dominio no enajenable de la corona y el derecho de retraer una posesion de familia ó una tierra dependiente de un feudo, habria por último resultado un hecho increible en la estraordinaria naturaleza de la posesion territorial de la edad media: toda clase de propiedad habria venido á fijarse en el órden de las propiedades hereditarias, y como estas eran privilegiadas, la contribucion directa y territorial habria perecido.

El Estado se hubiera visto reducido á donativos voluntarios que es el sistema mas eventual de todos.

El derecho de justicia ocupaba un alto puesto en el feudalismo.

Entre los antíguos griegos y romanos la justicia emanaba del pueblo: habiendo éste caido bajo el yugo, la justicia se retiró ya sin vigor á los tribunales donde á manera de una reina destronada apenas pudo amparar á la libertad que se habia refugiado cerca de ella. No llegó á surgir del seno de esos tribunales un gran cuerpo de magistratura independiente, llamada á tomar parte en los asuntos del gobierno.

La justicia por el contrario en los pueblos de raza germánica, se derivaba de tres fuentes: la monarquía, la propiedad y la religion. Los reyes entre los francos y entre sus padres los germanos, eran los primeros magistrados: *Principes qui jura per pagos ceddunt*. Cuando San Luis y Luis XII administraban justicia al pie de una encina, nada mas hacian que residenciar en el tribunal de sus antepasados. La justicia ejercida de este modo llegó á adquirir un carácter augusto, como las generaciones reales que la llevaban en su seno y sostenian su reinado.

Los francos por la misma razon que asignaron la soberanía y la nobleza al terreno, enlazaron tambien con él la justicia. Un axioma del antíguo derecho francés decia: «La justicia es patrimonial.» ¿Por qué? Porque el patrimonio era la soberanía.

La religion acabó de dar un nuevo esplendor á la magistratura francesa: la ley eclesiástica puso la justicia sobre el altar. En defecto de público, asistia en las salas de audiencia un crucifijo presenciando la defensa del acusado y el dictámen del juez: ese testigo era á un mismo tiempo Dios, soberano árbitro é inocente condenado.

La justicia, por lo tanto, como hija de la tierra, apoyada en el cetro, en la espada y la cruz, llegó á ser la reguladora de todo. En los pueblos antíguos el derecho civil se derivó del derecho político, entre los franceses sucedió lo contrario: para este pueblo la justicia fue libertad.

La justicia señorial se dividió en dos clases, esto es alta y baja: ambas dependian de la jurisdtccion del señor que lo fuera de tres castillos y una ciudad cerrada, quien ademas gozaba tambien del derecho de mercado y de portazgo, y podia obligar á sus vasallos á que hiciesen guardia en el castillo que habitaba.

Senescal y Bailio son denominaciones atribuidas á los jueces: llamábase *Senescal del duque* á uno de los altos funcionarios de los duques de Normandía, encargado del despacho de los asuntos contenciosos en el intervalo de las sesiones del *echiquier*.

El baron no podia ser encausado mas que por sus iguales, y por esta razon habia jueces meramente ciudadanos para los de esta clase. San Luis quiso que los dependientes del baron no fuesen responsables ni de las deudas, ni de los crímenes que hubiera cometido.

Ya en aquella época habia suicidas, puesto que los bienes muebles del suicidado pasaban por confiscacion al señor del territorio en que el atentado se habia llevado á cabo.

El tesoro encontrado pertenecia al señor de la tierra, si consistia en plata, y al rey si era de oro. «*Ninguno sino el rey, tiene riquezas de oro.*»

La viuda noble tenia el derecho de aguardar á sus hijos, y usufructuar los bienes de éstos hasta salir de la menor edad. Las viudas plebeyas carecian de este derecho (*bail*).

La abominable legislacion sobre las cosas perdidas, y las dos especies de estranjeros no naturalizados, (los *no creidos* y los *no conocidos*), consistia en apoderarse de las cosas estraviadas, y de los despojos y herencia de los estranjeros.

El señor se apoderaba de los bienes de los *bastardos* en virtud de un derecho que llamaban de *bastardia*, con la condicion de cumplir con las mandas y pagar la viudedad de la esposa.

Mas esto no debe entenderse sino respecto de los bastardos plebeyos, siervos ó de manos muertas, que no podian ni heredar, ni casarse, ni adquirir, ni enajenar, sin consentimiento del señor: pues los bastardos de los nobles reconocidos por sus padres, en nada se diferenciaban de los hijos legítimos, sino por una barra diagonal que cruzando su escudo de armas, perpetuaba el recuerdo de la afrenta ó de la desgracia de su madre. Los bastardos eran casi siempre hombres que llegaban á adquirir consideracion por la lucha que habian tenido que sostener contra el obstáculo de su cuna.

En algunos sitios el recien casado no podia entrar en la plenitud de sus derechos durante las tres primeras noches, sino habia obtenido préviamente permiso del obispo. Fundábase la razon de esta costumbre en la historia del jóven Tobías: alguna cosa parecida á ésta hubieran podido encontrar en las instituciones de Licurgo, si el nombre de este legislador hubiese sido conocido de aquellos barones.

Los bienes de los inconfesos é intestatos pasaban al dominio del señor del feudo. Otro tanto sucedia con los que morian de muerte repentina. El hombre que moria súbitamente no se habia confesado, es decir, que Dios ya lo habia juzgado, y abrumado aun estando en vida, con el peso de su reprobacion eterna. Los *Establecimientos* de San Luis trataron de poner algun remedio á tan absurda iniquidad, mandando que los bienes de quien por el rigor de la muerte no hubiese tenido tiempo de confesarse, pasaran á sus hijos. Todo el mundo sabe hasta qué punto llegó el abuso y la mala fe del clero por lo relativo á los testamentos; no tenia el moribundo mas remedio que dejar alguna cosa á la Iglesia, aunque no fuera mas que el décimo de su fortuna, so pena de condenarse y

carecer de sepultura: cierta pobre mujer ofreció un gato pequeño para redencion de su alma.

El procedimiento civil y criminal estaba arreglado al tenor del estado de las personas. El emplazamiento tenia un término de quince dias. Admitíanse ocho clases de pruebas, y entre ellas figuraba el combate judicial.

La declaracion de los testigos era secreta, pero San Luis habia mandado que en el acto se diera á las partes interesadas conocimiento de lo declarado.

Podia apelarse á los tribunales reales, pero no de derecho, sino por via de *súplica*. Esta apelacion pasaba directamente al rey, suplicándole tuviera á bien reformar la sentencia. Una sentencia mal dada, ó agena del espíritu de la ley, era objeto de pronto castigo.

La multiplicacion de los casos de pena de muerte en el tiempo que nos referimos, demuestra que ya quedaba muy atrás el espíritu de los siglos bárbaros.

La causa de este cambio fue la introduccion del órden moral en el órden legal: la moral se anticipa á la accion, y la ley espera su llegada: en el órden moral la muerte se apodera del crímen; en el órden legal el crímen se apodera de la muerte.

La sentencia se pronunciaba por boca de ciertos jurados llamados *juzgadores*. No podian estos ser estraidos de la clase de los *villanos*. Sin embargo, en los procesos contra algunos nobles se ve que tuvieron intervencion *juzgadores* pertenecientes á la que hoy llamamos clase media; en esta eventualidad el acusado tenia un motivo de apelacion por incapacidad de sus jueces.

La acusacion de asesinato, traicion y rapto, daba lugar á un caso estraordinario: el acusado tenia derecho de repetir la acusacion contra el acusador: ambos eran reducidos á prision, y un solo hecho daba lugar á la formacion de dos causas distintas por la accion mútuamente idéntica de las partes.

Admitíanse fianzas menos por delitos que merecieran la última pena.

El robo era equivalente al asesinato: la casa del delincuente era arrasada: sus campos de trigo talados: sus henos quemados, y sus viñas arrancadas: no se cortaban sus árboles, pero se les despojaba de la corteza.

Matar á un hombre, robar una mujer cometer una traicion contra su señor ó su país, no era un crímen mas enorme en concepto de la ley, que el robar (*embler*) un caballo ó una yegua. A los ladrones de objetos sagrados y á los monederos falsos, se les arrancaban los ojos. El vicio que constituyó la ignominia de la antigüedad, se castigaba por primera vez con la mutilacion, por segunda con la amputacion de un miembro, y por tercera con el fuego. La mujer convicta del mismo vicio iba con igual progresion perdiendo los dos labios, y por último paraba en la hoguera. El robo *de cosas pequeñas*, era castigado con la amputacion de una oreja ó de un pie: en estos castigos sobresale todavía el carácter de las leyes sálica y ripuaria. El primer infanticidio de una madre exigia que aquella desgraciada quedara sujeta á lo que el tribunal correccional dispusiera, y si reincidía era castigada con ser quemada despues de muerta. A nadie se le imponia pena por intenciones que no hubieran ido acompañadas de un principio de ejecucion: en la actualidad ese sistema es un principio universal.

El preso que forzaba las puertas de su prision, aunque se hallara inocente de todo delito, era solamente por este condenado á la horca, porque la sociedad entera reposaba en la palabra dada ó recibida. El clero, el cruzado y el monje, dependian de la jurisdiccion de los tribunales eclesiásticos que nunca espedian sentencia de muerte. De aquí se infiere lo favorable que para las últimas clases de la sociedad debió ser el cruzarse. El hereje, el brujo y el convicto de usar maleficios, eran arrojados á las llamas, y el usurero estaba condenado á sufrir la pérdida de sus bienes inmuebles. Si una bestia reacia ó falsa mataba á una mujer ó á un hombre, y el dueño de aquella confesaba haberla conocido siempre mal intencionada, se la estrangulaba: alguna vez ocurrió que la bestia fue ahorcada junto á su dueño. En cierta ocasion se instruyó causa á un cerdo, y se justificó que habia comido á un niño, por lo cual se le condenó á perder la vida por mano del verdugo. Esforzábase la ley por patentizar su horror al asesinato en medio de aquella época en que tan comun era este crímen. La edad no era circunstancia que eximiera de la última pena al que la hubiera merecido por algun crímen.

En la puerta de la habitual residencia de los señores, se ostentaba una horca compuesta de cuatro pilares de piedra, de la cual no pocas veces pendian esqueletos que chocaban entre sí al moverse el viento.

Todo lo perteneciente á la familia, dote, tutela, particiones, donativos, viudedades, etc, se referia directamente segun el antiguo sistema de jurisprudencia de la edad media, del estado de los hombres al de las cosas. A la complicacion que por causa de la clientela y de la esclavitud se encuentra en parte de las leyes romanas, se agregó la confusion introducida por el feudalismo, á saber: el alodio, el feudo, el feudo independiente, las tierras nobles y no nobles, los bienes de mano muerta, las diversas dependencias, los derechos señoriales y eclesiásticos, y las costumbres no solo de las provincias, sino hasta de los distritos ó cantones.

Los casamientos entre las familias reinantes y de la primera gerarquía, producian composiciones y descomposiciones de los feudos: el terreno, cambiando sin cesar de límites, llegó á tener, si asi puede decirse, la movilidad de la vida y de la fortuna de los hombres.

Ademas de las razones de ambicion, envidia é intereses comerciales y políticos, bastaba el servicio de un feudo para provocar la guerra entre dos naciones: rehusaba un hombre ligio del rey rendir homenaje; supongamos que este hombre fuese ó aleman ó flamenco, ó catalan, ó inglés, ó navarro, el fisco se apoderaba de sus bienes, y la Europa ardia en discordias. Un proceso civil ó criminal, daba lugar á un proceso político que se ventilaba entre dos ejércitos sobre el campo de batalla. Juan, rey de Inglaterra, tuvo que ver la confiscacion de sus Estados por decreto del tribunal de Pares de Francia; los barones de Gascuña citaron al príncipe Negro ante el tribunal de Cárlos V, á que respondiera á los cargos que aquellos le hacian: confiósele á un alguacil de vara la comision de prender corporalmente al vencedor de Poitiers, y notificar una ejecucion judicial á la gloria.

Mucho me queda aun por decir del feudalismo; pero tal vez habré yo hablado de él con demasiada latitud: paso á tratar de la caballería.

CABALLERIA.

La caballería, cuya institucion suele generalmente atribuirse á la época de la primera cruzada, tiene un orígen mucho mas antiguo. Refiérese su nacimiento á la mezcla de las naciones árabes y de los pueblos septentrionales, cuando las dos grandes invasiones del Norte y del Mediodía chocaron en las playas de Sicilia, de Italia, de España, de Provenza y del centro de la Galia: esta opinion nos facilita asignar una época casi positiva y comprendida entre los años 700 y 753.

Formóse entre nosotros el carácter de la caballería, componiéndose de la naturaleza sentimental y fiel del teuton, y de la galantería y poética imaginacion del

árabe, penetradas y envueltas sus diversas naturalezas por el espíritu y bajo la forma del cristianismo. La opinion exaltada que tanto contribuyó á la emancipacion del sexo femenino entre las naciones modernas nos fue inspirada por los bárbaros del Norte: los germanos reconocian en la mujer algo de divino (*inesse quin etiam sanctum aliquid et providum putant*). La mitología del *Edda* y las poesías de los Escaldas, revelan el mismo entusiasmo entre los escandinavos: segun estas poesías el sol es una mujer, la brillante *Sunna*. Las leyes conservaron esas delicadas impresiones: quien corte la cabellera á una jóven, tiene que pagar setenta y dos escudos y medio de oro; la persona ingénua que haya apretado la mano ó el dedo de una mujer libre, está condenada á pagar una multa de quince sueldos de oro, treinta si el apreton ha sido dado en el antebrazo, treinta y cinco si ha sido mas arriba, y cuarenta y cinco si le ha comprimido el pecho, (*si mamillan strinxerit.*)

Por su parte los árabes profesaban sumo respeto á la mujer, si hemos de juzgar por la novela ó poema de *Antar*, escrito ó recogido por Asmai el Gramático, bajo el reinado del califa Aroun-ab-Haschild. Antar tiene que sujetarse como los caballeros á una porcion de pruebas: ama constante y tímidamente á la hermosa Ibla: acomete varias aventuras, y lleva á cabo hazañas dignas de Rolando; tiene un caballo que se llama Abjir, y su espada se denomina Dhamy; pero en la narracion del poema se conservan las costumbres árabes: las mujeres beben leche de camella, y Antar que alguna vez sufre que le peguen, figura frecuentemente como pastor de rebaños (1). Saladino era un caballero tan bizarro y menos cruel que Ricardo. Nadie ignora los torneos, combates y galantería de los moros de Córdoba y Granada.

Mas si Asmai escribió la historia de Antar para el califa Arou-el-Raschild, contemporáneo de Carlomagno, éste no esperó, como vulgarmente se ha creido, al falso Turpin para transformarse él y sus pares en caballeros.

La novela publicada bajo el nombre de Turpin, arzobispo de Reims, fue compuesta á fines del siglo XI, durante el periodo de la primera cruzada por cierto fraile llamado Roberto. La intencion que el autor se propuso al escribirla, fue el animar á los cristianos en la guerra contra los infieles, presentándoles á la vista el ejemplo de Carlomagno y sus doce pares. Esta fue la crónica sobre la cual los ingleses modelaron la historia de su rey Artus y de los caballeros de la Tabla redonda.

El supuesto Turpin no era á su vez mas que un imitador, circunstancia que hasta el presente creo haberse escapado á la atencion de todos los historiadores. Setenta años despues de la muerte de Carlomagno, el monge de Saint-Gall escribió la vida de Cárlos el Grande, verdadera novela escrita por el estilo del *Antar*. ¿No es curioso el ver nacer la caballería á un mismo tiempo entre los francos y los árabes? El monje de Saint-Gall tomó noticias por lo tocante á la legislacion eclesiástica del célebre Wernbert, abad de su monasterio, y por lo concerniente á los hechos de armas se las suministró el padre de ese mismo abad. Llamábase Adalberto, y habia seguido á su señor Gherold en la guerra contra los hunos (ávaros), sajones y esclavones. El autor dice con la mayor ingenuidad: «Adalberto era ya anciano: educóme en la infancia, y muchas veces á pesar del esfuerzo que yo hacia por escaparme, me agarraba y por fuerza me hacia oir sus relaciones.»

El antiguo soldado contaba al futuro monje que los hunos habitaban un país rodeado de siete círculos ó murallas. El primero contenia una distancia tan grande como la que hay desde Constanza á Tours, y estaba construido de troncos de encina, hayas, pinos y troncos durísimos, y era de veinte pies de ancho y otros tantos de alto: los demás círculos eran por el mismo estilo. El terrible Carlomagno dió al traste con todos: en seguida marchó contra los bárbaros que talaban la Francia oriental, y los esterminó y mandó cortar la cabeza á todos los niños que pasaban de la altura de su espada. Carlomagno fue al fin vendido por uno de sus bastardos, enano asqueroso, y tuvo que confinarse en el monasterio de Saint-Gall. Cárlos tenia en su ejército héroes á la manera de Roldan: Gisher valia por sí solo mas que un ejército: tan alto era de estatura que hubiera podido pasar por descendiente de Enaquim: montaba un enorme caballo, y cuando se resistia á pasar el Doire crecido con las corrientes de los Alpes, el ginete lo arrastraba en pos de sí diciéndole: «Juro por el señor San Gall, que me tendrás que seguir de buena ó de mala gana.» Gisher segaba cabezas de bohemios como el labrador yerba en el prado. «¿Qué me importan á mí, solia gritar, esos Wenedos, esos renacuajos? Alguna vez llevo ensartados siete, ocho, y hasta nueve de ellos en mi lanza, y van murmurando palabras que no puedo entender.»

Cárlos pasó á Italia á guerrear contra Didier. Este, hallándose al frente del ejército enemigo, preguntó á Ogger si veia á Cárlos: «No lo veo, contestó Ogger: cuando veais que las mieses se agitan de horror en los campos, y el sombrío Po y el Tesino inundan los muros de la ciudad con olas ennegrecidas por el hierro, entonces podreis creer que Cárlos ha llegado.» En aquel punto se levantó por el Poniente una nube que oscureció la luz del dia: Cárlos, aquel hombre de hierro, tenia la cabeza cubierta con un casco de hierro y las manos con manoplas del mismo metal: su pecho y sus espaldas de hierro estaban protegidas por una armadura de hierro: su mano izquierda agitaba en el aire una lanza de hierro, y su diestra reposaba sobre el puño de su invencible espada; su escudo era de hierro; sus muslos cubiertos de hierro oprimian los ijares de un corcel que tenian el color y la fuerza del hierro: cubriéronse de hierro los campos y los caminos, y aquel hierro tan duro era elevado por un pueblo que tenia el corazon todavía mas duro. Al verlo todos los habitantes de la ciudad de Didier empezaron á esclamar. «¡Oh hierro! ¡Ah! ¡Qué de hierro!» ¡*Oh ferrum*! ¡*Heu ferrum*! Otra vez Cárlos mal envuelto en un zamarro de piel de oveja, asistió á una cacería con los grandes de Pavía que llevaban vestidos hechos de pieles de aves de Fenicia, de plumas de cuclillos, y de colas de pavos reales tejidas con tiras de púrpura y adornados con franjas de corteza de cedro. La historia refiere que Carlomagno armó caballero á su segundo hijo Luis, ciñéndole la espada.

El monje de Saint-Gall, que segun él nos dice; tartamudeaba por falta de dientes, hace tambien mencion del leon muerto por Pipino el Vreve. El veterano Adalberto, refiriendo las hazañas de Carlomagno á un niño que á su vez habia de escribirlas cuando llegara á la vejez, tiene bastante semejanza con algun granadero de Napoleon, contando la campaña de Egipto á algun novel soldado. ¡Tan mezcladas andan en la vida de los hombres estraordinarios la fábula y la historia!

Ernold Nigel ó el Negro en su poema de Ludovico Pio, hace una descripcion del sitio de Barcelona, que tambien puede contarse entre los libros de caballería. Ludovico ceñia la espada que Carlomagno habia llevado. Los moros, formados en los baluartes, defendian la ciudad su gobernador Zadun se ofrece á la muerte para salvar la plaza; descuélgase de las murallas para pedir pronto socorro á los sarracenos de Córdoba; pero caen en poder del enemigo. Al ser presentado á Ludovico, grita á los de la guarnicion que lo están mirando desde las murallas: «Abrid las puertas,» pero al mismo tiempo les hace una señal, en que habian convenido para incitarles á la defensa. Ludovico toma la ciudad por asalto; en el botin se encontraron corazas, ricos vestidos, cascos adornados de cimeras, un caballo parto con su arnés y freno de oro. La armadura de los caballeros no data (como algunos creen aun sin ningun fundamento) del siglo XI, ni debe su orígen á los francos, ni á los árabes, sino á los persas de quienes la tomaron los romanos; ya se ha visto la descripcion que de ella hizo Marcelino al hablar del triunfo de Constancio en Roma. Vuélvese á hablar de este género de armadura en el escuadron de caballería pesada que Constantino arrolló cuando descendió de los Alpes para atacar á Maxencio.

Los combates de hombre á hombre, los juegos caballerescos, y la construccion de aquellos monumentos llamados góticos, coinciden tambien con el advenimiento de los reyes de la segunda raza. Ludovico Pio envió á predicar la fe entre los daneses al obispo Ebbon. Este, al volver, vino acompañado de Herold, rey de aquellos pueblos. Ludovico pasó á Ingelheim en las orillas del Rhin. «Allí se levanta sobre cien columnas un magnífico palacio... Cerca del palacio hay una isla que el Rhin rodea con sus profundos r.udales, soledad entapizada de yerba que siempre está verde y cubierta con un espeso bosque,» deliciosa morada donde Judit, esposa de Ludovico, magníficamente adornada se divierte en la caza, oprimiendo el lomo de un generoso bridon.

Bero y Samilon, dos guerreros de nacion gótica, combaten en campo cerrado delante de Ludovico cerca del castillo de Aix en un palenque rodeado de muros de nacar, y adornado de miradores entapizados de verde césped, y cubiertos de frondosos árboles: «Los campeones, hombres de elevada estatura esperan la señal del combate que debe ser dada por el rey, y refrenan sus rápidos corceles, impacientes por lanzarse á la arena. Preséntase Gunold acompañado de un féretro, segun la costumbre de semejantes ocasiones.» Bero es el vencido; los jóvenes francos lo arrancan de la muerte, y Gunold vuelve á enviar el féretro á las bóvedas donde lo habia sacado.

Miratur Gundoldus enim, feretrumque remitiit
Absque onere tectis, venerat unde, suum (1).

La arquitectura llamada lombarda de la época de los carlovingios en Italia, no era mas que la invasion de la arquitectura oriental ó neogreca en la romana. Hakem edificó en el siglo VII la mezquita de Córdoba, tipo primitivo de la arquitectura sarracena occidental. A principio del siglo IX el palacio de Ingelheim tenia centenares de columnas, techos artesonados de diversas formas, mil entradas y salidas, y mil habitaciones: *centum perfixa columnis... tectaque multimoda: mille aditus, reditus, millenaque claustra domorum*. La inglesia presentaba grandes puertas de cobre, y las mas pequeñas tenian adornos de oro: *Templa dei..... ærate postes, aurea ostiola*. Herold, su mujer, sus hijos y sus compañeros, contemplaban con admiracion la inmensa cúpula del templo: *miratur Herold, conjux miratur, et omnes proles et socii culmina tanta Dei*. Hé aquí, pues, pintadas con toda claridad las costumbres, aventuras, cantos, leyendas, paladines, enanos, fiestas, hechos de armas y arquitectura de la época vulgar de la caballería, durante los siglos VII y IX. Hé aquí, pues, como todas esas cosas se reproducian simultánea y espontáneamente entre los moros y cristianos. Hé aquí, finalmente á Carlomagno y al califa Aroun, Gisher y Antar, y sus historiadores contemporaneos, Asmai y el monge de Saint-Gall.

Los romanceros del siglo XII que eligieron por héroes á Carlomagno, Roldan y Ogier no se equivocaron históricamente, pero cometieron un error en haber querido formar de esos caballeros un *cuerpo* de caballería. Las ceremonias para ser admitido caballero, la espuela, la espada, el espaldarazo, el velar las armas y los grados de paje, doncel, aspirante y escudero, son usos é instituciones militares que reemplazaban á otros usos é instituciones que habian caducado ya; mas no constituian un cuerpo de tropas homogéneo, disciplinado ni sujeto por la subordinacion á un solo jefe.

Las órdenes religioso-caballerescas fueron la causa de esa confusion de ideas, suponiendo una caballería histórica *colectiva*, siendo así que en realidad no ha existido mas que una caballería histórica *individual*. Pero al mismo tiempo diremos que esa caballería individual merece admiracion por su delicadeza, valor, generosidad y que supo conservar la índole de los dos climas á que debió su orígen, reteniendo la impresion vaga y meditabunda del enlutado horizonte de los escandinavos, y el ímpetu y el ardor del brillante cielo del Arabia. La caballería histórica produjo, además, otra caballería romancesca que se unió con la realidad, y cuya fama resonó hasta en el reinado de Francisco I, en cuya época dió orígen á Bayardo, así como habia animado á Dugueselin cerca del trono de Cárlos V. El héroe de Cervantes fue el último de los caballeros. Tal es el encanto de aquellas costumbres de la Edad Media, tan poderoso es el prestigio del talento, que la sátira de la caballería se ha convertido en inmortal panegírico de la misma.

En los primeros tiempos para ser armado caballero, era preciso ser hijo de padres nobles y tener 21 años de edad. *Quitábanle sobre un monton de estiercol las espuelas doradas* al que careciendo del requisito de la nobleza, se habia capciosamente hecho armar caballero. Los hijos de los reyes de Francia eran caballeros desde las pilas bautismales; San Luis armó caballeros á sus hermanos: Dugueselin, segundo padrino del duque de Orleans, hijo segundo de Cárlos V, sacó su espada y se la puso desnuda en la mano del niño, tambien desnudo: *Nudo tradidit ensem nudum*. Bayardo, el caballero *sin miedo y sin mancha*, confirió la caballería á Francisco I. El rey le dijo: «Amigo Bayardo, quiero ser hoy armado caballero por vuestras manos..... Habeis virtuosamente combatido en muchos reinos y provincias contra muchas naciones..... Tengo que salir de Francia donde sois bastante conocido..... Daos prisa.»—Entonces Bayardo desenvainó su espada y dijo: «Señor, válgaos tanto como si yo fuera Roldan Oliveros, Godofredo ó su hermano Balduino.»—Y despues esclamó en alta voz dirigiéndose á la espada que brillaba en su diestra: «Bien dichosa puedes llamarte, espada mia, en haber dado hoy la órden de la caballería á un rey tan magnífico y poderoso. En verdad, mi buena espada, que sereis cuidadosamente conservada y honrada sobre todas las demas como una reliquia, ni jamás os emplearé no siendo contra turcos, sarracenos ó moros. En seguida dió dos saltos, y finalmente, envainó la espada.»

Los caballeros tomaban los títulos de *don*, de *sire*, de *messire* y de *monseñor*. Podian comer en la mesa del rey; solo ellos tenian el derecho de llevar lanza, coraza, la doble cota de malla, la cota de armas, oro, veros, armiño, gris, terciopelo y escarlata. En el tor-

(2) Véase en la *Revista francesa* de julio de 1830, un artículo muy ingenioso de Mr. de l'Eclase acerca de este poema. Parece que el sabio orientalista Mr. Flammer de Viena, ha hecho una traduccion francesa del *Antar*, cuya impresion se verificará en París bajo la direccion de Mr. Trebutien, á quien se deben los cuentos inéditos de las *Mil y una noches*.

(1) Los sabios Benedictinos no pueden abstenerse de esclamar en una nota con toda la cándida alegría de la erudicion: «¡Gratiæ sint Nigello qui veterum ritus nobis edisserit!»

reon ó tejado de su casa solar ponian una banderola que terminaba en punta si era simple caballero el dueño, y cuadrada como las banderas en el caso de que aquel tuviera el privilegio de tenerla. El caballero era por su armadura conocido á larga distancia, y para darle paso se abrian todas las barreras, y se echaban todos los puentes levadizos, siendo tal el respeto que por su condicion se merecian que alguna vez llegó el caso de que los dueños de las casas en que se alojaron, pusieron á su disposicion hasta sus propias mujeres.

La degradacion de un caballero desleal era espantosa; hacíanle subir á un tablado en forma de patíbulo, y en su presencia despedazaban todas las piezas de su armadura; su escudo, despues de borrados los blasones, era atado á la cola de una yegua, cabalgadura degradante, y arrastrado por el suelo; entre tanto el heraldo de armas decia mil injurias al innoble caballero. El clero, despues de haber rezado vigilias fúnebres, pronunciaba las maldiciones del salmo 108. Tres veces se preguntaba en alta voz el nombre del degradado y otras tantas contestaba el heraldo que no lo sabia, y que el hombre que tenia á la vista no era mas que un fementido. Entonces vertian sobre la cabeza del degradado una vasija de agua caliente, y suspendido por una cuerda lo precipitaban del tablado; metianlo en unas andas, cubrianlo con un paño mortuorio, y lo llevaban á la iglesia acompañado del clero que iba rezando el oficio de difuntos.

Conferíase la caballería sobre la brecha, en las minas y en las trincheras de una plaza sitiada, ó en el campo de batalla en el acto de venir á las manos. Aumentándose la necesidad de nuevos soldados á proporcion que los caballeros iban pereciendo, pudo el siervo aspirar y ser admitido en las filas de la caballería: Felipe de Valois espidió decretos declarando noble al hijo del siervo que hubiese sido armado caballero; los franceses han atribuido siempre nobleza al arado y á la espada, colocando en una misma categoría al labrador y al soldado. En lo sucesivo, durante las grandes guerras de los ingleses, llegaron á crearse tantos caballeros que su título se envileció. Francisco I añadió á las dos clases de caballeros que existian en su tiempo, otra tercera categoria compuesta de m gistrados y hombres de letras, los cuales fueron denominados *caballeros en leyes*. Por último, no quedó de la caballería mas que un nombre honorífico escrito en algunos documentos ó llevado por los hijos menores de las familias ilustres.

La educacion militar me lleva de la mano á tratar de la educacion civil de aquellos tiempos.

EDUCACION.

En Persia, en Grecia y en Roma, no se enseñaba á los niños mas que lo relativo á su pátria; instruíaseles en las costumbres, leyes é idiomas de sus antepasados, y si cuando en el progreso de la civilizacion hubo romanos que llenos de admiracion por la Grecia, pasaron á las escuelas de Atenas, no puede decirse sino que obraron á impulsos de una loable curiosidad y solo por parte de algunos desocupados patricios.

El mundo moderno ha presentado un fenómeno de que no hay ejemplo en el antiguo; los hijos de los bárbaros se separaron de su raza por la educacion, encerrados en colegios aprendieron idiomas que sus padres no habian hablado; estudiaron leyes que no eran las de su nacion, y no se ocuparon mas que de una sociedad muerta sin relacion con la contemporánea. Los nacidos, oriundos de otra sangre, y perpetuando el recuerdo de lo que habian sido, retuvieron como en represalias á los hijos de sus vencedores.

Formóse en medio de las generaciones bárbaras un pueblo cuya inteligencia estaba mas allá de la esfera en que se movia la comunidad material, guerrera y política. Cuanto mas sencillo, grosero, natural y ageno de instruccion era el espíritu que dominaba fuera del límite de las escuelas, tanto mas refinado, sutil, metafísico y docto, era el que brillaba dentro de su recinto. Los bárbaros que acometieron la invasion degollando clérigos y frailes, se postraron á los pies de estos despues que abrazaron el cristianismo. Diéronse prisa á establecer colegios y universidades, y admirando lo que no acababan de comprender, no hallaron privilegios bastantes con que alentar á los que se dedicaban al estudio. En el centro de la monarquía de los padres, llegó á instituirse una verdadera república con sus tribunales, costumbres y libertades para los hijos.

La universidad de París. hija primogénita de los reyes de Francia, aunque no descendia de Carlomagno, no era la única del reino; otras muchas se habian establecido tomándola por modelo, y entre ellas sobresalia la de Montpeller, en la cual se estudió el derecho romano tan luego que por el descubrimiento y las copias del manuscrito de Amalfi, fueron menos raros los ejemplares de las *Pandectas*. Inglaterra, Escocia, Irlanda, Alemania, Italia, Portugal y España, tenian iguales centros de enseñanza. En los hagiógrafos (escritores de vidas de Santos) y en los cronistas, se ve que deseando un mismo estudiante abrazar las diversas ramas de la ciencia, estudiaba sucesivamente en Salamanca, en París, en Coimbra, en Padua, en Oxford y en Mayenza. La universidad de París tenia un servicio postal para su uso particular mucho antes que Luis XI hubiese pensado en generalizarlo.

Fácil es concebir qué grado de actividad imprimirian en los ánimos las instituciones universitarias, enteramente desprendidas del sistema de leyes nacionales. ¡Cuánto no debieron aumentar el tesoro comun de ideas! y como estas son el orígen de todo, al fin desarrollaron hechos que no son mas que su forma exterior.

Al lado de las universidades se abrieron una multitud de colegios. En tiempo de Felipe el Hermoso, fundador de la universidad de Orleans, se establecieron el colegio de la Reina de Navarra, el del cardenal de Moyne, y el de Montayne, arzobispo de Narbona. Deede el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del Cárlos V, se instituyeron el colegio de los Lombardos para los estudiantes italianos, y los de Tours, de Lisieux, de Autun, del *Ave-María*, de Mignon ó Grandmont, de San Miguel, de Cambrai, de Aubusson, de Bonnecour, de Tournai, de Bayeux, de los Alemanes, de Boissy, de Daiville, de Maistre-Gervais y de Beauvais *(Hist. de la Univ.*, tom. III, lib. III; *Antiq. de París; Trésdes Ch.)* A Francisco I se le debe el establecimiento del Colegio Real, con las tres cátedras de hebreo, griego y latin; principió á enseñarse el griego en la universidad de París, en tiempo de Cárlos VIII, esplicando los diálogos de Platon. Enrique II, Cárlos IX y Enrique III, aumentaron la enseñanza fundando una cátedra de filosofía griega y latina, otra de árabe, y otra de cirujía. Luis XIII Luis XIV y Luis XV, establecieron en el Colegio Real cátedras de derecho canónico, de lenguas siriaca, turca y persa, de literatura francesa, de astronomía, de mecánica, de química, de anatomía, de historia natural, y de derecho natural y de gentes. El colegio de las Cuatro Naciones recuerda el nombre de Mazarino. Durante la antigua monarquía, clero, nsbleza, estado llano, magistratura, educacion, todo, en una palabra, se formaba por grandes masas ó grandes corporaciones.

Aquellas universidades y colegios fueron otros tantos focos donde se encendieron como antorchas los ingenios que penetraron con su esplendor las tinieblas de la Edad Media: noche fecunda, poderoso caos en cuyo seno se desarrollaba el gérmen de un nuevo

universo. Al invadir la barbarie el terreno de la civilizacion, no pudo menos de fertilizarlo con su vigor y juventud; y por el contrario, cuando la civilizacion invadió los campos de la barbarie, no pudo fecundar su esterilidad; los pueblos civilizados de la antigua Europa, se renovaron en el lecho de los salvajes de la Germania, y los pueblos salvajes de América se han estinguido en brazos de los civilizados de Europa.

San Bernardo, Escoto, Abelardo, Tomás de Aquino, Buenaventura, Alberto, Rogero Bacon, Enrique de Gante, Hugo de Saint-Cher, Alejandro de Hallay, Alain de l'Ille, Ives de Triguer, Jacobo de Voragines, Guillermo de Nangis, Juan de Mun, Guillermo Duranty, Juan Adan, Guillermo Pelletier, Bartolomé Glaunwill y Pedro Bercheur, Alberto de Sajonia, Froissart, Nicolás Oresme, Jacobo de Dondis, Nicolás Hamel, Accurse, Bartolo, Graciano, Pedro de Ailly, Nicolás Clemengis, Gorson, Tomás Connecte, Benito Gencian, Juan de Courtecuisse, Vicente Ferrer, Juvenal de los Ursinos, Pico de la Mirándula, Chartier, Martuel de Auvergne, Francisco Villon y Roberto Gaguin, forman la cadena de aquellos hombres que desde los primeros dias de la Edad Media, nos hacen pasar á la época del renacimiento. Grande fue la celebridad que adquirieron, y los sobrenombres con que les honraron demuestran la cándida admiracion de aquellos siglos. Alberto fue llamado el Grande; Tomás de Aquino, el Angel de la escuela; Rogero Bacon, el Doctor admirable; Enrique de Gante, el Doctor solemne; Enrique de Suza, el Esplendor del derecho; Alejandro de Hallays, el Doctor irrefragable; Alain de l'Ille, el Doctor universal; Buenaventura, el Doctor seráfico; Escoto, el Doctor sutil y Gil de Roma, el Doctor muy fundado.

Esos hombres con sus diversos talentos, formaban escuelas, y tenian discípulos como los antiguos filósofos de la Grecia. Alberto inventó una máquina parlante; Rogero Bacon fue tal vez el inventor de la pólvora (1), del telescopio y microscopio; Jacobo de Dondis compuso un reloj celeste, ó sea una esfera con movimiento. Santo Tomás de Aquino es un genio enteramente comparable á los mas raros ingenios filosóficos de los tiempos antiguos y modernos: es parecido á Platon y Malebranche por su idealismo, y á Aristóteles y Descartes por la claridad y la lógica. Los escotistas y tomistas, los realistas y nominalistas, resucitaron las dos sectas de la forma y la idea. Los árabes trajeron á España hácia el año 1050, los escritos de Aristóteles, y de España pasaron á Francia. Berenger, Abelardo y Gilberto de la Poree, hicieron revivir la doctrina del Estagirita, mas habiendo desde mucho tiempo atrás anatematizado los Padres griegos y latinos aquella doctrina, fueron condenados al fuego los libros que trataban esclusivamente de ella por un concilio celebrado en París en 1209. Esta prohibicion duró mas de cuatrocientos años, y cuando en 1447 se levantó ese anatema, fue tan completo el triunfo, que ya no se volvió á enseñar mas filosofía que la aristotélica. Ramus que de allí á un siglo se atrevió á levantar la voz contra ella, fue víctima del fanatismo escolástico, y fue preciso esperar la aparicion de Gasendi y Descartes para triunfar de la doctrina del preceptor de Alejandro.

Duranti, Bartolo, Alciato y posteriormente Cuyás, fueron las lumbreras del derecho. Se podrá formar una idea de la influencia que aquellos hombres ejercieron en su tiempo, recordando los efectos de sus lecciones. No cabiendo en el recinto del aula en que Alberto el Grande daba lecciones la multitud de concurrentes que asistian á ella, tuvo que darlas en una plaza, que por esa circunstancia fue llamada plaza del Maestro Alberto. Foulques escribió á Abelardo diciéndole: «Roma te enviaba sus hijos para que les instruyeras, y la ciudad de la que habíamos oido que enseñaba todas las ciencias, patentizaba al enviarte sus discípulos que tu ciencia era aun superior á la suya. Ni la distancia, ni la elevacion de los montes, ni la profundidad de los valles, ni lo peligroso de los caminos cubiertos de salteadores, no podian detener á los que corrian ansiosos de oirte. No se arredraba la juventud inglesa ni por el mar que la separaba de tí, ni por el furor de las tempestades: el prestigio de tu nombre le hacia arrostrar todos los peligros y correr anhelante hácia tí. La retirada Bretaña enviaba tus hijos para que los instruyeras, y los de Anjou te tributaban afecto amansando su ferocidad. El Poitu, la Gascuña, Iberia, Normandía, Flandes, los teutones y los suecos incansables en celebrarte, ponderaban y proclamaban sin tregua tu talento. Nada diré de los habitantes de París, ni de la juventud francesa, asi de las provincias mas distantes como de las mas inmediatas, todos corrian sedientos de oirte, como si solo á tu lado hubiesen podido adquirir instruccion (2).»

Tanta era la multitud de profesores y estudiantes de la universidad de París, que cuando iban en procesion á San Dionisio, entraban los primeros en la basílica de la Abadía antes que acabaran de salir los últimos de la iglesia de los Maturinos de París. Habiendo sido invitada la Universidad á dar su parecer sobre el asunto de la estincion del cisma, presentó su opinion acompañada de diez mil votos, y en otra ocasion propuso enviar veinte y cinco mil estudiantes para aumentar la pompa fúnebre de un entierro. En todas las crísis políticas de la monarquía, y particularmente bajo los reinados de Cárlos V, Cárlos VI y Cárlos VII, se ve figurar esa gran corporacion. Unas veces sediciosa, otras leal, soltaba ó retenia las oleadas populares, en tanto que algunos de sus discípulos entrando en la senda de las innovaciones, agitaban las cuestiones religiosas, y por la audacia de sus doctrinas, y por sus declamaciones contra los vicios del clero y de la grandeza, propendia á esas reformas de que Arnaldo de Brescia en Italia, y Wickleff en Inglaterra habian dado ejemplo.

Esta vida de las universalidades y de los colegios, ocupa un puesto importante en el cuadro de costumbres generales que aun me resta trazar.

COSTUMBRES GENERALES DE LOS SIGLOS XII, XIII Y XIV.

Debe la historia moderna tomarse el cuidado de desvanecer un error, no de los cronistas, porque estos confiesan unánimemente la corrupcion de los siglos á que nos referimos, sino de la ignorancia y del espíritu de partido de la época que atravesamos: créese generalmente que si la Edad Media era bárbara, estaba por lo menos compensada esta barbarie por el contrapeso de la moral y la religion: no falta quien representa las antiguas familias, groseras si se quiere, pero sentadas en santa union alrededor del hogar doméstico con toda la sencillez de la edad de oro. Nada puede haber mas falso que esa pintura.

Los bárbaros se establecieron en medio de la sociedad romana, depravada por el lujo, degradada por la esclavitud y corrompida por la idolatría. Los francos, muy poco numerosos, relativamente á la poblacion galo-romana, no pudieron modificar en buen sentido las costumbres, porque en realidad no estaban ellos mismos muy libres de corrupcion cuando entraron en la Galia.

Grave error es atribuir inocencia al estado salvaje en el que no hay apetito de la naturaleza que no se

(1) Conocida en la China, así como la brújula, la imprenta, el gas, etc.; esos descubrimientos materiales debian naturalmente verificarse en una sociedad de larga vida, como la de los chinos.

(2) *Obras de Mad. Guizot.*

desarrolle de un modo impetuoso: solo la civilizacion es la que enseña al hombre el ejercicio de las cualidades morales. La profesion de las armas, que inspira algunas virtudes, no es por cierto buena maestra de temperancia: Sainte-Palaye tiene por último que confesar que los caballeros no eran muy recomendables por la rigidez de costumbres.

De la sociedad romana y de la sociedad bárbara resultó una duplicada corrupcion; fácil era distinguir los vicios peculiares á la una y la otra, así como se distinguen en su confluencia los raudales de los rios que se unen. La rapiña, la crueldad, la ignorancia y la sensualidad animal, pertenecian á los francos; la bajeza, la cobardía, la astucia, la torpeza del ánimo y la disolucion refinada eran, propias de los romanos.

No se entienda que semejantes observaciones son únicamente aplicables á algunos períodos ó reinados: lejos de eso domina su influencia á los siglos que preceden á la Edad Media desde el reinado de Clodoveo hasta el de Hugo Capeto, y en los siglos de la Edad Media desde el reinado de Hugo Capeto hasta el de Francisco I.

El cristianismo hizo cuanto pudo por curar la gangrena de aquellos tiempos bárbaros; pero el espíritu de la religion predominaba al sentido literal de ella; no faltaba adoracion en el calvario; pero nadie asistia al sermon de la montaña. El clero se depravó como la multitud. Para penetrar á fondo en el interior de aquella época, es preciso leer los concilios y las *Cartas de abolicion* (privilegios concedidos por los reyes); en esos documentos aparecen sin vendas las úlceras de la sociedad. Los concilios son un continuado clamoreo contra la relajacion de las costumbres, y un incesante afan de proponer remedio, al paso que en las *Cartas de abolicion* se conservan los detalles de las sentencias y de los crímenes que las motivaron. Las capitualares de Carlomagno y sucesores, están llenas de providencias relativas á la reforma del clero.

Sabida es la espantosa historia del clérigo Anastasio, encerrado vivo con un cadáver por venganza del obispo Caulin (Gregorio de Tours). En los cánones añadidos al primer concilio de Tours, bajo el episcopado de San Perpesto se lee: «Nos han dicho que algunos clérigos, lo cual es horrible *quod nefas*, establecen posadas en los templos, y que el sitio donde solo deberian resonar oraciones y alabanzas á Dios, retumba con el rumor de los festines, la obscenidad de las palabras y los gritos de las disputas y pendencias.»

Baronio tan favorable á la córte de Roma, denomina siglo de hierro al siglo x por los desórdenes que veia en el clero. El ilustre y sabio Gherberto, antes de ser papa con el nombre de Silvestre II, y no siendo mas que arzobispo de Reims, decia: «¡Oh deplorable Roma! Tú diste á nuestros antepasados las luces mas brillantes, y ahora no tienes mas que horribles tinieblas... Hemos visto á Juan Octaviano conspirar en medio de mil prostitutas contra el mismo Othon, á quien habia proclamado emperador. Fue derribado, y Leon el neófito le sucedió. Othon tuvo que alejarse de Roma, entró Octaviano y este espulsó á Leon; mandó cortar los dedos, las manos y la nariz al diácono Juan, y despues de haber quitado la vida á muchas personas ilustres, perdió antes de mucho tiempo la suya... ¿Habrá quien en vista de esto se atreva á sostener que una tan numerosa cantidad de sacerdotes de Dios, dignos por su vida y méritos de ilustrar al universo, hayan de estar sujetos á tales mónstruos, falsos de todo conocimiento de las ciencias divinas y humanas?»

Aun se conserva una sátira de Adalberon, obispo de Laon, bajo la forma de diálogo entre el poeta y el rey Roberto: «Adalberon presenta á los jueces obligados á tener que cubrirse con la capucha, á los obispos despojados de sus bienes y reducidos á tener que empuñar el arado, y las sedes episcopales ocupadas, cuando llegan á estar vacantes, por marineros y pastores de ovejas. Un monge se ha trasformado en soldado: su cabeza va cubierta con una gorra de piel de oso: su túnica talar en otros tiempos, ahora es corta y tiene aberturas por detrás y por delante: y de su cinto van colgando un arco, una aljaba, unas tenazas y una espada. No habia en otros tiempos entre los ministros del Señor ni verdugos, ni posaderos, ni pastores de cerdos, ni de machos cabríos, ni se presentaban en los mercados públicos, ni se esmeraban en la pulcritud de sus vertidos.»

Adalberon estendiéndose sobre este particular, observa que el noble y el siervo no están sometidos á una misma ley: pues el primero goza de completa libertad. «El rey toma la defensa de la condicion servil:» Esa clase, dice, nada posee sino comprándolo á espensas de un duro trabajo. «¿Quién podrá enumerar las penas, los pasos y las fatigas que el siervo tiene que soportar? Sus lágrimas nunca llegan á agotarse.» Adalberon replica diciendo que la familia del señor se halla dividida en tres clases; la que reza, la que combate y la que trabaja.

El autor de esta sátira habia presenciado el fin de la segunda raza y el principio de la tercera, y habia figurado en las traiciones que tienen lugar al derrocarse y renovarse los imperios. Tal vez á pesar de ser obispo, habia tenido íntimas relaciones con Emma, esposa de Lotario; pertenecia á una ilustre familia de Lorena, era discípulo de Ghesberto; no era amigo de frailes, y habia tomado parte en la querella de los obispos nobles contra los elesiásticos plebeyos.

Adalberon es como un reflejo de aquella sociedad que conservó ilustracion en medio de las oleadas de la barbarie.

No se muestra mucho mas indulgente San Bernardo al tratar de los vicios de su siglo: San Luis no tuvo mas remedio que cerrar los ojos por no ver las prostituciones y desórdenes que reinaban en su ejército. Durante el reinado de Felipe el Hermoso, tuvo que convocarse un concilio espresamente para oponerse al desbordamiento de costumbres. Los prelados y las órdenes mendicantes espusieron en 1531 sus mútuas quejas á Clemente VII en Aviñon. Este pontífice era favorable á los frailes, y apostrofó del modo siguiente á los prelados: «¿Hablareis de humildad, vosotros tan vanos y fastuosos en vuestras cabalgaduras y equipajes? ¿Hablareis de pobreza vosotros, cuya ambicion no se da por satisfecha con todos los beneficios del mundo? ¿Qué diré de vuestra castidad?... Aborreceis los mendicantes; les cerrais vuestras puertas y abrís vuestras casas á sicofantes y á infames: (*lenonibus et truffaloribus*).»

La simonía era general: los sacerdotes violaban casi todos la regla del celibato, y vivian con mujeres perdidas, con concubinas y amas. Cierto abad de Moreis tenia diez y ocho hijos. En Vizcaya querian que los clérigos tuvieran barraganas (1).

El Petrarca escribia á uno de sus amigos: «Aviñon es un verdadero infierno: una sentina de todas las abominaciones. Las casas, los palacios, las iglesias, los púlpitos del pontífice y de los cardenales, el aire, la tierra, todo está impregnado de mentira: háblase de la vida futura, del juicio final, de las penas del infierno, y de los gozos del paraiso como de fábulas absurdas y pueriles.» En apoyo de esta opinion, el Petrarca cita escandalosas anécdotas relativas á la disolucion de los cardenales. El mismo Petrarca, tan admirado por su casto amor á Laura, estaba rodeado de hijos bastardos. *En aquel tiempo tuvo un hijo natural, y de allí á poco una hija, pero aseguró que*

(1) *Para que no incomodaran á las mujeres de sus vecinos. (Fuero de Vice).*

pesar de esas flaquezas nunca amó mas que á Laura (Saggi).

En un sermon predicado ante el pontífice (año 1634), probó el doctor Nicolás Oresme que el antecristo no debia tardar en aparecer, fundando su opinion en seis razones, deducidas principalmente de la pérdida de la disciplina, orgullo de los prelados, tiranía de los jefes de la Iglesia, y de la aversion á la verdad.

Ciertas rimas que entonces eran muy de moda *(sirventes)*, no guardaban consideracion alguna ni con los papas, ni con los reyes, ni con los nobles, y hablaban del clero con igual desenfado que los sermones. «Dí, pues, señor obispo, ¿no podremos esperar que seas razonable hasta que seas eunuco?—¡Ah!.. ¡falso clero, traidor, mentiroso, pérfido, disoluto! San Pedro nunca tuvo rentas, ni palacios, ni dominios: nunca pronunció escomuniones. Hay eclesiásticos que no brillan mas que por su magnificencia, y casan con sus sobrinos las hijas que han tenido de su querida.» (Raynodaru *trovadores*).

«Una multitud vil que nunca ha peleado, quita á los nobles sus torres y castillos, el macho cabrío ataca al lobo.»—Nuestro obispo vende en mil sueldos un féretro á sus amigos difuntos.»—Quien reina es el papa, arrastrándose á los pies del monarca poderoso y abrumando al rey débil.»

Todo el feudalismo abundaba en esas ideas: otro tanto se decia en Inglaterra.

An other abai is therbi
Fort soth a gret nunnerie.

«Cerca de una abadía se halla situado un convento de monjas al lado de un rio de apacible corriente. En los dias de verano las monjas jóvenes se embarcan en ese rio, y cuando están lejos del convento, viene el diablo, se acuesta enteramente desnudo en la ribera y se prepara á nadar. Agil, como él solo, arrebata á los frailes jóvenes y vuelve á buscar á las monjas. Enséñales á éstas una oracion. El fraile, bien dispuesto tendrá...» Forzoso es suprimir las indecentes chocharrerías que hay en el original inglés. El *Credo* de Pedro Lab ador (Peter Powman), es una amarga sátira contra los frailes mendicantes:

I tond in a freture a frere on a benche, etc.

«He encontrado un horrible fraile sentado en un banco, era obeso como un tonel: su rostro se parecia á una vejiga llena de aire ó un saco suspendido entre las dos mejillas y la barba. Todo él era un verdadero pato cebado, cuya carne, fluctuaba como un barro medio líquido.»

Los señores y señoras feudales amaban, cantaban, se divertian, y no siempre sobresalian por su ardiente fe religiosa. El vizconde de Beaucaire amenazaba á su hijo Aucassin con el infierno sino rompia las relaciones con su amiga. El señorito contesta que no le importa nada el cielo, lleno de frailes holgazanes medio desnudos, de clérigos sucios y de ermitaños cubiertos de harapos. Prefiere ir al infierno, donde encontrará poderosos monarcas, paladines y barones en plena sociedad, y mujeres hermosas acompañadas de sus amantes, trovadores y juglares, amigos del vino y la alegría. (Le Grand D'Aussi, Rainouard, *hist. de Tel. Ang.*; Capefique, *etc.*) Un trovador pide un *Padre nuestro* para que Dios conceda á todos los que amen, como el hijo del castellano de Aupais, el placer que tuvo una noche con Ogina. La señora, condesa de Die, escribió al trovador Rambaud, conde de Orange: «Hermoso amigo mio, ven á ocupar esta noche el puesto de mi marido.» Esta condesa era la que presidia el llamado *tribunal de amor*. Guillermo, conde de Poitiers, fundó en Niost una casa de disolucion bajo la forma de un monasterio, cada *religiosa* ocupaba una celdilla, y hacia *votos* de placer; la comunidad estaba gobernada por una priora y una abadesa, y los vasallos del conde fueron invitados á dotar ricamente el monasterio. Habia *mariscales* de prostitutas.

Un conde de Armagnac, Juan V, se casó públicamente con su hermana, y vivió con ella en un castillo muy honrado de toda la Baronía. Los furores lúbricos del mariscal de Rais son cosa de que todo el mundo tiene noticia.

Aquellos nobles de la gaya ciencia no siempre eran tan corteses y generosos que no se trasformaran alguna vez en salteadores de los pasajeros. Los ciudadanos de Laon pidieron auxilio á Tomás de Coucy, señor del castillo de Marne. Tomás, aunque muy jóven todavía, robaba á los pobres y peregrinos que iban ó venian de Jerusalen. A fin de que esos desgraciados no pudieran negarle el dinero que traian, solia colgarlos con sus propias manos, *testiculis appendebat propia aliquoties manu*, Guiberti, *de vita sua)*; el peso del cuerpo dilaceraba la parte por donde estaba colgado, produciendo una abertura que daba salida á los intestinos; otras veces colgaba á sus víctimas de los pulgares, poniéndoles gruesas piedras en los hombros para aumentar el peso de su cuerpo. Entre tanto Tomás solia pasearse por debajo de las horcas, y concluia de matar á palos las víctimas que no tenian dinero ó rehusaban dárselo. Habiendo en cierta ocasion este nuevo caco arrojado un leproso al fondo de una mazmorra, fue asaltado en su guarida por todos los leprosos de la comarca.

Habiéndose presentado un alguacil llamado *Lobo* á notificar al señor de Tournemine, este le hizo cortar la mano derecha diciendo: que nunca se habia arrimado un lobo á su castillo sin tener que dejar una de sus patas clavada en la puerta.

Regnault de Pressigny, señor de Marans cerca de la Rochela, exigidor de rescates de los ciudadanos y salteador de caminos, tenia el bárbaro placer de arrancar un ojo y la barba á todo fraile que por desgracia pasara por sus tierras feudales. Cuando hacia marchar al suplicio á los desgraciados que no querian ó no podian redimirse por la suma que se les exigia, Pressigny acostumbraba, si las víctimas apelaban á la justicia del rey contestarles, haciendo un juego de palabras y diciendo que no tenian razon de quejarse de no morir en regla, supuesto que morian *jure aut injuria*.

La Edad Media presenta un cuadro singular, que al parecer no es mas que el resultado de una imaginacion poderosa, pero desarreglada. En la antigüedad cada nacion salia por decirlo así, de su propio orígen; un espíritu primitivo, que penetraba en todo, y por todas partes daba homogeneidad á las instituciones y á las costumbres. La sociedad de la Edad Media se compuso de los restos de otras mil sociedades: la civilizacion romana y hasta el paganismo, le habian dejado impresiones; el cristianismo le comunicaba sus creencias y solemnidades, y los bárbaros, francos, godos, borgoñones, anglo sajones, daneses y normandos, se habian asociado en ella sin perder las costumbres y el cáracter propios de sus respectivas razas. Todos los géneros de propiedad figuraban en ella, todas las especies de leyes se confundian; el alodio, el feudo, las manos muertas, el código, el digesto, y las leyes sálica, gombeta, visigoda y el derecho fueral. Todas las formas de libertad y de servidumbre se habian adunado: la libertad monarquica, la libertad aristocrática del noble, la libertad individual del clérigo, la libertad colectiva de las municipalidades, la libertad especial de algunas poblaciones de la magistratura, y de algunos gremios y corporaciones; la libertad representativa de la nacion; la esclavitud romana, la servidumbre bárbara, la del estranjero no naturalizado, etc. De semejante confusion resultaban aquellos espectáculos incoherentes y aquellas costumbres que al parecer estaban en contradic-

cion, y que únicamente se enlazaban por el vínculo de la religion. Podria decirse que unos pueblos distintos que ninguna relacion tenian entre sí, se habian convenido únicamente en asociarse bajo un mismo jefe y en derredor de un mismo altar.

Hasta en su apariencia esterior presentaba entonces la Francia un cuadro mas pintoresco y nacional que el que ofrece en la actualidad. A los monumentos edificados con el sello de la religion y costumbres patrias, se han sustituido por una deplorable exageracion de la arquitectura bastarda romana, monumentos que ni están en armonía con el cielo de la Francia, ni son á propósito para las necesidades de sus hijos, fria y servil copia que ha destruido la originalidad del arte patrio, asi como la imitacion de la literatura latina ha desvanecido la originalidad del númen franco. No es asi por cierto como imitaban en la edad media, tambien los ingenios de aquel tiempo admiraban las obras de los griegos y romanos, y las leian y estudiaban, pero en vez de dejarse dominar de ellas, las arreglaban á su manera, afrancesándolas por decirlo asi, y aumentando su belleza con una metamorfosis llena de creacion y de independencia.

Las primeras iglesias cristianas de Occidente no fueron mas que templos, cuyo órden de decoracion se habia invertido: el culto del politeismo era esterior; su decoracion siguió ese mismo órden; el del cristianismo era interior: la forma del templo tuvo que subordinarse al espíritu del culto. Pasaron las columnas del esterior al interior del edificio, como en

REENCUENTRO DE MONTAGU Y DE LOS DOS SOLDADOS ESCOCESES.

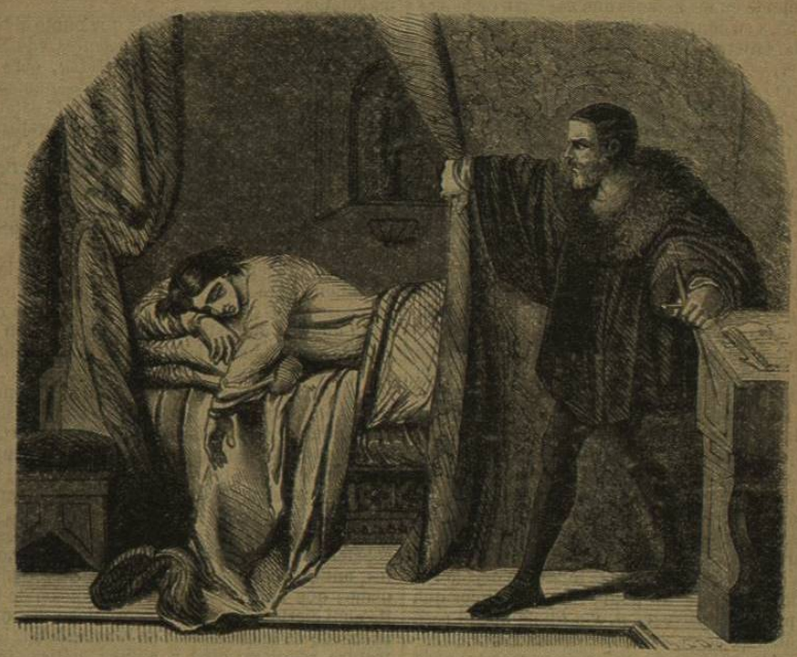
las basílicas donde los fieles se reunieron al salir del las criptas y las catacumbas. Las dimensiones de la iglesia escedieron tambien á las del templo pagano, porque la multitud cristiana se reunia bajo la nave de la iglesia, asi como los idólatras no hacian mas que agolparse bajo el peristilo del templo. Pero cuando los cristianos llegaron á verse en el poder, se desdeñaron de usar esa economía, y adornaron tambien interior y esteriormente sus edificios.

Apareció en el Oriente por un mismo impulso de emancipacion del espíritu humano, la arquitectura neo-greca juntamente con el neo-platonismo: era natural que las artes siguieran la marcha de las ideas, y en especial, de las ideas religiosas que siempre han sido las preferentes en todos los pueblos. Los primeros preludios, ó mas bien los primeros ensayos, se hicieron notar en los templos de Diana, de Balbek y de Palmira: en seguida se desarrolló en la Siria en los monumentos de Santa Elena, y adoptó el espíritu del cristianismo en Jerusalen cuando el neo-platonismo se hizo tambien cristiano en el concilio de Nicea. Justiniano lo hizo reinar construyendo sobre los cimientos de Santa Sofía romana de Constancio, el templo de Santa Sofía neo-greca de Isidoro de Mileto. De allí pasó á Italia, y desplegó su genio en la iglesia octógona de San Vita en Rávena. Carlomagno en el siglo VIII reprodujo en mayor escala ese movimiento en Aix la Chapelle. «Edificó iglesias y conventos en diversos sitios para mayor gloria de Dios y provecho de su alma. Algunas obras de esta clase principió, y algunas llevó á cabo. Entre otras fundó la iglesia de Aix la Chapelle, obra maravillosa, en honor de Nuestra Señora Santa María... Tambien principió á construir en diversos parajes palacios costosos por su obra. Uno edificó cerca de la ciudad de Mayenza, en una poblacion que se llama Ingelhein, y otro en aquella ciudad á la orilla del rio Vahalam. Se mandó á todos los obispos y párrocos de su reino, restaurar todas las iglesias y conventos que por causa de su vejez se hallasen en mal estado; y á fin de que fuese esta

órden puntualmente obedecida, se comunicó particularmente á cada cuál de los que habian de llevarla á cabo.»

De allí a tres siglos, se presentó por segunda vez en las playas latinas la nueva arquitectura, anunciando su presencia con la edificacion de la catedral de Pisa, Hay errores consagados por la voz del pueblo, á los cuales la ciencia no puede menos de someterse: la arquitectura neo-greca fue llamada en Italia *arquitectura lombarda*, y en Francia *arquitectura gólica*, siendo así, que ni los godos ni los lombardos tuvieron nada que ver con ella. El mismo Teodorico se contentó con imitar ó restaurar las masas del *Forum* y del Campo de Marte.

En tanto que la arquitectura neo-greca renegaba por decirlo asi, del Partenon abandonado, se apoderaba de los edificios cristianos, é invadia al propio tiempo los del mahometanismo. Los árabes la *orientalizaron* por medio del califa Aroun, y de las *Mil y una noches*, propagáronla por medio de sus conquistas, y á la sombra de sus pendones, vino desde la mezquita del Cairo en Egipto, hasta la de Córdoba, poco más ó menos al mismo tiempo en que los Exarcas de Rávena se introducian en Italia. De manera, que la última hija de la Jonia, se presentó en Europa trayendo en una mano el estandarte de la media luna, y en la otra el lábaro de la redencion. La Alhambra de Granada y San Márcos de Venecia, atestiguan la in-



EL CONDE DE FOIX VA Á ASESINAR A SU HIJO.

constancia y maravillas de aquella hija de la Grecia. Nada de órdenes distintos, nada de arquitrabes salientes; en vez de pórtico, un portal; en vez de fronton, una fachada; en vez de friso, cornisa y entablamento, una balaustrada.

Por último, con el siglo XIII, empezó á brillar la arquitectura de arcos ojivos, que se propagó singularmente en los paises de la dominacion franca, sajona y germánica, porque al otro lado de los Pirineos y los Alpes, tropezó con las preocupaciones y las obras maestras de la arquitectura muzárabe, de estilo bastardo romano, y el primitivo dórico de la Grecia. La arquitectura de arcos ojivos, fue una conquista de los cruzados de Felipe Augusto y San Luis. A la columnita recortada, á las gruesas columnas de historiados capiteles, sucedieron las delgadas y largas columnas unidas en forma de haz, ramificadas en su estremidad superior, esparciendo y proyectando en el aire sus delicados miembros como si fueran á servir de débil armazon á los caballetes del techo. A los arcos redondos, á las curvas en forma de asa de canastillo, sustituyeron los arcos ojivos, tal vez de orígen persa, y modelados con arreglo al contorno de la hoja del moral de la India, si es que no debe atribuirse á la simple concepcion de algun buen diseñador. No se entienda por eso, que el arco ojivo se separa tan absolutamente del estilo neo-greco, que no se reproduzca en él con otros cien rasgos.

El círculo, figura geométrica, exacta: no deja nada al capricho de la arbitrariedad; por el contrario la elipse, se encorva ó aproxima á la recta, prestándose flexiblemente al gusto de quien la emplea: al arco ojivo, cuya clave no es mas que el punto de reunion de las dos elipses de un triángulo curvilíneo, puede ensancharse ó contraerse desde el menor hasta el mayor diámetro, abriendo por esta circunstancia inmensos campo al capricho del artista, con lo cual se esplica la variedad del órden gótico. No hay dos monumentos de este género que se parezcan entre sí, ni hay detalle en ninguno de ellos que deba ser indispensablemente simétrico; hasta las partes de adorno están generalmente calculadas de manera que no produzcan su efecto natural: pequeñas estátuas metidas en nichos, ó en las molduras concéntricas de las puertas, están co-

locadas de modo, que mas bien se las podria tomar por arabescos, volutas, espirales y artrágalos, que por creaciones de la estatuaria.

Al imitar las construcciones sarracenas, los arquitectos cristianos las elevaron dándoles mayor estension, construyeron mezquitas sobre mezquitas, columnas sobre columnas, galerías sobre galerías: pusieron apéndices á manera de alas á los dos lados del coro, y capillas en aquellos apéndices.

Vióse la línea recta sustituida en todas partes por la espiral; en vez de un techo plano ó arqueado, edificaron una bóveda estrecha cerrada en forma de féretro ó de carena de un navío: las torres nuevamente construidas, sobrepujaron en altura á los miranetes.

La cristiandad edificada á espensas comunes ó por medio de cuestaciones y limosnas, esas catedrales, particularmente en los Estados que carecian de fondos para atender á su construccion, que en ninguna parte llegó á estar enteramente concluida. En aquellos vastos y misteriosos edificios, se grababan en hueco ó de relieve, como con un saca-bocados, los adornos del altar, los monogramos sagrados, los vestidos y los vasos sacerdotales. Las banderas, las cruces diversamente adornadas, los cálices, los incensarios, las capas, los palios, los cayados y las mitras, cuyas formas se avienen con el estilo gótico, conservaban los símbolos del culto, produciendo inesperados efectos artísticos. No pocas veces las goteras de estos edificios piadosos, representaban animales monstruosos, demonios y frailes en actitudes poco decorosas. Ofrecia esta arquitectura de la edad media, una combinacion de trágico y grotesco, y de gracioso y titánico como la literatura de la misma época.

Las plantas de nuestro territorio, los árboles de nuestros bosques, el trébol y la encina, condecoraban las iglesias, como el acanto y la palmera habian embellecido los templos en la época de Pericles. En lo interior, la catedral era á manera de un bosque, un laberinto, cuyos mil arcos á cada moviento del espectador, se separaban, cortaban y enlazaban bajo nuevas y caprichosas formas: este bosque estaba iluminado por grandes rosetones incrustados de vidrios de colores, que parecian soles brillando con mil colores bajo la enramada. En lo exterior, esa misma catedral se parecia á un edificio, al que le hubieran dejado sin quitar todo el aparato de puntales y andamios que sirvieron para su construccion, y á fin de que al paso que sostenian la aérea nave no desfiguraran su estructura, se les habia dado un gracioso recorte: nada se veia mas que arcos, puentes, pirámides, agujas y estátuas.

Las partes de adorno que no eran esenciales al edificio, armonizaban con el estilo general: las tumbas eran de forma gótica, y la basílica que se elevaba sobre ellas como un inmenso catafalco, parecia estar modelada bajo su misma forma. Todavía se admira en Auch, uno de esos coros de madera de encina tan comunes en los conventos, y construidos con arreglo al gusto de la arquitectura del edificio. Todas las artes plásticas participaban de aquel gusto florido y compuesto, y hasta en las paredes y en los vidrios de los rosetones se veian pintados paisajes y escenas de la religion y de la historia nacional.

En los palacios, los escudos de armas iluminados, incrustados en losanges de oro, formaban techos artesonados, parecidos á los de los hermosos palacios de los *cingue cento* en Italia. Hasta la forma de la letra puede decirse que era dibujada: el geroglífico germánico habia sustituido á los trazos rectilíneos romanos, y estaba en consonancia con los escudos de armas y con los monumentos sepulcrales. Los torreones aislados que servian de vigías en las alturas, las fortalezas encerradas dentro de espesos bosques ó suspendidas en la cima de las rocas como nidos de águilas; los puentes puntiagudos y estrechos, atrevidamente proyectados entre torrentes; las ciudades amuralladas que se encontraban á cada paso, y cuyas almenas servian á un mismo tiempo de fortificacion y de adorno; las capillas, oratorios y ermitas, colocadas en los sitios mas pintorescos al borde de los caminos y de los rios, los campanarios, las veletas de las iglesias de las aldeas, las abadías y los conventos; todos esos edificios que ya no encontramos sino muy rara vez, y cuyos cincelados muros, han sido ennegrecidos, obstruidos y medio derribados por el tiempo; todos esos edificios brillaban entonces con el esplendor de la juventud, y acababan de salir de manos del artífice. La vista no perdia en la blancura de sus paredes ni el mas pequeño detalle, ni la elegancia de sus líneas entretejidas, ni la variedad de sus cinceladuras, ni de sus recortes ni de todos los caprichos de una imaginacion libre é inagotable.

¿Deseará alguno saber hasta que punto el territorio francés estaba cubierto de semejantes edificios? Los treinta tomos de la *Gallia christiana*, obra que un no está concluida, hacen mencion de quinientos monasterios ó fundaciones monásticas. El catálogo general presenta un conjunto de 30,419 curatos, 18,537 capillas, 420 cabildos con iglesia, 2,772 prioratos, 931 hospitales para leprosos: es de advertir, que el catálogo á que nos referimos, no está completo. Jacobo Cœud, contaba un millon setecientos mil campanarios en Francia, y la *Sátira menipea* reproduce el mismo cálculo.

No hay exageracion en suponer un castillo grande ó pequeño para cada doce campanarios. Todo señor que poseia tres castellanías y una *poblacion cerrada*, tenia derecho de justicia, y llegó á haber en Francia setenta mil feudos ó alodios, de los cuales, habia tres mil que eran titulados. Por un cálculo medio, pueden suponerse en esos setenta mil feudos siete mil señoríos, con derecho de justicia, y por consiguiente, igual número de *poblaciones cerradas* ó fortificadas: por lo tanto, la suma aproximativa de los monumentos (inclusas capillas, ciudades, castillos, etc.), seria un millon ochocientos setenta y dos mil nuevecientos veintiseis, sin hablar de las basílicas, de los conventos encerrados en las ciudades, palacios reales y episcopales, casas consistoriales, mercados públicos, puentes, anfiteatros, fuentes, acueductos y templos romanos que aun existian en el Mediodía de Francia. Hé aquí ciertamente un territorio bien distintamente adornado de lo que lo está en la actualidad. La arquitectura religiosa, civil y militar, gótica, terminaba en pirámides, y atraia desde lejos todas las miradas: la arquitectura moderna civil y la militar, apropiada al uso de las nuevas armas, lo ha arrasado todo: nuestros monumentos se han rebajado y puesto, por decirlo así, á nivel de nuestra altura.

¿Dejará nuestra época tan multiplicados testigos de su tránsito, como el tiempo de nuestros padres? ¿Quién edificará actualmente templos y palacios en todos los ángulos de Francia? No tenemos ya la monarquía de la raza, la aristocracia hereditaria, las grandes corporaciones políticas y mercantiles, la gran propiedad territorial, ni la fe que ha removido tantas piedras Una libertad de industria y de razon, no puede construir mas que bolsas, almacenes, manufacturas, bazares, cafés y pequeñas casas de campo; en los campos, casas económicas; en las campiñas, chozas y en todas partes mezquinos sepulcros. Cuando de aquí á cinco ó seis siglos, la filosofía y la religion saldaran cuentas, cuando harán el balance de los dias que les han pertenecido, y podrán la una y la otra redactar el catálogo de sus ruinas, ¿hácia qué lado se inclinar á una parte mas ámplia de la vida pasada, el total mas considerable de recuerdos?

La poblacion puesta en movimiento alrededor de los edificios de la edad media está descrita en las crónicas, y pintada materialmente en las viñetas: su número era casi igual al de la época presente. Segun datos cuyas pruebas no me es posible insertar en un análisis, calculo que la superficie del territorio francés tal como existe en la actualidad, estaba cubierta por 25.000,000 de hombres: este número se deduce del rol de las contribuciones, del empadronamiento de los habitantes, de las ciudades, y del número de hombres que las municipalidades tenian que suministrar para el servicio de las armas.

El país estaba rico y bien cultivado: asi por lo menos lo demuestran la inmensidad y variedad de las contribuciones reales y señoriales que he indicado en otro lugar sumariamente.

Cuando Eduardo III volvió á Inglaterra despues de haber tributado homenaje á Felipe de Valois, dicen las crónicas que la reina Felipa de Hainaut lo recibió muy alegremente, y le pidió noticias del rey Felipe, su tio y de su ilustre linaje de Francia: su marido le dió bastantes noticias del brillante estado en que se hallaba aquel país y de los honores que habia recibido, honores que ninguna otra nacion podia intentar de llevar á cabo. Es muy cierto que la guerra, cuando no estermina completamente los pueblos, los multiplica; que influye sobre las instituciones mas que sobre los hombres, y cierto es tambien que el feudalismo, que debió su orígen y su poder á la guerra, fue por último derrocado por ella bajo los reinados de Felipe de Valois, de los reyes Juan, Carlos V. Carlos VI y Carlos VII.

Las diversas clases de la sociedad, y las distintas provincias de la edad media se distinguian por la forma de sus vestidos y por las modas locales: no se veia en las poblaciones esa uniformidad de trajes que hoy se observa en todas tartes. La nobleza, los caballeros, los magistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las órdenes, los peregrinos, los penitentes grises, negros y blancos, los ermitaños, las cofradías, los artesanos, los ciudadanos y los labradores, presentaban una variedad infinita de trages, como en pequeño puede todavía verse en Italia. Sobre este particular es preciso atenerse á las artes: ¿de que puede servirle á un pintor nuestro angosto vestido, nuestro sombrero redondo ó nuestro tricornio?

Desde el siglo XII al XIV el labrador y el hombre del pueblo llevaron la chaqueta, ó casaca gris sujeta sobre las caderas por medio de un cinturon. El sayo de piel ó *zamarra* era comun á todos los estados. La pellica forrada y un ropon largo á lo oriental, cubrian al caballero cuando no vestia la armadura: las mangas de ese ropon tapaban las manos, y era bastante parecido al *caftan* que hoy usan los turcos: una toca adornada de plumas, la capucha ó el capirote hacian veces de turbante. Del ropon ancho se pasó al vestido estrecho, y luego volvieron á usar otra vez el ropon adornado en el tiempo de Carlos V con el escudo de armas. Los calzones por lo cortos y angostos (no llegaban mas que á medio muslo) eran indecentes: las medias se usaban de distinto color en cada pierna: el chaqueton era mitad blanco y mitad negro, y el capirote mitad rojo, mitad azul. «Y eran tan angostos sus vestidos que al ponerlos ó quitarlos no parecia sino que la piel del cuerpo se habia de marchar con ellos; algunos llevaban sus túnicas de modo que abultaran sobre las caderas como las mujeres, á esto hay que añadir que llevaban menudamente festoneada toda la orla del capirote, y una pierna del calzon de un color y otra de otro; de manera que con esto y con llegar las alas de la toca y las bocas de las mangas hasta el suelo, parecian juglares mas bien que personas formales. No hay pues que maravillarse de que Dios tratara de corregir los estravíos de los franceses por medio de una calamidad.» Odioso es sin duda ostentar lujo en medio de la miseria pública; pero no hay que olvidarse que la aficion á engalanarse predominó en el pueblo francés hasta cuando andaba errante por los incultos bosques de la Germania. Un francés se viste de gala para subir, al patíbulo ó para venir á las manos con su enemigo, y lo que puede hacer en algun modo escusable esta rara manía, es que no tiene mas apego á la vida que á su vestido.

En los dias de ceremonia acostumbraban envolverse en una capa á veces corta y á veces larga. La de Ricardo I, era de una tela rayada y adornada de globos y medias lunas de plata, á imitacion del sistema celeste (VINISAUF). Uno y otro sexo usaban igualmente del adorno de collares y pendientes.

Los zapatos puntiagudos y retorcidos *(a la pulaine)* fueron de moda durante mucho tiempo. La parte que cubria el pie estaba cortada en forma de ventana de iglesia: los nobles llegaron á gastar esta clase de zapatos de dos pies de largura, y adornada la punta con grifos, cuernos y figuras grotescas: de manera que fue imposible poder andar con ellos, y tuvieron que sostener la punta atándola á la rodilla con una cadena de oro ó plata. Los obispos lanzaron escomunion contra esa moda, y la trataron de *pecado contra natura*. Carlo V, la declaró *contraria á las buenas costumbres, é inventada por befa al Criador*. En Inglaterra espidió el Parlamento un decreto prohibiendo á los zapateros hacer calzado, cuya punta pasara de dos pulgadas de largo. A los zapatos reemplazaron las babuchas cuadradas. Las modas variaban en aquel tiempo tanto como en el nuestro: el caballero ó la señora que inventaban una nueva moda ó capricho *(haligote)* adquirian cierta celebridad: el que inventó los zapatos *á la poulaine*, era un caballero llamado Roberto, el Cornudo. (W. MAMLSBURY.)

Las nobles señoras gastaban una tela finísima de lino sobre el cutis, y sobre ella túnicas largas adornadas á la derecha con el escudo de armas de su marido, y á la izquierda con el de su familia. Unas veces llevaban el cabello corto y alisado sobre la frente, cubriéndose la cabeza con un sombrerillo entretejido de cintas, y otras se adornaban con un peinado en forma de pirámide de toda la altura posible, suspendiendo de ella plumas, velos ó girones de seda que á veces llegaban hasta el suelo y ondeaban á merced del viento. En tiempo de la reina Isabel hubo que dar mas elevacion á las puertas de los aposentos á fin de que no obstruyeran el paso de las señoras. (MONSTRELET). Esos peinados estaban sostenidos por dos cuernos retorcidos que venian á ser como el armazon del edificio, descendiendo de la estremidad del de la derecha un ligero tejido que la señora dejaba flotar, ó bien recogiéndole en el brazo derecho formaba sobre su seno una especie de honda. Una mujer vestida de todo lujo ostentaba collares, brazaletes y sortijas: de su cintura recamada de oro y piedras preciosas colgaba una escarcela bordada: si se ofrecia ocasion manejaba con soltura un corcel, y generalmente se presentaba con un baston de la mano y un alcon en la muñeca. ¿Qué podrá haber mas ridículo, dice el Petrarca en una carta dirigida (1366) al Papa, «que ver hombres muy ceñidos de cintura con largos zapatos puntiagudos, con tocas recargadas de plumas, con trenzas de cabellos colgando de aquí allí como cola de animal, prendidas sobre la frente con alfileres de cabeza de marfil? Pedro de Blois añade que fue moda el hablar con afectacion ¿y en que idioma? en el idioma de Walace y de la novela, de Rou de Ville-Hardouin, de Joinville y de Trousart.

Increible parece el lujo que se desplegó en los vestidos en las diversiones públicas, y nosotros no pasamos de ser una gente mezquina comparados con aquellos bárbaros de los siglos XIII y XIV. En un torneo llegaron á verse mil caballeros vestidos uniformemente con un trage de seda llamado *cointise*, y al dia siguiente se presentaron con otro vestido nuevo y no menos magnífico (MATHIEU PARIS). Uno de los vestidos de Ricardo II, rey de Inglaterra, le costó treinta mil

marcos de plata (Knyghton). Juan Arundel llegó á tener cincuenta y dos trages completos de tisú de oro. (Hollingshed Chron.)

En otro torneo desfilaron primeramente sesenta arrogantes caballos magníficamente enjaezados, conducido cada cual por un escudero de honor, y precedidos de trompetas y músicos: en seguida se presentaron sesenta señoritas espléndidamente vestidas, cabalgando en magníficos corceles, y llevando cada cual atado á una cadena de plata un caballero armado de todas armas. El baile y la música formaba parte de esos *bondors* (regocijos). El rey, los prelados, los barones y los caballeros bailaban no pocas veces al son de la gaita, de las bandurrias y los tramboriles.

En las pascuas de Natividad se hacian grandes mascaradas y mogigangas. El desgraciado Carlos VI, disfrazado de salvaje y envuelto en una tela impregnada de pez, estuvo muy cerca de ser víctima de una de esas locuras: cuatro caballeros que llevaban el mismo trage quedaron reducidos en ceniza.

Por todas partes se fue dispertando la aficion á las funciones teatrales. En Inglaterra los comerciantes de paños representaron la Creacion del mundo; Adan y Eva se presentaron enteramente desnudos. Los tintoreros representaron el Diluvio: la mujer de Noé, rehusando entrar en el arca daba un bofeton á su marido. (*Hist. de la poesia ingl.* Wharton.)

Los juegos de pelota, del mallo, de los bolos y de los dados traian distraido á todo el mundo. Eduardo II dejó por pagar una partida de cinco chelines á su escudero que se los habia prestado para jugar á cara ó cruz.

La caza era la gran diversion de la nobleza. Sabido es que los galos criaban perros útiles para la guerra, y que los coronaban de flores. La caza con redes era considerada como únicamente digna del pueblo. Las cacerías reales costaban tanto como un torneo: una de ellas tiene triste relacion con la historia de Francia.

El príncipe Negro habia bajado á Inglaterra llevando en su compañía al rey Juan prisionero. Eduardo habia mandado preparar en Lóndres un recibimiento magnífico, como habria podido hacerse en obsequio de un poderoso monarca que hubiera venido á visitarle. El mismo Eduardo al frente de los príncipe de su familia, de sus próceres, de sus caballeros, de sus cazadores, alconeros, pages, dignatarios de la corona, heraldos de armas, y caballerizos se puso al frente de una espléndida cacería en un bosque inmediato al camino por donde debia pasar el rey cautivo.

Asi que los esploradores le dieron aviso de que ya el rey Juan estaba cerca, avanzó hacia él, se descubrió la cabeza y saludando á su desgraciado huésped le dijo. «Sea mi amado primo bien venido á la isla de Inglaterra.» Juan descubriéndose igualmente la cabeza, devolvió á Eduardo su afectuoso saludo. «El rey de Inglaterra recibió al de Francia, segun dicen las crónicas, muy honorífica y reverentemente, invitándole á cazar y á tomar parte en todas sus diversiones.» Pero el monarca cautivo rehusó con cortés gravedad aquellos ofrecimientos, por lo cual Eduardo saludándolo nuevamente le dijo: «¡Adios, querido primo!» y se volvió á meter en el bosque haciendo sonar las trompas de caza. Poco podia consolar al rey Juan esta generosidad algo faustuosa: pues al ponerse de relieve la prosperidad de un monarca, necesariamente debia sobesalir demasiado la miseria del otro.

Anunciábase el momento de comer en casa de los nobles por medio de una trompeta; de lo cual provino sin duda la espresion de tocar al agua *(corner l'eau)*, por la razon de que antes de sentarse á la mesa solian lavarse las manos. Comian á las nueve de la mañana y cenaban á las cinco de la tarde. Sentábanse en bancos unas veces altos y otras bajos, y la altura de la mesa se acomodaba á la de estos. Del banco ha provenido la palabra *banquete*. Usábanse mesas de oro y de plata cinceladas: las de madera se cubrian con manteles dobles, llamados *doubliers*, y plegábanlos *como rio, cuyas ondas el fresco viento encrespa suavemente*. Las servilletas son de orígen mucho mas moderno. Los tenedores, no conocidos entre los romanos, tampoco fueron usados entre los franceses hasta fines del siglo XIV; no se hace mencion de ellos hasta el reinado de Carlos V.

Usaban de los mismos manjares que los que se comen actualmente, pero empleaban en su confeccion refinamientos que nos son desconocidos; en este particular puede decirse que la civilizacion romana no habia perecido. Entre los manjares considerados en aquel tiempo como muy deliciosos vemos que se hace mencion del *dellegrout*, el *maupigyrnum* y el *karum pie*. ¿Qué significarian estos nombres? Servíanse en la mesa pastas de formas obscenas cuyos nombres recordaban los objetos á que aludian. Los eclesiásticos, y las señoras daban á esas groserías (1) un colorido de inocencia por la impúdica ingenuidad con que hablaban de ellas. El idioma se hallaba aun, así si puede decirse en completa desnudez: las traduciones de la Biblia hechas en aquellos tiempos están tan poco veladas, y son mas incidentes que el texto. *La instruccion del caballero Gofredo Latour-Ladry á sus hijas* da una idea de la libertad de la enseñanza y de las palabras.

Hacíase mucho uso de cerveza, de cidra y de vino de todas clases. Del segundo de estos tres líquidos se hace mencion en tiempos de la segunda raza. El clarete era un vino clarificado y mezclado con especias, y le daban el nombre de hipocrás cuando lo dulcificaban con miel. En 1310 se reunieron en un festin dado por cierto abad, seis mil convidados á quienes se sirvieron tres mil platos.

Los banquetes reales presentaban intermedios. En el festin que Carlos V dió al emperador Carlos IV, figuró un buque movido por resortes secretos, y en su cubierta se veia á Godofredo de Bouillon rodeado de sus caballeros. En otro de los intermedios apareció la ciudad de Jerusalen con sus murallas coronadas de sarracenos; los cristianos desembarcaron, arrimaron las escalas á los muros y lo tomaron por asalto.

Froissart nos hace una viva pintura de un banquete dado por cierto poderoso baron de su siglo.

«En esta época á que me refiero, dice el autor que acabo de citar, el conde de Foix vivia aun. Cuando á media noche pasaba desde su cámara al salon para cenar, iba precedido de doce criados que llevaban doce hachones encendidos, y permanecian con ellos alrededor de la mesa dando gran claridad á la sala que siempre estaba llena de caballeros y escuderos, y con mesas servidas para cuantos quisieran tomar asiento. Nadie hablaba al conde si éste no le dirigia primero la palabra. Su comida de costumbre eran aves, y por lo regular solamente los muslos y las alas: era tambien muy parco en la bebida. Divertíase sobremanera con la música, como muy inteligente en la materia, y se complacia en que sus dependientes la ejecutaran en presencia suya. Duraba la cena un par de horas, y aunque en ella se servian manjares raros, se contentaba con verlos y los hacia pasar á las otras mesas.

En una palabra, yo habia estado anteriormente en muchas córtes de reyes, duques, príncipes, condes é ilustres señores, pero nunca habia visto otra que

(1) *Alias finguntoblonga figura, alias spherica et orbiculari, alias triangula quadrangulaque; quædam ventricolæ sunt: quædam pudenda muliebria, alia virilia (si diis placet) repræsentant: adeo degenerovere boni mores ut etiam christianis obscœna et pudenda in cibis placeant. Sunt enim quos... saocharatos appellitent.* (De re cibaria: Yo, Bruyerino Campegio Lugdunensi autore, lib. VI, cap. VII, pág. 102, prima editio. Lugduni, 1560.

me gustara mas, ni que estuviera en el caso de ser mas divertida que la del conde de Foix: A todas horas se veian circular por las cámaras y salones caballeros y escuderos de honor, y se les oia hablar de armas y de amores. Toda clase de honor se hallaba concentrado en aquel recinto, y en él se podian adquirir noticias de todos los reinos, pues la alta importancia del conde le hacia estar en relaciones con todos los países.»

No faltaba sin embargo una horrible mancha que empañaba la galantería de este conde tan celebrado, ¡con sus propias manos habia dado muerte al único hijo que tenia! Oigamos á Froissart: «El conde se irritó y sin hablar una palabra salió de su aposento y se dirigió á la prision de su hijo: desgraciadamente llevaba encima un pequeño cuchillo de hoja larga y puntiaguda, con el cual se solia cortar y limpiar las uñas. Mandó abrir la puerta de la prision, y se acercó á su hijo teniendo el cuchillo cogido de tal manera, que la afilada punta no sobresalia de la largura de los dedos mas que un par de líneas escasas. Quiso la mala suerte que al tocar con esta mano la garganta de su hijo, le rasgó con la punta una de las venas. El conde despues de haber dicho al hijo: ¿Traidor, por qué no comes? se volvió á marchar á sus aposentos despues de haber cerrado la prision. Entre tanto el niño atemorizado con la inesperada visita de su padre, y debilitado pór los contínuos ayunos no hizo caso de la leve picadura que habia sentido en el cuello dió una vuelta en la cama, y sin duda perdió la vida durante el sueño.

Trabajo le cuesta á Froissart el escusar semejante crímen de su huésped, y no consigue mas que formar un patético cuadro.

Ya se habian tenido que promulgar leyes suntuarias acerca de las comidas, fijando el número de platos (cuatro) que habian de servirse en la mesa de los ricos, á escepcion de los prelados y barones que podian comer cuanto les acomodara. No se permitia á los comerciantes y artesanos comer carne mas que una sola vez al dia, y en las demás debian de alimentarse con leche, manteca y legumbres.

La Cuaresma, á pesar del escesivo rigor con que se mandaba observar no impedia que algunas personas hiciesen comidas clandestinas. Cierta mujer despues de haber ido en una procesion con los pies desnudos, y «hober hecho en grande la llorona, se fué la hipócrita á comer un cuarto de cordero y buenas lonjas »de jamon con su amante. El olor de estos manjares »llegó á la calle; no faltó quien subió á la casa y se »enteró de aquel nuevo género de penitencia. Prendieron á la táimada, y la condenaron á pasearse por »la ciudad con el cuarto de cordero á la espalda y el »jamon colgando del cuello. (Brantome).»

Los viajeros encontraban posadas por todas partes. Maese Juan Froissart va con su amigo Espaing de Lyon de posada en posada preguntando la historia de los castillos que se ven á lo largo del camino, y su buen compañero se la va refiriendo. «Vimos la ciudad de Tartes y estuvimos muy bien alojados en la posasada de la Estrella todo un dia, por ser un punto muy á propósito para los caballos por sus buenos pastos, y abundantes aguas... Luego pasamos á Orthez: El caballero se apeó en su casa, y yo en la posada de la Luna.»

Por los caminos se encontraban carros ó literas, mulas, palafrenes, y algunas veces coches tirados por bueyes: las ruedas de los carros eran á lo antiguo. Los caminos se distinguian en caminos de peage (*peageaux*) y en senderos: la anchura de ambos estaba determinado por la ley, debiendo ser de 14 pies los primeros (M. S. S. Santa Pelaya); los otros podian estar sombreados; pero era preciso entresacar los árboles de las márgenes de los caminos reales, esceptuando los llamados *árboles de sombra*, (*capitulares*). El sistema feudal creó esa multitud de caminos de travesía que surcan el suelo de la Francia.

Usábanse generalmente los baños calientes, y eran designados con el nombre de estufas: esa costumbre era por decirlo así, una herencia de los romanos, y no se perdió hasta en la época en que bajo la monarquía absoluta la nacion llegó á ser sucia. Ya hemos dicho que en tiempo de Felipe Augusto se oia contínuamente gritar por las calles de París:

¿Habrá quien quiera bañarse?
Pues entre aquí sin pararse,
No crean que es engaño;
Ahora está caliente el baño.

Aquella fue la época verdaderamente maravillosa en todos conceptos; el clérigo, el monge, el peregrino, el caballero y el trovador, tenian á todas horas aventuras que decir ó celebrar. Sentada la familia por la noche en bancos alrededor del hogar, prestaba atento oido al romance de Lanzarote del Lago, á la historia lamentable del señor de Caucy, ó á los sucesos no tan tristes de la reina Piedoca, «de anchas patas como las tienen los gansos, y como en otro tiempo las (*patas*), paseaba por Tolosa la reina Piedoca.» (Rabelais): ó á la historia del famoso cuentista *Papa-moscas*, que fue muerto en el vientre de una gorrina negra. (Froissart).

La hermosa Melusina estaba condenada á ser culebra de medio cuerpo abajo todos los sábados, y bruja los demás dias de la semana hasta que se presentara un caballero que consintiera en darle la mano de esposo, renunciando á verla los sábados. Habiendo Raimundo de Forez encontrando á Melusina en un bosque se casó con ella, y tuvo varios hijos, entre otros un niño que tenia un ojo encarnado y otro azul. Melusina edificó el castillo de Lusiñan; pero no pudo impedir que á su esposo le acometieran deseos de verla un sábado durante su trasformacion en medio culebra; se escapó volando, y seguirá siendo bruja hasta el dia del juicio final. Cuando la casa solar de Lusiñan cambia de dueño, ó cuando ha de morir algun indivíduo de la familia señorial, Melusina aparece por tres dias seguidos en los torreones del castillo dando dolorosos gritos. Tales eran la Psiquis de la edad media, y aquel castillo de Lusiñan que Cárlos V admiró, y de cuya ruina se lamenta Brantome.

Entre esos cuentos llamaban tambien la atencion las sátiras del trovador contra algun desleal caballero, ó la vida de algun piadoso personaje. Esas vidas de santas recogidas por los Bolandos, no carecen de rasgos de imaginacion no menos brillantes que las narraciones profanas; no faltan en ellas encantamientos, travesuras de duendes, esclavos redimidos, ataques de salteadores, viajeros estraviados que se enamoran de la hija del huésped que los alberga, y se casan con ella (*San Máximo*); luces que durante la noche revelan la tumba de alguna vírgen en medio de los bosques y castillos que aparecen súbitamente iluminados (*San Vivencio, Mauro* y *Brista*).

San Deicola se habia estraviado en un monte, encontró á un pastor y le rogó le dijera dónde hallaria alguna habitacion en que poder recogerse. «No sé de ninguna, dijo el pastor, no siendo cierta casa situada en un paraje regado por frescos raudales en los dominios del poderoso vasallo Weissart.»—«¿Podrías tu conducirme á esa casa?»—No me es posible, replicó el pastor, porque no puedo abandonar el rebaño.» San Deicola clavó su báculo en tierra, y cuando el pastor volvió de acompañar al Santo, encontró á su rebaño tranquilamente agrupado alrededor del baston milagroso. Weissart, hombre de feroces intenciones, amenazó á Deicola diciéndole que mandaria mutilarlo; pero Bertilde, esposa de aquel poco hospitalario caballero, profesaba mucho respeto á los sacerdotes de Dios. Deicola logró por fin poder entrar en la fortale-

za: acuden presurosos los criados á desembarazarle de la capa, el santo varon les dá las gracias, y la cuelga de un rayo de sol que penetraba al través de una ventana de la torre. (Bolan., tomo II, pág. 202).

Tratar de desarrollar metódicamente el cuadro de costumbres de aquella época, seria acometer imposibles y no pintar con exactitud su original confusion. Preciso es, pues, trazarlas en el mismo desconcierto en que tuvieron lugar convergiendo á un centro comun y en un mismo momento: no habia unidad sino en el movimiento general que impelia á la sociedad hácia un adelanto lejano en virtud de la ley natural de la existencia humana.

Por una parte campeaba la caballería y por otra la sublevacion de las masas rústicas, todos los desarreglos de la vida del clero y todo el ardor de la fé figuraban simultáneamente. Los *galos y las galas*, especie de maniáticos que se titulaban *penitentes de amos*, se vestian de pieles durante el estío, y se arrimaban al calor de grandes hogueras, haciendo precisamente lo contrario al llegar los frios del invierno, pues no se resguardaban de ellos sino cubriéndose con un vestido ligero y poniendo en sus chimeneas manojos de yerba verde en lugar de fuego. «Muchos de ellos quedaron »enteramente arrecidos de frio al lado de sus amigas, »contándoles y oyendo contar á ellas historietas de sus »amores (1) » En la época de los *vandenses* de Arras, se retiraban hombres y mujeres al fondo de los bosques y allí despues de consumadas ciertas supersticiones se entregaban á una prostitucion general. Los llamados *turlupinos* practicaron los mismos escesos.

Ciertos frailes desarreglados quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir: sacaron del féretro durante la noche el cadáver del prelado, desnudáronlo del sudario y lo azotaron, sin incurrir en mas pena, por semejante atentado, que en una multa anual de 40 sueldos. Los Franciscanos habian renunciado *á toda propiedad*: ¿era propiedad el pan que diariamente comian? Sí lo es, decian los frailes de otra órden; luego el franciscano que come infringe su regla; luego está en pecado mortal, por solo la circunstancia de vivir, pues para vivir es preciso comer. El emperador y los gibelinos se declararon en favor de los franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. Esta cuestion dió lugar á una guerra de cien años, y el conde de Mans, que posteriormente fne conocido por el nombre de Felipe de Valois pasó los Alpes para defender la Iglesia contra los Vizconti y los franciscanos.

Iban de un estremo del mundo al otro y en el Norte de Francia apenas se podia ir de un monasterio á otro por los grandes peligros que presentaba la corta travesía de unas cuantas leguas. Ciertos frailes llamados *girógavos* ó errantes iban á pie ó montados en alguna pequeña mula predicando por todas partes contra los escándalos; dando lugar á que algunos fuesen quemados por los pontífices, cuyos desórdenes se atrevian á reprender, ó ahogados por mandado de algun príncipe, contra cuya tiranía habian hecho tronar su poderosa voz. Habia nobles que puestos en emboscada sobre los caminos reales, robaban á los pasajeros, en tanto que otros de su gerarquía se apoderaban denodadamente en Grecia, en Dalmacia y en España, de inmortales ciudades, cuya historia ni siquiera les era conocida. Habia tribunales de amor en donde se discutian asuntos de ridícula frivolidad con todo el rigor de las reglas del escotismo, y en los cuales habia canónigos que figuraban como jueces. Trovadores y juglares vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputacion de los hombres por medio de sátiras, y enalteciendo la belleza de las damas con sus baladas; ciudadanos reunidos en corporaciones celebrando fiestas patronales en que los santos del paraiso figuraban confusamente con las divinidades mitológicas; representaciones teatrales; fiestas tituladas de locos y de cornudos, misas sacrílegas; comidas hechas sobre los altares; el *ite missa* contestado por parte del pueblo imitando tres veces el rebuzno de un asno: barones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer la guerra á un país, y haciendo ridículo voto en nombre de un pavo real ó de un alcon de llevar á cabo algun hecho de armas en obsequio de sus amigas; judíos degollados ó degollándose mútuamente y conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios indistintamente á toda persona desde el hereje desollado y quemado en vida hasta los adúlteros, atados uno al otro y paseados en cueros entre el populacho; el juez prevericador sustituyendo al homicida rico sentenciado con algun preso inocente; legistas dando principio á la magistratura, que andando el tiempo habia de recordar en medio de un pueblo frívolo y ligero la gravedad del Senado Romano. Tal es el inmenso cuadro al que para última confusion, para último contraste se le debe añadir la antígua sociedad civilizada á la manera de los siglos anteriores, perpetuándose en los conventos; las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia y el tumulto de las escuelas de Atenas y Alejandría, mezclándose con el estrépito de los torneos y de los pasos de armas. Póngase, por último sobre esa sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba, objeto de toda ternura, de todo sentimiento y de toda esperanza, que contínuamente estaba atrayendo desde el otro lado de los mares á los reyes, á los vasallos, á los valientes y á los culpables; á los primeros para buscar enemigos, aventuras y reinos, y á los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y amortiguar remordimientos.

El Oriente á pesar del mal resultado de las Cruzadas, siguió siendo durante mucho tiempo el país de la religion y de la gloria para los franceses. Sin cesar estaban éstos dirigiendo su vista hácia aquel cielo hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino; tenian siempre fijos en su memoria aquellos campos de Ascalon, que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Coucy, de San Luis y de Sargine: no les era posible olvidarse de aquella Jerusalin libertada por un momento, sumida de nuevo en triste esclavitud, que se presentaba á la imaginacion de los franceses en el doloroso estado que la vió Jeremías, siendo objeto de befa de cuantos pasaban á su lado, anegada en llanto, privada de sus hijos y sentada en solitario apartamiento.

Tales fueron aquellos siglos de imaginacion y de vigor que marchaban con todo ese séquito, desarrollándose en medio de los mas variados sucesos históricos, de herejías, de cismas, de guerras feudales, civiles y estranjeras; aquellos siglos doblemeute favorables al ingénio, bien por la soledad con que los cláustros brindaban al estudio, ó bien por la rareza y diversidad de los sucesos con que el mundo coronaba á quien preferia estudiar en el gran libro de la sociedad. No habia un solo punto en el reino donde incesantemente no estuviera ocurriendo alguna novedad: cada señorío civil ó eclesiástico era un pequeño Estado que giraba, gravitaba en su órbita y tenia sus faces propias: á diez leguas de distancia de un punto se notaba una completa variacion de costumbres. Este órden de cosas, estremadamente dañoso á la civilizacion general, imprimir estraordinario impulso al espíritu particular y así es que todos los grandes descubrimientos datan de aquellos siglos. Jamás ha tenido tanta espansion la vida del indivíduo; el rey no pensaba mas que en dilatar las fronteras de su reino, el señor en apoderarse del feudo de un vecino; el ciudadano en aumentar sus privilegios, y el mercader en nuevos caminos para estender su comercio. En ningun ramo habia que buscar profundidad de conocimientos; pero nada se habia aun gastado y en todo habia fé, pudiendo decirse que aquellas generaciones se mantuvieron al borde de todas las esperanzas, así como un viajero que sentado en la cima de un monte espera la salida del dia, cuyos crepúsculos empieza á divisar en el Oriente. Hacíanse investigaciones lo mismo sobre lo pasado que sobre lo porvenir, y se caminaba rápidamente hácia destinos ignorados, cuya existencia adivinaba el instinto, así como en la juventud se forma una idea de lo restante de la vida. La infancia de aquellos siglos fue bárbara, su virilidad estuvo llena de pasion y de energía, y al morir legaron á las edades civilizadas el tesoro que habian llevado en su fecundo seno.

(1) Latour, hist. del Poitu; Santa-Pelaya. *Mem. sobre la antig. cab.* part. V. pág. 387 en las notas.

HISTORIA DE FRANCIA.

FELIPE VI LLAMADO DE VALOIS.

(Desde el 1328 al 1350.)

Hasta el reinado de Felipe de Valois nada de antipático ni violento se habia revelado en las contiendas que habian ocurido entre Francia y la Inglaterra; pero desde aquel momento se convirtieron en una rivalidad nacional que casi llegó á dividir el mundo. Comenzaron las hostilidades sobre la tierra firme y se perpetuaron por espacio de dos siglos para prolongarse luego sobre los mares; faltó tierra en que disputar á los ingleses, pero no les faltó animosidad y prosiguieron estrellándose con las olas del Océano contra aquellas playas, de donde los franceses habian conseguido espulsarlos.

Separáronse ambas naciones sin esperanza de volver á unirse; desgarraron absolutamente todos los vínculos de parentesco y de familia; la Inglaterra dejó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales de su monarquía el idioma francés; el idioma despreciado de los sajones vencidos fue adoptado por los vencedores impulsados de animosidad hácia su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los isleños; sus lanas se convirtieron en tesoros en los mercados de Flandes, y la casta de sus rebaños se mejoró con las razas que el duque de Lancaster sacó de España y Portugal, contribuyendo eficazmente la abundancia de aquellos al alimento material del ejército que Eduardo III puso en campaña contra la Francia. Afortunadamente esta última nacion no es mercancía de aquellas que puedan trocarse por un saco de lana y á todos los tratados de particion de la monarquía de San Luis, que el monarca inglés hizo con su compadre Artavelle, el cervecero, no faltó nada mas que la firma de Dugueselin.

El mal que hace un injusto enemigo, redunda en provecho de la nacion oprimida en virtud de una magnífica ley de la Providencia; los primeros síntomas de emancipacion nacional se manifestaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan, las *Grandes compañías* y la *Jaqueria* fueron calamidades que á pesar de esa circunstancia contribuyeron á dar fuerza al derecho. Donde quiera que los hombres se apoderan de la independencia natural, al volver esta á someterse al freno de la ley hace dar un paso hácia la libertad política. Una vez que el pensamiento á conseguido romper sus trabas aunque no sea mas que por un momento, conserva el recuerdo de su libertad; no hay poder que destruya las ideas que han llegado á desarrollarse; en vano seria pretender abrumarlas con cadenas, pues por último, gastarian los hierros de su prision y estallarian tal vez con mayor violencia.

A medida que la libertad como iba tomando incremento, crecia tambien el poder regulador. La justicia real penetraba en las justicias particulares; púsose coto á las usurpaciones de la ley eclesiástica y no tuvo mas remedio que sujetarse á la apelacion como de abuso. La guerra nacional dando lugar á la formacion de ejércitos numerosos dió fin á las guerras particulares: finalmente, casi podria decirse que la pólvora al cambiar la naturaleza de las armas voló el antiguo edificio del feudalismo.

Mas todos esos progresos de la civilizacion, todas esas revoluciones en los ánimos, en las costumbres y en las leyes no se consumaron sino paulatinamente y entre el tumulto de todos los desastres. Preciso fue que los franceses aprendieran á dar libertad á su patria recibiendo anticipadamente las tres lecciones de Crecy de Poitiers y de Azincourt. El reinado de Felipe VI, llamado de Valois, abre esas escenas de la historia francesa.

SUMARIO.

La viuda de Cárlos el Hermoso da á luz una hija.—Una asamblea de prelados y de próceres de la corona á Felipe de Valois.—Exámen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia.—Primeros actos de la administracion de Felipe.—Investigaciones sobre los financieros.—Juana de Francia que se habia casado con Felipe, conde de Evreux es proclamada reina de Navarra.—Dánse á Felipe la Champaña y la Brie en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas asignadas sobre el real tesoro y el patrimonio de la corona.—Consagracion del rey.—Dásele á Felipe el sobrenombre de *Afortunado*.—Luis, conde de Flandes, viene á tributar homenaje á Felipe, é implora su socorro contra los pueblos sublevados de aquel país.—Guerra de Flandes.—Toma Felipe el oriflama en San Dionisio.—Colores nacionales, que no han sido siempre los mismos; su historia.—Victoria de Cassel.—Intímasele á Eduardo tribute homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu.—Pasa á Amiens y lo tributa solemnemente.—Conflicto entre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas.—Discurso de Pedro de Cugnieres.—Eduardo confirma el homenaje tributado al rey en Amiens.—Proyecto de Cruzada.—El papa piensa en pasar á Italia.—La residencia de la Santa Sede en Aviñon era un bien para la Francia y un mal para la cristiandad.—El duque de Normandía, hijo del rey, se casa con Bona de Luxemburgo, hija de Juan, rey de Bohemia.—Desvanécese el proyecto de Cruzada.—Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de su tia la condesa de Artois.—Convencido Roberto de haberse servido de títulos falsos, se retira cerca del duque de Brababante.—Rehusa comparecer ante un tribunal.—El Parlamento le condena á muerte, y el rey se lo conmuta en destierro perpétuo.—Roberto disfrazado de comerciante huye á Inglaterra.—David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo al lado de Felipe.—Sublevaciones de Flandes.—Santiago de Artavelle.—Eduardo que buscaba agravios y pretestos para declarar la guerra á Felipe, intriga con Artavelle.—Ambos monarcas buscan aliados.—Voto de la garza real.

za: acuden presurosos los criados á desembarazarle de la capa, el santo varon les dá las gracias, y la cuelga de un rayo de sol que penetraba al través de una ventana de la torre. (Bolan., tomo II, pág. 202).

Tratar de desarrollar metódicamente el cuadro de costumbres de aquella época, seria acometer imposibles y no pintar con exactitud su original confusion. Preciso es, pues, trazarlas en el mismo desconcierto en que tuvieron lugar convergiendo á un centro comun y en un mismo momento: no habia unidad sino en el movimiento general que impelia á la sociedad hácia un adelanto lejano en virtud de la ley natural de la existencia humana.

Por una parte campeaba la caballería y por otra la sublevacion de las masas rústicas, todos los desarreglos de la vida del clero y todo el ardor de la fé figuraban simultáneamente. Los *galos y las galas*, especie de maniáticos que se titulaban *penitentes de amos*, se vestian de pieles durante el estío, y se arrimaban al calor de grandes hogueras, haciendo precisamente lo contrario al llegar los frios del invierno, pues no se resguardaban de ellos sino cubriéndose con un vestido ligero y poniendo en sus chimeneas manojos de yerba verde en lugar de fuego. «Muchos de ellos quedaron »enteramente arrecidos de frio al lado de sus amigas, »contándoles y oyendo contar á ellas historietas de sus »amores (1) » En la época de los *vandenses* de Arras, se retiraban hombres y mujeres al fondo de los bosques y allí despues de consumadas ciertas supersticiones se entregaban á una prostitucion general. Los llamados *turlupinos* practicaron los mismos escesos.

Ciertos frailes desarreglados quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir: sacaron del féretro durante la noche el cadáver del prelado, desnudáronlo del sudario y lo azotaron, sin incurrir en mas pena, por semejante atentado, que en una multa anual de 40 sueldos. Los Franciscanos habian renunciado *á toda propiedad*: ¿era propiedad el pan que diariamente comian? Sí lo es, decian los frailes de otra órden; luego el franciscano que come infringe su regla; luego está en pecado mortal, por solo la circunstancia de vivir, pues para vivir es preciso comer. El emperador y los gibelinos se declararon en favor de los franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. Esta cuestion dió lugar á una guerra de cien años, y el conde de Mans, que posteriormente fne conocido por el nombre de Felipe de Valois pasó los Alpes para defender la Iglesia contra los Vizconti y los franciscanos.

Iban de un estremo del mundo al otro y en el Norte de Francia apenas se podia ir de un monasterio á otro por los grandes peligros que presentaba la corta travesía de unas cuantas leguas. Ciertos frailes llamados *girógavos* ó errantes iban á pie ó montados en alguna pequeña mula predicando por todas partes contra los escándalos; dando lugar á que algunos fuesen quemados por los pontífices, cuyos desórdenes se atrevian á reprender, ó ahogados por mandado de algun príncipe, contra cuya tiranía habian hecho tronar su poderosa voz. Habia nobles que puestos en emboscada sobre los caminos reales, robaban á los pasajeros, en tanto que otros de su gerarquía se apoderaban denodadamente en Grecia, en Dalmacia y en España, de inmortales ciudades, cuya historia ni siquiera les era conocida. Habia tribunales de amor en donde se discutian asuntos de ridícula frivolidad con todo el rigor de las reglas del escotismo, y en los cuales habia canónigos que figuraban como jueces. Trovadores y juglares vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputacion de los hombres por medio de sátiras, y enalteciendo la belleza de las damas con sus baladas; ciudadanos reunidos en corporaciones celebrando fiestas patronales en que los santos del paraiso figuraban confusamente con las divinidades mitológicas; representaciones teatrales; fiestas tituladas de locos y de cornudos, misas sacrílegas; comidas hechas sobre los altares; el *ite missa* contestado por parte del pueblo imitando tres veces el rebuzno de un asno: barones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer la guerra á un país, y haciendo ridículo voto en nombre de un pavo real ó de un alcon de llevar á cabo algun hecho de armas en obsequio de sus amigas; judíos degollados ó degollándose mútuamente y conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios indistintamente á toda persona desde el hereje desollado y quemado en vida hasta los adúlteros, atados uno al otro y paseados en cueros entre el populacho; el juez prevericador sustituyendo al homicida rico sentenciado con algun preso inocente; legistas dando principio á la magistratura, que andando el tiempo habia de recordar en medio de un pueblo frívolo y ligero la gravedad del Senado Romano. Tal es el inmenso cuadro al que para última confusion, para último contraste se le debe añadir la antígua sociedad civilizada á la manera de los siglos anteriores, perpetuándose en los conventos; las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia y el tumulto de las escuelas de Atenas y Alejandría, mezclándose con el estrépito de los torneos y de los pasos de armas. Póngase, por último sobre esa sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba, objeto de toda ternura, de todo sentimiento y de toda esperanza, que contínuamente estaba atrayendo desde el otro lado de los mares á los reyes, á los vasallos, á los valientes y á los culpables; á los primeros para buscar enemigos, aventuras y reinos, y á los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y amortiguar remordimientos.

El Oriente á pesar del mal resultado de las Cruzadas, siguió siendo durante mucho tiempo el país de la religion y de la gloria para los franceses. Sin cesar estaban éstos dirigiendo su vista hácia aquel cielo hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino; tenian siempre fijos en su memoria aquellos campos de Ascalon, que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Coucy, de San Luis y de Sargine: no les era posible olvidarse de aquella Jerusalin libertada por un momento, sumida de nuevo en triste esclavitud, que se presentaba á la imaginacion de los franceses en el doloroso estado que la vió Jeremías, siendo objeto de befa de cuantos pasaban á su lado, anegada en llanto, privada de sus hijos y sentada en solitario apartamiento.

Tales fueron aquellos siglos de imaginacion y de vigor que marchaban con todo ese séquito, desarrollándose en medio de los mas variados sucesos históricos, de herejías, de cismas, de guerras feudales, civiles y estranjeras; aquellos siglos doblemeute favorables al ingénio, bien por la soledad con que los cláustros brindaban al estudio, ó bien por la rareza y diversidad de los sucesos con que el mundo coronaba á quien preferia estudiar en el gran libro de la sociedad. No habia un solo punto en el reino donde incesantemente no estuviera ocurriendo alguna novedad: cada señorío civil ó eclesiástico era un pequeño Estado que giraba, gravitaba en su órbita y tenia sus faces propias: á diez leguas de distancia de un punto se notaba una completa variacion de costumbres. Este órden de cosas, estremadamente dañoso á la civilizacion general, imprimir estraordinario impulso al espíritu particular y así es que todos los grandes descubrimientos datan de aquellos siglos. Jamás ha tenido tanta espansion la vida del indivíduo; el rey no pensaba mas que en dilatar las fronteras de su reino, el señor en apoderarse del feudo de un vecino; el ciudadano en aumentar sus privilegios, y el mercader en nuevos caminos para estender su comercio. En ningun ramo habia que buscar profundidad de conocimientos; pero nada se habia aun gastado y en todo habia fé, pudiendo decirse que aquellas generaciones se mantuvieron al borde de todas las esperanzas, así como un viajero que sentado en la cima de un monte espera la salida del dia, cuyos crepúsculos empieza á divisar en el Oriente. Hacíanse investigaciones lo mismo sobre lo pasado que sobre lo porvenir, y se caminaba rápidamente hácia destinos ignorados, cuya existencia adivinaba el instinto, así como en la juventud se forma una idea de lo restante de la vida. La infancia de aquellos siglos fue bárbara, su virilidad estuvo llena de pasion y de energía, y al morir legaron á las edades civilizadas el tesoro que habian llevado en su fecundo seno.

(1) Latour, hist. del Poitu; Santa-Pelaya. *Mem. sobre la antig. cab.* part. V. pág. 387 en las notas.

HISTORIA DE FRANCIA.

FELIPE VI LLAMADO DE VALOIS.

(Desde el 1328 al 1350.)

Hasta el reinado de Felipe de Valois nada de antipático ni violento se habia revelado en las contiendas que habian ocurido entre Francia y la Inglaterra; pero desde aquel momento se convirtieron en una rivalidad nacional que casi llegó á dividir el mundo. Comenzaron las hostilidades sobre la tierra firme y se perpetuaron por espacio de dos siglos para prolongarse luego sobre los mares; faltó tierra en que disputar á los ingleses, pero no les faltó animosidad y prosiguieron estrellándose con las olas del Océano contra aquellas playas, de donde los franceses habian conseguido espulsarlos.

Separáronse ambas naciones sin esperanza de volver á unirse; desgarraron absolutamente todos los vínculos de parentesco y de familia; la Inglaterra dejó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales de su monarquía el idioma francés; el idioma despreciado de los sajones vencidos fue adoptado por los vencedores impulsados de animosidad hácia su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los isleños; sus lanas se convirtieron en tesoros en los mercados de Flandes, y la casta de sus rebaños se mejoró con las razas que el duque de Lancaster sacó de España y Portugal, contribuyendo eficazmente la abundancia de aquellos al alimento material del ejército que Eduardo III puso en campaña contra la Francia. Afortunadamente esta última nacion no es mercancía de aquellas que puedan trocarse por un saco de lana y á todos los tratados de particion de la monarquía de San Luis, que el monarca inglés hizo con su compadre Artavelle, el cervecero, no faltó nada mas que la firma de Dugueselin.

El mal que hace un injusto enemigo, redunda en provecho de la nacion oprimida en virtud de una magnífica ley de la Providencia; los primeros síntomas de emancipacion nacional se manifestaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan, las *Grandes compañías* y la *Jaqueria* fueron calamidades que á pesar de esa circunstancia contribuyeron á dar fuerza al derecho. Donde quiera que los hombres se apoderan de la independencia natural, al volver esta á someterse al freno de la ley hace dar un paso hácia la libertad política. Una vez que el pensamiento á conseguido romper sus trabas aunque no sea mas que por un momento, conserva el recuerdo de su libertad; no hay poder que destruya las ideas que han llegado á desarrollarse; en vano seria pretender abrumarlas con cadenas, pues por último, gastarian los hierros de su prision y estallarian tal vez con mayor violencia.

A medida que la libertad como iba tomando incremento, crecia tambien el poder regulador. La justicia real penetraba en las justicias particulares; púsose coto á las usurpaciones de la ley eclesiástica y no tuvo mas remedio que sujetarse á la apelacion como de abuso. La guerra nacional dando lugar á la formacion de ejércitos numerosos dió fin á las guerras particulares: finalmente, casi podria decirse que la pólvora al cambiar la naturaleza de las armas voló el antiguo edificio del feudalismo.

Mas todos esos progresos de la civilizacion, todas esas revoluciones en los ánimos, en las costumbres y en las leyes no se consumaron sino paulatinamente y entre el tumulto de todos los desastres. Preciso fue que los franceses aprendieran á dar libertad á su patria recibiendo anticipadamente las tres lecciones de Crecy de Poitiers y de Azincourt. El reinado de Felipe VI, llamado de Valois, abre esas escenas de la historia francesa.

SUMARIO.

La viuda de Cárlos el Hermoso da á luz una hija.—Una asamblea de prelados y de próceres de la corona á Felipe de Valois.—Exámen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia.—Primeros actos de la administracion de Felipe.—Investigaciones sobre los financieros.—Juana de Francia que se habia casado con Felipe, conde de Evreux es proclamada reina de Navarra.—Dánse á Felipe la Champaña y la Brie en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas asignadas sobre el real tesoro y el patrimonio de la corona.—Consagracion del rey.—Dásele á Felipe el sobrenombre de *Afortunado*.—Luis, conde de Flandes, viene á tributar homenaje á Felipe, é implora su socorro contra los pueblos sublevados de aquel país.—Guerra de Flandes.—Toma Felipe el oriflama en San Dionisio.—Colores nacionales, que no han sido siempre los mismos; su historia.—Victoria de Cassel.—Intímasele á Eduardo tribute homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu.—Pasa á Amiens y lo tributa solemnemente.—Conflicto entre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas.—Discurso de Pedro de Cugnieres.—Eduardo confirma el homenaje tributado al rey en Amiens.—Proyecto de Cruzada.—El papa piensa en pasar á Italia.—La residencia de la Santa Sede en Aviñon era un bien para la Francia y un mal para la cristiandad.—El duque de Normandía, hijo del rey, se casa con Bona de Luxemburgo, hija de Juan, rey de Bohemia.—Desvanécese el proyecto de Cruzada.—Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de su tia la condesa de Artois.—Convencido Roberto de haberse servido de títulos falsos, se retira cerca del duque de Brababante.—Rehusa comparecer ante un tribunal.—El Parlamento le condena á muerte, y el rey se lo conmuta en destierro perpétuo.—Roberto disfrazado de comerciante huye á Inglaterra.—David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo al lado de Felipe.—Sublevaciones de Flandes.—Santiago de Artavelle.—Eduardo que buscaba agravios y pretestos para declarar la guerra á Felipe, intriga con Artavelle.—Ambos monarcas buscan aliados.—Voto de la garza real.

FRAGMENTOS.

VOTO DE LA GARZA REAL.

Tiempo hacia que Eduardo alimentaba en secreto el deseo de atacar á la Francia; pero la magnitud de la empresa por una parte y los desórdenes interiores de su país por otra, enfrenaban aquel propósito. Tal vez nunca se habria decidido á empuñar las armas sino le hubieran incitado las solicitaciones de Roberto de Artois, que haciendo ya dos años que se hallaba emigrado en Inglaterra, no cesaba de inflamar el corazon del ambicioso Eduardo con toda la animosidad de que el suyo se hallaba poseido. El desterrado se valió finalmente para persuadir á Eduardo de un medio estraordinario.

Tan íntimamente enlazados se presentan la novela y la historia en este período de la historia de Francia que cuesta sumo trabajo el deslindarlos. Presentáronse algunos nobles jóvenes ingleses en la córte del conde de Hainaut con un ojo vendado diciendo *haber hecho voto entre algunas damas en su pais de no volver á mirar con aquel ojo hasta que les fuese dado llevar á cabo personalmente algunas proezas en Francia*. El señor Gauthier de Mauny *habia dicho á varios de sus mas íntimos, que habia prometido en Inglaterra delante de señoras y caballeros, ser el primero que entrara en Francia, se apoderara de algun castillo ó fortaleza y consumara algunos hechos de armas*. Con frecuencia ocurria que los barones y caballeros juraban por un santo ó por una dama al pie del muro de una fortaleza enemiga, apoderarse de ella en un número determinado de dias, aun cuando aquel juramento debiera ser funesto á ellos ó á su patria. Esos hechos referidos por todas las crónicas en nada se diferencian de lo que se lee en las novelas, y recuerdan los juramentos que hacian los bárbaros del Norte, condenándose á llevar la barba larga ó un anillo de hierro hasta dar muerte á un romano. Las contiendas entre la Inglaterra y la Francia en el siglo XIV reanimaron el espíritu caballeresco; ambas naciones descendieron entonces al palenque, del cual no han vuelto á salir aun. Como las imaginaciones estaban llenas de cantos de trovadores, y de aventuras y de cruzadas, las costumbres se empaparon en ese colorido y lo reflejaron. Por todas partes se echa de ver con la caballería histórica la imitacion de la caballería novelesca, á la cual el género de vida de los castillos, las cacerías, los torneos, las creencias religiosas y las empresas de amor eran estremadamente favorables. Hay en las costumbres de aquella época algo de cierto y de falso, de natural y artificial que el historiador debe tener cuidado de que no pase desapercibido.

Sainte-Pelaye considera, pues, el voto de la garza real como un suceso positivo puesto en verso; cantábanse aun hechos históricos como en la antigua Grecia: todavía se conservan el *Combate de los Treinta* y la primera *historia de Duguesclin* puestos en verso. Al principiar el otoño del año 1338, y *cuando* (repitiendo los términos del poeta histórico) *el verano va declinando y el ave ha perdido la voz; cuando las viñas se secan, las rosas se agostan, los árboles se desprenden de su follaje, y los caminos se cubren de hojas secas, Eduardo se hallaba en su palacio de Lóndres rodeado de duques, condes, pajes, damas y jóvenes de ambos sexos: estaba con la frente inclinada y ocupado en pensamientos de amores*. Roberto de Artois, refugiado en Inglaterra habia ido á caza *porque no podia olvidarse del muy hermoso país de Francia, de donde se veia desterrado*. Roberto llevaba un alcon que él mismo habia adiestrado y *tanto y tanto lo hizo volar por las márgenes del rio que cogió una garza real*. Volvió á Lóndres, mandó asar la garza; la puso entre dos fuentes de plata y se introdujo en el festín del rey acompañado *de dos tocadores de laud, un maestro de guitarra y de dos doncellas, ambas hijas de marqueses, que iban cantando acompañadas de los instrumentos*. Roberto gritó: *Abrid fijas, dejad pasar los valientes que el amor ha sorprehendido: hé aquí manjar á propósito para los valientes; para los que están sometidos á enamoradas señoras de rostro tan peregrino*... La garza es el mas cobarde de los animales; se asusta hasta de su misma sombra. Al que sea el mas cobarde de nosotros daré la garza. En mi concepto quien mas la merece es Eduardo, desheredado del noble reino de Francia, á pesar de ser su heredero legítimo; pero le ha faltado corazon y por tal cobardía tendrá que morir privado de su reino. Eduardo se enrojeció de cólera y á su despecho sintió que el corazon se le estremecia; juró pues, en nombre del Dios del cielo y por su dulce madre desafiar antes de seis meses al rey de *San Dionisio* (Felipe).

Roberto lanzó una carcajada y dijo en su interior: *Ya he conseguido mi deseo: mi garza va á ser causa de que se encienda una gran guerra*.

Volvió á coger las dos fuentes de plata y atravesó la sala del banquete seguido de su acompañamiento que iba cantando. «*Al bosque me voy que amor me lo manda*.» Roberto presentó la garza al conde de Salisbury que estaba sentado junto *á su amiga* que era gentil, donosa y de bello aspecto, hija del conde Derby y lealmente amada por Salisbury. Roberto suplicó al conde de Salisbury jurara por la garza; Salisbury contestó: «¿Me será dado cumplir perfectamente con un voto? Sirvo á la mas hermosa dama que existe bajo el firmamento, pues si la vírgen María se hallara aquí presente, no sabria yo, dejando á parte su divinidad, distinguirla de la que adoro. He declarado mi amor á esta dama, pero ella se resiste, no quitándome, sin embargo, una dulce esperanza para el porvenir. Ahora le suplico que se sirva prestarme un dedo de su mano y lo ponga sobre mi ojo derecho.—Con mucho gusto prestaré aunque sean dos, contestó la señora.—Y le cerró el ojo derecho con dos dedos.—¿Está bien cerrado, hermosa señora? preguntó el caballero con mucha galantería.—Lo está perfectamente, contestó la noble dama.—Pues ahora, esclamó con la boca y el corazon el conde, ahora voto y prometo á Dios omnipotente y á su dulce madre, toda resplandeciente de hermosura, que este ojo no volverá abrirse ni por trascurso de tiempo, ni por dolores, ni por martirios, hasta que haya pisado el suelo de Francia y peleado contra las fuerzas de Felipe en defensa de Eduardo. Y ahora venga lo que Dios quiera... En virtud de este voto el conde permaneció con el ojo cerrado durante la guerra.»

SUMARIO.

Manifiesta Eduardo que declara la guerra para hacer que se le devuelvan las tierras que en otro tiempo le quitaron en la Guyena.—Felipe envia á esta guerra las fuerzas que estaban destinadas para una Cruzada.—Primeras hostilidades de una guerra que habia de durar ciento veinte y seis años.—Treguas.—Eduardo impelido por Artavelle se embarca en Douvres y llega á Auvers, donde estaban reunidos los príncipes de su confederacion.—Compra á Luis de Baviera el título de vicario del imperio.—Solemne declaracion de guerra.—Hechos de Gauthier de Manny.—Invasion de Picardía.—Encuéntranse ambos ejércitos en Vironforse y se separan sin combatir.—El caballero de Lievre.—Artavelle apremia al rey de Inglaterra á que tome el título de monarca de Francia para absolver á los flamencos de la fé prestada.—Segunda campaña en la Guyena y en el Hainaut.—Combate naval de Scluse.—Queda la escuadra francesa destrozada.

FRAGMENTOS.

PÉRDIDA DE LOS FRANCESES EN LA BATALLA NAVAL DE SCLUSE.—GONDEMARO DE FAY.—CAUSAS DE LOS ERRORES COMETIDOS EN ESAS GUERRAS DEL SIGLO XIV.

Calculóse en treinta mil marineros y soldados la pérdida sufrida por la Francia en la batalla naval de Scluse: solo diez mil genoveses pidieron y conservaron la vida. ¡Cuánta sangre se ha derramado sobre las olas desde aquella batalla, que pareció ser un anuncio del porvenir, dada en la embocadura del Meuse hasta la que se dió cerca de las corrientes del Nilo! El árabe en medio de sus arenales y el flamenco desde el borde de sus pantanos, han presenciado los primeros y últimos desastres de la Francia: sus marineros han sido devorados por torbellinos de fuego ó han sido sepultados en el fondo del abismo. No siempre el carácter de los pueblos guarda analogía con el territorio ó con su posicion geográfica: la Francia, aunque rodeada de dos mares, nunca ha sabido sostener por largo tiempo su imperio en ellos. Roma, tambien hija del mar, no debió tampoco sus glorias á Neptuno. No ha tenido la Francia escuadras verdaderamente respetables, sino muy raras veces y por pocos momentos, como en tiempo de Carlomagno, Luis XIV y Luis XVI. Vencedores en los combates particulares, donde los marineros franceses se baten como en un lance de honor, sucumben en las acciones generales, donde mas que todo es preciso obediencia y disciplina: ese espíritu de insubordinacion y de rivalidad que al parecer es inherente al pabellon francés, estalló desde el primer combate naval entre los almirantes que tenian á su cargo el oponerse al paso de Eduardo. Nunca ó casi nunca han participado los franceses de esos grandes descubrimientos que han cambiado la faz del globo y las relaciones de los pueblos. En sus colonias se han convertido en cadáveres, aventureros y plantadores, pero nunca en marinos. Nunca han comparecido sobre las olas sino como caballeros para conquistar la Inglaterra y la Palestina; dar un rey á Lóndres ó á Jerusalem, un emperador á Constantinopla, un duque á Atenas, y un príncipe á esa Atenas que la Francia en su último triunfo marítimo debia libertar en Navarino. Si el Mediterráneo es segun parece mas favorable á la Francia que el Océano, tal vez consistirá en que ese mar que baña inmortales riberas paga tributo á esa nacion en recuerdo de su gloria.

Nadie se habia atrevido, por de pronto, dar á Felipe la funesta noticia de la destruccion de su escuadra: solo pudo saberlo por uno de aquellos miserables que en aquel tiempo representaban al pie del trono la libertad bajo el disfraz del esclavo, á quienes era lícito hablar de todo porque eran capaces de sufrir todo, y que podian librarse del desprecio por medio de la insolencia: en una palabra, el loco ó el bufon del rey fue el que se atrevió á darle noticia de la muerte de treinta mil franceses.

Felipe no se arrebató contra la memoria de tan leales vasallos, y dejando resignadamente su vida entre las manos de Dios, no pensó mas que poner su reino en buen estado de defensa.

Calculó que Eduardo atacaria á Tournay. Esta plaza tenia por gobernador á Gondemaro de Fay, escudero de Tourvairis, ó noble de Borgoña, nombrado por Felipe *capitan soberano* y *regente* de Donai, Lila Tournay y sus dependencias. Era este gobernador un oficial bizarro y lleno de esperiencia que en aquella ocasion salvó la pátria para perderle luego en el paso de Blanche Taque, sea porque la fidelidad y el honor hubiesen desgraciadamente llegado á su término, sea porque el talento pueda tambien gastarse, ó sea porque los héroes, cuando no mueren en el dia de su mayor gloria, se convierten, por último, en hombres adocenados y semejantes á la multitud. Felipe reforzó la guarnicion de Tournay, enviando á esa plaza la *flor de la caballería*, y reunió personalmente bajo los muros de Arras un brillante ejército que dió lugar á muchas aventuras y combates parciales. Ocurrian en esos encuentros equivocaciones deplorables entre combatientes, cuyas familias tenian ramificaciones establecidas en Francia, en la Gran Bretaña y en los Paises Bajos: de manera que todos aquellos enemigos eran franceses. Los ingleses del siglo XIV hablaban el mismo idioma, y profesaban la misma religion que la Francia: aun no estaban tan distantes de la época de la conquista para que su orígen se les hubiera borrado de la memoria: aun se gloriaban de ser normandos, y de encontrar íntimas relaciones de parentesco sobre el suelo de Francia. Las provincias que la corona de Eduardo (hijo de una francesa) poseia en Guyena y en Picardía acababan de redoblar esos vínculos entre ambos pueblos: la animosidad que contra la Francia han manifestado sus vecinos isleños, no estalló hasta que se desarrollaron aquellas guerras que con toda exactitud pueden ser llamadas guerras civiles.

SUMARIO.

Cartel de desafío enviado por Eduardo á *Felipe de Valois*, fechado el *año primero de nuestro reinado de Francia*.—Felipe lo rehusa por escrito como rey, y lo acepta verbalmente como caballero.—Juana de Valois, hermana del rey, negocia una tregua que dura dos años.—Asuntos de Bretaña.—Historia de esta provincia.—El conde de Montfort hace homenaje del ducado de Bretaña á Eduardo.—La cámara de los Pares adjudica ese ducado á Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

GUERRA DE BRETAÑA.—LOS BRETONES.

La ejecucion de ese decreto involucró todo el reino en los destinos de una sola de sus provincias, abrió la Francia á los ingleses y les dió un salvador en la persona de Duguesclin.

La Bretaña que hasta entonces habia apenas figurado en la historia francesa, constituia en la estremidad occidental de la Francia un Estado diferente del resto del reino, por el genio, costumbres é idioma de una parte de sus habitantes. Esta larga casi isla de aspecto salvaje, tiene realmente algo de particular: cruzan por sus estrechos valles, rios no navegables bañando el pie de castillos feudales arruinados, antiguos conventos y chozas cubiertas de paja donde pastores y rebaños viven hacinados confusamente. Esos valles están separados entre sí por bosques de acebos tan grandes como encinas, ó por carrascales sembrados de piedras druídicas sobre las cuales revolotean las aves marítimas, y á cuya sombra pacen débiles vacas y pequeñas ovejas. Un viajero puede hacer á pie varias jornadas sin ver nada mas que arenales, campos áridos y las olas del mar convertidas en blanca espuma al chocar con una multitud de escollos: region solitaria, triste, borrascosa, envuelta en nieblas, cubierta de nubes donde nunca ha callado el rugido de los vientos y de las olas.

Preciso es que ese país y sus habitantes hayan afectado en todos tiempos la imaginacion de los hombres. Los griegos y los romanos supusieron que en él se conservaban los últimos restos del culto de los druidas, la isla de Sayne y sus vírgenes, la barca que pasaba á Albion el alma de los muertos entre las tempestades y los torbellinos de fuego: los francos creyeron encontrar en sus áridas soledades á Murman y á Voldan guardando sus *fronteras*; y por último, los novelistas de la Edad Media lo convirtieron en país de las aventuras y en pátria de Artus, de Iseult, el de las blancas manos, y de Tristan, el leonés. Entre los brezos y en los valles de Bretaña encuentra el viajero algunos labradores vestidos de pieles de cabra, con los cabellos sueltos y erizados: tal vez verá bailar al son de la gaita, al pie de una cruz, otros labradores vestidos poco mas ó menos como los antiguos galos, con el sayo, la casaca abigarrada, las anchas bragas (*braces*), y hablando todavía la lengua céltica.

Los bretones con su imaginacion viva, y sin em-

bargo melancólica, tan propensos á la ligereza como obstinados en su carácter, se distinguen por su valor, franqueza, lealtad, espíritu de independencia, afecto á la religion y amor á su país. Altivos y susceptibles, sin ambicion, y con pocas tendencias á ser cortesanos, no se afanan por conseguir altos puestos ni honores. Aman la gloria con tal que en nada perjudique á la sencillez de sus costumbres; ni la solicitan sino en tanto que se acomode á vivir con ellos en su propio hogar como un huésped oscuro y complaciente, que participa de los gustos de la familia. Algunos hijos de la Bretaña han brillado en las letras por su instruccion, viveza, originalidad, gracia y finura, como lo acreditan Harduino, Sevigné, Sainte Foix y Duclos. Breton Le-Sage, fue tambien el mas insigne pintor de costumbres despues de Molière: en la actualidad se honran con Lamennais; en las ciencias reclaman por hijo á Descartes; en las armas sus guerreros tienen algo que á primer golpe de vista los distingue de los demás: durante el reinado de Cárlos V, Duguesclin y sus compañeros Clisson, Beaumanoir y Tinteniac; en tiempo de Cárlos VII, Caunegny-Duchastel; durante el reinado de Enrique III, Lanone tan respetado de los de la Liga como de los hugonotes: bajo Luis XIV, Duguay Troum; bajo Luis XVI, Lamotte-Piquet y du-Coëdic; y finalmente, durante la revolucion Charete, d'Elbée, La Rochejaquelin y Moreau son guerreros que presentan rasgos de semejanza, y que por un género de ilustracion nada comun merecieron tal vez ser mas apreciados del enemigo, que admirados de su pátria.

SUMARIO.

Toma de Rennes por Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

SITIO DE HENNEBON.—JUANA, CONDESA DE MONTFORT.—AVENTURA DE GAUTHIER DE MAUNY Y DON LUIS DE LA CERDA.

Cárlos de Blois, creyendo terminar prontamente la guerra despues de la rendicion de Rennes, atacó á Hennebon, plaza la mas importante de la Bretaña, y á donde Juana, como ya queda dicho, se habia retirado. Los sitiadores repetian con viveza los ataques, y la condesa de Montfort, armada de pies á cabeza, andaba á caballo de un puesto á otro dentro de la plaza infundiendo ánimo, rogando, acariciando á los defensores, y mandando á las mujeres desempedrar las calles y subir las piedras á las almenas para tirarlas con pucheros de cal viva sobre el enemigo. Sin embargo, éste se resuelve á dar el asalto: Guillermo Cadondal, que despues de la toma de Rennes se habiá refugiado en Hennebon, Ibes de Vreuguidí, el señor de Landremans y el de Guingamp, y los dos hermanos de Guerich, Enrique y Oliverio de Spinefort, sostienen los esfuerzos de los sitiadores. La condesa sube á lo alto de una torre para presenciar el combate y acudir á donde convenga, y ve que el campamento de Cárlos está enteramente abandonado, pues todos en general han tomado parte en el asalto. La animosa señora baja precipitadamente de la torre, monta en su corcel, sale al campo por una mina, cuya boca está distante como unas trescientas lanzas, y prende fuego á la tienda de campaña de los enemigos, que al ver alzarse torbellinos de llamas y de humo, abandonaron el asalto y corrieron presurosos á apagarlas. La nueva Clorinda, despues de consumado este brillante hecho, trata de regresar á la plaza, y al ver que ya está cerrado el paso, lanza su corcel por el camino de Auraí, llevando en la mano la espada y la tea, instrumentos de su victoria. Un caballero español, don Luis de la Cerda la persigue sin poderla alcanzar. Habiendo por último la condesa podido recogerse en Auraí, reunió quinientos ó seiscientos aventureros dispuestos á seguirla: ya la creian perdida en Hennebon, cuando al amanecer del dia quinto la vieron otra vez bajo los muros de la ciudad. Llama al frente de su nuevo escuadron en una de las puertas de la muralla, y entra batiendo marcha y con banderas desplegadas. No fue poca la admiracion que causó en los sitiadores tan intrépida decision.

Cárlos de Blois dividió su ejército en dos partes y marchó con el duque de Borbon, y Roberto Bertrand, mariscal de Francia, á poner sitio á Auraí dejando á don Luis de la Cerda con el vizconde de Rohan delante de Hennebon.

Era este don Luis, un bizarro español, que combatió por la Francia en mar y en tierra, y en aquella ocasion hizo venir doce máquinas de guerra y con ellas principió á batir los muros del castillo. Asustáronse los habitantes y los soldados que guarnecian la plaza, y principiaron á pedir capitulacion. Hallábase dentro de la ciudad el obispo de Leon, y este tuvo una conferencia con su sobrino Enrique de Leon, que despues de haber hecho traicion á Montfort servia en el ejército del conde de Blois: de esta conferencia resultó que convinieron en la rendicion de la plaza. En vano la condesa de Montfort conjuraba á sus amigos suplicándoles que esperaran, y prometiéndoles que antes de tres dias recibirian socorros de Inglaterra, alentándoles con esta esperanza que ella misma estaba muy lejos de tener. Terrible fue la noche que pasó aquella valerosa señora viendo frustrado el premio de su valor y de sus sacrificios, á su marido prisionero, á su hijo errante y fugitivo, y viéndose ella misma entregada á su enemigo, y recibiendo tal vez ignominiosos hierros de manos de aquel á quien habia disputado la soberanía de Bretaña. Al dia siguiente, el obispo de Leon avisó á su sobrino Enrique que fuera aproximándose hácia las puertas de la ciudad. Ya avanzaba en efecto, á tomar posesion de ella en nombre de Cárlos de Blois, cuando la condesa, cuya vista estaba continuamente fija sobre el mar al través de una ventana del castillo, gritó trasportada de alegría: «¡Eh, aquí el socorro! ¡el socorro!» Al oir este grito repetido por dos veces suben á las almenas, á los torreones, á los campanarios y ven que el mar está cubierto de una multitud de grandes y pequeños barcos que á toda vela van entrando en el puerto. Al ver ese milagroso socorro queda la multitud de espectadores sumida en profundo silencio; pero luego disipada la admiracion, resuena por todas partes un grito general de alegría. Quedó anulado el convenio en el momento casi de sancionarse, y solo el obispo de Leon se retiró al campamento de Cárlos de Blois, á tiempo que Mauny iba desembarcando su ejército.

La condesa mandó adornar los salones de su palacio y se dispuso á obsequiar cual convenia á sus nuevos huéspedes: «salió á recibirlos en la playa y besó á »Gautier y á sus compañeros unos despues de otros, »dos ó tres veces como intrépida dama.» Sin embargo, don Luis de la Cerda no dio por concluido el asunto, antes por el contrario, mandó redoblar los ataques, y aquella misma noche batió los muros de la fortaleza con rudos golpes, en tanto que dentro de su recinto no se oian mas que los concertados rumores de la fiesta. Al dia siguiente Mauny hizo una salida, desbarató las máquinas é incendió parte del campamento francés. Al ver que el ejército enemigo se iba reponiendo para rechazar á los espedicionarios, Mauny esclamó: «Que nunca llegue yo á ser besado de dama, »ni de tierra querida, si vuelvo á entrar en ninguu »castillo de fortaleza, sin haber antes derribado á un »enemigo de esos que avanzan contra nosotros.» Embrazando su escudo dichas estas palabras, se precipitó espada en mano contra los soldados de don Luis de la Cerda, y despues de haber hecho morder la tierra á muchos, y haber cumplido su voto como buen caballero, volvió á la plaza.

Dusesperando la Cerda de poder hacerse dueño de Ennebon levantó el sitio, se reunió con Cárlos de Blois delante de Auraí, y en seguida se apoderó de Dinan y de Guerande. Despues de haber saqueado esta última ciudad se embarcó en unos buques mercantes que estaban anclados en aquel puerto, y taló las costas de la Baja-Bretaña. Habiendo desembarcado cerca de Quimperlé avanzó hácia el interior del país. Mauny dividió su ejército en tres columnas y trató de salir al encuentro, pero conociendo don Luis la inferioridad numérica de sus fuerzas se retiró otra vez hácia la costa arrollando por de pronto la primera columna de los ingleses, hasta que viéndose cargado por las otras dos y por una multitud de paisanaje del país, y habiendo recibido una herida tuvo que abandonar el campo con la pérdida de un sobrino á quien amaba entrañablemente, y de la mayor parte de sus soldados. Habiendo llegado casi solo á la playa halló sus naves ocupadas ya por los arqueros de Mauny; mas sin embargo, pudo hacerse al mar juntamente con algunos de sus compañeros en una barquichuela. No desesperó Mauny de poder darle alcance: seguíale obstinadamente al través de las olas, pero la barquichuela burló todos los esfuerzos de los perseguidores, hasta que tocando en el puerto de Rhedon pudieron los fugitivos saltar á tierra y emprender de nuevo la fuga en unos malos caballos que les fue dado proporcionarse. A esta circunstancia debieron su salvacion, pues apenas habian don Luis y sus compañeros puesto los pies en tierra, cuando el incansable Mauny estaba ya desembarcado, poniéndose en persecucion de ellos hasta que tropezó con las murallas de Rennes, en cuya plaza se metió el caballero español llevando en pos de sí la fama de ser uno de los mejores capitanes é intrépidos soldados de su siglo.

Mauny volvió á embarcarse para regresar á Hennebon; pero el viento contrario le obligó á guarecerse cerca de La-Roche Prion: «*Señores*, dijo un dia Mauny á sus amigos, *aunque es cierto que me hallo cansado, aun iria muy gustoso á sitiar esa fortaleza, si hubiera quien me acompañase.*» Los caballeros contestaron: «*No repare en eso vuestro valor; nosotros os seguiremos hasta la muerte.*» Gerardo de Maulain que defendia la plaza sostuvo el asalto, é hirió gravemente á Juan Bouteiller y á Mateo Dufresnoy que eran de los que mas se habian distinguido en Quimperlé.

Gerardo de Maulain tenia un hermano, Renato de Maulain, gobernador de otro pequeño castillo llamado *Favet*, situado á una legua de aquel punto. Noticioso Renato de lo que pasaba en La-Roche-Prion salió con cuarenta hombres á socorrer á su hermano, y habiéndose encontrado con los caballeros heridos se apoderó de ellos y corrió á encerrarlos en su fortaleza. Mauny tuvo que levantar el sitio para ir á rescatar á sus amigos. Ardiendo en deseos de conseguirlo sitió á Favet y se empeñó en nuevos combates; pero temiendo ser en vuelto por los refuerzos que Gerardo enviaba desde La-Roche-Prion á su hermano Renato, no tuvo mas remedio que levantar el sitio y ponerse en retirada. De paso ve otra pequeña fortaleza en medio de un bosque, la ataca, la toma por asalto y regresa á Hennebon á reunirse con la condesa de Montfort que le *obsequió, besó* y *abrazó* en premio de su gran valor.

Entre tanto Cárlos de Blois, despues de haberse apoderado de Auraí, Vannes y Carhaix, sintió nuevamente su rival en Hennebon. Esta plaza se habia ya guarnecido con nuevas fortificaciones, y los habitantes se burlaban ya de las máquinas que tanto miedo les habia dado al principio. A cada piedra que las máquinas lanzaban respondian los sitiados con alegre gritería, diciendo entre otras cosas: «Id á buscar vuestros compañeros, los que reposan en los campos de Quimporlé.

Semejantes insultos irritaban profundamente á don Luis de la Cerda que mal curado aun de sus heridas habia venido á unirse con Cárlos de Blois. El amargo recuerdo de la pérdida de su sobrino acababa de enconar su natural irascibilidad, por lo cual habiendo hecho firme propósito de vengarse, suplicó á Cárlos de Blois que por única recompensa de sus servicios le otorgase el don que iba á pedirle. Cárlos cuyo carácter humano y cuya virtud le han hecho considerar como santo despues de su muerte, aborrecia la guerra, y aunque naturalmente era intrépido no lo hacia sino impulsado por la ambicion de su esposa, no pudo por lo tanto imaginarse la *recompensa* que don Luis iba á pedirle, y empeñó imprudentemente palabra de concedérsela.

Entonces el demandante le dijo: «*Ruégoos que hagais venir cuanto antes los dos caballeros que están prisioneros en vuestro castillo de Favet, esto es, Juan Bouteiller y Huberto Dufresnoy, entregándomelos para que pueda tratarlos segun se me antoje. Este es el don que os pido. Ellos fueron causa de que yo tuviera que huir derrotado y herido. ellos dieron muerte á mi querido sobrino don Alfonso. Por mi parte prometo no vengarme de otro modo que mandando cortarles la cabeza delante de sus compañeros que están encerrados en esos muros.*»

Cárlos, que al parecer habia quedado muy sorprendido de semejante demanda, contestó: «*Ciertamente no puedo ya negaros los prisioneros; pero os advierto que cometereis un acto de gran crueldad y oprobio si quitais de esa manera la vida á esos dos valientes, y ademas dareis motivo de hacer lo mismo á los enemigos cuando alguno de nuestros leales caiga en sus manos; pues nadie puede hoy decir lo que mañana podrá suceder. Por lo cual mi querido señor y primo os ruego que tengais á bien mudar de propósito.*»

Don Luis declaró que de no cumplir Cárlos su palabra abandonaria al momento su servicio. La palabra de un caballero era inviolable, no hubo pues mas remedio que enviar á buscar los dos prisioneros: hízolos llevar á su tienda, y volvió á intentar, pero en vano, que don Luis se retrajera de su intencion.

Los sitiados tuvieron noticia de cuanto habia ocurrido en el campamento francés, y Mauny se vió penetrado de dolor. En el acto reunió un consejo: los caballeros deliberan, proponen ya una cosa, ya otra, y por último no saben qué partido tomar para salvar la vida de los dos prisioneros. Mauny fue el último que usó de la palabra espresándose en estos términos: «*Compañeros, mucho será el honor que adquiriremos salvando la vida de nuestros hermanos de armas. Si sucumbimos al acometer la empresa, el rey Eduardo nos alabará y nos alabarán todos los valientes que oigan hablar de nosotros en lo sucesivo. Cumplamos, pues, con nuestro deber, pues muy justo es aventurar la vida por salvar la de tan denodados caballeros.*» En seguida manifestó su plan y todos juraron empeñarse en llevarlo á cabo.

Determinóse que parte de la guarnicion mandada por Amaury de Elisson atacase de frente el campamento de los franceses, en tanto que Mauny con una columna de hombres escogidos caeria por retaguardia sobre las tiendas del duque de Bretaña, y rescataria los dos prisioneros. Llega el momento de la ejecucion. Abrese la puerta principal de la ciudad, y con gran algazara y estrépito de instrumentos militares se lanza Elisson contra los sitiadores: éstos reunen todas sus fuerzas y aceptan el combate. En tanto Mauny sale al campo por una puerta secreta, flanquea el sitio del combate y se precipita sobre los pabellones de Cárlos de Blois, poniendo en precipitada fuga á los pocos escuderos encargados de su custodia. Mauny registra por todas partes, encuentra á los prisioneros: montan éstos en vigorosos corceles traidos á propósitos, y á toda rienda se meten todos en la plaza

despues de haber dado felizmente cima á una de las mas nobles é interesantes hazañas que la amistad, el honor y la caballería han consignado en los anales del mundo. No faltó quien supuso complicidad de Cárlos de Blois en todo este suceso; pues sobre la virtud recaen tan fácilmente sospechas de haber cometido una buena accion, como se sospecha que el vicio sea el autor del crímen.

SUMARIO.

La condesa de Montfort envia embajadores pidiendo nuevos auxilios á Inglaterra, á tiempo que Eduardo estaba ocupado en la guerra de Escocia.—Carácter y costumbres de los escoceses.—Roberto de Artois se presenta en Bretaña á defender á la condesa de Montfort.—Es herido en la ciudad de Vannes despues de haberse apoderado de ella, y va á morir á Lóndres.—Desembarca Eduardo en las costas de Morbihan.—Suspension de armas convertida en tregua.—Rómpese al punto la tregua á pesar de haber sido ajustada por tres años.—Torneo con motivo del casamiento del segundo hijo de Felipe de Balois.—Clisson y otros diez caballeros bretones son condenados a muerte por sospechas de traicion.

FRAGMENTOS.

AMORES DE EDUARDO III Y LA CONDESA DE SALISBURY.

Aun no se habia visto caer sobre el cadalso la sangre de la nobleza, sangre que, andando el tiempo, Luis XI y el cardenal de Richilieu derramaron con profusion. Los nobles, que componian entonces como caballeros la fuerza del ejército, concibieron una aversion hácia Felipe, que solo las desgracias de éste pudieron hacer olvidar: en Crecy cerraron los ojos á la afrenta hecha á su corporacion, y nada mas tuvieron presente que su propio honor y las desgracias que pesaban sobre su soberano, y si no vencieron fue porque les faltó la vida para coronar la victoria. Felipe al aplicar la ley como juez supremo sin descender á esplicar los motivos, apareció como un tirano, cuando en realidad, segun la legislacion de aquel tiempo, nada mas era que un monarca severo. En la actualidad solo los tribunales pueden quitar la vida á los reos, y el rey de Francia solo se ha reservado para semejantes casos el derecho de conceder el perdon.

Un marido ultrajado fue, como en tiempos de la antigua Roma, el motivo de un trágico suceso. El rey de Inglaterra habia casado á Guillermo Montagu que posteriormente fue conde de Salisbury, con Catalina ó Alix, hija de lord Granfton, una de las mas hermosas mujeres de su tiempo. Es de presumir que Eduardo quedó desde aquel punto enamorado de la belleza de Alix, si se tiene presente el principio del poema del Voto de la garza real: «*Eduardo no pensaba en combates, estaba con la cabeza inclinada ocupado en pensamientos de amores.*» No tardó Eduardo en distraerle con la atencion que tuvo que poner en la guerra: su naciente pasion estaba ya casi estinguida cuando un acontecimiento vino á darle nuevo estímulo.

Los escoceses habian invadido el Norte de Inglaterra. Aventureros de Suecia y Noruega, los pequeños príncipes de las Hibridas y las Orcades, y los highlanders, acaudillados por el rey David Bruce, asolaron las llanuras, insultaron á Newcastle, y tomaron á Durham por asalto.

Habiendo Eduardo tenido noticia de semelantes sucesos por medio de Juan de Neville, que se habia podido fugar de Newcastle, mandó tomar las armas á todos sus vasallos desde la edad de quince años hasta la de sesenta, y que vinieran á reunírseles sobre las fronteras de Yoksihire. David, despues de haber saqueado á Durham, siguió á lo largo del rio de Thyn hácia el país de Gales, y se aproximó al castillo de Salisbury. Esta fortaleza habia sido dada en premio de sus servicios á Montagu, que en aquellos momentos se hallaba prisionero en Francia. Su esposa estaba encerrada en el recinto de este castillo, confiado á la custodia de Guillermo de Montagu, sobrino de su marido.

Habiendo los escoceses pasado una noche al pie de sus muros, emprendieron al dia siguiente la marcha sin haberlo hostilizado; pero el jóven Montagu hizo una salida con cuarenta caballos, cayó sobre la retaguardia, mató é hirió mas de doscientos hombres; se apoderó de mas de ciento veinte acémilas cargadas con el botin que acababan de hacer en Durham, lo metió en su castillo y levantó los puentes. El ejército entonces retrocedió hácia el castillo é intentó darle asalto; pero fue rechazado. Como la noche estaba ya cercana, David mandó suspender el ataque hasta el dia siguiente. «Entonces fue cuando pudo verse á los escoceses prepararse, agitarse y buscar un pedazo de »tierra donde pasar la noche. Vióse tambien á los sitiadores retirarse, conducir y curar á los heridos y »reunir los muertos.» Al dia siguiente principió con nueva furia el asalto. «Allí estaba la condesa de Salisbury, tenida por la mas bella é ilustrada de todo »el reino de Inglaterra. Esta señora inspiraba mucho »aliento á los sitiados, y claro está que un hombre favorecido con la mirada de una tal dama, é instigado »por sus dulces palabras, debe valer por dos en caso »de necesidad.» No habiendo producido este segundo asalto mejores resultados que el primero, volvieron los escoceses á retirarse al caer del dia para repetir un nuevo esfuerzo al despuntar la aurora.

Sin embargo, los sitiados llenos de alarmas y abrumados de cansancio y heridas empezaron á desmayar. Montagu reunió sus caballeros á fin de tomar una determinacion: sabia, por lo que habian dicho los prisioneros, que Eduardo habia llegado á Warwick, consideraba conveniente darle aviso de su apurada situacion, pero ¿quién podia atreverse á salir del castillo? Todas las avenídas estaban perfectamente guardadas, y ademas todos los caballeros preferian sepultarse en las ruinas del castillo antes que abandonar á la condesa, por cuyo hermoso rostro caian abundantes lágrimas que les quitaban la resolucion de separarse de ella ni un solo momento.

Entonces el denodado jóven dijo á sus compañeros: «Señores, veo y comprendo vuestra leal determinacion. Quiero por lo tanto no mostrarme inferior »á vuestro celo, y asi digo que por amor de esta señora y vuestro, acometeré personalmente la aventura, y me encargaré de llevar el mensaje.» Mucha fue la alegría que tales palabras causaron á la señora y á todos los caballeros.

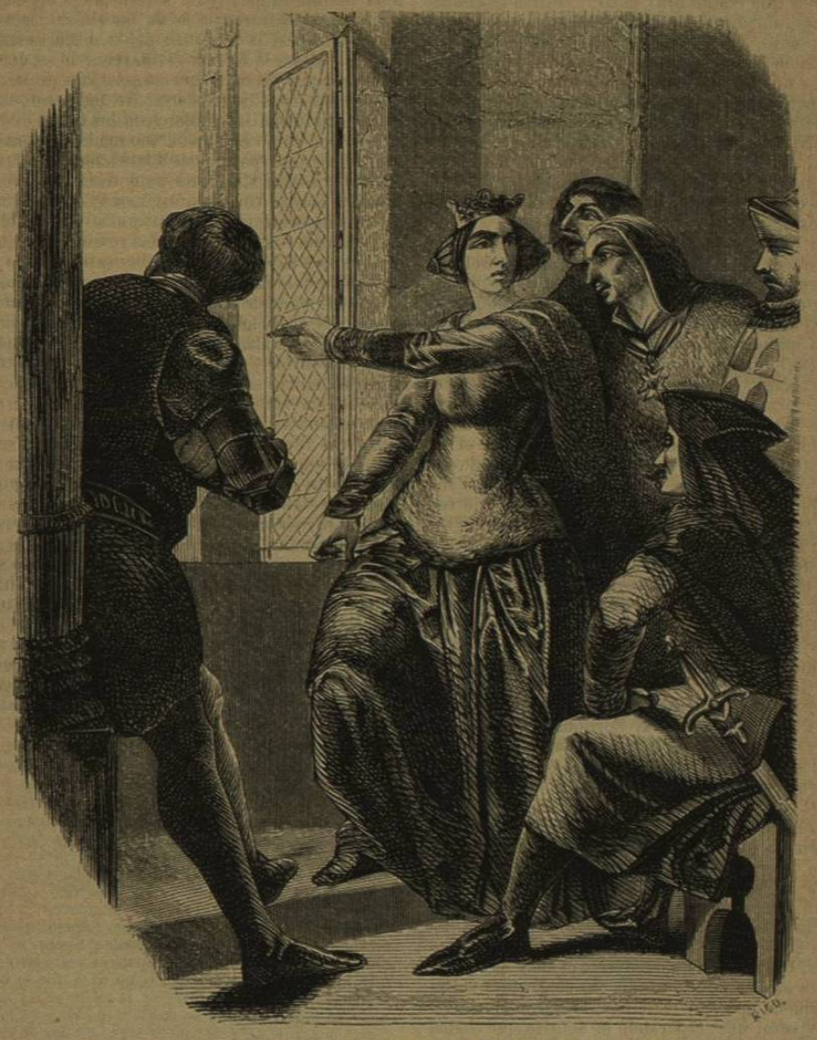
Montogu hizo sus preparativos, salió solo á media noche con el mayor silencio, favorecido por la abundante lluvia que estaba cayendo, y atravesó el campamento enemigo sin ser sentido.

Estaba ya lejos del castillo, cuando al nacer la aurora se encontró con dos soldados escoceses que conducian dos bueyes y una vaca, mató las reses é hirió á los conductores, diciéndoles: «Os dejo con la vida para que vayais á decir á vuestro rey que Guillermo de Montagu ha atravesado su campamento y que va á buscar al rey de Inglaterra Warwick.» Bruce no tuvo por conveniente esperar á Eduardo, levantó el sitio y emprendió la retirada.

Eduardo llegó al medio dia al mismo sitio de donde los escoceses acababan de levantar el campamento. Bien podria tal vez atribuirse la estremada rapidez que empleó en la marcha al estímulo de una pasion mal apagada, y al violento deseo de poder ser útil á la hermosa dama que no habia vuelto á ver desde que la casó con Salisbury.

Asi que la condesa vió venír al rey mandó abrir todas las puertas del castillo, «y se presentó tan rica »y elegantemente ataviada que arrebataba el corazon »de cuantos la miraban. No podia cansarse de mirar y remirar tanta hermosura y tan donoso ademan »hermanado con tanta nobleza, ni de oir el delicioso »acento de sus palabras. Al llegar junto al monarca, »dobló la rodilla para darle gracias del socorro que »acababa de recibir, y luego lo condujo al castillo para »obsequiarlo y honrarlo. No podia el monarca reprimir sus miradas, y allá en el fondo de su corazon »protestaba no haber nunca visto belleza que con »aquella noble dama pudiera compararse. Tan profunda fue la herida que el amor hizo en el pecho del »monarca, que el tiempo apenas tuvo poder para cicatrizarla. Entraron mano á mano en el castillo, y »despues de haberse detenido un instante en el salon »de recibimiento, pasó el rey juntamente con la condesa al aposento que le estaba preparado con una elegancia digna de la noble castellana. Siguió Eduardo »fijando ávidamente sus ojos en la condesa hasta el »punto que esta empezó á ruborizarse, y entonces el »monarca se retiró á una ventana y quedó al parecer »sumergido en meditaciones.»

La condesa despues de haber salido del aposento á dar disposiciones para los obsequios que preparaba, volvió al lado del monarca y lo encontró ocupado todavía en sus meditaciones, que en concepto suyo debian atribuirse al sentimiento de no haber alcanzado al enemigo, y partiendo de este principio trató de darle consuelo: «*¡Ah! querida señora*, dijo Eduardo, *otra cosa me afecta y me hierve en el corazon. El dulce ademan, la discrecion, la gracia, la singular nobleza y la hermosura que he encontrado en vos, me han admirado tanto, que ya no me es posible pasar sin vuestro amor.*» La dama contestó: ¡*Ah!*



JUANA DE MONFORT DESCUBRIENDO LA ARMADA INGLESA.

querido señor, no querais burlaros de mi, ni ponerme en peligro. No podria resolverme á creer que tan noble y generoso monarca hubiese pensado en deshonrar ni á mi, ni á mi esposo, que es tan bizarro caballero, que tanto os ha servido, y que por causa vuestra se halla actualmente prisionero.»

Cuando anunciaron que la mesa estaba servida, el rey se lavó, tomó asiento entre sus caballeros y se pudo notar que comió muy poco y estuvo dominado de sus pensamientos. Acabado el banquete se retiró á su aposento. Pasó la noche en continua agitacion pareciéndole por una parte muy odioso el tratar de engañar á un noble que con tanta lealtad le habia servido, y por otra «no pudiendo apenas resistir al im»pulso de un amor, cuya violencia le ponia en el caso »de no olvidarse de todo honor y toda lealtad.» Sin embargo, al dia siguiente se despidió de la condesa, rogándole no tomara ninguna determinacion contra él, y ella le contestó suplicando echara en olvido los manifestados designios.

De allí á poco tiempo pudo el conde de Salisbury cangearse por el conde de Moray, escocés, y volvió á Inglaterra. Como nada sabia acerca de la pasion del rey, que aun no habia estallado, vivia tranquilo, porque como el rey mantenia oculta su pasion no le habia inspirado ningun motivo de recelo. Al volver á Londres Eduardo mandó publicar un torneo con la esperanza de atraer á la condesa, invitando al conde á presentar su esposa en la córte; Salisbury prometió hacerlo. *Ya habreis comprendido*, dice el historiador que tan donosamente refiere esta aventura, «que el rey »de Inglaterra ardia en amor de la bella y noble se»ñora Alix, condesa de Salisbury. Amor le estaba »continuamente atizando de dia y de noche, y le re»presentaba con tal viveza la beldad y poderosos atrac»tivos de aquella dama, que le privaba de toda razon »y no le dejaba apartar de ella el pensamiento.» Por su parte la condesa no se atrevió á rehusar el convite de asistir al torneo, por temor de inspirar algun recelo á su marido por lo tocante á las intenciones del rey. Las fiestas duraron quince dias y en ellas brilló personalmente el monarca inglés, distinguiéndose tambien Guillermo II, conde de Hainaut; su tio Juan de Hainaut, Roberto de Artois, los condes Derby, Salisbury; Glocester, Warwick, Cornouailles, Suffolk y otra porcion de caballeros. Las fiestas escedieron á cuanto hasta aquella época se habia visto, sin tener que lamentarse mas desgracia que la muerte del hijo mayor del conde de Beaumont, ocurrida durante el último combate en la barrera. Alix apareció vestida con estremada sencillez en medio de las damas cargadas de adornos, y esa circunstancia dió nuevos quilates á su hermosura, de manera que habiéndose propuesto sofocar con semejante modestia la pasion del rey, no hizo mas que darle nuevo pábulo.

Créese que en uno de los bailes dados durante estas fiestas, fue cuando habiéndosele caido á la condesa la cinta azul con que sostenia las elegantes medias que en aquella época se estilaban, Eduardo la recogió con tal viveza, que reparando la sonrisa que habia causado á los cortesanos, se volvió hácia ellos diciendo: *Confundido sea quien piense mal.* De allí á pocos años el rey mandó recomponer el palacio de Windsor «que el rey Artus habia erigido en tiempos pasados en »el sitio donde tuvo principio la noble tabla redonda, »orígen de tan denodados caballeros que llenaron el »mundo con la gloria de sus proezas.»

El espíritu romancesco y la ignorancia de la época autorizando esas fábulas, dieron lugar á creer que Windsor era el punto mas á propósito para servir de centro á la órden de Caballería que Eduardo queria instituir en testimonio de su pasion: mandó, pues, edificar una capilla dedicada á San Jorge y creó *el órden de la Liga* (Jarretiere), que en concepto de sus caballeros pareció *una institucion muy honrosa, en la cual todo amor venia á refundirse*, y ha llegado á nuestros tiempos siendo una de las cinco grandes órdenes europeas. El frágil monumento de la galantería de un rey de Inglaterra, ha resistido á todas las tempestades que han conmovido el trono británico. El mismo Comwell tuvo por un momento intenciones de vender la triste celebridad que ha legado á la historia por el honor de llevar una cinta desprendida de la rodilla de una mujer. ¿Qué serán, pues, las cosas mas graves de la historia, la fe de los altares, la santidad de costumbres, la dignidad del hombre; la independencia y hasta la misma civilizacion si su existencia ha de ser mas precaria que los estatutos de la vanidad y las ordenanzas de frusleria? No figuraron en la remota antigüedad las mujeres en los fastos de las naciones sino como esposas, como madres ó como hijas; hizo tomar muy poca parte á la sociedad en las debilidades que el cristianismo patentizaba como tales: ni siquiera noticia tuvo la antigüedad de esas pomposas escenas domésticas de la aristocracia de la Edad Media que duraron hasta que el pueblo revindicó su libertad.

Acúsase á Eduardo de no haber satisfecho su pasion sino por medio de la violencia, pero esto no bastó para que el conde de Salisbury no creyese culpable á su esposa. Elisson y los señores bretones que habian sido decapitados, estaban en relaciones secretas con la condesa de Montfor y el rey de Inglaterra. En testimonio de su fe, habian enviado sus sellos á Eduardo, y éste se los habia dado á guardar á Salisbury. El conde, aprovechándose de esta oportunidad para tomar venganza del rapto ó seductor de su esposa, enseñó los sellos á Felipe, y éste mandó decapitar á los traidores. Otra prueba mas palpable de la infidencia de aquellos señores bretones, es el sentimiento que su suplicio causó al monarca inglés. Si hubiese Elisson permanecido siempre leal al partido del conde de Blois y de la Francia, ¿qué motivo habia para que Eduardo se manifestara tan conmovido por su muerte? Llegó hasta el caso de escribir al papa quejándose de aquel suceso y calificando á los decapitados de *nobles adictos* á su persona. Intentó reparar una sentencia arbitraria por medio de una guerra injusta, y se declaró vengador de personas que no habian sido súbditos suyos, y trató de deshacer un agravio, que no era de su competencia.

SUMARIO.

Gofredo de Harcourt, despues de una desavenencia con el mariscal de Briquebet pasa á Inglaterra, y rinde homenaje á Eduardo, como rey de Francia, por las tierras que dicho Gofredo poseia en Normandia.—Retrato de Gofredo, hombre de mediana capacidad elevado por la suerte.—Felipe, al verse rodeado de traidores, se vuelve sombrío y cruel.—Hace allanza con el rey de Castilla.—Juan de Hainaut, conde de Reaumont, vuelve al partido de Felipe.—Nuevas contribuciones, gabelas.—Estado de la hacienda durante la tercera raza, desde Hugo Capeto hasta Felipe de Valois.—La historia ha conservado el nombre de los caudillos de varias conmociones populares entre los apellidos mas ilustres de la caballería, como para que se vean las lágrimas del pueblo al través de la gloria de las armas—Eduardo pide y obtiene socorros pecuniarios de su parlamento mediante algunas concesiones: sistema de subsidios favorable á la Inglaterra y funesto á la Francia, y que contribuye á la libertad de un pueblo y á la servidumbre del otro.—Hostilidades en Guinea.—Toma de Aiguillon por los ingleses.—Gualtiero de Maury encuentra la tumba de su padre en la Reole.—Proeza de Agos en el castillo de esa ciudad.—Renuévanse las hostilidades en Bretaña.—Quimper es tomado por asalto.—No cesa la matanza hasta que encuentra un niño adherido al pecho *de su pobre madre difunta*.—Muerte del conde de Montfort.—Su retrato —No se meetró inferior á su fortuna, pero ésta le faltó, y su gloria aparece oscurecida por la de su mujer.—Acontecimiento de Flandes.

FRAGMENTOS.

CAIDA DE ARTAVELLE.

Artavelle gastado en las turbulencias populares, cansado tal vez de sus orgías democráticas, que no le ofrecian mas encanto que la novedad, no habiendo tomado parte en ellas por el convencimiento de una opinion arraigada, sino por satisfacer mezquinos celos plebeyos, Artavelle, decimos, no tenia ya otro pensamiento que poner en salvo sus tesoros. Tal vez habria podido preguntar á sus hijos: «¿Huele á sangre este oro?» Asi como Vespasiano preguntaba á Tito si la moneda que le presentaban olia á la contribucion de donde habia salido. Mas para poderse reir en paz de las víctimas que habia hecho y del pueblo que habia engañado, era preciso que Artavelle cambiase de posicion. Dos eran los partidos que podia tomar: ó bien apoderarse del poder supremo, ó bien descender de su trono tribunicio y confundirse entre la multitud. Para lo primero se necesitaba un talento que Artavelle no tenia, al paso que le faltaba tambien valor para adoptar el segundo estremo. Poca era la seguridad que podia ofrecerle la abdicacion del crímen; esa corona deja para siempre señales en la frente que ha ceñido; no hay mas remedio que sufrir la terrible legitimidad.

No resolviéndose, pues, á seguir ninguno de esos dos caminos, recurrió á un espediente que puso de manifiesto toda la vulgaridad que habia en la naturaleza de aquel hombre; despues de haber desencadenado las masas, pensó en sujetarlas á un nuevo dueño, pero no al antiguo soberano, porque á este lo aborrecia y sospechaba que nunca podia perdonarle sus agravios. Acontece frecuentemente que un déspota popular, despues de haberse entregado á todos los escesos de la libertad, se guarece bajo el yugo de otro tirano con tal que este sea de su gusto y haya participado de sus escesos. Artavelle fijó la atencion en Eduardo que habia influido en todas sus maquinaciones, y dado mano y aprobacion á todos sus desmanes. Cuanto mas innoble era para un monarca, segun el espíritu de aquella época, el haber sido aliado de un fabricante de cerveza dándole inequívocas señales de su aprecio, tanto mas comprometido estaba á entrar de lleno en los planes de este Artavelle. Proyectó pues hacer al príncipe de Gales, duque de los flamencos, asi como habia hecho á Eduardo rey de los franceses.

Para tratar de este asunto, Eduardo desembarcó en el puerto de Ecluse á mediados de junio del 1345, trayendo en su compañía á su hijo y muchos barones y caballeros. A este punto acudieron los diputados de Flandes con Artavelle, que nada les habia dicho acerca del asunto que motivaba aquella entrevista. Reuniéronse á bordo del buque de guerra que montaba Eduardo, y Artavelle propuso sin rodeos que se desheredara al conde Luis de Flandes, y á su jóven hijo Luis, dándole el condado de Flandes con el nombre de ducado al príncipe de Gales.

Hay en el corazon humano un fondo de justicia que se manifiesta siempre que las pasiones no se hallan en agitacion. En el momento á que nos referimos, los diputados de Flandes conservaban su sangre fria y no pudieron menos de indignarse al oir aquella proposicion que ofendia al espíritu de bondad de unos, y al carácter de lealtad de otros. Contestaron, pues, unánimemente que no podian tomar sobre sí la responsabilidad *de un asunto tan grave, que andando el tiempo, podria afectar los intereses de su pais*, y que era preciso consultar el parecer de sus representados. Dicho esto se retiraron.

Al dejar Artavelle que los diputados se le anticiparan en llegar á Gante, cometió una de aquellas faltas que deciden de la suerte de un hombre: si hubiese hablado antes que ellos, tal vez habria podido captarse el voto de los ciudadanos; pero su prestigio aun entre estos habia empezado ya á decaer. Sobre las ruinas de la pasada fortuna de Artavelle, iba descollando un rival peligroso, Gerardo Dionisio, presidente del gremio de los tejedores. Este nuevo tribuno, sea que estuviese seducido por el oro de Francia, sea que su natural

inclinacion no le dejara adoptar sino ideas generosas, ó sea por espíritu de oposicion, se manifestaba constantemente de parecer contrario á lo que Artavelle proponia. No se le habia ocultado á este último la importancia de aquella rivalidad, y estaba ya decidido á deshacerse de quien la promovia.

Llegados que fueron á Gante los diputados, convocaron el pueblo en la plaza del mercado, para dar cuenta del resultado de las conferencias con Eduardo. El pueblo, tan impetuoso para el bien como para el mal, manifestó su disgusto con sordos murmullos, en medio de los cuales tomó Gerarno Dionisio la palabra para decir:

«Honrados ciudadanos, hasta el presente hemos combatido por nuestras franquicias: Artavelle, que se ha llamado defensor de ellas, os propone en este momento sacrificarlas. Reparad que sino dejamos de ser libres, todo va á convertirse en acusacion nuestra. ¿Cómo nos justificaremos? ¿Qué habrán producido nuestras sangrientas discordias? ¡Crímenes! ¡Cadenas! Ese hombre que os seducia, quiere entregaros á la Inglaterra. ¿Por ventura, si deseamos tener un rey, no hay en el país uno oriundo de nuestra propia sangre, educado entre nosotros, á quien conocemos, y de quien somos conocidos, que habla nuestro idioma, por cuya vida hemos rogado al cielo, cuyo nombre es tan sabido de nuestros hijos, como el de sus propios vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron en compañía de los nuestros? ¿Acaso porque hemos reducido nuestros antiguos condes á ser unos viajeros será nuestro país un patrimonio venal que deba pasar á ser herencia de los ingleses? ¡Ah! Por Dios, si deseamos un rey, no vayamos á cometer la felonía de desheredar á nuestro señor natural para dar su lecho al primer camarada que se le antoje pedirlo.»

A estas palabras, Dionisio y sus compañeros añadieron todo lo que juzgaron oportuno para producir una súbita emocion en el pueblo, sin olvidarse de hacer presente que durante los diez años que Artavelle venia gobernando la Flandes, habia acumulado un tesoro, procedente tanto de ilegalidades, como de exacciones violentas. Ese amor del dinero, tan natural en las almas vulgares, fue causa de la ruina de Artavelle.

Habiéndose despedido de Eduardo en el mismo puesto donde lo habia recibido, pasó Artavelle á Brujes, y de allí á Iprés, cuya poblacion se mostró favorable á sus designios. De allí regresó á Gante. Al pasar por las calles, acompañado de sus amigos y de la guardia estranjera que Eduardo le habia dado, conoció que se estaba tramando alguna cosa contra él: pues los que tenian costumbre de saludarle, le volvian la espalda y se metian en sus casas. El pueblo murmuraba y decia: «He ahí al que se cree mas que soberano; pues quiere disponer á su gusto del condado de Flandes.» Al llegar á su casa, no se descuidó Artavelle en tomar precauciones, pues como buen conocedor que era del pueblo, no se le pudieron ocultar los signos precursores de la tempestad. Apenas habia mandado atrancar las puertas y ventanas, cuando se sublevó todo el barrio, y principiaron á asaltar la casa del cervecero. No fue el tumulto bastante para que los criados de Artavelle, dando un raro ejemplo de fidelidad, desistieran de defenderlo; mas á pesar de haber muerto y herido á varios de los agresores, las puertas fueron violadas y la multitud penetró en la casa dando alaridos de furor. Entonces el cervecero se presentó en una ventana con la cabeza desnuda y en aptitud suplicante. «¿Qué pedís, buenas gentes, les dijo? ¿Qué causa os mueve? ¿Por qué estais tan airados contra mí? ¿En qué os he ofendido?—¿Dónde están los tesoros de Flandes? gritaron los amotinados.—Nada de ellos he tomado, dijo Artavelle. Volved mañana y os satisfaré. —No, no os escapareis con esa estratagema. Habeis enviado los tesoros á Inglaterra, y por ese delito no

teneis mas remedio que morir.» Al oir esta terrible amenaza, el cervecero juntó las manos, y derramando lágrimas esclamó: «No soy mas que una hechura vuestra, señores. Al elevarme jurasteis defenderme contra todo viviente; y ahora pretendeis quitarme la vida sin ningun motivo. Recordad el tiempo pasado: tened presente mis finezas. Os he gobernado en paz profunda; todo lo que habeis deseado, trigo, avena, mercancías, todo lo habeis tenido con abundancia... ¿Quereis darme tan injusta recompensa por los beneficios que he podido haceros?»

Ni lágrimas, ni palabras, calmaron al pueblo. Una voz terrible se elevó diciendo; «Bajad, bajad á hablar con nosotros. ¿Para qué nos estais predicando desde tan alto?» Artavelle comprendió que esta voz pronunciaba su sentencia de muerte. Cerró la ventana y trató de salir por una puerta secreta para refugiarse en un templo inmediato; esperando hallar asilo á los pies de aquel cuya misericordia no es pasajera como la de los hombres. Mas ya el edificio estaba lleno de sublevados, que habiéndose precipitado sobre el triste cervecero, lo hicieron pedazos. Gerardo Dionisio fue el primero que le dió el golpe de muerte, aquel Gerardo, que aunque al parecer obraba impelido por una buena causa, no valia tal vez tanto como su víctima. Siendo el pueblo en las repúblicas legislador, juez y soberano puede dictar la ley, pronunciar la sentencia y ejecutarla; semejante acto, ejecutado por la democracia podrá ser inícuo, pero no ilegal. Artavelle habia establecido esa fórmula de gobierno.

Eduardo supo en Ecluse el trágico fin de aquel, que segun Froissart, «era su gran amigo y querido com»padre.» En vista de este suceso, dirigió el rumbo hácia Inglaterra; amenazando la Flandes, y declarándose como siempre, vengador de la muerte de los traidores. En realidad Eduardo no tenia mas ganas de enemistarse con los flamencos, que los flamencos con Eduardo. Una diputacion de estos últimos pasó á Lóndres y habló al rey en los términos siguientes: «Que»rido señor, el cielo os ha dado hermosos hijos é hijas. »El príncipe de Gales no puede menos de ser un gran »potentado sin necesitar de la herencia de Flandes. »Vos teneis una hermosa hija, y nosotros un gallar»do doncel criado y educado entre nosotros, y que es »el legítimo heredero de Flandes. Tal vez podria rea»lizarse un enlace entre esos dos jóvenes!» Estas palabras dulcificaron el aparente dolor del rey de Inglaterra, y la memoria de Artavelle cayó en profundo olvido, como sucede con la de todos aquellos cuya reputacion no estriva en el talento ó en la virtud.

SUMARIO.

Juan, duque de Normandía, hijo mayor del rey, marcha á Guyena, y despues de haberse apoderado de Angulema, pone sitio á Aiguillon con mas de cien mil hombres.—Resistencia de los sitiados mandados por el conde de Derby.

FRAGMENTOS.

INVASION DE LA FRANCIA POR EDUARDO.

Fatales fueron las consecuencias de aquel asedio; pues ellas fueron las que alentaron á Eduardo á pasar á Francia y privaron á Felipe de cien mil combatientes que habrian podido tomar parte en la batalla de Crecy. Todo venia encaminado con arreglo á los designios de la Providencia. El grave historiador que mas á fondo ha conocido las antigüedades de la Francia se espresa en estos términos: «Las calamidades que cayeron sobre esta nacion y las grandes victorias del rey Eduardo no deben servir de testimonio de la justicia de sus pretensiones, sino del castigo que Dios impuso á los vicios de los franceses. La restitucion de las pérdidas y la conservacion del Estado manifiestan que este no llegó á su completa ruina.»

El duque de Normandía habia jurado no abandonar el sitio de Aiguillon, no siendo llamado por su padre, hasta tomar la plaza. Despachó al condestable de Eu y Tancarville para que dieran cuenta á Felipe de la resistencia que aquella ciudad le oponia. Felipe mandó permanecer á su lado á esos dos enviados, y contestó á su hijo que no desistiera del asedio hasta que obligara á la plaza á rendirse por hambre, ya que no era posible tomarla por asalto.

En tanto el rey de Inglaterra, teniendo noticia de lo que ocurria en Guiena, se preparaba á socorrer en persona al conde de Derby. Con este objeto reunió en el puerto de Southampton mil naves, cuatro mil hombres de armas, diez mil arqueros y diez y seis mil hombres de infantería ligera, de los cuales diez mil eran del país de Gales y los restantes irlandeses. Dejó encomendado el cuidado del reino á los arzobispos de Cantorbery y de York, á los obispos de Lincoln y de Durham, y á los señores de Percy y de Neville, y encargó la custodia particular de la reina á su primo el conde de Kent. Habiendo soplado el viento favorable, Eduardo se hizo á la vela á fines de julio de 1346 con toda su escuadra en direccion de las costas de Gascuña.

En el mismo buque que montaba el monarca, iban Gofredo de Harcourt, y el jóven príncipe de Gales, que rayaba en los quince años de edad. En el mismo buque figuraban los condes de Hereford, de Northampton, de Arundel, de Cornouailles, de Warwick, de Huntingdon, de Suffolk y de Oxford; los barones y caballeros Juan Luis y Roger de Beauchamh, Renauld y Bobham y los señores Mortimer de Mowbray de Boss, de Lucy, de Folton, de Bradestan de Moulton, de Man, de Basset, de Berkley y de Villoughby, acompañados de otros guerreros que en lo sucesivo adquirieron celebridad por sus hechos de armas como Juan Chaudos, Fitz Warren, Pedro y James de Andelau, Rogero de Wetkevalle, Barthelemy de Burghers, y Ricardo de Sembridge. Tambien es preciso hacer mencion de algunos estranjeros como Oulphart de Ghistelle del pais de Hainaut y cinco ó seis caballeros alemanes.

Durante los dos primeros dias, la escuadra navegó con bonanza hácia el puerto á que se dirigian: si hubiesen entrado en la Gironda, su empresa habria fracasado, pero Dios habia dispuesto lo contrario. Aquel que tiene imperio sobre las olas, mandó replegar las alas al viento que al parecer encaminaba tan favorablemente á la escuadra, y dispuso que fuera impelida por otro que la impelió violentamente hácia Cornouailles, en cuyo puerto anclaron. Eduardo pedia con impaciencia al cielo la reaparicion de la primera brisa, ignorando que la tempestad á cuyo impulso ondeaba entonces su pabellon, era la que le ponia en camino de la victoria.

Ya hemos dicho que Gofredo de Harcourt era uno de los que le acompañaban al monarca en la *nave real*. Este nunca fue de opinion que se atacara á la Francia por el lado de Guyena, demasiado distante del punto céntrico de la nacion, y defendido, como provincia fronteriza, por una multitud de fortalezas. No parece sino que á este traidor le habia dejado entrever al cielo alguna parte del plan de sus iras; nada hay mas inteligente que la venganza y el odio. Cuando vió Harcourt que la flota era rechazada hácia las costas de Inglaterra, se aprovechó de esta circunstancia para hacer variar á Eduardo de resolucion: «Señor, le dijo, constantemente os he aconsejado que tomárais tierra en Normandía, y ahora vuelvo á insistir en mi propósito. Nadie se opondrá á vuestro desembarque, porque hace ya tiempo que los pueblos que habitan esa costa, carecen de armas, y nunca se han hallado en los trances de la guerra. Toda la nobleza de ese pais ha ido á tomar parte en el asedio de Aiguillon. Por consiguiente,

nadie se opondrá á vuestro paso, y ademas encontrareis muchas ciudades abiertas, donde vuestros soldados podrán enriquecerse para veinte años. Ruégoos, por lo tanto, que no os desdeñeis de oir mi consejo, de cuyo buen resultado salgo garante con mi cabeza.»

El rey se inclinó á seguir este consejo, mandó levar áncoras, puso su buque al frente de la escuadra, y volvió la proa hácia Normandía. De esta repentina variacion nacieron calamidades que se prolongaron por espacio de cien años.

Los franceses, que tantas veces habian desolado playas estranjeras, iban á su vez á sentir las abominaciones de la conquista. Desde la invasion de los normandos no habia la Francia visto enemigos en su seno; un normando volvia á traérselos al cabo de cuatro siglos. Los mil buques ingleses aparecieron delante de Hogue-Saint-Wastt en Corentin. Eduardo, armado de pies á cabeza, y rodeado de sus caballeros, apareció sobre la cubierta de la nave capitana tremolando el estandarte de Inglaterra, que en aquella época era blanco, así como el de Francia era encarnado. Sin resistencia de ningun género, como Harcourt se lo habia predicho, desembarcó en el puerto de Hogue, el dia 12 de julio de 1346. Cerca del cabo de ese mismo nombre derramaron franceses su sangre durante el reinado de Luis XIV, por volver á colocar á un monarca inglés en el trono de sus padres.

La tierra de San Salvador, que pertenecia á Gofredo de Harcourt, se estendia hasta el puerto de Hogue, de manera que Gofredo vió desde los buques ingleses el lugar de su nacimiento y las localidades llenas de los recuerdos de su juventud. Al indicar á Eduardo el país que iban á desolar, pudiera haberle dicho: «Aquella es la torre de la iglsia donde recibí el bautismo: en el torreon de aquel edificio feudal pasé los primeros años de mi vida: allí vuestros soldados podrán deshonrar el lecho de mi madre, y mas allá podrán tambien si quieren arrojar al viento las cenizas de mis antepasados.»

¿Cómo pudo, sin conmoverse, Gofredo, al poner el pie en la playa, ver huir despavoridos sus paisanos, por los mismos caminos que conducian á su techo paterno, y por los mismos caminos testigos de sus juegos infantiles? Un historiador supone que Roma habló en estos términos á Manlio Capitolino: «Manlio, yo te consideré como el mas amado de mis hijos cuando te precipitaste á los enemigos desde lo alto del Capitolio; pero ahora que desgarras mi seno, apártate de mí, maldito, y rueda por el mismo precipicio por donde precipitaste á los galos.» Con mas motivo hubiera podido la Francia con los ojos anegados en llanto y envuelta en su desgarrado manto, gritar á Gofredo de Harcourt: «¡Feleon y desleal caballero, en Crecy te espero sobre el ensangrentado cadáver de tu hermano fiel á la patria! En vano te arrepentirás: tu arrepentimiento no tendrá mas duracion que tu inocencia. Nuevamente traidor, morirás en tu perfidia, doblemente envilecido por tu crímen y por el perdon de tu rey.»

Habiendo la escuadra echado las áncoras se verificó el desembarque sobre una playa desierta, imágen de lo que iba á ser toda la nacion durante la permanencia de los ingleses. Dícese que al poner Eduardo su pie en la playa, tropezó como César al pisar el Africa ó como Guillermo el Bastardo al entrar en Inglaterra. Habiéndole hecho salir sangre de las narices, la caida, los caballeros lo tomaron por mal agüero, y llenos de sobresalto le dijeron: «Amado señor, retiraos á vuestra nave, y no volvais por hoy á tierra, pues esta casualidad debe ser considerada como un aviso.» Eduardo contestó con ademan festivo: «Aviso es ciertamente, pero de muy buen agüero, porque equivale á decirme que esta tierra me desea.» Hay palabras y aventuras que son propias de todos los conquistadores: todos los animales de presa tienen un mismo instinto y unas mismas costumbres.

Sobre el mismo sitio donde se verificó el desembarque, armó caballero el rey de Inglaterra á su jóven hijo el príncipe de Gales: podria decirse que esa tierra de Francia tiene la propiedad de inspirar heroismo hasta á sus propios enemigos. En seguida nombró condestable al conde de Arundel y mariscales á Gofredo de Harcourt y al conde de Warwick.

El país de Corentin forma una casi isla: Eduardo formó su ejército dividiéndolo con arreglo á la naturaleza del terreno que se proponia recorrer, en tres cuerpos; dos de éstos, es decir, las alas del ejército mandadas por los dos mariscales, marchaban apoyándose en las dos riberas del mar, en tanto que el cuerpo principal, ó sea centro de la línea, con el rey, el príncipe de Gales y el condestable, iba adelantándose y siguiendo el movimiento. Cada noche se replegaban las dos alas y cubrian los flancos de la division central. El conde Huntingdon permanecia en la escuadra con ciento veinte hombres de armas y cuatrocientos arqueros, acompañando el movimiento del ejército de tierra. Esta buena disposicion militar contribuyó á que el ejército de Eduardo, moviéndose sobre una sola y dilatada línea, pudiera irse desarrollando por el país como un vasto semicírculo de fuego.

Nada pudo librarse ni por mar ni por tierra de la desolacion que en torno de sí iba derramando aquel monarca que se intulaba rey de los franceses, y que pretendia establecer sobre ellos su reinado: por mar no hubo buque grande ni pequeño que dejara de ser presa de la escuadra de Eduardo, y por tierra no habia ciudad ni aldea que se librara de ser saqueada, ó tal vez reducida á ceniza. Barfleur fue la primera ciudad que sucumbió, y aunque no opuso resistencia, no por eso pudo librarse de perder en el saqueo todo el «oro, plata y preciosidades que se encerraban en »sus muros. Tan buena fue la cosecha de estos obje»tos, que los camaradas ningun caso hacian de telas »de mucho valor.» Los habitantes fueron arrebatados de la ciudad y amontonados en los buques de la escuadra. Cherbourg fue presa de las llamas: su castillo se defendió: Montebourg, Valognes y Carentan fueron completamente arrasados.

No eran menores los estragos que la division central iba haciendo por donde pasaba. «Gofredo Harcourt mandaba la vanguardia de este cuerpo, compuesta de quinientos hombres pesadamente armados y dos mil arqueros; y como buen conocedor del suelo patrio, era quien marcaba el camino. En aquella época estaba el país rebosando en riquezas: abundaban los cereales, los ganados, y hasta los medios de conduccion. Los habitantes huian al aproximarse los ingleses hasta que no volvian á oir hablar de ellos, y dejaban abandonadas sus casas llenas de los bienes mas preciosos del mundo. Asi es que poco fue el trabajo que costó á los invasores el quemar, talar, saquear y robar el hermoso país de la Normandía.» Saint-Lo, que en aquella época era notable por sus manufacturas de paño, quedó completamente arruinado, y despues de este hecho se reunieron los tres cuerpos del ejército inglés y avanzaron por las llanuras de Caen. A esta descripcion de las calamidades de la Francia, se deben los curiosos detalles de su cultura é industria en aquella época.

No faltaban en París noticias del armamento que estaban haciendo los ingleses, pero no se habia podido averiguar sobre qué punto la tempestad descargaria; no bien se supo que habia caido sobre el corazon del reino, cuando Felipe se dió prisa en enviar á Caen á los condes de Eu, condestable de Francia, y al de Tancarville que acababan de llegar del sitio de Aiguillon. Lanzáronse estos precipitadamente en la ciudad acompañados de algunos hombres de armas, y

encontraron á Guillermo Bertrand, obispo de Bayeux, que ya se habia encerrado en la plaza con toda la nobleza del país que habia podido salvarse de los invasores. Caen era una ciudad mercantil y populosa, *llena de ricos ciudadanos, de nobles damas y de hermosas iglesias;* pero sus murallas estaban arruinadas por varias partes, y su castillo, aunque fuerte, no podia proteger á la ciudad mas que por un solo flanco. Toda la guarnicion se reducia á trescientos genoveses mandados por el señor de Warigny. Era ya un progreso en la ciencia del gobierno el poder sostener cien mil hombres sobre las armas, como Felipe los estaba sosteniendo en Gascuña; pero como no se habia establecido el sistema de ejército permanente, el resto del reino carecia de elementos de defensa. La Edad Media, que no conoció la organizacion fija de tropas asalariadas, fue la época mas favorable á la libertad, y únicamente por falta de luces, en vez de aprovecharse de esa circunstancia, fue una época de esclavitud; cuando se propagaron las luces, se dió estabilidad á los ejércitos.

La escuadra inglesa habia llegado á la embocadura de Orne, rio de poca importancia que pasa por Caen. Eduardo sentó sus reales á dos leguas de esta ciudad, creyendo que encontraria resistencia. El conde de Tancarville queria con mucha razon que la defensa se limitara al paso del puente, al castillo y al cuerpo de la ciudad abandonando los arrabales; pero los ciudadanos se opusieron, diciendo que se sentian con ánimo para batir al rey de Inglaterra en campo raso. El condestable apoyó esta baladronada, y dió lugar á que por sus consecuencias pudiera acusársele de incapacidad, cobardía ó traicion. En otros tiempos habia este condestable recibido regalos y obsequios de parte del rey de Inglaterra, y esta circunstancia unida al generoso acogimiento que le habian dispensado en aquel país acabaron de hacerlo sospechoso. Los tronos necesitaban victorias, y Felipe no conoció sino derrotas: la desgracia desata á los hombres del juramento de fidelidad.

Eduardo, al salir el sol, si bien se hallaba dispuesto á esterminar una ciudad, oyó misa, y de allí á poco, violando tumbas y degollando pueblos mandó celebrar magníficos funerales por los nobles normandos decapitados por Gofredo de Harcourt.

A todo esto los ciudadanos de Caen puestos ya en línea de batalla no cumplieron lo que habian ofrecido, pues asi que oyeron silbar las flechas de los ingleses, se pusieron en vergonzosa fuga, dando lugar á que los invasores penetraran revueltos con ellos en la ciudad, pues el rio venia tan escaso de agua, que por cualquiera parte podia pasarse á vado. El condestable, juntamente con el conde de Tancarville, se puso *en salvo* bajo una puerta á la entrada del puente delante de la iglesia de San Pedro. Algunos caballeros y escuderos se refugiaron en el castillo. El condestable pudo, desde las almenas donde se habia refugiado, ver cómo los arqueros ingleses iban degollando con toda impunidad gente á lo largo de la calle Mayor. Entre aquellos guerreros conoció un caballero tuerto, llamado Tomás Holland, con quien en otro tiempo habia contraido amistad en las guerras de Prusia y de Granada: el condestable le llamó por su nombre, y se le entregó con el conde de Tancarville y unos veinte caballeros franceses.

Los ciudadanos al ver que no se les daba cuartel, construyeron barricadas y principiaron á defenderse, arrojando de las ventanas y tejados todo cuanto les venia á mano contra los ingleses. Estos, por su parte, fracturaban las puertas, se abrian paso con el fuego y con la espada, violaban las mujeres en medio de las llamas, y degollaban á cuantos se les ponian por delante. Cada casa daba lugar á un nuevo combate, y renovaba los horrores de una ciudad tomada por asalto.

Mas de quinientos ingleses habian perecido ya en el tumulto. Eduardo para poner fin á esta resistencia, mandó que se aplicara fuego á la ciudad. Hallábase presente Gofredo de Harcourt al dar el rey esta órden, y empezó por primera vez á sentir remordimientos: manifestó al monarca estranjero que aun tenia que atravesar largo espacio del país, y que le importaba economizar la sangre de sus soldados para los apurados trances en que necesariamente tendria que verse en lo sucesivo; que los ciudadanos de Caen, si se veian reducidos á la desesperacion, tratarian de vender muy cara su vida, y que si por el contrario se les ofrecia clemencia, le seria fácil al mismo Harcourt restablecer la tranquilidad en muy pocas horas.

Este consejo, que no fue despreciado por parte de Eduardo, al paso que evitó algunas desgracias particulares, produjo un mal general á toda la Francia.

Cuando al principio de una invasion ocurre un noble ejemplo de abnegacion, se inflaman súbitamente todos los corazones, palpitando de virtud y de gloria é inspirados por aquel entusiasmo que hace invencibles á las naciones: trescientos espartanos salvaron á su patria en las Termópilas. Harcourt fué cabalgando de calle en calle, y mandando en nombre del rey de Inglaterra que, nadie, so pena de estrangulacion *(hart)*, fuese osado á incendiar casas, violar mujeres ó matar hombres que no hicieran resistencia. Los ciudadanos dejaron al momento las armas y abrieron las puertas de sus casas. Entonces principió una especie de saqueo organizado, que duró tres dias. Eduardo se reservó su parte de botin, que consistió en joyas, vajilla de plata y tejidos de toda clase.

Por una crecida suma compró á Tomás de Holland el derecho que éste tenia sobre sus prisioneros de guerra, el condestable y el conde de Tancarville, y habiéndolos embarcado juntamente con otros sesenta caballeros y trescientos ciudadanos en un buque de alto bordo, fueron llevados á Lóndres, por la esperanza de sacar de ellos un gran rescate, á pesar de haber perdido todos sus bienes en la toma de la ciudad. El buque que condujo á Lóndres estos cautivos iba tambien cargado de la parte mas preciosa del botin, sin duda para incitar el deseo de los ingleses á tomar parte en el pillaje que podian prometerse del resto de Francia.

En Caen existia el sepulcro de Guillermo el Bastardo: el terreno que ocupaba esa tumba habia sido disputado en otro tiempo á los restos mortales de aquel príncipe, por un ciudadano llamado Ascelin que decia haber sido desposeido injustamente de aquel terreno por usurpacion del mismo Guillermo.

Los hijos de los compañeros que este monarca llevó á la conquista de Inglaterra, volvian ahora á conquistar y á proclamar sus cenizas.

Dos cardenales legados, á quienes Eduardo se negó á dar audiencia, fueron testigos de la ruina de Caen. Hemos llamado ya la atencion y la volveremos á llamar en lo sucesivo, por lo tocante á los esfuerzos que la Santa Sede hizo á fin de evitar la efusion de sangre en esas guerras crueles. Nada podia ofrecer mayor interés que el ver cómo unos hombres de misericordia iban siguiendo por todas partes á unos hombres de sangre, haciendo esfuerzos por quitarles las armas de las manos, suplicando antes del combate, llorando despues de la victoria, incansables, despreciados en todas partes, y pareciendo pacíficas palomas mezcladas con los buitres en los campos de batalla.

Felipe reunió en San Dionisio un ejército, al cual se reunieron apresuradamente los príncipes feudatarios de la corona, sus amigos y sus aliados. El conde de Beaumont, Juan de Ainaut, que hacia poco se habia reconciliado con la Francia, se presentó con gran número de caballeros; el duque de Lorena acudió con trescientas lanzas; los condes de Saboya, de Salbruges, de Flandes, de Namur, de Blois y toda la nobleza que no estaba ocupada en el asedio de Aiguillon se

presentaron en San Dionisio. Juan rey de Bohemia, se hallaba en aquel momento en sus Estados: su hijo Cárlos acababa de ser electo emperador, y era inquietado por parte del antiguo emperador excomulgado, Luis de Baviera: el rey de Baviera ademas habia perdido la vista, pero ninguna de esas circunstancias pudo contenerle en Alemania: apenas recibió los correos que Felipe le habia enviado, se puso en camino á despecho de todo el esfuerzo que para disuadirle hacian sus ministros. Ese anciano monarca, verdadero modelo de lealtad; dijo á sus próceres. «¡Ay! aunque me hallo ciego no he olvidado el camino de Francia. Quiero ir á defender á mis queridos amigos y á los hijos de mi hija, que esos ingleses intentan robar.» Juan partió efectivamente con su hijo Cárlos, y se reunió á Felipe.

Eduardo habia salido ya de Caen. Solo el epígrafe de los capítulos de las crónicas de aquella época bastan para dar una idea de la conducta que observaba el ejército invasor durante la marcha; «Males que los ingleses causaron en Normandía: Se dá noticia de cómo tal ciudad fue saqueada: Se refiere cómo todo el país fue quemado y destruido,» etc. Por de pronto tomó el camino de Evreux; mas como esta era una ciudad murada, no la atacó. Tomó por asalto y redujo á cenizas á Louviers, célebre ya entonces por sus fábricas de paño, y de allí marchó hácia Ruen, cuyos gobernadores eran los condes de Evreux y de Harcourt. Gofredo pudo ver ondear la bandera de su hermano en los muros de Rouen.

Felipe habia hecho cortar todos los puentes del Sena desde esta ciudad hasta París, y él mismo en persona se hallaba en Rouen en el acto de presentarse los ingleses al otro lado del Sena. Eduardo pasó sin hostilizar á la ciudad de la que no estaba separado mas que por el rio: su intencion se reducia á aprovecharse de la primera ocasion oportuna para entrar en Picardía, y retirarse al Ponthieu que le pertenecia. Con ese objeto fue subiendo por las márgenes del Sena, sin dar tregua á su sistema de desolacion. Felipe seguia observándole desde la orilla opuesta del rio, cosa que era muy fácil por el rastro de sangre y las hogueras que el ejército inglés iba dejando en pos de sí. Pont de l' Arche, Vernon, Mantes y el arrabal de Meulan fueron presa de las llamas. Así continuó marchando el ejército inglés hasta Poissy, cuyo puente habia sido destruido; pero no de modo que el ejército invasor no lo hubiera podido volver á utilizar. Felipe llegó á París al mismo tiempo que Eduardo á Poissy. La civilizacion de los tiempos modernos ha hecho cesar aquellos desastres sin fin de las antiguas guerras; en la ocasion á que nos referimos es muy cierto que ni los mismos bárbaros en sus correrías anteriores mostraron tanta falta de humanidad como las huestes invasoras de Eduardo. Repartiéronse destacamentos por los alrededores de Poissy. El castillo de Saint Germain en Laye, Manterre, Ruel, Saint Cloud y Neuilly quedaron reducidos á ceniza. Distinguíase por la noche desde París el reflejo de las llamas, y durante el dia se podia designar el sitio que ocupaban las poblaciones por las gruesas columnas de humo que su incendio producia. Desde la primera invasion de los normandos, no habia vuelto París á verse en tal peligro, ni las mujeres de París habian tampoco visto, como los ciudadanos de Lacedemonia, antes de la época de Epaminondas, los fuegos del campamento enemigo.

En la actualidad París ha recibido al enemigo dentro de sus muros, y Esparta va saliendo de sus ruinas.

Felipe quiso ponerse al frente de su ejército en San Dionisio, pero el pueblo se lo impidió arrojándose á sus pies y diciéndoles: «¡Ah! ¿qué intentais hacer noble »señor y rey? ¿Quereis dejar abandonada vuestra no»ble ciudad de París? los enemigos están á dos leguas »escasas: no tardarán en llegar á esta ciudad. Si lle»gais á partir no habrá nadie que nos defienda de »ellos.» El rey contestó: «No temais á los ingleses, »buena gente: no se acercarán ya mas á este punto. »Voy á San Dionisio á reunirme con mis guerreros, »porque quiero cabalgar contra los ingleses y batirlos.»

Estas palabras calmaron los ánimos: los terrores del pueblo van casi siempre acompañados de sedicion y de locura: por una parte no querian que el rey se alejara, porque París quedaba sin defensa, por otra se negaban á tomar las precauciones necesarias á fin de que esa ciudad estuviera al abrigo de un golpe de mano de los ingleses. París carecia enteramente de puntos de defensa, ó es de suponer que no existian las fortificaciones erigidas por Felipe Augusto: el rey mandó construir atrincheramientos. Para construirlos era preciso derribar algunas casas, pero los propietarios se opusieron. Nótese de paso cuán enérgica era la fuerza de la libertad civil en una época en que la libertad política era nula. El pueblo abrazó el partido de los propietarios, y á pesar de haber acudido el rey de Bohemia á calmar la sedicion con quinientos caballos, no lo pudo conseguir, sino desistiendo del proyecto de derribo.

A esas conmociones, á esos motines de hombres que nada tenian que perder, se unian otras calamidades públicas y otras causas de turbulencias y confusiones. Todo estaba lleno de traidores asalariados con el oro de las rapiñas de Eduardo: y esos traidores aumentaban su número con la turba de hombres débiles, de esos hombres sin corazon y sin carácter, aliados naturales de los perversos, especie de traidores que contribuyen á propalar el terror y la adversidad. No faltaba quien empezaba á creer que el monarca inglés tenia derecho al trono de Francia, solo por la razon de que le habian visto alcanzar algunas victorias.

Las circunstancias eran en estremo interesantes, y grandioso el espectáculo que presentaban. Eduardo seguia en Poissy, cuna de San Luis, y Felipe en San Dionisio, tumba del mismo santo rey; ambos contendientes estaban á punto de lanzarse desde aquellas barreras para disputar el cetro del monarca que habia subido con su corona al cielo.

Era de esperar, segun toda apariencia, que la justicia alcanzase la victoria. En tanto que Eduardo no habia encontrado obstáculos, habia ido avanzando é internándose en el país, mas asi que se presentó Felipe tuvo que pensar en la retirada, y se encontró, como dice Mezeray, en la situacion del lobo, que despues de haber hecho una gran matanza en el redil, oye ladrar los perros y solo trata de retirarse á los bosques. No era fácil la retirada. Eduardo no se habria aventurado á larzarse sobre una ciudad como París, apoyada por un ejército de cien mil hombres. ¿Podia retroceder? Muy peligroso era, pues se veria acosado por un enemigo poderoso, teniendo que atravesar un país enteramente asolado. ¿Era mas prudente atenerse á su primer proyecto y acantonarse en el Ponthieu? El Sena, cuyos puentes estaban ya cortados, les cerraba el paso, y aun cuando hubiera podido pasar el rio, se habria el rey inglés visto enterrado entre las aguas del mismo, las corrientes del Oise y del Somme, y el ejército francés acantonado en San Dionisio. Sin embargo, este era el único plan que presentaba alguna probabilidad.

Hacia cuatro dias que Eduardo estaba preparando secretamente los materiales necesarios para la recomposicion del puente de Poissy, habiendo hecho propalar el rumor de que no pudiendo atravesar el Sena por el puesto en que se hallaba acantonado, trataria de verificarlo por algun puente mas allá de París. En tanto celebró con gran pompa la festividad de la Asuncion en la abadía llamada de las Damas, y dió un espléndido banquete, al cual asistió vestido, con una túnica de escarlata forrada de armiño, con la misma tranquilidad con que San Luis hubiera podido asistir á una solemne ceremonia en el seno de su

reino, y en el pueblo de su naturaleza. Finalmente, el ejército inglés recibió órden de ponerse en marcha para dar la vuelta á París. Felipe engañado por estas apariencias y falsas noticias, vino á situarse en el puente de Antony con objeto de cortar el camino á los enemigos. No bien acabó de salir el ejército francés de San Diónisio, cuando Eduardo, ejecutando una contramarcha, regresó á Poissy y pasó el Sena por el puente que habia sido recompuesto con admirable presteza. La vanguardia inglesa, mandada por Gofredo de Harcourt, tocaba apenas la opuesta orilla del Sena, cuando se encontró con las milicias de Amiens acaudilladas por cuatro caballeros de Picardía. Harcourt las atacó inmediatamente, y aunque se defendieron denodadamente no pudieron evitar el ser derrotadas y perder sus bagajes: mil y doscientos honrados milicianos quedaron sobre el campo de batalla, habiendo comprado con la vida el honor de ser los primeros que se opusieron al paso de los enemigos de su patria. Tal era en realidad el carácter de aquellas milicias municipales, de aquel pueblo que en el fondo constituia la verdadera nacion francesa, y del cual la historia antigua, para eterna mengua suya, no habla nunca sino para prodigarle indecorosos epítetos. Aquellos orgullosos nobles con sus corazas y sus cascos á prueba de flecha y espada ¿eran por ventura mas valientes que aquellos aldeanos que sin mas armas que un baston ó una guadaña, y sin mas defensa que su pecho medio desnudo, se oponian á las impetuosas cargas de aquellos centáuros de bronce? Cerca estaba ya el momento en que la pólvora inflamada en Crecy iba á nivelar el peligro, y á establecer igualdad en el campo de batalla, permitiendo al pueblo poder inscribir su nombre en los fastos de la gloria.

No supo Felipe que los ingleses habian levantado el campamento, sino de allí á dos dias. El monarca francés, aunque tenia que medirse con un general mucho mas hábil que él, no por eso puede decirse que no tenia mucho valor y bastante capacidad. Las increibles faltas que cometió en aquella campaña, y las ventajas que dejó tomar al enemigo, no pueden atribuirse mas que al espíritu de infidelidad que súbitamente se habia apoderado de gran parte de sus vasallos: lo cual prueba que no todos estaban intimamente convencidos de la conveniencia de la ley sálica. Entonces conoció, dice un historiador, que se hallaba rodeado de traidores, que le engañaban con falsas noticias, y daban noticia de todos sus movimientos al enemigo. Desesperado de haber dejado escapar la presa, se puso á perseguirla sin tregua. Envió un cartel á Eduardo desafiándolo á batalla, ó bien en la llanura de Vaugirard, ó bien entre Pontoise y Trancoville, si queria detenerse ó esperarle. Eduardo contestó que no acostumbraba tomar consejo del enemigo, y prosiguió su marcha.

Al llegar á los campos de Beauvais, los arrasó como todos los demás, pasó los muros de aquella ciudad quemando y saqueando los arrabales, pero sin poder entrar en ella por la valerosa defensa de su obispo. La abadía de San Luciano fundada por Childerico era despues de la de Saint-Germain-des-Prés el edificio religioso mas antiguo de Francia. Eduardo estableció en ella sus cuarteles, y viendo al marcharse que las llamas empezaban á devorar el edificio, mandó prender y ahorcar á los incendiarios. Empezaba sin duda á comprender que le convenia mudar de política y dió órdenes de que se respetaran las iglesias; pero tales órdenes no fueron en realidad mas que apariencias ilusorias que ni engañaron al cielo, ni fueron obedecidas de los soldados.

De esta manera iba perdiendo lentamente la Francia sus ciudades, sus aldeas, los templos de la religion y los monumentos de sus reyes. Pero aun faltaba Crecy, calamidad que habia de hacer olvidar tantas calamidades, triste término de la marcha triunfal de Eduardo al través de ruinas.

Desde la abadía de San Luciano pasó á alojarse á Milly, y luego á Grand-Villiers. Al pasar por delante de Dargies quemó el castillo y taló los campos inmediatos. La ciudad de Poix se hallaba en aquel instante sin ningun elemento de defensa: en sus dos castillos nada mas encontraron los invasores que dos *hermosas señoritas*, hijas del señor de la ciudad que no salvaron su honor, sino por mediacion de los señores de Basset y de Chandos que las presentaron al rey de Inglaterra. Los habitantes de la ciudad se redimieron por de pronto del saqueo por una suma considerable; pero habiéndose suscitado al dia siguiente algunas contestaciones, fueron todos pasados á cuchillo. Por último, Eduardo acampó en Airaines, y envió sus mariscales á buscar un puente por donde pasar el Somme.

Allí habrian debido acabar sus triunfos y principiar las expiaciones: Felipe venia á marchas forzadas siguiendo sus pasos al frente de cien mil hombres, todos animados de los mas justos deseos de venganza.

Los ingleses no tenian mas que treinta mil combatientes: hallábanse ademas fatigados por la contínua marcha y abrumados, digámoslo así, por el peso del botin: viéndose acosados entre el mar, el ejército francés y el rio del Somme, cuyos puentes estaban rotos ó bien guardados, creyeron llegada ya para ellos la hora de la ruina. En vano los mariscales ingleses intentaron forzar el paso de los puentes de Remy, de Long en Ponthieu, y de Pequigny. No habiendo pues podido encontrar ningun punto por donde pasar el Somme, regresaron al campamento de Eduardo á dar cuenta del mal éxito de sus esploraciones. En aquel momento Felipe entraba en Amiens.

Arrepentido entonces el rey de Inglaterra de los triunfos que á costa de tantas atrocidades habia conseguido, propuso una suspension de armas y ofreció devolver todo lo que habia tomado, ¿pero podia acaso devolver la vida á tantas inocentes víctimas que su insana ambicion habia sacrificado? ¿Podia tal cúmulo de calamidades ser considerado nada mas que como régias diversiones, que no dejan en pos de sí huella ninguna cuando á los que se entretienen con ellas les place interrumpirlas? Felipe, como jefe y como padre de la patria, no pudo mitigar el dolor ni acallar el resentimiento, y desechó toda proposicion. No falta un historiador que al referir esta circunstancia quiere hacer responsable á Felipe de los males que posteriormente trajo aquella guerra: pero esa acusacion no pasa de ser una reprensible sutileza filosófica ó un modo de juzgar los hechos por los acontecimientos que vinieron en pos de ellos. Felipe en obsequio de sus pueblos estaba obligado á obtener una reparacion solemne, y debia tratar de dar á los enemigos una leccion no fácil de olvidar, haciéndoles entender cuál seria el resultado de las tentativas que en lo sucesivo les diese la manía de hacer. Un enemigo de tan mala fe como Eduardo no bien se habria librado del peligro, hubiera vuelto á proseguir su sistema de desolacion. Estas observaciones son razonables y destruyen la gratuita acusacion del autor á que nos referimos; pero la batalla de Crecy fue desgraciada. No siempre la fortuna marcha al par de la justicia; mas no por eso son menos efectivos y sagrados los derechos de ésta.

En tanto, dice Froissat, «estaba el rey de Inglaterra »muy pensativo en Airaines. Antes de la salida del sol »oyó misa y mandó que se tocara á marcha.» Atravesó el país de Vimen y se acercó á Abbeville. Entregó á las llamas un villorrio en las inmediaciones de aquella ciudad, y vino á pasar la noche en el hospital de Oisemont. Felipe por su parte, habiendo salido de Aimiens, llegó á la una del dia á Airanes. «Allí encontró »preparados los comestibles que los ingleses habian »abandonado precipitadamente. Habiendo vuelto los

mariscales de Eduardo á esplorar el terreno para ver si hallaban medio de pasar el rio, regresaron por la noche al real diciendo que su espedicion no habia tenido mejores resultados que la anterior. Si Felipe hubiera tenido solamente la ventaja de algunas horas de marcha, ó el vado de Blanque-Taque hubiese estado mejor custodiado, habria sido inevitable la ruina del ejército inglés.

Ese ejército y su monarca que tanto terror habian causado, sentian á su vez los efectos del terror. Eduardo, perdida su reputacion de capitan, despreciado como rey, aborrecido como hombre, iba á sufrir el trágico fin de un aventurero, ó de un incendiario. Siendo derrotado habria aparecido en la historia como un general sin prevision, sin valor, sin mérito; pero la victoria lo preconizó como general ilustre; el talento y la victoria son al parecer la misma cosa; un solo momento separa la infamia de la gloria.

Era de noche: en el campamento inglés nadie dormia: unos empezaban á afligirse por el botin, que se les iba á caer de las manos, y otros temerosos de no volver á ver nunca el patrio suelo, suspiraban por sus padres, por sus hijos y por sus esposas. Los soldados, que habian ido á esplorar el rio, contaban noticias horribles; á cada paso se creia oir la gritería del ejército francés, que habia prometido no dar cuartel á ningun enemigo. Felipe habia hecho este terrible juramento en un arrebato de cólera, y es de presumir que no lo hubiera cumplido en el momento del triunfo.

No era menor la ansiedad que dominaba entre los jefes: el mismo rey, arrinconado á la orilla del mar, bajo su tienda de campaña, como una fiera bajo su guarida, dirigia en su rededor sombrías miradas que cobraban algun viso de ternura al fijarse en su hijo: aquel jóven príncipe, destinado á ser en lo sucesivo modelo de la caballería, habia llegado sin saberlo á la víspera de su gloria, y empezaba, digámoslo así, á brillar con la aureola que dentro de pocas horas iba á desarrollarse sobre él. Su negra armadura daba un particular realce á su elevada talla y á su juventud, poniendo de manifiesto la blancura de su cútis: era alto y pálido como se dice que lo fue tambien el capitan Bayardo, pero mas hermoso que éste.

Eduardo, á fin de tomar un postrer partido, mandó reunir un consejo de guerra, y sintiéndose sin duda inspirado por la mala fortuna de la Francia hizo comparecer á varios prisioneros del país de Vimen y de Ponthieu, y prometió á cualquiera de ellos que indicase un vado para pasar el ejército, su libertad y la de otros veinte prisioneros. Entre aquellos desgraciados hubo un hombre de baja condicion, cuyo infame nombre, Gobin-Agace, ha sido conservado por la historia, como uno de los de aquellos hombres de perdicion que la Providencia emplea cuando se propone descargar su indignacion sobre algun pueblo culpable.

Aquel hombre declaró que existia un vado por el cual podian en algunas partes pasar doce hombres de frente, dos veces al dia, durante la baja mar. El fondo de este vado se componia de una arena blanquisca y dura, por lo cual se le daba el nombre de Blanque-Taque (Mancha blanca), ó Blanche-Cayeux. Añadió que podian pasar carros por ese vado, y que el agua no llegaba á los hombres mas que hasta la rodilla. Eduardo, arrebatado de gozo esclamó: «Si es cierto »lo que dices daré la libertad á tí y á tus compañeros, »y te daré cien escudos.» Y Gobin-Agace replicó: «Se»ñor, con mi cabeza respondo.»

Mandó en el acto Eduardo á sus capitanes estar prevenidos, y á media noche al primer sonido del clarin, *se cargaron las acémilas y carruajes*, y se tomaron las armas. Al despuntar principió á desfilar el ejército inglés guiado por Gobin-Agace. Harcourt mandaba la vanguardia, por consiguiente puede decirse que la fuga de los enemigos de la Francia era dirigida por dos franceses. El sol aparecia apenas en el Oriente, cuando llegaron al vado. Si era grande la alegría de los ingleses en tanto que se habian prometido valear el Somme, no fue menor su desesperacion cuando llegaron á su orilla y vieron que en tanto que no principiara el reflujo del mar era impracticable el paso. En aquel momento el flujo se hallaba en su mayor altura. No era este el único inconveniente: al otro lado del rio se veia formado en batalla un cuerpo de doce mil franceses mandados por aquel bizarro Godemar de Fay, que con tanto denuedo habia sostenido la defensa de Tournay. Temiendo Felipe que por último el enemigo llegaria á descubrir el vado de Blanque-Taque, destacó de su ejército mil hombres de armas y seis mil arqueros genoveses. Ese cuerpo, al cual se habian reunido las milicias de Abbeville, pasó el Somme en Saint-Seigneur y bajó á Blanque-Taque.

Cuatro horas mortales pasaron antes que el vado llegara á ser practicable. Por fin, el monarca inglés dió la señal y mandó á los dos mariscales Warwick y Harcourt atravesar el rio «con banderas desplegadas y »en nombre de Dios y San Jorge,» advirtiendo que los «soldados mas valientes y mejor armados fueran los »que debian ponerse al frente del movimiento.» Eduardo, seguido del príncipe de Gales, se arroja al agua con espada en mano: los caballeros franceses enristran lanzas en la orilla opuesta, salen á su encuentro y los reciben con denuedo. Trabóse un combate en el álveo mismo del rio. El peligro que corrian los ingleses se iba haciendo cada vez mas inminente; no les quedaban ya mas que dos horas para verificar el paso de sus tropas, carros y bagajes. Si la marea volvia á subir quedaban sepultados. Por otra parte empezaban á verse ya los esploradores del ejército de Felipe que les venia siguiendo los pasos. En esta crítica situacion se redoblaron las fuerzas y el denuedo de las huestes inglesas: sus arqueros logran á flechazos abrirse paso entre los arqueros genoveses que dominaban la orilla derecha del rio: Harcourt y Warwick consiguen llegar á esa orilla con algunos escuadrones; cargan á los franceses, los ponen en desórden, y se apoderan del terreno cubriendo el paso del resto del ejército y protegiendo la formacion de las columnas: apenas estas llegan á desplegarse, huyen las milicias mandadas por Fay, el mismo Fay no tuvo mas remedio que retirarse.

No bien acababa de pasar Eduardo con su ejército, cuando la vanguardia francesa entraba en el campamento que el enemigo acababa de abandonar y se apoderaba de algunos carruajes y de trescientos ó cuatrocientos rezagados. Bien hubieran podido exigirse represalias sobre aquellos incendiarios; pero se les perdonó la vida. Al llegar Felipe tuvo el disgusto de ver á su enemigo en la otra orilla, y no poder seguirle porque la marea empezaba ya á cubrir el vado. No tuvo, pues, mas remedio que malograr un dia, retroceder y verificar el paso del rio en Abbeville. El suceso que hemos descrito ocurrió el 24 de agosto de 1356, dia de San Bartolomé.

Así lo refieren Froissart y otros autores que han escrito posteriormente; pero el continuador de Nangis y el autor anónimo de la Crónica de Flandes aseguran que Godemar de Fay se retiró sin combatir: Mezeray añade que era pariente de Gofredo de Harcourt, y que estaba vendido á Eduardo: lo cierto es que Felipe en lo sucesivo quiso mandarlo ahorcar como traidor. Pero la indignacion de un rey escitada por la desgracia, y por el testimonio de dos autores que adoptan todos los rumores populares, no es testimonio bastante para destruir la relacion circunstanciada de Froissart, ni para deshonrar la memoria de un antiguo capitan que tan repetidas pruebas de valor y lealtad habia dado. Felipe tenia cien mil combatientes; si en vez de doce mil hubiera enviado treinta

mil al vado de Blanque-Taque, número igual al que tenian los ingleses, es probable que estos se hubiesen visto perdidos.

Eduardo, despues de haber pasado el vado, dió gracias á Dios, mandó llamar á Gobin-Agace, púsole en libertad juntamente con todos sus compañeros, y le dió los cien escudos prometidos y además una acémila.

Iba el enemigo á entrar en las llanuras donde los franceses no podian menos de salirle al paso; no podia sostenerse mas que de pillaje, y esta circunstancia retardaba su marcha. Si Eduardo apresuraba su retirada con un ejército cansado, y perseguido por tropas superiores en número, y que aun no habian llegado á fatigarse, era de presumir que la retirada se convertiria en fuga: además sabia Eduardo que Flandes le enviaba un socorro de treinta mil hombres, y estas reflexiones le obligaron á proceder con sumo tiento, no precipitando sus pasos y limitándose únicamente á escoger fuertes posiciones para estar á la defensiva y poder con ventaja resistir al ejército francés.

Con este objeto que revelaba las miras y la capacidad de un gran capitan, sentó su primer campamento en una altura que domina á Crecy, poblacion para siempre memorable á orillas del riachuelo llamado Maye. El condado de Ponthieu habia sido dado en dote á Isabel, hija de Felipe el Hermoso y madre de Eduardo. El rey de Inglaterra consideró como de buen agüero el defenderse, caso de ser atacado, sobre una tierra que por haber pertenecido á su madre creyó que deberia serle favorable. Los hombres se creen mas fuertes cuando pueden autorizarse con alguna cosa que se parezca á la justicia.

Felipe, temiendo que el enemigo se le volviera á escapar, no dió descanso ninguno á sus tropas, y por consiguiente desfilaron por el puente de Abbeville. Habiéndose alojado en la abadía de San Pedro de aquella ciudad, el rey dió una comida á los príncipes, que por la mayor parte hicieron sin saberlo en aquella ocasion, lo que en tiempo de los mártires se llamaba *comida libre*, es decir; la última comida antes de la muerte. Al amanecer del 25 de agosto de 1346, todo el ejército francés habia pasado el Somme. A su frente iban cuatro reyes, á saber: Felipe el Afortunado, rey de Francia; Juan el Ciego, rey de Bohemia; Cárlos, su hijo, electo emperador, llamado rey de Romanos, y el rey destronado de Mallorca. Tambien figuraba el conde de Alenzon, hermano del rey, que fue causa de que se perdiera la batalla; el conde de Blois, sobrino suyo; Luis conde de Flandes, y su jóven hijo: los condes de Sancerre, de Auxerre; Juan de Hainaut, conde de Beaumont; los duques de Lorena y de Saboya; toda la nobleza que no se hallaba en el sitio de Aiguillen; y finalmente, entre los escuderos y caballeros figuraba Harcourt, hermano mayor de Gofredo de Harcourt.

Engañado por una falsa noticia Felipe, al salir de Abbeville, creyó que los ingleses habian abandonado á Crecy: ya habia andado el ejército dos leguas por un camino opuesto, cuando se supo que Eduardo conservaba sns primeras posiciones. Fue, pues, preciso hacer alto, mudar de camino, y enviar á practicar un reconocimiento, cuya operacion fue confiada á Miles Desnoyers, porta-oriflama, y á los señores de Beaujeu, d'Aubigny y de Basele, llamado el Fraile.

El ejército inglés, dividido en tres cuerpos, cubria la colina de Crecy: en la cima de esta colina dominaba un bosque que Eduardo habia mandado rodear de un foso para protejer los bagajes y pertrechos de guerra. Eduardo mandó echar pie á tierra á toda la caballería, pesada, escepto unos mil doscientos ginetes colocados en las dos alas de la infantería. El bosque venia á formar como un último atrincheramiento que en el caso de una derrota habria tal vez servido mas de red que de punta de salvacion á los que se hubieran retirado. La izquierda de los ingleses estaba cubierta por el bosque de Crecy y la derecha por la aldea de ese nombre, y por atrincheramiento de tierra y troncos de árboles colocados horizontalmente: de manera que la línea de batalla que el ejército inglés presentaba descubierta era de muy corta estension, y estaba dispuesta de modo que el ejército de Felipe perdia al atacarlo la ventaja de la superioridad del número.

Los tres cuerpos escalonados presentaban tres semicírculos paralelos sobre la colina, y cada uno de ellos estaba subdividido en tres líneas, la primera de arqueros, la segunda de infantería de Gales é irlandesa, y la tercera de coraceros ó caballería á pie.

El primer cuerpo, que á manera de vanguardia estaba situado al pie de la colina, constaba de ochocientos coraceros, un tercio de infantería y dos mil arqueros, mandados todos por el príncipe de Gales ayudado de Gofredo de Harcourt, los condes de Warwick y de Kenfort, Chandos, el señor de Man y toda la flor de la caballería.

El segundo cuerpo, situado sobre el anterior, se componia de ochocientos coraceros y mil doscientos arqueros, mandados por los condes de Northampton y de Arundel.

El tercer cuerpo coronaba la colina á las inmediatas órdenes de Eduardo, y constaba de setecientos coraceros y dos mil arqueros. Tal vez era en el centro de este cuerpo donde se ocultaban máquinas desconocidas hasta entonces.

Atendidas estas disposiciones, Felipe tenia que atravesar, subiendo una colina, nueve líneas formidables.

Durante la noche que precedió á la batalla, Eduardo dió un magnífico convite á sus condes y barones, y cuando estos se retiraron entró en su oratorio y permaneció de rodillas hasta media noche. Concluida su oracion se recostó sobre una piel de cordero hastá que, al despuntar el dia, oyó misa y comulgó con el príncipe de Gales. La mayor parte del ejército se confesó y dispuso á comparecer ante Dios: lo mismo habia hecho Felipe en la abadía de San Pedro en Abbeville. Las oraciones pronunciadas bajo el casco, no eran en aquella época consideradas como una debilidad; porque se decia que el caballero que elevaba su espada hácia el cielo pedia la victoria, pero no la vida.

Concluidas las oraciones y oida la misa, volvieron los tres cuerpos á ocupar sus respectivos destinos, quedando cada caballero bajo su bandera y formando un magnífico espectáculo en la pendiente de la colina. Eduardo, cabalgando en un pequeño caballo, con un baston blanco en la mano, y seguido de sus mariscales, «recorrió las filas exhortando á los condes, barones, »caballeros, escuderos y mercenarios á cumplir con »su honor haciendo su deber, y esto se lo decia son»riendo y con palabras tan amables,» que los mas tímidos se llenaban de confianza al oirle. Despues de haber pasado revista de este modo á las tres líneas de batalla, se retiró cerca del medio dia á la que mandaba personalmente, con el objeto de estar á la mira de cuanto ocurriera durante el combate. El ejército comió, y en seguida los soldados se sentaron cada cual en su puesto sin perder la formacion, esperando tranquilamente al enemigo con las armas en descanso.

El porta-oriflama, Miles Desnoyers, y los señores de Beaujeu, d'Aubigny y de Basele, enviados por Felipe á esplarar el terreno, vieron á los ingleses en la situacion que acabamos de describir, con una turba de segadores sentados al rededor de un campo de trigo. Tambien los ingleses vieron á los esploradores, y les dejaron examinar á placer el campamento: desde entances se pudo, atendiendo á esa superioridad de sangre fria y de confianza, asegurar á qué lado se inclinaria la victoria. Eduardo habia tenido particular cuidado de mandar que por ningun concepto se rompieran las filas: esperaba, y no sin razon, convertir en provecho de sus armas el impetuoso ardor de los soldados franceses, á quienes ya mas de una vez habia sido fatal su escesivo denuedo.

Efectivamente, el tumulto y confusion del ejército francés presentaban un doloroso contraste con la calma y regularidad del enemigo: en aquel podian contarse mil intrépidos capitanes, pero ni un sólo general. Desde los primeros momentos no habian podido ponerse de acuerdo por lo tocante al órden que habia que seguir. Los ballesteros genoveses ocupaban un puesto detrás de la caballería á la cola de la columna: el rey de Bohemia hizo presente que no se daba á aquellos estranjeros toda la importancia que su acreditado valor merecia, y que ellos solos debian hacer frente á los arqueros ingleses. La autoridad de aquel anciano monarca y su esperiencia en la guerra convencieron á Felipe, y mandó que los genoveses se pusieran al frente de la columna, lo cual dió que murmurar al conde de Alenzon que deseaba ser el primero en chocar con el enemigo.

Al avanzar el ejército francés sobre Crecy se hallaba dispuesto del modo siguiente: quince mil ballesteros, casi todos genoveses, mandados por Cárlos Grimaldi y Antonio Doria, formaban la vanguardia; seguia Cárlos, conde Alenzon y hermano del rey, con cuatro mil combatientes, y por último, cerraba el cuerpo de ejército la columa mandada personalmente por el rey, compuesta igualmente por caballería, y acompañada de los monarcas estranjeros y de la alta nobleza. El duque de Saboya que acababa de llegar con un refuerzo de dos mil caballos, mandaba la retaguardia juntamente con el rey de Bohemia. Una innumerable infantería andaba errante, sin concierto ni formacion alguna en los campos, obstruyendo los caminos y sirviendo de estorbo á las tropas regulares. Cada ginete iba acompañado de tres ó cuatro infantes para su servicio, como sucede actualmente con los cuerpos de mamelucos: las guerras de las Cruzadas habian enseñado á la tropa francesa este modo de organizar la caballería, así como el uso de la ballesta, y el trage largo.

Al volver los cuatro caballeros esploradores de su espedicion, Felipe les preguntó en alta voz qué noticias traian, y ellos mirándose recíprocamente, parecia que no se atrevian á esplicarse. El rey mando hablar al señor de Basele. Este caballero, suizo y champañés, servia al rey de Bohemia, y pasaba por uno de los capitanes mas prácticos del ejército. «Hemos cabalga»do hácia el enemigo, dijo este caballero, y hemos »tenido ocasion de ver y examinar el buen órden en »que se hallan los ingleses. Mi parecer, señor, salvo »el superior vuestro, seria que mandárais acampar »el ejército sobre este terreno y permanecer en él du»rante todo el dia de hoy. Pues antes que puedan reu»nirse todas las tropas que vienen á retaguardia, y »ordenarse en batalla, será ya tarde, y además vues»tros soldados llenos de cansancio tendrán que chocar »con un enemigo fresco y vigoroso. Mañana se podrá »pensar con mas madurez y obrar con mas acierto en »vista del detenido reconocimiento que se hará del »campo enemigo, pues no debeis tener la menor duda »que esperarán el combate.»

Jamás se dió un consejo mas saludable: el ejército francés venia fatigado de las continuas marchas, habia pasado la noche anterior desfilando por Abbeville; acababa de andar seis leguas al trote de la caballería; estaba abrumado de cansancio y de calor (era un dia de los mas calorosos del estío), y por último, no habia tomado todavía alimento, y acababa de sufrir un aguacero que casi habia inutilizado los arcos de los genoveses.

No se ocultó á Felipe la discreccion de aquel consejo, y por lo tanto mandó suspender la marcha. Los dos mariscales de Montmorency y de Saint-Venann, recorrieron la columna gritando: «¡Alto, banderas: en »nombre de Dios y de San Dionisio, alto!» Bien se revela en esa voz de mando, y en esas costumbres que solo *Dios* era el considerado como supremo soberano en aquella época, y que los mariscales de Francia ejercian funciones que hoy están á cargo de los subalternos inferiores.

Los genoveses hicieron alto, y empezaron á preparar su comida; pero el conde de Alenzon que iba en pos de ellos con su caballería ó no oyó la órden, ó no quiso obedecerla. La juventud que rodeaba al conde consideraba como un insulto el que los genoveses hubieran de ser los primeros en atacar al enemigo, y juraron no hacer alto hasta ponerse delante de los estranjeros que iban al frente de la columna. El conde de Alenzon encuentra á los genoveses ocupados en preparar sus ranchos, los trata de cobardes, y los obliga é marchar adelante. Los últimos cuerpos de la columna no quieren tampoco detenerse; el rey y los mariscales se ven, á pesar de sus esfuerzos, arrastrados por un impulso general. Las milicias municipales que confusamente cubrian el campo que media entre Abbeville y Crecy al ver avanzar la caballería, creyeron que la accion habia ya principiado, y vibrando sus diversas armas empezaron á gritar: *¡A la muerte! ¡A la muerte!* y cada señor se precipita con sus vasallos anhelando llegar el primero. Cien mil hombres se empujan y precipitan en un pequeño espacio: un eclipse acaba de exaltar la imaginacion, una tempestad estalla y aumenta el desórden; y finalmente, entre estallidos de truenos y torrentes de lluvia llega el ejército francés á la vista del enemigo gritando: *¡A la muerte! ¡A la muerte!*

Los ingleses se levantan silenciosamente: solo los arqueros colocados en primera fila son los que dan un paso adelante; la infantería irlandesa y la del pais de Gales desenvainan su ancha y corta espada, y los soldados que están en tercera fila suspenden lanzas, de manera *que parecen un pequeño bosque*.

Si no le fue dado á Felipe detener su ejército antes de llegar al campo de batalla, mucho menos posible le hubiera sido conseguirlo en presencia del enemigo: la vista de los ingleses produjo en el mismo pecho del monarca igual sensacion que la que causó en todo el ejército; furor marcial, ansia de combate. «Allí es»tán, gritó Felipe, allí estan esos malvados que han »degollado á mi pobre pueblo y desolado é incendiado »la Francia. Ea señores, barones, caballeros y hom»bres buenos, venguemos nuestras injurias, olvide»mos odios y rencillas pasadas, si por casualidad las »hay entre nosotros, y mostrándonos corteses, sin or»gullo, portémonos en esta ocasion como parientes, »como hermanos.»

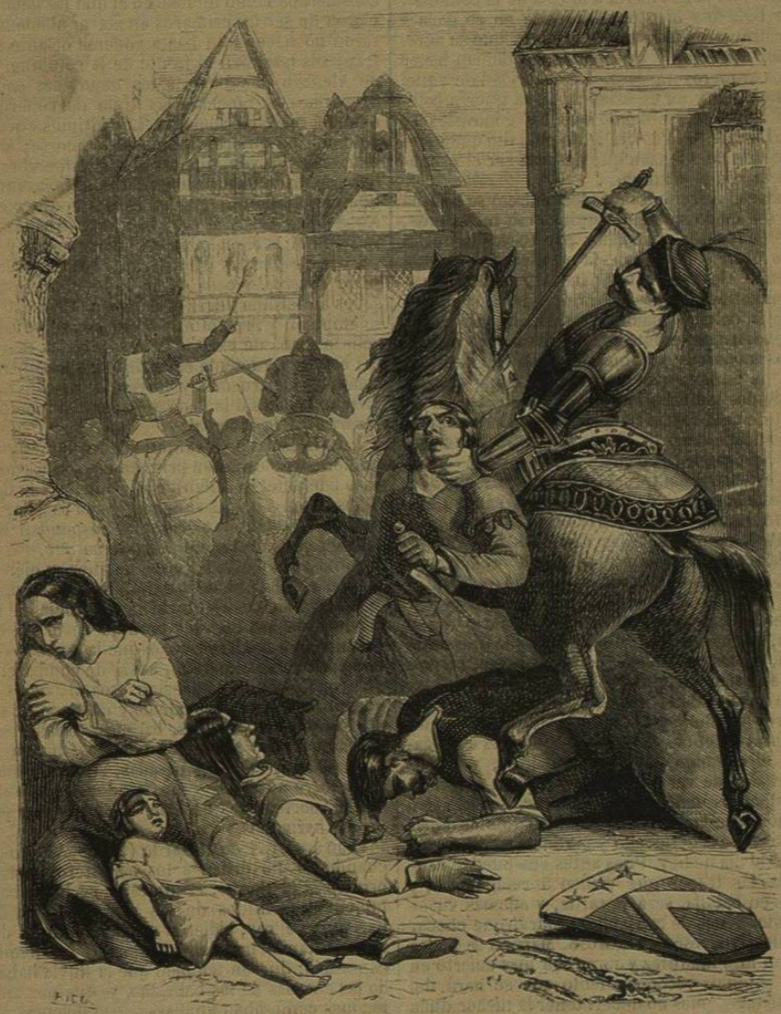
Eran las tres de la tarde (26 de Agosto de 1346) cuando se dió órden á los ballesteros genoveses de principiar el ataque. Como estos se hallanban secretamente resentidos de las ultrajantes palabras del hermono del rey, pidieron un momento de descanso, representando hallarse abrumados de hambre y de cansancio; dijeron tambien que la lluvia habia aflojado las cuerdas de las ballestas, y que por todas estas razones confesaban «hallarse poco dispuestos á llevar »á cabo grandes hazañas.» Habiendo oido el conde de Alenzon estas palabras, gritó: «Por nuestra cuenta »corre el que ese canalla cumpla con su obligacion,» y cargó sobre ellos. Viéndose los genoveses obligados á combatir principiaron «dando espantosos alaridos «para aturdir á los ingleses.» A cada grito hacian un momento de alto, y en seguida corrian hácia el enemigo: al tercer grito lanzaron sus flechas que no produjeron ningun efecto.

Entonces los arqueros ingleses desnudaron sus armas que hasta entonces habian estado cubiertas con la funda por la lluvia; tendiéronlas hasta juntar sus extremidades, y lanzaron tal número de flechas que,

segun los historiadores refieren, cayeron como una espesa nevada sobre los genoveses. No fue menester mas para que estos italianos se declararán en precipitada fuga, cayendo sobre los coraceros del conde de Alenzon: Doria y Grimaldí perdieron la vida al esforzarse por volver á ordenarlos.

Felipe echó de ver el desórden que esta ocurrencia produjo, y como no podia apartar de su mente la idea de traicion, gritó á los suyos: «Matad, matad á esa »canalla que nos cierra el paso.» El conde de Alenzon mandó tocar á carga y pasó con su caballería sobre el cuerpo de los genoveses, que al verse acosados por todas partes, cortaron las cuerdas de las ballestas y se dispersaron en todas direcciones. En tanto los arqueros ingleses no cesaban de disparar nubes de flechas, y la caballería francesa iba cayendo sin poder llegar á las manos.

El conde de Alenzon se abrió paso al través de los



TOMA DE CAEN.

ballesteros genoveses que huian, y los ingleses que avanzaban: desbarata la segunda línea de las tropas mandadas por el jóven hijo de Eduardo, rompe la masa de infantería, y se encuentra con los ginetes del príncipe de Gales que á su vez cargan tambien. El conde de Flandes, con su hijo el Delfin Vienés y el duque de Lorena, vuelan presurosos desde el cuerpo de batalla francés á compartir la gloria y el peligro del conde de Alenzon. Crúzanse las lanzas, chocan las espadas. Todos aquellos príncipes, duques, caballeros, condes, barones, combaten personalmente unos con otros. Fermentaban aun en los ánimos las ideas romancescas de una feroz independencia; y lo que cada cual deseaba era adquirir nombradía, aunque fuese á costa del resultado general de la accion. Nunca se vió mas valor ni menos habilidad. Entre tanto el

cielo fue despejándose de nubes, pero aun esto fue contrario á los franceses, pues el viento y el sol les daban en el rostro. A proporcion que titubeaban eran degollados por la infantería de Gales y los irlandeses.

Al ver Felipe al conde de Alenzon en el centro de la segunda division de los ingleses, se llenó de temor por su hermano, y avanzó á socorrerle con el cuerpo de batalla. La segunda division enemiga efectuó por su parte el mismo movimiento para sostener al príncipe de Gales, y cerrar el paso al rey de Francia: la batalla volvió á reanimarse.

El príncipe de Gales, contra quien el conde de Alenzon dirigia sus esfuerzos, estaba ya á punto de sucumbir: Warwick y Gofredo encargados de su custodia, enviaron á pedir refuerzos á su padre. Pues qué, contestó Eduardo, «¿está por ventura mi hijo tan mal

EL REY JUAN EN LA BATALLA DE POITIERS.

herido ó muerto que no puede ayudarse á sí mismo?» El mensajero dijo: «Nada de eso sucede á Dios gracias.» Pues entonces, replicó el rey, volved á decir de mi parte á los que os han enviado, que por fracasos que les sucedan no me envien á pedir auxilio en tanto que mi hijo viva, y decidles tambien, que les mando dejen ganar al niño sus espuelas. Quiero, si Dios no manda otra cosa, que sea suyo el honor de la jornada.

Esta contestacion, en la cual va la sencillez caballeresca unida con la firmeza de un antiguo romano, reanimó el valor de los dos mariscales ingleses. Harcourt debia recibir un castigo por la victoria que acababa de obtener contra su patria, como sucede á todos los que se obstinan en esas largas venganzas que solo pertenecen á Dios. Dijéronle á Gofredo, que en la refriega se veia la bandera de su hermano, el

conde: buscábalo con afan para salvarlo; pero no habiendo el conde querido sobrevivir á la ignominia del triunfo de su hermano, se arrojó á la honrosa muerte con que le brindaban los enemigos de su patria.

El rey de Bohemia se hallaba á la retaguardia con el duque de Saboya. Diéronle noticia de los sucesos. «¿En dónde está mi señor hijo Carlos?» preguntó el anciano. Dijeronle que estaba convatiendo valerosamente, diciendo á voces; «¡Soy rey de Bohemia! y que habia recibicido tres heridas.

El anciano, exaltado por su valor y por su afecto de padre, instó al duque de Saboya á que marcharan á socorrer á sus amigos; el duque cedió y avanzó con la retaguardia, aunque no con toda la celeridad que el monarca ciego habria deseado. Iba éste diciendo á los que le rodeaban: «compañeros hemos nacido en »una misma tierra, bajo un mismo sol; hemos sido »criados y educados para un mismo destino: os ase»guro que hoy no me separare de vosotros mientras »conserve algo de vida.» Al estar ya á apunto de cruzar las armas con las del enemigo, dijo á sus caballeros; «señores sé que sois mis amigos: por consi»guiente os suplico me pongais en sitio donde me sea »posible dar una estocada. Los caballeros contestaron: »que asi lo harian con el mayor placer. Ataron en »efecto el caballo del rey al freno de uno de los suyos »á fin de que no se estraviase durante la refriega, y »asi juntos avanzaron sobre el enemigo.

Penetró el rey de Bohemia conducido por sus caballeros hasta el príncipe de Gales. Los dos héroes, de los cuales, el uno principiaba y el otro estaba ya al término de su carrera, cruzaron varias veces sus lanzas para ilustrar sus primeros y sus últimos golpes. La multitud separó á esos combatientes, de edad y de porvenir tan distinto; pero tan semejantes en lo relativo á la nobleza, generosidad y valor. «El rey de Bohe»mia avanzó tanto, que pudo dar, no una estocada, »sino varias, y combatió muy vigorosamente, asi como »todos los que le acompañaban. Tanto avanzaron, que »al dia siguiente se encontraron sus cadáveres agru»pados junto al de su monarca y los de sus caballos »atados aun por las bridas.» ¡Verdadero prodigio de lealtad y de honor! La poesía que entonces empezaba á despertar del letargo de la barbarie, se dió prisa á inmortalizar al anciano rey de Boehmia: el Petrarca lo celebró en sus cantos, y jóven Eduardo tomó su divisa, que luego fue adoptada por los príncipes de Gales, y consiste en tres plumas de avestruz con esta leyenda en tudesco; *Ih riech* yo sirvo. Solo la Francia odia jactarse de tener tales servidores.

El combate seguia con encarnizamiento; pero habiendo muerto el conde de Alenzon y el conde de Flandes, la caballería de estos príncipes empezó á replegarse; el hermano de Felipe espiaba con aquel fin digno de su raza, las calamidades á que directamente habia dado lugar.

De repente, los soldados franceses creyeron oir estallar el rayo y creyeron que una muerte invisible caia sobre ellos. No parecia sino que el mismo Dios se declaraba en favor de sus enemigos, y lanzaba sus rayos en medio del campo de batalla. Por la primera vez, el estampido del cañon llegaba al oido de los franceses, causandoles una indefinible sensacion. Tal vez desde aquel momento persintieron las victorias que en los futuros tiempos habian de conseguir por medio de aquella arma: una densa nuve de humo, rasgada de cuando en cuando por pasajeras y terribles llamas, encubria su gloria y su desgracia. Aquella oscuridad guerrera debia envolver en lo sucesivo los grandes hechos, los grandes combates y el espectáculo de sangre que tan grato era á la claridad y á los caballeros

Eduardo habia colocado seis piezas de artillería sobre la colina: la pólvora era ya conocida, pero aun no se habia hecho aplicacion de ella en las batallas. La guerra antigua y la guerra moderna, el genio de Duguesclin y el de Turena, se encontraron de frente en los campos de Crecy. La lanza la flecha y la bala alcanzaban á un mismo tiempo al caballo y al caballero, el oriflama, el estandarte real y las diversas banderas, desgarradas hasta entonces por el sable, se vieron por primera vez atravesadas por aquellos globos de hierro que rasgan actualmente las banderas. Tan grande era el hacinamiento de armas y de cadáveres, que los vivientes se encontraban como asediados, y tenian que permanecer inmóviles entre aquellas barricadas de muertos.

Todo queda envuelto en una comun ruina: reyes, príncipes, caballeros, ginetes é infantes, entre el horror de aquella matanza, Felipe no buscaba sino un golpe que pusiera fin á su vida. Desde la primera carga le habian matado el caballo. Al ver caer al monarca, todo el ejército francés habia gritado unánimemente, «*¡Salvad al rey!*» Ultimo recurso de la Fancia, último sentimiento que animaba á todo francés al ver que todo se habia perdido. Ese grito de honor, de abnegacion, de ternura y dolor resonó en las filas enemigas, y aumentó en ellas las probabilidades de la victoria. Juan de Hainaut, que en aquel momento se hallaba cerca del monarca, consiguió, empleando grandes esfuerzos, hacerle tomar otro caballo, pero no que se retirara. Deseando Felipe socorrer á su hermano que ya habia sido derribado, se metió sin oir reflexiones, en medio de las masas enemigas, y recibió una herida en la garganta, y otra en el muslo. El sol habia ya desaparecido del horizonte y el rey se empeñó todavía en morir por los franceses que se habian sacrificado por él. Juan de Hainaut no tuvo mas remedio que hacerle violencia. Apoderóse de las bridas del caballo del monarca, y lo separó de aquel campo de desolacion, diciéndole: «señor, retiraos: »aun es tiempo; no lo desaprovecheis. Lo que esta vez »hayais perdido, en otro lance podreis recobrarlo.

La noche oscura y lluviosa favoreció la retirada de Felipe, de aquel monarca, que habiendo entrado en el campo de batalla con ciento veinte mil combatientes salia de él con solo cinco caballeros, á saber: Juan de Hainaut. Carlos de Montmorency, y los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Montsault. Llegó al castillo de Broye á tiempo que las puertas estaban ya cerradas. El gobernador se asomó á las almenas. ¿Quién está ahí? ¿quién llama ha estas horas?—La fortuna de Francia, contestó el monarca, abrid. Palabras mas hermosas que las de César en la tempestad; confianza magnánima, tan honrosa al vasallo como al monarca, y que pinta la grandeza del uno y del otro durante la monarquia de San Luis.

Del castillo de Broye, Felipe pasó á Amiens.

Hacia ya dos horas que reinaba la noche, y los ingleses no acababan de persuadirse de su victoria hasta que el sepulcral silencio que dominaba en el campp de batalla, empezó á darles una idea de ella. Por último encendieron hogueras, y á su rojizo esplandor, tuvieron ocasion de ver los inmensos funerales de que estaban rodeados. Algunos movimientos desconcertados indicaban los restos de una vida sin inteligencia: algunos heridos sin voz y sin palabra, movian maquinalmente la cabeza ó los brazos en aquellas regiones de la muerte: ¡escena indefinible, espantosa, entre la resurecion y la nada!

Eduardo, que durante toda la jornada, ni aun siquiera se habia puesto el casco, bajó entonces de la colina, y dirigiéndose hácia el príncipe de Gales, le dijo estrechándolo en sus brazos: «¡Dios te dé perseverancia! Eres hijo mio.» El príncipe humilló su cabeza en honor del padre. Las hoguerras encendidas por los soldados, iluminaron aquellos abrazos en medio de tantos hijos privados enteramente de las caricias paternales. El hijo y el nieto de Felipe el Hermoso, tenian en sus venas sangre de la misma especie que la que estaban hollando con sus pies, ¡sangre

francesa! Bien podian ya ir á contar á su madre que aun vivia lo que habia visto en aquel inmenso catafalco donde yacian los restos de sus parientes y amigos.

El dia amaneció cubierto de una niebla tan espesa, que apenas se distinguia lo que estaba á unos pasos de distancia. Las milicias municipales de Rouen y de Beauvais, otra columna mandada por los delegados del arzobispo de Rouen y por el gran prior de Francia, y mil lanzas conducidas por el duque de Lorena, sin saber lo que habia ocurrido, venian á reunirse con el ejército de Felipe. Los ingleses plantaron en un sitio elevado las banderas que habian caido en su poder, y los franceses, atraidos por esta señal, acudieron al sitio y fueron degollados: allí perecieron el duque de Lorena, al arzobispo de Rouen y el gran prior de Francia con toda su gente.

Eduardo deseó conocer la estension de su triunfo: Reynaldo y Cobham y Ricardo de Stanfort, fueron comisionados para contar los muertos, y lo verificaron acompañados de tres heraldos que reconocian los escudos de armas, y dos notarios que apuntaban los nombres. Esta fúnebre operacion duró todo el dia.

En estos fastos del honor se hallaban inscritos, segun Froisard, mil y cien señores feudales, ochenta señores de bandera, mil doscientos caballeros de un solo escudo (es decir, que no servian al rey mas que con solo su persona), y treinta mil combatientes. Algunos historiadores dicen que perecieron treinta mil hombres el dia de la batalla, y un número duplicado al dia siguiente: eso es una exageracion manifiesta. Nunca se tiene presente en los cálculos de las antiguas batallas, el tiempo que materialmente era preciso para matar cuando no estaban en uso las máquinas de guerra, y sobre todo, cuando no era aun conocida esa artillería en los tiempos modernos que barre filas enterras de hombres de un solo disparo. Segun aquellos historiadores seria preciso suponer que treinta mil ingleses mataron á ochenta mil hombres en cinco ó seis horas, á flechazos, lanzadas y estocadas, pues aunque es cierto que hubo artillería, es de suponer que su efecto seria casi nulo, tanto por no haber jugado mas que un momento al anochecer, como por lo mal servidas que indudablemente estarian las piezas. Aun nos escedemos respecto al número de los matadores, pues ya hemos visto que la division mandada personalmente por Eduardo, no llegó á estar en accion. Una carta de Miguel Northburgh, testigo ocular, nos ha sido conservada por Roberto de Avesbury en su historia de Eduardo III (1). Este documento reduce el número de ginetes muertos el dia de la batalla, á mil quinientos cuarenta y dos, sin hacer mencion de los *milicianos municipales é infantes;* y el dia siguiente á mas de dos mil. Northburgh da la siguiente lista de los principales señores que murieron en ambas jornadas: «El rey de Bohemia, el duque de Lorena, el conde de Alenzon, el conde de Flandes, el conde de Harcourt y sus dos hijos (*notable particularidad*), el conde de Aumale, el conde de Nevers y su hermano el señor de Thouars, el arzobispo de Sens, el de Nemes, el gran prior del hospital de Francia, el conde de Saboya, el señor de Morles, el de Guyes, el de Saint-Venant (*mariscal*), el de Rosingburgh, seis condes alemanes, una multitud de otros condes y barones, y señores, cuyos nombres no han podido ser sabidos. Felipe de Valois, y el marqués llamado electo de romanos, (*Cárlos de Luxemburgo, electo rey de romanos*), escaparon heridos.» Esta carta fue escrita el cuatro de setiembre, á los nueve dias despues de la batalla.

A esas ilustres víctimas hay que añadir el ex-rey de Mallorca, el conde de Blois, sobrino del rey de Francia, los condes de Samcerre y Auverré, el duque de Borbon, y finalmente, los dos capitanes de los genoveses, Grimaldi y Doria.

Eduardo mandó separar los cadáveres de estos señores, y darles sepultura en el monasterio de Mainteney, cerca de Crecy. Knighton y Walsingham afirman, que los ingleses no perdieron mas que un escudero, tres caballeros, y un reducido número de soldados. La victoria no cuenta sus víctimas, el que triunfa nada ha perdido.

La alta aristocracia francesa ha sufrido tres grandes derrotas causadas por los ingleses, Crecy, Poitiers y Azincourt, asi como los patricios romanos perdieron tres grandes batallas contra los cartagineses en Trebia, Trasimena y Canas. Esos desastres que costaron á la Francia sangre pero no gloria, se convirtieron finalmente en provecho de su civilizacion y de sus libertades. En los campos de Crecy recibió la alta nobleza de Francia una profunda herida que dilatándose en Poitiers, Azincourt y Nicópolis, acabó con el cuerpo aristocrático. No tardó despues de las derrotas de Felipe de Valois y de su hijo Juan, en aparecer otra nobleza de la que hasta entonces no se habia oido aun hablar, y que sucedió á la primera, asi como la segunda nobleza de los francos apareció despues de la derrota de Lotario en la batalla de Fontenay. Habia sido mirada con desprecio la nobleza de los hidalgos de provincia, y se consideró como una dicha el haber encontrado su espada. Los Charny, los Ribaumont, los Duguesclin, los La Tremouille, los Boucicault y los Saintré, fueron seguidos de los Pothon y de los La Hire, perpetuando aquella raza heróica hasta Bayardo y el capitan La Noue. Esa segunda caballería, no menos ilustre que su antecesora, sustituida á la alta aristocracia, constituye la transicion entre el ejército aristocrático y el plebeyo. Duguesclin dió principio al arte militar moderno y á la disciplina. Las sublevaciones populares conocidas con el nombre de *Jaquería*, y las tituladas *Grandes compañias*, dieron á entender á los plebeyos, que podian batirse lo mismo que sus señores. La organizacion de las tropas regulares establecida en tiempo de Cárlos VII, varió tambien la forma de reclutar hombres para el servicio de las armas. La monarquía, asi como el ejército nacional, tomaron nuevas fuerzas del mismo debilitamiento del cuerpo aristocrático militar: la antigua constitucion del Estado se alteró en su parte esencial, y la sociedad, impelida por aquello mismo que se consideraba como una desgracia, caminó hácia el grado de civilizacion en que la vemos actualmente. Podria decirse que la corona de Francia y la nacion francesa renacieron bajo los muertos del campo de batalla de Crecy.

La última aparicion de los nobles como soldados, tuvo lugar en la batalla de Ivry, donde se presentaron formando una masa de dos mil hombres armados de pies á cabeza. A fines del reinado de Enrique IV, el furor de los duelos debilitó lo poco que todavía quedaba de la segunda aristocracia. Finalmente, en tiempo de Luis XIII y de Luis XIV, los nobles sirvieron en cuerpos privilegiados ó desempeñaron plazas de oficiales en los regimientos del ejército nacional. No desmerecieron de su antigua nombradía en esa nueva situacion: las batallas dadas por Condé ó Turena, atestiguan que si bien los nobles habian cambiado de fortuna, no por eso habian degenerado de su antiguo valor. En los campos de Clostercamp y de Fontenay en tiempo de Luis XV, y en la guerra de América, reinando Luis XVI, no tuvo por cierto que avergonzarse Erancia de los Assas y los Lafayette. Cuando al estallar la revolucion, no le quedaba ya al pobre hidalgo, vuelto á su primera condicion de Franco, mas que su espada, fué á ponerla á los pies de aquellos que en su concepto podian exigir ese servicio; trocó la victoria por la desgracia. Si eso fue culpa, culpa fue del honor, y puesto que la nobleza debia

(1) Puede verse esa carta en la escelente edicion de Froissart, por M. Buchon.

perecer, bien obró en buscar su fin en el mismo principio que lo habia dado la vida. De allí á poco empezaron á brillar los portentos del ejército plebeyo. Si la Francia consigue generalizar en la actualidad el sistema de los Guardias Nacionales, tal vez llegará á quedar destruido el de los ejércitos permanentes, y se restablecerán los antiguos reclutamientos en masa, y la democracia vendrá á proceder del mismo modo que procedió la aristocracia. Los hombres se agitan en un círculo eterno, y reproducen incesantemente las mismas instituciones aunque en sentido y en nombre diferentes.

SUMARIO.

Llega Felipe á Amiens, é intenta en vano levantar un nuevo ejército para dar una segunda batalla.—Quiere mandar ahorcar á Godemar de Pay, y desiste por persuasion de Juan de Hainaurt.—Gofredo de Harcourt viene á arrojaase suplicando perdon á los pies de Felipe, y lo consigue.—Eduardo pone sitio á Calais; el duque de Normandía levanta el de Aiguillon.—Los ingleses de la Guiena invaden todo el pais hasta el Loira.—Prosigue la guerra de Bretaña.—Heroismo de Gofredo de Pontblanc en Lannion.—Hacen prisionero á Carlos de Blois en el sitio de la Roche de Rieu.—Muerte del vizcoude de Rohan y de los señores de Chateaubriand, de Roye, de Laval, de Tournemine, de Rieu, de Boisboisel, de Machecou, de Rosterner, de Loheac y de la Jaille. Batalla de Neville, en la que David Bruce, rey de Escocia, cae prisionero de la reina de Inglaterra.—Aumento de contribuciones.—Aumento y alteracion de monedas.—Multitud de pensiones concedidas sobre el tesoro en calidad de feudo.—Aventura de Luis de Male, conde de Flandes, hijo de Luis, muerto en la batalla de Crecy.—Gualtiero de Mauny alcanza un salvo-conducto para atravesar la Francia, y pasar desde la Guiena al campo de Eduardo que estaba sitiando á Calais.—Carácter del tiempo: echase de ver la fé religiosa en la fé política; no puede llamarse civilizacion intelectual de la especie, sino civilizacion del individuo.—La urbanidad de las clases elevadas hace desaparecer la barbarie y el fanatismo del honor caballeresco, hace las veces de la virtud del ciudadano.—Felipe marcha al socorro de Calais, que ya sufre los horrores del hambre.—Alegría de los habitantes de aquella ciudad al ver marchar en órden de batalla al ejército de Felipe, y su dolor al ver que se aleja sin poder socorrerlos.

FRAGMENTOS.

RENDICION DE CALAIS.

Los habitantes de la ciudad vieron desde lo alto de los muros la retirada del rey, y exhalaron un doloroso grito como niños que se ven abandonados de su padre. «Tan profundo era su dolor y su angustia, que »los mas robustos podian apenas sostenerse de pie.» Convencidos de que ya no les quedaba esperanza, fueron á encontrar á Juan de Vienne, rogándolo abriera negociaciones con Eduardo.

El gobernador subió á las almenas de los muros, é hizo señales de querer parlamentar, y en virtud de ellas, Eduardo envió á Gualtiero de Mauny y al señor Basset, á oir las proposiciones que iba á hacer Juan de Vienne. Así que estuvieron al alcance de la voz, el anciano capitan les habló de este modo: «Queridos »señores, sois muy cumplidos caballeros en lo tocante á hechos de armas. Ya sabeis que el rey de Francia, á quien hemos reconocido por señor, nos ha »colocado aquí para que defendamos esta ciudad y »castillo; sobre todo hemos hecho lo que nos ha sido »posible. Ya carecemos de todo socorro. No tenemos »víveres, y no habrá mas remedio que morir todos de »hambre, si el cortés rey y señor vuestro no se apiada »de nosotros. Esto quisiéramos que por piedad le dijérais, y que nos deje marchar tal cual estamos.»

Juan, contestó Gualtiero de Mauny: «lejos está el »rey de tener intencion de dejaros marchar de ese »modo. Lo que desea es que os entregueis enteramente á discrecion para exigir rescate de quien le parezca ó para condenaros á muerte.»

El gobernador replicó: «Gualtiero, esa es una condicion demasiado dura para nosotros. Aquí nos »hallamos reunidos un pequeño número de caballeros »y escuderos que lealmente hemos servido á nuestro »soberano el rey de Francia, como en iguales circunstancias vosotros serviriais al vuestro. Mucho »es lo que hemos sufrido, pero nos hallamos resueltos »á apurar el término de todas las miserias antes que »consentir que el mas humilde habitante de la ciudad »tenga que pasar por condiciones mas duras que las »que á nosotros se nos impongan. Os suplicamos, »pues en nombre de vuestra humildad, que volvais, »á veros con el rey de Inglaterra, y esperamos que »Dios mediante, su mucha hidalguía no podrá menos de cambiar de resolucion.»

Los dos caballeros ingleses oida esta contestacion, regresaron, y refirieron á su monarca las palabras del gobernador. Irritado Eduardo por la obstinada resistencia de la plaza, y recordando las ventajas que sobre el ejército inglés habian conseguido los habitantes de Calais en cuantos combates navales habian ocurrido, estaba resuelto á no dar cuartel á ninguno. El caballero Mauny, tan generoso como valiente, se atrevió á manifestar al rey, que aquellos franceses no por haber servido lealmente á su monarca, eran dignos de ser tratados con tal rigor; que Felipe al apoderarse de alguna ciudad usaria de represalias, y por último, dijo: «Tal vez, monseñor, no vais acertado en tomar esa determinacion, pues podria redundar en darnos muy mal ejemplo.» Los barones y caballeros ingleses que se hallaban presentes, corroboraron esta opinion de manera que Eduardo esclamó: «Pues bien, »no quiero tener que sustentar mi opinion contra todos vosotros. Señor Gualtiero, id á decir al gober»nador de Calais, que me entregue seis de los mas »distinguidos particulares de la ciudad: que se me »presenten con la cabeza descubierta, los pies des»nudos, la soga al cuello, y las llaves de la ciudad y »del castillo en las manos: yo haré de ellos lo que me »plazca y concederé gracia á los demas.»

Mauny llevó esta contestacion á Juan de Vienne, que aun permanecia apoyado en las almenas de la muralla, y este despues de haberla oido, suplicó al inglés esperara un momento mientras iba á comunicarla á los ciudadanos. Mandó tocar la campana de alarma, y al instante se reunieron en las plazas todos los habitantes de la ciudad. Dióles cuenta el gobernador de las diligencias practicadas, y por último, puso en noticia suya la postrera condicion que el rey de Inglaterra les imponia.

Por de pronto, todos los oyentes quedaron abismados en profundo silencio, buscando con anhelantes miradas cuáles deberian ser las seis víctimas destinadas á redimir con su sangre la vida de los demas ciudadanos. Pasado aquel momento de estupor, toda aquella turba medio estenuada de hambre, prorumpió en un doloroso gemido: «entonces principiaron »á soltar el llanto toda clase de personas, de tal ma»nera, que habrian causado compasion al hombre »mas endurecido, y hasta el mismo gobernador no »pudo evitar que sus ojos se arrasaran de tiernas »lágrimas.

Pero era preciso dar una pronta contestacion: el tiempo concedido de tregua iba á espirar. En medio de este conflicto alzó la voz un ciudadano, cuyo nombre es ya conocido del lector: Eustaquio de Saint-Pierre. Sus grandes riquezas, y el crédito que gozaba, le daban las condiciones requeridas para ser una de las víctimas que debian sacrificarse en nombre de los demas.

La historia nos ha trasmitido su discurso, sus santas palabras que deben ser reproducidas sin la mas leve alteracion: «Señores, grandes y pequeños, muy »doloroso y cruel seria dejar morir á un pueblo como »este, de hambre ó de otro cualquier modo, cuando

»no se encontrará medio ninguno de salvarlo, y seria »muy caritativo y aceptable á los ojos de Nuestro »Señor el poderlo salvar. Tan grande es la esperanza »que tengo de que Nuestro Señor me perdonará si »muero por salvar á este pueblo, que quiero ser el »primero en despojarme de mis vestidos, y en pre»sentarme con la cabeza y los pies desnudos y la soga »al cuello, á disposicion del rey de Inglaterra.»

«Al acabar de pronunciar el señor Eustaquio estas palabras, cada cual se sintió poseido de adorable compasion, y hubo hombres y mujeres que fueron á arrojarse á sus piés llorando tiernamente.»

La virtud es contagiosa así como el vicio: no bien habia aquel insigne ciudadano acabado de hablar, cuando Juan de Aire, *padre de dos hermosas señoritas*, manifestó *querer seguir la suerte de su compadre* Jacobo y Pedro de Wisant, hermanos, dijeron que querian *hacer compañía* á sus primos Eustaquio de Saint Pierre, y Juan de Aire. Manifestáronse estos hermanos tan magnánimos como Eustaquio, pues infaliblemente se condenaban á una muerte cuyo honor iba á redundar en beneficio del primero que la propuso. Efectivamente, los nombres de Juan de Aire y de Pedro y Jacobo Wisant, son casi desconocidos, cuando apenas hay quien ignore el de Eustaquio de Saint Pierre. Esta es la razon porque las dos víctimas cuyos nombres no se designan en las crónicas, deben ser consideradas como las mas ilustres de las seis: todo francés está obligado á vindicarlas de este olvido de la historia: todo francés debe un tributo de homenaje á esos dos inmortales sin nombre, así como en los antiguos tiempos se erigian altares á dioses desconocidos.

Los anales de Calais aseguran, que los dos últimos candidatos para la muerte fueron sorteados entre mas de ciento que se disputaban aquel honor despues de los cuatro primeros, y cierto escritor opina que aquel gran número de concurrentes fue tal vez lo que impidió llegar hasta nosotros el nombre de aquellos dos ilustres ciudadanos confundidos en la gloria comun de tantos Decios.

Otra opinion, no muy autorizada, supone que Eduardo habia exigido ocho víctimas, de las cuales la mitad debia pertenecer á la clase noble, y el resto ser meros ciudadanos.

Juan de Vienne, pudiendo apenas tenerse en pie por sus recientes heridas é incesante trabajo, montó en una pequeña jaca y acompañó hasta las puertas de la ciudad á los seis ciudadanos, los cuales se presentaron en camisa, con la cabeza y los pies desnudos, la soga al cuello, segun lo habia exigido Eduardo y en la misma forma que en aquella época acostumbraban los sacerdotes presentarse en las calamidades públicas á ofrecer un sacrificio expiatorio. Eustaquio y sus compañeros llevaban en sus manos las llaves de la ciudad; «cada uno llevaba un manojo. Seguíanles »sus esposas é hijos retorciendo sus brazos y dando »lamentables gritos. En esta disposicion llegaron hasta »las puertas de la ciudad en medio de lamentaciones, »gritos y lágrimas.» No habia presenciado el mundo un espectáculo semejante desde que Régulo salió de Roma para regresar á Cartago. El gobernador entregó las seis ilustres víctimas al señor de Mauny recomendándolas á su hidalguía. «Señor Gualtiero, le »dijo, como gobernador de Calais, y por consentimiento del pobre pueblo de esa ciudad, os entrego »esos seis ciudadanos. Ruégoos, noble caballero, os »digneis suplicar al rey de Inglaterra, á fin de que no »les mande quitar la vida.»

Dichas estas palabras, *se abrieron las barreras de la ciudad*, y los seis ciudadanos fueron conducidos hácia Eduardo al través del campamento enemigo. Segun Tomás de la Moore y Knigliton, el gobernador de Calais acompañó con parte de la guarnicion á los prisioneros, y entregó personalmente las llaves de la ciudad al rey de Inglaterra. Los condes, barones y caballeros que estaban alrededor de éste, llenos de admiracion al oir lo que Gualtiero de Mauny referia acerca del suceso, invitaban con su murmullo al rey á no ser inferior en generosidad á los ciudadanos. Pero el monarca permanecia inflexible, «conservando »un ademán severo y lanzando terribles miradas so»bre las seis víctimas. Era grande el ódio que el rey »de Inglaterra profesaba á los habitantes de Calais, »por los graves perjuicios y contrariedades que en »tiempos pasados le habian causado en acciones ma»rítimas.»

Mandó cortar la cabeza á los seis prisioneros. «¡Ah, »poderoso señor! esclamó Gualtiero de Mouny: dig»naos enfrenar vuestra indignacion..... si no teneis »piedad de esos hombres, todo el mundo dirá que es »gran crueldad hacer morir á esos honrados ciuda»danos que se han puesto á vuestra disposicion para »salvar á los demás.»

Al oir esto el rey, rechinó los dientes diciendo: *Callad, señor Gualtiero*, y mandó venir al verdugo. La reina de Inglaterra estaba en cinta y se hallaba en aquella ocasion en el campamento; fue tal la afliccion que le causara aquella terrible escena que soltó largamente rienda al llanto, y apenas podia tenerse en pie. Por último, cayó de rodillas delante de su rey y señor, diciéndole: «Nada os he pedido, señor, »desde que aventurándome á muchos peligros, he atravesado el mar para veros. Ahora os suplico humildemente, que por el hijo de la Vírgen María, y en nombre de mi amor, os digneis tener compasion de esos seis hombres.»

El rey permaneció un momento sin hablar y con la vista fija en aquella bondadosa señora que seguia puesta de rodillas y derramando tierno llanto. Al fin Eduardo sintió que su corazon se habia conmovido, y esclamó: «¡Ah! hubiera preferido, señora, que os ha»llárais en cualquiera otra parte... Llevaos los prisio»neros, os los doy.» La buena reina contestó: «gra»cias, mi rey y señor, gracias.»

Acto seguido se levantó del suelo, mandó ponerse en pie á los seis ciudadanos, les quitó la soga del cuello, y conduciéndolos á su habitacion dispuso que se les dieran vestidos y una abundante comida: últimamentente, les regaló seis monedas de oro á cada uno, y mandó que se les pusiera en seguridad fuera del campamento.

Eduardo tomó posesion de Calais. «Entró en esa »ciudad cabalgando triunfalmente con sus barones y »caballeros, y con tanto acompañamiento de tambo»res, trompetas y músicos, que pasaria por cosa ma»ravillosa el describirlo.» No permitió que quedaran en la ciudad mas que tres franceses, á saber: «un »clérigo y dos ancianos muy instruidos en los fueros »y costumbres de la ciudad para que siguieran per»petuándolos en la nueva poblacion que habia de »componerse únicamente de ingleses. Cosa lamenta»ble fue ver cómo los ciudadanos nobles y ricos tu»vieron que abandonar con su familia las magnífi»casas y bienes que tenian, pues nada pudieron sal»var sino las personas.

Esa narracion parece una página de los mas hermosos tiempos de la república romana, puesta como por descuido ó por casualidad en medio de los anales de la caballería. Las virtudes cívicas de Eustaquio de Saint Pierre, de Juan de Aire y de los dos Wissant, contrastan con las virtudes militares de los Ribaumont, Charny y Mauny: dos sociedades opuestas se presentan á un mismo tiempo, y las dos honran á la especie humana.

Calais fue efectivamente vuelto á poblar de ingleses. Eduardo mandó que se establecieran allí treinta y seis familias ricas y otras trescientas personas de mas baja condicion; los fueros que con este motivo concedió á esa ciudad el rey de Inglaterra, atrajeron

á ella una multitud de habitantes. Eduardo regaló las mejores casas á algunos de sus caballeros, como Mauny, Cobham, Stanfort y Bartolomé de Burghersh: á la reina Felipa tocó el patrimonio de Juan de Aire, y hasta hubo franceses á quienes se concedieron fincas en esa ciudad. El mismo Eustaquio de Saint Pierre volvió á entrar en posesion de parte de sus bienes y además obtuvo una pension considerable.

A fines del siglo último, cundió entre nosotros la manía de denigrar las acciones heróicas; así como algunos hombres declamaban contra la religion de nuestros padres, se complacian tambien en manifestarse incrédulos respecto de la gloria que aquellos adquirieron. No bien se supo que Eustaquio de Saint Pierre habia recibido una pension por parte del rey de Inglaterra, cuando el espíritu de incredulidad se creyó ya triunfante con semejante noticia: entonces hicieron observar el silencio que los historiadores ingleses guardaban por lo relativo á los sucesos referidos por Froissart tocante á la rendicion de Calais, y se empeñaron en ponerlos en duda. Mas por ventura ¿no nos consta tambien el silencio que todo el siglo de Augusto guardó respecto de Ciceron? Las liberalidades de Eduardo para con Eustaquio de Saint Pierre, ¿qué otra cosa son que un nuevo homenaje tributado á la abnegacion de aquel eminente ciudadano? El aprecio que su virtud supo inspirar á los mismos enemigos de la Francia, ¿puede ser motivo razonable para que se le niegue la admiracion que le deben los franceses? ¡Mezquina accion es ir á buscar en la vida privada de un hombre, razones para menguar el aprecio que sus virtudes públicas merecen! De seguro, que quien tanto empeño tiene en rebajar el mérito de los otros, nunca llevará personalmente á cabo acciones dignas de trasmitirse á la posteridad.

Ya anteriormente se habia intentado una injusticia del mismo género contra Felipe de Valois; Froissart y el continuador de Nangis habian asegurado que los habitantes de Calais anduvieron errantes por Francia sin recompensa, sin asilo, y mendigando el pan de la caridad. No puede culparse á Felipe de semejante ingratitud, puesto que dos pragmáticas de aquel rey, y otras de sus inmediatos sucesores Juan y Cárlos, concedieron á los habitantes espulsados de aquella ciudad, empleos, privilegios y distinciones. En la pragmática del 8 de setiembre de 1347, se lee una concesion digna de notarse: Felipe otorga á los ciudadanos de Calais espulsados de sus hogares, todos los bienes y patrimonios que en lo sucesivo pudieran tocarle por cualquier concepto que fuese: de manera, que el monarca daba á los vasallos sus propios bienes en cambio de los que ellos habian perdido: esta pena del Talion que Felipe se imponia, no por un crímen, sino por la desgracia, denota un admirable espíritu de igualdad y justicia. Calais no habia de ser devuelto á la Francia hasta el 1558 por mano de Francisco de Guisa, hombre predestinado á borrar la última huella de los males causados por Eduardo, y á dar principio á una nueva série.

SUMARIO.

Diversas treguas renovadas hasta la muerte de Felipe.—Hambre y peste general.—Matanza de judíos.—La secta de los flagelantes.—Tentativas contra Calais.—Combate singular Entre Eduardo y Eustaquio de Rivaumont.—El delfin de Auhernia abandona sus Estados á Felipe: el Rosellon, la Cerdeña, y el señorío de Montpeller, le habian sido ya cedidos por Jaime, rey de Mallorca.—El papa compra la ciudad de Aviñon, de la reina, Juana de Nápoles.—Felipe contrae segundas nupcias con Blanca, hija del rey Felipe, de Navarra: esta señora estaba anteriormente destinada para esposa del hijo de Felipe, llamado Juan, duque de Normandía, que se hallaba viudo.—Muere Felipe como Luis XII, víctima de su pasion por la jóven reina, que prolongándose su vida hasta una edad muy provecta, vió principiar la desolacion de la Francia en tiempo del rey Juan, concluir reinando Cárlos V, y renovarse bajo Cárlos VI.

FRAGMENTOS.

MUERTE DEL REY.

Hallándose Felipe en el lecho de muerte, mandó llamar á sus hijos los duques de Normandía y de Orleans. En aquel supremo instante en que todas las ilusiones se desvanecen, y nada mas subsiste que el recuerdo del bien ó del mal que se ha practicado, el rey protestó de su buen derecho en la guerra que se habia visto obligado á sostener, y de sus títulos legítimos á la corona. «Hijo mio, le dijo al duque de Normandía, que fue su sucesor en la corona, defended valerosamente la Francia despues que yo haya dejado de existir. He esperimentado, que hasta los mismos que defienden causas justas, no se libran de sufrir contratiempos; mas no por eso debe desmayar su esperanza, pues no es posible que Dios consienta ser duradero el reinado de la iniquidad. Amaos mútuamente, hijos mios: sostened la justicia y consolad á los pueblos.»

Un rey que teme ser considerado como culpable por los reveses sufridos, y que se cree obligado á demostrar á su sucesor la justicia de sus derechos á pesar del poco buen resultado de sus armas, habria igualmente confesado, si tal hubiera sido la injusticia de sus pretensiones y los merecidos castigos de una ambicion criminal. ¿A quién hacia semejante confesion? ¿A quién recordaba los impenetrables designios de la Providencia? A aquel rey Juan, marcado ya con el sello de la adversidad, adversidad que sin embargo no debia causar la ruina de la Francia; porque *Dios no consiente ser duradero el reinado de la iniquidad.*

El primero de los Valois se presentó (22 agosto de 1350), ante el tribunal de Aquel que á su voluntad da y quita los tronos de la tierra, ante el poder eterno y la infalible justicia.

JUAN II.

DESDE SU ADVENIMIENTO AL TRONO HASTA LA BATALLA DE POITIERS.

(Desde el 1350 al 1356).

Felipe VI, llamado de Valois, dejó el cetro á su hijo Juan, segundo de este nombre; pues tambien tuvo Luis X un hijo llamado Juan I, que no vivió mas que cinco dias, y figura en la historia de los monarcas franceses, así como el niño Luis XVII. La ley sálica estaba por lo tocante á este particular, en armonía con el carácter nacional: la inocencia y la desgracia no son títulos que en Francia pueden escluir de la corona.

Juan habia recibido una educacion tan buena, como descuidada habia sido la de su padre, lo cual fue sin duda causa de que amara y protegiera las letras, tanto como Felipe las habia despreciado.

A las disposiciones dictadas por Juan II, se deben las primeras traducciones de Tito Libio, Salustio, Lucano y los *Comentario de César*. Anduvo solícito en buscar y recompensar el mérito, y su corazon le hacia presentir lo que no alcanzaba á ver con la imaginacion. No por eso se entienda que careció de defectos y de aquellas fatales cualidades que tan poderosamente contribuyen á la ruina de los imperios; la impetuosidad de carácter y la irresolucion de ánimo, y aquel valor que todo lo sacrifica al cumplimiento de la palabra, no teniendo en cuenta mas que el honor y la magnanimidad. En un tiempo en que la justicia era en su reino sinónimo de la libertad, protegió enérgicamente los derechos de la justicia. Jamás hombre alguno cumplió mas lealmente con los deberes de la amistad; pero rara vez se perdona á los reyes el haber tenido amigos, ni el haberlos dejado de tener.

Juan se adornó en Reims (26 setiembre de 1530) de

a corona, que luego habia de ceñir su frente en Lóndres. El dia de su consagracion armó caballeros á príncipes y á nobles, que no debian volver á envainar la espada que empuñaron en aquel momento. La pompa de la consagracion fue magnífica, y los gastos que en ella se hicieron prodigiosos. A cada nuevo caballero regaló el rey, segun costumbre, el trage de ceremonia, finísimas pieles y dobles tejidos de seda y oro. París se conmovió al aspecto de su monarca. Las calles se cubrieron de alfombras, los artesanos, divididos en gremios, unos á pie y otros á caballo, se presentaron vestidos de un modo uniforme, pero diferente en cada corporacion. Ocho dias duraron estos regocijos públicos, y al último terminaron por una sangrienta ejecucion judicial.

Juan mandó decapitar al conde de Eu, condestable de Francia, que, confiado en la palabra que se le habia dado, acababa de llegar de su prision de Inglaterra. Se dijo, pero sin pruebas en que afirmarlo, que el condestable era traidor, como uno de tantos, á la Francia.

SUMARIO.

Por diligencias del papa queda confirmada la tregua con Inglaterra, concluida en el anterior reinado, y se prolonga en diversas ocasiones hasta tres años.—A pesar de eso, nunca cesaron las hostilidades en Guiena y en Bretaña.—Combate de los Treinta.—Institucion del Orden de la Estrella.—Sorpresa del castillo de Guines por Eduardo, que decia que las treguas eran venales.—Inútiles pesquisas hechas por el Tribunal de Cuentas acerca de malversacion de rentas.—Juan es elegido árbitro en una querella de honor entre los duques de Brunswick y Lancaster.—Muerte del papa Clemente VI.—Primer crímen del rey de Navarra.

FRAGMENTOS.

TRÁTASE DEL REY DE NAVARRA.

La tercera calamidad de su patria, Cárlos el Malo, apareció en la escena despues de Roberto de Artois, que ya no existia, y Gofredo de Harcourt que tocaba ya en sus últimos momentos. Era Cárlos, como ya se ha dicho, hijo de Juana, hija de Luis Hutin, reina de Navarra y de Felipe, conde de Evreux, príncipe de la sangre; de su madre habia heredado importantes Estados en los Pirineos, y por parte del padre poseia tierras, poblaciones y fortalezas en Normandía. Su poder recibió nuevo incremento por la promesa de esponsales con la hija del rey, la princesa Juana, que en aquella ocasion no tenia mas que ocho años de edad. Cuanto mas se iba Cárlos aproximando al trono, tanto mas devorado parecia de odio y de envidia. Si la ley Sálica hubiese sido desechada, el rey de Navarra hubiera tenido pretensiones mas bien fundadas á ese trono que las de Eduardo, puesto que era nieto de Luis Hutin, y Eduardo no era mas que descendiente de una hija de Felipe el Hermoso. Esto sin duda fue causa de que Eduardo no protegiera á Cárlos sino en cuanto le convenia para desolar la Francia, pero no lo bastante para dar el triunfo á su rival. Cárlos mereció sin disputa el dictado de Malo con que figura en la historia: espíritu turbulento, alma negra, tan impotente en sus atrocidades como en la disolucion; puede decirse que sus cualidades eran abortadas así como sus vicios. La historia hace mencion de su hermosura personal, de su liberalidad, elocuencia y valor, pero no dice que de ninguna de esas prendas supiera sacar buen partido; por lo cual, hablándose de ese rey, puede decirse que tambien las esfinges y mónstruos que adoró el paganismo en las orillas del Nilo, solian tener algun adorno.

Su carácter figura aparte entre todos los de su siglo. Cárlos, mas bien que un caballero, puede decirse que fue uno de aquellos despreciables tiranos que en aquella época eran los opresores de las repúblicas de Italia. Nació, como Marcelo, para aquellos disturbios civiles, que anunciaban la reaparicion de la nacion en sus propios asuntos, y un trastorno completo en las costumbres.

El empleo de condestable de Francia fue conferido despues de la ejecucion del conde de Eu, á Cárlos de España, hermano de Luis. Ese jóven, conocido por el nombre de La Cerda, es el primero de aquella raza de favoritos que se adhirió á los Valois, como una raza bastarda de su familia. Acusaron á La Cerda de haber impelido al rey á aquel acto de rigor para poder apoderarse de los despojos de la víctima. Careciendo nosotros de datos suficientes para fallar en este particular, solo diremos que, como era de esperar, Cárlos de España, estranjero en Francia, se hizo odioso desde que ciñó la espada del condestable. Si fuera cierto la acusacion que sobre él pesaba, podria decirse que alguna vez perdona el mundo al que ha derramado sangre; pero nunca al que recibe el salario de haberla derramado.

SUMARIO.

Cárlos el Malo, envidioso de Cárlos de La Cerda, manda asesinarlo.—Pasa del asesinato á la traicion, confederándose con la Inglaterra, y envolviendo en sus proyectos al conde de Harcourt y á su hermano Luis.—Vergonzoso tratado por el rey Juan, cerrado en Mantes, y solemne perdon concedido al rey de Navarra.—Vuelve éste á sus antiguos manejos.—Otro tratado ratificado en Valogne, casi tan vergonzoso como el de Mantes.—Concluyese el plazo de la tregua con Inglaterra.—Eduardo desembarca en Calais, y entra por primera vez en Francia por la puerta cuyas llaves tenia en su poder.—Una invasion de los escoceses le hace regresar á Inglaterra.—Cárlos el Malo seduce al Delfin Cárlos, que entonces tenia diez y siete años, y en lo sucesivo mereció el nombre de Cárlos el Sábio.—Comprométele á huir de la córte bajo el pretesto de que su padre le posponia á los demás hijos.—Lleno el Delfin de remordimientos, dá noticia de la intriga á su padre.—Este, á pesar de haber concedido nuevos indultos al rey de Navarra, se resuelve á tomar venganza.—Convocacion de los Estados.

FRAGMENTOS.

LOS TRES ESTADOS.

En menos de cincuenta años que mediaron desde la primera convocacion normal de los Estados hasta la verificada en tiempo del rey Juan, se fueron desarrollando los principios políticos con una claridad y energía, que no hubiera sido posible adivinar. Si el reino hubiese sido un cuerpo compacto, si en las provincias no hubiese sido ejercida la soberanía por parte de los mismos vasallos, que eran dueños de ella, si una guerra de invasion no hubiese distraido la atencion pública del campo de la política, es probable que los tres Estados se habrian instituido en la misma forma que el Parlamento de Inglaterra. Los Estados de 1355 y los sucesivos, tuvieron ideas mucho mas exactas acerca de los derechos de la nacion, que las que entonces tenia el Parlamento británico. No se comprende de dónde unos ciudadanos que acababan de emanciparse, ó unos prelados y señores feudales, pudieron sacar nociones tan claras de gobierno representativo en medio de las preocupaciones de la época y de la oscuridad y el cáos de las leyes: la viveza del carácter francés, suple sin duda á la esperiencia de los siglos.

Es cierto que la desgracia, ese elocuente maestro de la raza humana, contribuyó eficazmente á que se desarrollara la verdad política durante el reinado del rey Juan y la regencia de su hijo. Nunca los pueblos han entrado, segun lo acredita la historia de todos los países, en el pleno goce de sus derechos, sino pasando al través de males inherentes á las revoluciones combatidas. En vano se habrán esas revoluciones verificado en el fondo de las costumbres; en vano se habrán hecho tan inevitables como las producciones natura-

les de los tiempos; no faltarán gobernantes que se empeñarán en cerrar los ojos á la luz de la evidencia, y rehusarán conocer que ya es llegado el momento de tener que someterse á su influencia. Los intereses particulares se ponen en contradiccion con los intereses generales; principia la lucha que llega á ser mas ó menos sangrienta segun el torbellino de las pasiones, el carácter de los individuos, y las eventualidades y azares de la fortuna. Deploramos las calamidades que todo cambio político trae en pos de sí; pero aprendamos á conocer en las lecciones de la historia, que desgraciadamente aquellas calamidades son forzosas contingencias, que al espíritu humano no es dado poder evitar. ¿Cuándo llegarán á verificarse las revoluciones sin ir acompañadas de injusticias ni violencias? ¿Cuándo las luces llegarán á estar bastante propagadas, y la civilizacion será la suficiente para que los pueblos y los reyes cedan entre sí lo que no deben negarse ni arrebatarse mútuamente? Solo Dios sabe cuándo llegará esa hora venturosa.

Los Estados de la lengua de Oil, es decir, el país que se gobernaba tradicionalmente, en el cual figuraba tambien el Lionesado, aunque éste era país de derecho escrito, se reunieron en la gran cámara del Parlamento en París (2 de diciembre de 1355). Pedro de Laforess, arzobispo de Rouen, y canciller de Francia, abrió la sesion por medio de un discurso pronunciado en nombre del rey: en él manifestó las necesidades del reino, declaró que el monarca se hallaba dispuesto á renunciar al proyecto de alteracion de la moneda, siempre que los Estados propusieran un medio de reemplazar este arbitrio por medio de un subsidio equivalente. Puede por lo tanto fijarse al reinado de los Valois el orígen de la contribucion.

Juan de Craon, arzobispo de Reims, Gualtiero de Brienne, duque de Atenas, y Estéban Marcelo, síndico del comercio de París, protestaron en nombre del clero, de la nobleza y del tercer Estado, acerca de su adhesion y fidelidad al monarca, pidiendo permiso para retirarse á fin de consultar entre sí, y proponer los subsidios que podrian concederse, y los abusos que debieran reformarse.

Su primera manifestacion estaba concebida en estos términos: «Ningun reglamento tendrá fuerza de ley sin haber sido antes aprobado por los tres Estados; el de estos tres que haya rehusado dar su consentimiento, de ningun modo será obligado por el voto de los otros dos.» Mediante esta cláusula se elevaba el tercer Estado al nivel del clero y de la nobleza. La libertad rebasa en la actualidad los límites de la monarquía constitucional: basta segun el principio moderno, la mayoría absoluta de los votos para el complemento de la ley; mas por aquella manifestacion de los Estados era suficiente la corrupcion ó parcialidad de cualquiera de ellos para detener el movimiento del cuerpo político.

No refiere la historia si el rey fue llamado á dar su aprobacion á ese decreto constituyente de los Estados en 1355, cierto es pues que el principio del poder real como nosotros lo hemos admitido en la actualidad, era desconocido en aquella época; pero eso es mucho menos admirable que la fuerza adquirida por parte del tercer Estado: aun no hacia dos siglos que éste se hallaba esclavo y que el monarca no suponia nada en medio de sus grandes vasallos. La libertad renace en las sociedades por todos los caminos, asi como la sangre llega al corazon por todas las venas.

Concedido este punto, correspondieron los Estados á la buena voluntad del rey Juan, poniendo á su disposicion treinta mil ginetes y que suponian un cuerpo de noventa mil combatientes, pues en el número de aquellos no se contaban las milicias municipales que componian la infantería del ejército. Una contribucion sobre la sal y otra de ocho *dineros* sobre todas las cosas vendidas, escepto las herencias, debian suministrar durante un año la suma diaria de cincuenta mil *libras*, equivalente á los gastos que causarian los treinta mil ginetes. Los Estados se reservaban el nombramiento de las personas encargadas del alistamiento de las tropas y de la cobranza del subsidio, de cuyo pago ni el mismo rey podia eximirse.

El rey espidió (28 diciembre de 1355) un decreto conformándose con lo resuelto por los Estados. Prometió no tocar á las cantidades que se reunieran para los gastos de la guerra, y dejar que la distribucion de estas sumas se hiciera por una comision de los diputados de los Estados, lo cual era equivalente á entregar el poder ejecutivo al legislativo. Ademas de esto, el rey se obligaba á mandar acuñar monedas de buena ley, á renunciar durante sus viajes tanto por lo tocante á su persona como por las de los principales empleados de su casa, á las requisiciones de trigo, vino, vituallas, carruajes y caballos que los labradores estaban obligados á sufrir. Prohibíase á todo acreedor el poder transferir la deuda á otra persona privilegiada ó mas poderosa que él. Mandábase que en último resultado toda jurisdiccion tuviera que quedar sometida á los jueces ordinarios. Quedaba reducido el número de alguaciles como escesivo, y se les prohibia exigir mas honorarios que los que les estaban asignados. Prohibíase á todo juez ó á cualquiera otro dependiente del órden judicial dedicarse á especulaciones mercantiles: y por último, quedaban confirmadas todas las reales órdenes dadas anteriormente en favor de los labradores.

Por lo tocante al ejército, el rey prometia no acudir á los levantamientos generales, sino en casos de una evidente necesidad, y despues de oir, si el apuro lo permitia, el parecer de los Estados. Castigábase con el mayor rigor el suponer en el servicio militar plazas que no existian, y se mandaba poner marca á todos los caballos, á fin de que fuesen fácilmente conocidos en todas las revistas, y á fin de que no pudiera ningun ginete cobrar dos ó tres veces por un mismo caballo. Los capitanes quedaban cargados con la responsabilidad de los delitos que sus soldados cometieran. Las tropas en marcha no podian detenerse mas que un solo dia en un pueblo; si se empeñaban en permanecer mas tiempo, la autoridad municipal podia rehusarse á suministrarles las raciones, y hasta obligarles á que pasarán adelante. Finalmente, el rey se obligaba á no firmar treguas ni paces sin ponerse antes de acuerdo con una comision de los tres órdenes del Estado.

Tales fueron en resumidas cuentas aquellas ordenanzas que en lo tocante á ciertos puntos han sido comparadas con la Carta Magna de aquel otro rey, Juan de Inglaterra, primer orígen de la libertad británica. De lo que en esas ordenanzas se prohibe, puede inferirse lo que se permitia. Pero los Estados de 1355 se anticipaban en principios políticos y administrativos á las luces de aquel siglo, y cambiaban la naturaleza de la monarquía. Asi es que por de pronto nada quedó de aquellos saludables ensayos: el tiempo y las desgracias hicieron abortar en un terreno que aun no estaba convenientemente preparado, los gérmenes de una civilizacion demasiado precoz.

SUMARIO.

Va el rey á Rouen á arrestar por su propia mano al rey de Navarra en un banquete.—Manda decapitar en presencia de éste al conde de Harcourt, al señor de Graville, á Manbué de Mainant y á Olivier Doublet.—El rey de Navarra es llevado en clase de prisionero á la torre de Louvre ó al castillo Gaillard, y de allí al Chatelet.

FRAGMENTOS.

BATALLA DE POITIERS.

Las faltas del rey son inescusables: su cólera le ciega y pasa mas rápidamente que su bondad, que

sin embargo aparece demasiado pronta para recaer en el único criminal que hubiera merecido ser castigado: créese seguro de su justicia, y en medio de la ejecucion deja que la misericordia le detenga el brazo levantado; quebranta las leyes lo bastante para hacer odiosa la corona, y muy poco para salvarla; en una palabra, no parece sino que tomó á su cargo, el demostrar que un hombre honrado no puede convertirse en un rey malo, y el ser tirano no es tan fácil como vulgarmente se cree. Los errores que como los del rey Juan son tan evidentes, dan ocasion á las almas vulgares de brillar con testos comunes de la moral y á los perversos un motivo de triunfo. Por todas partes resonaron clamores; Felipe de Navarra, hermano de Cárlos y Gofredo de Harcourt, el famoso traidor perdonado, y tio del conde ajusticiado, sublevaron la Normandía; entregáronse al rey de Inglaterra, lo reconocieron por rey de Francia, juraron, ayudaron en la conquista del reino y le tributaron homenaje por sus dominios. Eduardo por su parte obró del mismo modo que en otro tiempo cuando ocurrió la muerte de los señores bretones y envió á todas las córtes de la cristiandad un manifiesto, diciendo: «Que los nobles decapitados ó apresados por Juan, titulado rey de Francia, habian sido víctimas de una traicion, y que lejos de estar en relaciones secretas con la Inglaterra, habian dado sobrados motivos para poder ser considerados como enemigos en especial el rey de Navarra y sus parciales.» Gofredo de Harcourt ¿era enemigo de Eduardo?

Para apoyar este manifiesto, el duque de Lancastre desembarcó en Normardía. Los ingleses unidos á los navarros, compusieron un ejército de cuarenta mil ginetes sin contar los infantes. Juan avanzó contra los aliados, que acababan de tomar y arrasar á Verneuil-au-Perche; los ingleses se retiraron á los bosques del Aguila, y Juan sentó sus reales delante de Bretuil donde no pudo entrar sino despues de dos meses de resistencia.

Al regresar á París supo Juan que el príncipe de Gales, despues de haber asolado la Huvernia, el Limosin y el país de Berry, estaba ya cerca de Turena: al saber esta noticia hizo juramento de dirigirse contra él, y combatirlo donde quiera que lo encontrase. Sin perder tiempo convocó los barones, grandes vasallos, señores, hidalgos y caballeros del reino, mandándoles que sin disculpa ninguna se reunieran en los campos de Blois y de Tours.

Reuniéronse en las llanuras de Chartres; Craon, Boucicaoul y el ermitaño de Chaumont avanzaron con trescientos ginetes á reconocer y hostigar al enemigo.

El príncipe negro habia por de pronto tenido la intencion de incorporarse al ejército del duque de Lancastre en Perche; mas habiéndose encontrado con los pasos del Loira bien guardados, y sabiendo que Juan reunia fuerzas considerables, volvió á ponerse en camino de Burdeos por la Turena y el Poitu, perdiendo algun tiempo delante del castillo de Romorantin, donde Bocicault, Craon y el ermitaño de Chaumont se habian encerrado á consecuencia de una escaramuza de la vanguardia. Este fue el primer asedio, como Crecy la primera batalla en que se usó artillería. ¡Tenia, pues, el príncipe de Gales artillería en su ejército! Sin embargo, no se sirvió de ella en la batalla de Poitiers: tambien los grandes barones franceses se desdeñaron hacer uso de ella en la batalla de Azincourt, aunque podian disponer de un tren formidable para aquella época. El valor caballeresco despreciaba una clase de arma que lo mismo servia al valiente que al cobarde.

Al detenerse el príncipe de Gales en Romorantin, cometió una falta que debia costarle muy cara; sin embargo, esa falta fue la que le cubrió de gloria y de luto á la Francia, pues dió lugar á que el rey Juan alcanzará el ejército inglés, que, no siendo por el tiempo que perdió en aquel asedio imprudente, habria vuelto á entrar en Guiena sin el menor tropiezo.

Los franceses pasaron el Loira por diversos puntos.

Ya empezaban á escasear los víveres en el campo del príncipe Negro, que se habia visto obligado á dar un rodeo para no pasar por Poitiers, que permanecia fiel á la Francia. Este rodeo dió tiempo al rey Juan, que iba marchando por la línea mas corta, de presentarse delante de los ingleses.

Estos enviaron á la descubierta doscientos ginetes armados de punta en blanco y montados en caballos escogidos á las órdenes del *captal* (capitan) de Buch. Practicaron un reconocimiento sobre el ejército francés y vieron el campo cubierto de ginetes: sin embargo, no dudaron en atacar á los esploradores. El ruido del ataque llegó á oidos del rey Juan en el acto en que iba á entrar en Poitiers, por lo cual retrocedió aceleradamente con el grueso de su ejército.

Habiendo los esploradores ingleses vuelto al campo del príncipe de Gales, refirieron lo que habian oido y ponderaron lo numeroso del ejército enemigo. El príncipe respondió: «Lo que ahora nos falta saber, es cómo podremos batirlos con ventaja.» Tomó posicion en un terreno de difícil acceso. Juan por su parte, tambien hizo alto, y la noche cubrió ambos campamentos.

Al dia siguiente domingo (18 de setiembre) el rey mandó cantar una misa en su tienda de campaña y comulgó con sus cuatro hijos, Cárlos, Luis, Juan, Felipe y los señores de las flores de lis, como entonces se llamaba á los príncipes de la sangre.

En seguida Juan reunió su Consejo, y propuso atacar al enemigo: el Consejo aprobó este parecer.

Los historiadores critican esta determinacion, sin duda porque no han tenido presentes ni las circunstancias ni las costumbres de aquel tiempo. Mucho mas seguro habria indudablente sido el obligar á los ingleses á rendirse por el hambre; pero tambien era muy posible, y mucho mas heróico, el vencerlos con las armas en la mano. Si no se hubiera perdido un dia; si el duque de Orleans no se hubiese retirado desde el principio de la accion con una tercera parte del ejército, es muy probable que el príncipe de Gales habria sucumbido. ¡Qué justo no era el motivo de resentimiento que el rey Juan debia tener contra los ingleses! Por otra parte, en aquel tiempo las batallas no procedian de combinaciones premeditadas, no eran mas que producto de una casualidad ó de un arranque de furor marcial: asi es que, lejos de producir nunca grandes resultados, lejos de cambiar la faz de las naciones, se reducian á meras acciones en que se decidia no la existencia, sino el honor de las naciones. Asi es que los príncipes se enviaban carteles de desafío para encontrarse en tal ó cual punto, asi como los simples caballeros se citaban para el palenque. Los heraldos de armas eran los portadores de estos retos. «Iréis á Troyés, dijo el conde de Buckinghan á los dos heraldos que envió al duque de Borgoña en tiempo de Cárlos V, hablareis á los caballeros y les direis que nosotros hemos salido de Inglaterra para acometer hechos de armas, y que donde creemos poder encontrar ocasion de acometerlos, allí los pedimos. Por lo cual, sabiendo que una parte de la flor de lis y de la caballería francesa está en aquella ciudad, nos hemos puesto en camino de ella, y que si desean decirnos algo, nos encontrarán en el campo.»

Llegaba á veces la delicadeza del punto de honor á tal estremo entre dos ejércitos, que rehusaban aprovecharse hasta de las ventajas del terreno. No pocas veces los reyes y los generales juraban batir al enemigo donde quiera que lo encontraran, como los dioses de Homero juraban hacer por sí mismos cosas que no siempre eran razonables, ó como los antiguos

germanos hacian juramento de llevar la barba larga ó un anillo de hierro hasta dar muerte á un romano. Dos naciones que con tales antecedentes se hallaban en el campo de batalla, no podian rehusar el combate, asi como un hombre de corazon no puede dispensarse de sacar la espada cuando recibe un insulto.

Resolvióse, pues, en el Consejo del rey marchar sin demora contra el enemigo. Diéronse en el acto las órdenes convenientes: resonaron en alta voz los clarines y los instrumentos marciales: los soldados se aprestaron: los señores hicieron ondear sus banderas: los caballeros montaron á caballo y vinieron á formar en el sitio donde campaba el estandarte de la flor de lis y el oriflama. Viéronse correr inmediatamente por todo el campo los palafreneros, los pajes y los aspirantes á la caballería, los heraldos y los escuderos con las cotas de armas y las divisas de sus dueños. Veíanse por todas partes brillar lucidas corazas, ricos escudos, lanzas, banderolas y penachos: allí se encontraba reunida toda la flor del reino, pues ningun caballero ni escudero se habia atrevido á quedarse en sus hogares. Nada mas se oia que voces de mando, relinchos de caballos, sonidos de instrumentos y el grito de guerra de los caudillos: *Montmorency al primer cristiano*, *Chatillon al noble duque*, *Montjoie al gabilan blanco*, *Montjoie Borgoña Borbon Nuestra Señora*. Todos estos gritos de guerra eran dominados por el grito nacional, *Montjoie Saint-Denis*, por cánticos á la Vírgen, y por la cancion de Roldan.

Vasallos con la cabeza desnuda bajo la bandera de su parroquia y cubiertos con sus tabardos: barones con sombrerillos y túnicas largas forradas, ostentando los colores de sus damas: la infantería con sus chaquetas y armada de arcos, alabardas y chuzos terminando en punta ó con la cuchilla en forma de guadaña; la caballería cubierta de hierro y con sus capacetes y lanzas; los obispos con cotas de malla y mitra; los capellanes, los confesores, las cruces, las imágenes de los santos, las máquinas de guerra antiguas y modernas; todo aquel ejército, en una palabra, herido por los rayos del sol ofrecia un espectáculo tan estraordinario como brillante y variado.

Las tropas reunidas componian un número de mas de sesenta mil combatientes; al frente de los cuales figuraban el hermano y los cuatro hijos del rey, la mayor parte de los príncipes de la sangre, ilustres capitanes estranjeros y tres mil caballeros de bandera. El rey mandaba personalmente toda esa hueste y bien puede decirse que si no era el mejor capitan de su reino, era por lo menos el soldado mas bizarro y el mas cumplido caballero.

Dividióse el ejército en tres cuerpos ó *batallas*, como entonces se decia, por consejo del condestable Juan de Brienne y de los dos mariscales Audeneham y Clermont. El duque de Orleans, teniendo á sus órdenes treinta y seis banderas y doscientos guiones, mandaba la primera division; la segunda tenia por jefe al delfin Cárlos, duque de Normandía, que en lo sucesivo fue conocido con el nombre de Cárlos el Sábio; al lado de este príncipe marchaban sus dos hermanos Luis y Juan, y los tres estaban encomendados á la costudia de los señores de Saint-Venant, de Vondenay y de Cervolles, que andando el tiempo fue, segun dice el Archipreste, un célebre aventurero. El rey mandaba la tercera línea, llevando en su compañía al menor de sus hijos, llamado Felipe, vástago de la segunda casa de Borgoña.

Esas tres divisiones que habrian podido envolver al enemigo, flanqueando la posicion del príncipe de Gales, se formaron en una línea oblícua un poco á retaguardia las unas de las otras. El ala izquierda mandada por el duque de Orleans, no estaba separada del enemigo mas que por un montecillo, del cual no tuvieron la precaucion de apoderarse; el Delfin mandaba el centro y el rey el ala derecha, la reserva. Podrá formarse una idea de la ciencia militar de aquel tiempo, diciendo que se adoptaron esas disposiciones sin haber reconocido préviamente el terreno ocupado por el príncipe de Gales.

En tanto que el ejército francés se iba poniendo en órden de batalla, el rey envió á Eustaquio de Ribaumont, Juan de Landas y Ricardo de Beaujeu á reconocer el campo del caballero que habia ganado sus espuelas en Crecy. Mientras estos caballeros efectuaban el reconocimiento, el rey Juan, montado en un caballo blanco recorria las líneas diciendo: «Cuando os hallais en el recinto de vuestras buenas ciudades, no cesais de amenazar á los ingleses, deseando presentaros armados delante de ellos. Ea, pues, ya los teneis á la vista; yo os los presento: haced por devolverles los males que os han causado y por vengar vuestros agravios.» El ejército respondió con un grito unánime: «¡Dios y á ellos!»

Volvieron los tres caballeros esploradores y dieron cuenta al rey de lo que habian observado.

El enemigo se habia atrincherado en medio de un viñedo sobre una pequeña colina, cerca de una aldea llamada Maupertuis; para llegar á esa posicion era forzoso pasar por una senda cuyos bordes estaban cubiertos de espeso ramaje, y tan angosta, que apenas daba paso á tres caballos de frente. El príncipe de Gales habia mandado emboscar arqueros detrás de aquellos matorrales, y al fin del desfiladero estaba formado en masa el ejército inglés, compuesto en su totalidad de dos mil ginetes, cuatro mil ballesteros y mil y quinientos aventureros. De estos siete ú ocho mil hombres, solo unos tres mil eran ingleses: los demás franceses y gascones.

Habia tambien mandado el príncipe echar pie á tierra á su caballería, imposibilitada de maniobrar en aquel terreno: de manera que todo el ejército formado en el declive de una colina, formaba una compacta masa de infantería pesadamente armada, atrincherada entre matorrales y viñas, y con el frente cubierto de pelotones de ballesteros formados en escalon.

Eran debidas estas disposiciones á Jaime de Audeley, caballero de grande esperiencia.

Si el rey Juan estaba acompañado de la flor de la caballería francesa, alrededor del príncipe Negro se veian los mas denodados guerreros de Inglaterra y Guiena; figurando entre los primeros Juan Lord Chandos, los condes de Warwick y de Suffolk, Ricardo Stanfort, Jaime de Audeley y su hermano Pedro, y entre los segundos el *captal* de Buch, Juan de Chaumont, los señores de Lesparre, de Rosem, de Montferrand, de Landuras, de Prumes, de Bourguenze, de Aubrecicourt y de Ghistelles: no faltaban apellidos franceses.

Habiendo Ribaumont pintado al rey la posicion de los enemigos, Juan le preguntó cuál le parecia el medio mas oportuno para atacarlos. «El ejército debe echar pie á tierra, contestó Ribaumont, menos trescientos ginetes escogidos entre los mas diestros y caballerosos; éstos deben romper el paso por la senda desbaratando á los ballesteros, precediendo á nuestras tropas que caerán sobre las inglesas formadas en batalla al estremo del desfiladero, y combatirán con ellas cuerpo á cuerpo.

Juan adoptó este parecer, que le agradó por lo atrevido: con mas cordura hubiera obrado atacando por la espalda á los ballesteros emboscados y obligándoles á dejar aquella posicion antes de comprometerse en el paso del desfiladero. Los mariscales, con arreglo al plan adoptado, eligieron los trescientos ginetes que debian faanquear el paso: el resto de los demás ginetes echó pie á tierra, y se les mandó quitarse las espuelas y cortar las lanzas, de manera que quedaran reducidas á cinco pies de longitud.

para que pudieran ser manejadas cómodamente pie á tierra. Un cuerpo de alemanes, mandados por los condes de Nidau, de Nassau y de Saarbruck permaneció á caballo para sostener en caso necesario á los trescientos ginetes en el paso del desfiladero. El rey, rodeado de veinte caballeros, se puso en el centro de los alemanes para ver de cerca el principio de la accion. Iba ya á darse la señal de ataque.

Ya los trescientos ginetes habian embrazado sus escudos, cuando á toda brida se vió venir hácia el ejército francés un caballero pidiendo hablar al rey: era el cardenal de Perigord. No cesaba el papa de trabajar por reconciliar la Francia y la Inglaterra: los dos cardenales de Urgel y de Perigord habian sido enviados á los ejércitos beligerantes á fin de inducirlos á la paz y tratar de la libertad del rey de Navarra. No habia el cardenal de Perigord desesperado del buen éxito de su comision á pesar del mal resultado de sus primeras tentativas, y siguiendo constantemente los pasos de ambos rivales, llegaba en el instante en que iban á venir á las manos.

Presurosamente se dirigia hácia el rey de Francia: aunque llegó á su vista se apeó y tomando una reverente postura esclamó: «Muy amado señor, aquí teneis reunida toda la flor de la caballería de vuestro reino contra un pequeño número de enemigos. Si pudiérais alcanzar de ellos sin combate lo que deseais, ahorrariais mucha sangre cristiana y muchas vidas de vuestros vasallos. No ignorais que Dios tiene en su mano la suerte de las armas, os conjuro en nombre de ese Dios y en nombre de la caridad, que me deis tiempo de poder hablar con el príncipe de Gales y representarle el peligro en que se halla y las ventajas de la paz.»

El rey contestó: Sea como lo pedís; pero tratad de volver pronto con la respuesta.»

El cardenal parte galopando hácia el campamento inglés; al oir el nombre de la religion, las barreras de ambos ejércitos se abren y dejan pasar á sus ministros: allí encontró al hijo de Eduardo rodeado de sus caballeros, cubierto de su armadura negra, y ostentando la divisa del príncipe de Gales, divisa tomada del escudo del anciano rey de Bohemia; presagio que le prometia en Poitiers el destino de Crecy. «No me cabe duda, gallardo hijo mio, le dijo el enviado del papa, que si hubiérais visto el ejército del rey de Francia, me dariais licencia para poder entrar con él en negociaciones de parte vuestra.» El príncipe contestó: «Atenderé á todas las proposiciones que me haga, menos á lo que propenda á la pérdida de mi honor ó al de mis caballeros.» El cardenal replicó: «Muy bien pensais, gallardo hijo mio» y volvió á galopar hácia el campo francés.

Al llegar suplicó al monarca suspendiera el ataque hasta el dia siguiente. «Vuestros enemigos, le decia al rey Juan, no pueden escaparse: concededles algunos momentos para que ellos mismos comprendan el peligro en que se hallan.» Negábase por de pronto el rey á conceder esta dilacion, y la mayoría de su consejo era del mismo parecer; pero por último, teniendo presente el respeto debido á la Santa Sede, consintió en suspender el combate hasta el dia siguiente, en cuyo plazo los ingleses acabaron de atrincherarse, se apagó el ardor del soldado francés, y se dió principalmente lugar á que el príncipe Negro ganara la batalla.

El rey Juan mandó levantar en el campamento una *hermosa tienda encarnada* en el mismo sitio en que se hallaba. Todas las tropas dejaron las armas menos los cuerpos mandados por el condestable y los dos mariscales.

El cardenal regresó al campo inglés, y de allí volvió al campamento del rey Juan á darle cuenta de las proposiciones del príncipe de Gales. Ofrecíase éste á devolver los prisioneros juntamente con las fortalezas y ciudades de que durante tres años se habia apoderado, y se obligaba á guardar una tregua de siete años. Villani añade que tambien se avenia á pagar doscientos mil *nobles*, ó escudos de oro, por los perjuicios causados por su ejército. Pedia por esposa una hija del rey Juan, y por dote el ducado de Angulema: la libertad de Cárlos el Malo, y por último, se obligaba á que Eduardo diera su aprobacion á todas las cláusulas del tratado.

Juan, á quien los historiádores pintan como un temerario, habia dado grandes pruebas de moderacion al conceder á los ingleses una suspension de armas, y ahora estaba dispuesto á confirmarles de un modo mas brillante aceptando los ofrecimientos del príncipe Negro cuando Reinaldo de Chaveau, que en calidad de obispo de Chalons tomaba parte en el consejo, se levantó y habló de esta manera:

«Señor, si la memoria no me es infiel, el rey de Inglaterra, su hijo, y su hermano el duque de Lancaster, os han insultado y asolado repetidas veces vuestro reino cubriéndolo de cadáveres y ruinas. En Tierra Firme han humillado á vuestro padre Felipe y hecho perecer la nobleza de Francia; por mar han abordado vuestros bajeles é incendiado, como piratas, los arsenales. ¿Qué venganza habeis tomado de ellos! ¡Pues qué! ¿En premio de tales atrocidades, entregareis vuestra hija á unas manos teñidas aun de sangre francesa? Dios os entrega vuestro encarnizado enemigo, esos orgullosos ingleses, esos traidores gascones, esos infames que acaban de ensangrentarse con indefensos labradores, esos incendiarios que han reducido á cenizas esas cabañas que aun están humeando! Dios os los entrega ¡y los dejareis escapar! ¿Podeis imaginaros que procedan de buena fe en nada de lo que proponen? ¿No conoceis su perfidia? Bajo el pretesto de hacer ratificar las condiciones por el monarca inglés, no tratan mas que de ganar tiempo: Eduardo rehusará confirmar ese tratado. Entre tanto el duque de Lancastre, que está asolando el territorio de Perche con su ejército habrá podido reunirse con el ejército del príncipe de Gales y la victoria pasará á vuestros enemigos. ¡Dios os libre de tales calamidades! Pido, por lo tanto, que no conceda plazo de ninguna especie, que no se suspenda la accion de vuestra venganza por medio de esas proposiciones insidiosas y por esas lentitudes de vuestro consejo.»

Ese discurso, cuyo vigor iba acompañado con los golpes que el obispo daba al suelo con el regaton de la pica, avivó el ardor guerrero en el pecho del rey: los barones que componian el consejo gritaron: ¡A las armas! y Juan dijo al cardenal: «Partid á decir al príncipe de Gales que á menos de no entregarse prisionero, él y ciento de sus principales caballeros, no dejaré pasar su ejército.» El príncipe, al oir esta proposicion, que le fue referida por el legado del papa, contestó: «Mis caballeros no pueden ser hechos prisioneros, sino con las armas en la mano: por lo que á mí toca, es seguro que la Inglaterra, suceda lo que suceda, no tendrá que pagar mi rescaste.»

Estas negociaciones absorbieron todo el dia. Durante este intermedio, algunos caballeros de ambos ejércitos cabalgaron á lo largo del campamento enemigo. En una de estas entrevistas se encontró el mariscal de Clermont con Juan Chandos: ambos llevaban en el escudo un mismo emblema que consistia en una dama vestida de azul en un campo de rayos de sol. «¿Desde cuándo, preguntó el mariscal al inglés, habeis tomado mi divisa?»—«¿Desde cuándo usais vos la mia? replicó Chandos.»—«Si vuestros soldados no estuvieran á punto de venir á las manos, yo os probaria en el acto que no debeis llevarla» dijo Clermont—«¡Corriente! añadió Chandos, mañana nos veremos, y os demostraré que la dama azul es mucho mas mia que vuestra.» Esta cuestion herál-

dica costó la vida al mariscal por mano de Chandos.

En tanto llegó la noche: los franceses abundantemente provistos de víveres, confiando en su número y en su valor, se entregaron al sueño; los ingleses, careciendo de todo, emplearon aquellas horas en velar y atrincherarse: alrededor de su campamento, abrieron profundos fosos que cubrieron con empalizadas, y donde los fosos no alcanzaron, construyeron á manera de barricadas con sus bagages y carros de trasportes. El príncipe de Gales mandó reunir todo el botin que habian hecho en sus correrías; lo repartió en tres montones en medio de ambos campamentos, y lo mandó quemar. Este sacrificio no dejaba á los ingleses nada que echar de menos, y los torbellinos de llamas y de humo que en medio de las tinieblas se levantaron, sirvieron poderosamente para ocultar los trabajos de fortificaciones que se estaban haciendo en el campamento, y llenaron de asombro á los soldados franceses.

El sol que habia de iluminar un dia tan fatal para la Francia, apareció por último en el horizonte (19 setiembre 1356) á tiempo que en el campamento del rey Juan se dejaban halagar por las mas ilusorias quimeras, y el ejército se volvia á formar en el mismo órden de batalla que el dia anterior. Por su parte, los ingleses hicieron alguna alteracion en sus disposiciones: instruidos, no sabe cómo, del modo con que iban á ser atacados, colocaron al frente de su línea un cierto número de ginetes, á fin de resistir al choque de los mariscales; emboscaron ademas otros trescientos ginetes y trescientos ballesteros á caballo detrás de una pequeña colina que daba frente al cuerpo mandado por el Delfin y sus dos hermanos. Estos seiscientos hombres tenian órden de dar vuelta

CARLOS VI JUGANDO Á LAS CARTAS DURANTE SU LOCURA

á la colina asi qué se principiara la accion y caer sobre el flanco de aquel cuerpo. El cardenal de Perigord volvió á presentarse, pero de parte de los franceses le mandaron á decir que se retirara. En vista de esto pasó al campamento del príncipe de Gales, cuyo súbdito era, como natural de Guinea. «Gallardo, hijo mio, le dijo, haced lo que podais: no teneis mas arbitrio que pelear.» El príncipe contestó: En eso estamos pensando yo y mis caballeros; Dios se digne favorecer nuestro derecho! El cardenal entonces fue á reunirse con el otro legado del papa que estaba en la cima de un montecillo, y allí ambos elevaron sus manos hácia el Dios de paz, en tanto que en la llanura se invocaba con feroz gritería al maléfico númen de la guerra.

El príncipe Negro dirigió á sus caballeros estas breves palabras. «Pocos somos en verdad, comparándonos con el numeroso ejército que va á caer sobre nosotros, ¿pero qué importa? No por eso debe desmayar nuestro denuedo, pues no el número de guerreros, sino Dios, es quien da la victoria. Si venceremos, nuestro triunfo será mas brillante; si hemos de morir, yo tengo un padre y dos hermanos, vosotros teneis amigos; esos nos vengarán. No pensemos, pues, mas que en portarnos bien en el momento presente. Dios mediante espero dentro de poco haceros ver que merezco bien ser caballero.»

Quiso retener á su lado á Chandos, pero este no pudo contenerse, y voló á encontrarse en el choque contra la division mandada por los mariscales franceses: tambien deseó el príncipe conservar junto su persona á Audeley; pero éste habia hecho voto de combatir en primera fila en cualquier batalla mandada personalmente por el rey de Inglaterra ó alguno

de sus hijos, y el príncipe no pudo menos de dejarle cumplir el voto, por lo cual fué á colocarse al frente de la línea, entre los ginetes que estaban sostenidos por los ballesteros.

Los franceses lanzan el grito de guerra: los dos mariscales, condes de Audeneham y de Clarmont, entran á rienda suelta en el desfiladero al frente de sus trescientos caballos. Mas apenas llegan al terreno bordeado de matorrales, descargan los ballesteros una nube de flechas. Estas flechas, largas, dentelladas y agudas, lanzadas, si asi pudiera decirse, á quemaropa, caen sin perderse una sobre aquel escuadron de valientes. Los caballos atravesados de parte á parte, enfurecidos por el dolor, relinchan, se retuercen, se encabritan, caen, y al revolcarse por el suelo, abruman á sus ginetes y no dejan pasar á los que vienen detrás. Solo los dos mariscales, con algunos caballeros, consiguen pasar por entre aquel espantoso desórden, y llegan al frente del ejército inglés: allí se encuentran con una nueva línea de ballesteros y con Jaime de Audeley al frente de sus ginetes. Aquellos denodados mariscales, cuyos soldados habian casi todos perecido en el desfiladero, no podian sostener una lucha tan desproporcionada: Clermont cae atravesado por la espada de Chandos, y Audeneham, desmontado por Audeley, no tuvo mas remedio que rendirse.

No tardó en propagarse el rumor de este desgraciado lance. Los ginetes, detenidos en medio del desfiladero entre dos montones de cadáveres de caballos que obstruian el paso, y la tropa de infantería que venia avanzando por el mismo camino, tuvieron que permanecer inmóviles y siendo blanco de los ballesteros emboscados. Gritos de desesperacion y alaridos de dolor resuenan confusamente en aquel malhadado desfiladero. Los ginetes que iban penetrando ya en el camino, se replegaron sobre el cuerpo mandado por el delfin Cárlos. En el acto los seiscientos caballeros ingleses ocultos detrás de la colina salen de la emboscada y se lanzan sobre la retaguardia de aquella division, llenando de terror á los soldados mercenarios y haciendo que los ginetes desmontados se dispersaran. Los señores de Landas, de Vondenay y de Saint-Venant, que estaban encargados de la custodia de los hijos del rey, creyendo antes de tiempo que la batalla estaba perdida, les obligaron á retirarse, y los dos primeros, encomendando á Saint-Venant sus respectivos príncipes, volvieron al campo á colocarse al lado del rey, juntamente con los señores del Angle, Saintré y Cervolles.

La division mandada por el Delfin se habia ya dispersado, y las del duque de Orleans habian huido cobardemente con su caudillo, de manera que en el campo no quedaba ya mas que el escuadron de la caballería alemana y el cuerpo de ejército mandado por el rey, al cual se unieron muchos caballeros que no podian resolverse á abandonarle.

Al saber el príncipe Negro la derrota de las dos primeras divisiones francesas, mandó á sus ginetes montar á caballo, y Juan Chandos le dijo: «Cabalguemos, señor, cabalguemos: la jornada es vuestra: Dios os favorece, avancemos contra el rey de Francia. Sé muy bien que su valor no le permitirá abandonar el campo, y por consiguiente tendrá que caer en nuestras manos.» El príncipe contestó: «Adelante, Juan: ¡no me vereis hoy retroceder! ¡Adelante, banderas, en nombre de Dios y de San Jorge!» Dijo, y descendió de la colina con todo su ejército.

El rey, mandando formar su division en columna cerrada, atacó á los ingleses en el momento de salir del desfiladero: distinguíase entre todos por su elevada talla, por su marcial aspecto y por las flores de lis de oro bordadas en su túnica de armas: estaba á pie como el resto de sus caballeros, y tenia en la mano un hacha de dos cortes al modo de los antiguos francos. A su lado se veia su hijo, el jóven Felipe, cuya edad llegaba apenas á catorce años, arrimado como el leoncillo al lado del leon. Todos los historiadores convienen en que si la cuarta parte del ejército francés hubiese peleado con el denuedo de su rey, habria indispensablemente obtenido la victoria. Rudo fue aquel choque: por una parte combatia el príncipe Negro rodeado de Chandos, del *captal* de Buch, famoso rival de Dugueselin; de Audeley, de Aubrecicourt y de los condes de Warwick y de Suffolk, mariscales de Inglaterra, y por otra el rey Juan, acompañado de Santiago de Borbon y Pedro de Borbon, padre de aquel Luis II, cuyas virtudes anunciaron las de Enrique IV; de los príncipes de Artois, ambos hijos de un traidor y ambos leales; de los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau, los tres alemanes, pero muy dignos de ser franceses; de los señores Guissardo de Beaujeu, Guillermo de Nesle, Guillermo de Montagu, Ricardo del Angle, de Chambly, de La Heuse, de Pons, de Tancarville, de Laval, de Damp-Marie, de La-Tour, de Humieres, de Urfé, de Duras, de Gaucher, de Brienne, condestable de Francia y duque de Atenas, duplicado título que le imponia la obligacion de morir con gloria, del obispo de Chalons, que murió con la cabeza cubierta con el casco, como Adhemar sobre los muros de Jerusalen; de Gofredo de Charny, el valiente porta oriflama, de Eustaquio de Bibaumont, tan famoso por la corona de perlas que Eduardo le dió delante de Calais, de La Fayette y de La-Rochefoucauld, celebridades que las armas han cedido á las letras, y finalmente, de Juan de Saintré, reputado como el caballero mas bizarro de aquella época, y cuyo nombre se ha conservado hasta nosotros ensalzado por las poesías populares.

La caballería alemana sostuvo perfectamente la primera carga; pero empezó á aflojar tan luego como perdió sus jefes, los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau. Los caballeros franceses de diversas provincias combatian mezclados con sus escuderos bajo las banderas de sus señores feudales, unas veces en pelotones, y otras formando una columna. El príncipe de Gales, con Chandos, atacó á la division del condestable, y el *captal* de Buch con los mariscales de Inglaterra se encontró en frente del rey.

Juan lo vió caer sobre él con una intrépida alegría: abandonado de una tercera parte de su ejército, ni aun se le ocurrió una vez siquiera retirarse, y solo se propuso salvar á todo trance el honor francés, ya que no le fuese dado salvar la nacion. Como los ginetes habian recortado las lanzas, no pudo ya el rey Juan mandarles montar á caballo como lo habia hecho el príncipe de Gales con los suyos. Ademas, los ingleses se presentaron acompañados de ballesteros que decidieron de la victoria, hiriendo desde lejos á una infantería que por el peso de su armadura no podia alcanzar á sus ligeros enemigos. Las oleadas de combatientes eran impelidas hácia Poitiers, y así fue que junto á esa ciudad se redobló el número de las víctimas. Los ciudadanos, temiendo que vencidos y vencedores no entraran confusamente, se negaron á abrir las puertas.

Ya los que mas se habian distinguido por su valor, no existian; el horrible estrépito del campo de batalla iba cesando: las filas de combatientes cada vez se aclaraban mas, y los caballeros iban cayendo sucesivamente como los árboles que el hacha del leñador va destroncando en la selva. Pero Charny levantaba aun con intrépida mano el oriflama, y luchaba él solo contra una multitud de enemigos que se empeñaban en arrebatársela.

Juan, con la cabeza descubierta (habia perdido el casco en el tumulto del combate), y con dos heridas en el rostro, presentaba aun su frente cubierta de sangre al enemigo. Incapaz de temor por lo tocante á su persona, se enternecia por la suerte de su jóven

hijo, que ya habia sido herido por cubrir con su cuerpo el cuerpo de su padre: quiso el rey Juan alejar de aquel terrible peligro al regio niño, y lo encomendó á la custodia de varios caballeros, pero Felipe se escapó de sus manos y volvió á reunirse con su padre. No teniendo aun sus brazos fuerza para manejar las armas, velaba por la vida de su padre, advirtiéndole de qué parte debia ponerse en guardia, cuando veia acercarse algun enemigo.

La gritería habia ya cesado enteramente. Charny, tendido á los pies del rey, estrechaba entre sus brazos arrecidos por la muerte el oriflama que nadie le habia podido arrancar: solo las flores de lis permanecian de pie en el campo de batalla: la Francia entera estaba reducida á su rey, que vibrando con sus dos manos el hacha de armas defendiendo su patria, su hijo, su corona y el oriflama, inmolaba á cuantos tenian la mala suerte de acercársele. Ya no quedaban en torno de él mas que algunos caballeros tendidos en el suelo y acribillados de heridas, que levantando del polvo su moribunda cabeza á la voz de su soberano, hacian un postrer esfuerzo y volvian á caer para no volverse á levantar. Mil enemigos desde una respetuosa distancia le gritaban: «¡Señor, rendíos!» pero Juan, aunque ya bastante debilitado por la sangre que iba perdiendo, habia resuelto morir, pero no entregarse.

Un caballero atraviesa entre la multitud, y desviando los soldados, se acerca respetuosamente al monarca, hablándole en francés y diciéndole: «Señor, en nombre de Dios, rendíos. El rey, al oir hablar en francés, bajó el hacha y dijo: «¿A quién me he de rendir? ¿A quién? ¿En dónde está mi primo el príncipe de Gales? Si le viera, hablaríamos.—No está aquí, replicó el caballero, pero entregaos á mí, y yo os conduciré adonde él está.—Y vos, ¿quién sois? —Señor, yo soy Dionisio de Morbed, caballero de Artois: sirvo al rey de Inglaterra, porque habiendo cometido un homicidio en mi pais, tuve que espatriarme.»

Juan se quitó el guante de la mano derecha y se le arrojó al caballero diciéndole: «A tí me entrego.» No puede decirse que el rey de Francia entregara su espada sino á un francés.

Ya no se veian ni banderas, ni pendones del ejército del rey Juan en los campos de Poitiers. El príncipe de Gales no conocia aun toda la importancia del hecho de armas que se acababa de consumar. Chandos le aconsejó que fijase su bandera sobre un arbusto á fin de que al verla las tropas dispersas se fueran reuniendo. Levantaron en el terreno una pequeña tienda encarnada, y el príncipe entró en ella. Los empleados de su servidumbre le soltaron las hebillas de la armadura y le dieron de beber; los clarines tocaron retirada. Presentáronse los caballeros ingleses y gascones con un prodigioso número de prisioneros: habia soldado que traia diez de ellos. Tratáronlos á todos con una generosidad estraordinaria, consiguiendo libertar la mayor parte bajo palabra ó bajo la simple promesa de un rescate que procuraban no fuera muy crecido, á fin de que no les arruinara.

El hijo de Eduardo, al ver llegar los dos mariscales de Inglaterra, les preguntó noticias del rey de Francia: «Señor, no sabemos, contestaron, lo que ha sido del rey de Francia, pero creemos que indispensablemente debe haber muerto ó caido prisionero, pues no se ha separado de sus huestes.» Chandos habia predicho que al rey Juan no le permitiria huir *su valor*, Warwick opinó que debe haber sido muerto ó caido prisionero; no tardaremos mucho en ver que el mismo príncipe de Gales le proclama por el mas denodado caballero de su ejército. Un monarca francés, cuyo valor es tan altamente preconizado hasta por sus mismos enemigos, puede ser vencido sin dejar de reinar; los reyes de la larga cabellera solo cubiertos de púrpura, perdieron la corona que habian recibido sobre un pavés.

El príncipe Negro dijo á Warwick y á Cobham: «Partid, os ruego, y no os detengais hasta que podais adquirir noticias del rey de Francia.» Los mariscales partieron, y cabalgando, treparon á una altura, á fin de tender la vista por el campo. No tardaron en divisar un tropel de hombres que caminaban muy despacio y á cada instante se detenian. Warwick y su compañero se dirigieron hácia aquel grupo. «¿Quién va? preguntaron.—El rey de Francia, les respondieron, que ha sido hecho prisionero, y ahora se lo vienen disputando mas de diez caballeros y otros tantos escuderos.»

Juan, en medio de aquellos soldados, trayendo á su hijo de la mano, se habia hallado espuesto al mayor peligro: los ingleses y gascones se lo arrancaban mútuamente de las manos, despues de haberlo quitado á Dionisio de Morbec. Cada cual gritaba: yo le he hecho prisionero. A mí se me ha rendido. Entre tanto el rey decia: «Tratadnos con alguna consideracion á mí y á mi hijo; llevadnos al príncipe de Gales; no os disputeis el haberme hecho prisionero, pues soy bastante grande para enriqueceros á todos.» Estas palabras amansaban por un momento la furia de aquellos soldados, mas apenas habian vuelto á ponerse en marcha, volvian á renovar la disputa. Warwick y Cobham se arrojaron entre aquella turba, impusieron pena de la vida al que se atreviera á acercarse al rey: echaron pie á tierra, saludaron al monarca y á su hijo, y los condujeron hácia la tienda del príncipe de Gales.

Noticioso el hijo de Eduardo de que el gran prisionero estaba ya cerca, salió á recibirlo, se inclinó profundamente al llegar á su presencia, suplicándole con corteses palabras se sirviera entrar en su tienda. En seguida mandó vino y refrescos y se los presentó con su propia mano al padre y al hijo, *en señal*, segun dicen las crónicas, *de muy grande amor*. ¡Así están escritas en el cielo las derrotas y las victorias, asi se ensalzan y se abaten los imperios! Ocho siglos antes el primer rey franco triunfó de los visigodos casi en el mismo sitio donde el rey Juan cayó prisionero de los ingleses: Charny sucumbió defendiendo el oriflama en los campos, donde cuatro siglos despues habia de morir Rochejaquelin por la bandera blanca.

Cuando vino la noche, el príncipe Negro mandó disponer en su misma tienda una mesa abundantemente servida, á la cual, en compañía del rey y su hijo, se sentaron los mas ilustres prisioneros, Jacobo de Borbon, Juan de Artois, los condes de Tancarville, de Etampes, de Damp-Marie, de Granville, y el señor de Parthenay. Los demás barones y caballeros franceses, compañeros de infortunio de su señor, se colocaron en otras mesas. El príncipe de Gales sirvió personalmente á sus huéspedes, y rehusó constantemente tomar asiento en la mesa del rey, diciendo que estaba muy lejos de tener la presuncion de sentarse junto á un príncipe tan eminente y hombre tan denodado. «Querido señor, le decia al rey Juan, no os dejeis abatir porque Dios no haya cumplido hoy vuestros deseos: mi señor padre os tratará con todo el honor que mereceis, y se avendrá á condiciones tan equitativas, que es de esperar quedeis amigos para siempre. Debeis tener una satisfaccion, pues aunque la jornada no ha sido vuestra, habeis hecho personalmente proezas, distinguiéndoos entre todos los de vuestro bando. No penseis que digo eso por consolaros, pues todos mis caballeros que se han hallado en el combate, están conformes en concederos el prez y la corona.»

Hasta entonces Juan habia soportado su desgracia con magnanimidad, no habia salido de sus labios la menor queja, ni habia dado la mas insignificante señal de flaqueza; mas cuando se vió tratado con aquella generosidad, cuando vió que aquellos mismos enemigos que le rehusaban el título de rey cuando estaba en el trono, le reconocian como tal al verle cautivo, se sintió realmente vencido. De sus ojos se escaparon algunas lágrimas que borraron las manchas de sangre que habia aun en su rostro. En aquel banquete del cautiverio, pudo el rey cristianísimo decir como el santo rey David en otro tiempo: *Mis lágrimas se han mezclado con el vino de mi copa.*

Todos los demás prisioneros prorumpieron en llanto al ver derramar lágrimas al monarca, y el festin quedó por unos momentos suspendido. Los guerreros franceses, tan entendidos apreciadores de las buenas acciones, contemplaban con un murmullo de admiracion á su vencedor, que apenas llegaba á veintiseis años de edad. «¡Qué buen monarca promete á su pais, decian, si logra vivir y persevera su buena fortuna.»

Las palabras de los desgraciados son proféticas: si el príncipe de Gales oyó las de sus prisioneros, pudo tener, en vista de la inconsecuencia de la suerte, un presentimiento de su porvenir. Su vida fue corta. Su hijo, que le reemplazó en el trono de Inglaterra, se vió vendido por aquellos mismos nobles que habian combatido en Poitiers, tuvo que recurrir á la proteccion del heredero del rey Juan, fue depuesto del trono por un parlamento ingrato, se vió encerrado en una torre, y por último, habiendo sido condenado á morir de hambre, luchó varios dias contra la muerte deseando en vano al llegar sus últimos momentos los desperdicios de aquel banquete que su padre victorioso habia mandado dar á un monarca desgraciado. Hasta la gloria misma del vencedor de Poitiers ha perecido en aquellos campos donde resplandeció con tanta claridad.

En una altura que domina la abadía de Bouillé y la aldea de Beauvoir en el Poitu, en la cima de una colina cubierta de juncos marinos, se encuentran al parecer vestigios de un antiguo campamento: en medio se nota la boca de un pozo ya medio obstruido: esto es todo lo que existe para acreditar el pasaje de un héroe. La aldea de Maupertuis ha desaparecido: nadie en el pais se acuerda que haya existido. Por otro raro capricho de la suerte, el sitio en que se ven las huellas del campamento inglés se llama *Cartago*, como si la fortuna, para burlarse de los hombres, se hubiese complacido en borrar un nombre célebre con otro mas célebre, una ruina con otra ruina, y una vanidad con otra vanidad (1).

ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA.

DESDE LA BATALLA DE POITIERS EN TIEMPO DEL REY DON JUAN HASTA LA REVOLUCION DE 1789.

JUAN II.

(Desde 1356 á 1364).

¡La Francia parecia haber llegado á su perdicion! su tesoro estaba exhausto; sus ejércitos se habian convertido en hordas de salteadores que la desgarraban: sus pueblos se sublevaban: sus Estados atacaban el trono que habia quedado vacante por el cautiverio del rey; un príncipe de la familia real fugándose de la prision acababa de aumentar el desórden mezclando las discordias domésticas con las violencias cometidas por los estranjeros; envenena al heredero de la corona cautiva; surgen traidores en el estado eclesiástico y en la nobleza y sediciosos en las últimas gerarquías sociales; en lo esterior del pais se desencadenan los horrores de la anarquía civil y militar, y para remedio de tantos males no podia contar la nacion mas que con un príncipe de diez y ocho años escasos de edad, que por su proyecto de fuga con el rey de Navarra y por su conducta en la batalla de Poitiers no habia merecido el aprecio ni de los franceses ni de los enemigos. ¿Quién podria creer que ese niño, andando el tiempo habia de ser Cárlos el Sabio, el salvador de su pueblo, y uno de los reyes mas útiles que han gobernado á los hombres?

Pero Cárlos V no era, digámoslo así, mas que la cabeza: le era preciso un brazo, y este brazo Dios habia cuidado de irlo robusteciendo para la época en que fuera necesario. En tanto que el Delfin se iba retirando oscuramente en Poitiers, despreciado de los vencedores, un pobre hidalgo tan oscuro como él, combatia por Cárlos de Blois en los carrascales de la Bretaña. Sin hermosura, sin gentileza, sin bienes de fortuna, sin capacidad, pues nunca pudo aprender á leer, ese hidalgo, medio rústico, nada al parecer tenia de lo que constituye la naturaleza de los héroes, sino el valor. Las crónicas de aquella época al hablar de ese personaje lo caracterizan con el nombre de *cierto noble paje*. Ese jóven era Dugueslin, el primer capitan que desde el tiempo de los romanos se habia visto en Europa y que en aquel tiempo mereció el nombre de *Buen condestable*. ¡Tan fecundo es el suelo de la Francia y tantos los recursos que halla aun en medio de su desgracia!

Cárlos y Dugueslin nacieron, sea lícito decirlo así, el uno para el otro, y los dos para la nacion, siendo tanto mas ilustres sus triunfos cuanto mayores fueron los obstáculos que se les opusieron.

Ante los ejecutores de la venganza divina el mundo se aplana; con medianos talentos consiguen triun-

(1) Véase sobre la palabra *Cartago* el *Ensayo de disertacion sobre el* CAMPUS VOCLADENIS en las *Disertaciones* de LEBOEUF. Véase tambien las *Vidas de los capitanes ilustres en la Edad Media*, por MR. MAZAS. Encuéntranse en esa concienzuda obra curiosos datos acerca de las batallas de Crecy, de Poitiers y de Arincourt.

hijo, que ya habia sido herido por cubrir con su cuerpo el cuerpo de su padre: quiso el rey Juan alejar de aquel terrible peligro al regio niño, y lo encomendó á la custodia de varios caballeros, pero Felipe se escapó de sus manos y volvió á reunirse con su padre. No teniendo aun sus brazos fuerza para manejar las armas, velaba por la vida de su padre, advirtiéndole de qué parte debia ponerse en guardia, cuando veia acercarse algun enemigo.

La gritería habia ya cesado enteramente. Charny, tendido á los pies del rey, estrechaba entre sus brazos arrecidos por la muerte el oriflama que nadie le habia podido arrancar: solo las flores de lis permanecian de pie en el campo de batalla: la Francia entera estaba reducida á su rey, que vibrando con sus dos manos el hacha de armas defendiendo su patria, su hijo, su corona y el oriflama, inmolaba á cuantos tenian la mala suerte de acercársele. Ya no quedaban en torno de él mas que algunos caballeros tendidos en el suelo y acribillados de heridas, que levantando del polvo su moribunda cabeza á la voz de su soberano, hacian un postrer esfuerzo y volvian á caer para no volverse á levantar. Mil enemigos desde una respetuosa distancia le gritaban: «¡Señor, rendíos!» pero Juan, aunque ya bastante debilitado por la sangre que iba perdiendo, habia resuelto morir, pero no entregarse.

Un caballero atraviesa entre la multitud, y desviando los soldados, se acerca respetuosamente al monarca, hablándole en francés y diciéndole: «Señor, en nombre de Dios, rendíos. El rey, al oir hablar en francés, bajó el hacha y dijo: «¿A quién me he de rendir? ¿A quién? ¿En dónde está mi primo el príncipe de Gales? Si le viera, hablaríamos.—No está aquí, replicó el caballero, pero entregaos á mí, y yo os conduciré adonde él está.—Y vos, ¿quién sois? —Señor, yo soy Dionisio de Morbed, caballero de Artois: sirvo al rey de Inglaterra, porque habiendo cometido un homicidio en mi pais, tuve que espatriarme.»

Juan se quitó el guante de la mano derecha y se le arrojó al caballero diciéndole: «A tí me entrego.» No puede decirse que el rey de Francia entregara su espada sino á un francés.

Ya no se veian ni banderas, ni pendones del ejército del rey Juan en los campos de Poitiers. El príncipe de Gales no conocia aun toda la importancia del hecho de armas que se acababa de consumar. Chandos le aconsejó que fijase su bandera sobre un arbusto á fin de que al verla las tropas dispersas se fueran reuniendo. Levantaron en el terreno una pequeña tienda encarnada, y el príncipe entró en ella. Los empleados de su servidumbre le soltaron las hebillas de la armadura y le dieron de beber; los clarines tocaron retirada. Presentáronse los caballeros ingleses y gascones con un prodigioso número de prisioneros: habia soldado que traia diez de ellos. Tratáronlos á todos con una generosidad estraordinaria, consiguiendo libertar la mayor parte bajo palabra ó bajo la simple promesa de un rescate que procuraban no fuera muy crecido, á fin de que no les arruinara.

El hijo de Eduardo, al ver llegar los dos mariscales de Inglaterra, les preguntó noticias del rey de Francia: «Señor, no sabemos, contestaron, lo que ha sido del rey de Francia, pero creemos que indispensablemente debe haber muerto ó caido prisionero, pues no se ha separado de sus huestes.» Chandos habia predicho que al rey Juan no le permitiria huir *su valor*, Warwick opinó que debe haber sido muerto ó caido prisionero; no tardaremos mucho en ver que el mismo príncipe de Gales le proclama por el mas denodado caballero de su ejército. Un monarca francés, cuyo valor es tan altamente preconizado hasta por sus mismos enemigos, puede ser vencido sin dejar de reinar; los reyes de la larga cabellera solo cubiertos de púrpura, perdieron la corona que habian recibido sobre un pavés.

El príncipe Negro dijo á Warwick y á Cobham: «Partid, os ruego, y no os detengais hasta que podais adquirir noticias del rey de Francia.» Los mariscales partieron, y cabalgando, treparon á una altura, á fin de tender la vista por el campo. No tardaron en divisar un tropel de hombres que caminaban muy despacio y á cada instante se detenian. Warwick y su compañero se dirigieron hácia aquel grupo. «¿Quién va? preguntaron.—El rey de Francia, les respondieron, que ha sido hecho prisionero, y ahora se lo vienen disputando mas de diez caballeros y otros tantos escuderos.»

Juan, en medio de aquellos soldados, trayendo á su hijo de la mano, se habia hallado espuesto al mayor peligro: los ingleses y gascones se lo arrancaban mútuamente de las manos, despues de haberlo quitado á Dionisio de Morbec. Cada cual gritaba: yo le he hecho prisionero. A mí se me ha rendido. Entre tanto el rey decia: «Tratadnos con alguna consideracion á mí y á mi hijo; llevadnos al príncipe de Gales; no os disputeis el haberme hecho prisionero, pues soy bastante grande para enriqueceros á todos.» Estas palabras amansaban por un momento la furia de aquellos soldados, mas apenas habian vuelto á ponerse en marcha, volvian á renovar la disputa. Warwick y Cobham se arrojaron entre aquella turba, impusieron pena de la vida al que se atreviera á acercarse al rey: echaron pie á tierra, saludaron al monarca y á su hijo, y los condujeron hácia la tienda del príncipe de Gales.

Noticioso el hijo de Eduardo de que el gran prisionero estaba ya cerca, salió á recibirlo, se inclinó profundamente al llegar á su presencia, suplicándole con corteses palabras se sirviera entrar en su tienda. En seguida mandó vino y refrescos y se los presentó con su propia mano al padre y al hijo, *en señal*, segun dicen las crónicas, *de muy grande amor*. ¡Así están escritas en el cielo las derrotas y las victorias, asi se ensalzan y se abaten los imperios! Ocho siglos antes el primer rey franco triunfó de los visigodos casi en el mismo sitio donde el rey Juan cayó prisionero de los ingleses: Charny sucumbió defendiendo el oriflama en los campos, donde cuatro siglos despues habia de morir Rochejaquelin por la bandera blanca.

Cuando vino la noche, el príncipe Negro mandó disponer en su misma tienda una mesa abundantemente servida, á la cual, en compañía del rey y su hijo, se sentaron los mas ilustres prisioneros, Jacobo de Borbon, Juan de Artois, los condes de Tancarville, de Etampes, de Damp-Marie, de Granville, y el señor de Parthenay. Los demás barones y caballeros franceses, compañeros de infortunio de su señor, se colocaron en otras mesas. El príncipe de Gales sirvió personalmente á sus huéspedes, y rehusó constantemente tomar asiento en la mesa del rey, diciendo que estaba muy lejos de tener la presuncion de sentarse junto á un príncipe tan eminente y hombre tan denodado. «Querido señor, le decia al rey Juan, no os dejeis abatir porque Dios no haya cumplido hoy vuestros deseos: mi señor padre os tratará con todo el honor que mereceis, y se avendrá á condiciones tan equitativas, que es de esperar quedeis amigos para siempre. Debeis tener una satisfaccion, pues aunque la jornada no ha sido vuestra, habeis hecho personalmente proezas, distinguiéndoos entre todos los de vuestro bando. No penseis que digo eso por consolaros, pues todos mis caballeros que se han hallado en el combate, están conformes en concederos el prez y la corona.»

Hasta entonces Juan habia soportado su desgracia con magnanimidad, no habia salido de sus labios la menor queja, ni habia dado la mas insignificante señal de flaqueza; mas cuando se vió tratado con aquella generosidad, cuando vió que aquellos mismos enemigos que le rehusaban el título de rey cuando estaba en el trono, le reconocian como tal al verle cautivo, se sintió realmente vencido. De sus ojos se escaparon algunas lágrimas que borraron las manchas de sangre que habia aun en su rostro. En aquel banquete del cautiverio, pudo el rey cristianísimo decir como el santo rey David en otro tiempo: *Mis lágrimas se han mezclado con el vino de mi copa.*

Todos los demás prisioneros prorumpieron en llanto al ver derramar lágrimas al monarca, y el festin quedó por unos momentos suspendido. Los guerreros franceses, tan entendidos apreciadores de las buenas acciones, contemplaban con un murmullo de admiracion á su vencedor, que apenas llegaba á veintiseis años de edad. «¡Qué buen monarca promete á su pais, decian, si logra vivir y persevera su buena fortuna.»

Las palabras de los desgraciados son proféticas: si el príncipe de Gales oyó las de sus prisioneros, pudo tener, en vista de la inconsecuencia de la suerte, un presentimiento de su porvenir. Su vida fue corta. Su hijo, que le reemplazó en el trono de Inglaterra, se vió vendido por aquellos mismos nobles que habian combatido en Poitiers, tuvo que recurrir á la proteccion del heredero del rey Juan, fue depuesto del trono por un parlamento ingrato, se vió encerrado en una torre, y por último, habiendo sido condenado á morir de hambre, luchó varios dias contra la muerte deseando en vano al llegar sus últimos momentos los desperdicios de aquel banquete que su padre victorioso habia mandado dar á un monarca desgraciado. Hasta la gloria misma del vencedor de Poitiers ha perecido en aquellos campos donde resplandeció con tanta claridad.

En una altura que domina la abadía de Bouillé y la aldea de Beauvoir en el Poitu, en la cima de una colina cubierta de juncos marinos, se encuentran al parecer vestigios de un antiguo campamento: en medio se nota la boca de un pozo ya medio obstruido: esto es todo lo que existe para acreditar el pasaje de un héroe. La aldea de Maupertuis ha desaparecido: nadie en el pais se acuerda que haya existido. Por otro raro capricho de la suerte, el sitio en que se ven las huellas del campamento inglés se llama *Cartago*, como si la fortuna, para burlarse de los hombres, se hubiese complacido en borrar un nombre célebre con otro mas célebre, una ruina con otra ruina, y una vanidad con otra vanidad (1).

ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA.

DESDE LA BATALLA DE POITIERS EN TIEMPO DEL REY DON JUAN HASTA LA REVOLUCION DE 1789.

JUAN II.

(Desde 1356 á 1364).

¡La Francia parecia haber llegado á su perdicion! su tesoro estaba exhausto; sus ejércitos se habian convertido en hordas de salteadores que la desgarraban: sus pueblos se sublevaban: sus Estados atacaban el trono que habia quedado vacante por el cautiverio del rey; un príncipe de la familia real fugándose de la prision acababa de aumentar el desórden mezclando las discordias domésticas con las violencias cometidas por los estranjeros; envenena al heredero de la corona cautiva; surgen traidores en el estado eclesiástico y en la nobleza y sediciosos en las últimas gerarquías sociales; en lo esterior del pais se desencadenan los horrores de la anarquía civil y militar, y para remedio de tantos males no podia contar la nacion mas que con un príncipe de diez y ocho años escasos de edad, que por su proyecto de fuga con el rey de Navarra y por su conducta en la batalla de Poitiers no habia merecido el aprecio ni de los franceses ni de los enemigos. ¿Quién podria creer que ese niño, andando el tiempo habia de ser Cárlos el Sabio, el salvador de su pueblo, y uno de los reyes mas útiles que han gobernado á los hombres?

Pero Cárlos V no era, digámoslo así, mas que la cabeza: le era preciso un brazo, y este brazo Dios habia cuidado de irlo robusteciendo para la época en que fuera necesario. En tanto que el Delfin se iba retirando oscuramente en Poitiers, despreciado de los vencedores, un pobre hidalgo tan oscuro como él, combatia por Cárlos de Blois en los carrascales de la Bretaña. Sin hermosura, sin gentileza, sin bienes de fortuna, sin capacidad, pues nunca pudo aprender á leer, ese hidalgo, medio rústico, nada al parecer tenia de lo que constituye la naturaleza de los héroes, sino el valor. Las crónicas de aquella época al hablar de ese personaje lo caracterizan con el nombre de *cierto noble paje*. Ese jóven era Dugueslin, el primer capitan que desde el tiempo de los romanos se habia visto en Europa y que en aquel tiempo mereció el nombre de *Buen condestable*. ¡Tan fecundo es el suelo de la Francia y tantos los recursos que halla aun en medio de su desgracia!

Cárlos y Dugueslin nacieron, sea lícito decirlo así, el uno para el otro, y los dos para la nacion, siendo tanto mas ilustres sus triunfos cuanto mayores fueron los obstáculos que se les opusieron.

Ante los ejecutores de la venganza divina el mundo se aplana; con medianos talentos consiguen triun-

(1) Véase sobre la palabra *Cartago* el *Ensayo de disertacion sobre el* CAMPUS VOCLADENIS en las *Disertaciones* de LEBOEUF. Véase tambien las *Vidas de los capitanes ilustres en la Edad Media*, por MR. MAZAS. Encuéntranse en esa concienzuda obra curiosos datos acerca de las batallas de Crecy, de Poitiers y de Arincourt.

fos estraordinarios, no encubran adversarios que sean capaces de disputarles el triunfo y todo se combina de modo que hasta sus mismas faltas contribuyen á dar aumento á su poder. El cielo, á fin de favorecer su marcha, hace que en los tronos se sienten la locura y la estudidez, no deja un buen capitan que pueda oponerles el paso, ni un ministro en el consejo de los reyes. Aquellos esterminadores obtiene la sumision del pueblo en nombre de las calamidades á que deben su orígen y del terror que aquellas calamidades han inspirado. Arrastrando en pos de sí un tropel de esclavos armados y deshonrados por cien victorias, llegan con la tea en la mano y los pies bañados en sangre á los confines del mundo como unos hombres ébrios, impelidos por el terrible númen que constituye su fuerza, fuerza que aquellos hombres en su ciega alucinacion no llegan á comprender.

Pero cuando la Providencia, por el contrario, quiere elevar su reino y no abatirlo; cuando se vale de servidores y no de enemigos; cuando prepara una verdadera gloria y no una funesta celebridad á sus agentes, lejos de allanarles el camino, les opone obstáculos dignos de sus virtudes. Estas señales pueden dar á conocer la diferencia que existe entre el hombre salvador y el hombre azote, entre el hombre cuya mision es edificar y entre aquel que está destinado á destruir. Este aparece y no encuentra genio ni talentos que puedan oponerse á sus actos; el otro choca á cada instante con adversarios diestros capaces de contrarestar sus triunfos: el uno marcha sin oposicion, es dueño de todo, y para conseguir sus planes puede emplear recursos inmensos; el otro, tiene que sufrir la oposicion de todo el mundo, no dispone de nada, ni cuenta mas que con recursos de escasa importancia. El Delfin tuvo que medirse con Eduardo, monarca poderoso, guerrero afortunado y dueño de un pais floreciente y de la mitad de Francia; tuvo que luchar contra Cárlos el Malo, príncipe que por medio de crímenes sabia dar importancia á sus artificios contra Marcel, contra Le Coq y contra Pecquigny, Triunvirato temible por la triple alianza del poder popular, aristocrático y religioso. Duguesclin batió al príncipe de Gales, á Chandos y al *captal* de Buch, rivales que le escedian en celebridad y le igualaban en mérito. Viéndose sin dinero y sin crédito, no pudo sostener á sus compañeros de armas sino vendiendo las joyas de su mujer. Tan pronto no tuvo mas soldados que algunos caballeros valientes, pero indóciles, y aldeanos indisciplinados, como se vió al frente de un ejército compuesto de hordas de bandidos que no le seguian mas que por el prestigio de su gloria. Y sin embargo, el Delfin y el capitan de aventureros llegaron á conseguir su objeto, batieron á los estranjeros, restablecieron el órden é hicieron florecer las leyes, las letras, el comercio y la agricultura. Los dos, despues de haber brillado juntos en la escena del mundo, desaparecieron de ella casi á un mismo tiempo; el *Buen condestable* fué á dormir en el régio panteon á los pies de Cárlos el Sábio. Turbados en su profundo reposo sus restos mortales, siempre enlazados al parecer por un mismo destino, han visto en nuestros tiempos la luz del dia despues de una noche de cuatro siglos: las cenizas del monarca que arrancó de manos de los ingleses el territorio de la Francia, han sido arrojadas al viento, y manos francesas han despedazado el féretro de Duguesclin, ante el cual, como ante el Arca Santa caian derrocados los baluartes enemigos.

París, despues de la batalla de Poitiers, recibió al jóven Cárlos con honrosas demostraciones de respeto, bien sea porque no pueda por de pronto la condicion humana prescindir de tributar homenaje á la desgracia, ó bien porque procure cumplir cuanto antes con ella, para poderse desviar luego sin remordimiento y entregarse con toda holgura á la ingratitud. Algun tiempo antes de la batalla de Poitiers, el Delfin habia sido nombrado teniente general del reino por su padre. En este concepto gobernó la Francia hasta su mayoría, en cuya época tomó, sin oposicion de nadie, el título de regente. Lo primero que hizo Cárlos fue convocar los Estados que en su última sesion se habian aplazado para el mes de noviembre. Reuniéronse, pues, en la cámara del parlamento.

Ochocientos diputados componian en su totalidad la asamblea de la lengua de *Oil*: la nobleza estaba presidida por el duque de Orleans, hermano del rey; el clero por Juan de Craon, arzobispo de Reins, y el pueblo por Estéban Marcel, síndico del comercio. El canciller pronunció el discurso de apertura, invitando los diputados á ocuparse de las necesidades de la Francia y de la libertad del rey. Los Estados se reunieron separadamente, y nombraron una comision compuesta de cincuenta individuos tomados de las tres categorías y elegidos entre los diputados mas opuestos al príncipe. Esta comision se encargó de presentar un plan de reforma general.

Habiendo quedado acordes en lo tocante á las bases de ese proyecto, suplicaron al Delfin asistiera á las sesiones de las asambleas que entonces se celebraban en el convento de Franciscanos. Quisieron además obligar al príncipe á guardar secreto sobre lo que habian de decirle; pero él se rehusó á hacer semejante promesa.

Levantóse entonces el obispo de Laon, Roberto Le Coq, y usó de la palabra; achacó las calamidades públicas á los aduladores y consejeros de que el rey Juan se habia rodeado; presentó una lista de proscripcion de veintidos personas, aconsejando que se les formara causa; propuso que se formara una comision sacada del seno de los Estados para vigilar sobre los diversos ramos de la administracion; pidió que Cárlos no pudiera tomar ninguna resolucion sin oir el dictámen de un consejo igualmente elegido entre los diputados, y terminó su discurso pidiendo la libertad del rey de Navarra. Mediante esta condicion los Estados ofrecian un alistamiento de treinta mil hombres, y el impuesto de una décima y media, ó sea de tres veintésimos sobre los bienes de la nobleza y el clero. El Estado llano se ofrecia por su parte á presentar y equipar un soldado por cada diez hogares.

Admiracion causa ver cómo una corporacion que carecia absolutamente de esperiencia, marchaba tan directamente á su objeto, y recorria con tan seguro paso las sendas que posteriormente se han seguido en iguales casos.

Aquellos Estados de 1356 (3 de febrero) y los de 1357 (7 de octubre) se hallaron poco mas ó menos en la misma situacion que la Asamblea legislativa en 1792. La Francia en ambas épocas tenia que resistir á una guerra estranjera, en tanto que interiormente tenia que ocuparse de la reforma de sus leyes, y en tanto que se estaba verificando una gran revolucion política. La misma causa dada produjo algunos efectos análogos. Los Estados de 1336, por aquel instinto natural que impele las corporaciones y los hombres en particular á sacar partido de las circunstancias, se constituyeron: ya habian dado desde las anteriores sesiones un gran paso hácia ese objeto, y por último pudieron realizarlo despues de la batalla de Poitiers.

Pero la opresion de las armas estranjeras, las resistencias locales y las divisiones interiores correspondieron esos elementos y produjeron algo de los crímenes que posteriormente hemos visto vueltos á reproducir en nuestros tiempos. Marcel, Roberto Le Coq y Pecquigny, levantáronse á manera de turbulentos tribunos y exaltaron las pasiones de la multitud. Marcel llegó á enseñorearse y á disponer segun queria de aquellos reyes medio desnudos, degradados por la miseria, verdaderos salvajes en medio de la civilizacion, pero salvajes que carecian de la poética altivez de las selvas y no tenian mas que el sínico orgullo de los harapos.

El rey de Navarra, libre de su prision de Arleux en Pailleul por Juan de Pecquigny, y gobernador de Artois (1357) pasó precipitadamente á París á dar pábulo á la discordia. Arengó al pueblo reunido en el prado llamado *Pré-aux-cleres*. Hubo especie de asambleas á manera de las del Forum romano en los mercados y en Saint-Jacques-de-l'Hopital, en las cuales Marcel, el regidor Consac, el canciller del Ducado de Normandía Juan de Dormans, y el mismo Delfin, pronunciaron discursos delante del pueblo, que fluctuaba de una en otra opinion, atendiendo simultáneamente á los oradores. No volvió á verse esto en 1793: el pueblo que en esta ocasion tomó una parte tan activa en los sucesos, no deliberó nunca en masa ni obligó los principales personajes del Estado á pleitear ante él: hasta la misma Convencion desechó la idea de la apelacion al pueblo.

París durante el 1357 tuvo momentos en que pudo ser considerado como una democracia organizada segun la forma antígua en medio del feudalismo. Inventáronse colores nacionales: adoptaron como distintivo la gorra de paño mitad encarnada, mitad azul verdoso adornada con una hebilla ó chapa de plata esmaltada con esta inscripcion: *A bonne fin* (á buen fin). Abriéronse las prisiones á peticion del rey de Navarra que dió la lista de los criminales que debian ser puestos en libertad, á saber: «*Ladrones, asesinos, salteadores, monederos falsos, violadores, falsarios, sediciosos, homicidas, brujos, brujas y envenenadores.*» Todos estos desórdenes fueron acompañados de matanzas. El rey no pereció en aquellos tumultos, porque estaba prisionero en Inglaterra; pero el heredero del trono se vió espuesto á los mas inminentes peligros.

Y no se diga que entonces á nadie podia ocurrírsele el enjuiciar á un monarca, pues por el contrario era una idea muy propia de aquellos tiempos.

En el artículo 18 del testamento de Carlomagno se lee esta notable proposicion. «Si alguno de nuestros nietos presentes, ó por venir se viese encausado, mandamos que no se le rasure la cabeza, arranquen los ojos, ampute ningun miembro, ni se le condene á muerte sin preceder atenta discusion y exámen» (1). ¡El mismo Carlomagno, cuyos nietos presentes ó por venir habian de ser reyes era el que hablaba de ese modo!

En tiempo de su hijo Ludovico Pio, una asamblea nacional encausó y condenó á Bernardo rey de Italia: otra asamblea obligó tambien á ese mismo emperador Luis á descender del trono, que finalmente volvió á ocuparlo por decision de otra. Poco antes del advenimiento de la rama de los Valois á la corona, el parlamento de Inglaterra destronó á Eduardo II, padre de Eduardo III. El espíritu de las dos primeras gerarquías de los estados de la edad media propendia á establecer un derecho de supremacía sobre la autoridad regia: la Iglesia Romana absolvia á los vasallos del juramento de fidelidad y los concilios generales privaban á los papas de la tiara; los grandes vasallos consideraban á los reyes como iguales suyos, y ese principio de igualdad no necesitaba mas que de la fuerza y de la desgracia para producir sus naturales consecuencias. ¿Podrá nadie creer que aquel Cárlos el Malo que habia envenenado al Delfin que habia concebido el proyecto de arrebatar el rey Juan, encerrarlo en una torre y darle muerte, habria tenido escrúpulo de convertirse en juez de aquel monarca? Las dietas de Alemania, conservaban el principio de la eleccion al Imperio y esas mismas dietas deponian á los emperadores. En Francia una reunion de notables dió á Felipe de Valois de pronto la regencia y posteriormente la corona. El poder que dá coronas no está muy lejos de creerse autorizado para quitarlas.

Debe tambien decirse que los municipios (*communes*) de Flandes tenian á sus príncipes como en tutela, y que los de Inglaterra habian tenido voto en la causa que condenó á Eduardo II, y por consiguiente volvieron á tenerlo en el destronamiento de Ricardo II. Los municipios de Francia en 1355, 1356 y 1367, constituyeron los Estados sin hacer mucho caso de los privilegios de la monarquía ni pedir la sancion del rey para restablecer la independencia.

No se habia establecido aun el principio del derecho divino: cierto es que los reyes decian que no se derivaba su poder sino de Dios y de su espada, mas eso era solamente cuando se trataba de rechazar pretensiones de alguna potencia estranjera, pero no para combatir una autoridad nacional. Juan Petit en tiempo de Cárlos VI; defendió públicamente con motivo del asesinato del duque de Orleans la doctrina del regicidio. A fines del siglo XVI el parlamento de París dió principio al proceso criminal de Enrique III. Mariana, resucitó la doctrina de Juan Petit antes que Milton la estableciese en la causa de Cárlos I. Preciso es por lo tanto conocer que el principio abstracto de inviolabilidad de la persona del soberano, principio tan saludable y tan sagrado pertenece á esa monarquia constitucional que la apasionada ignorancia cree ser tan contraria al poder, como á la seguridad de los reyes; preciso es conocer que la aristocracia y la democracia habian encausado, destronado y aplicado la última pena á monarcas antes que la democracia imitara ese ejemplo.

Las treguas que siguieron á la batalla de Poitiers en vez de ser favorables á la Francia y á los trabajos de los Estados contribuyeron á aumentar la confusion.

Las tropas nacionales y estranjeras que ya no eran necesarias, ni el erario podia pagar, se desbandaron y formaron las *grandes compañías* que desolaron la Francia. Una de ellas que tomó la denominacion de *societá dell'acquisto*, asoló lo Provenza é hizo temblar al papa en Aviñon. Despues aparecieron las bandas de *aventureros* y de los conocidos con el nombre de tardíos (*tard-venus*), que batieron á Jacobo de Borbon en Bringnais (1361), causándole á él y á su hijo Pedro, heridas de resultas de las cuales murieron: el jóven conde de Forez murió en la misma accion. Arnaldo de Cervolles, denominado el Archipreste, el caballero Vest, el pequeño Meschin, Aymerigot Cabeza-Negra y otros muchos reproducian, con sus hechos de armas en los desfiladeros de los valles que opupaban y en las fortalezas de que se habian apoderado, todo lo que las novelas cuentan de malandrines y encantadores.

Otra calamidad acababa de estallar, la guerra de la Jaquería. Los aldeanos se sublevaron contra los nobles devolviéndoles el apodo de *Buen-Jaime*, que estos les habian aplicado primeramente: les sublevados acusaban á una parte de la nobleza de haber huido en Poitiers, y como esta acusacion era fundada puede decirse que al sublevarse eran impulsados de la red de independencia, del deseo de vengar al rey, y de un movimiento patriótico contra la invasion estranjera. Alguna vez consiguieron aquellas hordas de paisanos batir las tropas inglesas con un valor que habria librado al país si hubiesen tenido imitadores. El levantamiento de los paisanos del Beauvoissis, del Soissonais y de Picardía, indica el nacimiento de le monarquía de los Estados, como el levantamiento da

(1) De nepotibus vero nostris scilicet filiis prædictorum filiorum, nostrorum, qui ex eis vel jam nati sunt vel adhuc nascituri sunt, placuit nobis præcipere ut nullus eorum per quaslibet occasiones, quemlibet ex illis apud se accusatum sine justa discusione atque examinatione aut occidere, aut membris maneare, excæcare, aut invitum tondere faciat (*capitul.*, BAL., *tom.* 1, *pág.* 446).

la Vendee marca el final de esa misma monarquía. Es preciso, sin embargo, confesar que en medio de las espantosas crueldades de la Jaquería, Guillermo Caillet, Guillermo Lalouette y su mayordomo llamado Grad-Ferré, fueron unos verdaderos héroes.

Los aldeanos, tanto los que se habian sublevado como los que permanecian en sus casas, fortificaron las poblaciones y colocaron centinelas en los campanarios de sus parroquias: al aproximarse el enemigo esos vigias daban la señal de alarma con un toque de corneta, y todos los habitantes corrian á encerrarse en la iglesia. Los que vivian á orillas del Loire se retiraban por la noche á unas balsas que tenian atadas en medio del rio. En París se prohibió tocar las campanas escepto, *para las oraciones* (1538) *desde la conclusion de vísperas hasta el amanecer del dia siguiente*, á fin de que los ciudadanos que estaban de faccion no se distrajeran por ningun ruido. Los caminos se cubrieron de yerba: los conventos se vieron abandonados: las campiñas quedaron sin cultivar y no sirvieron mas que de campamento á las diversas hordas de bandidos, de facciosos y de mercenarios ingleses, navarros y franceses, que transitaban como gavillas de árabes por el desierto: no se conocia la existencia de séres humanos en aquellos desolados campos mas que por las columnas de humo que se elevaban de alguna casa ó aldea entregada á las llamas. Aun se conservan en nuestros dias tristes endechas sobre las desgracias de aquella época conservadas tradicionalmente en boca del pueblo.

Hé aquí lo que dieron por resultado las facciones tituladas de la *Jaquería*, de los *compañeros* y de los *ciudadanos* de París: la Francia les fue deudora del establecimiento de una infantería nacional, que reemplazó á la infantería feudal de los municipios, juntamente con el espíritu de independencia natural á la fuerza armada: fuerza tiránica cuando triunfa regularmente, salvadora cuando espontáneamente se reproduce en el seno de un pueblo oprimido.

La Francia no se libró de ser conquistada en tiempo de Cárlos V, por la energía de las masas populares como sucedió á la última revolucion, sino por la sabiduría de la corona: así es que su redencion se fue verificando con mas lentitud. Nada quedó de la insurreccion de París mas que los fosos abiertos y los baluartes levantados en menos de dos años por los ciudadanos en un momento de terror pánico escitado por Marcel.

La revolucion política causada por los Estados de 1536 y 1537, no salió del recinto de París. No era esta capital la que en aquel tiempo daba impulso al resto de la nacion, porque París no era entonces capital del reino, sino capital de los dominios del rey: era un gran municipio que obraba espontáneamente, que las demás poblaciones no imitaban, y cuyo nombre apenas sabian. La abadía de San Dionisio gozaba en aquel tiempo de mucha mas celebridad en Francia que la ciudad de París. En el país de la lengua de *Oc* y hasta en el de la lengua de *Oil*, habia poblaciones que igualaban en riquezas y aventajaban en hermosura á la cenagosa Lutecia que solo tenia algunas calles que habian sido mandadas empedrar por Felipe Augusto.

Halláronse, pues, perdidos aquellos gérmenes de libertad política en medio de la monarquía feudal que si bien conmovida en sus instituciones, era aun omnipotente por la fuerza de sus costumbres: así es que despues de los Estados de 1356 y 1357, se vió progresivamente menguar el poder que aquellos habian conquistado. La corona que los habia convocado para tener un punto de defensa llegó á temerlos: se consideró como un presagio funesto el volverlos á convocar en aquel tiempo de calamidades, y su recuerdo se enlazó con el de las desgracias que no habian causado, ó que no habían tenido tiempo de remediar. El Parlamento en ausencia de los Estados, usurpó el poder político que se les escapaba, particularmente el derecho de queja y el de revision de las contribuciones. De todos modos esa monarquía de los tres Estados que sustituyó á la monarquía feudal, es la que trasmitió á la Francia la monarquía representativa despues del breve periodo de absolutismo de Luis XIV y de Luis XV.

Firmóse la paz entre el regente y el rey de Navarra en 1539, en cuya época espiró la tregua con Inglaterra. Tratóse el asunto de la libertad del rey Juan con las armas y por medio de negociaciones. En cierta ocasion propusieron para este objeto un proyecto vergonzoso. El abogado general Guillermo de Dormans lo leyó desde lo alto de la escalera de mármol del Tribunal de Justicia al pueblo reunido en asamblea; el pueblo indignado gritó: que *aquel tratado no era admisible, y que toda la nacion estaba decidida á pelear en buena guerra con el monarca inglés.*

Finalmente, en 8 de mayo de 1360 se celebró el tratado de Bretigny. Sobre este particular debe en mi concepto hacerse la siguiente observacion que ningun historiador ha tenido en cuenta. Al ceder el rey Juan tantas provincias á Eduardo, nada le cedió casi de lo tocante á los dominios de su reino propiamente dicho. Señores independientes, tales como los La-Marche, los Cominges, los Perigord, los Chatillon, los Foix, los Armagnac y los Albret, eran únicamente los que mudaban de dueño, y como que nunca reconocieron en la corona de Francia facultades para imponerles un nuevo soberano, apelaron en tiempo de Cárlos V á esa misma corona, y sacudieron el yugo estranjero. Así es que aquel desmembramiento de la monarquía feudal, de ningun modo podria compararse con el desmembramiento de la monarquía compacta y constitucional de la época presente.

El rey Juan volvió á Francia (25 de octubre de 1360) despues de cuatro años, un mes y seis dias de cautividad: asistió á un torneo en Saint Omer, oró en San Dionisio, y lo que valió mas, entró en París el 13 de diciembre. Una tela de oro sostenida en alto, á manera de pálio, por cuatro lanzas, cubria al monarca al volver á entrar en las calles de la capital del reino, cubiertas de alfombras, y ofreciendo en algunos puntos fuentes de vino... El pueblo francés admira la gloria así como la desgracia.

En aquella época entró Duguesclin al servicio de Francia. La celebridad de este guerrero empezaba ya á divulgarse. El autor de su vida se espresa en estos términos: «Vereis (lector) un alma fuerte nutrida en el hierro, desarrollada bajo las palmas, y en la cual Marte se estuvo ejercitando por mucho tiempo. La Bretaña fue el campo en que hizo sus ensayos; los ingleses el objeto de que se propuso limpiar la Francia, y Castilla el punto en que brilló su obra maestra: sus hechos eran heraldos de su gloria, los reveses teatros de su constancia, y el féretro pedestal de un inmortal trofeo.»

La Francia habia perdido provincias por el tratado de Bretigny, y en compensacion de esta pérdida recibió un presente que llegó á serle funesto. Felipe de Roubre, de edad de quince años, último duque de aquella primera casa de Borgoña, que habia subsistido por espacio de trescientos treinta años, desde Roberto de Francia, primer duque, hijo del rey Roberto y nieto de Hugo Capeto, murió en el castillo de Roubre en las festividades de Pascua de 1362. El ducado y una parte del condado de Borgoña, juntamente con todo lo que provenia de la herencia directa de Eudes IV, tocó al rey Juan, hijo de Juana de Borgoña, y sobrino de Eudes, Juan por de pronto incorporó esa rica herencia á la corona, y si la hubiera mantenido reunida habria evitado gran número de

desgracias á su raza; pero dió la investidura del ducado de Borgoña á su cuarto hijo, Felipe, primer duque de la segunda casa de Borgoña. «Para recompensar, segun dicen, las reales cédulas espedidas en Germiny (6 de setiembre de 1363), el celo que Felipe le habia mostrado, esponiéndose á la muerte y combatiendo intrépidamente á su lado en la batalla de Poitiers, donde aquel hijo querido fue herido y hecho prisionero.» Esas mismas cédulas instituyen al duque de Borgoña, primer par de Francia. Juan dió una organizacion normal á la guardia nacional de París, y se volvió á Inglaterra á morir.

¿Quiso darse en rehenes por su hijo el duque de Anjou, que habia faltado á su palabra? Era una accion muy análoga al carácter del rey Juan. ¿Volvió á Lóndres con objeto de satisfacer una pasion, *causa joci*, segun dice el continuador de Nangis? ¿Seria tal vez rival de Eduardo en los amores de la condesa de Salisbury? Eduardo tenia cincuenta años; la condesa ya no era jóven, y el mismo rey Juan tenia ya cuarenta y cuatro. Los personajes que habian figurado en tiempo de Felipe de Valois, se habian envejecido; muchos de ellos habian desaparecido de la escena reemplazados por una nueva generacion; el príncipe Negro que nunca gozó de popularidad en Inglaterra, se habia convertido en príncipe soberano de Aquitania; en Cárlos el regente, empezaban á revelarse indicios de Cárlos el Sabio, y la celebridad de Duguesclin habia hecho poner en olvido la del héroe de Poitiers. ¿Terminó el rey Juan su trágica historia con una novela? Todo puede creerse de los hombres. El 8 de abril de 1364 fue el último dia de su existencia: en los funerales que en San Pablo de Lóndres se celebraron por su alma, se encendieron cuatro mil antorchas é igual número de cirios. No fueron en verdad tantas las luces con que los ingleses registraron los cadáveres en el campo de Crecy. Los restos del rey Juan fueron trasladados á Francia é inhumados (6 de mayo de 1364) cerca del altar mayor de la abadía de San Dionisio.

Aparte de la historia del reinado de Juan, merecen fijar la atencion, la de Nicolás Rienci, en Roma, y la condenacion de Marino Falieri, dux de Venecia. De cuando en cuando se abrian paso los príncipes populares como los volcanes al través de las masas que pesan sobre ellos.

CARLOS V.

(Desde el 1364 al 1380.)

Una cualidad campea altamente entre todas las que poseia Cárlos V; el conocimiento de los hombres y la instruccion necesaria para apreciarlos. Esta circunstancia le proporcionaba el poderse utilizar de todo lo sobresaliente que habia á su alrededor sin necesidad de tener que sobresalir personalmente. Para no citar mas que dos ejemplos, corroboraremos lo que acabamos de manifestar, diciendo, que eligió para el mando de sus tropas á Duguesclin, y á Bareau, de Lariviere para el consejo. Cárlos V sacó utilidad hasta de sus mismas faltas: así es que, viéndose por la debilidad de su cuerpo condenado á una vida retirada, desarrolló en el retiro sus facultades mentales. Duguesclin libró la Francia de las *grandes compañías* trayéndolas á la guerra de España. Las contiendas entre don Pedro el Cruel y don Enrique de Trastamara se involucraron con las guerras de Francia, y produjeron revoluciones en que el príncipe Negro y Duguesclin aumentaron su celebridad. Clisson habia aparecido en Bretaña; Cárlos de Blois halló muerte en la batalla de Auraí.

Los grandes barones de la Gascuña se sublevaron contra los ingleses que los habian oprimido. Cárlos V mandó al príncipe Negro comparecer en París á «estar á las resultas de lo que se fallara judicialmente »acerca de las quejas á que habia dado lugar, y daños »que habia causado en el pueblo que pedia depender »de la jurisdiccion legal del trono de Francia.» Un ayuda de cámara del rey llevó á Lóndres una carta de Cárlos V, declarando la guerra á Eduardo: este no podia creer á sus ojos: tanto él como sus ministros miraban y remiraban los sellos pendientes de aquella inesperada declaracion. Eduardo, adormecido entre los laureles de la victoria, no se habia apercibido ni de la fuga de los años, ni de los cambios ocurridos en su alrededor, ni de la renovacion de la raza humana en medio de la cual subsisten algunos hombres del tiempo pasado, que ni eran comprendidos, ni comprendian nada de lo que pasaba. El astro del vencedor de Crecy se iba eclipsando: la gloria de otro siglo no interesaba ya á una juventud que juntamente con otras pasiones descubria otro porvenir. El que lee la historia es como un hombre que va avanzado en la vida y ve caer uno á uno sus contemporáneos y amigos: á proporcion que vuelve páginas del libro, van desapareciendo los personajes; una hoja de papel separa en la historia los siglos, como el césped las generaciones que duermen bajo la tierra.

Chandos ya no existia, y el príncipe de Gales estaba moribundo. Eduardo hizo una tentativa para desembarcar en Francia á socorrer la plaza de Thouars ultima que le quedaba en el Poitu: esta vez el mar no se manifestó complaciente y lo rechazó: el viento de la fortuna impelia otras velas. El príncipe de Gales fue transportado á Lóndres y espiró á la edad de cuarenta y seis años en el palacio de Westminster, dejando un hijo: el desgraciado Ricardo II, á quien se le disputó hasta la legitimidad del nacimiento. No tardó Eduardo III en seguir al príncipe Negro á la tumba: no era ya Eduardo el brillante caballero de la condesa de Salisbury; no era ya mas que el esclavo de una cortesana que le robó hasta en su lecho de muerte arrancándole la sortija que llevaba en el dedo, (1377).

Puede notarse en 1371, el nacimiento de Juan de Borgoña y de Luis, duque de Orleans: así se va eslabonando la cadena de las prosperidades é infortunios de los imperios. El gran cisma de Occidente estalló en 1379 por muerte de Gregorio IX, y la duplicada eleccion de Urbano VI y Clemente VII. Cárlos V reconoció á este último, y la Universidad siguió el mismo partido. Empezaron tambien á turbarse los asuntos políticos de Flandes: el duque de Bretaña, permaneciendo inalterable en su alianza con los ingleses, tuvo que ver sublevada contra él la nobleza de su ducado. Finalmente, Duguesclin, despues de haber caido en desgracia de la córte, y entregado tal vez su espada de condestable á Cárlos V, hecho que no está demostrado, fué á terminar sus dias delante de *Castel-Neuf* de Randan. Sabido es que las llaves de esa ciudad fueron entregadas al féretro de Duguesclin, sin embargo, es cierto que aun no habia espirado cuando las trajeron. En el testamento y en el codicilo del testamento fechado en 9 y 10 de julio de 1380, aun conservaba el título de condestable de Francia. Beltran dijo á su compañero Olivier de Clisson: «Señor Olivier, siento que la muerte me va estrechando de cerca, y ya no puedo deciros una multitud de cosas. Direis al soberano que me pesa en el alma no haber podido emplear mas tiempo en su servicio; que no habria podido servirle con mas lealtad; pero que Dios mediante yo tenia fundadas esperanzas de limpiarle de ingleses su reino. No faltan por fortuna leales servidores que consagrarán su tiempo á ese mismo objeto, y confio en que vos, señor Olivier, sereis el primero. Ruegoos que tomeis la espada que el rey me dió al hacerme condestable y se la devolvais; pues no dudo que sabrá emplearla en persona que la merezca. A él recomiendo tambien mi esposa y mi hermano, y adios que ya me siento sin fuerzas.» Duguesclin no sabia mas que poner su firma.

Yo la he visto: *decia asi, Bertrand*, y luego seguian algunas disposiciones de familia.

Cárlos V no sobrevivió á Duguesclin mas que dos meses y cuatro dias, pues falleció en su palacio de *Beauté* sur Marne el 16 de setiembre del 1380 al medio dia. La vida de este monarca puede caracterizarse por una de sus máximas, que se ha conservado hasta nuestros dias. «No comprendo la felicidad de los reyes solia decir, sino por la facilidad que tienen de practicar el bien.» El reinado de Cárlos V fue un reinado de reparacion y de recomposicion de la monarquía. El arte militar hizo considerables adelantos en tiempo del buen condestable, que en su juventud puede compararse á Bayardo, y en su edad madura á Turena. Una obstinada prudencia tuvo encerrado á Cárlos V en su palacio: tenia muy presentes las desgracias de Crecy y de Poitiers, y queria confiar la suerte de la Francia, no á la impetuosidad, sino á la paciencia del valor de sus hijos. Dejó por consiguiente abierto el reino á las correrías de Eduardo, que se paseó con su ejército de Burdeos á Calais, y de Calais á Burdeos cuando le dió la gana. Los soldados franceses veian con sumo disgusto desde lo alto de las murallas, en donde les obligaban á estar encerrados, esas correrías; y los ingleses iban siempre perdiendo algunas plazas; las provincias cedidas se cansaban del yugo de los estranjeros, y los antiguos, grandes vasallos de la corona, acudian con sus quejas á los pies de Cárlos V, que con la mano apoyada en ol corazon de Francia, y sintiendo reanimarse la vida, empezaba ya á hablar como soberano.

CARLOS VI.

(Desde el 1380 al 1422.)

La minoría de Cárlos VI se pasó entre las depredaciones y las rivalidades de los tres tios paternos y tutores de aquel príncipe, los duques de Anjou, de Berry y de Borgoña: el duque de Borbon, hombre apreciable, casi no pudo contrabalancear los males de una administracion sin talento y sin justicia.

Sublevacion de Rouen y de París; robos y matanzas de judíos; Estados en que se oye hablar del *pueblo* y de la nacion; guerra civil en Bretaña; desórdenes ocasionados por el cisma; tal es el prólogo del drama, cuyo primer acto se abre con la locura de Cárlos VI. El virtuoso abogado general Juan Desmarets fue arrastrado al cadalso como cómplice de trastornos, á los que por el contrario habia opuesto la autoridad de su virtud.

«Maese Juan, le decian al llevarlo al suplicio, pedid gracia al rey á fin de que os perdone.» Desmarets contestó: «He servido al rey Felipe su abuelo, al rey Juan y al rey Cárlos su padre; los he servido bien y lealmente. Nunca me pusieron en ocasion de tenerles que pedir nada, y otro tanto haria éste si me conociera á fondo; no quiero pedir gracia sino á Dios.» Palabras magnánimas al par de las que en ningun tiempo se hayan pronunciado.

Las ejecuciones nocturnas principiadas en este reinado fueron continuando en lo sucesivo; no por ocultar la iniquidad se la despoja de su funesto influjo.

Los cadáveres de los ajusticiados eran arrojados al Sena con un cartelon que decia: «Dejad pasar la »justicia del rey.» Advertencia al Loira en 1793 para dejar pasar la «justicia del pueblo.» Los asesinatos jurídicos fechan del gobierno de los Valois: se caminaba hácia la monarquía absoluta.

Juan, hijo del duque de Borgoña, se casó con Margarita de Hainaut, y Cárlos VI, de edad de diez y siete años, contrajo matrimonio con Isabel, hija de Estéban, duque de Baviera, de catorce años de edad. Hay nombres que en sí solos parecen llevar la sentencia de los destinos (1385). «En Francia, dice Froissart, hay la costumbre de que cualquiera señora, por hija de alto personaje que sea, se deje registrar y ver enteramente desnuda por otras damas para saber si es á propósito para la maternidad.» El seno de aquella mujer que, sujetándose á esa costumbre, debia «ser vista enteramente desnuda,» debia sostener á Cárlos VI.

Gran proyecto de desembarco en Inglaterra (1386); mil quinientos buques reunidos en el puerto de Ecluse; cincuenta mil caballos dispuestos para ser embarcados; municiones de guerra y de boca, entre las cuales figuraban barriles llenos de yemas de huevo cocidas y reducidas á polvo como harina. Una ciudad, digámoslo así, de madera de tres mil pasos de diámetro, fortificada con torres y atrincheramientos, compuesta de piezas de ensambladura que podian montarse y desmontarse: en su recinto podia encerrarse un ejército: no podemos, á pesar de nuestro estado de perfeccionamiento artístico, figurarnos una obra tan gigantesca de carpintería, y es indudable por los restos que aun se conservan de aquellos tiempos, que el arte del carpintero llegó entonces á estar mucho mas adelantado. Los buques de la flota estaban adornados con pinturas y trabajos de entalladura: magnificencia que recuerda los bajeles de Cleópatra. La alta aristocracia habia descendido desde el mas alto punto de su poder al mas alto grado de riqueza; habia llegado, como todo poder, al período del lujo, y por consiguiente su fuerza empezaba á declinar: los enanos que hacian esos gigantescos preparativos fueron abrumados bajo su peso. Las intrigas y pasiones del duque de Berry, las depredaciones de todos sus agentes y el regreso de la mala estacion, fueron causa de que la Francia no pudiera devolver á Inglaterra los males que esta le habia causado, y de todo aquel pomposo aparato no resultó de positivo sino el haber los propietarios tenido que pagar de contribucion una cuarta parte de sus rentas (1386).

Aquellos príncipes de la primera casa de Valois eran unos espíritus fastuosos, limitados é ingobernables, su casa estaba llena de una multitud de criados condecorados, verdaderas sanguijuelas de los pueblos, y azote de las córtes. Aquella dorada turba gozaba de inmunidades escandalosas: no habia supernumerario de cualquiera dependencia, que mientras le llegaba el turno de su efectividad no estuviera dispensado de toda carga pública.

El 1.° de enero del 1386 fue el último de la existencia del rey de Navarra, hombre que amaba el crímen con el mismo ardor que la disolucion, y que si hubiera hallado un medio de reanimar en su pecho la maldad, se hubiera valido de él como se valia de una sábana empapada en espíritu de vino, con la cual se hacia envolver para restaurar las fuerzas agotadas por la intemperancia. Dentro de esta sábana fue quemado.

A este año de 1386 hay que referir el duelo judicial de Juan Carrouges y Jacobo Legris. La esposa del primero suponia haber sido violada en su habitacion por el segundo, que era un noble adicto á la casa del duque de Alenzon. «Jacobo, Jacobo, dijo á Legris la señora, mal habeis procedido en mancillarme de ese modo; pero yo me lavaré de ese deshonor si Dios quiere que mi señor marido pueda volver.» En aquella época se hallaba en Escocia. Legris fue muerto. Carrouges pasó al Africa á pelear con los moros y no volvió.

En 1386 acaeció el suceso de Juan de Clisson y el duque de Bretaña, aventura referida en mil partes, y últimamente contada por un historiador (M. Barante) que nada me deja que decir. Bavalan salvó á su señor de un crímen y de remordimientos. Clisson pagó una multa de cien mil *libras* y entregó cuatro plazas al duque, de manera que los nobles tenian todavía plazas fuertes en su poder. Los señores de Laval y de Chateaubriant salieron fiadores de aquella multa. En 1387 llegó Cárlos VI á la mayor edad y empuñó las riendas del gobierno.

En 1389 se celebraron solemnes exequias en San Dionisio por el alma de Duguesclin. El obispo de Auxerre pronunció un discurso en obsequio del buen condestable: la primera oracion fúnebre se pronunció en memoria de Duguesclin, y la última en recuerdo del gran Condé; pues en ese nuevo género de elocuencia inspirado por la gloria de las armas francesas, y noblemente desarrollado entre la tumba de dos grandes capitanes, no puede decirse que haya existido nadie despues de Bossuet.

Tembló la Europa al solo nombre de aquella potencia otomana que, habiéndose apoderado de Constantinopla, amenazaba no tardar mucho en oprimir á la antigua patria de la civilizacion, y que en la actualidad espira al devolver á la Grecia su libertad.

Bayaceto anunciaba que pasaria á Occidente, y haria que su caballo comiera cebada sobre el altar de San Pedro en Roma; reaccion de las Cruzadas, asi como estas la habian sido del primer desbordamiento de los pueblos del islanismo sobre los paises cristianos. No ha cesado la guerra de esterminio entre los pueblos de Cristo y de Mahoma, sino cuando se ha debilitado el principio religioso de ambos.

Diez mil franceses, entre los que figuraban mil caballeros é igual número de escuderos de las mejores familias de Francia, mandados por los mas ilustres señores, pasaron acaudillados por Juan de Nevers, segundo duque de Borgoña, á socorrer á Segismundo, rey de Hungría: por tanto mal que debia causar á Francia iba ese señor de Nevers á conquistar el sobrenombre de Juan sin Miedo en los calabozos de Bayaceto. La pérdida de la batalla de Nicópolis, como ya lo he hecho notar en otra parte, contribuyó juntamente con las derrotas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt á dislocar el ejército aristocrático, y á establecer el ejército nacional. Cuando el duque de Borgoña salió de las prisiones de Bayaceto, éste tuvo que dejarse meter en la jaula de Tamerlan. El Asia era en aquella época teatro de las grandes invasiones.

El duque de Turena que posteriormente fue duque de Orleans, se casó con Valentina de Milan, hija de Galeas Visconti. Pedro de Craon, favorito del duque de Turena, cayó en desgracia por haber revelado á Valentina de Milan una infidelidad de su marido. Craon era enemigo del condestable Clisson, yariente del duque de Bretaña.

Isabel comenzó e manifestar su propension al lujo y á la galantería: instituyóse en su córte el tribunal de amor organizado á semejanze del tribunal de justicia. Entre los que ejercian cargos en aquel tribunal figuraban los príncipes de la familia real, nobles los mas antiguos de Francia, doctores de Teología grandes vicarios, capellanes, párrocos y canónigos. Esa es la época en que los novelistas han colocado las aventuras del pequeño Juan de Saintré. Las mas terribles verdades no interrumpieron el curso de aquellas ficciones: viéronse en aquel siglo marchar tan pronto unidos, como separados, crímenes y amores, diversiones y asesinatos, escenas dignas de la historia y otras á propósito para la novela, todos los desórdenes, por decirlo de una vez, del mundo real y del mundo imaginario: la imaginacion se apoderó de los crímenes, y los crímenes de la imaginacion. Los furores del cisma y la invasion de los ingleses; acabaron de complicar las disputas de los borgoñones y Armañacs.

En 1392 el duque de Turena obtuvo el ducado de Orleans en cambio del de Turena.

Craon trató de asesinar al condestable Clisson el dia del Corpus del 1392; mas no le quitó la vida á pesar de las heridas que le hizo. Cárlos VI quiso castigar á Craon que se habia puesto bajo la proteccion del duque de Bretaña. Dióse órden al ejército de ponerse en marcha. En el bosque de Mani una especie de fantasma envuelta en un sudario, con la cabeza y los pies desnudos, se precipito de entre dos árboles sobre la brida del caballo de Cárlos VI, diciendo: *No pases adelante, vuélvete atrás, rey, porque estás vendido.* El espectro volvió á meterse en la maleza sin que nadie le persiguiera. Un paje que llevaba la lanza del rey la dejó caer sobre el casco de hierro de otro paje: al ruido dispertó el rey de su especie de estupefaccion: desenvainó la espada y se arrojó sobre los pajes gritanda: «¡Adelante! ¡Adelante contra esos traidores!» El duque de Orleans se presentó presuroso; Cárlos se lanzó contra él; «Huíd, gallardo nieto de Orleans,» le gritó el duque de Borgoña, Monseñor quiere mataros. ¡Oh la enorme desgracia! Monseñor está enteramente fuera de sí. «¡Cielos! ¡Sujetarlo!» El rey no mató ni hirió á nadie por mas que diga Monstrelet. Fué llevado á Mans *en un carro de bueyes*. Los duques de Berry y de Borgoña, tios del rey, se apoderaron del gobierno. Lariviere, Lemercier, Montaigu y el Tartamudo de Vilaines, ministro de Cárlos VI, recibieron órden de retirarse, y el condestable Clisson huyó despues que oyó decir al duque de Berry que le haria saltar el ojo que le quedaba en el rostro. El papa de Roma Benito, sostuvo que Dios habia privado de su juicio al rey por haber sostenido al anti-papa de Aviñon; Clemente, papa de Aviñon, sostenia á su vez que el monarca se habia dementado en castigo de haber sostenido al anti-papa de Roma. El pueblo compadeció al jóven monarca y oró por él, en tanto que los próceres se regocijaban pensando en que los negocios del Estado vendrian necesariamente á parar en sus manos. Jorge III se vió en una monarquía constitucional privado de razon por espacio de muchos años, durante los cuales puede decirse que ocurrió el período mas glorioso de la monarquía inglesa. Cárlos VI, en una monarquía absoluta, permaneció poco mas ó menos igual plazo en un estado de insonio, y este fue precisamente el período mas desastroso de la monarquía francesa: esto consiste en que el régimen constitucional, la razon nacional, suple la razon del rey. al paso que en la monarquía absoluta en pos de la locura del monarca viene forzosamente la locura de la córte.

El parlamento, reunidas todas sus secciones, confirmó el edicto de Cárlos V, que fijaba la mayor edad de los reyes en la de catorce años. La tutela de los príncipes quedó encargada á la reina, y á su hermano, Luis de Baviera; de allí á poco se confirió la regencia del reino al duque de Orleans, hermano del rey. Hubo un consejo de tutela compuesto de doce personas, mas no llegaron á designarse los miembros que habian de componer el consejo de regencia. Cárles VI hizo testamento, y vivió despues de haber dispuesto personalmente de todo, como si no viviera.

¿Y es de ese rey muerto de quien en lo sucesivo se oye hablar como padre de hijos naturales; cómo habiendo estado á punto de ser quemado en un baile de máscaras donde su insensatez le hizo figurar bajo el disfraz de salvaje; cómo negando haber sido rey, cómo borrando con furor su nombre y sus armas; rogando que apartaran de su lado todo instrumento con que pudiera herir á alguno, diciendo que preferia morir á hacer mal á nadie, y conjurando en nombre de Jesucristo á los que podian ser culpables de sus padecimiegtos que no se los agravaran prolongando su dolorosa existencia? ¿Es ese monarca de quien se dice que al ver á la reina esclamaba: *¿Quién es esa mujer? ¡Libradme de ella!* y que admitia por engaño en su lecho la hija de un chalan que la reina le enviaba para que la reemplazara? ¡Sombra augusta, desgraciada y lamentable, en derredor de la cual se agitaba un mundo real de sangre y de festines! ¡Espectro régio de cuya helada mano se apoderaban para

hacerle firmar órdenes de destruccion, y que inocente de los actos que aparecian á la luz del sol revestidos con su firma, volvia por la noche á lamentarse entre los vivientes de los males que pesaban sobre su pueblo! ¿Qué testimonios existen de aquella enfermedad de un monarca, que no pudo ser curada ni por un mágico de Guiena con su libro *Simagorad*, ni por dos frailes que fueron los primeros criminales asistidos en su última hora por dos confesores? ¿Qué sólido monumento atestigua en Francia las calamidades de un reinado que pasó entre la aparicion de una fantasma y la de una pastora? Un amargo sarcasmo del destino de los imperios y de la fortuna humana; un juego de naipes.

Es notable el año de 1395 por haberse mandado en Francia dar á los reos de muerte el auxilio de confesores; mas aun á fines del siglo último no se les permitia tomar el sacramento de la Eucaristía, á pesar de haber reprobado muchos concilios semejante rigor como incompatible, como lo es en efecto, con la caridad cristiana y con el principio moral de una religion que convierte el verdadero arrepentimiento en inocencia.

Los reos que sufrian en París la última pena, se detenian dos veces durante su marcha al patíbulo; una en el patio del convento de monjas llamadas *Hijas de Dios*, besaban un crucifijo, tomaban agua bendita, bebian un sorbo de vino y comian tres pedazos de pan, que se llamaban *último bocado del paciente*. Sauval hace notar que esta costumbre se parecia á la última comida que los judíos hacian tomar á los condenados á la última pena, y al vino que ofrecieron á Jesucristo. ¿No podria decirse que era mas bien un recuerdo de la última comida de los mártires, *la comida libre*? Las ejecuciones solian generalmente hacerse durante el domingo y los dias festivos. Los primeros ministros de la religion que auxiliaron á los criminales fueron los franciscanos, y á estos le sucedieron los doctores en teología de la Sorbona: sublime ministerio del sacerdocio que principió en 1395 por mandado de un rey de Francia desgraciado, y que en 1793 habia de dar el postrer consuelo á otro rey de Francia mas desgraciado aun.

Acostumbrábase tambien ofrecer vino á los jueces que presenciaban la ejecucion, y ese vino se compraba á espensas del verdugo. En 1377 se le abonó al verdugo por el preboste de París una suma de doce libras y seis dineros por haber suministrado pan, peras y doce cuartillos de vino á los señores del parlamento y oficiales del rey, mientras que el duque de Nemours (Armagnac) se estaba confesando por postrera vez.

El último año del siglo XIV vió dos papas que renunciaron, dos reyes que fueron sentenciados y destronados por dos asambleas nacionales: el rey de Inglatera, Ricardo II y Wenceslao, emperador de Alemania. Importábale tan poco el imperio á este borracho y disoluto emperador, que vendió despues de su destronamiento á los habitantes de Nuremberg, por unos cuantos toneles de vino, el derecho de soberanía que le habia quedado sobre ellos. Fracasó la espedicion de Luis de Anjou contra Nápoles. Quiso el duque de Borbon apoderarse por sorpresa de Burdeos y Bayona durante las turbuleucias que causaron el destronamiento de Ricardo II; no lo pudo conseguir, y la córte de Francia, viendo que no podia despojar á Enrique de Lancastre, se arregló con él.

Estallaron las desavenencias de las familias de Orleans y Borgoña: hay en la historia de esta ultima casa algo de grande, y de mas interesante que en la primera; sin quererlo se hace uno partidario suyo, se perdona la debilidad de sus costumbres en obsequio de su aficion á las artes, de su lealtad en la desgracia, y de su heroismo. Por su rama ilegítima se pasa desde Dunois á Longueville, y por su rama legítima se llega desde Valentina de Milan á Luis XII y Francisco I.

La casa de Borgoña fue la que dió primer márgen á los atentados que figuraron en aquellas contiendas. Juan Sin Miedo, que sucedió á su padre Felipe el Atrevido, hizo asesinar (23 de noviembre de 1407) al duque de Orleans. Ambos príncipes se habian jurado amistad inviolable en presencia del consejo del rey, bebiendo, en señal de ratificacion de su juramento, *vino aromatizado con unas mismas especies*, abrazándose al separarse; ambos habian tomado la comunion de manos de un mismo sacerdote, y el duque de Borgoña habia prometido ir á comer á casa del duque de Orleans que lo habia convidado: no fue, sin embargo, á buscarlo en el festin de los muertos á donde lo envió al dia siguiente á pesar de haber asistido juntos á la sagrada mesa de la Eucaristía, y de haber sido huésped suyo en el festin de los hombres.

El duque de Borgoña por de pronto negó su crímen, y andando el tiempo se jactó de haberlo cometido: último recurso de los que son demasiado culpables para negar su atentado, y demasiado fuertes para sufrir su castigo. El pueblo detestaba al duque de Orleans, y compuso trovas á su muerte. los crímenes no inspiran horror sino en las sociedades que se hallan en reposo, y en las revoluciones forman, digámoslo así, parte de ellas mismas, y vienen á ser como el drama y el espectáculo.

Habiéndose divulgado por París la noticia del asesinato, la reina llena de terror se hizo llevar al palacio de San Pablo; la mujer adúltera fué á ponerse bajo la proteccion de la régia locura. No tardó en tener que huir del duque de Borgoña llevándose á Tours al enfermo monarca. Valentina de Milan sucumbió víctima de su dolor sin haber podido obtener justicia. Acusáronla de hechicería, y teñian razon si hubieran referido á sus gracias y belleza. Hechicera debió en efecto parecer aquella donosa italiana, que trajo al áspero clima de Francia, á la Francia todavía bárbara, las costumbres dulces, y la aficion á las bellas artes. Hubiéranla quemado por su hermosura, como quemaron á Juana de Arco por su gloria.

El tratado de Chartres dió ámplia latitud al poder del duque de Borgoña; decapitaron al señor de Montaigu, administrador de Hacienda, pero no remediaron nada; convocaron una asamblea para reformar el Estado, pero el Estado se quedó sin reforma. Los príncipes, disgustados de estos acontecimientos, tomaron las armas contra el duque de Borgoña. El de Orleans, hijo del asesinado, se habia casado en segundas nupcias con Bona de Armagnac, hija del conde Bernardo, que habiendo tomado á su cargo dirigir el partido de Orleans, dió lugar á que este tomara su nombre. Verificáronse inútilmente conferencias de paz en Bicétre, últimamente ambos partidos se prepararon para las hostilidades. Los de Armagnac asediaron á París; pero habiéndose presentado el duque de Borgoña al frente de un ejército hizo levantar el sitio. En medio de todos esos males volvió á reanimarse la antigua guerra de los ingleses.

París fue teatro de una sedicion: el palacio del rey ó el del Delfin fueron allanados; la faccion de los *Carniceros* tomó por divisa el sombrero blanco, y por último el duque de Borgoña perdió su poder y tuvo que retirarse: abriéronse negociaciones en Arras.

El rey de Inglaterra hace un nuevo desembarque. La pérdida de la batalla de Azincourt renueva todas las desgracias de las de Crecy y Poitiers. París se ve en poder de los Borgoñones, despues de haber sido gobernado por los Armagnacs; fuérzanse las puertas de las prisiones, y los presos se ven asesinados. Los ingleses se apoderan de Rouen y Enrique V toma el dictado de rey de Francia.

Conclúyese (1419) un tratado de paz en Poncean entre el duque de Borgoña y el Delfin. ¡Vana esperanza! La enemistad era demasiado intensa; Juan Sin Miedo fue asesinado en el puente de Montereau.

El nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se hace aliado de los ingleses para vengar á su padre. Enrique V se casa con Catalina de Francia, y Cárlos VI lo reconoce por heredero en perjuicio del Delfin. De allí á dos años se firmó el tratado de Troyes; Enrique V murió en Vincennes, y Cárlos VI en París.

Al volver el duque de Bedford de los funerales de Enrique V, rey de inglaterra, arregló los de Cárlos VI, rey de Francia. Esa correría entre dos féretros, entre el del mas feliz y glorioso de los monarcas y el del mas abatido é infeliz de los soberanos, es una leccion tan grave, como filosófica. ¿Quién se aprovechará de ella? Nadie.

CARLOS VII.

(Desde el 1422 al 1461).

El Delfin se hallaba en Espally, castillo situado en Velay (otros dicen en *Mehun sur Yevres* en Berry), al saber la muerte de su padre. Habiendo sido proclamado rey por el reducido número de leales que le acompañaban, se vistió de luto, oyó misa en el oratorio del castillo, y luego desplegó su bandera con las flores de lis de oro. Unos cuantos de su comitiva gritaron ¡*Viva*! y hé aquí un rey de Francia.

Richemond, Dunois, Xaintrailles y La Hire sostuvieron el honor francés sin poder arrancar la Francia de los estranjeros: apareció Juana de Arco y se salvó la patria.

Algo de milagroso se echa de ver en la historia de aquellos tiempos, tanto en las épocas de desgracia, como en las de prosperidad. Una vision estraordinaria despojó de juicio á Cárlos VI; misteriosas revelaciones armaron el brazo de Juana de Arco: de manera que una causa sobrenatural arrebató el cetro de las manos de la raza de San Luis, y un prodigio se lo volvió á dar.

En el carácter de Juana de Arco campean la candidez de una aldeana, la debilidad de una mujer, la inspiracion de una santa, y el denuedo de una heroina.

Despues de haber conducido á Cárlos VII á Reims, y haberlo hecho consagrar, quiso volver á guardar los rebaños de su padre; pero no se lo permitieron. Cayó en manos de los borgoñones en una vigorosa salida que hizo al frente de la guarnicion de Compiegne. El duque de Bedfor mandó cantar un *Te Deum*, y se creyó ser ya dueño de Francia. Los borgoñones entregaron á Juana de Arço á los ingleses mediante una cantidad de diez mil francos, y fue transportada á Rouen en una jaula de hierro y encarcelada en una de las torres del castillo. Formaronle causa, entendiendo en su tramitacion el obispo y un canónigo de Beauvais. «*Aquella jóven tan sencilla*, dicen los historiadores, *que nada mas sabia que rezar el Padre Nuestro* no se turbó un solo instante, y algunas veces dió sublimes contestaciones.» Habiendo sido condenada á ser quemada viva por bruja sufrió su sentencia en 30 de mayo de 1431.

Levantóse en la plaza del Mercado antiguo, en Rouen, una hoguera en frente de la cual se sentaron como presidiendo los jueces seculares y eclesiasticos, ó mas bien dicho los asesinos en ambos derechos, Juana vestia trage de mujer con una corona en la que se leian estas palabras: *apóstata*, *relapsa*, *idólatra*, *héretica*. La triste no habia servido mas que á los altares de su patria. Presentóse amarrada de piés y manos, y sostenida por dos frailes dominicos. Los ingleses habian ya conseguido que los verdugos ataran aquellas manos que sus soldados no habian podido encadenar.

Juana puesta de rodillas pronunció una breve oracion encomendándose á Dios y á la piedada del concurso, y por último habló generosamente del rey que no se acordaba de ella. Los jueces, el pueblo, el verdugo, y hasta el mismo obispo de Beauvais derramaron lágrimas.

La sentenciada pidió un crucifijo: un inglés rompió el baston, lo puso en forma de cruz y se lo dió: Juana lo cogió como pudo; estampó en él sus labios, lo apretó contra el pecho, y subió á la hoguera: Bayardo quiso morir apoyándose en el pomo de su espada, por que formaba una cruz de hierro.

La buena conducta del segundo confesor de Juana hizo poner en olvido el infame proceder del primero: no quiso separarse de su penitente. La hoguera estaba dispuesta en alto de manera que todo el pueblo presenciara la ejecucion, y esta circunstancia hacia mas largo y doloroso el momento del suplicio. Asi que Juana empezó á verse rodeada de llamas suplicó al hermano Martin que se retirara, lo cual tuvo que hacer el buen religioso seguido del otro que le asistia. El dolor arrancó algunos gritos á la pobre jóven y gloriosa doncella. Ya podian los ingleses estar seguros; ya no oian la voz de la heroina sino en el campo del martirio. La última palabra que se oyó pronunciar á Juana en medio de las llamas fue Jesus, nombre del consolador de los afligidos y del Dios de su patria.

Cuando creyeron que habria espirado, separaron los tizones de la hoguera para que el pueblo pudiera contemplar su cadaver; pero las llamas habian devorado los mortales despojos de la jóven, menos el corazon que se conservaba aun entero.

Tres grandes poetas han celebrado á Juana de Arco: Shakespeare, Voltaire y Schiller. En concepto del primero, Juana es una hechicera que tiene demonios á su disposicion. Segun Schiller es una mujer divina inspirada del cielo, que debe su fuerza á la inocencia y que la pierde al sufrir una pasion. La Juana de Shakespeare reniega de su padre, siempre pastor, se finge embarazada para retardar el suplicio, y tan pronto dice que *Alenzon es el que ha merecido su amor*, como que es *René, rey de Nápoles, quien ha triunfado de su virtud*; pero Shakespeare, á pesar de su sangre inglesa, presta á la jóven sentimientos heróicos. Al ver vacilar á Cárlos VII sobre si atacará ó no al enemigo, pone en boca de la jóven estas palabra: «Man»dad á la victoria, y la victoria será vuestra.» Al ser cogida le hace esclamar: «Ya ha llegado, pues, la hora en que Francia debe cubrir con un velo la arrogante cimera de su casco, y dejar caer su cabeza en el regazo de Inglaterra.» Al oir la sentencia de muerte la heroina pronuncia estas palabras: «Juana de Arco ha vivido casta y sin tener que reprochar nada á sus pensamientos: su sangre pura que vuestras bárbaras manos derraman injustamente gritará venganza contra vosotros en las puertas del cielo.»

Schiller en su admirable tragedia, pone en boca de la inspirada heroina estas palabras: «¿Debe este reino caer? Esta gloriosa tierra, la mas hermosa que el sol alumbra en su carrera, ¿podrá ser condenada á la esclavitud?... ¡Cómo! ¡No tendremos en lo sucesivo un rey que nos pertenezca! ¡Un soberano que haya nacido en nuestro suelo! ¡El rey que nunca muere desaparecia por último de nuestra patria! ¿El estranjero que quiere dominar sobre nosotros podria tener afecto á una tierra donde no reposan los despojos de sus antepasados? ¿Podria nuestro idioma ser entendido de su corazon? ¿Ha pasado sus primeros años en medio de una juventud francesa, podrá ser por ventura padre de nuestros hijos?»

Y Voltaire, el poeta francés, entre el poeta inglés y el poeta aleman, ¿qué es lo que hace decir á Juana de Arco? Confesémoslo en obsequio del siglo en que vivimos, aquel crímen de ingenio, aquella disolucion de talento, no seria posible en la actualidad; Voltaire tendria que ser francés, tendria que hablar como tal tanto por sus sentimientos como por su gloria. Antes de establecerse las nueves instituciones, cada familia francesa tenia, digámoslo asi, sus costumbres parti-

culares; ahora hay costumbres públicas, generales, y donde quiera que estas existen, no pueden los grandes insultos á la patria llegarse á consumar: la libertad es la salvaguardia de esas celebridades nacionales que pertenecen á todos los ciudadanos. Por lo demas, Voltaire es tan justo cuando habla como historiador y filósofo, como inícuo cuando se presenta como poeta é impío.

El tratado de Arras reconcilió al rey de Francia y al duque de Borgoña: París abrió sus puertas al mariscal de Isle-Adam (1436), y de allí á un año se verificó la entrada solemne de Cárlos VII. La tregua firmada entre Francia é Inglaterra espiró en 1448.

Cárlos VII y sus generales volvieron á recobrar la Normandía, Guyena y Burdeos: los ingleses, despues de una tan larga ocupacion y de haber causado tantas

LUIS XI OLIVERIO EL GAMO Y TRISTAN DE LA ERMITA.

desgracias, no conservaron en todo el ámbito de Francia mas terreno que Calais, primera conquista de Eduardo III (1449 hasta 1453). Talbot, último de los héroes de aquellos ejércitos ingleses, perdió la vida en la batalla de Castillon.

En aquella época vivia Inés Sorel, *dama de hermosura*, que dominaba al rey y lo impelia á la gloria. Cárlos VIII tuvo tres hijas de esta señora, que fueron Carlota, Margarita y Juana. Monstrelet asegura que el monarca nunca tuvo con ella mas que una intimidad de alma y de pensamiento (1445 y 46).

El Delfin, Luis XI, acantonado durante quince años en el Delfinado, tan pronto en rebelion abierta, tan pronto conspirando en secreto contra su padre, se retiró cerca del duque de Borgoña, y permaneció á su lado cerca de seis años (1456).

Formóse causa al duque de Alenzon, príncipe de la familia real; fue condenado á muerte, pena conmutada en la de prision. Luis XI lo sacó de ella y tuvo que volverlo á meter por nuevas conspiraciones.

Estallaron las rivalidades entre las familias de York y de Lancastre en Inglaterra, dando lugar á las revo-

uciones y guerra de la *rosa blanca* y la *rosa encarnada* (desde el 1457 al 1461).

Dejóse Cárlos VII morir de hambre por temor de ser envenenado por su hijo, y espiró en Meun (Berry) en 22 de julio de 1461. Dícese ingeniosamente que no habia sido mas que un mero testigo de las maravillas de su reinado.

Fue aquel monarca ingrato, descuidado y superficial: defectos que le fueron de alguna utilidad durante su mala suerte, pues como no lo sentia, pudo darse apariencia de saber dominarla.

Veinte años de calamidades amaestraron los ánimos comunicandoles una prodigiosa actividad. Las leyes, la administracion, el arte militar, las ciencias y las etras se ilustraron con las necesidades de una socie-

JUANA DE ARC EN LA PRISION.

dad atormentada por todas las calamidades de las guerras civil y estranjera. El poder popular se fue engrandeciendo con todo lo que el poder aristocratico acababa de perder; al mismo tiempo que la monarquia disputada, y la corona atacada en su órden hereditario, tuvieron que consagrar sus derechos legítimos, corroborándolos con los de la nacion.

No ocurren grandes escenas ni se ventilan ante el pueblo grandes causas, sin que las masas adquieran nuevas ideas, y el círculo del espíritu humano vaya cobrando nuevo ensanche. Así vemos que, en tiempo de Cárlos VI y Cárlos VII, movimientos populares reemplazaron á los movimientos aristocráticos: y se cometieron escesos de naturaleza desconocida hasta entonces: los clérigos y los nobles degollados en el fondo de las prisiones anunciaban el renacimiento de las pasiones populares. El incremento de la propiedad media y el de las ciudades y su poblacion; el progreso del derecho civil; la destruccion material de las corporaciones de nobles; la multiplicacion de los hijos menores de familia, que careciendo casi todos de patrimonio, y no teniendo ni el recurso de vivir como comensales de sus hermanos mayores, se iban confundiendo por su miseria entre las filas de la plebe, esas son las verdaderas causas que produjeron durante Cárlos VI y Cárlos VII una de las mayores transformaciones de la monarquía.

Reinando Cárlos VII tocaron á su fin las leyes del feudalismo, de las cuales no quedaron en pie mas que las costumbres. Apremiados los pueblos á la defensa comun por la invasion estranjera, pusiéronse naturalmente á disposicion del jefe militar en torno del cual se habian agrupado: nunca se verifica este movimiento sin que parezcan las libertades. Durante las turbulencias del Estado la nacion no votó la contribucion destinada para el pago de las tropas regulares: despues de aquellos sucesos la monarquía se encontró con una contribucion arbitraria y un ejército permanente, solidos ejes de la monarquía absoluta. La costumbres llegaron á ser medio caballerescas, medio soldadescas: *el caballero* se convirtió en *soldado de á caballos* y la *turba pedestre* en *infantería*. Los hermanos Bureau reglamentaron la artillería: apenas se encontraba un hombre que no hubiera sido soldado.

Cárlos VII instituyó un consejo de Estado que llegó á ser consejo ejecutivo. No formando ya el Parlamento parte del consejo del rey, vió mejor el límite de sus funciones judiciales, y al mismo tiempo retuvo en su poder las atribuciones políticas de que se habia apoderado ya; pues á fines del siglo XIV los Estados habian ya casi dejado de ser convocados.

La historia de las ideas principia á mezclarse con la historia de los hechos. Renacen, ó por lo menos se desarrollan los espectáculos modernos. A los combates de fieras, á los bufones de la primera y segunda raza sucedieron en tiempo de la tercera los trovadores, los juglares, los músicos, la asociacion de la *Madre loca*, los *cofrades de la Pasion*, los *niños sin aprension*, y otra multitud de comparsas de estrañas denominaciones que proporcionaban al pueblo diversiones groseras sin duda; pero en cuya confusion de

música, baile, alegorías, comedia y trajedia, se incubaba el gérmen de una literatura, que de no haber en tiempo de Luis XIV adoptado la forma griega y latina, se hbuiera desarollado con un carácter de novedad verdaderamente original. *Los niños sin aprension* representaban particularmente escenas del género cómico: su director se llamaba *rey de los tontos*, y en la capucha con que cubria su cabeza campeaban dos orejas de asno. Otra comparsa llamada de los *Cornudos* daba á su director el nombre de *Abad*. En las primeras ediciones de la obra intitulada *Mar de historias y crónicas de Francia*, pueden verse hermosas letras mayusclas y viñetas que representan al *rey de los tontos* y escenas no muy castas. Nunca entre los antiguos fue el matrimonio asunto de befa como entre los modernos, y particularmente entre los franceses: lo cual tal vez depende de que las mujeres no tomaban en la sociedad antigua una parte tan directa como en la moderna. No perdonó la comedia naciente ni los hombres, ni las cosas, y acomodándose con los ejemplos que tenia á la vista fue licenciosa como las costumbres, y audaz como las guerras civiles, entre cuyo estrépito acababa de desarollarse. La tragedia se remontó á su mayor altura durante las turbulencias de la Fronda.

Tal fue el furor que esos espectáculos causaron en el pueblo, que todo el mundo quiso ser actor: príncipes, militares, magistrados, y hasta obispos hubo que quisieron ser contados en el número de los farsantes que formaban aquellas compañías, cuya profesion era libre. El ánimo iba pasando gradualmente desde los placeres materiales hasta la sublimidad de los de la inteligencia. Al moralizar el cristianismo las pasiones, las habia modificado y combinado de una manera enteramente nueva: el ingenio podia beneficiar esa mina aun no esplotada, cuyos filones eran inagotables.

Del punto á que la sociedad habia llegado en tiempo de Carlos VII, era tan fácil llegar á la monarquía libre, como á la absoluta puede verse con toda claridad el punto de intercesion y de reunion de ambos caminos; pero la libertad hizo alto, y dejó que el poder pasara adelante. Despues de la confusion de las guerras civiles y estranjeras, despues de los desórdenes del feudalismo, natural era que las cosas convergieran hácia el principio de unidad gubernamental. La monarquía en aquel impulso de ascension debia remontarse al apogeo de su poder; debia destruir de todo punto la tiranía de la aristocracia, y hasta que el cetro empezara ya á grabitar á su vez demasiado sobre los pueblos. no le era dado á la libertad desplegar su bandera. Asi es como en Francia se han ido normalmente sucediendo la aristocracia, la monarquía y la república, el noble, el rey el pueblo hasta que habiendo cada cual abusado sucesivamente del poder, se han convenido en adoptar una forma de gobierno que mantenga en armonía los tres elementos.

LUIS XI.

(Desde el 1161 al 1483)

Sobre el cadáver aun palpitante del feudalismo intentó Luis XI hacer el ensayo de la monarquía absoluta. Ese monarca singular, colocado entre la edad media que estaba espirando y los tiempos modernos que iban naciendo, sujetaba sobre el cadalso con una mano la antigua libertad de la clase noble, y con la otra arrojaba al rio las nacientes franquicias populares: y sin embargo, esta le amaba, porque el rey al inmolar la aristocracia, halagaba la pasion democrática, la igualdad.

Ese personaje, único en los anales de Francia, no parece pertenecer á la série de sus reyes: tirano, justiciero, de bajas costumbres, querido y despreciado del populacho; mandando decapitar al condestable y aprisionar las urracas y los grajos que los habitantes de Paris habian enseñado á decir «*Marcha ladroni afuera Parrette*;» espíritu solapado consumando grandes hechos con mezquinos agentes: convirtiendo sus barberos en ministros, el gran preboste en *compadre*, y dos verdugos, de los cuales el uno era alegre y el otro triste, en *compañeros*; remediando con su destreza lo que dañaba con su carácter, y enmendando como rey las faltas que cometia como hombre, presenta un raro conjunto de anomalías que apenas puede creerse que hayan estado reunidas en un solo sugeto. Présentalo la historia como bizarro caballero á los veinte años, y lleno de pueriles terrores al llegar á la vejez; espirando en un palacio rodeado de horcas, de jaulas de hierro, de trampas, de lazos y de cadenas, que el pueblo por ironía llamaba *niñas del rey*, en compañia de ermitaños, de empíricos y de astrólogos; muriendo despues de haber organizado la administracion, y creado manufacturas, y el sistema de caminos y postas, despues de haber dado el carácter de inamovilidad á la magistratura, fortificado el reino por medio de su política y sus armas y visto bajar al sepulcro sus rivales y enemigos, Eduardo de Inglaterra, Galeas de Milan, Juan de Aragon, Cárlos de Borgoña y su heredero..... No puede menos de creerse que habia algo de fatal en aquel monarca que *bonitamente* envenenó á su hermano, el duque de Guyena, *cuando menos lo pensaba*, rogando á la Vírgen, *su buena señora, su pequeña querida, su mejor amiga*, le alcanzaran el perdon (Brantome). No fue solamente eso lo que Luis XI hizo *bonitamente*: «Aquel bárbaro hizo arrojar al rio, despues del tratado de Conflans, muchos ciudadanos de París por sospecha de que eran partidarios de su enemigo alábanlos de dos en dos en un saco». . . . . .

. . . . . .

«Las grandes almas eligen atrevidamente favoritos ilustres y ministros que hayan merecido aplauso Luis XI no tuvo por confidentes ni ministros, mas que personas estraidas del cieno, cuyo corazon era muy inferior á su estado. Se han conocido pocos tiranos que hayan hecho morir mas gente por la mano de los verdugos, ó en medio de mas ingeniosos suplicios. Las crónicas de aquel tiempo cuentan hasta cuatro mil los vasallos ajusticiados, pública ó secretamente mientras el estuvo en el trono. . . . . .

. . . . . .

«El rey quiso que el duque de Nemours fuese interrogado en su jaula de hierro, sufrió la cuestion y se le notificó la sentencia. Luego le confesaron en un salon entapizado de negro..... Bajo el cadalso colocaron á los jóvenes hijos del duque: de manera que sobre ellos cayera la sangre de su padre. Salieron cubiertos de ella, y en este estado los llevaron á la Bastilla y los metieron en unos calabozos tan estrechos y construidos de tal manera que causaban un no interrumpido suplicio á sus cuerpos. Fuéronles arrancando los dientes en diversas ocasiones..... Ni un solo hombre grande figura bajo el reinado de Luis XI, pudiendo decirse que llegó á envilecer la nacion, pues no floreció ninguna virtud: la obedencia suplió por todo, y el pueblo estuvo tranquilo como lo están los galeotes amarrados al remo (Voltaire).»

La vacilacion residia, por decirlo asi, en las maneras de Luis XI, pero no en su cabeza, donde como él afirmaba, *solia llevar todo su consejo*. Sus cartas dan testimonio de esta verdad: dirigiéndose á monsieur Saint-Pierre, gran senescal, le decia. «Señor gran senescal: os ruego que deis á entender á Monsieur de Saint-André que quiero ser servido en mi provecho, y no en el de la avaricia, en tanto que dure la guerra; si no quiere obrar asi hacédselo entender á la fuerza; apoderaos de sus prisioneros y

ponedlos en el botin como los demás.» . . . . .

. . . . . .

»Señor gran senescal: mucho me admira que ni los capitanes, ni Mr. de Saint-André, ni otros quieran conformarse con mis disposiciones por lo tocante al botin, siendo asi que de ese modo podrian tener por una nada los prisioneros de mas valor: lo que deseo es que otra vez den muerte á todo lo que caiga en sus manos; y que no hagan mas prisioneros, ni quieran apoderarse de caballos ni de bagajes, pues de ese modo nunca perderemos una batalla. . . . . .

. . . . . .

»Ruégoos digais á Mr. de Saint-André, que no se os haga el flojo; ni el perezoso; pues esto seria la primera vez que ningun capitan se ha atrevido á desobedecerme. Si se hiciese ademan de obrar de ese modo sentadle la mano en la cabeza y quitadle por fuerza los prisioneros; que yo os juro que no tardaré tampoco en quitarle la cabeza de encima de los hombros; pero es de creer que el traidor no me desobedecerá por que no tiene fuerza para hacerlo.

Ese mismo rey decia al ministro de Justicia: «Canciller: os habeis negado á poner el sello en las cartas de mi mayordomo Boutilas; no ignoro lo que os induce á obrar de ese modo... Acordaos, gentil caballero, del dia que vinísteis á las manos con los bretones y los despachásteis a cargo de vuestra vida.»

¿No podria decirse que ese es el lenguaje de un individuo de la Convencion? ¿Y qué fue efectivamente Luis XI, sino el hombre de terror para la feudalidad?

Tan embebido estaba su ánimo de cadenas y de tormentos, que cansando de las disputas de los titulados *realistas* y *nominales*, mandó encadenar y clavar en los estantes las voluminosas obras de los segundos, á fin de que nadie pudiera leerlas. Y sin embargo ese mismo hombae defendió de la universidad y del Parlamento á los impresores alemanes que vinieron á establecerse en Francia, y que se veian acusados de hechicería: de manera que puede decirse que el mas poderoso agente de la libertad, la imprenta, fue instalado en Francia por un tirano.

Hasta los caprichos de Luis XI llevaban consigo el carácter de la dominacion. Wolfang Poulhain, criado de María de Borgoña, habia sido hecho prisionero de aquel monarca, que al fin se avino á ponerlo en libertad con tal que al rescate convenido se añadieran los ponderados perros de caza del señor de Bossy. Este, de ningun modo queria ceder sus traillas: fueron y vinieron correos; por último se enviaron los perros, el rey se apoderó de ellos, y no puso en libertad al preso hasta que no hubo nadie que pidiera por él.

Participaba Luis XI algun tanto del carácter de los judíos de aquella época: prestaba bajo la garantía de territorios ó poblaciones dinero á los soberanos que lo necesitaban. Juan de Aragon le empeñó en trescientos mil escudos de oro los condados de Cerdeña y del Rosellon, y Margarita de Anjou le hipotecó la ciudad de Calais por una suma de veinte mil escudos. Aquella señora era esposa de Enrique VI de Inglaterra; preso en la torre de Lóndres despues de haber sido rey de Francia en su cuna: hija del buen rey René, que no llegó á reinar; pero compuso versos, pintó, redactó leyes para los torneos, adoptó por emblema un pebetero, y disminuyó la contribucion siempre que en Provenza llegaba á soplar el viento del Mediodia. No habia ciertamente mucha semejanza entre René y Luis XI.

La política de este ha sido constante objeto de crítica por parte de todos los historiadores: convienen unánimemente en que cometió una gran falta en no aprovechar, el casamiento del Delfin con María de Borgoña, heredera de Cárlos el Temerario, ó el de Juana hija de Fernando é Isabel; que si el primero se hubiera realizado, uniéndose los Paises-Bajos á la Francia, no habrian ocurrido aquellas largas guerras que tanta sangre hicieon derramar, y que si hubiese accedido al segundo enlace, esto es, al del Delfin, con Juana, hija de Fernando é Isabel, no se habria ésta unido con Felipe, hijo de Maximiliano y de María de Borgoña, y no habria por consiguiente aquella princesa dado la vida á Cárlos V. El primero de estos enlaces hubiera dado al Delfi (Cárlos VIII) los Paises-Bajos, el Artois, la Borgoña, y el Franco condado, y por el segundo, sus hijos andando el tiempo, habrian sido soberanos de España y de América.

No debe juzgarse de este modo la política de Luis XI: nunca se propuso este monarca dar á su reino mayores límites: lo único que intentó fue abatir la monarquía feudal para constituir la monarquía absoluta. Lejos de desear conquistas, rehusó la investidura del reino de Nápoles y deshechó las proposiciones que Génova le hizo. «Los genoveses, solia decir, desean ponerse bajo mi cetro; yo los pongo bajo las uñas del diablo.» Pero compró los derechos eventuales de la casa de Pontierre sobre la Bretaña, y siempre que se le efreció ocasion de hacerse dueño, por poco dinero, de alguna ciudad dentro de sus Estados, supo aprovecharse de las circunstancias.

La pobreza obligaba á los señores á trocar por dinero sus gloriosas casas solares, y Luis XI, como un usurero de antiguas celebridades, adquiria á bajo precio la mercancía que sus manos ya no habian de volver á soltar.

El constante trabajo de la vida de aquel monarca, y el afan que le dominó sin interrupcion, fueron el humillar la alta aristocracia y el centralizar todo el poder en su persona: todas sus acciones buenas ó malas nacieron de esa preocupacion. Se decretó *que no se daria ningun empleo que no vacara por muerte, renuncia ó delito del poseedor*, de donde tomó la magistratura el principio de la inamovilidad; no fue ciertamente para dar independencia á la ley, sino para comunicarle fuerza: muy bien sabia, á pesar de ese decreto, violar los reglamentos, cambiar de magistrados cuando le convenia, y nombrar á su placer comisiones ejecutivas. Si abolió la pramática sancion, no fue para favorecer á la córte de Roma, sino por ódio á cuanto ostentaba el sello de la libertad. Si creó los parlamentos de Burdeos y Dijon, si estableció nuevas divisiones territoriales, no fue por espíritu de equidad y de órden general, sino porque deseaba destruir el espíritu del provincialismo, y tener por todas partes empleados de real nombramiento. Si pensó establecer la uniformidad de costumbres y la igualdad de pesos y medidas, no fue por hacer desaparecer esos inconvenientes de barbarie, sino para atacar á las autoridades señoriales. Si instituyó la compañía de los cien jóvenes nobles origen de los Guardias de Corps, si tomó á sueldo tropas suizas, y si organizó un cuerpo de diez mil hombres de infantería francesa, no fue porque tratase de crear un ejército nacional, sino para formar una guardia que le protegiera. Cuando se humiliaba ante Eduardo IV y el duque de Borgoña, no hay que pensar que era por un olvido de su propia grandeza, sino para obtener el beneplácito de poder perseguir en lo interior de Francia á los poderosos. Sin tregua acosó al duque de Bretaña dando mas importancia á la conquista de los Estados de este, que á la de los del duque de Borgoña, porque no queria tener á retaguardia un principado independiente, puerta por donde el enemigo podia libremente penetrar en su reino. Mandó ó consintió envenenar á su hermano el duque de Guyena, porque lo mismo le incomodaban príncipes hereditarios que grandes vasallos: el que habia de heredar parte de la corona podia en efecto, decirse que la desmembraba.

Estas ideas fueron indudablemente las que le hicieron mirar con indiferencia el casamiento del Delfin

á María de Borgoña. El Delfin ademas era un niño de ocho años feo y mal configurado, y María era una hermosa princesa de doble edad, que hubiera tenido que esperar en una especie de viudez de diez años, y al llegar á este plazo tal vez habrian sido despreciados sus 30 años. Luis XI tenia demasiado discernimiento para no calcular todo lo que podia suceder en aquel largo plazo de esponsales sin bodas, cuyos débiles lazos podian ser rotos por el menor incidente. Tambien hay que añadir que Luis detestaba á los flamencos y éstos á su vez le correspondian del mismo modo: el espíritu de libertad que desde hacia tres siglos dominaba en aquellos municipios manufactureros era antipático á su génio. Puede muy bien decirse que los condes flamencos eran súbditos de sus vasallos, y no estos de los condes. Aquel limitado país, antigua cuna de los francos, es el que ha conservado hasta nuestros dias el fuego de independencia y de valor que animó á los compañeros de Clodoveo.

¿Qué habria hecho Luis, como tutor de su hijo, con aquellos ciudadanos que en presencia de María de Borgoña mandaron ajusticiar á sus dos ministros, Himbercourt y Hogonet? Levantar cadalsos era atentar contra los derechos de Luis XI. Tuvo, pues, por mas seguro y conveniente apoderarse del ducado de Borgoña, que naturalmente volvia á la corona despues de la muerte de Cárlos el Temerario, no heredando las hijas. Apoderóse de las ciudades situadas á orillas del Somme y de otras muchas en el Artois, sobre las cuales tenia pretensiones bastante fundadas, mas á fin de estinguir el derecho de soberania que el Artois tenia sobre la ciudad de Bolonia, lo legó y transfirió á la Santa Vírgen, *su pequeña querida y mejor amiga*.

Por el casamiento del Delfin y María de Borgoña, se habria malquistado con el cuerpo germánico, pues el Franco Condado, el Luxemburgo, el Hainaut y la Holanda dependian del Imperio; y Luis XI no queria disputas, sino cuando estaba seguro de salir airoso. Todas esas consideraciones le indujeron á preferir lo cierto á lo dudoso, á tomar lo que podia conservar, y á renunciar lo que era de insegura posesion. Tampoco favoreció la union de Cárlos de Angulema de la familia de Orleans con la heredera de Cárlos el Temerario, porque esto hubiera sido equivalente á establecer bajo otro nombre el poder de los duques de Borgoña. Mas si se desentendió del enlace del Delfin con la princesa María, solicitó por otra parte el casamiento de ese mismo príncipe con Margarita, hija de María y de Maximiliano, porque en esta alianza veia proporcion de edades y hallaba ventajas en que la desposada llevara de dote los condados de Artois y de Borgoña, que no podian causar ningun género de disputas entre la Flandes y el Imperio. No llegó á verificarse este enlace porque la señora de Beaujeu, que seguia la política de su padre, tuvo por mas conveniente dar la mano de la heredera de Bretaña á su hermano Cárlos VIII.

En nada de cuanto emprendia se olvidaba Luis XI de cuanto podia ser necesario para el complemento de su obra. Habiendo venido al mundo en una época social en que nada estaba acabado y á todo se habia dado principio, puso en juego una fórmula monstruosa, indefinida, esclusivamente propia, y que participaba de las dos tiranías que dominaban en aquel tiempo. Una prueba de energía bajo un esterior al parecer apocado es que temia la muerte y el infierno, y sin embargo, hollaba bajo sus pies todo pueril temor cuando se trataba de cometer un crímen. Cierto es sin embargo, que se prometia poder engañar á Dios asi como engañaba á los hombres, y que esta ridícula creencia le hacia ir cargado de amuletos y de reliquias para toda clase de calamidades. Luis XI en una palabra, fue el espíritu perfectamente amoldado, si asi puede decirse, á su época y á su país; en esa idoneidad encontró todo el elemento de su fuerza, pues nadie ignora que el mas vasto genio puede ser imponente obrando fuera del círculo de su capacidad, asi como el espíritu mas limitado puede trastornar el mundo en circunstancias determinadas.

Luis XI hácia el fin de su vida se encerró en Plesis les Tour, devorado de terror y de fastidio. Allí se paseaba de un estremo á otro de una larga galería, teniendo por único placer el fijar la vista, cuando se asomaba á las ventanas, en campos que bajo el verde césped ocultaban cepos para los incautos que se atrevian á traspasar los recintos de cadenas para llegar al pie de las horcas que formaban las siniestras avenidas de aquel sombrío palacio: único compañero del tético monarca en sus solitarios paseos, era su compadre Tristan, el gran preboste. Combates de gatos y ratones, danzas de jóvenes aldeanos, única representacion de la inocencia y la dicha campestre en los alrededores del régio alcázar contribuian alguna vez á desarrugar la frente del tirano. ¿Qué no hubiera este hecho para dar un momento de tregua á sus frenéticos terrores? Sangre de niños bebia, esperando recobrar la juventud con un remedio tan apropiado á su temperamento. En él se empleaban, segun dicen las crónicas, *terribles y maravillosas medicinas*. Pero al fin... ¡murió! Luis XI fue el primero que gozó el título de rey cristianísimo, y cuando los protestantes arrojaron sus cenizas al viento puede decirse que los excesos de la libertad religiosa y política profanaron la tumba del que habia abusado del poder y de la religion.

Fueron los principales consejeros de este rey, Felipe de Comines y Juan de Sude, el primero, hombre complaciente, que dejó escritas unas Memorias bastantes libres, y el segundo que se distinguió por su astucia hasta el punto de ser llamado *Juan recursos* por su astuto soberano.

Luis XI dejó dos hijas y un hijo legítimo, que se llamaron Ana de Beaujeu, Juana, duquesa de Orleans y Cárlos VIII. Abrumó aquel tirano con el despotismo de sus caricias á varias mujeres, y tuvo de Margarita de Sassenage una hija que habiéndose casado con Aymar de Poitiers, fue abuela de la hermosa Diana.

Al desaparecer Luis XI, cayó la Europa feudal. Constantinopla fue tomada; las letras empezaron á renacer; se inventó la imprenta; América estaba á punto de ser descubierta, y la grandeza de la casa de Austria empezó á brillar por el casamiento de la heredera de Borgoña con Maximiliano. Enrique VIII, Leon X, Francisco I, Cárlos V y Lutero con su reforma no estaban ya lejos: iban por decirlo asi á abrirse las puertas de un nuevo universo.

CARLOS VIII.

(Desde el 1483 al 1498).

Empéñase el historiador Du Haillant, en que Cárlos VIII, no era hijo de Luis XI, ó que por lo menos que no fuese de la reina Carlota de Saboya; fúndase esta opinion en que asi lo habia oido decir. Partiendo de este principio una multitud de reyes no habrian sido hijos de sus presuntos padres, pues, no hay pais en que semejantes historias de hijos supuestos no se hayan ido renovando de reinado en reinado. El adulterio es en todas ocasiones un crímen, bien aflictivo ciertamente, cuando la infidelidad de la mujer recae en la familia particular de los príncipes. Poco, sin embargo importaria (dejando á parte la violacion del derecho y el desórden moral) la procedencia del régio vástago á la familia general de los pueblos, si debiendo á una ficcion legal las ventajas de la herencia y las cualidades de grande hombre, hermanaro

como soberano de hecho y de derecho, el esplendor de la régia cuna con la prerogativa del talento. Mas no cabe duda de que Cárlos VIII era hijo de Luis XI.

Habia dispuesto este monarca por un rasgo característico de su política, que Ana de Francia señora de Beaujeu é hija suya, se encargara del gobierno de la persona del rey. Tenia muy presentes Luis XI los abusos de la regencia en tiempos de Cárlos VI. Los Estados de Tours confirmaron á la princesa en su tutoría, á pesar de la oposicion del duque de Orleans, que se dirigió al Parlamento de París sin resultado por haber éste declinado su competencia y remitido la decision del asunto á los Estados. Nombraron estos un consejo de diez personas en el que debian tomar parte los príncipes de la sangre. Nunca se vió el poder de los Estados elevado á tan alto punto como durante el reinado de Cárlos VIII y Luis XII.

Cárlos VIII hizo poner en libertad á Cárlos de Armagnac, hermano de Juan, muerto en Lectoure. Todos los Armagnacs fueron puestos igualmente en libertad y recobraron sus bienes. Landais, favorito de Francisco II, duque de Bretaña, fue ahorcado.

Enrique VII de Inglaterra, derrotó y dió muerte á Ricardo III. Enrique VII, de la familia de Lancastre, se casó con Isabel de York y confundió los derechos de ambas casas que se habian estado disputando por tanto tiempo la corona.

Hallándose el duque de Orleans descontento de la córte, se habia retirado á Bretaña, y dió principio con el auxilio de los bretones y de unos cuantos ingleses á una corta guerra civil, siendo por último derrotado y hecho prisionero en la batalla de Saint-Aubin por Luis II, señor de la Tremouille (1488).

Cárlos VIII contrajo matrimonio en 1491 con Ana, heredera del ducado de Bretaña; Margarita, hija de Maximiliano con quien estaba desposada, fue devuelta á su padre y casó en seguida con el infante de España, Juan de Aragon.

En 1492 terminó la dominacion de los moros en España con la toma de Granada y fue descubierta la América por Cristóbal Colon.

Cárlos VIII hizo una espedicion á Italia. Hasta entonces la Italia no habia visto á los franceses mas que como una especie de aventureros: asi que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena feudal, y estuvieron en disposicion de poder marchar fuera de su país al frente de su nacion. Los derechos de Cárlos VIII sobre la soberanía de Nápoles estribaban en la cesion que le habia sido hecha por Cárlos de Anjou, heredero de su tio René. Al llegar Cárlos VIII á Roma, se encontró con un imperio tan quimérico como el reino que pretendia conquistar: Andrés Paleólogo, heredero del imperio de Constantinopla, á que ya no podia aspirar, cedió sus derechos al rey de Francia, y el papa Alejandro VI entregó á Zizimo, hermano de Bayaceto, emigrado en los Estados de la Santa Sede. Cárlos VIII entró en Nápoles (28 febrero de 1495) con las insignias de emperador, sea de Oriente ó sea de Occidente, mas habiéndose formado contra él una liga, compuesta del emperador Fernando el Católico, el pontífice y los venecianos, no tuvo Cárlos VIII mas remedio que abandonar la Italia (a). Antes de volver á pasar los Alpes ganaron los franceses la batalla de Fornove, dando ocasion á que se celebrara el buen servicio de la artillería francesa. Esta fue la primera vez que las armas francesas brillaron en aquellas hermosas regiones que andando el tiempo habian de ser testigo de sus repetidos triunfos.

Cárlos VIII murió en el palacio de Amboise (7 abril de 1498): su hijo el Delfin habia muerto de edad de tres años. Ascendió al trono una línea colateral.

(a) Cediendo el campo á las victoriosas armas de Gonzalo de Córdova.

«Cárlos VIII, hombre pequeño de cuerpo y tambien de entendimiento, dice Comines, era tan bueno que es imposible encontrar una criatura mejor.»

LUIS XII.

(Desde el 1498 al 1515.)

Luis XII obtuvo el mas precioso sobrenombre entre los reyes de Francia; fue apellidado á una voz Padre del pueblo. Aquí la palabra *pueblo* tiene un valor grande y anuncia una revolucion: no es una voz comun aplicada á un tropel hácia mucho tiempo gobernado por un señor; es una palabra recientemente introducida en la lengua para designar una nacion jóven y libre, formada de las ruinas de los siervos y de los corveas del feudalismo. Esta nacion abria los tiempos modernos, y tenia la fuerza y el brillo que tuvo en su primera metamorfosis, cuando los francos, trasformados en franceses, entraron en los siglos de la Edad Media.

Luis XII era viznieto de aquel Luis, duque de Orleans, por quien la sangre italiana comenzó á correr en las venas de nuestros monarcas, y á comunicarles el gusto á las artes; raza ligera y caballeresca, pero elegante, brava, inteligente y que unió la civilizacion á la caballería. Nunca serán demasiado recordadas las palabras de Luis XII á su advenimiento al trono: «El rey de Francia me venga los agravios del duque de Orleans (1498).»

Luis XII se casó con la viuda de Cárlos VIII. La Bretaña fue el último gran feudo revertido á la corona. Asi murió la monarquía feudal. Habiendo comenzado por la desmembracion sucesiva de las provincias del reino, acabó por la reunion sucesiva de todas ellas, á la manera que los rios que salen del mar y vuelven otra vez al mar. Faltaba la sumision de los condados de Flandes y de Artois; poseidos por el archiduque de Austria; pero esto no era mas que un vano homenaje, al cual ni el que le rendia ni el que le recibia, agregaba idea alguna de obediencia ó de superioridad. Los girones de la monarquía feudal se dejaron percibir por mucho tiempo en la monarquía absoluta, del mismo modo que se notan en el dia los restos del despotismo imperial flotando entre las libertades constitucionales. El pasado se prolonga hasta el porvenir, de manera que una nacion ni puede ni debe separarse de sus tumbas.

El tribunal del *Equiquier* en Normandía, fue erigido en Parlamento; asi iban descompaginándose una por una las piezas de la vieja armadura gótica.

Luis XII hizo la guerra á Italia; tan pronto como las desavenencias intestinas cesaron, renacieron en lo esterior; era necesario un nuevo motivo al espíritu guerrero de la Francia. Pretendia Luis XII el ducado de Milan por los derechos de Valentina de Milan, su abuela, y el reino de Nápoles por los de la casa de Anjou. Dominaban á la sazon en Roma los detestables Borgias: César Borgia, el héroe de Maquiavelo; Alejandro VI con su hija tres veces incestuosa, llamada Lucrecia, como para ofrecer á Roma un contraste singular con el antiguo pudor romano. El Milanesado fue conquistado en veinte dias; el reino de Nápoles en menos de cuatro meses; este reino se ocupó de acuerdo con Fernando el Católico. Bien pronto los franceses y españoles disputaron acerca de la particion de este Estado (1500, 1501, 1502). D'Aubigni perdió la batalla del Seminario, el viernes 21 de abril, y el viernes 28 del propio mes, fue vencido y muerto el duque de Nemours en Cerignola por Gonzalo de Córdova, llamado el Gran Capitan. La casa de Armagnac concluyó en la persona del duque de Nemours, y éste duque era nada menos que el último descendiente de Khlovigh: resto estraño al principio del siglo XVI. El Parlamento habia sido creado en 1505.

Cárlos V habia ya nacido (1500). Alejandro murió (18 de agosto de 1503). Despues de Pío III, que no ocupó la silla pontifical mas que veinticinco dias, vino Julio II, cuyo nombre anuncia el reinado de las artes, y una revolucion en el género de influencia que la córte de Roma ejercia en el mundo cristiano. Esta córte dejó de ser popular, y por un doble error se unió al poder aristocrático al espirar. La era política del cristianismo declinaba.

Los Estados de Tours de 1506 demuestran aquellas asambleas llevadas á su último grado de perfeccion, separadas de la magistratura parlamentaria y del poder ejecutivo. Luis XII las abrió en una sesion régia, rodeado de príncipes y de toda su córte, con el canciller de Francia á su derecha; en la misma forma con que se inauguran en el dia las sesiones legislativas, lo cual demuestra que los grandes de la córte no componian mas que una parte de los Estados.

La liga de Cambray formada contra los venecianos se disipó como todas las coaliciones en que príncipes enemigos se reunen por un interés momentáneo.

Enrique VII de Inglaterra murió y fue reemplazado en el trono por Enrique VIII (1509 1510). Julio II se ligó contra los franceses en Italia con Fernando, Enrique VIII y los suizos. El último de los caballeros franceses, Bayardo, digno de cerrar la época de la caballería, se distinguió en San Félix y en la jornada de la Bastida (1511). En la misma época ocurrieron el Concilio general de Pisa, donde Julio II fue citado por Luis XII. Y el Concilio de Letran en oposicion al Concilio de Pisa.

El dia de Páscua, 11 de abril de 1512, se dió la batalla de Rávena ganada por el duque de Nemours, el caballero Bayardo, Luis d'Arce y Lautrec, contra los confederados. El duque de Nemours compró la victoria con la vida: fue muerto no teniendo mas que veintitres años de edad. Este jóven príncipe era Gaston de Foix, hijo de María, hermano de Luis XII, por el cual el condado de Nemours habia sido erigido en ducado pariato. No se le debe confundir con Armagnac, duque de Nemours, último de los Merovingianos de que ya se ha hablado.

Perdió el Milanesado Luis XII, y no conservó en Italia mas que algunas poblaciones, con el castillo de Milan. Se trasfirió á esta ciudad el Concilio de Pisa, y despues á Lyon. Julio II puso entredicho al reino de Francia y á la ciudad de Lyon en particular; desprecio del tiempo; estas censuras, así como el feudalismo; habian perdido su antiguo vigor; las añejas costumbres se habian ya convertido en simples usos.

Fernando se apoderó del reino de Navarra. Maximiliano Esforcia volvió á adquirir la soberanía del Milanesado y los Médicis la de Florencia. El emperador Maximiliano I quiso hacerse papa. La reina, Ana de Bretaña, murió. Julio II la siguió á la tumba. Sucedió á éste Leon X. Luis XII volvió á adquisir el Milanesado, y lo perdió por fin en la batalla de Novara. La Francia se vió atacada por Maximiliano, Enrique VIII y los suizos. Todo se arreglaba por medio de casamientos, unos provectados, otros llevados á cabo. Luis XII se casó con María, hermana de Enrique VIII, en cuyos brazos encontró la muerte. El conde de Angulema, que llegó á llamarse Francisco I, amó á María, de la cual se apartó por temor de perder una corona. Este cálculo no convenia ni con su edad ni con su carácter; así es que no cedió sino por los consejos de Grignaus, de Goolfier, ó de Duopret (1512, 1513, 1514, 1515).

Luis X murió en 1.° de enero de 1515 en el palacio de las Tournelles en París. Este rey redujo los impuestos á menos de la mitad, y abrigaba un tierno afecto á sus súbditos, que por su parte no dejaban de corresponderle, á pesar de sus faltas en la política, esterior: queria todas las franquicias de que se podia gozar en la monarquía de entonces. Es de notar que en aquella época, y hasta en la que vivimos, los pueblos formulan su amor ó su aborrecimiento segun los mayores ó menores impuestos con que se hallaban gravados. Hoy dia, que la especie humana ha ganado en inteligencia y en civilizacion, las naciones emplean menos sus afectos en los intereses materiales y conceden con mejor voluntad el nombre de padre al soberano que acreciente sus libertades, que al que economiza su oro.

FRANCISCO I.

(Desde el 1515 al 1547.)

Francisco I era biznieto de Luis de Orleans y de Valentina de Milan. Habian variado la faz del mundo tres generaciones. Sesenta años que contaba el descubrimiento de la imprenta, aunque no era libre, habia causado una revolucion en los espíritus. Las controversias de Lutero próximas á aparecer, ó no se hubieran propagado con la misma rapidez, ó hubieran sido sofocadas, si no hubiesen encontrado á propósito la imprenta para difundirlas.

Francisco I entró en Italia (1515). El 14 de setiembre salvó á los suizos en Marignan, en aquel combate que Trivulce llamó *combate de los gigantes;* esta fue la primera victoria grande, ganada por los franceses despues de sus derrotas en Crécy, Poitiers y Azincourt. Esta batalla no tenia ninguno de los caeacteres de las anteriores. Era respecto de aquellas lo que las batallas de la revolucion han sido respecto de la de Marignan. El Senado de Venecia declaró por un decreto que Francisco I y todos los príncipes de su linaje serian nobles venecianos, decreto que Luis XVIII quiso borrar por su mano, cuando recibió la órden de dejar á Verona. Aquí dió principio la venalidad de los cargos, que la inamovilidad de los jueces trae consigo.

Fernando, rey de Aragon por sí propio, rey de Castilla por su esposa Isabel, rey de Granada por conquista, rey de Navarra por usurpacion, heredero de tres bastardos coronados, murió, y ascendió al trono Cárlos V.

El tratado de Fribourg produjo entre Francia y los suizos aquella paz llamada perpétua, que no dejó á éstos mas que el honor de verter su sangre por los franceses (1516).

Se celebró un concordato entre Leon X y Francisco I, al cual se opusieron el clero, la Universidad y el Parlamento, como atentatorio de las libertades de la Iglesia Nacional. Lutero se reveló este mismo año (1517), contra las indulgencias predicadas en Alemania. Enrique VIII ocupaba el trono, lo cual era de importancia á la fé católica, de la que se constituyó al principio *defensor*. En 1521, Ignacio de Loyola fue herido en el castillo de Pamplona, que los franceses tenian sitiado. Loyola fue para los reformados lo que Santo Domingo habia sido para los albigenses: pero la jornada de San Bartolomé (*Saint-Barthélémy*), no destruyó el protestantismo, al paso que las Cruzadas esterminaron los albigenses.

Despues de la muerte de Maximiliano fue proclamado emperador Cárlos V; su competidor era Francisco I (1519). Entonces la Francia se encontró envuelta por las posesiones de la casa de Austria. España conquistadora en América y las Indias, decia que el sol no se ponia en sus dominios. El descubrimiento de la América produjo una revolucion en el comercio, la propiedad y la hacienda pública del antiguo mundo. La introduccion del oro de Méjico y del Perú, bajó el precio de los metales, elevó el de los géneros, y de los jornales, hizo cambiar de manos la propiedad territorial, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, de la que ya habian dado la primera idea los lombardos y los judíos. Con

los capitalistas nació la poblacion industrial y la constitucion artificial de los fondos públicos. Una vez entrada en esta senda, la sociedad se renovó con relacion á la hacienda pública, como se habia renovado en sus relaciones morales y políticas.

A las hazañas de las Cruzadas sucedieron las hazañas de Ultramar de diversa importancia; el globo se ensanchó; comenzó el sistema de las colonias modernas; la marina militar y mercante se acrecentó y estendió en un océano sin riberas. La pequeña mar interior del antiguo mundo, no era ya mas que un estanque de poca consideracion, desde que las riquezas de las Indias llegaron á Europa por el cabo de las Tempestades. Con el intervalo de tres años el afortunado Cárlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavía.

Pero lo mismo que hizo avanzar á unos pueblos hácia la independencia y la civilizacion, encadenó las naciones sometidas al cetro de Felipe II; las Américas, la España y los Paises-Bajos, perdieron sus libertades por algunos siglos. Aquellos campos de Flandes, donde los municipales habian combatido por su civilizacion, no fueron ya ensangrentados mas que por patíbulos ó por las batallas que allí decidieron las casas de Francia y Austria.

La entrevista de Francisco I y de Enrique VIII, cerca de Guinea, llamada el *campo de la tela de oro*, fue la última ostentacion de los tiempos feudales, un simulacro de los torneos, las córtes plenas, las antiguas costumbres bastante gastadas ya, para no ser mas que unos meros espectáculos (1520.)

El duque de Bouillon declaró la guerra al emperador; este creyó que el duque estaba apoyado por la Francia; principiaron las guerras entre Cárlos V y Francisco I. El milanesado se perdió nuevamente para la Francia. Leon X que dió nombre á su siglo, murió. Escribiendo á Rafael habia dicho: «Por tí mi pontificado será siempre célebre.»—Profetizaba. Por desgracia el renacimiento de las artes cesó casi en el momento de la Reforma, cuya rigidez las proscribia. Si el ardor religioso de los siglos que levantaron los monumentos góticos hubiera existido en los tiempos de Miguel Angel y de Rafael, ¿de cuantas mas obras maestras, Roma, ya rica estaria adornada?

A Leon X le sucedió Adriano VIII, que dejó la tiara á Clemente VII, otro Médicis (1521.)

Toma de Roda por Soliman II (1522.)

El condestable de Borbon, que perseguia á la duquesa de Angulema, pasó al servicio de Cárlos V. El marqués de Villena, solicitado por el emperador para que prestara su palacio al condestable, respondió. «Nada puedo rehusar á V. M., pero si el duque de Borbon se aloja en mi casa, le pondré fuego en el instante mismo que de ella haya salido, como lugar infestado por la traicion, y que por lo tanto no puede ya servir para habitacion de un hombre de honor.» El condestable fue el único traidor que los Borbones hayan jamás contado en su linaje.

El capitan Bayardo fue muerto en la retirada de Trebeca (1524). «Recibió un tiro de arcabuz que le atravesó los riñones, y al sentirse mortalmente herido esclamó: ¡*Ay de mí, soy muerto*! Cogió la espada por la empuñadura y la besó, como señal de la cruz, diciendo en alta voz: *Miserere mei, Deus secundum misericordiam tuam.* No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando estuvo á punto de caer desfallecido; pero tuvo aun bastante fuerza para cogerse al arzon de la silla, y permanecer así hasta que un gallardo jóven que era su mayordomo le ayudó á apearse, y le colocó bajo de un árbol..... Los infelices criados de su servidumbre estaban despavoridos, y entre ellos se hallaba su pobre mayordomo que no le abandonó jamás; el caballero se confesó con él á falta de un presbítero. El jóven desconsolado y deshecho en lágrimas, contemplaba á su buen señor mortalmente herido, y conocia que no habia remedio que pudiera salvarlo: pero el animoso caballero le consolaba con la mayor dulzura diciéndole: Jaime, mi amigo, deja tu llanto; es la voluntad de Dios la que me separa de este mundo; bastante tiempo permanecí en él, todo por su gracia, y tambien he recibido bienes y honores que no me pertenecian. El sentimiento que tengo al morir es el no haber cumplido tan bien mis deberes como debí hacerlo.»

El condestable de Borbon, del partido de los enemigos, se presentó á consolar á Bayardo. «Monseñor, le dijo el capitan, no tengais compasion de mí; tenedla de vos mismo que os habeis armado contra vuestro rey vuestra pátria y vuestra fe.» Borbon insistió hablándole de buenos facultativos, á lo que Bayardo replicó: «Conozco que estoy herido de muerte, y la aceptó de buen grado, sin que en ello tenga el mas leve sentimiento.» El condestable, con lágrimas en los ojos esclamó: «Bien dichoso es el príncipe que tiene tal servidor; no sabe la Francia lo que pierde en este dia.»

El marqués de Pescara (Fernando Francisco de Aválos) dijo: «¡Pluguiera á Dios, gentil señor Bayardo, que aunque me hubiese de costar una cuarta parte de mi sangre, para daros la vida, ó aunque tuviera que comer carne de dos años, me daria por contento de veros mi prisionero y con buena salud!»

Batalla de Pavía, 14 de febrero de 1525. No se encuentra el original del famoso billete *Todo está perdido menos el honor*; pero la Francia que le habia escrito lo tiene por auténtico. Juan, hecho prisionero en Poitiers, fue servido á la mesa por su vencedor y tratado en Lóndres como un monarca triunfante. Francisco I fue trasladado ásperamente á las prisiones de Madrid; los caballeros que querian reanimar al monarca francés, ya no existian. Por lo demás, no se consideraron ligados por el tratado de Madrid, los Estados de Borgoña, en 1526, los cuales separaron sin su consentimiento, la Borgoña de la Francia. Los Estados de París, en 1359, rehusaron ratificar el tratado negociado para libertar al rey Juan: no hay nada permanente mas que la independencia de los pueblos, pero cuando no se trata mas que de ella sola.

El año de cautividad de Francisco I, prisionero, Alberto, margrave de Brandebourg, gran maestre de la Orden Teutónica, abrazó el luteranismo, y se apoderó de las provincias de la Orden. Los descendientes de Alberto llegaron á ser reyes de Prusia.

El tratado de Cambray, en 1529, terminó las guerras de Italia entre Francisco I y Cárlos V. La Bretaña se reunió á la Francia por una ordenanza espresa. Antes del edicto sobre el dominio, de 1566, los reyes franceses podian disponer libremente de sus bienes patrimoniales: estos bienes no se hacian inalienables sino por su reunion al dominio de la corona; de donde es preciso distinguir dos cosas en el antiguo derecho comun de la tercera raza; la propiedad particular del príncipe, y la propiedad general de la corona. Francisco I fundó la infantería francesa, que reemplazó los peones alemanes sostenidos á costa de la nacion. Esta infantería fue en un principio formada segun el modelo de las legiones romanas, y dividida en cuerpos de seis mil hombres. De aquí se fué á la division por bandos de quinientos ó seiscientos hombres, orígen de nuestros regimientos. Enrique, hijo segundo de Francisco, delfin, contrajo matrimonio en Marsella con Catalina de Médicis (1532, 1533).

El cisma de Inglaterra estalló en 1534 con motivo del divorcio de Enrique VIII, para contraer matrimonio con Ana de Boulen. Este mismo año de 1534 las doctrinas de Calvino se insinuaban bajo la proteccion de Margarita, reina de Navarra, hermana de Francisco I; y tambien durante el mismo año, Ignacio de Loyola fundó la Compañía de Jesús. Cuando las ideas y

los pueblos están en sazon para producir un cambio, acontece que los príncipes son los llamados á iniciar el desarrollo.

Enciéndese nueva guerra entre Francia y España, á causa de la decapitacion ejecutada por Francisco Esforcia en el enviado de Francia á Milan. Cárlos V, que volvia triunfante de su espedicion de Africa, fue batido en Provenza y Picardía.

Enrique llegó á ser delfin por la muerte de Francisco su hermano mayor, envenenado. Los anabaptistas tuvieron que dispersarse por el suplicio de Juan de Leide, en Munster (1536). Cárlos V fue citado en el tribunal de los Pares de Francia, como vasallo rebelde, así como anteriormente lo habia sido el príncipe Negro; ridícula reminiscencia de los derechos caducos de la monarquía feudal (1537).

Cárlos V atravesó la Francia (1539) para ir á apaciguar las revoluciones ocurridas en aquella ciudad de Gante, cuna de tribunos y asilo de reyes.

La ordenanza de Villers-Coterest (1536) decretó la abreviacion de los procesos, que los tribunales eclesiásticos no invadiesen la jurisdiccion ordinaria, y que se hiciera en el idioma comun la redaccion de las actas públicas. Es de admirar que este reglamento no se hubiera dado mas anticipadamente: era necesario entender bien la lengua, que no comenzó á estar coordinada, para ser convenientemente inteligible, hasta el reinado de Francisco I. Si desde el año de 1281 el emperador Rodolfo obligó á escribir las actas imperiales en lengua vulgar, fue porque el aleman era una lengua madre, hablada en todos tiempos por un pueblo que la entendia. La lengua francesa no era mas que un dialecto, originario principalmente de las lenguas romana y latina. Algunos siglos corrieron antes que llegara á ser lengua general en toda la estension de la monarquía. Eduardo III pudo prohibir el uso de aquella jerga normanda en los tribunales de Inglaterra, porque detrás de aquella jerga encontró el inglés, ó el bajo aleman conservado por los sajones conquistados.

El procedimiento criminal, que llegó á hacerse público, dejó de serlo bajo el canciller Poyet.

Comienzan desde esta época á figurar ciertos nombres famosos en los reinados sucesivos: el cardenal de Lorraine y su hermano, el primer duque de Guisa, el condestable Anne de Montmorency y Catalina de Médicis (1540).

Francisco I entabló nuevas relaciones esteriores. Envió embajadores á Soliman II á Constantinopla, y los recibió de Gustavo Wasa, rey de Suecia. Este príncipe, célebre por su valor y sus aventuras, hizo luterana á la Suecia, y fue el jefe militar de los protestantes (1542).

En 1544 tuvo lugar la batalla de Cerisoles, ganada por los franceses.

En 1645 ocurrieron las primeras esterminaciones, resultado de las guerras de religion en Francia, y la ejecucion, si así puede decirse, de las ciudades hugonotes de la Brieres y de Merindol.

Murieron Lutero y Enrique VIII, que eran los jefes del cisma; el primero en 1546, y el segundo en 1547. Francisco I, que comenzó la persecucion contra los hugonotes, siguió dos años despues á la tumba al tirano de las libertades políticas y al fundador de las libertades religiosas de Inglaterra (1.° de marzo de 1547).

Cárlos V permaneció nueve años en la tierra despues de su rival. Abdicó en 1556, se retiró al monasterio de San Yuste, en Estremadura, y celebró en vida sus propios funerales. Envuelto en un sudario, y recostado en un ataud, cantó desde el fondo de su tumba el oficio de los muertos que los religiosos celebraban á su alrededor: «Este era el hombre por quien, como dice Montesquieu, estendió el mundo sus límites, ó mas bien dicho, se vió aparecer un mundo nuevo.» Este mundo nuevo dió la muerte á Francisco I. Toda la fortuna de Cárlos V pesó sobre el destino del monarca francés. Importunado hasta en sus últimos dias por las rivalidades de sus damas y las de su hijo. Francisco I murió como un cristiano que reconocia su fragilidad, Cárlos V, como un ambicioso, se revistió del hábito y del ataud, despechado de no haber podido adornarse con la usurpacion del mundo. Las debilidades del monarca español no fueron aparentes como las del monarca francés, cuya galantería era tan brillante como su valor. Un incesto misterioso, que en la oscuridad de un cláustro dió nacimiento á un héroe, se achacó á Cárlos V; sus desórdenes tenian algo de grave, de secreto y de profundo como él.

Hay épocas en que la sociedad se remueve, en que catástrofes imprevistas, casualidades dichosas ó desgraciadas, ó descubrimientos inesperados determinan un cambio preparado desde mucho tiempo en el gobierno, las leyes, las costumbres y las ideas. Esta revolucion, que parece súbita no es otra cosa mas que el trabajo contínuo de la civilizacion creciente y el resultado de la marcha de esta civilizacion hácia la perfeccion necesaria, eficiente y aneja á la naturaleza humana. En las revoluciones, inclusas las retrógradas en apariencia, existe un paso real, una luz adquirida para el conocimiento de una verdad. Las consecuencias no se dejan sentir inmediatamente como resultado del principio que las produce; hasta despues de cincuenta años no se echan de ver las transformaciones operadas en los pueblos por acontecimientos que ya cuentan medio siglo de antigüedad.

Así, cuando Francisco I ascendió al trono, el descubrimiento de la América, la toma de Constantinopla por los turcos, la invencion de la imprenta todas estas cosas que habian precedido al reinado de este rey, comenzaron á obrar, estendiendo el dominio del hombre físico y moral. Mares desconocidos que amansar y nuevos mundos que esplorar ofrecian objetos dignos de sus esfuerzos al espíritu caballeresco y religioso que reinaba todavía, á las letras, á las ciencias y á las artes que renacian, á los gobiernos y al comercio que buscaban nuevos manantiales de poder y de riquezas. La imprenta parecia haber aparecido espresamente para multiplicarse y propagar los tesoros que los griegos, arrojados de su patria, habian llevado al Occidente. Las correrías transalpinas de Cárlos VIII y de Luis XII habian trasmitido á los galos aquel gusto de elegancia de la vida, perdido hacia mucho tiempo. Milan Florencia y Siena vieron reaparecer aquellos nombres bastante bien conocidos en tiempo de la conquista de los normandos y de Cárlos de Anjou. Los La Palice, los Nemours, los Lautrec y los Vielleville no encontraron ya como sus padres una tierra bárbara, sino una tierra clásica en que el génio de Augusto habia renacido, en que, como los antiguos romanos, endulzaron sus rudas virtudes á la voz de las artes traidas segunda vez de la Grecia. Cuando Bayardo adquiria un alto renombre por sus proezas, era en medio de la Italia moderna, de la Italia en toda la frescura de la civilizacion renovada; era en medio de aquellos palacios edificados por Bramante, Miguel Angel y Paladino, de aquellos palacios cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros recientemente producidos por las manos de los mas grandes maestros; era la época en que se desenterraban las estátuas y los monumentos de la antigüedad, entre tanto que los Gonzalo de Córdoba, los Trivulce, los Pescara, los Strozzi combatian; que los artistas se hacian justicia de sus rivales con el puñal; que las aventuras de Romeo y de Julieta se contaban entre todas las familias, y el Ariosto y el Tasso estaban cantando aquel espíritu caballeresco de que Bayardo era el último modelo.

Las guerras de Francisco I, de Cárlos V y de Enrique VIII mezclaron los pueblos y multiplicaron las ideas. Los ejércitos regulares, conocidos en Europa desde el fin del reinado de Cárlos VII, hicieron desaparecer los restos de las milicias feudales. Los bravos de todos los paises se encontraron en estas tropas disciplinadas: Bayardo pudo batirse con los hijos de Pizarro y de Hernan Cortés, que habian visto caer los imperios del Perú y de Méjico. Los infieles que los caballeros iban á buscar con San Luis al fondo de la Palestina, señores de Constantinopla y despues nuestros aliados, intervenian en la política: su príncipe enviaba el renegado griego Barbaroja á combatir por el papa y por el rey cristianísimo á las costas de Provenza.

Todo cambió en Francia; hasta los vestidos se alteraron, y se hizo de las antiguas y de las nuevas costumbres una mezcla singular. La lengua naciente se escribió con energía, finura y sencillez por la hermana de Francisco I, la reina de Navarra, y por el mismo rey de Francia, que hacia versos tan buenos como Marot; por Rabelais, Amyot, los dos Marot y los autores de varias memorias. El estudio de los clásicos, el de las leyes romanas, la erudicion general, fue profesado con ardor; las artes adquirieron una perfeccion tal, que no se ha sobrepujado posteriormente en Francia. La pintura, brillante en Italia, fue trasplantada á los bosques, y nuestros castillos góticos franceses, vieron sus torrecillas y sus almenas coronarse de los órdenes de la Grecia. Anne de Montmorency, que era devoto, adornaba á Ecouen de obras maestras; Primatice embellecia á Fontainebleau; Francirco I, que se hacia armar caballero como en tiempo de Ricardo Corazon de Leon, asistia á la muerte de Leonardo de Vinci y recibia el último suspiro de este grande pintor; y despues de todo esto, el condestable de Borbon, cuyos soldados, como los de Alarico, se preparaban á saquear á Roma; aquel condestable, que debia morir de un cañonazo, quizá disparado por Benevento Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder, la vida y las costumbres de un antiguo gran vasallo de la corona.

Francisco I no fue un grande hombre, pero sin embargo, aun conserva el sobrenombre de *gran rey*; este padre de las letras, que quiso romper todas las prensas de su reino, atrajo las mujeres á la córte. Esta córte letrada, galante y militar, mezclaba los hechos de armas con las aventuras de amores. Entonces tuvo orígen el reinado de aquellas favoritas, que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía. De todas sus damas, una sola, Inés Sorel, ha sido útil al príncipe y á la patria.

Una aventura, tomada entre mil, bastará para dar á conocer la alta sociedad bajo Francisco I. Brantome, que con talento de diverso género imita frecuentemente á Froissart, será el que nos la referirá perfectamente. «He oido contar, con referencia al tiempo de Francisco I, una anécdota relativa á cierto hermoso escudero llamado Gruffy, que era de la escudería del dicho rey, y murió en Nápoles en el viaje de M. de Lantree, y una elevada dama de la córte, que fue muy enamorada. El escudero era tan bello, que no se le llamaba ordinariamente mas que el hermoso Gruffy; y en efecto, he visto su retrato que así le representa.

La dama le dirigió en cierta ocasion uno de sus criados de confianza con un mensaje en que le decia, que una bella y honesta señora estaba apasionada de él, y que apreciaria su correspondencia mas que la de ningun cortesano; pero que no queria, por todo cuanto vale el mundo, que la viese ni conociese; que á la hora de acostarse, y cuando todos los de la córte se hubiesen retirado, le iria á buscar y conduciria á cierto lugar, desde donde el mensajero le conduciria á casa de aquella dama; con la condicion precisa de vendarle los ojos con un bonito pañuelo blanco, á la manera de un trompeta parlamentario que entra en ciudad enemiga, á fin de que no pudiera ver ni reconocer el lugar ni el aposento en donde se verificaria la entrevista; que se le tendrian las manos continuamente sujetas para que no pudiese desembarazarse de la venda, porque así era la órden de su señora, que no queria ser conocida de él hasta algun tiempo despues cierto y prefijado que le dijo y prometió.... Partió el mensajero despues de esta conferencia con Gruffy, quedando éste pensativo sobre si sería alguna treta de algun enemigo suyo de la córte; pero como hombre jóven y deseoso de aventuras, no dejaba de interesar su curiosidad el pensar qué clase de dama sería, si seria alta ó mendiana, ó pequeña, hermosa ó fea. Despues de conferenciar con un amigo, determinó correr el riesgo, considerando que por el amor de una gran señora, que presumia fuese, no debia manifestarse con cobardía. Al dia siguiente, cuando el rey, la reina, las damas y todos los de la córte se habian retirado para acostarse, no dejó de encontrarse en el lugar que le habia designado el mensajero, quien no tardó en venir á la cita. Al punto que le vió solo, le dijo: *Vamos, señor, la dama os espera.* Con los ojos vendados fue conducido por lugares estrechos, oscuros y desconocidos; despues entró en el dormitorio oscuro y sombrío de la dama, para que no pudiera ver ni conocer.

Le hizo esperar alguna cosa buena lo perfumado de la habitacion, y bien pronto fue llevado por la mano, despues de haberse despojado de la venda, á un lecho donde se le aguardaba.

Al dia siguiente, al rayar el dia, no faltó el mensajero á despertarle, vestirle y vendarle, para conducirle al mismo lugar donde le habia citado, y en la despedida solo le dijo: Adios, hasta la vuelta, que será bien pronto.

El hermoso Gruffy, despues de haber dado mil veces las gracias, le dijo adios, y le aseguró que estaria siempre pronto á volver, lo cual hizo efectivamente, porque la fiesta duró un mes, al cabo del cual, tuvo Gruffy que partir para su viaje á Nápoles. Se puso á las órdenes de su dama, y la dió un adios lleno de sentimiento, sin que pudiera sacar en ocasion alguna una palabra de su boca; percibia sus suspiros, y las lágrimas que corrian por sus mejillas; pero partió sin conocerla y sin tener indicio alguno que pudiera en lo sucesivo dársela á ronocer.»

En medio de aquellas costumbres licenciosas, frívolas, es preciso dar su lugar á la reforma. Esta tenia la pretension de repoducir el primer cristianismo entre los cristianos viejos, así como Francisco I queria resucitar la caballería en los portadores de los mosquetes y arcabuces.

La reforma es el acontecimiento mas importante de aquella época; abre los siglos modernos, y los separa del siglo indeterminado, que siguió á la desaparicion de la edad media.

Hasta entonces se habian visto frecuentemente herejías en la Iglesia Latina, pero poco durables, y no habian alterado nunca el órden político. El protestantismo fue desde su orígen un asunto de Estado. Las metamorfosis ejecutadas en las leyes y en las costumbres debian necesariamente acarrear mudanzas en la religion; era imposible que el esterior del edificio cambiase, sin que las bases mismas de este edificio no fuesen conmovidas.

La reforma despertó las ideas de la antigua igualdad, y condujo al hombre á inquirir, buscar y aprender. Esto fue, hablando con propiedad, la verdad filosófica que revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa. La reforma sirvió poderosamente para trasformar una sociedad completamente militar en una sociedad civil é industrial: este bien es in-

menso, pero tambien vino involucrado con mucho mal y la imparcialidad histórica no permite callarlo.

El cristianismo empezó en los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes. Jesucristo llamó los pequeños, y éstos se acercaron á su Maestro. La fe subió poco á poco á las altas categorías sociales, y se apoderó, en fin, del trono imperial. El cristianismo era entonces católico ó universal; la religion llamada católica partia de abajo para llegar á las eminencias sociales. Hemos visto que el papado no era mas que el tribunado de los pueblos cuando llego la edad política del cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto; se introdujo por la cabeza del cuerpo político, por los príncipes y los nobles, por los sacerdotes y los magistrados, por los sabios y las gentes de letras, y descendió lentamente á las condiciones inferiores; las huellas de estos dos orígenes han permanecido distintas en las dos comuniones.

La comunion reformada no ha sido nunca tan popular como el culto católico; siendo aquella de raza principal y patricia, no simpatiza con el vulgo. Equitativo y moral, el protestantismo es exacto en sus deberes; pero su bondad pertenece mas al dominio de la razon que al de la ternura: viste al desnudo, pero no le abriga en su seno; abre asilos á la miseria, pero no vive y no llora con ella en sus abyectas moradas; alivia el infortunio, pero no participa de él. El monje y el cura son los compañeros del pobre; pobres como él, tienen por compañeras las entrañas de Jesucristo; los harapos, la paja, las llagas; los calabozos no les inspiran ni disgustos ni repugnancia; la caridad ha derramado perfumes sobre la indigencia y la desgracia. El sacerdote católico es el sucesor de los doce hombres del pueblo que predicaron á Jesucristo resucitado; bendice el cuerpo del pobre que ha espirado, como el despojo sagrado de un ser amado de Dios y resucitado en la vida eterna. El pastor protestante abandona al necesitado en su lecho de muerte; para él las tumbas no son una religion, porque no cree en estos lugares expiatorios donde las oraciones de un amigo llegan á libertar un alma que padece: en este mundo no se precipita en medio del fuego, de la peste y guarda para su familia particular aquellos cuidados afectuosos, que el sacerdote de Roma prodiga á la gran familia humana.

Bajo el aspecto religioso, la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la ausencia completa de la fe: la razon no es mas que la independencia del espíritu tocando en dos abismos, la duda ó la incredulidad.

La reforma, por una reaccion natural, resucitó al mundo el fanatismo católico que se estinguia. Podia ser acusada de haber sido la causa indirecta de los horrores de la jornada de San Bartolomé, de los furores de la liga, del asesinato de Enrique IV, de las matanzas de Irlanda, de la renovacion del edicto de Nantes y de las dragonadas. El protestantismo gritaba contra la intolerancia de Roma, degollando los católicos en Francia, arrojando al viento las cenizas de los muertos, encendiendo las hogueras de Sirven en Ginebra, denigrándose con las violencias de Munster, dictando las leyes atroces que abrumaban á los irlandeses, y que apenas han conseguido hoy librarse de ellas, despues de dos siglos de opresion. ¿Qué pretendia la reforma relativamente al dogma y la disciplina? Creia razonar bien negando algunos misterios de la fe católica, al mismo tiempo que retenia otros no menos difíciles de comprender. Atacaba los abusos de la córte de Roma. ¿Pero estos abusos no serian destruidos por los progresos de la civilizacion? ¿No se revelaban de todas partes y desde tiempos lejanos, contra este abuso? ¿Erasmo, Rabelais y otros muchos, no comenzaron á notar y hacer sentir sin el auxilio de Lutero, que los vicios del poder ilimitado y la grosería de la edad media, habian introducido en la Iglesia? ¿Los reyes, no habian sacudido el yugo de los papas? ¿El cisma del siglo IV, no habia atraido los ojos hasta del vulgo sobre la ambicion del gobierno pontificio? ¿Los magistrados, no ordenaban rasgar y quemar las bulas?

La reforma, penetrada del espíritu de su fundador, monje envidioso y bárbaro, se declaró enemiga de las artes. Estrechando la imaginacion y las facultades del hombre, cortó las alas al genio y le arrojó á los pies. La reforma estalló por causa de algunas limosnas destinadas á levantar en el mundo cristiano la basílica de San Pedro: ¿Los griegos, hubieran rehusado los auxilios pedidos á su piedad para edificar un templo á Minerva?

Si la reforma en su orígen, hubiera tenido un pleno éxito, habria establecido, á lo menos durante algun tiempo, otra especie de barbarie: tratando de supersticion la pompa de los altares, de idolatría, las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, tendia á hacer desaparecer la elevada elocuencia y la sublime poesía, á deteriorar el gusto por el repudio de los modelos, á introducir alguna cosa seca, fria, y recelosa en el espíritu, á sustituir una sociedad afectada y del todo material á una sociedad sencilla y toda intelectual, á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de una operacion mental. Estas verdades se confirman por la observacion de un hecho.

En las diversas ramas de la religion reformada, esta comunion se ha acercado mas ó menos á lo bello, segun se ha apartado mas ó menos de la religion católica. En Inglaterra, donde la gerarquía eclesiástica se sostiene, las letras tienen su siglo clásico. El luteranismo conserva las chispas de imaginacion que pretende estinguir el calvinismo, y asi sucesivamente va descendiendo hasta el cuácaro, que quisiera reducir la vida social á la tosquedad de los modales y á la práctica de los oficios mecánicos.

Shakespeare, segun todas las probabilidades, era católico. Milton, visiblemente ha imitado algunos pasajes de los poemas de Santa Avita y de Masenio; Klopstok ha adoptado la mayor parte de las creencias romanas. En muchos dias, en Alemania, no se manifiesta la alta imaginacion mas que cuando el espíritu del protestantismo se debilita y desnaturaliza: Goethe y Schiller han desarrollado su númen al tratar asuntos católicos: Rousseau y Mad. Stael son una escepcion de la regla; ¿pero eran ellos protestantes á la manera de los primeros discípulos de Calvino? A Roma es á donde los pintores, los arquitectos y los escultores de los cultos disidentes van hoy á buscar inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger. La Europa, ¿qué digo? el mundo está cubierto de monumentos de la religion católica. A ella se debe esta arquitectura gótica que rivaliza en detalles, y que borra por su grandeza los monumentos de la Grecia. Tres siglos hace que el protestantismo ha nacido; es poderoso en Inglaterra, en Alemania y en América; se practica por millones de hombres: ¿qué ha hecho? Os manifestará ruinas, entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas. Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la esperiencia de las edades, á la antigua sabiduría de los viejos, el protestantismo se separó de lo pasado para plantar una sociedad sin raices. Reconociendo por padre á un monje aleman del siglo XVI, el reformado renuncia á la magnífica genealogía, que el católico hace subir por una continuacion de santos y de hombres grandes hasta Jesucristo: de aquí hasta los patriarcas y hasta la cuna del universo. El siglo protestante niega desde su primera hora todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo del otro Leon, que poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad cuando no era ni aun preciso defenderlo.

Si la reforma cohartaba el genio en la elocuencia, la poesía y las artes, comprimia asimismo los grandes corazones en la guerra; pues el heroismo es la imaginacion en el órden militar. El catolicismo habia producido los caballeros, el protestantismo hizo capitanes, bravos y virtuosos como Lanoue, pero sin brillo, y frecuentemente crueles á sangre fria, y menos austeros de costumbres que de espíritu: los Chatillon siempre fueron eclipsados por los Guisa. El solo guerrero de movimiento y de vida que los protestantes contaron entre sí, Enrique IV, se les escapó. La reforma bosqueja á un Gustavo Adolfo, á un Cárlos XII y á un Federico; pero no hubiera creado á Bonaparte, como abortó á Tillotson y al ministro Claudio, y ni amamantó á Fenelon y á Bossuet, como educó á Iñiño Jones y Webb, ni tampoco dió vida á Rafael y Miguel Angel.

Se ha dicho que el protestantismo habia sido favorable á la libertad política, y habia emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Cierto es que en su nacimiento la reforma fue republicana, pero en sentido aristocrático, porque sus primeros discípulos fueron gentiles hombres. Los calvinistas soñaron en una especie de gobierno de principados federales, que los hubiera asimilado al imperio germánico; ¡cosa estraña! se hubiera visto renacer el feudalismo del protestantismo. Los nobles se precipitaron por instinto en este culto nuevo, al través del cual se exhalaba hasta ellos una especie de reminiscencia de su poder desvanecido. Pero pasado este primer fervor, los pueblos no adquirieron del protestantismo ninguna libertad política.

Dirígese la vista al Norte de Europa, á los paises donde nació la reforma ó donde aun se mantiene, y por todas partes se verá la voluntad de un señor; la Suecia, la Prusia, la Sajonia permanecen aun hoy bajo la monarquía absoluta; la Dinamarca vino á ser un despotismo legal. El culto protestante no tuvo lugar en los paises republicanos; no pudo invadir á Génova y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una pequeña iglesia secreta que dejó pronto de existir: las artes y el bello sol del Mediodía le eran mortales. En Suiza no tuvo éxito mas que en los cantones aristocráticos, análogos á su naturaleza, y aun con una gran efusion de sangre. Los cantones populares ó democráticos, Schwitz, Ury y Undeswald, cuna de la libertad helvética, lo rechazaron. En Inglaterra no ha sido el vehículo de la constitucion, formada mucho antes del siglo XVI en el seno de la fe católica. Cuando la Gran Bretaña se separó de la córte de Roma, el Parlamento ya habia formulado sus leyes y depuesto soberanos; los tres poderes eran distintos; las contribuciones y el ejército, no se imponian sino de consentimiento de los Lores y de los Comunes; se habia organizado la monarquía y progresaba; el tiempo, la civilizacion, las luces crecientes, le hubieran añadido los resortes que le faltaban, lo mismo bajo la influencia del culto católico, como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de obtener una estension en sus libertades por el cambio de la religion de sus padres, que por el contrario, jamás el senado de Tiberio llegó á ser tan vil como el parlamento de Enrique VIII; este parlamento llegó hasta proclamar que la sola voluntad del tirano fundador de la Iglesia Anglicana tenia fuerza de ley. ¿La Inglaterra fue mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? La verdad es que el protestantismo no ha cambiado nada en las instituciones: allí donde ha encontrado una monarquía representativa ó repúblicas aristocráticas, como en Inglaterra y en Suiza las ha adoptado: allí donde ha encontrado gobiernos militares, como en el Norte de Europa, se ha acomodado á ellos, y los han hecho mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república popular de los Estados-Unidos, no han debido su emancipacion al protestantismo; no son las guerras religiosas las que las han libertado; se han sublevado contra le opresion de la madre patria protestante como ellos. El Margland, Estado católico y poco poblado hizo causa comun con los otros Estados, y en el dia la mayor parte de los Estados de Oeste son católicos; los progresos de esta comunion en este país de libertad cambian el dominio de cualquiera creencia, porque se rejuvenece allí en su elemento natural popular, mientras que las otras comuniones mueren en una indiferencia profunda. Finalmente, despues de esta gran república de las colonias inglesas protestantes, se fundaron las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas; pero tambien es cierto que estas, para llegar á la independencia, han tenido muchos mas obstáculos que superar, que las colonias anglo-americanas, educadas en el gobierno representativo, antes de haber roto el débil lazo que las unia al seno maternal.

Una sola república se ha formado con el auxilio del protestantismo, la república de Holanda; pero es preciso tener presente que la Holanda pertenecia á aquellos municipios industriales de los Paises-Bajos que, durante mas de cuatro siglos lucharon por sacudir el yugo de sus príncipes, y se administraron en forma de repúblicas municipales, y que todas eran celosas católicas. Felipe II y los príncipes de la casa de Austria, no pudieron ahogar en Bélgica este espíritu de independencia; y hoy dia mismo son los sacerdotes católicos los que contribuyen á sostenerla en el estado republicano.

Es preciso deducir de la íntima investigacion de los hechos, que el protestantismo no ha libertado á los pueblos: ha traido á los hombres la libertad filosófica, no la libertad política, porque la primera libertad no ha conquistado en ninguna parte la segunda, sino es en Francia, verdadera patria del catolicismo. ¿Cómo es que Alemania, muy filosófica por su naturaleza, y armada del protestantismo, no ha dado un paso hácia la libertad política en el siglo XIX, mientras que la Francia, muy poco filosófica por temperamento, y bajo el yugo del catolicismo, ha conquistado en el mismo siglo todas sus libertades?

Descartes, fundador de la duda razonada, autor del *Método* y de las Meditaciones, destructor del dogmatismo escolástico, Descartes, que sostenia que para llegar á la verdad era preciso deshacerse de todas las opiniones recibidas; Descartes, fue tolerado en Roma, pensionado por el cardenal Mazarino, y perseguido por los teólogos de Holanda.

El hombre de teoría desprecia soberanamente la práctica: juzgando desde la altura de su doctrina las cosas y los pueblos, meditando sobre las leyes generales de la sociedad, llevando el atrevimiento de sus observaciones hasta los misterios de la naturaleza divina, se siente y se cree independiente, porque no tiene mas que el cuerpo encadenado. Pensarlo todo y no hacer nada, es á la vez el carácter y la virtud del genio filosófico: este genio desea la dicha del género humano; el espectáculo de la libertad le encanta, pero poco le importa contemplarlo al través de las rejas de una prision como Sócrates. El protestantismo ha ayudado á las concepciones del espíritu; pero desgraciadamente las inteligencias que ha dado á la luz del dia hasta el presente, no han sido mas que unas bellas esclavas.

Ademas, la mayor parte de estas reflexiones sobre la religion reformada, no se deben aplicar sino al pasado; en el dia los protestantes, asi como los católicos, no son lo que han sido; los primeros han ganado en imaginacion, en poesía, en elocuencia, en razon, en libertad, en verdadera piedad, lo que los segundos han perdido. Las antipatías entre las diversas comuniones no existen; los hijos de Cristo,

de cualquiera línea que provengan, se han abrazado al pié del Calvario, tronco comun de la familia. Los desórdenes y la ambicion de la córte romana han cesado; no queda al Vaticano mas que la virtud de los primeros obispos, la proteccion de las artes, y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á reorganizar la unidad católica; con algunas concesiones de una y de otra parte, el convenio se hacia bien pronto. Vuelvo á decir lo que ya he dicho en esta obra; para un nuevo esplendor, el cristianismo no espera mas que un genio superior venido á su hora y en su lugar. La religion cristiana entra en una nueva era; como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera trasformacion; cesa de ser política; llega á ser filosófica sin dejar de ser divina, su círculo flexible se estiende con las luces y las libertades, mientras que la cruz presenta siempre su centro inmóvil.

ENRIQUE II.

(Desde el 1547 al 1559).

Los doce años del reinado de Enrique II, no fueron otra cosa mas que la escena que precedió á aquella sociedad nueva formada bajo los últimos Valois, y que no se parece ya á la sociedad iniciada bajo Luis XI, y acabada bajo Francisco I. Como acontecimientos son notables; la batalla de San Quintin, perdida por el mariscal Saint-André; el abandono del sitio de Metz, defendido por el duque de Guisa; la toma de Thionville y de Calais por este mismo príncipe, lo que dió fin á las conquistas de Eduardo III, y constituyó las fronteras militares de Francia y la liga, para la defensa de la libertad germánica entre Enrique II, el elector de Sajonia y el marqués de Brandebourg. La paz de Chateau-Cambrésis, obra del condestable de Montmorency, hizo perder á Enrique II las ventajas que volvia á adquirir sobre las armas españolas.

Los demás acontecimientos son: el casamiento de Juana de Albert, heredera de Navarra, con Antonio de Borbon, padre de Enrique IV; el matrimonio de María Estuardo con Francisco, Delfin; el advenimiento al trono de Inglaterra de María, la cual restableció un momento la religion católica, y dejó la corona á otra mujer, la famosa Isabel; y por último, la abdicacion y muerte de Cárlos V.

En el interior de la Francia, la persecucion contra los reformados se estendió y se regularizó por intervencion de la ley; el edicto de Ecouen los castigó de muerte con prohibicion de aminorar la pena. Enrique II hizo prender (1559) cinco consejeros del parlamento de París, acusados de fautores de herejía; entre estos consejeros se encontraban Luis Faure y Anne Dubourg, que osaron vituperar á Enrique sus adulterios, atacar los vicios de la córte de Roma, y anunciar que el poder de las llaves declinaba hácia su ruina. El tormento llamado *bautismo de fuego*, consistia en suspender al atormentado sobre una hoguera y bajarlo y subirlo diferentes veces sobre la llema: Enrique II y Diana de Poitiers asistieron al espectáculo de este suplicio como por pasatiempo. El almirante de Coligni empezaba á figurar, las tres facciones de Montmorency, de Chatillon y de Guisa, se iban organizando. Entonces, que el espíritu humano tenia un instrumento para multiplicar la palabra y difundir el pensamiento en las masas; cuando todo se penetraba de luz y de inteligencia, la monarquía, pronta á vencer las últimas prerogativas aristocráticas, se entregaba á todos los abusos, y á todos los vicios, posicion anticipada del poder absoluto.

FRANCISCO II.

(Desde el 1559 al 1560).

El reinado de Francisco II, de Cárlos IX, de Enrique III, y una parte del reinado de Enrique IV, hasta la rendicion de París, no forman mas que un solo drama, cuyas principales figuras son: en las mujeres: Catalina de Médidis, Margarita de Valois, María Estuardo, Juana de Albert, la duquesa de Nemours, madama de Montpensier, madama de Aumale, madama de Noirmontiers, Gabriela de Estrées, y algunas otras; en los hombres, entre los príncipes los prelados y los guerreros, los dos primeros Guisas Francisco de Guisa y el cardenal Lorraine; la segunda generacion de los Guisas, Enrique llamado el Acuchillado (*Balafré*), el cardenal de Guisa y el duque de Mayenne, el duque de Nemours, el condestable Anne de Montmorency, el almirante de Coligni, y los Chatillon; los príncipes de la familia real, Antonio rey de Navarra, su hijo Enrique de Bearn, y los dos príncipes de Condé; entre los magistrados, L'Hopital el primer Molé, Harlay, Brisson y de Thou.

En el segundo plano del cuadro, los personajes son: los hijos de honor de Catalina de Médicis, los donceles de Enrique III y de su hermano el duque de Alenson, los satélites de Guisa, Maugiron, Saint-Mesgrin, Joyense, D'Espernon, Bussy, los grandes asesinos de la jornada de S. Bartolomé, Maurevert, Besme, Coconas, Tomas, el perfumista de Catalina de Médicis, sin olvidar á Poltrot, Jacobo Clemente, y en fin Ravaillac, que cerró mas tarde la lista de estos asesinos.

No deben ser olvidados los sabios y literatos en esta escena, porque cada uno representó un papel segun la religion que profesaba: Juan de Bellay, cardenal, Melanchthon Beauvais, gobernador de Enrique IV; Juan Calvino, Cárlos Estévan, Estévan Jodelle, Cárlos Dumoulin, Enrique D'Oysel, Pedro Ramus, Tillet, Belleforest, Juan de Montluc, obispo de Valencia, Fibrac, Ronsard, Saint-Gelais Amyot, Bodin, Charron, Cujas, Fauchet, Garnier, Haillant, Lipse, de Mesme, Miron, Montaigne, Nicot, D'Ossat, Passeras, Piton, Scaliger, y de Serres. Entonces el Taso cantaba á la Italia las glorias de los antiguos caballeros, á que Cervantes iba á dar una especie de inmortalidad en España; Camoens cantaba nuevos descubrimientos en las regiones de Oriente; el genio de la edad media aparecia en la tierra con el Dante, y descendia á la tumba con Shakespeare; Tico Brahe, abandonando completamente el verdadero sistema del mundo desenvuelto por Copérnico, adquiria el título de restaurador de la astronomía en aquellas regiones de que los romanos no habian oido hablar mas que como de la patria desconocida de los bárbaros destructores de su Imperio.

En los tronos estranjeros los personajes dignos de nota eran Sisto V, Isabel y Felipe II. De los cuatro reyes que gobernaron la Francia en aquellas revueltas, Francisco II, Cárlos IX, Enrique III y Enrique IV, el primero no es célebre mas que por la belleza é infortunios de su viuda, aquella María Estuardo que trasmitió á su hijo un nombre funesto y una sangre de cadalso.

El gobierno bajo Francisco II cayó en manos de los tios maternos de este jóven monarca. Francisco de Guisa y el cardenal Larraine. El cardenal tenia relaciones íntimas con Catalina de Médicis: «Un amigo mio no hugonote, dijo l'Estoile, me ha contado que estando acostado con un ayuda de cámara del cardenal, en un aposento por donde se pasaba al de la reina madre, vió á eso de la media nohec

al dicho cardenal con el trage de dormir sobre sus espaldas, que pasaba para ir á ver á la reina: el amigo le dijo, que si llegaba alguna vez á hablar acerca de lo que habia visto, perderia la vida.»

El condestable de Montmorency y la duquesa de Valentinois vieron desaparecer su prestigio. Antonio de Borbon y el cardenal su hermano fueron enviados á España bajo el pretesto de conducir allí á Isabel de Francia á Felipe II. La conspiracion de Amboise contra los Guisa, estalló, siendo secretamente dirigida por el príncipe de Condé.

Se promulgó el edicto de Romorantin, por el cual los obispos quedaron investidos del conocimiento del crímen de herejía. L'Hopital fue desgraciadamente el autor de este edicto; pero no le redactó mas que para impedir el establecimiento de la Inquisicion.

Se verificó la convocacion de los estados de Orleans, á donde fueron citados el rey de Navarra y el príncipe de Condé; el príncipe de Condé fue arrestado como jefe de una conspiracion nueva, á consecuencia de lo cual fue juzgado y condenado á perder la cabeza, de cuya sentencia se libró por muerte de Francisco II (1559, 1560).

CARLOS IX.

(Desde el 1560 al 1574.)

Los estados de Orleans de 1560 quisieron separarse á la muerte del rey, diciendo que sus poderes habian concluido: pero fueron retenidos con arreglo al principio de que el rey muerto hace aparecer al rey vivo; es decir, que la autoridad real no perece. Hicieron la ordenanza sobre materias eclesiásticas, el reglamento de justicia y las sustituciones reducidas á dos grados. Las ordenanzas ó decretos de los estados ligaron tampoco la autoridad real, que Cárlos IX revocó por su declaracion de Chartres (1562) el artículo 1.° de la ordenanza de Orleans, que restablecia la pramática.

TERRORES DE CARLOS IX.

Catalina de Médicis, sin ser regente del reino bajo la minoría de Cárlos IX, gozó de una autoridad que se prolongó durante el reinado de este príncipe y el de Enrique III. Tantas veces se ha pintado el carácter de esta mujer, que no presenta mas que un lugar comun muy gastado: una cosa sola es de notar; Catalina era italiana, hija de una familia comerciante, elevada al principado en una república; estaba acostumbrada á las tormentas populares, á las facciones, á las intrigas, á los envenenamientos y á las puñaladas: no tenia ni podia haber formado juicio exacto de la aristocracia ni de la monarquía francesa. Le era desconocida aquella gravedad por parte de los grandes, aquel desprecio por parte de los pequeños, aquellas pretensiones del derecho divino, aquel amor del poder absoluto, en tanto que era el monopolio de una raza: no conocia, finalmente, las leyes francesas, y se cuidaba muy poco de conocerlas; queria que la corona pasase á su hija. Era incrédula y supersticiosa como los italianos de su tiempo; no tenia en su cualidad de incrédula aversion ninguna hácia los protestantes, y los hacia asesinar por política. En fin, si se la sigue en todos sus pasos, se puede observar que no vió en el vasto reino de que era soberana, mas que una Florencia engrandecida, los motines de su pequeña república, las sublevaciones de un barrio de su ciudad natal contra otro barrio, y las querellas de los Pazzi y de los Médicis en la lucha de los Guisas y de los Chatillones.

A esta época se refiere el triunvirato del duque de Guisa, del condestable de Montmorency y del mariscal Saint-André. El rey de Navarra dió su apoyo á este triunvirato. Celebróse la conferencia de Poissy, donde el cardenal Lorraine habló en defensa de los católicos, y Teodoro de Beza de los hugonotes. El príncipe de Condé fue absuelto de la conjuracion de

Amboise por decreto del Parlamento, á pesar de haber tomado en ello no pequeña parte. María Stuardo volvia á Escocia, llevando un secreto presentimiento de sus infortunios.

«Apenas acababa de nacer, dice Brantome, refiriéndose á esta princesa, cuando los ingleses acometieron la Escocia, y su madre, para ocultarla, tuvo que andar corriendo por todo el país... A pesar de eso no hubo mas remedio que esponerla á los vientos y tempestades del mar, emigrando á Francia para librarse de tanto riesgo..... Desde entonces puede decirse que principió á ser guiada por la buena fortuna. Pero esta duró muy poco. Habiendo quedado María Estuardo viuda de Francisco II, tuvo que regresar á un país medio salvaje, llevando grabada en el corazon la imágen del jóven esposo que acababa de perder. Vestida de luto no tenia mas consuelo que acompañar con el laud las endechas que su dolor le inspiraba: «Si adormecida en el lecho llego á gustar algun reposo, dispierto creyendo haber oido su voz, y creyendo que he sentido que su mano me tocaba. Para mí no hay distraccion: su imágen está continuamente á mi lado.»

Se embarcó esta señora en Calais en los primeros dias de setiembre de 1561, en la flor de la edad, y á la salida del puerto vió naufragar un buque. Apoyada en la popa de la galera, y con los ojos fijos en las riberas, prorumpió en lágrimas al ver que la tierra se alejaba. Así permaneció cinco horas enteras en esta actitud, repitiendo sin cesar: *¡Adios, Francia! ¡Adios Francia!* Así que llegó la noche: *Adios, Francia querida, que ya vas desapareciendo de mi vista*, repetia, *ya no te volveré á ver nunca.* Rehusó bajar á la cámara de la galera; estendió una alfombra en el castillo de popa, y se recostó sin tomar alimento alguno, mandando al timonero que la despertase al rayar el dia, si es que aun se percibian las costas de Francia. En efecto, la tierra permanecia visible al salir la aurora, y María Esturdo las saludó con estas últimas palabras: *¡Adios, Francia! No hay remedio: .Adios Francia! no pienso volver á verte nunca.* (Brantome). Otra desterrada, mas desgraciada aun, habrá tal vez podido pronunciar esas mismas palabras, al ir á demandar un asilo solitario en el palacio de María Estuardo.

Promulgóse el primer edicto en favor de los hugonotes, y el Parlamento rehusó desde luego tomar acta de él. Estalló la primera guerra civil á continuacion del asesinato de Vassy. El príncipe de Condé, declarado jefe de los protestantes, se apoderó de la ciudad de Orleans. Rouen cayó en poder de los hugonotes: Antonio, rey de Navarra, padre de Enrique IV, herido delante de esta plaza el 16 de octubre de 1562, murió por intemperancia de resultas de la herida: habia sido protestante y se hizo despues católico. Juana de Albret, su esposa, de católica se habia cambiado en hugonote *muy fuerte*, segun dice Brantome.

Dióse la batalla de Dreux, perdida por los hugonotes. Cayeron prisioneros los dos generales de ambos ejércitos, el príncipe de Condé, jefe del ejército protestante, y el condestable de Montmorency, jefe del católico. El mariscal de Saint-André fue muerto. El duque de Guisa decidió la victoria, y partió su lecho con el príncipe de Condé, su prisionero; este no pudo dormir, pero el duque de Guisa pasó la noche en un sueño (1562).

El duque de Guisa fue asesinado por Poltrot delante de Orleans. Es probable que el almirante Coligny tuviese noticia de los proyectos del asesino. Las últimas palabras de Guisa á Poltrot, bien conocidas de todos, no deben omitirse jamás; sin embargo es necesario repetirlas, para recordar á la vez la memoria de dos grandes hombres:

«Aprende á conocer la diferencia que hay entre tu religion y la mia: tú crees servir á Dios, cometiendo un asesinato; yo que soy la víctima, cumplo con mi religion, compadeciéndote é implorando tu perdon.»

Francisco de Guisa fue superior á su hijo Enrique aunque no haya sido llamado á representar tan brillante papel. Es preciso remontarse hasta los romanos para encontrar aquella herencia de gloria y de génio en una misma familia. Esta fue la época de mayor esplendor de la segunda aristocracia; al espirar despidió tanto brillo como la primera: era menos moral, pero mas civilizada y mas inteligente.

El 19 de marzo de 1563 ocurrió la primera paz entre los católicos y los hugonotes. Estos dieron los primeros el ejemplo de llamar á los estranjeros en su auxilio; ellos entregaron á los ingleses el Havre de Grace, que fue vuelto á tomar por Cárlos IX. Dióse en esta época fin al Concilio de Trento: sus decretos de policía y de reforma no han sido recibidos en Francia.

En 1564, por ordenanza espedida en el palacio de Roussillon, en el delfinado, se fijó el principio del año en 1.° de enero. El año principiaba anteriormente el sábado Santo despues de vísperas; lo cual, por la movilidad de semejante dia, producia aberraciones cronológicas. Habiendo nacido del cristianismo, la sociedad moderna, el año habia tomado de él su era; puede decirse que renacia con Cristo.

La historia de los monumentos y de las artes exige que se hable de los primeros trabajos de 1564 para la construccion del palacio de las Tullerías; elegante arquitectura perjudicada por las obras toscas con que ha sido aumentada.

En 1569 fue cuando tuvo lugar en Bayona la entrevista del rey y de Catalina de Médicis con Isabel de Francia, esposa de Felipe II y el duque de Alba. Se ha dicho que el asesinato de los jefes hugonotes fue aprobado en esta entrevista, despues de haber sido concebido en el concilio de Trento en 1563, por el cardenal Cárlos de Lorraine. La reina, levantando tropas despues del viaje de Bayona, alarmó á los protestantes de Francia y estranjeros, hizo nacer la segunda guerra civil, y comenzar las revueltas de los Paises-Bajos.

Apenas se echa de ver en aquellos tiempos el abandono del sitio de Malta por los turcos; de la misma manera que bajo Luis XIV no se hace atencion alguna del sitio de Candía, mas que por la muerte del héroe de la Fronda. Sin embargo, los infieles eran mas formidables que nunca, pero el espíritu de las cruzadas no existia. D'Aubusson, l'Isle-Adam y La-Vallette, representantes de la caballería, eran como aquellos reyes sin Estados, pero sin gloria, que sobreviven á su poder.

La primera ordenanza de Moulins reunió y asimiló los dominios poseidos por el rey á los dominios de la corona. Otra ordenanza de Moulins, para la reforma de la justicia, constituye aun hoy dia el fondo del derecho comun en el nuevo código (1566).

La asociacion de los *pobres*, para oponerse al establecimiento de la Inquisicion, sublevó los Paises-Bajos. El príncipe de Orange tuvo que huir; el año despues, el duque de Alba hizo cortar la cabeza al conde de Horn y al conde de Aigzemont.

La batalla de Saint-Denis señaló la segunda guerra civil. El condestable Anne de Montmorency mandaba el ejército real; el ejército protestante marchaba bajo las órdenes del príncipe de Condé y el almirante de Coligny. El condestable recibió ocho heridas, y rompió con el pomo de su espada los dientes á Jacobo Estuardo, que le tiró el último pistoletazo. Habia vivido durante cuatro distintos reinados, y tenia setenta y cuatro años de edad. Este condestable, hombre limitado, grosero y rígido, es el que constituye en parte la gloria nacional de los Montmorency. Esta casa era una ruina de la primera aristocracia

que seguia permaneciendo en medio de la segunda (1567).

Hé aquí una anécdota que pinta el carácter del hombre y los tiempos: el condestable, que no acostumbraba tratar con mucha descortesía á todo el mundo, estaba en Burdeos: Strozzi le pidió el permiso de despedazar un buque de trescientas toneladas, que decia estaba viejo, para que con él se calentaran los guardias del rey. El condestable dió su permiso; las autoridades municipales y los consejeros de la córte, reclamaron diciendo que el barco estaba bueno y podia aun servir.

«¿Y quién sois vosotros, badulaques, exclamó el condestable, que os atreveis á contradecirme? Quiere decir, que enviaré ahora mismo personas que despedacen el armazon de vuestras casas en lugar del buque.»

Brantome, en un trasporte de admiracion, esclama: «Al oir estas palabras, se asombraron aquellos buenos hombres y se ruborizaron grandemente. El navío fue deshecho en una sola tarde, y jamás obra alguna ha sido ejecutada con mayor diligencia por parte de los soldados y escuderos.»

¿A quién pertenecia el buque? ¿Al Estado ó á los particulares? Hé aquí las ideas que entonces se tenian de la propiedad pública ó particular y de la autoridad de las leyes y de los magistrados. En las palabras del condestable se percibe la mezcla de las dos épocas, la insolencia aristocrática y el despotismo monárquico.

Estableciόse la segunda paz de 1568, llamada la *paz pequeña*, seguida inmediatamente de la tercera guerra civil. Ocurrió la aventura y muerte trágica de don Cárlos y de Isabel de Francia. La reina Isabel hizo prender á María Estuardo refugiada en Inglaterra. El canciller, llamado L'Hopital se retiró de la córte.

Dióse la batalla de Jarnac, ganada el 13 de marzo de 1569 por el duque de Anjou, que despues fue Enrique III contra Luis I, príncipe de Condé, muerto despues del combate por Montesquieu. El almirante de Coligny y el príncipe de Béarn (Enrique IV) jefes declarados del partido infundieron aliento á los hugonotes.

Despues de esta batalla se dió la de Moncontour en 3 de noviembre del mismo año, y fue perdida por el almirante Coligny.

Celebróse por tercera vez la paz, en San German, durante el mes de agosto de 1570. En 1571, fue propuesto el casamiento de Enrique de Borbon, príncipe de Béarn, con Margarita, hermana de Cárlos X y de Enrique III.

Aquellas batallas de las guerras civiles religiosas, que hicieron tanto ruido, han desaparecido hoy entre las grandes batallas de la aristocracia bajo el feudalismo, casi todas perdidas contra los estranjeros, y las grandes batallas de la democracia durante la revolucion, casi todas ganadas sobre los estranjeros.

Desde la época de los Valois, no queda mas que una sola batalla, cuyo recuerdo sea europeo; y es la de Lepanto: allí se encontraron frente á frente las dos religiones, que, despues de nueve siglos, no habian pódido terminar sus disputas. La Grecia, esclava, vió por lo menos humillados sus tiranos, y pudo tener un presentimiento del único combate naval que debia dar en Navarino la libertad que habia en otro tiempo conquistado en Salamina.

El año de 1572 salió de las entrañas de los tiempos todo sangriento, guardó y no enjugó la sangre de su materno orígen. Juana de Albret, reina de Navarra, vino á París á casar á su hijo Enrique con Margarita de Valois. El almirante Coligny y los señores protestantes vinieron á la misma ciudad para asistir á aquellas bodas y conferenciar acerca de la guerra de los Paises-Bajos. La reina de Navarra murió, quizá envenenada. «Fue reina, que no tuvo de mujer mas que el sexo, su alma era enteramente varonil. Su espíritu estaba poderosamente inclinado á los negocios graves, y su corazon era invencible en las adversidades.» (D'Aubigné).

«El rey la llamaba su gran tia, su todo, su mejor amada... Por la noche al retirarse, dijo á la reina su madre riendo: ¿Y bien, señora, ¿qué os parece de esto? ¿Hice bien mi papel?» (L'Estoile).

Enrique, rey de Navarra, se casó con Margarita de Valois. «Despues que el rey hubo consumado la jornada de San Bartolomé, decia riendo y jurando, segun costumbre, y con palabras que el pudor obliga á callar, que su gruesa Margarita *(Margat)*, al casarse, habia cogido todos aquellos rebeldes hugonotes con el reclamo.» (L'Estoile).

Maurevert hirió al almirante de un tiro de arcabuz y ocurrió la matanza de los hugonotes el dia de San Bartolomé.

Coligny fue muerto el primero: «Berme, Hustefort y Hattain, encuentran al almirante en pie en el momento de morir; les amonesta tengan piedad de su vejez, pero aun sintiendo sus frios aceros en el cuerpo, prolongan por breves momentos la vida; abraza una ventana para no caer, y al fin cae, saciando los ojos de aquel hijo cuyo padre habia hecho morir.» (Tavanes).

La misma historia añade: «El rey de Navarra y el príncipe de Condé, son llevados ante el rey. Este les propone la misa ó la muerte, amenaza al príncipe de Condé con que no se podia fingir impunemente. La resolucion de matar solamente los jefes no tuvo efecto; muchas mujeres y niñas fueron muertas por la furia popular; el número de los asesinatos llegó á dos mil.

Tavannes quiso que la matanza no cayese mas que sobre los jefes de los hugonotes, y que se *ganase la batalla en Paris*, sosteniendo «que esta ejecucion debia ser limpia de todo motivo de reprension como verificada por la fuerza de las circunstancias que la habian hecho necesaria en el órden de los acontecimientos; que los niños, aquellos príncipes y mariscales de Francia (el rey de Navarra, el príncipe de Condé, los mariscales de Montmorency y de Damville), y personas de poco espíritu, no debian sufrir la misma suerte que los culpables.»

El mariscal de Retz sostenia lo contrario, diciendo: «que era preciso matarlos todos; que aquellos príncipes jóvenes educados en la religion, cruelmente ofendidos por la muerte de su tio y de sus amigos, se resentirian; que no se debia agraviar á medias; que en aquellas medidas estraordinarias era preciso considerar la necesidad; que habiéndose resuelto una vez ponerlas en ejecucion, era preciso no omitir nada que pudiese causar la ruina del objeto de paz á que se tendia; que si era justo en un jefe lo era en todos; puesto que de las partes en conjunto dependia el exito principal de la accion. Añadió que por lo tanto era preciso cortar las raices para que nada quedara; que si el proyecto no era justo, se desistiera de llevarlo á cabo y no se emprendiera nada; y que por último si se rompian las leyes debian violarse completamente para su seguridad, pues que el pecado tan grande era por poco como por mucho. La opinion del señor Tavanes, prevaleció como mas justa, y porque se creyó que la del mariscal de Retz se fundaba en la ambicion de los Estados que él queria para su provecho.»

Hé aquí la doctrina de los asesinatos terminantemente espuesta, la data no es de nuestros dias.

Despues de la matanza de la jornada de San Bartolomé (1), Cárlos IX «apareció completamente varia-

(1) No doy casi ningun detalle sobre los sucesos de esa jornada por la siguiente razon; Bonaparte habia hecho trans-

»do, y se decia que ya no se le veia en el semblante »aquella dulzura que se le acostumbraba á ver.» (Brantóme).

Aquella execrable jornada no produjo mas que mártires; dió á las ideas filosóficas una ventaja que no perdieron sobre las ideas religiosas, y haciendo á los católicos odiosos, aumentó la fuerza de los protestantes. En 1573 estalló la cuarta guerra civil por la sublevacion de la ciudad de Montanban. El senescal de Périgord, Andrés de Bourdeille escribia al duque de Alenson el 13 de marzo de 1574: «Si el rey, la reina y vos no providenciais acerca de las revueltas del Estado, de otro modo que lo habeis hecho en lo pasado, temo veros reducidos á una pequeñez como la mia.»

El duque de Anjou puso sitio á la Rochela. Celebróse la cuarta paz ventajosa á los hugonotes. El duque de Anjou (despues Enrique III) fué á tomar la corona de Polonia, y á contar á los bosques de la Lituania y á su médico Miron, los asesinatos cuyo recuerdo le impedia dormir: «Os he hecho venir aquí para daros cuenta de mis inquietudes y agitaciones de esta noche que han turbado mi reposo pensando en la ejecucion de la San Bartolomé.» Al dejar la Francia, el duque de Anjou habia sido mas perseguido por el recuerdo de sus crímenes que por el de sus amores, escribia con su sangre á María de Cleves, primera esposa de Enrique I, príncipe de Condé.

En el año de 1574 se formó el partido de los *políticos* ó sea de los centros, que por último prevalecieron, porque componiéndose de hombres razonables, como sucede en todas las revoluciones, contaban con la razon, que es una de las condiciones de la existencia social. Los *políticos* tenian por jefes al duque de Alenson y los Montmorency; la faccion mas débil, la de los hugonotes, se adhirió naturalmente á los *políticos*. Molé y Coconas fueron decapitados por intrigantes; el primero era amado de la reina Margarita, y el segundo de Enriqueta de Cleves, duquesa de Nevers.

Hacia dos años que Cárlos IX languidecia, y se felicitaba de no tener hijos por temor de que fuesen tan desgraciados como él. Habiendo sabido una sublevacion de príncipes: «¡A lo menos, dijo, si hubiesen esperado mi muerte! pero esto seria aborrecerme demasiado.» Murió en el castillo de Vincennes el 3 de mayo de 1574. Dos dias antes de espirar, los médicos habian hecho que se retirasen todas las personas de su cámara, «escepto tres, á saber: La Tour, Saint-Pris y su nodriza, que S. M. queria mucho aunque era hugonote.»

«Como ella se hallase reclinada en un cofre dormitando, y como hubiese sentido que el rey se quejaba, lloraba y suspiraba, se acercó suavemente á la cama, y separando el pabellon, el rey comenzó á decirla, dando un gran suspiro, y arrojando tantas lágrimas que los sollozos le embargaban la palabra: ¡Ah! ¡Mi nodriza, mi nodriza, cuánta sangre y cuántos asesinatos! ¡Ah! ¡*Por qué habré seguido un consejo tan malvado*! ¡Oh, Dios mio! Perdonádmelos si te place... ¿*Qué haré! Estoy perdido, bien lo veo.*» Entonces la nodriza le dijo: «¡Señor, los asesinatos caigan sobre aquellos que os los han hecho cometer! Y puesto que no prestásteis vuestro consentimiento, y estais ademas arrepentido, creed que Dios no os los imputará jamás, y los cubrirá con el manto de la justicia de su hijo, al cual debeis solamente pedir auxilio; pero por Dios, cese V. M. de llorar. Despues habiéndole dado un pañuelo; porque el suyo estaba mojado con las lágrimas; tan pronto como le tuvo en la mano, la hizo seña de que se marchase y le dejara reposar.»

Este rey que hacia fuego desde las ventanas de su palacio sobre sus súbditos hugonotes, se reprendia sus asesinatos, entregando su alma en medio de remordimientos, vomitando su sangre, vertiendo torrentes de lágrimas, abandonado de todo el mundo, y siendo solamente socorrido y consolado por una nodriza hugonote! ¿No habia alguna compasion para este monarca de veinte y tres años, nacido con disposiciones felices, con gusto para las letras y las artes, con un carácter naturalmente generoso, que una madre execrable se habia propuesto depravar por todos los abusos del desarreglo y del poder? Cárlos IX habia dicho á Ronsard, en versos cuya sencillez y elegancia el mismo Ronsard debia haber imitado; los dos llevamos igualmente coronas; pero yo como rey la he recibido; tú como poeta puedes darla. ¡Dichoso habria sido este príncipe si no hubiera recibido una corona manchada con su sangre y la de los franceses, adorno incómodo de la cabeza cuando tiene que reclinarse en la almohada de la muerte!

El cuerpo de Cárlos IX fué conducido sin pompa á Saint-Denis, acompañado por algunos arqueros de la guardia, por cuatro gentiles-hombres de cámara y por Brantome, narrador cínico que moldeaba los vicios de los grandes como se saca el retrato de la cara de los muertos.

ENRIQUE III.

(Desde el 1574 al 1589).

Tan pronto como Enrique III supo la muerte de su hermano, se evadió de Polonia como de una prision; se sustrajo de la corona de los Jagellons que encontraba muy ligera, y vino á abrumarse bajo el peso de la de San Luis. «Cuando tuvo puesta la corona en la cabeza (en su consagracion en Reins el 15 de febrero de 1574) dijo bastante alto, que le heria, y se resbaló por dos veces como si hubiera tratado de caerse.» (L'Estoile).

Le habian aconsejado á Enrique III en Viena y en Venecia concluir la paz con los hugonotes, y no escuchó el consejo; detestaba por igual á los protestantes y á los Guisas. Aquí dió principio el reinado de los favoritos (1574).

La primera generacion de los Guisas concluyó este mismo año con el cardenal Lorraine (26 de diciembre de 1574. «El dia de su muerte se levantó en Avignon, en París y en casi toda la Francia un viento tan impetuoso, que no habia memoria de otro igual. Los católicos adictos á Lorraine decian que la vehemencia del huracan era indicio de la cólera de Dios sobre la Francia, anuncio de lo que costaria la pérdida de tan bueno, tan grande y tan sabio prelado; y los hugonotes, por el contrario, que era la algazara de los diablos que se juntaban para venir á buscarles. Tambien decian que durante su enfermedad, cuando se trataba de hablarle de Dios, no tenia en la boca mas que palabras indecentes... Al oir el arzobispo de Reims, su sobrino, tal lenguaje, dijo, riendo: Yo no veo nada en mi tio que nos haga desesperar de su salud; pues que conserva aun todas sus palabras y acciones naturales.» (L'Estoile). Catalina le creyó ver despues de su muerte.

El duque de Alenson se puso á la cabeza de los descontentos, é Isabel les envió socorros. Lesdiguieres acaudilló los protestantes del Delfinado en

portar á París los archivos del Vaticano; inmenso y precioso tesoro que, bien registrado, podia cambiar en gran parte la historia moderna. De cualquiera manera que sea, algunas averiguaciones hechas en este depósito sobre la época de la de San Bartolomé, me han puesto en posesion de los despachos de Salviati, encargado entonces de los asuntos de la córte de Roma en París. Estos despachos, algunos de ellos en cifra, con la traduccion interlineada, son de grande interés. Quizá los publicaré algun dia, uniéndoles en forma de introduccion la historia completa de aquella jornada.

lugar de Montbrun, que habia sido cogido y decapitado. Este partidario tenia la costumbre de decir que la suerte de las armas hacia los hombres iguales (1575).

Enrique, rey de Navarra, se escapó de la córte, y vino á ser el jefe de los hugonotes, adjurando de la religion católica que habia abrazado por fuerza. Celebróse la quinta paz, ó sea el quinto edicto de pacificacion, que concedia á los protestantes el culto público de su religion. Les otorgaba en los ocho parlamentos del reino cámaras divididas por igual; legitimaban los hijos de los sacerdotes y de los monges casados, y rehabilitada por medio de una confusion injuriosa la memoria del almirante, de la Molé y de Coconas. Era una gran conquista de las opiniones nuevas sobre las antiguas, y un estraño pero natural resultado de la noche de San Bartolomé; este resultado no fue durable, porque la revolucion no habia descendido á las clases populares. El quinto edicto de pacificacion produjo una reaccion que fue la *liga*.

La idea de la liga habia sido concebida por el génio de los Guisas; el cardenal de Lorraine tambien la habia tenido en el concilio de Trento; la muerte de Francisco de Guisa habia sido causa de su abandono, pero fue posteriormente prohijada por el Acuchillado. Los caballeros de Picardía y los magistrados de Prona firmaron en 1576 una confederacion: es el primer documento oficial de la liga.

Los caballeros de Bearn, de Guienne, de Poitou, del Delfinado y de Borgoña, vinieron á ser los capitanes del ejército protestantes, asi como los caballeros de Picardía y otras provincias fueron los capitanes del ejército de los católicos. Enrique III, inspirado por su madre, que tomaba las revoluciones por intrigas, creyó descubrir los proyectos de los Guisas, declarándose jefe de la liga; se asoció á una faccion que le detestaba, y cuyos furores autorizó con su nombre.

Bajo la liga el pueblo no marchaba á la cabeza de sus negocios; dejábase conducir por los poderosos. No habia formado un gobierno á parte; habia tomado lo que existia; solamente se hacia servir por el Parlamento, y habia trasformado sus curas en tribunos. Cuando Mayenne lo juzgaba á propósito, mandaba ahorcar indistintamente á quien le parecia, fuese del pueblo ó fuese de los Diez y Seis, especie de comité de salud pública de aquel tiempo.

Ademas la liga, cualesquiera que sean sus crímenes, es lo cierto que salvó la religion católica en Francia, en el sentido de haber dado soldados y un jefe á antiguos principios y antiguas ideas que atacaban los principios y las ideas nuevas. El reinado se encontraba combatido por la liga, que queria cambiar la dinastía; y por los protestantes, que tendian á mudar la constitucion del Estado. Este doble asalto que debia arrollar la corona, la salvó, cuando Enrique IV, abandonando los protestantes, cuyo culto protegia, se reunió á los católicos á quienes dió un rey.

Promulgóse el sesto edicto de pacificacion menos favorable que el quinto (1577).

A este año se refiere la espedicion de don Sebastian á Africa. Este príncipe, que algunos aldeanos de Portugal quizá esperan todavía, pereció en un combate contra el rey de Marruecos. Camoens tendido en su lecho de muerte, alimentado apenas de las limosnas que un fiel esclavo iba á mendigar para él por las calles de Lisboa, esclamó al saber la suerte de su rey: «¡La pátria se ha perdido, pero á lo menos yo muero con ella!» Y el Tasso, casi tan desgraciado como Camoens, felicitaba en bellos versos á Vasco de Gama por haber sido cantado *por el noble genio cuyo vuelo habia escedido al de las naves que llegaron á encontrar las regiones de la aurora*.

Despues del gran navegante, del gran rey portugués y de los dos grandes poetas, ¡qué innobles y pequeños parecen aquellos favoritos y aquellos príncipes tan poco dignos de un elevado rango! Entonces fue cuando los duelistas Caylus, Maugiron y Livoret, se batieron contra D'Entrangues, Riberac y Schomberg; cuando Enrique III hacia levantar á Caylus, Maugiron y Saint-Mesgrin estátuas y tumbas que no tenian, don Sebastian en los desiertos de Africa; Gama en las riberas de la India, ni los cantores de la Jerusalen y de la Lusiada en las orillas del Tajo y del Tiber.

«Porque para celebrar la memoria de Caylus y Maugiron, á causa de las raras y detestables rufianerías y blasfemias que habian cometido, Enrique de Valois les hizo levantar soberbias estátuas de mármal blanco, puestas en una base, á cuyo alrededor habia muchas descripciones, como si fueran personajes generosos, cerca de lo que los del siglo sabian lo contrario; y los católicos estaban enojados porque denigraban la santidad del lugar (que era la iglesia de San Pedro en París) las efigies de tales libertinos y renegados de Dios. (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

El duque de Aleson, que llegó á ser duque de Anjou, llamado por los católicos de los Paises-Bajos, se mostró indigno de la soberanía que se le queria confiar: «*Príncipe*, decia el rey de Navarra, (despues Enrique IV) *que tiene tan poco valor, el corazon tan doble y tan maligno, y el cuerpo tan mal configurado.*» Margarita de Valois, que le habia amado mucho, declaraba, que *si la infidelidad fuese procripta de la tierra, él la podia volver á poblar* (1578).

La Orden del Espíritu Santo, creada en 1579, ó mas bien renovada de la Orden del mismo nombre ó de la llamada del *Buen Deseo*, instituida por Luis de Anjou, fue al principio bastante mal acogida. Enrique III, elegido rey de Polonia el dia de Pentecostés, y elevado á la corona de Francia en el aniversario de este mismo dia, instituyó su Orden en memoria de aquel doble advenimiento. Se ha dicho que esta Orden tenia un orígen mas misterioso, indicado en el enlazamiento de las cifras. Se decia que estas cifras designaban el nombre de los donceles del rey y Margarita su hermana. Segun Brantóme, la Orden no debia sostenerse, porque *habia ido á la cocina*, esto es por haberse dado á Combaut, primer jefe de la cocina de palacio. Las reflexiones que hemos hecho á propósito de la Orden de la *Jarretiere*, se aplican igualmente á la del Espíritu Santo. Las huellas de la sangre de Luis XVI se han borrado en el pavimento de París; las cenizas de Napoleon están escondidas (1) bajo la roca de una isla desierta, y la cinta de Enrique III ha reaparecido en aquel palacio de Catalina de Médicis, ante el cual cayó la cabeza del rey mártir, y donde reposó la del vencedor de la Europa, en fin, cubre todavía en el palacio de los Estuardos el seno del desterrado, que abdicando la corona (como lo he dicho en el prólogo de *los Estudios*), ha hecho abdicar verosímilmente con él todos aquellos reyes, grandes vasallos de pasado, bajo el dominio eminente de los Capetos.

Una ordenanza retrógrada, dada á consecuencia de los acuerdos presentados por los Estados de Blois de 1576, dispuso que los «plebeyos y no nobles que compraran feudos nobles, no serian por esto ennoblecidos ni puestos en la categoría de nobles.» La nobleza se apercibia de que sus filas se veian atacadas. Como acontece siempre en vísperas de grandes revoluciones, se queria resarcir por actos del poder lo que el tiempo habia quitado.

Portugal cayó en manos de Felipe II, despues de la muerte del cardenal Enrique, que habia sucedido á don Sebastian. Isabel, reina de Inglaterra, lisonjeó

(1) Cuando se escribia este Análisis histórico.

al duque de Anjou con la esperanza de casarse con él. Los Estados de Holanda quitaron la soberanía de los Paises-Bajos á Felipe II, y le confirieron al duque de Anjou. El condado de Joyense y la baronía de Espernon fueron erigidos en ducados-pariatos para dos favoritos de Enrique III, que gastó un millon doscientos mil escudos en las bodas del duque de Joyense, prometiéndole otros cuatrocientos mil mas. Los tributos, elevados á treinta y dos millones, escedieron en veintidos á los del último reinado (1580, 1581).

Se reformó el calendario gregoriano (1582).

El duque de Anjou, envidioso del príncipe de Orange, quiso apoderarse de Anveres: los franceses fueron rechazados por los paisanos, cuatrocientos hidalgos y mil doscientos soldados perecieron en este encuentro. Despreciado y abandonado, el príncipe francés se retiró á Tremonde. «Dos dias despues de este desastre, se habla de la muerte del conde de Saint-Aignan, bravo oficial y muy fiel á su servicio, quien se habia ahogado en esta ocasion: yo creo, decia el príncipe, que cualquiera que hubiese podido tener ocasion de contemplar en aquella hora á Saint-Aignan, le habria visto hacer un agradable visaje.» Esto lo decia porque el conde tenia la costumbre de hacer gestos. Asi eran pagados la sangre y los servicios. El duque de Anjou murió al año siguiente de edad de treinta años. Por esta muerte, el rey de Navarra venia á ser heredero de la corona, no teniendo hijos Enrique III.

El duque de Guisa aprovechó esta ocasion para poner en movimiento la liga, de que se declaró jefe; se trataba segun él, de separar del trono á un príncipe hereje: Guisa codiciaba esta corona, y no se atrevió á tomarla. El príncipe de Orange fue asesinado en Delft por Baltasar Gerard. Quisieron darse á Enrique III los Paises-Bajos, pero los rehusó; la Francia por un destino constante perdió esta vez la ocasion de estender sus fronteras hasta las riberas del Rhin (1584).

El cardenal de Borbon tomó en un manifiesto el título de primer príncipe de la sangre, y pidió que la corona se mantuviera en la rama católica; el papa y casi todos los príncipes de Europa apoyaron esta declaracion, que venia á continuacion de un tratado hecho con el rey de España para el sostenimiento de la liga. El rey permaneció pasivo en medio de aquellos desórdenes; la liga principió la guerra por su propia cuenta contra los hugonotes.

Sisto V, que recordaba los grandes pontífices de tiempos pasados, habia sucedido á Gregorio XIII; desaprobaba la liga y escomulgó al rey de Navarra á quien declaró indigno de suceder en la corona. Enrique IV apeló de semejante determinacion al Parlamento y al concilio general, é hizo fijar este llamamiento hasta en las puertas del Vaticano. Los Diez y Seis comenzaron á gobernar en París. Aquí principió la guerra de tres Enriques. Enrique III, Enrique, rey de Navarra, y Enrique, duque de Guisa (1585, 1586).

A María Estuardo, despues de diez y nueve años de cautividad, se le cortó la cabeza en el castillo de Fotheringay el 18 de febrero de 1587. Las coronas no eran inviolables. «La víspera de su muerte, despues de cenar, rogó á todos los de su servidumbre la encomendaran á Dios. A lo cual obedientes, se pusieron de rodillas mezclando sus lágrimas con su vino y bebiendo por su señora. El dia de la muerte mandó á una de sus camaristas vendarle los ojos con un pañuelo que ella espresamente habia dedicado á este efecto. Estando ya vendada, se arrodilló apoyándose en el tajo, creyendo que iba á ser ejecutada con una espada á la francesa; pero el verdugo, asistido de sus satélites, la hizo poner la cabeza en el tajo y la cortó con una azuela.» (Pasquier.) Cualesquiera que fuesen los años de Isabel y de María, es probable que una rivalidad de mujer y una superioridad de talento cortaran la vida á esta última.

Los Diez y Seis pensaron en apoderarse del rey y hacerle descender del trono. La Sorbona dió un decreto en el cual se decia que era ilícito quitar el gobierno al príncipe, que no se le juzgaba tal cual era necesario, como se quita *la administracion al tutor que se tiene por sospechoso*. ¿Las doctrinas de los tiempos de la antigua monarquía representaban mas la majestad de los reyes y el *derecho divino* que las doctrinas de la monarquía constitucional? Enrique III se consolaba recibiendo la órden de la Jarretiérre, y estableciendo los Fuldenses en París.

Enrique de Navarra ganó la batalla de Contras, donde el duque de Joyense fue muerto á sangre fria, como lo fueron Francisco de Guisa delante de Orleans, el príncipe de Condé en Jarnac, el mariscal de Saint-André en Dreux, y el condestable de Montmorency en Saint-Denis. El Bearnais en lugar de aprovecharse de la victoria volvió junto á Corisandre. Muchas veces este príncipe aventuró la corona por sus amores, y esto constituye sus debilidades, que unidas á su valentía y á sus infortunios le han hecho tan popular.

Enrique I, príncipe de Condé, murió envenenado en Saint-Jean-d'Angély; Carlota de la Trémuille, su esposa, acusada del envenenamiento, fue declarada inocente ocho años despues por decreto del Parlamento, contra la órden espresa de Enrique IV. La viuda de Condé, quedó en cinta y parió un hijo, á quien se dió el nombre de Enrique II, y fue abuelo del gran Condé. Esta raza heróica era como una llama siempre pronta á inflamarse; mas por último se estinguió.

Año de 1588, jornada de las barricadas.

Habiéndose los Diez y Seis concertado con el duque de Mayenne, en ausencia del duque de Guisa, que se mantenia apartado de París por temor de ser sorprendido por el rey, habian resuelto apoderarse de la Bastilla despues de haber muerto, si podian, al caballero de vigilancia, al primer presidente, al canciller, al procurador general, á los señores de Guesle y d'Espesses y algunos otros. Contaban asaltar el arsenal, por medio de un fundidor ganado por su partido, y que les abriria las puertas. Algunos comisarios y guardias municipales, fingiendo llevar por la noche prisioneros, estaban encargados de ocupar el grande y el pequeño *Chatelet*. Otro bando de conjurados debian estar prontos á apoderarse del Temple, de las Casas Consistoriales y del palacio de Justicia, á la hora en que habia costumbre de permitir la entrada al público. En cuanto al Louvre; debia ser sitiado y bloqueado á la vez por las calles confinantes; y por último se convino en que despues de degolladas las guardias; se arrestaria al rey.

En el consejo secreto donde se concertaba el plan de esta insurreccion de los de la liga, uno de los conjurados hizo presente que habia en París muchos ladrones, y seis ó siete mil obreros á quienes no se podia dar parte en la empresa; que estos una vez entregados al pillaje y aumentándose como una bola de nieve, harian abortar el plan. En vista de esta observacion que pareció justa, se adoptó la idea de levantar barricadas, las cuales consistian en estender cadenas á la entrada de las calles, y en colocar contra estas cadenas toneles llenos de tierra. Formadas las barricadas no se permitiria á ninguno atravesarlas sin pronunciar las palabras de órden, y sin manifestar una señal convenida. Solamente cuatro mil hombres tendrian la entrada en los atrincheramientos para ir al Louvre á atacar á los guardias del rey, y á los puestos donde se encontrasen las fuerzas militares. Despues de haber degollado á la nobleza alojada en diversos cuarteles de la ciudad con los *políticos* y los *sospechosos* se gritaria: *¡Viva la misa!* Todos los buenos católicos tomarian las armas, y el mismo dia las ciudades de la liga imitarian á París. Al punto que fuesen señores de Enrique, se quitaria la vida á los miembros del consejo, dando otros ministros al rey, cuya persona se respetaria, con la condicion de que no se mezclase en adelante en ningun asunto.

Advertido Enrique III de aquellos proyectos no los queria creer, engañado por Villequier, que continuamente le repetia que el pueblo le amaba demasiado para emprender nada contra su persona. La Bruére, La Chapelle, Rolland, Le Clerc, Cruce y Compan, principales jefes de los Diez y Seis, se reunieron de nuevo en la casa de Santeuil, cerca de San Gervasio. Nicolás Paulain, que lo contaba todo al rey se encontraba allí tambien; se leyó una carta del duque de Guisa que prometia maravillas. La Chapelle desplegó un gran mapa de papel grueso, en donde París y sus arrabales estaban figurados; los diez y seis cuarteles de la capital fueron reducidos á cinco que cada uno tuvo por jefe un coronel y un capitan. Hecho el nombramiento, se encontró que podian ofrecerse al duque de Guisa treinta mil hombres bien armados.

El acuchillado (Balafré) envió por su parte capitanes esperimentados, que se ocultaron en París; la puerta de Saint-Denis de que él tenia las llaves debia ser franqueada al de Aumale, que se introduciria en la capital la noche del domingo de Cuasimodo con cincuenta caballeros; el duque d'Espernon hacia por el rey la ronda militar, desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana; dos de entre su gente vendidos á los de la liga, estaban encargados de desembarazarse de él.

Incrédulo como la debilidad que teme obrar, Enrique hubiera podido veinte veces prender á Le Clerc y sus cómplices en los conciliábulos que le indicaba Nicolás Paulin; pero habia llegado á sospechar de que este fiel servidor estaba adherido al partido de los hugonotes, é interesado en aumentar el mal: la pusilanimidad mira con aborrecimiento al que le demuestra el peligro.

El rey no encontró cosa mejor que hacer, en medio de aquellos peligros, que ir pacificamente á San German, llevar el duque de Espernon, y no volver hasta ocho horas despues. Madama de Montpensier advirtió á los Diez y Seis que la mina estaba descubierta, y que ella habia rogado á Enrique III recibiese al duque de Guisa, su hermano, que vendria solo á justificarse cerca de su majestad de los proyectos de que se le acusaba *injustamente*. Enrique impidió al duque de Guisa, la entrada en París; la órden fue mal dada ó mal ejecutada; no se encontraron algunos escudos en el tesoro para hacer partir un correo. Al través de aquellas mil conjuraciones, madama de Montpensier habia notado que el rey se iba á pasear casi sin escolta á los bosques de Vicennes; inmediatamente concibió el proyecto de arrebatar al rey, de echar la culpa de este rapto á los hugonotes, y proceder á la matanza de los *políticos*. El golpe faltó como siempre por las revelaciones de Poulain. El duque de Guisa vino á París á pesar de la prohibicion régia, confiando como era natural en Catalina de Médicis que le prometia ordenarlo todo en su provecho. La reina madre, no acordándose mucho de su hijo, queria volver á tomar el Imperio enredando los negocios y los intereses.

La entrada del Acuchillado en Paris, fue un triunfo; el tropel se precipitó á su paso, gritando: *¡Viva Guisa! ¡Viva el pilar de la iglesia!*, besando sus vestidos, y haciéndoles tocar los rosarios como si fuera un santo. De todas las ventanas las mujeres le arrojaban ramos y flores. Luis de l'Hopital Vitry, desde una tienda de la calle de Saint-Honore se puso de manifiesto, esclamando: «Buen príncipe, puesto que estais aquí, todos nos hemos salvado.» El jefe de la liga se apeó en el palacio llamado de Soisson, esto es, en casa de la reina madre, Catalina se vió confusa al principio; pero reponiéndose, condujo á su huésped ante el rey. Iba en su coche, y el duque marchaba á pie cerca de ella. Cuando llegaron al Louvre encontraron la guardia doblada, los suizos ordenados en hilera, los arqueros en las salas, y los gentiles hombres en las cámaras. En este momento Enrique III deliberaba si haria caer la cabeza de su enemigo á sus pies, Un corso, llamado Alfonso Ornano, habia sido llamado y propuesto para ejecutor de las altas obras del rey. El duque de Guisa entró con Catalina en el gabinete del monarca, quien le echó en cara haber violado sus órdenes. El duque balbuceó algunas escusas, aprovechó un momento de vacilacion de Enrique, y se retiró sin ser arrestado. Otra entrevista tuvo lugar en el palacio de Soissons, pero entonces Guisa estaba guardado por el pueblo.

Sin embargo, el rey hizo entrar el jueves 4 de mayo cuatro mil suizos en París. El pueblo los vió desfilar en silencio, y parecia bastante tranquilo, cuando un *fanfarron de corazon*, segun dice Pasquier, creyendo asegurada la victoria, dijo en alta voz: *que no habia mujer de bien que pudiera darse por satisfecha de la discrecion de un suizo*. Estas palabras pronunciadas en el puente de San Miguel produjeron una esplosion como la chispa que cae sobre la pólvora. En un momento se desempedraron las calles, las piedras se llevaron á las ventanas, se tendieron las cadenas, reforzándolas con muebles, planchas, vigas y toneles llenos de tierra. Se tocó á rebato, las tropas reales abandonadas y sin órden se encerraron en los atrincheramientos, y las últimas barricadas llegaron á ponerse hasta en los postigos del Louvre.

El duque de Guisa no apareció durante las primeras horas: retirado en su palacio se ocupaba de los medios de retirada. Cuando supo todo el suceso de la insurreccion, se presentó en póblico; entonces resonó el grito de ¡Viva Guisa y *él, quitando su gran sombrero*, decia: *mis amigos, ¡basta, ¡basta! ¡señores, esto es demasiado! gratitud ¡viva el rey!* El puesto de los suizos, en el Mercado Nuevo, atacado con piedras y arcabuces, tuvo sobre unos treinta muertos ó heridos. Estos estranjeros, cuya suerte era hacer tan triste papel en las revueltas domésticas de Francia, no se defendieron; tendieron sus manos al tropel, enseñando sus rosarios y esclamando: *¡Buenos católicos!* como hubieran dicho en las últimas barricadas. *¡Buenos liberales!* El duque de Guisa los libertó, y permitió retirarse á los soldados del rey, haciendo abrir las barreras que se cerraban detrás de ellos. Las negociaciones comenzadas por Catalina no concluyeron nada. Los predicadores declararon *que era preciso apresar al hermano Enrique de Valois en su Louvre*. Setecientos ú ochocientos estudiantes y tres ó cuatrocientos frailes se proponian asaltar el palacio por el lado de París, mientras que unos quince mil hombres amenazaban envestir por el lado de la campiña. El rey, no teniendo un momento que perder, salió á pie con un bastoncito en la mano. Cuando llegó á las Tullerías, donde estaban las caballerizas, «montó á caballo con »los de su acompañamiento, que tuvieron proporcion »de hacerlo; Dubalde le calzó, y poniéndole la espuela »al reves:» *«Es igual*, dijo el rey, *no voy á ver á mi querida...»* Estando á caballo, se volvió hácia la ciudad, y juró no entrar en ella mas que por una brecha. No volvió á ver á París sino desde las alturas de Saint-Clound, ni entró ya nunca mas en su recinto.

Un pastor que llegó á ser papa, estaba en aquella

época haciendo recomposiciones en San Juan de Letran, y reedificaba el grande obelisco de los Faraones; sus correos le anunciaron que el duque de Guisa habia entrado en Paris casi solo, y esclamó: *¡Oh imprudente!* No tardó en saber que Enrique habia dejado escapar su presa, y entonces dijo: *¡Oh pobre hombre!* Enrique se detuvo en Chartres, donde recibió una diputacion de penitentes. «A la cabeza aparecia un hombre de grande, sucia y mugrienta barba, cubierto con un cilicio, y por encima un tahalí del que pendia un sable corvo. Con una trompeta vieja y mohosa despedia de cuando en cuando sonidos ásperos y discordantes. . . . . .

«. . . . . .

despues de ellos venia el hermano Angel de Joyense . . . . . .

Representaba este al Salvador subiendo al Calvario. Se habia dejado atar y pintar en su cara gotas de sangre, que al parecer corrian de su cabeza coronada de espinas, y parecia que no arrastraba sino con trabajo una cruz de carton pintada, dejándose caer por intervalos, y dando gemidos lamentables.»

La historia de nuestra época viviente ha disminuido las proporciones de aquellos hechos de la historia muerta, tan famosos como en otro tiempo. ¿Qué es en efecto la jornada de las barricadas, qué es la de San Bartolomé misma en comparacion de las grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 10 de agosto de 1792, de la matanza del 2, del 3 y del 4 de setiembre del mismo año; del asesinato de Luis XVI, de su hermana y de su mujer; y en fin de todo el reinado del terror? Y cuando yo me ocupaba de aquellas barricadas que echaron un rey de París, otras barricadas hacian desaparecer en algunas horas tres generaciones de reyes. La historia no espera al historiador, él traza una línea, ella abarca un mundo.

La jornada de las barricadas no produjo nada, porque no fue el movimiento del pueblo buscando su libertad; la independencia política no era todavía una necesidad comun. El duque de Guisa no ensayó una subversion por el bien de muchos; solamente codiciaba una corona. Despreciaba los parisienses, aunque los acariciaba, y no se atrevia á fiarse de ellos. Tampoco se movia en el círculo de las ideas nuevas, que su familia esparcia folletos que le hacian descender de Lother, duque de Lorena, y de los cuales resultaba que la raza de los Capetos no tenia otro derecho que la usurpacion, y que los Lorrains eran los legítimos herederos del trono, como últimos vástagos de la línea carlovingia. Esta fábula llegaba un poco tarde. Los Guisas representaban lo pasado. Luchaban en un interés personal contra los hugonotes revolucionarios de la época que representaban el porvenir, porque no se hace ninguna revolucion con lo pasado.

Los pueblos por su parte no miraban al duque de Guisa mas que como el jefe de una santa liga, para librarlos de los decretos bursátiles de los favoritos y de los reformados; no estendia la vista mas allá. El duque de Guisa les parecia de una naturaleza superior á la suya, un hombre hecho para ser su señor en lugar de su tirano. Si la Sorbona, si los curas, si los frailes predicaban la desobediencia á Enrique III y á los príncipes de la tiranía, consiste en que la Iglesia Romana no habia admitido nunca el poder absoluto de los reyes. Habia sostenido siempre que se les podia deponer en ciertos casos y por ciertas prevaricaciones: asi todo se hacia sin una de estas convicciones de doctrina política, sin esta fe á la independencia que todo lo trastorna; habia materia de revolucion, no habia materia de trasformacion, porque nada habia bastante consolidado, nada bastante destruido. El instinto de libertad no se habia aun cambiado en razon; los elementos de un órden social fermentaban todavía en las tinieblas del caos; la creacion comenzaba, pero la luz no estaba hecha.

La misma insuficiencia podia notarse por parte de los hombres. No eran bastante completos ni en defectos, ni en cualidades, ni en vicios, ni en virtudes, para producir un cambio radical en el Estado. En la jornada de las barricadas, tanto Enrique de Valois como Enrique de Guisa, fueron inferiores á su verdadera posicion; el uno se manifestó falto de corazon y el otro de crímen. La partida fue remitida á la decision de los Estados de Blois.

Profundamente disimulado como los espíritus de poco alcance, el Acuchillado se valia con el papa, con el rey de España, con el duque de Lorena y con el cardenal de Borbon, de un lenguaje diferente apropiado á cada uno. Ocultaba bien sus designios; y cuando todo estaba á punto de ponerse en accion contemporizaba y no se podia resolver á dar el último paso. Mas orgullo que audacia, mas presuncion que génio, mas desprecio para el rey que ardor para el reino; hé aquí lo que aparecia en la conducta del duque de Guisa. Intrigaba á caballo como Catalina en su lecho. Libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no sacaba del trato con las mujeres mas que un cuerpo debilitado y pasiones mezquinas. El tenia toda una religion y toda una nacion, detrás de sí, y los puñales dieron fin á una tragedia que debió concluir por batallas, por la caida de un trono y por el cambio de una raza.

La jornada de las barricadas, tan infructuosa, le granjeó, sin embargo, grande honor en su partido. «Pero, ¿qué milagros hemos visto hace diez y ocho meses con la ayuda de Dios? ¿Quién es el que puede hablar de la jornada de las barricadas sin grande admiracion, viendo á un gran pueblo que jamás habia salido de las puertas de su ciudad para llevar las armas, que tenia á la entrada de sus tiemdas los escuadrones reales, todo armado, dirigirse por todas las grandes plazas de la ciudad, hacer barricadas con tanta diligencia, que todos los escuadrones sin grande efusion de sangre, fueron rechazados hasta el Louvre?» (*Oracion fúnebre del duque y cardenal de Guisa*).

Catalina que, sin respetar la ley sálica, queria que recayese la corona en su hija casada con el duque de Lorena, aceleró en Rouen (11 de julio de 1588) el edicto de la union. Este edicto restablecia la paz acordando inmensas ventajas á la liga, amontonando honores y cargos en el duque de Guisa, y escluyendo á todo príncipe no católico de la corona: el rey lo firmó llorando. En aquella misma época Felipe II de España perdia su invencible *armada*, asi como Enrique III de Francia perdia su honor. Pero los sucesos hicieron ver que por parte de Enrique, entraba en aquel abandono de toda dignidad menos cobardía que venganza. Los Estados debian reunirse en Blois durante el mes de octubre para sancionar el edicto de la cesion. Guisa y Enrique meditaban, cada uno en su interior, terminar allí su contienda.

El rey al principio se puso en actitud de obrar, despidiendo á sus ministros Belliére, Cheverny, Villeroy, Pinart y Brular; nombró en su lugar á Montholon, Ruzé y Revol. Se hizo poco aprecio de este cambio que no dejaba en el consejo ningun hombre capaz por su posicion ó su esperiencia de oponerse á los designios de su señor. La reina madre llegó enforma al castillo de Blois, con su hijo. Los Estados se abrieron el 16 de octubre (1588). «*Una vez dentro los diputados y la puerta cerrada, el duque de Guisa sentado en su silla, vestido con trage de raso blanco, la capa terciada; taladrando con sus ojos todo el espesor de la asamblea para reconocer y distinguir sus servidores, y con el solo ímpetu de su mirada fortificarlos en la esperanza de adelanto en*

»sus designios, de su fortuna y de su grandeza, y de»cirles sin hablar, yo os veo, se levantó y despues »de haber hecho una reverencia, seguido de doscien»tos caballeros y capitanes de guardias, fué á buscar »al rey, que entró lleno de magestad, llevando su »grande órden al cuello.» (Mathieu.)

«La arenga del rey, pronunciada con grande elo»cuencia y magestad, no fue nada agradable á los de »la Liga; el duque de Guisa mudó el color y perdió »la serenidad, y todavía mas el cardenal que instigó »al clero á ir en queja ante su magestad.» El rey se vió obligado á hacer mudanzas en su discurso antes de darle al público. Cuando le corregia sobrevino una tormenta tan negra, que fue preciso recurrir á la luz artificial; sobre lo cual «se dijo que Enrique acababa de hacer su testamento y el de la Francia, y que esta se habia alumbrado de antorchas fúnebres para ver al rey dar el último suspiro.»

Los diputados de las tres Ordenes eran casi todos del partido de Guisa. Enrique en las cartas que dirigió á los soberanos estranjeros para justificarse del asesinato de dos hermanos, aseguraba: «que en la asamblea de los tres Estados no se habian economizado los medios para evitar que muchos falseasen en las provincias las elecciones, con objeto de quitar toda autoridad y obediencia á su magestad, y hacerle odioso á sus súbditos.»

Hé aquí cuál era el plan de Guisa: ofrecer al rey su dimision de lugar-teniente general del reino; pedir retirarse á fin de obtener de los Estados la espada de condestable; entonces, de todas las fuerzas del reino, disponer á Valois y encerrarle en un convento. El cardenal de Guisa juraba que no moriria «antes de »haber puesto y tenido entre sus piernas la cabeza »de aquel tirano para hacerle la corona con la punta »de un puñal. Este era un propósito de familia. Madama de Montpensier, llevaba suspendidas á su lado unas tijeras de oro *para hacer* decia, *la corona monacal á Enrique, cuando fuese confinado á un claustro*. Esta mujer no perdonó nunca á Enrique III favores ofrecidos y desdeñados, ó algunas palabras escapadas á este monarca sobre volubilidades secretas. Estos pequeños detalles serian poco dignos de la gravedad de los fastos de la especie humana, si en Francia la historia del amor propio no estuviese tantas veces enlazada con la de los crímenes (1).

Todas las baterías estaban dirigidas para romper el cetro en las manos de Enrique de Navarra, heredero legítimo, pero protestante. El duque de Guisa hacia poco caso del Bearnés; por un recuerdo de la juventud y de la humilde condicion en que le habia visto. «La víspera de Todos Santos (1572), dice Estoile, el rey de Navarra jugó con el duque de Guisa á la pelota, y se hacia tan poco caso de aquel pequeño reyezuelo prisionero que se le acosaba con palabras y pullas, como se hubiera hecho con un simple paje ó lacayo de córte, lo cual ofendia en cierta manera á muchos hombres honrados que los veian jugar.»

Resta saber si los Estados habrian adjudicado la corona al duque de Guisa. La reina madre la queria hacer pasar á la rama vieja de Lorena; el viejo cardenal de Borbon revindicaba pretendidos derechos, y Felipe II mezclaba sus intrigas, y sus armas á todas aquellas pretensiones, y á todas aquellas discordias.

De cualquiera manera que sea, Enrique III, acosado, se preparó para la venganza, que conducia con tan profundo disimulo, y al parecer ageno de un alma tan enervada y envilecida.

Comenzó por habituar al cardenal de Guisa á venir frecuentemente al palacio, bajo el pretesto de hablarle del mariscal de Matignon. El rey adulaba doblemente las pasiones del cardenal, dirigiéndose á él para modificar los Estados, y dejándole la esperanza de obtener la plaza que ambicionaba.

Enrique fingió despues un acrecentamiento de fervor. Hizo construir sobre su cámara celdas pequeñas á fin de hospedar en ellas algunos capuchinos, resuelto como estaba, decia, á dejar el mundo y entregarse á la soledad. «En un tiempo en que se tra»taba de su vida y de su corona, parecia á la vista »casi privado de movimiento y de sentidos. Escribia con su propia mano una memoria, «para enviar frontales de altar y otros ornamentos de iglesia á los Capuchinos.» El duque de Guisa fue de tal modo engañado con aquellas señales de una imbécil debilidad, que no queria creer en ningun proyecto del rey. *Es demasiado poltron*, decia á la princesa de Lorena; no *se atreverá*, decia á la reina madre, que parecia advertirle, aconsejándole tal vez su muerte.

Enrique arregló de antemano todo lo que habia de hacer la semana de Natividad, semana que habia fijado para la catástrofe, anunciando para el viernes una peregrinacion á Nuestra Señora de Clery. Los mas celosos servidores de este príncipe, viéndole dedicarse á estos cuidados, desesperaban de su seguridad. De la misma manera que el duque de Guisa recibia contínuas manifestaciones de los designios del rey, Enrique no cesaba de ser advertido de las maquinaciones del duque de Guisa: el duque de Espernon le remitia los detalles en sus cartas, y, lo que habia de mas estraño, el duque de Mayenne y el duque de Aumale entraban en el número de los denunciadores: el uno despachó á Blois un gentil-hombre, y el segundo á su esposa para instruir al rey de todo. No se puede dudar de este hecho, puesto que Enrique III lo refiere en su declaracion pública del mes de febrero de 1589, contra el duque de Mayenne. Afirma que este duque le habia dicho que, si no venia él mismo á revelar el crímen proyectado de su hermano, era porque estando en Lyon temia no podia llegar bastante presto; este hecho está tambien confirmado con el duque de Nevers en su *Tratado de la toma de las armas*. Y sin embargo, á pesar de la declaracion de Enrique III, la liga, á falta de otro mas á propósito, puso á Mayenne á la cabeza. Este mismo Mayenne habia rehusado entrar en maquinaciones contra la vida del rey, particularmente en la que habia de ser ejecutada el dia de los funerales de la reina de Escocia, y una vez habia querido batirse contra su hermano el duque de Guisa.

En cuanto á la duquesa de Aumale estaba empeñada desde el nacimiento de la liga, en advertir al rey de todo lo que se tramaba contra él. Desgraciadamente Villequier, que hacia traicion á Enrique III, habia sorprendido muchas veces sus conferencias. Esta mujer el 10 de noviembre de 1588, escribió á la reina madre; Catalina envió á buscar á su hijo, á quien mandó ir á ver á Miron, su médico, para tomar sus órdenes. «Decid al rey, que le ruego baje á mi gabinete, porque tengo que decirle cosas que importan á su vida, á su honor, y á su Estado.» El rey bajó acompañado de uno de los familiares y de Miron: Catalina y su hijo se retiraron al alfeizar de una ventana. Cuando el rey salió, los dos testigos que estaban aparte en el otro estremo del gabinete oyeron pronunciar á la reina madre estas palabras. «Monseñor mi hijo, es preciso despachar, es demasiado esperar; dad buenas órdenes para que no seais engañado como lo fuísteis en las barricadas de París.» Otros han creido que Catalina ignoró el proyecto de Enrique, y que se hubiera opuesto á él por

(1) Las burlas de Enrique III podian tambien tener por objeto alguna imperfeccion visible. Cuando madama de Montpensier supo el asesinato de este príncipe, dijo: «*¡Y bien! ¿qué os parece? ¿mi cabeza no está bien ahora? Me dicen que no bamboleo como bamboleaba antes.*» ¿No se podrá deducir de las palabras de madama de Montpensier que hacia alusion á alguna burla de Enrique III?

el sistema de contrapeso que empleaba para conservar su autoridad en medio de las facciones, pero es preciso preferir á esta version el testimonio de un testimonio auricular (Miron).

Se notó que el duque, que habia tenido conocimiento de la conferencia, se paseó mas de dos horas á paso agitado dando señales de impaciencia, en medio de los *pages* y de los *lacayos* en el terrado de la torre del castillo, llamado *Pertiga de Breton*.

Este castillo estaba unido á la ciudad por un camino practicado en la roca, y era un vasto edificio donde estaba impresa la mano de varios siglos, desde las obras feudales de los Chatillon y la torre del castillo Renaud, hasta las obras medio griegas y medio góticas de Luis XII, de Francisco I y de sus sucesores; allí fue donde tuvo lugar una de las catástrofes mas trágicas de la historia.

Tres dias antes, el Acuchillado habia invitado á cenar al cardenal su hermano, arzobispo de Lyon, al presidente de Neuilly, Chapelle-Marteau, prevoste de los comerciantes de Paris y á Mendreville, todos de su faccion. El duque, por uno de aquellos presentimientos vagos que advierten el peligro, tenia alguna intencion de hacer un viaje á Orleans; dijo á sus convidados, que se le advertia de una empresa del rey acerca de su persona, y les pedia consejo.

El arzobispo de Lyon habló con energía contra todo proyecto de retirada; era en su concepto malograr una ocasion que no se volveria á encontrar jamás, despues de haber tenido la suerte de convocar los Estados y de ver reunidos tantos miembros de la Santa Union. Sostuvo que el duque de Guisa disponia del tercer Estado, del clero y de mas de la tercera parte de los miembros de la nobleza. El presidente de Neuille estaba todo alarmado. Chapelle-Marteau decia que no habia nada que temer; pero Mendreville declaró, jurando, que el arzobispo de Lyon hablaba del rey como de un príncipe sensato y bien aconsejado, pero que este en realidad era un loco y que obraria como tal; que no tenia ni discernimiento ni prevision; que si habia concebido algun proyecto lo ejecutaria bien ó mal. Asi que era preciso presentarse fuertes ante él ó de otra manera no habria ninguna seguridad.

El duque de Guisa comprendió que Mendreville tenia mas razon que los demás; pero añadió: «Mis negocios han llegado á tal término que aun viendo entrar la muerte por la ventana, no trataré de salir por la puerta para huir de ella.»

El rey por su parte habia reunido su consejo, compuesto de los señores Rieux, Alfonso Ornano, y los secretarios de Estado. «Hace tiempo, les dijo, que estoy bajo la tutela de los señores de Guisa. He tenido mil motivos para desconfiar de ellos, pero no los he tenido tan grandes como desde la apertura de los Estados. Estoy resuelto á tomar razones de tales motivos, pero no para proceder por la via ordinaria de justicia; porque Mr. de Guisa tiene tanto poder en aquel lugar que si yo hiciera que le formasen proceso, él mismo le formaria á los jueces. Estoy resuelto á hacerlo matar en mi misma cámara; ya es tiempo de que yo sea solo el rey: el que tiene compañero tiene señor.» (Pasquier).

Habiendo cesado de hablar el rey, uno ó dos miembros del consejo propusieron la prision legal y el proceso en forma; todos los demás fueron de opinion contraria, sosteniendo que en materia de crímen de lesa magestad el castigo debía preceder al juicio.

El rey confirmó esta opinion: «Poner al de *Guisa* en prision, dijo, equivaldria á poner en las redes un jabalí que fuese mas poderoso que nuestras cuerdas.» (L'Estoile.)

Se deliberó sobre el dia en que se habia de dar el golpe, y el rey declaró que haria matar al duque de Guisa en la cena que el arzobispo de Lyon le debia dar el domingo antes de Santo Tomás. Despues fue demorado el dia de la ejecucion hasta el miércoles siguiente, dia mismo de Santo Tomás, y en fin se señaló el dia 23 antevíspera de Natividad.

El 22 el duque de Guisa, se ponia á la mesa para comer, y encontró bajo su servilleta un billete concebido en estos términos: «*Estad prevenido; se trata de jugaros una mala partida.*» Escribió por debajo con lápiz: *ninguno se atreverá*, y tiró el billete bajo la mesa. El mismo dia, el duque de Elbeuf le dijo que al dia siguiente se atentaria contra su vida.» «*Veo bien, primo mio*, respondió el Acuchillado que *habeis mirado vuestro almanaque, porque todos los de este año están llenos de tales amenazas,*» (L'Estoile).

El rey habia anunciado que iria el dia 23 al Canal casa de campo á la extremidad de una alameda en la márgen del bosque de Blois, á fin de pasar la víspera de Natividad en oraciones. Confiado por el proyecto de este pretendido viaje, el cardenal de Guisa, instó á su hermano á partir para Orleans, diciendo que era bastante fuerte, el cardenal, para arrebatar á Enrique y conducirle á París. Una vez puesto en manos de los parisienses, los Estados le habrian depuesto como incapaz de reinar, y despues le confinarian á un castillo con una pension de doscientos mil escudos; el duque de Guisa habia de ser proclamado rey en su lugar: este era el último plan, porque los planes variaban. Catalina misma habia pensado en privar á su hijo de la corona pero dándole en su retiro mujeres en lugar de oro, como cadenas mas seguras; ella hubiera entonces pedido el trono para el duque de Lorena, su nieto por parte de su hija. Dos grande conspiradores trataban pues de adelantarse para arrancarse mútuamente el poder y la vida; sus maquinaciones respectivas eran conocidas de uno y otro; el mas disimulado ganó al mas vano.

El 22, el rey, despues de la cena, se retiró á su cámara á eso de las siete, y ordenó á Liancourt, primer escudero, que hiciese avanzar una carroza á la puerta de la galería de los Ciervos, el dia siguiente por la mañana, 23 de diciembre á las cuatro, fingiendo siempre insistir en el proyecto de ir al Canal. Al mismo tiempo envió al señor de Marte á invitar al cardenal de Guisa para que fuese al palacio á la seis, porque deseaba hablarle antes de partir. El mariscal de Aumont, los señores de Rambouillet, de Maintenon, de O, el coronel Alfonso Ornano, y algunos otros señores y personas del consejo, y los cuarenta y cinco caballeros ordinarios recibieron órden de hallarse á la misma hora en la cámara del rey.

A las nueve de la noche el rey mandó á Larchant, capitan de los guardias de corps, colocarse á las siete de la mañana del dia siguiente con algunos individuos en el paso del duque de Guisa, cuando viniese al consejo.

Larchant y los suyos habian de presentar á este príncipe una peticion que tendia á que se les pagaran sus sueldos. Tan pronto como el duque estuviese dentro de la cámara del consejo que formaba la antesala de la cámara del rey. Larchant se apoderaria de la escalera y de la puerta, y no dejaria entrar, salir, ni parar á nadie. Otros veinte guardias serian colocados por él (Larchant) en la escalera del gabinete viejo, por donde se bajaba á la galería de los Ciervos.

Estando todo dispuesto de esta suerte, Enrique entró en su gabinete con Termes; era Roger de Sain-Lary de Bellegarde, tan conocido despues. A media noche Valois le dijo: «Hijo mio, id á acostaros, y decid á Duhalde que no deje de despertarme á las cuatro, y tú te encontrarás aquí á la misma hora El rey tomó su palmatoria, y se fué á dormir con la reina.» (Miron.)

El duque de Guisa velaba entonces cerca de Carlota de Beaume, nieta de Semblancai, casada primero con el señor de Sauvé, y en segundas nupcias con Francisco de la Tremouille, marqués de Noirmonfiers. Tan bella como veleidosa, pasaba, segun cierta libre espresion de aquella época, á acostarse de un partido al otro. Ligada en otro tiempo con el duque de Alenson y el rey de Navarra, los secretos que sorprendia á su placer, los revelaba á Catalina de Médicis y al duque de Guisa. Esta vez se propuso esclarecer los peligros que éste corria, y le aconsejó huir; pero creyó menos en estos consejos que en sus caricias, y permaneció hasta las cuatro de la mañana que volvió á su casa, donde se encontró con cinco billetes que todos le advertian tomase precauciones contra el rey. El duque puso sus billetes bajo la almohada. El jóven paje, su cirujano, y otros muchos parciales que le rodeaban, le suplicaron tuviese en cuenta el aviso. «Esto no concluiria jamás, respondió: durmamos, y vosotros id á acostaros.» (Miron.)

El 23, á las cuatro de la mañana, Duhalde vino á llamar á la puerta de la cámara de la reina; la señora de Piolant, primera dama de cámara, acudió al golpe: «¿Qué es eso?» dijo.—«Es Duhalde, respondió éste; decid al rey que son las cuatro.» —«Duerme, y la reina tambien;» replicó la de Piolant. —«Despertadle, dijo Duhalde, ó llamaré tan fuerte, que los despertaré á los dos.»

El rey no dormia: sus inquietudes eran demasiado vivas. Habiendo sabido la venida de Duhalde, pidió sus botines, su ropa de cámara y su palmatoria; se levantó, y dejando á la reina conmovida, pasó á su gabinete, donde ya le esperaban Termes y Duhalde. Tomó las llaves de las celdas destinadas á los capuchinos; subió alumbrado por Termes, que llevaba la palmatoria delante de él; abrió una celda y encerró en ella á Duhalde espantado; volvió á bajar, y á medida que los cuarenta y cinco caballeros de su guardia se presentaron, los condujo á las celdas, en las cuales los encarceló uno á uno como á Duhalde. Los personajes convocados al consejo comenzaron á llegar al gabinete del rey, adonde penetraban al través de un pasadizo estrecho y oblícuo que Enrique habia practicado espresamente en un rincon de su cámara de dormir, la cual precedia á este gabinete. La puerta ordinaria de la cámara estaba tapiada. Cuando los ministros y los señores hubieron entrado, el rey fué á poner en libertad á sus prisioneros, los llevó en silencio á su cámara, les mandó no hacer ruido alguno á causa de la reina madre que estaba enferma y alojada debajo.

Tomadas estas precauciones, el rey volvió al consejo, y repitió á los asistentes lo que ya les habia dicho sobre la necesidad en que se encontraba de prevenir las maquinaciones del duque de Guisa. El mariscal de Aumont dudaba por qué el rey habia prometido y jurado el 4 de diciembre sobre el santo sacrificio del altar, perfecta reconciliacion y amistad con el duque de Guisa: «Primo mio, le habia dicho, ¿creeis que yo tenga el alma tan malvada, que os quiera mal? Todo lo contrario; declaro que no hay ninguno en mi reino á quien ame mas que á vos, y á quien esté mas obligado, como yo lo haré constar con buenos efectos, de aquí á poco tiempo...» Aquel ateo de Enrique de Valois consumó su traicion, sellándola con el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. (*Vida y muerte de Enrique de Valois.*)

Se calmaron los escrúpulos del mariscal de Aumont, esforzándose en probarle que el duque de Guisa habia sido el primero á faltar á su palabra.

El rey pasó del gabinete del consejo á la cámara donde estaban reunidos los caballeros, y les habló de esta manera:

«No hay ninguno de vosotros que no esté obligado á reconocer cuánto y cuán grande es el honor que ha recibido de mi, habiéndoos elegido entre toda la nobleza de mi reino para confiar la mia á vuestro valor, vigilancia y fidelidad. Habeis sido mis favorecidos, ahora yo quiero ser el vuestro en una ocasion urgente, donde se trata de mi honra, de mi Estado y de mi vida. Sabeis todos los insultos que he recibido del duque de Guisa; los que he sufrido, hasta dudar de mi poder y mi valor, pensando con mi dulzura detener el curso de aquella violenta y furiosa ambicion. Está resuelto á hacer el último esfuerzo sobre mi persona, para disponer despues de mi corona y de mi vida, por lo cual me veo reducido á tal estremo, que es preciso que yo muera ó que él muera, y que esto suceda esta mañana. ¿No quereis servirme ó vengarme?» Todos á la vez gritaron que estaban dispuestos á matar al rebelde, y Sariac, caballero gascon, golpeando con su mano el pecho del rey, le dijo: «*¡Por Dios, que yo os lo he de dar muerto!*»

Enrique le rogó que moderase el testimonio de su celo, por temor de despertar á la reina madre. «Veremos, dijo despues, quiénes de vosotros teneis puñales.» Los tenian ocho: el puñal de Sariac era de Escocia. Estos ocho caballeros, provistos del arma de los asesinos, fueron particularmente elegidos para permanecer en la cámara y dar los primeros golpes. El rey les unió otro guardia, llamado Loignad, que no tenia mas que espada. Otros doce de los cuarenta y cinco, fueron colocados en el viejo gabinete en donde el rey debia llamar al duque; recibieron la órden de matarle ó de acabar de matarle á estocadas cuando levantase la mampara de terciopelo para entrar en el gabinete. El resto de los guardias tomaron su puesto en la subida que comunicaba desde el gabinete hasta la galería de los Ciervos. Nombu, ugier de cámara, no debia dejar entrar ni salir á ninguno sin el mandato espreso del rey. El mariscal Aumont se sentó en el consejo para asegurarse del cardenal de Guisa y del arzobispo de Lyon, despues de la muerte del duque.

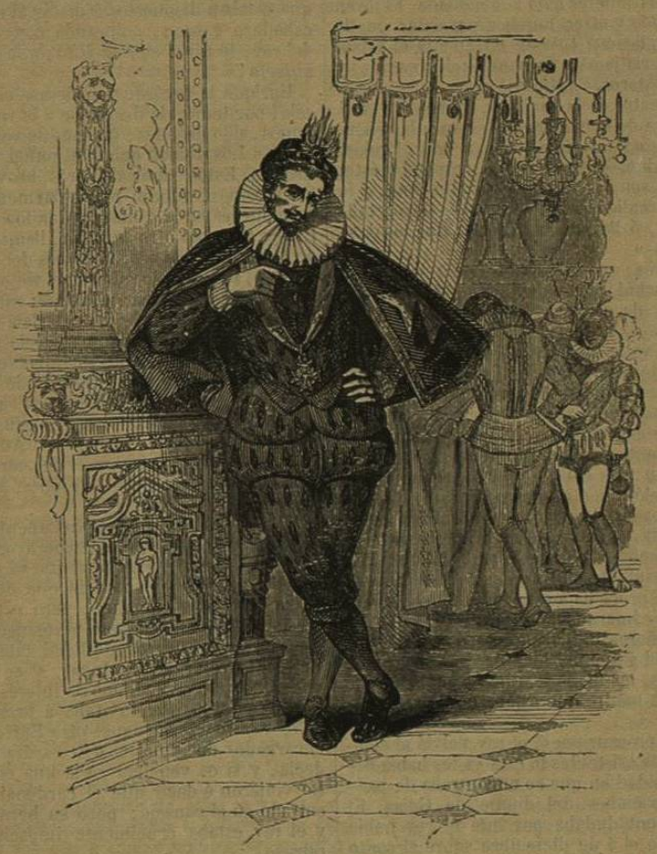
El rey se retiró á un departamento que daba vista á los jardines, despues de haberlo ordenado todo con la sangre fria de un general que vá á dar una batalla decisiva; no se trataba mas que del asesinato y de la muerte de un hombre; pero este hombre era el duque de Guisa. Enrique permaneció solo, no conservaba ya aquella tranquilidad anterior; iba, venia, no podia estar en su lugar, y se presentaba á la puerta del gabinete. Lleno de interés y de compasion por los asesinos, les invitaba á prevenirse contra el valor y la fuerza de aquel otro Enrique que estaban encargados de inmolar. «El es grande y fuerte, les decia, y si os venciera seria una ocurrencia fatal.» Le vinieron é decir que el cardenal de Guisa habia entrado en el consejo; pero su hermano no llegaba, y el rey estaba cruelmente impacientado con este retraso.

El duque dormia; buscaba en el sueño la reparacion de su fuerzas agotadas en las voluptuosidades de aquella misma noche que vió preparar su muerte; iba á entrar en otra noche mas larga donde tendria tiempo de reposar, próximo como estaba á caer desde los brazos de una mujer entre las manos de Dios. Sus sirvientes de cámara no le despertaron hasta las ocho, diciéndole que el rey estaba ya para partir. Se levantó de prisa, vistió un jubon de raso pardo, y salió para ir al consejo.

Al llegar al terrado del castillo, se le acercó un caballero de Auvergne, llamado La Salle, que le suplicó no pasara adelante: «Mi buen amigo, le respondió, ya hace mucho tiempo que estoy curado de aprensiones.» Cuatro ó cinco pasos mas adelante encontró un picardo, llamado Aubencourt, que intentaba detenerle; el duque le trató de bobo. Aquella mañana misma habia recibido nueve billetes que le anunciaban su suerte, y habia dicho, metiendo el úl-

timo en el bolsillo: «Hé aquí el noveno.» Al pie de la escalera del palacio, el capitan Larchant le presentó como ya estaba convenido con el rey, una peticion, á fin de obtener la paga de los guardias: eran aquellos mismos guardias preparados á asesinar á aquel de quien imploraban bondad, y que se aprovechaban del carácter generoso del duque para quitarle las sospechas que hubiera podido concebir á la vista de los soldados.

Llegado á la cámara del consejo, pareció, si embargo, asombrado de la presencia del mariscal Aumont; porque no se debia tratar mas que de asuntos de hacienda. Se sentó y dijo un momento despues: «Estoy frio, el corazon me hace mal; que se ponga fuego.» Algunas gotas de sangre le cayeron de la nariz y algunas lágrimas de los ojos, debilidad que se atribuyó á desarreglo mas bien que á presentimiento. Estando junto al fuego, dejó caer su pañuelo, y puso encima un pie en actitud de descuido. Fontenai ó Montefontaine, tesorero de economías, le levantó; lo cual dió ocasion al duque de Guisa para suplicar á Fontaine fuese á buscar á Pericat, su secretario, encargándole que viniese prontamente. «Era, como han creido muchos, segun dice Pasquier, á fin de advertir á sus amigos del peligro donde creia hallarse.» Saint-Prix, primer sirviente de la cámara del rey, pre-



ENRIQUE III.

sentó al duque algunas frutas secas que habia pedido en el momento de su desfallecimiento.

Habiendo sabido Enrique la llegada del duque de Guisa, envió á Revól para invitarle á que pasase al gabinete viejo para hablarle. El ugier de la cámara rehusó, segun su consigna, el paso á Revól; éste volvió donde estaba su señor, con semblante azorado: «¡Dios mio! ¿qué tienes, dijo el rey; qué hay? ¿por qué estás pálido? Temo que lo eches á perder todo.» Esplicada la causa de la vuelta de Revól, Enrique abrió la puerta del gabinete y mandó á Nambre dejar pasar á Revól.

Marillac, maestre de peticiones, hacia relacion de un negocio sobre impuestos, cuando Revól apareció en la sala del consejo. «Monseñor, dijo al duque de Guisa, el rey os espera en su gabinete viejo.» Se levantó el duque de Guisa, guardó algunas frutas secas en su caja de guarda-confites, y esparció el resto sobre el tapete, diciendo: «¿Quién los quiere?» Echó sobre sus espaldas la capa, que volteó tan pronto de un lado como de otro, aparentando buen humor; la terció bajo su brazo izquierdo, se puso los guantes, sosteniendo con la mano del brazo que levantaba la capa, la caja con las frutas, y dijo á los miembros del consejo: «Adios, señores:» y en el instante se llegó á las puertas de la cámara del rey. Nambre las alzó, salió incontinenti, y cerró la puerta detrás del duque.

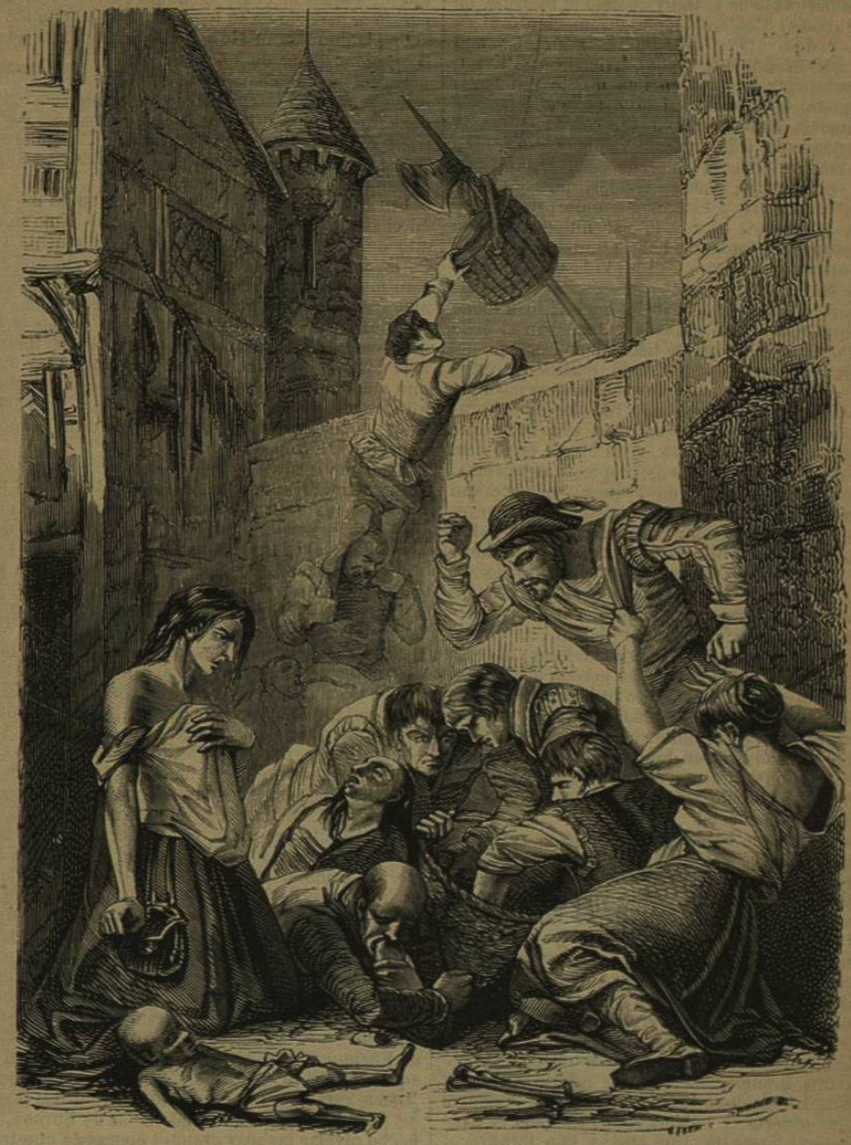
Guisa saludó á los guardias que estaban en la cámara; los guardias se levantaron é inclinaron, acompañándole con muestras de respeto. Uno de ellos le tocó en un pie; ¿era el último aviso de un amigo?

Guisa atravesó la cámara. Cuando entraba en e

corredor estrecho y oblicuo que conducia á la puerta del gabinete viejo, cogió su barba con la mano derecha, y casi se volvió para mirar á los caballeros que le seguian. Motlery, el mayor que estaba cerca de la chimenea, creyó que el duque queria retroceder para ponerse á la defensiva, se adelantó, le cogió por el brazo y sepultando el puñal en su seno esclamó: «¡Muere, traidor!»

Effranates se arrojó á sus piernas á fin de sujetarlo Sainte-Malines le dió otra puñalada que le atravesó desde la garganta hasta el pecho; Loinac le clavó la espada en los riñones.

El duque á todos estos golpes, decia: *¡amigos mios! ¡amigos mios!* Herido del estoque de Sariac en la espalda, gritó en alta voz, *¡Misericordia!* «Y á pesar de que tenia la espada enredada en su capa y las pier-



HAMBRE DE PARÍS.

nas sujetas, no dejó sin embargo de arrastrarlos ¡tal era su valor! de un estremo á otro de la cámara.» Caminaba con los brazos estendidos, los ojos apagados, la boca abierta, como muerto. Uno de los asesinos no hizo mas que tocarle, y cayó en el lecho del rey; jamás lecho tan deshonrado vió morir tanta gloria. El cardenal de Guisa, sentado en el consejo con el arzobispo de Lyon, oyó la voz de su hermano que clamaba misericordia de Dios: «¡Ah! ¡mi hermano es »muerto! esclamó.» Retiró su silla para levantarse; pero el mariscal de Aumor le dijo con la mano en la espada: «¡No os movereis, juro á brios, monseñor! El

»rey tiene que hablar con vos.» El arzobispo de Lyon, juntando las manos, esclamó: «Nuestra vida está en»tre las manos de Dios y del rey.» El cardenal y el arzobispo fueron desde luego encerrados en las celdas de los capuchinos, y desde allí conducidos á la torre de Moulins.

Enrique; informado de que la cosa estaba hecha, salió de su gabinete para ver la víctima; le dió un puntapié en la cara, como el duque de Guisa lo habia dado al almirante de Coligny cuando la matanza de San Bartolomé. Contempló por un momento al de Lorena, y dijo: «¡Por dios que es grande! y aun »parece mas grande muerto que viviendo.» (L'Estoile.) Nuevamente le puso encima un pie y hablado con Loignac, le preguntó si le parecia que estaba bien muerto. Entonces Loignac, cogiédole por la cabeza, respondió á Enrique de Valois: «Señor, creo que sí, porque tiene el color de cadáver. De esta manera Enrique de Valois, traidor, pusilánime y cobarde, hizo morir á este magnánimo príncipe. Y creo que si cuando el rey le pisó hubiera Mr. de Guisa respirado solamente, habria aquel caido anonadado de espanto junto á él » (*Vida y muerte de Enrique III.*)

Los cortesanos menudeaban las burlas, insultando al hombre que habian adulado y llamaban el *bello rey de Paris*, nombre que le habia dado Enrique.

Uno de los secretarios de Estado, Beaulieu, recibió órden de registrar al duque: le encontró una llave pequeña atada con cadena de oro alrededor de su brazo; en los bolsillos de los calzones una bolsa que contenia doce escudos de oro, y un billete en el cual estaban escritas por la mano del duque estas palabras: «Para sostener la guerra en Francia, se necesitan »cien mil libras cada mes.» Un corazon de diamantes fue recogido de su dedo por Entragues. (Miron.) «Los cuarenta y cinco le quitaron la espada, los pendientes de las orejas y varios anillos muy preciosos.» *(Vida y muerte de Enrique III.)* Beaulieu despues de efectuar el registro, y notando que el ilustre asesinado aun respiraba: «Monseñor, le dijo, ya que os resta un poco de vida, pedid perdon á Dios y al rey.» El rey era el que debia demandar perdon á Dios y al duque de Guisa; el hombre se lo hubiera concedido. «Entonces el príncipe de Lorena, sin poder hablar, dando un grande y profundo suspiro con voz ronca, entregó el alma al Criador, fue cubierto con una capa gris y encima pusieron una cruz de paja. (Miron.)

Se encuentra en un folleto de aquel tiempo una anécdota poco conocida.

Se ha dicho que habiendo arrestado el rey á los principales señores católicos, mandó llevarlos á su presencia, y les manifestó el cuerpo del duque de Guisa, diciéndoles: «Señores, hé aquí vuestro rey de París vestido como merece..... Hecho esto, se condujo al príncipe de Ginville (Joinville), á quien de la misma manera el rey mostró el cuerpo muerto del dicho señor de Guisa, cuya vista afectó de tal modo el corazon del jóven príncipe, que creyó caer pasmado sobre el cadáver, cuando el rey le detuvo: al instante el jóven príncipe, no pudiendo besar á su padre para darle el último adios, comenzó á soltar una infinidad de palabras injuriosas contra sus asesinos: esto dió ocasion á que el rey mandara se le diese muerte, y hubiera sido ejecutado si Carlos, *Monsieur* presente, que amaba con ternura al príncipe de Ginville, no se hubiese arrojado de rodillas ante el rey, suplicándolo le encargara la custodia del príncipe, con condicion de presentarlo cuando á ello fuese requerido.» «(Crueldades sanguinarias »ejecutadas con la familia de monseñor el cardenal »Guisa, etc.)»

Dos horas despues, el cuerpo del duque de Guisa fue entregado á Richelieu, preboste de Francia, abuelo de aquel cardenal, que no perdonó á los grandes, antes bien los hizo morir por mano del verdugo.

El dia siguiente, el cardenal de Guisa fue muerto en la torre de Moulins á golpes de alabarda. Se puso de rodillas, se cubrió la cabeza y dijo á los asesinos. «Cumplid vuestra comision.» Eran cuatro y á cada uno se le habian dado cien escudos de propina. Los *bonos* de los setembristas eran de cinco francos; el precio de los jornales habia bajado. El cardenal de Guisa era mas malvado, tenia mas resolucion, y tanto valor y ambicion como el duque, pero él la habia puesto al servicio de su hermano mayor. Quince dias antes, la duquesa de Guisa habia ido á Paris adonde la siguió madama de Montpensier.

Richelieu, acompañado de sus arqueros, se trasladó á la sala del tercer Estado, se apoderó del presidente de Neuilly, de Marteau, preboste de los comerciantes; de Compan y de Cotteblanche, regidores de París; pero no habia recibido la órden de hacer saltar la asamblea por las ventanas.

Enrique habia agotado lo que le quedaba de vigor en el asesinato de los dos hermanos: no llamó su ejército de Poitou para marchar inmediatamente sobre París, y no se apoderó de Orleans. Cuando fué á ver á su madre despues del asesinato, y la dijo: «Señora ahora soy rey solo! no tengo compañero.» Ella le respondió: «¿Qué pensais haber hecho? ¿Habeis dado órdenes para la seguridad de las ciudades? Bien habeis cortado hijo mio, pero ahora es necesario coser; dijo aludiendo á lo que acababa de hacer.» Catalina estaba coribunda, y espiró el 5 de enero de 1589 en Blois, donde era adorada y respetada como la Juno de la córte (L'Estoile)

El dia de la muerte de los Guisa y el siguiente, Enrique hizo arrestar al cardenal de Borbon; al príncipe de Joinville, á la duquesa de Nemours y al duque de Nemours su hijo, al duque de Elbeuf, y al arzobispo de Lyon; los otros señores de la liga se salvaron con presteza. Todas la tiendas se cerraron y cayeron torrentes de lluvia. Los cuerpos del duque y del cardenal de Guisa, trasladados á una de las salas bajas del castillo, fueron descuartizados por el ejecutor de la justicia, despues quemados durante la noche, y sus cenizas arrojadas al rio. Un rey de Francia estaba acostado sobre la sala donde se ejecutaba esta carnicería, podia oir los golpes de hacha que despedazaba los cuerpos de sus grandes súbditos, y sentir el olor de la carne de las víctimas. Segun otra version mucho menos auténtica que la de Miron y la de Estoile, los cuerpos de los dos hermanos fueron puestos en cal viva. Madama de Montpensier, esperaba en París al fraile que debia desprenderse de sus brazos para ir á plantar su cuchillo en el vientre de Enrique III, como el duque de Guisa se habia desprendido de los brazos de Madama de Noirmoutier para caer bajo los puñales de los guardias de aquel monarca.

En 1807, viniendo de la Tierra Santa pasé por Blois, y visité el castillo, que estaba lleno de prisioneros de guerra. Un soldado polaco fue el que me enseñó las salas de los Estados, y la cámara donde el duque de Guisa habia sido asesinado, y en cuyo pavimento creí ver rastros de la sangre. ¿Qué habia sido de Enrique III, rey de Polonia? ¿Dónde estaba en aquel momento la raza de los monarcas franceses? ¿Dónde está ahora el que llevó sus soldados mas allá del Vístula, el que cambiando la faz de Europa, habia hecho olvidar las mas grandes épocas de nuestra historia? El Loire hizo rodar las cenizas del duque de Guisa hasta el Océano que aprisiona las de Napoleon al otro lado de la tierra. De esta suerte los siglos se van borrando unos á otros. No queda mas que Dios para dar cuenta de todas la vanidades de las sociedades hunanas.

Cuando llegó á la capital la noticia de la muerte de los dos hermanos, el primer momento fue de estupor y de espanto! pero bien pronto los partidarios de la liga se sublevaron. Creado gobernador de París el duque de Aumale, hizo registrar todas las casas de los *realistas* y de los *politicos*; y prender á los sospechosos. El predicador Lincestre declaró que el *villano Herodes* (anagrama del nombre de Enrique de Valois), no era ya rey de los franceses. Obligó á los oyentes á jurar que derramarian hasta la última gota de su sangre, y gastarian hasta el último óbolo de su bolsa para vengar la muerte de los príncipes. El primer presidente de Harlay estaba sentado delante del púlpito; Lincestre apostrofándole, dijo: «Levantad la mano, señor presidente, levantadla bien alto; aun mas alto para que el pueblo la vea.»

El pueblo arrancó todos los escudos de las armas reales, los rompió, los pisoteó y los echó al rio, destruyendo los magníficos monumentos levantados en la iglesia de San Pablo á Saint-Mesgrin, Caylus y Maugiron. Casi todo el parlamento fue encerrado en la Bastilla y en la Consergería por Bussy Le Clerc. Se obligó al presidente Brisson á dar audiencia; á Eduardo Molé, consejero de la córte, á llenar las funciones de procurador general; á Juan Lemaitre y Luis de Orleans, á aceptar las plazas de abogados del rey. Brisson depositó el 21 de enero, ante dos notarios, una protesta secreta contra todo lo que se le obligara á hacer ó decir contra los intereses del rey, precaucion y presentimiento de un hombre débil que no se sentia capaz de llenar todos sus deberes, y que sin embargo no carecia de valor para morir.

Enrique despachó un heraldo á los parisienses, que tuvo que volverse sin respuesta y con ingnominia. La facultad de teología (es decir, segun Estoile, ocho ó diez sopistas ó tunos) absolvió del juramento de fidelidad á los vasallos.

Primum quod populus hujus regni solutus est et liberatus á sacramento fidelitatis et obedientiæ præfato Henrico regi præstito. Deinde, etc.

Sobre la peticion acerca de viudedad de la duquesa viuda de Guisa, el parlamento dió un decreto en la forma siguiente:

Decretos del tribunal soberano de los pares de Francia, dados contra los asesinos del cardenal y duque de Guisa.

«Vista por el tribunal, reunidas todas las cámaras, la solicitud presentada por la señora doña Catalina de Cleves, duquesa viuda de Guisa, tanto en su nombre como en el de sus hijos menores en calidad de tutora natural; alegando que el difunto señor de Guisa, par y gran señor de Francia, su marido, era hijo de un príncipe que llenó la tierra con el renombre de sus virtudes, tan útiles á la Francia, que habiéndola estendido por el lado de Alemania, por la conservacion de Metz, la ha unido por la parte de Inglaterra al gran mar, su antiguo límite, por la toma de Calais y de otro sitio, librándola del terror de una plaza, reputada anteriormente como inespugnable, por la ruina de Thionville. Despues, habiendo trabajado felizmente por purgar el reino del veneno contagioso de la herejía, que lo habia casi todo infestado y que estando casi para conseguirlo, fue alevosamente asesinado por los enemigos de Dios y de su Iglesia, dejando tres hijos, que se han mostrado verdaderos herederos de las virtudes de su padre y de su celo ardiente por la religion católica, apostólica, romana. . . . . .
. . . . . Aquellos que quieren continuar siempre la disolucion de su primera vida y preparar el camino á la dominacion de los heréticos, no pudieron imaginar un medio mas propio que el asesinato aleve de los príncipes que se han mostrado siempre los mas celosos por el alivio del pueblo y la conservacion de la pura religion católica. Para la ejecucion de tal designio han jurado el edicto de union, y renovado las otras promesas de seguridad, tanto por medio de juramentos solemnes como por otras simulaciones de benevolencia hechas hasta con imprecaciones llenas de horror despues de haber recibido la Santa Eucaristía. Finalmente, el 23 de diciembre el duque de Guisa, que asistia á consejo, fue llamado de parte del rey, y habiéndose levantado y dirigido sin mas armas que la espada, arma propia de su condicion, como el que no cree que se trame contra él una infame perfidia, fue cruelmente privado de la vida por muchos asesinos apostados espresamente para el efecto. . . . . .
. . . . . La suplicante desea se mande informar á una comision nombrada en dicho tribunal y de su seno, acerca de los hechos referidos, circunstancias y requisitos y segun lo que resultara se decrete contra los que aparezcan culpables; procediendo en todo como fuese justo. Oido el procurador general y considerado todo por el dicho tribunal, reunidas todas las cámaras, accedió á la solicitud.»

Este decreto hizo renacer el poder soberano del *tribunal de los Pares*, aun sobre un rey y aquel rey era el rey *legítimo*, el rey de Francia, la informacion debia hacerse, *contra los que resultasen culpables*, estos culpables eran los asesinos y *su jefe Enrique de Valois*; en fin, el parlamento aspiró á ser el tribunal de los Pares. Hé aquí la aristocracia entera resucitada, apoyada en el ardor popular y principiando su vida por el *juicio* de un rey; ¿qué mas ha hecho la democracia de 1793?

Por otra parte, Enrique III, haciendo morir á los dos Guisas habia obrado conforme á los principios de la monarquía de entonces. Toda justicia emanaba del rey; el rey era el juez soberano; era tambien el poder constituyente y era asimismo el poder ejecutivo; hacia la ley y la aplicaba; disponia de la espada y de la mano de la justicia; tenia derecho de pronunciar la prision y de herir; un asesinato podia ser inicuo; pero era legal. El despotismo está fundido en los mismos principios que la democracia las espoliaciones y los homicidios alevosos son legales, siendo mandados por el pueblo soberano; las confiscaciones y los asesinatos son igualmente legales siendo ordenados por la monarquia absoluta.

Se ven aquí cara á cara la antigua aristocrecia y la antigua monarquía con todos sus principios y todos sus inconvenientes.

Se hicieron unos solenmes funerales en el templo de Nuestra Señora por el duque y el cardenal de Guisa. Por todas partes se esponian sus retratos ó sus imágenes de cera taladrados con grandes puñales. Pasaban y repasaban procesiones en donde hombres, mujeres y jóvenes de ambos sexos marchaban mezclados y casi desnudos de iglesia en iglsia. «Aquel buen religioso, el caballero de Aumale ordinariamente se encontraba en ellas, arrojando al través de una cervatana confites perfumados á las señoras á quienes regalaba refacciones, en las que la *Santa Beuve* no quedaba olvidada y mas de una vez solamente cubierta con una tela fina y un simple adorno en el cuello, se dejó conducir por debajo del brazo al través de la iglesia de San Juan, chichisveando con escándalo de muchos.» (L'Estoile).

Pero nada fue mas notable que una procesion general de niños de ambos sexos, en número de cienmil, llevando cirios ardiendo que apagaban bajo los pies, diciendo: ¡Dios quiera que en breve la raza de los Valois sea enteramente estinguida!

Los predicadores redoblaban sus invectivas contra el rey. «Ese tiñoso, decia el doctor Boucher, está siempre cubierto á lo turco de un turbante que no se le ha visto quitar nunca ni aun al comulgar para hacer honor á Jesucristo y cuando el desgraciado hipócrita parecia ir contra los *raiters* (caballería alemana) y llevaba un vestido aleman, forrado y con broches de plata que significaban la buena inteligencia y con-

formidad que habia entre él y aquellos diablos negros. Lo diremos de una vez, es un turco por la cabeza, un aleman por el cuerpo, un inglés por la liga, un polaco por los pies y un verdadero diablo por el alma.»

Lincestre, cura de San Gervasio, declaró, el Miércoles de Ceniza, que él no predicaba el Evangelio; pero que predicaba «la vida, gestos y hechos abominables del pérfido tirano Enrique de Valois..... Sacó de su bolsillo un candelero del rey, que los Diez y Seis, habian sustraido á los capuchinos y en el cual habia sátiros grabados y afirmaba eran los demonios del rey y que ese tirano adoraba con sus dioses.» (L'Estoile.)

Enrique III habia sido uno de los asesinos de la San Bartolomé; era religioso hasta la supersticion: amaba los monges y habia establecido una nueva especie en París, los Fuldenses; pasaba una parte de su vida visitando las iglesias, en hacer procesiones y peregrinaciones con los pies desnudos y en hábito de penitente. Era gran enemigo de los reformados; habia ganado contra ellos, con mucho valor, las dos batallas de Jarnac y de Moncontour; en fin, se habia declarado jefe de la Liga. Nada de esto le valió, porque tenia contra sí el aborrecimiento de los sacerdotes que preferian á los Guisas. La manera con que estos consiguieron sublevar la opinion popular es una obra maestra de industria, y de calumnia; predicaciones, libelos, grabados, todo se puso en juego. En una oracion fúnebre del duque de Guisa, Muldrac de Senlis comparó á Enrique de Valois al rico avariento, diciendo: «A ese Enrique, hemos visto no solamente estar vestido de púrpura y escarlata, sino rodeado tambien de sus donceles, vestidos de lo mismo y aun mas ricamente que él; le hemos visto llevar una vida disoluta y danzar completamente desnudo con una *mujer* (1) pública que habia hecho venir espresamente de lejanos paises.»

«No se trataba, dice otro escritor de aquella época hablando del rey y del duque de Espernon; no se trataba mas que de vivir segun la sensualidad; dejando atrás la virtud. Hoy (en secreto sin embargo) se encenagaban en una especie de libertinaje (2) y mañana en otra; ahora se hacian servir á la mesa en el gabinete por mujeres enteramente desnudas y luego se entregaban á nuevos actos escandalosos.»

Malos grabados representaban el Loire arrollando cadáveres con esta inscripcion: *Estampa de las crueldades ejecutadas por Enrique de Valois contra los hombres de bien que no encontraron tolerable su modo de conducirse.* En otro grabado se veia una gran mano marcada con tres flores de lis, asiendo por los cabellos, con los dedos en forma de garra, una religiosa de rodillas delante de un crucifijo. La inscripcion decia: *Representacion de la virgen religiosa, violada en Paissy por Enrique de Valois.*

Otra mano deslizándose entre los barrotes, se estendia sobre una cruz adornada de diamantes y colocada en un cojin de terciopelo y se leia debajo de la imágen: *Diseño que representa el sacrilegio hecho por Enrique de Valois en la Santa capilla de París.* Este príncipe estaba acusado de haber dicho mirando la corona de espinas de dicha capilla: «Jesucristo tenia la cabeza bien gruesa.»

El duque de Mayenne, instado por la hermana de la duquesa de Montpensier, habia llegado á París. El consejo de la Union lo declaró lugarteniente general del estado real y corona de Francia. París, muy diferente entonces de lo que era bajo el rey Juan en los tiempos feudales, comenzaba á tomar sobre la Francia compacta y nacionalizada aquel ascendente que ha conservado; el resto del reino católico le imitó y se rebeló contra la autoridad de Enrique III.

Este príncipe habia abierto los Estados en Blois el 16 de enero de 1589; despues de haber dejado á Orleans, se retiró á Tours casi sin tropas. Llamó cerca de sí á los miembros fugitivos del parlamento de París, de la contaduría mayor y del consejo de contribuciones, y comenzó las negociaciones con el rey de Navarra.

El Bearnés durante la permanencia de los Estados de Blois, habia presidido la asamblea de las iglesias reformadas en la Rochela: hacia la guerra en Poitou y en la Saintonge, teniendo á la cabeza al duque de Nevers que mandaba las tropas reales; por consejo de Mornay publicó un manifiesto que tendia á contemporizar con Enrique III y con la nacion. En ese documento se echan de ver sus sentimientos, su carácter y su estilo. «¡Pluguiera á Dios que yo no hubiera sido nunca capitan, puesto que mi aprendizaje debia hacerse á espensas de la Francia! Estoy pronto á pedir al rey, mi señor, la paz y el reposo de su reino y el mio. . . . . Se me ha requerido frecuentemente mudar de religion; ¿pero cómo? ¡con la daga en la garganta! . . . . Si deseais simplemente mi salud, os doy las gracias; si no deseais mi conversion mas que por el temor de que tengais algun dia un juez que os contenga, os equivocais.»

El rey de Francia temia unirse al de Navarra. Su repugnacia habria sido fundada en política si hubiera sido jefe de la opinion católica, pero era el duque de Mayenne el que estaba entonces á la cabeza de esta opinion como hermano y sucesor del duque de Guisa. Sin embargo, llegó á establecerse concordia entre los dos reyes por la intervencion de Diana, legitimada princesa de Francia, hermana natural de Enrique III. Se estipuló una tregua de un año, con cláusula de declarar conjuntamente la guerra al duque de Mayenne. El duque se presentó con un ejército y estuvo á punto de arrebatar á Enrique en la ciudad que le servia de asilo. La entrevista de Enrique III y del Bearnés tuvo lugar en Plessis les Tours el último dia del mes de abril de 1589. El rey de Francia esperaba al rey de Navarra en los jardines del castillo de Luis XI. No tenia entonces ni cepos, ni precipicios, ni verjas de hierro, ni patíbulos; pero sí un grande tropel de capitanes y de soldados ansiosos por ver aquel espectáculo de union en medio de los aborrecimientos tan vivos que dividian á la Francia.

El Bearnés llegó: «En su comitiva ninguno llevaba capa ni penacho mas que él; todos tenian banda y solo él iba vestido de soldado, con el jubon gastado en las espaldas y en los costados por el roce de la coraza. Los calzones eran de terciopelo color de hoja seca, la capa de escarlata, el sombrero pardo, con un grande penacho blanco.»

Los dos Enriques se estuvieron mucho tiempo sin poder acercarse á causa del tropel. En fin, el primer Borbon se echó á los pies del último Valois, que le levantó y abrazó llamándole hermano.

Enrique de Navarra escribió á Mornay: «La valla ha sido rota, no sin algunas advertencias de que si yo iba, seria muerto; pasé el agua encomendándome á Dios.» Era casi la posicion del duque de Guisa en Blois; pero la confianza del Acuchillado provino del desprecio y de la desesperacion; y la del Bearnés de una conciencia sin tacha.

Los reyes avanzaron hácia París. La reunion del ejército protestante y del católico, y bajo el mismo estandarte, cambió la naturaleza de los acontecimientos. Hasta entonces habia sido posible que las guerras viciles religiosas llegasen á hacer una verdadera revolucion. En tanto que los reformados tuvieron una bandera aparte, su marcha hácia el porvenir y la independencia de sus principios, podian causar una mudanza en la constitucion del Estado; pero al punto que los católicos y los hugonotes se ordenaron bajo

(1) Mudo la palabra del testo.
(2) Mudo tambien la palabra del testo.

un jefe comun, el espíritu aristocrático republicano se perdió; la monarquía triunfó; las revueltas de la Francia no fueron mas que una vulgar cuestion de personas y de desventuras estériles.

Tuvieron lugar varios pequeños combates. Los soldados del ejército de Mayenne obligaron á los sacerdotes á bautizar becerros, carneros y cerdos, dándoles nombres de carpas, sollos y barbos.

Enrique, excomulgado por el papa, recibió la noticia de la excomunion en Etampes. «El remedio para esto, le dijo el Bearnés, es vencer y sereis absuelto. Un gentil hombre, enviado de parte del rey á madama de Montpensier, la declaró de parte de su señor, le contestaba que ella estaba entreteniendo el fuego de la sedicion, y que si llegaba alguna vez á caer entre sus manos la haria quemar viva. Ella respondió: «El fuego es para los sodomitas como él.»

Los reyes vinieron á sentar sus reales delante de París; sus ejércitos reunidos, comprendidos los diez mil suizos traidos por Sancy, ascendian á cuarenta mil hombres. Enrique III tomó alojamiento en Saint-Cloud en la casa de Gondy. Contemplando la capital de Francia de lo alto de las colinas, decia: «París cabeza demasiado gruesa para el cuerpo, tienes necesidad de una sangría para curarte.» (Dávila.) Jacobo Clemente puso fin á sus amenazas y á sus esperanzas; mató al rey de una cuchillada en Saint-Cloud el 1.° de agosto de 1589. «Podeis juzgar, monseñor, escribe un testigo ocular, cuál seria aquel lastimoso y miserable espectáculo de ver á un lado el rey ensangrentado con las tripas entre sus manos, y al otro sus buenos servidores que llegaban desconsolados uno tras otro, llorando y gritando.» (*Cartas de la* Guesle.)

Cárlos de Valois, hijo natural de Cárlos IX y de María Touchet, conde de Auvergne y duque de Angulema, habia encontrado á Jacobo Clemente al ir á casa del rey. «Yo encontré aquel mónstruo de fraile, dice en sus cortas Memorias, á quien la naturaleza habia dado un aspecto tan execrable que mas bien que cara de hombre podia decirse que tenia la facha de demonio.»

La hermana del duque de Guisa, la orgullosa Montpensier no habia temido entregarse á aquel demonio para ponerle el puñal en la mano.

Enrique hizo levantar un altar frente por frente de su lecho; su capellan dijo la misa, en el momento de sus oraciones, Enrique pronunció estas palabras: «Señor Dios, si conoceis que mi vida es útil y provechosa á mi pueblo y á mi Estado, conservadme y prolongad mis dias, si no, tomad mi cuerpo y salvad mi alma; ¡vuestra voluntad sea cumplida!» (*Certificados de varios señores*).

El rey de Navarra llegó; Enrique III le tendió su mano: «Hermano mio, le dijo, ved cómo me han tratado vuestros enemigos y los mios; es preciso que tengais cuidado para que no hagan contigo otro tanto.» Enrique declaró que el rey de Navarra era su legítimo sucesor, é invitó á los señores presentes á reconocerle.

«No siento haber vivido poco, puesto que muero en Dios; sé que la última hora de mi vida será la primera de mi felicidad; pero compadezco á los que me sobrevivan mis buenos y fieles servidores. . . . .

. . . . . .

Yo os conjuro, por la inviolable fidelidad que debeis á vuestra pátria, y por las cenizas de vuestros padres, que permanezcais firmes y constantes defensores de la libertad comun, y que no dejeis las armas hasta que hayais limpiado el reino enteramente de los perturbadores del reposo público; y en tanto que la division mine los fundamentos de esta monarquía, tened buen cuidado de permancer unidos por una sola voluntad. Yo sé y puedo responder de ello, que el rey de Navarra, mi buen hermano, legítimo sucesor de la corona, es bastante instruido para reinar bien y mandar cosas razonables, y me prometo que no ignorareis la justa obediencia que le debeis. Dejad las diferencias de la religion hasta que reuniéndose los Estados del reino decidan sobre el particular y aprended de mí, que la piedad es un deber del hombre hácia Dios, sobre quien el brazo de la carne no tiene poder. Adios, amigos mios; convertid vuestro llanto en oraciones, y rogad por mí.» (*Historia de las últimas revueltas*, libro V). Enrique III espiró el miércoles 2 de agosto á las dos de la noche, perdonando á los que habian comprado su muerte. *(Certificado de los señores)*.

Si habia dolor en Saint-Cloud, lo que habia en París era gozo: maldito aquí, bendito allá; admirado en un partido, deprimido en el otro; grande ó pequeño personaje aquí, y solo en el límite de un dia; arrastrado del mausoleo á la cloaca, ó transportado de la cloaca al mausoleo: tal es la suerte de todo el que se ha creado un nombre en tiempos de facciones. Las verdaderas palabras de Enrique III en su lecho mortuorio fueron graves y valerosas; los de la liga le atribuyeron otro lenguaje; de esta manera los revolucionarios consiguieron falsificar las *Memorias* de Clery y pusieron en la boca de Luis XVI en el cadalso, espresiones innobles. Vendíanse por las calles de París en 1589, *las lamentables palabras de Enrique de Valois* y en las cuales se le hacia decir: «¡Oh, Satanás! tú me servias al principio buen vino... Ya está pronunciada mi sentencia, mi sepulcro y tumba prestos y preparados en las tinieblas para recibirme á causa de mis pecados. ¿Dónde está ahora la multitud de mis riquezas? ¿La numerosa comitiva de mis barones y caballeros? ¿Dónde están mis gendarmes y el órden de mis ejércitos? ¿Dónde está el aparato de mis delicias? ¿Dónde mis perros de caza? ¿Dónde mis ligeros caballos? ¿Dónde mis pájaros que tan dulcemente cantaban? ¿Dónde están mis espaciosas salas, tan ricamente pintadas y tapizadas?... ¡Oh mis pecados y mis delicias! ¿es esto que me dais, lo que me habiais prometido?... ¡Oh! ¡quién será mi leal amigo, mi débil apoyo en esta última necesidad, en esta tenebrosa hora de mi separacion!... Estoy atormentado muy ásperamente por el intenso calor del fuego, por el furioso rigor del frio, por las tinieblas, por el humo, por el hambre, por gran sed, por el mal olor, por la horrible vision de los diablos, por sus gritos perpétuos y aterradores, y por mi mala y desgraciada conciencia... Mis manos delicadas, que para no sentir el frio, ni el ardor del sol, estaban en otro tiempo cubiertas de guantes, y mis brazos mórvidos y bellos, adornados así como mis pies, de brazaletes, en suma, todo mi cuerpo sufre tormentos. Ya me veo disforme, miserable, pasible, apesarado, oscuro.... Cosas tristes, desconsoladoras se me representan.... Permaneceré entre tormentos y en privacion eterna de la vision de Dios.»

Los partidarios de la Liga hacian de Enrique III un enemigo de Dios; y los revolucionarios hacian de Luis XVI un enemigo de la libertad.

El efecto de la muerte de Enrique en el campamento de los dos reyes, era representado á los parisienses con una mezcla de exaltacion, de sarcasmo y de verdad propia para obrar sobre la multitud, como se vé por las siguientes líneas tomadas de un escrito de la época: «Las noticias de aquella pronta muerte fueron inmediatamente divulgadas por todo el campamento. Espernon lloraba como un becerro; los señores de la guardia quedaron mirándose unos á otros con los brazos cruzados; y los políticos que habian salado sus Estados para conservarlos mejor, permanecian atónitos: los suizos no dejaban de beber y aquellos que pensaban suceder en la corona, reian de corazon, maldiciendo á los de la Liga y mas aun al pobre jacobino, que despues de muerto

fue descuartizado por cuatro caballos y quemado. Os dejo pensar el mal que sufriria, habiendo sido tratado así despues de muerto. Su alma, sin embargo, no deja de subir al cielo con los bienaventurados; de la de Enrique de Valois me refiero á lo que él era.» (*Disc. verdadero de la estraña y súbita muerte de Enrique de Valois.*)

Cuando madama de Montpensier recibió la primera noticia del asesinato, saltó hasta el cuello del mensajero: «¡Ah! ¡amigo mio, bien venido seais! ¿Pero es cierto? ¿Aquel malvado, aquel pérfido, aquel tirano ha muerto? No siento mas que no haya sabido antes de morir, que soy yo quien mandé darle la muerte.» Corrió á casa de madama Nemours, su madre, montó con esta en una carroza y fué de calle en calle distribuyendo bandas verdes, color de una especie de duelo irrisorio consagrado á los locos. ¡Buena noticia, amigos mios! gritaba, ¡buena noticia! ¡El tirano ha muerto; ya no hay Enrique de Valois en Francia!» (L'Estoile).

Madama de Nemours, desde lo alto de las gradas del convento grande de los Franciscanos, arengó al pueblo. Se hicieron hogueras y fuegos artificiales; los predicadores canonizaron á Jacobo Clemente y se publicaron las actas «del hermano mártir Jacobo Cle»mente, de la Orden de Santo Domingo.» Se vendia á la multitud el retrato del fraile, con versos dignos del héroe:

Sisto V, en pleno consistorio declaró que el regicida Jacobo Clemente era comparable, por lo tocante á la salud del mundo, á la Encarnacion y á la Resurreccion, y que el valor del religioso jacobino sobrepujaba al de Eleazar y al de Judith. Aquel papa, tenia muy poca conviccion política y demasiado número para haber sido sincero en esas comparaciones sacrílegas, pero le importaba envalentonar á los fanáticos, prestos á matar á los reyes en nombre del poder papal. El parlamento de Tolosa ordenó que tuviese lugar una procesion solemne todos los años, el dia del asesinato del rey. (Dupleix).

Por lo demás, jamás puñalada alguna ha producido mas grande efecto ni revolucion mas súbita. Dispersó un ejército formidable que sitiaba á París; cortó una rama al árbol de San Luis, é impulsó otra rama real, hizo caer una corona católica en la cabeza de un príncipe hugonote, cuyo príncipe, abandonando el protestantismo privó á los correligionarios de su jefe y desvaneció aquella especie de porvenir que podia nacer de la reforma.

Coligny, el condestable de Montmorency, el mariscal de Saint-André, Francisco de Guisa, y el primer cardenal de Guisa, los dos Condés, Enrique de Guisa, el cardenal su hermano y Catalina de Médicis ya no existian; así fue como los personajes mas notables bajó los reinados de Enrique II, Francisco II, Cárlos IX y de Enrique III, desaparecieron antes y con el último príncipe de esta raza. El reinado de los Valois concluyó en Saint-Cloud el 2 de agosto de 1589 y comenzó el mismo dia el de los Borbones que debia durar hasta el 31 de julio de 1830.

Ahora es esencial desarrollar de paso el cuadro de las costumbres desde Enrique II hasta Enrique IV, porque ofrece cosas que no se habian aun visto en Francia, y que acaso no volverán á verse nunca. Las orgías sangrientas de la república revolucionaria no reaparecerán: las costumbres, en las dos épocas, eran sintomáticas de hechos consumados.

El desarreglo y la crueldad son los caracteres distintivos de la era de los Valois.

En la jornada de San Bartolomé, sin hablar de la carnicería general, un hombre llamado Tomás, se vanagloriaba de haber asesinado ochenta hugonotes en un solo dia. Coconas espantó al mismo Cárlos IX con su relacion; habia rescatado treinta hugonotes de las manos del pueblo y los habia muerto á pequeñas estocadas, despues de haberles hecho abjurar de su fe bajo promesa de la vida. El perfumista de Catalina de Médicis, «hombre sumergido en toda clase de crueldades, iba á las prisiones á dar puñaladas á los hugonotes y no vivia mas que de asesinatos, latrocinios y envenenamientos.»

Se mantenian asesinos á sueldo como indivíduos de la servidumbre doméstica; los tenian los Guisas, los Chatillones, los reyes y en una palabra todos los que los podian pagar, y estos asesinos conocidos, nunca ó muy rara vez eran castigados. Habiendo ido á comer Cárlos IX, su hermano, rey de Polonia (despues Enrique III), Enrique, rey de Navarra y el bastardo de Angulema, á casa de Nantouillet, preboste de París, le robaron la vajilla de plata. Este mismo dia Nantouillet habia escondido en su casa cuatro asesinos para cometer un homicidio que ejecutaron. Estos cuatro hombres creyéndose descubiertos al oir la bulla que hacian los convidados, se prepararon á salir del sitio en que estaban escondidos con pistola en mano.

Margarita de Valois hizo matar á puñaladas en su cama á Guast, favorito de Enrique III.

Ademas de los asesinos asalariados, habia otros llamados *bravos* que se provocaban entre sí y renovaron escenas de los gladiadores galos. Estos que por lo regular eran jóvenes de noble familia que se ponian al servicio de algun gran señor, pasaban los dias en las salas bajas del Louvre, ejercitándose en la esgrima, ó salian al campo á saltar los fosos y á manejar la pistola y la daga. Los amigos se estrechaban con juramentos terribles; cuando un amigo estaba ausente, el otro se vestia de luto, dejaba crecer la barba, se abstenia de toda diversion y parecia sumido en una melancolía profunda. Las mujeres entraban en aquellas asociaciones romancescas; á una mera insinuacion de su querida habia hombres que se precipitaban en un rio sin saber nadar, se entregaban á las bestias feroces ó se despedazaban á puñaladas.

Se jugaba con la muerte: Enrique III llevaba un largo rosario, cuyos granos eran cabezas de muerto y que él llamaba *el látigo de sus grandes jacas*. Tambien tenia pequeñas cabezas de muerto pintadas en las cintas de sus zapatos. Si alguno lo hubiera imaginado, se habria transformado el bosque de Boulogne en un cementerio, que hubiera venido á ser lo que es hoy el cementerio del Este. Margarita de Valois y la duquesa de Nevers ordenaron se les llevaran las cabezas de Coconas y de La Mole, sus amantes decapitados; las besaron, las embalsamaron y las regaron con sus lágrimas. Villequier mató á su mujer porque no queria prostituirse á Enrique III. Simiers mató á su hermano, caballero de Malta, á quien amaba su mujer. Bailens condenó á muerte en su castillo á un jóven que habia seducido á su hermana; la sentencia fue redactada por un supuesto escribano en sentido burlesco hácia el tribunal de justicia; Baleins pronunció la sentencia y la ejecutó. Un soldado corso llamado San Pietro, estranguló á Vanina su mujer, diciendo: «¿Qué importa al rey, qué importa á la Francia la »buena ó la mala inteligencia de Pedro con su mujer?» Pedro permaneció estimado é impune.

Todos los dias habia encuentros de ciento contra ciento, de doscientos contra doscientos, como en la edad media de la Italia; á cada instante habia duelos de uno contra uno, dos contra dos, cuatro contra cuatro, los de Caylus, Maugiron, Entragues, Riverac, Schomberg y Livarot se cuentan entre los mas famosos.

Bussy d'Amboise habia amado á Margarita de Valois, como se echa de ver manifiestamente en sus Memorias. Adherido al duque de Anjou, Bussy insultaba á los donceles del rey incesantemente. «Entrando en la cámara real con la gracia que le era natural, el rey le dijo que queria estuviese acorde con Caylus...» Bussy le respondió: «Señor, si quereis que le bese, estoy dispuesto. Y acomodando el gesto á las palabras, le abrazó grotescamente.» (Margarita de Valois).

Bussy tenia una intriga con la mujer de Cárlos de Chambres, conde de Montsereau, gran montero del duque de Anjou, y hablaba de ella en una carta que escribia á este príncipe, diciéndole que tenia en sus *redes la cierva del gran montero*. El duque de Anjou enseñó esta carta á Enrique III, quien aborreciendo á Bussy, la comunicó al marido ofendido. Montsereau obligó á su mujer á dar una cita á Bussy en el castillo de Constancieres y lo hizo asesinar allí. Bussy, gobernador de Anjou, era abad de Bourgueill y su *mensajero de amor* era el lugarteniente criminal de Saumur. «Tal fue el fin del capitan Bussy, de un valor invencible, alto, fiero y audaz; tan valiente como su espada.... pero vicioso y poco temeroso de Dios; lo cual causó su desgracia, no habiendo aun llegado á la mitad de sus dias, como sucedia á los hombres sangrientos como él.» Bussy, feroz actor de la San Bartolomé, degolló aquel dia á Antonio de Clermont, su pariente, con quien tenia un pleito. «Todos aquellos espadachines, dice L'Estoille, no creian en Dios mas que á beneficio de inventario.»

El vizconde de Turena, que posteriormente fue mariscal de Bouillon, teniendo por segundo á Juan de Gontaut, baron de Salignac se batió en el campo de Agen contra Juan Durfort de Douras-Ranzan, y Jacobo de Duran, su hermano. El vizconde de Turena recibió traidoramente diez y siete heridas. Ranzan fue acusado de haber llevado una cota de malla bajo sus vestidos, ó de haber apostado diez ó doce hombres que asaltaron durante el combate al vizconde de Turena.

Lo mismo que en las proscripciones romanas, se mataba para confiscar los bienes, sin formacion de causa y sin que hubiera diferencia entre vencidos y vencedores. «En aquel tiempo, la buena dama Catalina, por favorecer á su doncel de Reitz, que queria tener la posesion de Versalles, hizo estrangular en una prision á Loucenie, secretario del rey, á quien pertenecia aquella posesion, é hizo morir tambien algunos otros para recompensar á sus servidores por medio de confiscaciones.» (E'Estoile).

Esta crueldad de las costumbres privadas se reproducia en la guerra. Alfonso Ornano, hijo del Corso, San-Pietro, ejecutaba él mismo las sentencias de muerte que pronunciaba contra sus soldados. Habiendo faltado uno de sus sobrinos á cierto deber militar, vino á comer con su tio: Alfonso se levantó, le dió de puñaladas, se lavó y se volvió á sentar á la mesa.

Montluc, del partido católico, dice en sus Memorias: «Yo tomé á mi servicio dos verdugos, los cuales se llamaron despues mis lacayos, porque estaban frecuentemente conmigo. Se podia conocer por donde yo habia pasado, porque en los árboles y en los caminos, aparecian las señales...» Enseñaba á sus hijos á ser como él y á bañarse en la sangre que su hijo primogénito no escaseó en la jornada de San Bartolomé. Este hombre feroz, fue herido en el asalto de Rabasteins, de un tiro de arcabuz que le taladró las mejillas y le llevó una parte de la nariz; escondió bajo una máscara, el resto de su vida, aquellas facciones mutiladas á la manera de sus víctimas y tuvo intencion de acabar sus dias en una ermita en lo alto de los Pirineos, como los osos.

Su rival en ferocidad entre los calvinistas era el baron de Adrest: «De mirada feroz, nariz aguileña, cara delgada y enjuta, y marcada con manchas de sangre negra.» (De Thon). En Montbrison se divertia en hacer saltar de lo alto de una torre los prisioneros que habia hecho. Uno de ellos dudaba; tomó dos veces carrera para saltar y se detuvo: Adrets esclamó: «*Ya es demasiado dos veces.*—Saltad vos tomando diez veces carrera» respondió el prisionero. Echase de ver en esta ironía el carácter del soldado francés.

La ciudad de Niort fue sorprendida por los reformados. «Pasando de los límites de toda barbarie y crueldad, despues de haber cogido á los sacerdotes de la poblacion, y viendo que uno de ellos, á pesar de cierto tormento que le dieron, no queria separarse de su religion, despues de haberle atado como verdugos, le abrieron el vientre, estando vivo, en presencia de los demás sacerdotes y sus escuderos le arrancaron las entrañas y las arrojaron á la cara de los otros, á fin de intimidarlos y hacerlos renegar de Dios.... Ejercieron la mas grande crueldad que se podria ejecutar en la persona de una mujer que despreciaba sus crueldades, la cual, habiendo visto morir á su marido, que combatia por la fe católica, queriéndoles reprender la barbarie que cometian, la cogieron y ataron, amenazándola con la muerte si no renegaba de la misa. . . . . .
Aquellos verdugos, viendo su constancia, escogitaron una muerte que los diablos mismos no habrian ideado: llenáronle el vientre de pólvora por la natura y le dieron fuego, haciendo por este medio romper y saltar los intestinos y dejándola morir en semejante martirio.»

El condestable de Montmoreny, pagaba mal por mal: «se decia en los ejércitos que era preciso guardarse de las oraciones de monseñor el condestable, porque diciéndolas ó murmurándolas, esclamaba: Id á colgar á fulano; atadle á un árbol, y pasadle con picas en este momento ó arcabuceadlo delante de mí; cortad en pedazos todos esos pillos que han querido echar el reto contra el rey; quemad aquella ciudad: echadlo todo al fuego un cuarto de legua en contorno.»

Las costumbres de Enrique III y de su córte no se parecian en nada á lo que hemos visto hasta aquí en la historia de Francia; se encuentra otra vez con asombro, en medio de la sociedad moderna, una especie de Eliogábalo cristiano. Los perros pequeños, las cotorras, las vestimentas de las mujeres, los donceles y las procesiones de penitentes, llenan con los duelos, los asesinatos y los hechos de armas, las páginas del reinado de este monarca, tan distante de los reyes feudales.

«Enrique III daba justas, bailes, torneos á máscaras, donde se encontraba ordinariamente vestido de mujer, abria su jubon, descubria su garganta y llevaba un collar de perlas y tres cuellos de tela, dos rizados y uno liso, como las damas de la córte.»

En un festin suntuoso, las mujeres, vestidas con trage de hombres, hicieron el servicio; y en otro festin, *las mas bellas y honestas de la córte, medio desnudas y con los cabellos sueltos, fueron empleadas en el servicio del banquete.*

«A pesar de los asuntos de la guerra y de la rebelion que el rey tenia delante de sí, iba ordinariamente en coche con la reina su esposa, por las calles y casas de París, á coger los perritos que les agradaban; de esta manera pasaban por todos los monasterios de mujeres en las cercanías de París haciendo semejantes cuestaciones de perros pequeños con grande sentimiento de las damas que los tenian; se hacia enseñar la gramática y aprendian á declinar.»

«El nombre de doncel, dice L'Estoile, comenzó entonces á andar en boca del pueblo (1576) y á ser mirado con ódio, tanto por los modales altaneros de aquellos jóvenes, como por sus costumbres afeminadas y los dones inmensos que recibian del rey; aquellos donceles llevaban el cabello largo y rizado, pequeños botones de terciopelo como las mujeres y cuellos alechugados del largo de medio pie, de modo que al ver sus cabezas sobre los cuellos podia creerse

que se veia la cabeza de San Juan sobre un plato.»

Tomás Arthus nos representa á Enrique III acostado en un lecho ancho y espacioso, quejándose de que se le despierte demasiado pronto á medio dia, con una máscara y un lienzo sobre la cara, guantes en las manos, tomando un caldo y volviendo á abrigarse en su lecho. En un aposento vecino, Caylus, Saint-Mesgrin y Maugiron, se hacian rizar el cabello y dar la última mano al tocador mas afeminado; se hacian arrancar el vello de las cejas, se ponian dientes postizos, se pintaban el rostro y gastaban mucho tiempo en vestirse y perfumarse. Salian luego para ir á la cámara de Enrique III «moviendo de tal manera su cuerpo, la cabeza y las piernas, que yo creia que no podian menos de caer á lo largo... Este modo de andar les parecia mas elegante que ningun otro.»

Enrique abrazaba á sus favoritos delante de todo el mundo; les ponia collares y pendientes; pasaba los dias con ellos en departamentos secretos; por la noche los acostaba consigo en un gran salon, á cuyo alrededor habia camas separadas por un pequeño tabique como en un dormitorio de convento; el favorito del dia participaba del lecho de su rey. En este dormitorio comun fue en donde Saint-Luc ensayó despertar los remordimientos en el alma de su señor, hablándole por el cañon de una cerbatana.

Las mujeres hacian un papel principal en todas estas intrigas: Catalina de Médicis habia mantenido un comercio íntimo con el primer cardenal de Guisa *como sobrina de dos papas* (Leon X y Clemente VII) decian los hugonotes. Fue acusada de haber corrompido premeditadamente á su hijo Cárlos IX: «En lugar de adornar equella real juventud con todas las virtudes... Deja acercarse á él maestros blasfemos, burladores de la religion; ella hace que le soliciten proveedores, que pone como centinelas á su alrededor; de tal modo pierde toda la vergüenza, que ella misma le sirve de proveedora (1).» (*Discursos maravillosos*). Se decia que habia intentado envenenar todo el ejército del príncipe de Condé.

Madama de Bourdaisiere, abuela de Gabriela, llenaba la córte con sus aventuras. «Tan bella en sus viejos dias, dice Brantome, que no se hubiera dicho sino que estaba en sus juveniles años, de modo que sus cinco hijas, que eran tambien hermosas, no la oscurecian en nada.»

La jóven duquesa de Nevers no conservó mucho tiempo el recuerdo del fin trágico de Cocomas; fue sorpendida en otras citas, lo que dió lugar á uno de los títulos de las pretendidas obras de ingeniosa sátira titulada: *Biblioteca de madama de Montpensier*. El título era: *Manera de andar mucho en poco tiempo, por madama de Nevers*.

Ya se ha hablado de la bella de Sauve, mujer en segundas nupcias de Francisco de la Trencoille, marqués de Noirmontiers.

Ana d'Estrées, marquesa de Cœuvres, hija de madama de La Bourdaisiére y madre de Gabriela, habia dejado á su marido para juntarse con el marqués d'Allegre. Fue asesinada en Issoire cuando los católicos tomaron esta ciudad por asalto (el 28 de mayo de 1677.) Su cuerpo, desnudo, puso de manifiesto cierto singular adorno de aquellos tiempos de libertinaje.

Otras altas damas, tales como la duquesa de Guisa, sostenian relaciones que terminaban casi siempre por asesinatos. Saint-Mesgrin fue asesinado á las once de la noche, saliendo del Louvre, por treinta hombres, á cuya cabeza se creyó reconocer al duque de Mayenne. Llevada la noticia á Gascuña al rey de Navarra, dijo: «Agradezco al duque de Guisa no haber podido sufrir que un doncel le deshonrase; asi es como convendria ataviar á todos estos pequeños galanteadores de la córte, que se acercan á las princesas para requebrarlas.» (L'Estoile).

Margarita de Valois se consolaba en Usson de la pérdida de sus grandezas y de las desgracias del reino, *con solo mirar la blancura de sus brazos*. Segun el padre La Costa, habia triunfado del marqués de Canillac que la guardaba en aquel castillo. Aparentaba tener mucho afecto á la esposa de Canillac. «Lo gracioso del juego, dice d'Aubigne, fue que al punto que su marido (Canillac) habia dado la vuelta para ir á Paris, Margarita la despojó de sus mejores alhajas, la echó fuera del castillo como una mujer despreciable, con todas sus guardias, y Margarita se hizo dueña y señora de la plaza. El marqués se encontró burlado y sirvió de risa al rey de Navarra.»

Margarita lloraba los objetos de su cariño cuando los habia perdido; hacia versos á su memoria y declaraba que les seria siempre fiel.

Aquella misma noche Margarita ya estaba rendida á otro amante y mentia á su amor y á la musa. Habiendo sido decapitado La Mole, suspiró al recordarse de su *bello Jacinto*. «El pobre diablo d'Aubiac, al ir á la horca, en lugar de acordarse de su alma y de su salvacion, besaba un manguito de terciopelo azul que le quedaba en testimonio de los favores de su dama.» Aubiac, cuando vió por la primera vez á Margarita, habia dicho: «*Quisiera ser amado de ella* (2) aunque me costara ser ahorcado algun tiempo despues. «Martigues llevaba á los combates y á los asaltos un perro pequeño que le habia regalado Margarita. D'Aubigne pretende que Margarita habia mandado hacer en Usson las camas de sus damas estremadamente altas con un objeto que la decencia no permite decir.» Pominy, hijo de un calderero de Auverne, de niño de coro que era, llegó á ser secretario y favorito íntimo de Margarita. La misma historia supone prostituida desde la edad de once años á d'Antragues y á Charin; la consiera tambien entregada á sus dos hermanos, Francisco, duque de Alenson y Enrique III. Pero es preciso no creer enteramente á d'Aubigne, hugonote severo, descontento y de un espíritu cáustico. Pibrac y Brantome no hablan como él.

Margarita no amaba á Enrique IV á quien encontraba sucio. «Recibia á Champvallon en una cama alumbrada con hachas entre dos lienzos de tafetan negro... Habia dado oidos á Mayenne, buen servidor, gordo, grueso y voluptuoso como ella, y al asqueroso vizconde de Turena y al viejo rufian de Pibrac, de quien enseñaba las cartas para hacer reir á Enrique IV, y á cierto criado natural de Provenza, Date, á quien habia ennoblecido en Usson y aquel ignorante de Bajaumont,» último amante, figuraba en la larga lista principiada por d'Antragues y que habia continuado con los favoritos ya citados, el duque de Guisa, Saint-Luc y Bussy.

En medio de estos desórdenes, es preciso dar lugar á las rígidas maneras de existencia de los reformados y á la vida austera de aquellos magistrados católicos que se parecian á los romanos del tiempo de Cincinato, trasportados á la córte de Eliogabalo. Duplessis-Mornay era el ejemplo del partido protestante. Su virtud le concedia el derecho de aconsejar á Enrique IV acerca de sus debilidades: en el campo de batalla de Coutras, en el momento en que la accion iba á comenzar, hizo conocer al jóven rey de Navarra que habia introducido el desórden en una familia honrada por un lazo criminal; que debia á su ejército la reparacion pública de este escándalo y á Dios, ante el cual iba tal vez á aparecer, la humilde declaracion de su falta. Enrique se confesó con el ministro Chandien y dijo á los señores de su córte que le querian descaminar. «Ninguno puede humillarse lo bastante ante Dios, ni provocar demasiado á los hombres.» Puesto en seguida de rodillas con sus soldados protestantes, oyó la oracion pronunciada por el ministro protestante. Joyeuse, que mandaba el ejército católico, al ver á los enemigos arrodillados esclamó: «¡El rey de Navarra tiene miedo!—No lo creais, respondió Lavardin; jamás hacen oracion sin haber resuelto vencer ó morir.» Joyeuse perdió la batalla y la vida.

(1) Cambio la palabra del testo.

(2) El testo es mas franco.

Mornay, como Sully, permaneció fiel á su religion cuando Enrique IV abjuró de ella; ultrajado por un caballero jóven, pidió justicia á Enrique IV, quien le respondió: «Señor Duplessis, tengo un gran sentimiento por la injuria que habeis recibido, de la cual participo como rey y como vuestro amigo. Por la primera razon os haré justicia y á mi tambien; si yo no tuviese mas que el segundo título, no encontraríais ninguno cuya espada estuviese mas pronta á desenvainarse, ni que confiara á ella su vida mas alegremente que yo.» Bajo Luis XIII, Mornay habia gozado siempre de consideracion; pero habiendo caido en la desgracia y viéndose obligado á renunciar á su gobierno de Saumur, queria dejar la Francia: «Se grabará sobre mi tumba, decia en tierra estranjera: *Aqui yace el que á la edad de setenta y tres años, despues de haber empleado sin reproche cuarenta y seis al servicio de dos grandes reyes, fue obligado á buscar su sepultura fuera de su patria.*»

Los magistrados católicos ofrecian aun costumbres mas graves y mas santas. Durante muchos siglos no recibieron ni presentes ni visitas, ni cartas, ni mensajes relativamente á los procesos. Les estaba prohibido beber y comer con los litigantes; no se les podia hablar mas que en la audiencia; no podian comerciar; ni se presentaban en la córte sino por órden del rey. La justicia fue al principio un cargo gratuito: los consejeros del Parlamento recibian 5 sueldos *parisis* por dia, el primer presidente 1,000 libras por año, los otros tres presidentes 500 libras; á esto se añadia una capa de invierno y otra de verano. Eran precisos treinta años de servicio para obtener, á título de pension, la continuacion de tan módica paga. Cuando estos magistrados no estaban de servicio, no cobraban sueldo y volvian á enseñar el derecho en las escuelas. Bajo Cárlos IV el Parlamento estaba tan pobre, que el escribano no pude estender el proceso verbal de algunas fiestas dadas en París, porque no tenia pergamino, ni su tribunal dinero para comprarlo. Todos los gastos del Parlamento de París hácia el siglo XIV ascendian á la suma de 11,000 libras, moneda de aquel tiempo.

En cuanto á la ciencia, aquellos antíguos magistrados la consideraban como una parte de sus deberes y desde la infancia hasta la vejez su vida no era mas que un prolongado estudio. «El año de 1545, dice Enrique de Mesmes, hijo del primer presidente de Mesmes, fuí enviado á Tolosa para estudiar las leyes con mi preceptor y mi hermano, bajo la direccion de un viejo caballero cano, que habia viajado mucho tiempo por el mundo. A las cuatro de la mañana estábamos en pie y despues de algunas oraciones á Dios, íbamos á las cinco á los estudios, con nuestros gruesos libros debajo del brazo, nuestras escribanías y nuestros candeleros en la mano.»

De Thon encontró á Cárlos de Lamoignon en Valencia, en donde Cuyas esplicaba á Papiniano; acompañó en Italia á Paul de Foix y á Arnald d'Ossat. De Foix mandaba que le leyeran á la hora de comer en la posada y para descansar leia algunas páginas de Aristóteles y de Ciceron en su idioma original, ó los Sumarios de Cuyas en el Digesto; de Thon era el auditorio y de Chosne, que llegó á ser presidente en Chartres, el lector. El canciller d'Aguesseau cuenta casi lo mismo acerca de la educacion que le dió su padre. «Mi padre nos llevaba casi siempre consigo en sus frecuentes viajes; su carroza venia á ser una especie de clase, donde teníamos la dicha de trabajar bajo la direccion de tan grande maestro. Despues de la oracion de los viajeros, por la cual mi madre comenzaba siempre su marcha, esplicábamos los autores griegos y latinos. . . . . La regla ordinaria de mi padre y de mi madre era reservar para el ejercicio contínuo de su caridad el diezmo de todo lo que recibian. Miraban á los pobres como á sus hijos; de suerte que si tenian 10,000 francos de que disponer, no disponian mas que de ocho, dando los otros dos á los pobres, á quienes miraban como su propia sangre por una adopcion santa y gloriosa para ellos, que ponia á Jesucristo mismo en el número de sus hijos. Pero las calamidades públicas aumentaban casi siempre la parte de los pobres mucho mas allá de esta proporcion.»

A la muerte de uno de los antepasados de Thon, el Parlamento no solo declaró que asistiria á las exequias de su presidente, sino que lloraria su pérdida tanto tiempo como la justicia reinara en los tribunales, declaracion que fue inscrita en los registros. En 1588 las literas y las carrozas comenzaban á estar en uso en la córte; la presidenta de Thon no iba nunca por la ciudad mas que á la grupa detrás de un criado para servir de regla y ejemplo á las demás mujeres.

Es de notar, bajo el reinado de los Valois, á Cristian de Lamoignon: hay ciertas familias así como ciertos hombres, que están largo tiempo buscando su genio, y permanecen desconocidas hasta que lo han encontrado. Los Lamoignon, de bravos y oscuros caballeros, vinieron á ser magistrados ilustres; pero parecian retener algo de su destino primitivo: la toga no fue mas que su cota de armas: la providencia reservó á Malesherves un campo de batalla, un combate glorioso y la muerte por la cuchilla. El Cristian de Lamoignon del siglo XVI habia estudiado bajo la direccion de Cuyas, como su padre Cárlos bajo Alciato; vivió en medio de las guerras civiles. Entre otras aventuras, vino de Bourges á Paris, disfrazado de mendigo; entró en su casa como Ulises pidiendo limosna y allí fue recibido con lágrimas de alegría por sus hermanos y hermanas. Baville no era al principio mas que á manera de una pequeña hospedería donde apenas habia mas que dos ó tres aposentos que dar á los estranjeros; en el mas grande se ponian cuatro camas. En lo sucesivo Biville llegó á ser un palacio donde se juntaba la mejor y la mas ilustre sociedad: madama de Sevigné encontró allí, en una biblioteca célebre, «al padre Rapin y Bourdalone, cuyo espíritu era encantador y de una facilidad muy amena.»

Una anécdota dá á conocer la sencillez de costumbres de aquellos antíguos magistrados: «Claudio de Bouillon, dice el presidente Lamoignon en sus Memorias, habia sido educado con mi difunto padre. Gustaba mucho de contarnos cómo se les conducia á los dos en un mismo asno, en cestos, uno de un lado y otro de otro y que se ponia un pan del lado de mi padre, porque era mas ligero que él, para hacer el contrapeso.»

El primer presidente Le Maitre estipulaba en los arrendamientos de sus tierras: «Que en las vísperas de las cuatro grandes fiestas del año y en tiempo de vendimias estarian obligados á llevarle una carreta cubierta con buena paja dentro, para asentar allí á María Sapi, su mujer, y á su hija Genoveva, como tambien llevarle un borriquillo y una burra para cabalgadura de su camarero, mientras que él, primer presidente, marcharia delante, en su mula, acompañado de su amanuense que iria á su lado.»

Estos hombres tan sencillos, tan doctos, tan íntegros, que descollaban en medio de las generaciones nuevas como los oráculos de lo pasado, eran además jueces intrépidos: no solamente eran los custodios de las leyes, sino hasta sus soldados, digámoslo así, pues sabian morir por ellas.

Brantome hablando del canciller de l'Hopital dice: «Era otro Caton el Censor, que sabia censurar bien y corregir el mundo corrompido. A lo menos tenia toda la apariencia de tal; pues al ver su gran barba blanca, su cara pálida y sus maneras graves, se hubiera dicho que era un verdadero retrato de San Gerónimo.»

«No era conveniente jugar con aquel gran juez y austero magistrado; si alguna vez se manifestaba dulce era allí donde veia la razon... Su amor á las letras dulcificaba algun tanto su rigorismo en la administracion de justicia. Era grande orador y muy fecundo, gran historiador y sobre todo muy divino poeta latino como se ve por muchas de sus obras.»

L'Hopital, poco querido de la córte y sin favor, se retiró pobre á una pequeña casa de campo cerca de Etampes. Se le acusaba de moderantismo en religion y en política, cuando la matanza de la San Bartolomé fueron asesinos á buscarle. Sus criados trataron de cerrar las puertas de la casa. «No, no, dijo, si la puerta pequeña no es bastante para que entren, abrid la grande.»

La viuda del duque de Guisa salvó á la hija del canciller ocultándola en su casa y él mismo debió su salvacion á las súplicas de la duquesa de Saboya. Tenemos su testamento en latin: Brantome lo tradujo al francés.

«Aquellos, dice l'Hopital, que me habian perseguido, tomaban una capa de religion; cuando ellos mismos no tenian piedad ni religion; pero os puedo asegurar que nada les movia mas que el pensar que mientras yo estuviera en ejercicio, no les seria permitido romper los edictos del rey, ni saquear sus haciendas, ni las de sus súbditos.

»Por lo demás, hace cerca de cinco años que paso aquí la vida de Laertes. . . . . y no quiere refrescar la memoria con cosas que he sufrido en este departamento de la córte.»

Los muros de su casa se iban cayendo; costábale trabajo el mantener á sus viejos servidores y una numerosa familia y se consolaba, como Ciceron, con las musas. Pero deseaba ver á los pueblos rettablecidos en su libertad y murió cuando los cadáveres de las víctimas del fanatismo no habian sido todavía comida por los gusanos, ó devoradas por los peces y los cuervos.

Dospues de la jornada de las barricadas, el duque de Guisa fue con su acompañamiento á visitar al primer presidente Aquiles de Arlay. «Se paseaba en su jardin y se admiró tan poco de su venida, que no se dignó siquiera volver la cabeza, ni interrumpir su paseo comenzado; acabado que fue éste, es decir, así que llegó al estremo de la calle de árboles, se volvió, y al volverse vió al duque de Guisa que se le acercaba; entonces aquel gran magistrado levantando la voz dijo: Es gran lástima que el criado persiga al amo. Por lo demás mi alma es de Dios; mi corazon es de mi rey y mi cuerpo está en manos de los malvados; que hagan de él lo que quieran.» La virtud con su desprecio anonadaba el orgullo de la ambicion.

Mateo Molé, durante las revueltas de la Fronda, respondia á las amenazas: «Seis pies de tierra harán siempre justicia al mas grande hombre del mundo.»

Aquí termina la pintura de las costumbres del siglo XVI, con la de los siglos feudales que componen toda la galería de los cuadros del antíguo edificio monárquico de la Francia.

Por lo demás la historia, que así dá cuenta del bien como del mal, debe reconocer hoy dia que los Valois no han sido tratados con imparcialidad. Es preciso datar de su reinado el perfeccionamiento de las leyes administrativas, civiles y criminales; cuéntanse cuarenta y seis de ellas bajo el reinado tan corto de Francisco II; ciento cuarenta y ocho durante el de Cárlos IX; y trescientas treinta bajo el de Enrique III; las mas notables fueron obra del canciller de l'Hopital.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I descendiendo hasta Luis XIII; pero no al siglo de Luis XIV: el *pequeño palacio* de las Tullerías, el viejo Louvre, una parte de Fontainebleau y d'Anet, la capilla de los Valois en Saint-Denis, el palacio de Luxembourg, son ó eran por lo tocante al gusto muy superiores á las obras del gran rey.

La raza de los Valois fue una raza letrada, espiritual, protectora de las artes y conocedora de ellas. La Francia le debe sus mas hermosos monumentos. Jamás en país alguno, ni en ninguna época, la aplicacion de la estatuaria á la arquitectura ha llegado á una altura superior que la que tuvo en Francia durante el siglo XVI. Atenas no ofrece nada mas notable que las cariátidas del Louvre. Luis XIV miraba los artistas como unos obreros; Francisco I como amigos. Luis XIV soberano mas verdadero que los Valois, les fue inferior en inteligencia y en valor. Alrededor de Francisco II, de Cárlos IX y de Enrique III se perciben todavía los restos independientes de la aristocracia; alrededor de Luis el Grande, los descendientes de los fieros señores de la liga no son ya mas que cortesanos, cambiando el orgullo de su independencia por la vanidad de sus nombres, poniendo su honor á servir, no sacando la espada mas que por la causa de un señor. El mismo Enrique IV tiene algo de menos real y menos noble que los príncipes de quienes recibió la corona; todos parecen oscureidos por los Guisas, verdaderos reyes de aquellos tiempos.

La verdad religiosa, bajo el reinado de los últimos Valois, luchó cuerpo á cuerpo con la verdad filosófic y la derribó; hubo choque de lo pasado con el porvea nir; lo pasado triunfó, porque puso á su cabeza á los Guisas.

ENRIQUE IV.

(Desde 1589 hasta 1610.)

Muerto Enrique III el ejército se dividió. Una parte de los católicos permanecieron adictos á Enrique IV; otra, bajo el mando de Vitry y d'Espernon le abandonó. Enrique IV obligado á levantar el sitie de París, se retiró a Dieppe para recibir socorros que esperaba de Isabel. Estaba entonces en aquel estado de desnudez que el pinta á Sully: «Mis camisas están todas rasgadas, mi jubon agujereado por el codo y hace dos dias que almuerzo y como en casa de unos y en casa de otros.»

Los miembros de su consejo estaban advertidos de que trataba de embarcarse para Inglaterra; Biron se opuso á ello: «¡Salir de Francia, esclamó coléricamente, solo por veinte y cuatro horas, es desterrarse para siempre!» Mazeray le atribuye un rudo y elocuente discurso.

Entonces ocurrió el combate de Arques y del Arrabal de Dieppe, Enrique IV recibió y dió muchas estocadas. Al darlas decia las palabras que los reyes cristianísimós pronunciaban al tocar los lamparones: «El rey te toca, Dios te sana.» El campo de batalla inspiraba al Bearnés; su valor era su génio. En la terrible toma de Cahors, donde se batió cinco dias enteros en las calles, herido en diversos sitios, conjurado por sus soldados á retirarse. «Mi retirada fuera de esta ciudad, les respondió, sin haberla asegurado á mi partido, será la retirada de mi vida fuera de mi cuerpo.»

En Coutras dijo á los oficiales que se encontraban delante de él en el momento de la carga: «Separaos, no me ofusqueis, quiero que se me vea.» dijo tambien al príncipe de Condé y al conde de Soissons: «¡Vosotros sois de la sangre de Borbon, vive Dios Yo os haré conocer que soy vuestra línea primogénita.»

Atacado á la vez por el baron de Frinet y por Chateau-Renauld, Frontenac derribó el primero de un golpe de sable y Enrique cogiendo el segundo por el cuerpo le dijo: ¡Rindote, Filisteo!»

En una viva refriega que tuvo cerca de Ivetot con los duques de Parma y de Mayenne, les mató tres mil hombres. Cubierto todo de sangre, despues del combate; decia á los capitanes que le rodeaban: «Vive Dios! Si yo pierdo el reino de Francia, estoy en posesion del de Ivetot.»

En Yory, teatro del gran hecho de armas de su vida, sus palabras tomaron el carácter elevado de su gloria. Se le hablaba de procurar la retirada: «Ninguna retirada, respondió bruscamente, mas que el campo de batalla.»

Schomberg le pidió el pago de sus tropas: «Jamás hombre de corazon, le dijo Enrique, ha pedido dinero la víspera de una balla.» Al dia siguiente arrepintiéndose de aquellas duras palabras: «Señor de Schomberg, le dijo, esta jornada será quizá la última de mi vida; yo no quiero cercenar el honor de un valiente; declaro, pues, que os reconozco por hombre de bien, é incapaz de cometer ninguna bajeza: abrazadme.»— «Señor, respondió Schomberg, Vuestra Magestad me hirió el otro dia, hoy me mata.» Schomberg se hizo matar cerca del rey.

En el momento de ir á la carga el Bearnés, volviéndose hacia los suyos solia decirles: Guardad bien vuestras filas, si perdeis vuestras banderas, cornetas ó guias, este penacho blanco que veis en mi almete os servirá en tanto que yo tenga una gota de sangre; seguidle; le encontrareis siempre en el camino del honor y de la gloria.»

El oficial que llevaba el estandarte real fue herido en un ojo y se retiró de la pelea; las tropas reales comenzaron á huir. Enrique las detiene y les grita: «Volved la cara, sino para combatir, á lo menos para ver como muero.»

Cuando fue pacífico señor de la corona, señaló un dia al mariscal de Estrées uno de los guardias que marchaban á la portezuela de su carroza, diciendo: «Hé aquí el soldado que me hirió en la jornada de Aumale.»

El viejo cardenal de Borbon, á quien se llamaba Cárlos X, murió en su prision de Fontenay en Poitou; no apreciaba á los de la liga, de quienes era entonces el pretendido rey y decia: «El rey de Navarra, mi sobrino, hará su fortuna y mientras yo estoy con ellos, es siempre un Borbon el que reconocen.»

Enrique IV, vencedor de todos sus enemigos, se acercó á París y cerró todas sus avenidas. Este sitio es famoso por las últimas locuras de la Santa Union, por una espantosa hambre y por la generosidad del Bearnés. La *Sátira Penippea* ha descrito la grande procesion, que coloca en la inauguracion de la liga, pero que en realidad es del año 1590. Sus ingeniosos autores solamente han añadido á los frailes y al clero los principales personajes de aquel drama cómico-trágico.

«La procesion fue de este modo: El llamado doctor Rioze, quitando su caperuza rectoral, tomó su trage de maestro de artes con la muceta y el roquete y una gola encima; llevando la barba y la cabeza afeitadas recientemente, la espada al lado y una partesana en la espalda. Los curas Hamilton, Boucher y Lincestres algo mas estravagantemente armados, componian la primer fila, y delante de ellos marchaban tres frailecillos y novicios, con sus hábitos arremangados, llevando cada cual el casco en la cabeza debajo de su capuchon y una rodela colgada al cuello, donde estaban pintadas las armas y divisas de dichos señores. Maese Julian Pelletier, cura de San Jaime, marchaba al lado, unas veces delante, otras detrás, vestido de violeta, á la manera de gendarme escolástico, con la corona y la barba bien afeitadas, una cota de malla en la espalda, con espada y puñal y una alabarda en el hombro izquierdo, en forma de cabo de fila, que suda, empuja y jadea para conservar la alineacion. Despues seguian de tres en tres cincuenta ó sesenta religiosos, tanto franciscanos como jacobinos, carmelitas, capuchinos, mínimos, fuldenses y otros, todos cubiertos con sus capuchones y hábitos abrochados, armados á la antigua católica, segun el modelo de las epístolas de San Pablo; entre otros habia seis capuchinos con morrion en la cabeza, y encima una pluma de gallo, revestidos de cota de malla, la espada á la cintura sobre los hábitos; uno llevaba una lanza, otro una cruz, un venablo, un arcabuz ó una ballesta, todo mohoso por humildad católica; los otros, casi todos llevaban picas que movian frecuentemente, á falta de mejor pasatiempo, escepto un fuldense cojo, que se hacia lugar con una espada y que llevaba ademas una hacha de armas á la cintura, su breviario colgado hácia atrás; haciendo sobre un pie el molinete delante de las damas. A la cola iban tres mínimos, con igual adorno, á saber, sobre sus hábitos llevaban una coraza con la parte de atrás descubierta, el yelmo en la cabeza, la espada y las pistolas á la cintura y cada uno su arcabuz; detrás venia el prior de los jacobinos arrastrando una alabarda surda y tan ligeramente armado como un militar sin paga; yo no ví allí ni cartujos, ni celestinos que se habian escusado por el trato. Pero todos marchaban en muy buen órden católico, apostólico, romano, y parecian antiguos ballesteros de Francia. Quisieron al pasar hacer una salva; pero lo prohibió el legado, por temor de que le hiciera algun daño ó alguno de lo suyos, como el cardenal Cayetan. Despues de estos buenos padres, marchaban los cuatro mendicantes, que se habian multiplicado en muchas órdenes, tanto eclesiásticas como seculares; despues los Diez y Seis de cuatro en cuatro, reducidos al número de los apóstoles, y vestidos lo mismo que se les representa en la procesion del Corpus. Despues de ellos iban los prebostes de los comerciantes, y los regidores, abigarrados de diversos colores; luego el tribunal del parlamento, los guardias italianos, españoles y flamencos de Mr. el lugarteniente; en seguida los cien caballeros recientemente graduados por la Santa Union, y despues de estos algunos veterinarios de la cofradía de San Eloy. Seguian Mr. de Lyon muy suavemente y el cardenal Pelleve muy bajamente, Mr. el legado, verdadero espejo de perfecta belleza y delante de él el dean de la Sorbona con la cruz, de donde pendian las bulas del poder. *Item* venia madama de Nemours, representando la reina madre ó abuela (*indubio*) del rey futuro; venia á la cola la señorita de La Rue, hija del noble y discreto La Rue, antes sastre en el puente de San Miguel y despues uno de los gentiles hombres y consejeros de Estado de la Union y la seguia madama la viuda de Montpensier, con su banda verde, muy sucia de uso, y madama la lugartenienta del Estado y corona de Francia, seguida de las señoras de Bliu y de Bussy le Clerc. Finalmente, avanzaba y se dejaba ver Mr. el lugarteniente, y delante de él dos maceros aforrados de armiño, y á sus lados dos flamencos con cotas de arquero negras, sembradas de cruces de Lorena encarnadas.«

Aquellas burlescas miserias ayudaron algun tiempo al pueblo á soportar el hambre, que bien pronto se hizo sentir en todo su horror. Despues de alimentarse de toda clase de animales, gatos, perros y hasta de las pieles de estos; despues de haber devorado los niños, llegaron á triturarse huesos de muertos de que se hizo polvo y no harina! este pan conservaba

su virtud; el que le comia moria. Madama de Montpensier rehusó cambiar por joyas, valor de mas de dos mil escudos, un perrito que reservaba como su último recurso; las calles estaban sembradas de cadáveres, entre los cuales se arrastraban los medio vivientes. Prostituciones imponentes, pagadas con algunos alimentos viles á manos descarnadas, tenian lugar en aquellos cementerios sin fosas. La vida del hombre se arrastraba apenas, como las culebras, sobre los cuerpos tendidos.

«Mr. de Nemour, saliendo de su casa para ir á visitar algunos puestos hácia las murallas de la ciudad, encontró un hombre que, con aire despavorido le dijo: ¿A dónde vais, señor? No paseis adelante: acabo de ver una mujer medio muerta con una serpiente enroscada al cuello y una porcion de bestias envenenadas junto á ella.» (L'Estoile).

En tanto Enrique IV dejaba que sus soldados dieran vituallas á los parisienses elevándolas sobre el muro con las picas; mandaba poner en libertad á unos aldeanos que habian descargado carretadas de pan en un subterráneo (para introducirlo en París) y hasta les daba algun dinero, diciéndoles: «Id en paz; el Bearnés es pobre; os daria mas, si lo tuviera.» El Bearnés, en efecto, no hacia mas que esperar el resultado de negociaciones y al duque de Parma; distraerse de sus inquietudes con la abadesa de Montmartre; dar principio á una nueva pasion con Gabriela d'Estrées y disfrazarse de aldeano, corriendo mil riesgos para ir á verla á Cœuvres.

El duque de Parma le obligó, por último, á levantar el sitio. Sixto V murió cansado de la liga. Gregorio XIV sucesor de aquel pontífice, publicó cartas monitoriales contra Enrique. El caballero de Aumale fue muerto en Saint-Denis, cuyo punto habia querido sorprender. Lanoue corrió igual suerte delante del castillo de Lamballe combatiendo por el rey: «Buen guerrero, decia Enrique y sobre todo muy hombre de bien.» El duque de Mercœur hacia la guerra en Bretaña por su propia cuenta, y mantenia relaciones con Felipe II. El jóven duque de Guisa, hijo del Acuchillado se fugó de la prision y los Diez y Seis concibieron el proyecto de casarlo con una infanta de España y darle la corona. Los señores Brisson, Larcher y Tardif fueron ahorcados por los de la liga. El duque de Mayenne volvió á Paris, é hizo colgar á cuatro de los Diez y Seis. Allí concluyó la autoridad de aquel comité de seguridad de la liga; no le habia faltado audacia y genio; pero la multitud de potestades superiores á la suya le impidieron obrar. Los miembros del comité, en lugar de ejecutar sus proyectos públicamente, como un poder reconocido, se vieron obligados á obrar en secreto como conspiradores, lo cual les hizo menguar su autoridad. No tendian á la libertad; aspiraban á un cambio de dinastía; despues del suplicio de sus compañeros no fueron nada: la horca los deshonró.

El duque de Parma volvió á entrar en Francia para hacer levantar el sitio de Rouen, y lo consiguió. El viejo mariscal de Biron fue muerto en la batalla d'Espernay. El duque de Parma murió en los Paises-Bajos: gran capitan que fijó el arte moderno de la guerra. El duque de Espernon, conociendo que los negocios del Bearnés mejoraban, volvió á la córte ó mas bien al campo; porque entonces el Louvre era una tienda de campaña (1590, 1591, 1592).

Los Estados de la liga, fueron convocados en París y arruinados por el ridículo y por las pretensiones de diversos candidatos á la corona. Los españoles pidieron la abolicion de la ley sálica, á fin de que recayera el cetro en su infanta. El Parlamento dió un decreto en favor de aquella ley y triunfó de los Estados. El duque de Mayenne, descontento de los españoles abrió conferencias en Surena con los católicos. Enrique abjuró en la iglesia de Saint-Denis, el 25 de julio de 1593 y se hizo despues consagrar en Chartres; se remendó su jubon por una suma de algunos maravedises, cuyo recibo existe aun: no estaban mal aquellos remiendos bajo el manto real enteramente nuevo del Bearnés.

Enrique IV se encontró desde su nacimiento y por las cualidades de su vida, á la cabeza de la reforma y de las ideas nuevas; pero la reforma estaba en minoría contra el antiguo culto y las ideas viejas. Los franceses católicos rechazaban un rey protestante, á pesar de su título hereditario; tenian derecho para ello, como le tuvieron los ingleses para rechazar un rey católico. La liga, culpable hácia el último de los Valois, era inocente hácia el primero de los Borbones á menos de sostener que las naciones no son aptas para mantener el culto que han elegido y las instituciones que les convienen. El peligro era inminente; los Estados estaban ilegalmente convocados sin duda, pero eran formidables, porque todo cuerpo político en un momento de crísis tiene una fuerza prodigiosa. La España apoyada en la córte de Roma y en las preocupaciones populares, estaba pronta, aliándose al príncipe de Lorena á disponer del trono. El heredero legítimo no se podia defender mas que con soldados estranjeros, triste recurso para un rey nacional; los protestantes que le apoyaban eran un pequeño número y mas bien inclinados á la aristocracia que á la monarquía; los católicos adiptos á su persona no le seguian sino porque habia prometido instruirse en la religion. No le quedaba á Enrique mas que un partido que tomar, el de abjurar; este fue un asunto entre él y sú conciencia; si vió la verdad del lado donde vió la corona, tuvo razon en cambiar de altar. Sin embargo, es sensible que por lo tocante á su abjuracion escribiese á Gabriela: «El domingo es cuando daré el asalto peligroso.»

Una vez unido al clero y á las grandes masas populares, no tuvo mas que comparar uno por uno los gobernadores de las diversas ciudades. Los hidalgos se habian apoderado de las fortalezas y de las ciudades, del mismo modo que al principio de la raza capetiana; se hubieran visto renacer señores feudales si las costumbres hubiesen sido las mismas y si el tiempo del feudalismo no hubiera ya pasado. Enrique IV tomó muchos castillos, como Luis el Gordo y compró los restantes. El espíritu aristocrático espiraba. Paris abria sus puertas á Borbon el 22 de marzo de 1594. El poder absoluto que comenzaba, suprimió todos los escritos de aquella época y prohibió bajo pena de la vida su impresion y venta. Francisco I habia sentido el primer instinto contra la libertad de la prensa. Enrique IV concibió la primera razon.

En 1594 Juan Chatel hirió á Enrique IV de una cuchillada en un labio, y los Jesuitas fueron desterrados de Francia. En 1595 ocurrió el encuentro de Fontaine-Francaise, uno de los mas furiosos que ha habido en ningun tiempo. Enrique combatió con la cabeza desnuda y con todo el entusiasmo de un jóven soldado. Despues del combate escribió á su hermana: Has estado casi á punto de heredarme.»

El rey fue absuelto por el papa. El duque de Mayenne se sometió (1596). Cuando Enrique entró en París, la sola venganza que tomó contra madama de Montpensier fue jugar con ella á los naipes; la sola venganza que ejerció con su hermana el duque de Mayenne, obeso y torpe, fue hacerle pasar á prisa por un jardin.

Se promulgó el edicto de Nantes, se firmó el tratado de Vervins (1598). Se verificó el casamiento de Enrique con María de Médicis, el primer año del siglo XVII. ¿Cómo no se habrian cansado todavía de los Médisis?

Ocurrió la conspiracion del mariscal de Biron y la muerte de Isabel, reina de Inglaterra. El primer Estuardo, Jaime I, ascendió al trono de la Gran Bretaña en la época en que el primer Borbon ponia en tus sienes la corona de Francia. De esa fecha datan el establecimiento de las manufacturas de seda, tapicería, loza y vidriería y la colonizacion del Canadá. No se creia tratar mas que de asuntos del comercio y se trataba de la política; la propiedad industrial vive de la libertad y con el acrecentamiento del bienestar se aumentan las luces. Enrique IV que provocaba por todos los medios las pasiones, que no fue escuchado ni de madama de Guercheville, ni de Catalina de Rohan, ni de la duquesa de Mantone, ni de Margarita de Montmorency, vió al príncipe de Condé, marido de la última, retirarse con ella á Bruselas. ¿Este príncipe de Condé era hijo de Enrique IV, por Carlota de Tremoille, acusada de haber envenenado á su marido para ocultar su embarazo? Se pretende que Margarita de Montmorency, apremiada por Enrique IV le decia: «Malvado, quereis seducir (1) la esposa de vuestro hijo, pues que sabeis bien que lo era segun me lo habeis dicho.» (*Memorias para servir á la Historia de Francia.*)

Enrique IV, ó con el designio de perseguir el objeto de su nueva pasion, ó por realizar un proyecto de república cristiana, iba á llevar la guerra á los Paises-Bajos, con el pretesto de la sucesion de Cleves y de Juliers, cuando fue detenido por uno de aquellos enviados secretos de la muerte que ponen la mano en los reyes (14 de mayo de 1610). Estos hombres surgen súbitamente y se abisman al punto en los suplicios; nada les precede, nada les sigue; aislados de todo, no están pendientes en el mundo mas que de su puñal; tienen la misma existencia y las propiedades, si así puede decirse de una cuchilla; pues no se les ve sino un momento á la luz del golpe con que

MUERTE DE COLIGNI.

hicieren. Ravaillac estaba bien cerca de Jacobo Clemente; es un hecho único en la historia, que el último rey de una raza y el primero de otra hayan sido asesinados de la misma manera, por un solo hombre, en medio de sus guardias y de su córte, en el espacio de menos de veinte y un años. El mismo fanatismo animó á los dos asesinos; pero uno inmoló un príncipe católico, el otro un príncipe que se creia protestante. Clemente fue el instrumento de una ambicion personal. Ravaillac, como Louvel, el ciego mandatario de una opinion.

Se ha hecho notar muchas veces que la segunda aristocracia vino á concluir en Arques, Ivry y Fontaine-Francaise, como la primera en Crecy, Poitiers y Azincourt. Desapareció de hecho y de derecho, porque Enrique IV publicó un edicto, en virtud del cual la profesion militar no ennoblecia. Todo hombre de armas, bajo Luis XII, era hidalgo, así como todos los paisanos que habian adquirido un feudo y lo poseian militarmente. El artículo 258 de la ordenanza de Blois de 1570 habia destruido la nobleza que resultaba de un feudo. Luis XV, en 1750, restableció la nobleza adquirida á precio de sangre; pero el golpe estaba dado. Enrique IV, este soldado, habia querido que las armas permaneciesen en el estado llano: el ejército hecho plebeyo, dejó á la gloria el cuidado de ennoblecerle.

Se tiene una idea falsa de la manera con que los Borbones llegaron al trono. Por una parte no se ha visto mas que la matanza de la San Bartolomé, los furores de la Liga, las intrigas de Catalina de Médicis, los desórdenes de Enrique III y la ambicion de

(1) No está conforme á la lisura de texto.

los príncipes de Lorena; por otra no se ha echado de ver mas que la valentía, el espíritu y la lealtad de Enrique IV; se ha creido que todos los partidos habian sido fieles á sus doctrinas, que habian seguido constantemente sus banderas respectivas, que los servicios habian sido recompensados, las injurias castigadas y que en fin cada uno habia sido retribuido segun sus obras. Esta no es la verdad histórica. Todo pasó como en nuestros dias; se cedió á las necesidades, á los intereses creados por el tiempo. El vencedor de Ivry no subió al trono con botas y espuelas al salir de una batalla: capituló con sus enemigos y sus amigos no tuvieron frecuentemente por toda recompensa mas que el honor de haber compartido su mala suerte.

Brissac, La Chatre y Bois Dauphin, mariscales de la liga, fueron confirmados en su dignidad. Lavardin, Villars, Balagni, y Villeroy disfrutaron el favor de Enrique IV. Por el artículo 10 del edicto de Folembray, las deudas mismas del duque de Mayenne fueron pagadas y declaradas deudas de la corona. El Bearnés era ingrato y fanfarron, olvidaba mucho y agradecia poco. «Subid, dice la duquesa de Rohan, en su ingeniosa sátira apologética, subid la escalera, entrad hasta su antecámara; oireis los caballeros que dirán: Yo espuse mi vida tantas veces en su servicio: le he seguido tanto tiempo; he sido herido; he sido prisionero; perdí á mi hijo, mi hermano ó mi padre; y no me reconoce: y me trata con aspereza si le pido la menor recompensa.... Sus efectos hablan y dicen en buen lenguaje: Amigos mios, ofendedme, yo os amaré; servidme y os oborreceré.»

Enrique dejó morir de hambre al fiel paisano que habia favorecido su fuga, cuando él, Enrique, estaba en Paris prisionero de Cárlos IX. A la muerte de Enrique III, Enrique IV habia dicho á Armando de Gontaud, baron de Biron: «Ahora es cuando es preciso »que pongais la mano derecha en mi corona: venid á »servirme de padre y de amigo contra estas gentes »que ni me quieren ni os quieren.» Enrique hubiera debido guardar la memoria de estas palabras; debiera acordarse, que Cárlos de Gontaud, hijo de Armando, habia sido su compañero de armas; que la cabeza de aquel que habia puesto *la mano derecha en su corona* habia sido arrebatada por una bala de cañon, y no debia el Bearnés juntar la cabeza del hijo con la del padre. El gran maestre de los suplicios, Richelieu, desaprobaba el de Biron como inútil.

Pero la valentía de Enrique IV, su espíritu, sus palabras felices y alguna vez magnánimas, su talento oratorio, sus cartas llenas de originalidad, viveza y fuego; sus desdichas, sus aventuras y sus amores, le harán vivir eternamente. Su fin trágico no ha contribuido poco á su renombre; perder la vida á tiempo es una condicion de la gloria. Enrique IV era un buen administrador; mostró habilidad haciendo vivir en paz á hombres que se detestaban, particularmente sus ministros, hombres de capacidad, pero antipáticos unos á otros y salidos de partidos diferentes. Los Borbones no han contado mas que cinco reyes en su corta monarquía absoluta; en estos cinco reyes tienen dos grandes príncipes y un mártir. Esta sangre no era estéril.

Además todo el siglo de Luis XIV se calló por lo tocante al abuelo de los Borbones. El gran rey no permitia otro ruido que el suyo. Apenas se encuentra el nombre de Enrique IV en un folleto de la Fronda, que estableció un diálogo entre *el rey de bronce y la Samaritana*; la obra de Perefiye estaba olvidada. Un poeta que con celebridad ha hecho renacer la de otros muchos, Voltaire, resucitó la del vencedor de Ivry; el genio tiene el bello privilegio de distribuir la gloria.

Desde el principio de la tercer raza hasta los Valois, no habia habido en Francia guerra civil propiamente dicha. Las guerras feudales eran guerras de soberano á soberano, porque los señores eran verdaderos príncipes independientes. Si la mitad de la Francia tomó las armas contra la otra bajo Cárlos V, Cárlos IV y Cárlos VII, es que la Francia estaba partida entre dos soberanos, el rey de Francia y el rey de Inglaterra. Una guerra civil se encendió bajo Luis XI y bajo Cárlos VIII, pero no duró mas que un momento. Desgraciadamente fue la religion la que dió orígen á las largas guerras civiles de la Liga. Sin embargo de que esta especie de guerras causan grandes males á la especie, son favorables al individuo; ponen en juego las cualidades personales; jamás aparecen á la vez tantos hombres notables como durante las guerras intestinas de los pueblos. Casi siempre los tiempos que siguen á estas discordias son tiempos de brillo, de prosperidad, de progreso, y á manera de ricas mieses que se elevan en los campos abonados.

Algunos hechos principales constituyen la revolucion de la época que acabamos de recorrer.

La segunda aristocracia pierde el resto de su poder; los hidalgos no quieren ya ser mas que oficiales del ejército democrático pronto á formarse bajo Luis XIII y Luis XIV.

La monarquía de los Estados concluyó con los Valois: bajo Luis XIII no se manifestó mas que un momento como para dar el último suspiro.

La monarquía parlamentaria llegó al mas alto grado de su poder, y vino á espirar, por abuso de su fuerza, en los debates de la Fronda.

La monarquía absoluta subió, en efecto, al trono con el primer Borbon; no faltaba á esta monarquía mas que vencer algunos obstáculos que superó Richelieu

Los Estados, durante las guerras civiles, no correspondieron á lo que debia esperar de tan grande corporacion, sea que rechazase, sea que adoptase las nuevas opiniones; lo cual prueba que no habian entrado en las costumbres ó en las libertades del país. Estos Estados consumaron actos notables de legislacion civil y administrativa, pero no manifestaron ningun genio político; fueron dominados por caractéres individuales. Cuando el órden reapareció, bajo Enrique IV, el espíritu humano despues de haber removido tantas ideas, despues de haber pasado al través de tantos crímenes se habia engrandecido; pero el gobierno se habia estrechado. El parlamento, rival victorioso de la representacion nacional, daba decretos políticos, disponia de la regencia y rehusaba ó aprobaba el impuesto; habia dos poderes legislativos. Los sabios, las gentes de letras y los escritores, que daban la preferencia á la toga, hacian oposicion á la autoridad de las tres órdenes; los Estados de la liga acabaron de perder la consideracion de las asambleas que, luchando, sin cesar, contra los abusos del feudalismo, de la corona, del Parlamento y del pueblo, no habian podido jamás contener el despotismo real, refrenar las injusticias aristocráticas, detener las impiedades de la magistratura, ni encadenar las violencias populares.

El edicto de Nantes constituyó el estado civil y religioso de los protestantes: obtuvieron culto público, consistorios, escuelas y rentas, y hasta fuerzas militares para proteger sus establecimientos. Los noventa y dos artículos generales del edicto y los cincuenta y seis particulares, casi reprodujeron las disposiciones del edicto de Poitiers y los convenios de Flex y de Bergerac. Un codicilo secreto permitia á los calvinistas guardar algunas plazas para su seguridad durante ocho años.

Las concesiones no estaban desgraciadamente mas que *otorgadas*, Enrique IV las respetó; pero Richelieu y Luis XIV juzgaron que lo que estaba acordado se podia anular. Los protestantes sostuvieron tres guerras contra Luis XIII. El duque de Rohan, su jefe, llamó los ingleses en su socorro; fueron batidos; la Rochela cayó, y Luis XIV, despues de una larga série de seducciones y persecuciones, revocó el edicto de Nantes en 1668.

A contar desde la conjuracion d'Amboise, 1560, hasta la publicacion del edicto de Nantes, en 1599, corrieron treinta y nueve años de asesinatos, de guerras civiles y estranjeras, mezclados de algunos momentos de paz: es casi el período que ha recorrido la última revolucion. Aquel tiempo de la San Bartolomé y de la liga es la época del terror religioso, de donde salió la monarquía absoluta, como el despotismo militar salió del terror político de 1793. No corrió menos sangre francesa en las guerras y las matanzas del siglo XVI que en las matanzas y las guerras de la revolucion. «Durante estas guerras (de la liga) han muerto prematuramente y antes de tiempo, mas de dos millones de personas, tanto de muerte violenta como de necesidad y pobreza, por hambre y de otra suerte.» *(Vida y comportamiento de Enrique el Bearnés.)*

Fue disipado un capital inmenso; las deudas del Estado ascendieron bajo Enrique IV, á trescientos treinta millones de la moneda de aquel tiempo, sin contar las otras sumas absorbidas y no convertidas en deuda pública, como se va á ver por las autoridades siguientes: «El pobre pueblo habia sido de tal modo despojado, vejado, saqueado, tiranizado y subsidiado, sin ningun descanso ni medio de respirar, que no le quedaba medio alguno de vivir, estando como desesperado y resuelto á dejar el país de su nacimiento para ir á vivir en tierra estranjera, por que, despues del dicho tiempo la ciudad de Paris y sus comarcas habian dado treinta y seis millones de libras, ademas de otra suma de sesenta millones de libras ó cerca, que habian sido dadas por el clero de Francia, sin los dones, empréstitos y subsidios levantados estraordinariamente, tanto en la dicha ciudad como en los otros paises de las provincias del reino: suma suficiente no solo para conservar el estado de Francia, sino tambien unida al terror del antiguo nombre de los franceses, para hacerla formidable á todos los otros príncipes, potentados y naciones.» *(Vida y muerte de Enrique de Valois.)*

Los hugonotes en los paises que ocupaban, destruian los monumentos católicos y se apoderaban de los bienes del clero. Muchos sacerdotes se casaron y permanecieron, sin embargo, católicos; sus casamientos fueron sancionados por la córte de Roma y legitimados sus hijos. La córte, por su lado, no se abstuvo de los bienes ecleciásticos.

Su reinado (de Cárlos IX) ha sido tambien tachado de haber causado muchas vejaciones á los eclesiásticos, tanto por parte de dicho monarca, como por malevolencia de los hugonotes: éstos perseguian al clero con homicidios y espoliando los templos y aquel lo abrumaba exigiéndole grandes décimas y enajenando y vendiendo los fondos y temporalidades de la Iglesia, de todo lo cual sacó mucho dinero.» (BRANTOME)

Los diputados del clero de Francia, reunidos en Melun representaron á Enrique III que: «en muchos obispados y arzobispados no habia pastor, y que por lo tocante á las abadías y demás grandes beneficios que tambien carecian de pastores, podia casi decirse que el número era infinito. En las ciento treinta y cinco diócesis que habia en Langüedoc y en Guiena no se habia podido hacer el santo óleo durante muchos años por falta de residencia de los prelados, por enfermedades de algunos y por no hallarse otros legítimamente instituidos: de manera que á cada momento ocurria la necesidad de tener que ir á mendigarlo á los pueblos de la montaña española. Ademas ningun rey antes que él (Enrique III) habia consentido la institucion de tantos economatos, ni asignado tantas pensiones en beneficio de mujeres (la mayor parte *cortesanas)* y otras personas legas sobre los bienes de la Iglesia, sufriendo, lo que aun es peor, que se desmembrara, vendiera é hipotecara el patrimonio de Dios. Que hacia ademas autorizar y justificar todas esas tropelías por medio de decretos y leyes públicas en su gran consejo, donde con el dinero procedente de la venta de un obispado habian sido pagadas las deudas del vendedor y donde una abadía habia sido adjudicada á una dama á título de donativo y con declaracion de que despues de su muerte la gozarian sus herederos por iguales porciones.» *(Vida y muerte de Enrique de Valois.)*

Estas cosas que los católicos reprochaban á Enrique amargamente, las aprobaban en Cárlos IX.

La venta, ocupacion y goce de los bienes de la Iglesia por los seglares, iban acompañadas de la ocupacion, goce y venta de los bienes de los particulares, como en la revolucion. Muchos edictos y declaraciones mandaron la confiscacion de los bienes de los hugonotes. El Parlamento, en 1589, dió un decreto *para proceder á la venta de los de la nueva opinion... á fin de no ser privados del fruto y socorro esperado de las ocupaciones y ventas de los bienes y herencias de los de la nueva opinion.*

Un reglamento del duque de Mayenne del mismo año, exigió el juramento á la Union católica por parte del clero, de la nobleza, del tercer estado, de los habitantes de las ciudades y de los campos, etc. Este juramento debia ser prestado en la quincena del dia de la publicacion del reglamento. El artículo 9 dice: «Despues de la dicha quincena, *se procederá á la ocupacion de los bienes muebles é inmuebles de todos los que hayan rehusado hacer el dicho juramento*, sea eclesiástico, noble, ó del tercer estado; y si en un mes despues de la dicha ocupacion, no le quisiesen hacer, ó no hayan propuesto escusa valedera, de ausencia ó legítimo impedimento, serán tenidos y reputados por enemigos de Dios y del Estado, y se *llevará adelante la venta de los dichos muebles*, etc.»

Se ve, pues, que los asesinatos, las injusticias, las espoliaciones, no son como se ha creido, particulares á nuestros tiempos revolucionarios. Los terroristas de la San Bartolomé y de la liga, eran aristócratas nobles, reyes, príncipes y caballeros, Cárlos IX, Enrique III, el duque de Guisa, Tavannes, Clermont, Coconas, La Mole, Bussy d'Amboise, Saint-Mesgrin y tantos otros; no solamente arrojaron los habitantes de Paris sobre los hugonotes, sino que ellos mismos tiñeron sus manos en sangre. Los setembristas y los terroristas de 1792 y de 1793 eran demócratas plebeyos; ademas de los homicidios individuales que cometieron, inventaron el asesinato legal, horrendo crímen que hace desesperar de Dios; porque si la justicia de la tierra puede alguna vez armarse del hierro del asesino, ¿dónde está la justicia del cielo? ¿Qué queda á los hombres?

El terror de la San Bartolomé y de la liga fue aprobado por la gran mayoría de la nacion. Se miró este terror como *necesario*. No se encontró contra Cárlos IX, que hoy dia nos causa tanto horror, un solo escrito de sus contemporáneos católicos; por el contrario, es alabado de casi todos los hombres de mérito de la época, de Tillet, Brantome y Ronsard, mientras que Enrique III es agobiado de ultrajes.

He citado frecuentemente los folletos de la liga, porque en ellos se sigue mejor el movimiento de las opiniones. Es la primera vez que la prensa ha hecho un papel importante en las revueltas políticas; por ella el pensamiento habia llegado á ser, como en nuestros dias, un elemento social, un hecho que se mezcla con los otros hechos, y le comunica una nueva vida. La pluma era tan activa como la espada. Como cada uno tenia libertad entera en su partido, y no era proscripto mas que en el otro, habia raalmen-

te libertad del pensamiento. Las imaginaciones audaces de los Rabelais, el *Tratado de la servidumbre voluntaria* de La Boetie, los *Ensayos* de Montaigne, *La sabiduría* de Charron, la *República* de Bodin, los escritos-polémicas, el *Tratado* donde Mariana llega hasta defender el regicidio, prueban que se osaba examinarlo todo. Como la sucesion á la corona era disputada, los católicos, dividiéndose con este objeto, examinaban atrevidamente los principios de la monarquía, y los protestantes soñaban en la república aristocrática. La libertad política y la libertad religiosa tuvieron un momento plena licencia, apoyándose en la libertad de la prensa, su compañera, ó mas bien su madre. Pero aquel horizonte, que se abrió un momento en el espíritu humano, se cerró completamente. La reaccion que sigue á la accion cuando la accion no es consumada, precipitó á la Francia bajo el yugo.

En suma, las guerras civiles religiosas del siglo XVI que duraron treinta y nueve años, produjeron los asesinatos de la San Bartolomé, vertieron la sangre de mas de dos millones de franceses, devoraron cerca de tres mil millones de nuestra moneda actual, produjeron el secuestro y la venta de los bienes de la Iglesia y de los particulares, hicieron perecer dos reyes, Enrique III y Enrique IV, de muerte violenta y dieron principio al proceso criminal del primero de estos reyes. La verdad religiosa, cuando es falseada, no se entrega á menos escesos que la verdad política cuando ha traspasado su fin.

Ahora cesaré de referir hechos y costumbres que no tienen nada de característico ó pintoresco. Las costumbres del siglo XVII, no las opiniones, eran casi las que precedieron inmediatamente á la época revolucionaria. Los franceses que hablaron la lengua de Luis XIII, de Luis XIV y de Luis XV, están tan cerca de nosotros, que parece que los hemos visto vivir. No hace mucho tiempo que murieron ancianos que habian conocido á Fontenelle. Fontenelle habia nacido en 1657, y d'Espernon habia muerto en 1642. La viuda del duque de Angulema, hijo natural de Cárlos IX, vivió hasta el 10 de agosto de 1715. Algunas reflexiones generales sobre los cuatro reinados de monarquía absoluta terminaron este *análisis razonado* de la historia de Francia.

LUIS XIII, LUIS XIV, LUIS XV LUIS XVI.

(Desde 1610 hasta 1793).

El Parlamento confirió la regencia y la tutela de Luis XIII á María de Médicis. Sully (1611) se retiró de la córte; habia pagado doscientos millones de deudas, sobre treinta y cinco millones de renta, y dejó treinta millones en la Bastilla. Generalmente no se sabe que este rígido y fastuoso protestante, ministro hábil por otra parte, que vivia en su retiro como un último baron de la aristocracia, entretuvo sus graves momentos de ocio escribiendo sobre la antigua córte *Memorias* tan deshonestas como las de Brantome.

El duque de Mayenne murió sin haber entrado nunca de lleno en la liga, ni en las maquinaciones de su hermano; tenia mas buen criterio que el Acucihllado, y aquel espíritu vulgar conveniente á los negocios.

Concini, marqués d'Ancre, y su mujer, gobernaron á María de Médicis. Todo quedó reducido á discordias de córte, retirada de los príncipes y pequeñas guerras civiles mezcladas de protestantismo (1614) Reuniéronse los últimos Estados Generales en 17 de octubre de 1614. El primer voto de los Comunes de Francia, cuando fueron llamados á los Estados por Felipe el Hermoso, para oponerse á las intrusiones de Bonifacio VII, fue concebido en estos términos: «Dignese el señor rey guardar ilesa la soberana franquicia de su reino, que es tal que en lo temporal no reconoce superior en la tierra, fuera de Dios.» El último voto de los Comunes, en los Estados de 1614, fue este:

«Se suplica al rey mande que los señores sean obligados á libertar en sus feudos todos los siervos.»

El primer voto del tercer estado al salir de la larga servidumbre de la monarquía feudal, es una restauracion para la libertad del rey; su último voto, en el momento en que entra otra vez en la esclavitud de la monarquía absoluta, es una reclamacion en favor de la libertad del pueblo; es nacer bien y morir bien. Ya he dicho por qué la monarquía de los Estados no puede establecerse en Francia.

Richelieu, cuyo génio (felizmente para él) no era adivinado por nadie, fue nombrado secretario de Estado por la proteccion del mariscal d'Ancre.

Este mariscal (1617) fue preso por Vitry y asesinado por el pueblo. Su mujer tuvo la cabeza cortada, segun dice cierta famosa espresion que Voltaire arregló algo. Se dieron los bienes del mariscal d'Ancre á Luynes, favorito de Luis XIII. Luynes habia llegado á ser favorito del rey criando picazas manchadas. Surgieron desavenencias entre Luis XIII y su madre.

(1621) Guerra religiosa renovada por Rohan y Soubize. Las ideas políticas se habian aclarado en la cabeza de los protestantes: querian hacer de la Francia una república dividida en ocho círculos.

Richelieu, hecho cardenal, entró en el consejo (1624). El mariscal de Luynes le habia protegido despues del mariscal d'Ancre. Su flexibilidad hizo su fortuna, y su orgullo su gloria. Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, se casó con Cárlos I rey de Inglaterra (1625).

El año 1626 vió comenzar las cábalas contra el cardenal Richelieu, alentadas por Gaston, hermano del rey, que estraviaba á sus amigos y huia siempre.

Richelieu abatió á un mismo tiempo á los grandes, á los hugonotes y á la casa de Austria. Ocurrió en esa fecha la trágica historia del duque de Montmorency y de Cinq-Mars.

Todas las libertades murieron á la vez, la libertad política en la disolucion de los Estados, la libertad religiosa en la toma de la Rochela, donde la fuerza de los hugonotes quedó anonadada y dió lugar al edicto de Nantes que no fue mas que la consecuencia de la desaparicion del poder material de los protestantes. La libertad literaria pereció á su vez; se habia pasado de la escuela inocente, sencilla, original d'Amyot, de Rabelais, de Marot, de Montaigne, á la escuela artificial é hinchada de Ronsard. Entonces se instituyó la Academia francesa, alto tribunal de lo clásico, que hizo comparecer ante sí, como primer acusado, al génio de Corneille. Racine vino despues á imponer á las letras el despotismo de sus obras maestras, como Luis XIV el yugo de su grandeza á la política. Bajo el yugo de la admiracion, Chapelain, Coras, Leclec y Sain-Amand, sostenian en vano, en sus obras perseguidas, la independencia de la lengua y del pensamiento; por último, expiaban la libertad de decir mal bajo la crítica de los versos de Boileau, apelando de la servidumbre de su siglo á la posteridad libre. Tuvieron razon en reclamar contra la severidad de las reglas y la proscripcion de asuntos nacionales; pero no la tuvieron en ser malos poetas.

El primer ministro murió detestado y admirado, el mismo año que la viuda de Enrique IV murió en Colonia en la última miseria. Durante el reinado del cardenal Richelieu, se ven arrastrarse algunos hombres de lo pasado y aparecer algunos hombres del porvenir: Guisa y d'Espernon; Turena, el jóven Villars y el jóven Condé; d'Espernon es el solo favorito que ha llegado á ser un personaje por un imperturbable alarde de mediania. A fuerza de vivir y de insultar consiguió aquel hombre de mediana condicion

por hacer creer que era un gran señor. No apareció del todo inocente del asesinato de Enrique IV. Los súbditos, como el jefe supremo, se inclinaban al despotismo; se iba llegando poco á poco á la admiracion del poder.

Luis XIII, muerto en 1643, fue colocado entre Enrique IV y Luis XIV, como Luis el Jóven entre Felipe Augusto y San Luis. Fue tan intrépido como su padre y no tuvo nada de la grandeza de su hijo. No hay mas que una cosa sola y que un solo hombre en el reinado de Luis XIII, Richelieu. Apareció como una personificacion de la monarquía absoluta, que venia á dar muerte á la vieja monarquía aristocrática. Este génio del despotismo se desvaneció y dejó en su lugar á Luis XIV, encargado de sus plenos poderes.

El parlamento de Paris dió la regencia y la tutela á Ana de Austria, como la habia dado á María de Médicis en 1610 y aquí acabó su usurpacion legislativa.

La monarquía parlamentaria, sobreviviendo á la monarquía de los Estados, alcanzó bajo la minoría de Luis XIV, la cumbre de su poder; volvió á traer sus guerras; sus decretos servian de taco á sus cañones. En su reinado de un momento, tuvo por magistrado á Matthieu Molé, por prelado, al cardenal Retz; por heroina, á la duquesa de Longueville; por héroe popular, el hijo de un bastardo de Enrique IV y por generales á Condé y Turena. Pero esta monarquía neutra, que no era ni la monarquía absoluta, ni la monarquía templada de los Estados, esta monarquía, que se colocaba entre la una y la otra, que no queria ni la servidumbre ni la libertad, que no aspiraba mas que á la ruina de un ministro astuto y hábil; esta monarquía, venida en pos de algunos príncipes enredadores y facciosos, pasó pronto. Luis XIV, llegado á la mayor edad, entró en el Parlamento con un látigo, cetro y símbolo de la monarquía absoluta, y los franceses fueron amarrados al yugo por ciento cincuenta años.

Junto á la comedia de Mazarino se representaba la tragedia de Cárlos I, y Mazarino reconoció humildemente al Protector. La monarquía de los Estados habia comenzado en Francia y en Inglaterra casi en un mismo instante durante los siglos bárbaros, y fué á parar casi en el mismo momento durante el siglo XVII, en Inglaterra á la monarquía representativa, y en Francia á la monarquía absoluta. La reforma religiosa que intentó Enrique VIII tuvo buen éxito, y la reforma religiosa que ensayaron los hugonotes abortó: de esta diferencia de fortuna en la verdad religiosa nació quizá la diferencia de posicion en la verdad política. Las guerras parlamentarias de la Gran Bretaña fueron las últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa espirando; las guerras de la Fronda, los últimos esfuerzos de la independencia francesa muriendo: la Inglaterra pasó á la libertad con una frente severa; la Francia al despotismo riendo.

El tratado de los Pirineos puso fin á la guerra entre Francia y España y estipuló el casamiento de Luis XIV y la infanta María Teresa (1659). Se verificó la restauracion de Cárlos II en 1660 y se llevó á cabo el casamiento de Luis XIV en el mismo año. En 1661 murió Mazarino, hombre hábil, paciente, insensible á la injuria, y apegado á la vida. Arresto de Fouquet. Principio de la elevacion de Colbert. Luis XIV sale de la sombra á la muerte de Mazarino. Conquista de Flandes. Luvois era ministro de la Guerra; Turena, Condé, Crequi, Grammont y Luxembourg eran generales y capitanes (1667).

Conquista del Franco Condado. Triple alianza entre Inglaterra, Suecia y la Holanda. Paz entre Francia y España.

La Francia retiene las conquistas de Flandes y cede el Franco Condado. Conversion de Turena, convencido por la *Esposicion de la fe* de Bossuet; grandes nombres (1668).

Supresion de las Cámaras medio partidas en los parlamentos establecidos por el edicto de Nantes. Disturbios con motivo del asunto de Jansenio. Toma de Gandía por los turcos. El duque de Beaufort llamado rey de los mercados ó de la Fronda, fue muerto en una salida. Edicto que permite el comercio á la nobleza (1669).

Muerte de madama Enriqueta, inmortalizada por Bossuet. La Francia se alia secretamente á la Inglaterra. Luis XIV intentaba vengarse de los holandeses, que habian interrumpido sus victorias contra los españoles. Estaba, ademas, ofendido de la libertad de los gaceteros republicanos, encarnizados contra su gobierno y contra su persona. Guillermo III llegó á ser Estatuder, y la fortuna del gran rey principió á vacilar.

Continuaron las guerras durante todo el reinado de Luis XIV, y la última, la de 1701, la mas justa en su principio y la mas desgraciada en sus resultados, dejó, sin embargo, á la casa de Francia la sucesion de la casa de España; con lo cual ganó por lo menos la ventaja de no tener necesidad de defenderse del lado de los Pirineos y poder llevar todas sus fuerzas sobre las fronteras del Este y del Norte.

Luis XIV hizo famoso el primer reinado de la monarquía absoluta, por su proteccion á las letras y á las artes, por sus conquistas, su administracion, sus fiestas públicas y sus galanterías; porque en la historia del despotismo; la magnificencia y las debilidades del príncipe llegan á ser asuntos de Estado.

Voltaire no ha dejado nada que decir de la gloria del siglo de Luis XIV. Un autor moderno, severo sobre todo, ha hecho justicia á la administracion de Luis el Grande: solamente le hace cargos de lo que no podia tampoco menos de criticarse en todos los reyes sus predecesores, y era una consecuencia de la legislacion romana. Nosotros no comprendemos hoy dia la esclavitud, no concebimos cómo un hombre podia ser propiedad de otro hombre, y sin embargo, los sabios, los filósofos, los hombres mas libres y mas esclarecidos de la antigüedad, lo concebian y lo encontraban justo. No comprendemos cómo un juez podia aceptar los bienes del acusado que habia juzgado y condenado y sin embargo, bajo Luis XIV, los magistrados mas íntegros lo comprendian y lo encontraban natural.

Hoy mismo en Inglaterra, donde la confiscacion existe, los bienes confiscados por crímen de alta traicion son todavía distribuidos entre los delatores y los favoritos de la córte. Nosotros nos preguntamos con admiracion cómo un príncipe podia tener una querida con título de tal, á la que venia á tributar adoracion el honor, el génio y la virtud; y esto se concebia perfectamente en el siglo XVII; Bossuet se encargaba de reconciliar á Luis XIV y madama de Montespan. El gran rey, en la demencia de su orgullo osó imponer en pensamiento á la Francia, como monarcas legítimos sus bastardos adulterinos legitimados. Bajo ciertas relaciones generales, nosotros hombres de nuestro siglo valemos mas, ó mejor dicho, nuestros tiempos valen mas que los hombres y los tiempos que nos han precedido; lo cual es una consecuencia natural del progreso de la razon y de la civilizacion; pero somos injustos cuando juzgamos á nuestros antepasados por las luces que no podian tener y por las ideas que aun no habian nacido.

Todo vino á ser individual bajo Luis XIV. El pueblo desapareció como en los tiempos feudales; se ha hablado de una nueva conquista, de una nueva irrupcion de bárbaros, y no era mas que la invasion de un solo hombre. Observemos, sin embargo, una diferencia: el hombre del pueblo no se encuentra en ninguna parte en la monarquía de Hugo Capeto, porque el pueblo no existia; no habia mas que siervos; la nacion militar y religiosa consistia en la nobleza y el

clero. Bajo Luis XIV el pueblo estaba creado; se perdia solamente en la arbitrariedad, lo que hizo que se encontrara en el momento que sus cadenas se rompieron.

Cuando concluyó la lucha de la aristocracia con la corona, principió la lucha de la democracia con el trono. Este que anteriormente habia favorecido al pueblo á fin de desembarazarse de los grandes, echó de ver que habia elevado otro rival menos quisquilloso; pero mas formidable. El combate se estableció en el terreno de la igualdad. Hubo monarquía absoluta bajo Luis XIV, porque la libertad aristocrática estaba muerta, y la igualdad democrática apenas vivia; en ausencia de la libertad y de la igualdad, la una segada, la otra aun en germen, hubo despotismo, y era lo único que podia haber.

La monarquía absoluta nació el dia en que se estableció el derecho hereditario en la familia capetiana; esta monarquía empleó siete siglos en crecer al través de las transformaciones sociales: como toda institucion que no cae fortuitamente en su marcha, subió, grado por grado, á su apogeo. El despotismo de Luis XIV fue un hecho progresivo natural, venido á punto, en su tiempo, en su lugar, un resultado inevitable de las opiniones y de las costumbres de aquella época, un anillo de la cadena que servia para unir el principio repudiado de la libertad con el principio no todavía adoptado de la igualdad. Era preciso, en fin, que el trono se gastase como la aristocracia; que se sintiesen los abusos de uno solo como se habia sendo la opresion del gobierno de muchos. A lo menos fue una casualidad dichosa para la Francia haber producido, en este momento mismo, un rey capaz de llenar con brillo este período obligado de servidumbre: el heredero de Richelieu y el discípulo de Mazarino, estuvo en relacion de carácter con la autoridad absoluta que le tocó; el hombre y los tiempos se corrobararon El siglo de Luis XIV fue el soberbio catafalco de las libertades nacionales, iluminado por las mil antorchas de la gloria, que tenia á su alred dor una comitiva de grandes hombres.

Las revueltas de la minoría de Luis XIV, mezcladas con las victorias sobre el estranjero, acabaron de formar generales y de crear un ejército regular, elemento indispensable del despotismo civilizado; de esta suerte, las revueltas, las victorias y los hábiles capitanes de la república lo prepararon todo para la dominacion de Bonaparte. En las dos épocas se habia cansado la Francia de revoluciones y habia medios de conquistar. Luis XIV, como Napoleon, cada uno con la diferencia de su tiempo y de su génio, sustituyeron el órden y la libertad.

El hombre de una época ó de un siglo tuvo, sin embargo, una ventaja sobre el hombre fantástico ó de todos los siglos.

El feudalismo ó la monarquía militar noble, perdió sus principales batallas; pero los estranjeros no pudieron guardar las provincias que habian ocupado en Francia, y fueron sucesivamente arrojados: el imperio ó la monarquía plebeya militar hizo conquistas inmensas; pero fue obligada á abandonarlas, y los soldados franceses al retirarse, arrastraron dos veces consigo los estranjeros á París. La monarquía real absoluta no fue lejos á buscar sus combates; pero ha quedado á la nacion el fruto de sus victorias; la independencia francesa vivió todavía guarecida del círculo de murallas que habia trazado alrededor de ella. ¿A qué se ha debido esto? Al espíritu positivo del gran rey, y á la longitud del reinado de este príncipe. Luis procuró dar al territorio francés sus límites naturales; se encuentran en los papeles de su administracion proyectos para retirar la frontera de Francia hasta el Rhin, y para apoderarse del Egipto; tambien existe una memoria de Leibnitz, sobre este objeto. Si Luis XIV hubiera obtenido completamente buen éxito, no le quedaria á la Francia en el dia causa alguna de guerra estranjera.

Pero si las conquistas de la monarquía militar plebeya no han quedado permanentes en el suelo francés como las conquistas de la monarquía real absoluta, han tenido un efecto moral que no produjeron las utilidades del todo materiales de las invasiones de Luis XIV. Los ejércitos franceses, como los de Alejandro, han derramado las luces en los pueblos por donde han paseado sus banderas: la Europa se hizo francesa bajo el paso de Napoleon, como el Asia se hizo griega en el tránsito de Alejandro.

Luis XIV tuvo algo de Diocleciano, sin tener sus costumbres ni su filosofía. Estableció como él el fausto del Oriente en su córte, levantó como él monumentos, y fue grande administrador como él. La atencion que prestaba á la agricultura, se estendió á las otras partes del Estado: buscó hasta en los paises estranjeros hombres que podian hacer florecer el comercio y las manufacturas. Grandemente ocupado de sus placeres, trabajaba, sin embargo, con sus ministros, y con su laboriosidad entraba hasta en los menores detalles. El mas ínfimo aldeano le podia someter al monarca sus planes y obtener audiencia: con la misma mano con que protegia las artes y hacia ceder la Europa á las armas francesas, corregia las leyes, é introducia la unidad en las costumbres.

La monarquía absoluta no era un estado de privilegio para los indivíduos: se cree que la clase media estaba separada de todo y que los empleos no pertenecian mas que á los nobles; nada mas falso que esta idea. Todas las carreras estaban abiertas á los franceses: la iglesia, la magistratura y el comercio eran casi esclusivamente patrimonio de los plebeyos. La mas alta dignidad civil, la de canciller, era pechera. Los hombres del pueblo llegaban á los primeros puestos militares y administrativos. Luis XIV, sobre todo, no hizo distincion alguna en sus elecciones. Fabert, Gassion, Vauban mismo y Catinat fueron mariscales de Francia: Colbert y Luvois eran lo que mas tarde se llamó impertinentemente *hombres de poco*. En general, en toda la antigua monarquía, las familias nobles no producian ministros. «El canciller Voisin, dice Saint-Simon, tenia esencialmente la mas perfecta cualidad, sin la cual ninguno podia entrar ni habia jamás entrado en el consejo de *Luis XIV*, en su reino, *que es la plena y perfecta cualidad de pertenecer al estado llano*, si se esceptua unicamente el duque de Beauvilliers.» Los embajadores del gran rey no eran todos elegidos entre los grandes señores. La mayor parte de los obispos (¡y qué obispos, Bossuet y Massillon!) salieron de la clase media ó de clases enteramente plebeyas.

Por estos celos de la clase llana contra la nobleza, que han estallado con tanta violencia en el momento de la revolucion, no provenian de la desigualdad de empleos; provenian de la desigualdad de consideracion. No habia un hidalgo, por pequeño que fuera, que no tuviese el privilegio de insulto ó desprecio hácia el vecino de clase media, hasta el punto de rehusar cruzar la espada; el nombre de hidalgo lo daba todo. Era imposible que á medida que las luces descendian á las clases medias, no se revelasen contra las pretensiones de una superioridad adquirida sin derechos. No son los nobles los que se han perseguido en la revolucion; no son sus inmunidades abandonadas por ellos mismos, lo que se ha querido destruir en su persona, sino una opinion contra la cual la Francia entera se sublevaria todavía, si se ensayara hacerla renacer.

Luis XIV reveló á la Francia el secreto de su fuerza; probó que ella se podia reir de las coaliciones de la Europa celosa. Este príncipe tuvo una vez ochocientos mil hombres sobre las armas, once mil soldados de marina, ciento sesenta mil marineros, mil alumnos de marina, ciento ochenta y ocho naves de sesenta cañones y treinta galeras armadas. Los estranjeros que pretendian rebajar la gloria de la Francia, debian lo que eran al genio de esta nacion. En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en España, en todas partes se echaba de ver que se habian seguido los decretos de Luis XIV, por lo tocante á la justicia, sus reglamentos para la marina y el comercio, sus ordenanzas para el ejército, sus instituciones para la policía de los caminos y de las ciudades; todo, hasta las costumbres y trages franceses, fueron servilmente copiados. Tal país que se vanagloriaba de sus establecimiantos públicos, habia tomado su idea de alguno que habia en Francia; no se podia dar un paso por Europa sin encontrar la Francia mutilada.

Este lado favorable de Luis XIV, tiene sin embargo, un mal severo. Este príncipe que elevó la Francia por lo tocante á la administracion, la fuerza esterior las letras y las artes casi á la altura que hoy tiene, anonadó el uso de las libertades públicas, violó los privilegios de las provincias y de las ciudades, estableció su voluntad por regla, y enriqueció sus cortesanos, por medio de confiscaciones odiosas. No tuvo ni siquiera idea de que la libertad, la propiedad y la vida de uno de sus súbditos, no fuesen bienes de su pertenencia.

En las ideas del tiempo, ó mas bien en las ideas formadas por Luis XIV, esto no chocaba. Los espíritus mas descontentos, como Saint-Simon, que no queria á su señor y que puso en descubierto sus debilidades, no pensaba mas en el pueblo que el soberano.

Pero lo que no se conocia entonces, lo conocieron las generaciones siguientes; la impresion del despotismo permaneció, y cuando Luis XIV hubo cesado de vivir, se atribuyó á este rey el haber usurpado en su provecho la dignidad de la nacion.

Tambien causó este príncipe un mal irreparable á su familia; la educacion oriental que estableció para sus hijos, aquella separacion completa del hijo del trono de los hijos de la patria, hicieron estraño al espíritu del siglo, ó á los pueblos, sobre los cuales debia reinar, al heredero de la corana. Enrique IV corria con los pies desnudos y la cabeza desnuda con los hijos de los aldeanos en las montañas de Bearn. El gobernador que mostraba á Luis XV la muchedumbre reunida bajo las ventanas de su palacio, le decia: «Señor, este pueblo es vuestro.» Esto da una idea de los tiempos y de los destinos.

Sin embargo, como el pensamiento social no retrograda, bien que los hechos vuelvan frecuentemente hácia lo pasado, se habia formado por las luces de la inteligencia, un contrapeso á los principios de lo absoluto de Luis XIV. En el momento en que el antiguo derecho político interior de la Francia se aniquiló, se fundó el derecho público esterior de las naciones; los publicistas aparecieron llevando á Grocio á su cabeza. El cardenal Richelieu, abatiendo la casa de Austria, dió nacimiento al sistema del equilibrio europeo, sistema sostenido por Mazarino. Las relaciones diplomáticas se regularizaron, y los tratados confirmaron la existencia de los gobiernos populares que se habian libertado con las armas en la mano. Loke y Descartes habian enseñado á discurrir; Corneille habia exhumado las virtudes republicanas.

Pascal se habia atrevido á escribir: «Este perro *es mio* decian aquellas infelices criaturas; mi puesto es al sol: hé aquí el principio y la imágen de la usurpacion de toda la tierra.»

Pascal habia dicho tambien: «Tres grados de elevacion del polo derriban toda la jurisprudencia. Un meridiano decide de la verdad ó de lo moderno de posesion. Las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas; donosa justicia la que está limitada, por un rio ó una montaña: ¡verdad al lado de acá de los Pirineos, error al otro lado!»

Añadid á estas incursiones del pensamiento en las regiones aun desconocidas, los efectos de la revolucion de Inglaterra y de la emancipacion de la Holanda, que habian puesto en circulacion ideas directamente opuestas á los principios del gobierno de Luis XIV.

En fin, el espíritu mismo de la admiracion y el espíritu de grandeza de este príncipe favorecian la marcha progresiva del espíritu humano, Hubo discusion sobre establecer la uniformidad de las pesas y medidas, abolir las costumbres provinciales, reformar el código civil y criminal y llegar á la igual reparticion del impuesto. Todos los proyectos para el embellecimiento de París, habian sido discutidos; se queria acabar el Louvre, hacer venir aguas, limpiar los muelles de la ciudad, etc. La libertad del púlpito, que entonces era la única inviolable, habia dado un asilo á la libertad política, y aun bajo cierto respeto á la independencia religiosa. Massillon dice cuanto puede decirse sobre la soberanía del pueblo; en el *Telémaco* no faltan lecciones; Bossuet se habia ocupado seriamente de la reunion de la Iglesia Protestante á la Iglesia Romana; no estaba lejos de consentir el matrimonio de los sacerdotes, lo que hubiera traido un cambio obligado en la confesion auricular y la comunion frecuente: ¡tanto como la sociedad avanza hácia su objeto, avanza la libeotad, sin conocerlo los hombres que componen la sociedad, acaso contra los designios de ellos mismos!

Los recuerdos de los furores de la liga y las desavenencias de la Fronda, habian favorecido el establecimiento de la monarquía absoluta; los recuerdos del despotismo de Luis XIV, cuando este gran príncipe fué á descansar á Saint-Denis, hicieron mas punzantes los recuerdos de la independencia nacional. La vieja monarquía habia atravesado dos siglos y medio con sus libertades feudales y aristocráticas, para venir á caer á los pies del trigésimo hijo de Hugo Capeto. ¿Cuánto tiempo ha durado el Estado formado por Luis XIV? Ciento cuarenta años. Despues de la tumba de este monarca no se perciben mas que monumentos de la monarquía absoluta, la almohada de los escesos de Luis XV y el tajo de Luis XVI.

El siglo de Luis XV precedido de las grandezas y desastres del siglo de Luis XIV y seguido de las destrucciones y glorias del siglo de la revolucion, desaparecia abrumado entre sus padres y sus hijos. No bien el pueblo cantó un *Te Deum* por la muerte de Luis, é insultó el atahud de este príncipe inmortal cuando el regente, Felipe de Orleans, tomó las riendas del reino. El cardenal de Dubois fue su digno ministro: la corrupcion del reinado de Enrique III reapareció.

A esta antigua corrupcion de costumbres, se mezcló la corrupcion nueva, aquella corrupcion que tiene lugar entre los cambios súbditos de fortunas, debidos al moderno sistema de hacienda. La deuda del Estado era de dos mil sesenta y dos millones, cuatro mil millones y mas de actual moneda francesa. El duque de Saint-Simon, propuso la bancarrota, sancionada por los Estados Generales, los cuales serian llamados para autorizar ese robo: el regente no quiso ni la bancarrota, ni la convocacion de los Estados. Se refundieron las monedas y se cancelaron trescientos treinta y siete millones de créditos viciosos: Law se encargó de estinguir el resto de la deuda por medio de su banco, que no fue compuesto al principio mas que de mil doscientas acciones de tres mil francos cada una. Law es entre nosotros el fundador del crédito público y de la ruina pública. Su sistema ingenioso y sabido no ofreció, en último resultado, como todo capital ficticio, mas que un juego donde se venia á perder el oro y las tierras, jugándolas contra el papel (1).

(1) Véase sobre el sistema de Law, un excelente folleto de Mr. Thiers.

Voltaire y Montesquieu habian nacido y publicaban sus primeras obras; de esta suerte todo estaba preparado para el cambio de las costumbres de la religion y de las leyes. La beatería de los últimos años de Luis XIV, el cansancio de las disputas teológicas, el fastidio de la vieja córte de Saint-Cyr, en fin aquella laxitud del pasado y la avidez del porvenir, naturales á las naciones de carácter ligero, precipitaron á los franceses en un órden de cosas del todo diferente del que espiraba. Luis XV respiró en su cuna al aire infestado de la regencia; con un carácter indeciso y la mas insuperable de las pasiones, se encontró cargado del enorme peso de una monarquía absoluta: su espíritu no le servia mas que para ver sus faltas y sus vicios; era como una luz en su abismo.

El Parlamento que habia invadido el testamento de Luis XIV, y el edicto de 1717, quitó á los príncipes legítimos la cualidad de príncipes de la sangre.

Despues de la muerte del regente, el duque de Borbon, primer ministro, casó á Luis XV con la hija de Estanislao Lekzinski, rey destronado de Polonia, especie de augurio para la prosperidad de este reino. El abad Fleury, preceptor del rey, llegó á ser primer ministro, despues del duque de Borbon, y recibió el capelo de cardenal: este anciano sacerdote dió fuerzas á la Francia agotada, dejándola restablecerse por sí misma con el auxilio de su temperamento robusto cosa que todo el mundo ha dicho.

Sostuviéronse dos guerras con el Austria; el vencedor de Denain reapareció en los campos de batalla á la edad de ochenta y tres años. Al saber la muerte del mariscal de Berwick, muerto de un cañonazo, esclamó con jovialidad: «¡Este hombre ha sido siempre feliz!» Federico y María Teresa aparecen en la escena.

El cardenal de Fleury murió y el rey gobernó por sí mismo. Cayó enfermo en Metz; si hubiera muerto habria sido llorado; la Francia le llamaba el Bien-Amado. Batalla de Fontenay. El pretendiente bajó á Escocia, ganó dos victorias y no avanzó sobre Londres: el tiempo de los Estuardos habia ya pasado. Mientras que la Francia caminaba á su ruina, la Inglaterra llegaba al mas alto grado de su poder. A esa época se refieren la paz de Aix-la-Chapelle, las quejas parlamentarias de los jansenistas, el asunto de las cédulas de confesion, el conflicto del arzobispo de París, Beaumont, y los administradores del Hospital, y el atentado de Damiens contra la vida del rey.

Estalló la guerra entre Francia é Inglaterra, con motivo de los límites del Canadá. Por la primera vez se leyó el nombre de Washigton en la relacion de un oscuro combate dado en los bosques, hácia el fuerte de Duchesne, entre algunos salvajes, algunos franceses y algunos ingleses (1754). ¿Quién es el empleado en Versalles ó el proveedor del *Parque de los Ciervos*; quién es, particularmente, el hombre de córte ó de academia que hubiera querido cambiar en aquella época su nombre por el de aquel plantador americano? En esta misma época, el niño que debia un dia tender su mano compasiva á Washigton acababa de nacer. ¡Qué de esperanzas unidas á esta cuna! Era la de Luis XVI. El duque de Choiseul fue encargado del departamento de Negocios Estranjeros, en reemplazo del abad de Bernis, nacido de sus canciones é hijo de sus versos tan profundamente olvidados. Hombre hábil, cortesano diestro, aunque altanero y ligero, el duque de Choiseul debió sus progresos políticos á madama Pompadour, que nombraba los ministros, los obispos y los generales. Esta mujer que María Teresa enloqueció, llamándola *su amiga*, precipitó á la Francia en la guerra vergonzosa y fatal de 1757.

El duque de Choiseul es el autor del *Pacto de familia*; se le debe la creacion de los cuerpos de artillería á ingenieros: la espulsion de los Jesuitas de toda la cristiandad católica, fue en parte obra suya. Cuando se espulsaron los jesuitas, su existencia no era dañosa al Estado; se castigó lo pasado en lo presente; esto sucede con frecuencia entre los hombres; las *Cartas provinciales* habian quitado á la Compañía de Jesús su fuerza moral. Y sin embargo, Pascal no es mas que un calumniador ingenioso; nos ha dejado una mentira inmortal.

Despues de la muerte de madama Pompadour, el duque de Choiseul no quiso aceptar la proteccion de madama Dubarry; estaba sostenido en este escrúpulo por la duquesa de Grammont, su hermana, y por madama de Beauvan. Las grandes damas de la córte que habian aceptado un taburetillo en casa de madama de Pompadour, se escandalizaban del mismo favor ofrecido en casa de madama Dubarry. Luis XV les parecia faltaba á lo que debia ó su nacimiento, haciéndoles la injuria de no elegir entre sus filas sus cortesanos: la nueva querida del príncipe pareció como un ultraje á los derechos de la sangre noble, precisamente porque ella estaba en su lugar. El canciller de Francia, Maupeon, el duque de Aiguillon y el abad Terray, se valieron de madama Dubarry para hacer despedir al duque de Choiseul. Esta mujer degradada, no era perversa; tenia inclinacion al vicio de querer agradar á todos; hubiera voluntariamente servido al primer ministro, si este no hubiera causado recelos á su orgullo. Maupeon acababa de atacar la monarquía parlamentaria, que trataba de volver á revivir: el duque de Choiseul fue envuelto en la desgracia de los magistrados; relegado á Chanteloup (1770) allí languideció en un destierro insolente que acusaba la debilidad y la rápida decadencia de la monarquía absoluta. La duquesa de Choiseul, la duquesa de Grammond y la condesa de Dubarry, vivieron lo bastante, la primera para revindicar su ilustre amigo, el abad Barthelemy, en los tiempos revolucionarios; la segunda para subir intrépidamente al cadalso; y la tercera para llevar al mismo cadalso la debilidad de su vida, y luchar con el verdugo delante de las *Tejedoras*, parcas ebrias y bajas que podian saborear la sangre de María Antonieta; pero que debieron respetar la de la señorita Lange.

El reinado de Luis XV concluyó por el destierro de los parlamentos, el proceso de la Chalotais, la muerte del gran Delfin, el casamiento de su hijo mayor y de la archiduquesa de Austria, y la particion de la Polonia; diferentes especies de calamidades. Luis XV murió el 10 de mayo de 1774, á los sesenta y cinco años de edad.

El reinado de este príncipe es la época mas deplorable de nuestra historia; cuando se buscan en él los personajes, nos vemos reducidos á escudriñar las antecámaras del duque de Choiseul, los guardaropas de las Pompadour y de las Dubarry, nombre que no se sabe como elevar á la dignidad de la historia. La sociedad entera se desconcertó; los hombres de Estado, vinieron á ser hombres de letras; los literatos hombres de Estado; los grandes señores banqueros y los labradores generales y grandes señores. Las modas eran tan ridículas como las artes de mal gusto; se peinaban á lo pastora con rodetes en los salones en donde los coroneles bordaban. Todo estaba desordenado en los espíritus y en las costumbres, signo cierto de una revolucion próxima. Los magistrados se ruborizaban de llevar la toga, y se burlaban de la gravedad de sus padres; los sacerdotes en el púlpito evitaban el nombre de Jesucristo, y no hablaban mas que del *legislador de los cristianos*; los ministros caian los unos sobre los otros; el poder se resbalaba de todas las manos; el supremo *buen tono* era ser inglés en la córte, prusiano en el ejército, todo, en fin, escepto francés. Lo que se decia, lo que se hacia, no era mas que una serie de inconsecuencias; se pretendia conservar las abadías y las encomiendas; pero no se que-

ria religion; ninguno podia ser oficial, sino era hidalgo, y se declamaba contra la nobleza; se introducia la igualdad en los salones y los garrotazos en los campos.

La sociedad tenia algo de pueril, como la sociedad romana en el momento de la invasion de los bárbaros: en lugar de hacer versos en los claustros, se hacian en los tocadores de las señoras; una cuarteta bastaba para hacerse ilustre. La intriga elevaba y derrivaba cada dia á un nuevo ministro; esas criaturas efímeras que llevaban al gobierno su ineptitud, traian tambien consigo un espíritu antipático á los que les habian precedido y de aquí aquel cambio continuo de sistemas, de proyectos, de vistas. Estos enanos políticos iban seguidos de una nube de comisionados, lacayos, aduladores, comediantes y mancebas. Todos estos séres de un momento se apresuraban á chupar la sangre del miserable, y se abismaban bien pronto ante otra generacion de insectos, tan efímera y devoradora como la primera.

Mientras que el pueblo perdia á la vez sus costumbres y su ignorancia, sordo al ruido de una vasta monarquía que se desplomaba, la córte se arrojó mas que nunca en un despotismo que jamás habia ejercido. En lugar de engrandecer sus planes, elevar sus pensamientos de progresion relativa al acrecentamiento de las luces, estrechaba sus preocupaciones, no sabia ni someterse al movimiento de las cosas, ni oponerse á ellas con vigor. Esta miserable política que hace que un gobierno se limite cuando el espíritu público se estiende, es notable en todas las revoluciones: es querer inscribir un grande círculo en una pequeña circunferencia; el resultado no es dudoso. La tolerancia se fue aumentando y los sacerdotes hicieron sentenciar y ejecutar un jóven que, en una orjía, habia insultado un crucifijo; el pueblo se mostraba inclinado á la resistencia, y tan pronto se le toleraba, sin deber hacerlo, como se le contrariaba imprudentemente; el espíritu de libertad apareció y se multiplicaron las providencias judiales secretas. Al ver al monarca adormecido en la voluptuosidad de cortesanos corrompidos, de ministros malos é imbéciles, y de filósofos, los unos minando la religion los otros el Estado; de nobles, ó ignorantes, ó atacados de los vicios del dia; de eclesiásticos, ignominia de su estado, en París, y llenos de preocupaciones en las provincias; podia uno imaginarse estar viendo una multitud de obreros empleados en demoler un grande edificio.

Sin embargo, como el pueblo francés no puede nunca ser reducido del todo á la oscuridad, ganaba todavía la batalla de Fontenoy. Para impedir la prescripcion contra la gloria, d'Assas, en los campos de Clostercamp, esclamaba: «¡A mí, Auvergne, hé ahí el enemigo!» Para mantener los derechos de la Francia al talento literario escribian Montesquieu, Voltaire, Buffon y los dos Rousseau. Y de aquí es de donde es preciso tomar la grande perspectiva del siglo XVIII, tan lastimoso como parece al primer golpe de vista. Las diversas clases de la sociedad estaban igualmente corrompidas; la córte y la ciudad, los literatos, los economistas y los enciclopedistas, los grandes señores y los hidalgos, los hacendistas y los individuos de la clase media, se parecian, como puede verse en las Memorias que nos han dejado. Pero seria designar causas demasiado pequeñas á la revolucion, el buscarlas en aquella vida de hombre de improvisada fortuna, en aquella vida de teatros, de intrigas galantes y literarias, unida á golpes de Estado en el Parlamento y en los enojos de un despotismo en decrepitud. Este bastardeamiento de la nacion contribuyó, sin duda, á disminuir los obstáculos que debia encontrar la revolucion; pero no fue la causa eficiente de ella, ni llegó á ser mas que una causa auxiliar.

La civilizacion venia progresando hacia seis siglos: se habian destruido muchas preocupaciones y mil instituciones opresivas estaban derribadas. La Francia habia sucesivamente recogido algo de las libertades aristocráticas feudales, del movimiento municipal, del impulso de las Cruzadas, del establecimiento de los Estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiásticas y señoriales, del largo cisma, de los descubrimientos del siglo XVIII de la reforma, de la independencia del pensamiento durante las revueltas de la liga y las desavenencias de la Fronda, de los escritos de algunos genios atrevidos, de la emancipacion de los Paises-Bajos y de la revolucion de Inglaterra. La Prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de estos recuerdos bajo la monarquía absoluta de Luis XIV; la libertad durmió, pero no se derogó, y esta antigua libertad, como la antigua nobleza, han recobrado sus derechos volviendo á tomar la espada. Las generaciones del cuerpo y las del espíritu conservan el carácter de su respectivo orígen. Todo lo que produce el cuerpo muere como él: todo lo que produce el espíritu es imperecedero como el mismo espíritu. Las ideas no están engendradas todas todavía, pero cuando nacen es para vivir sin fin, y constituir el tesoro comun de la raza humana.

Se acercaba la época en que se iba á ver aparecer aquella libertad nueva, hija de la razon, que debia reemplazar la antigua libertad, hija de las costumbres. Sucedió que la corrupcion misma de la regencia y del siglo de Luis XV, no destruyó los principios de la libertad que hemos recogido, porque esta libertad no tiene su manantial en la inocencia del corazon, sino en las luces del espíritu.

En el siglo XVIII, los negocios quedaron en silencio para dejar el campo de batalla á las ideas. Sesenta años de un innoble reposo dieron al pensamiento lugar para desarrollarse y para subir y bajar á las diversas clases de la sociedad, desde el hombre del palacio, hasta el habitante de la choza. Las costumbres debilitadas se encontraron por lo mismo dispuestas (como lo acabo de hacer notar) á no ofrecer resistencia al espíritu, lo que hacen frecuentemente cuando son jóvenes y vigorosas.

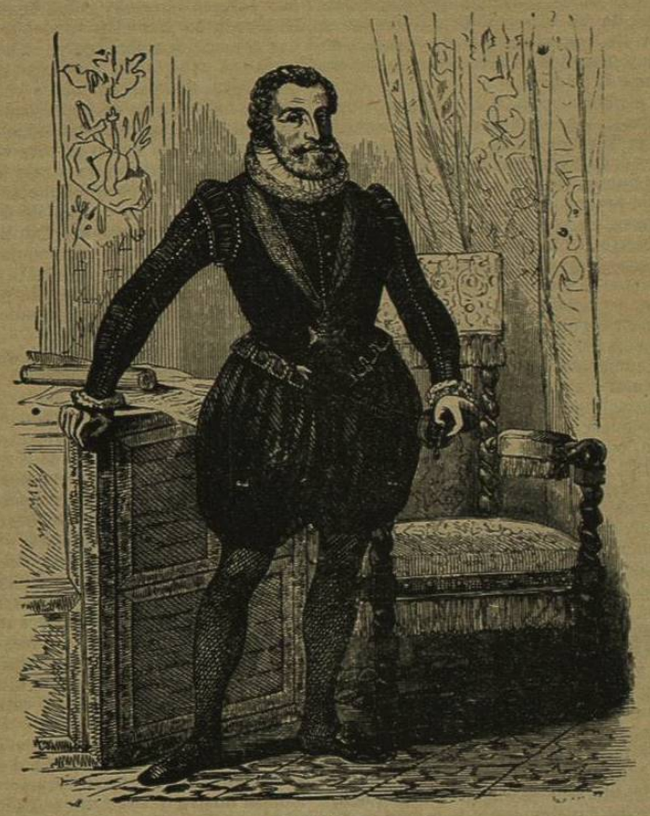
Dontesquieu, Rousseau, Raynal mismo y Diderot, al través de sus declamaciones, fijaron la atencion de la muchedumbre sobre los derechos de la libertad política. Se comenzaba á conocer mejor á la Inglaterra, y se comparaban los dos gobiernos. Voltaire operaba una revolucion en las ideas religiosas. Si la irreligion era llevada hasta el ultraje, si tomaba un carácter sofístico y mezquino, conducia, sin embargo, á aquel descartamiento de las preocupaciones que debia hacer florecer la época del verdadero cristianismo. La grande existencia de aquel siglo es la de Voltaire. Todos los soberanos escribian á este hombre ilustre y se creian adulados con recibir una palabra de su parte: Ferney era la córte europea. Este homenaje universal, tributado al genio que minaba con golpes formidables los fundamentos de la sociedad entoces existente, era característico de la trasformacion próxima de esta sociedad. Y no obstante es cierto que si Luis XV hubiera hecho la menor caricia al adulador de madama de Pompadour, que si le hubiera tratado como Luis XIV trataba á Racine, Voltaire hubiera abdicado el cetro, hubiera trocado su poder por una distincion de antecámara: lo mismo que Cromwell estuvo á punto de cambiar lo que es hoy dia en la historia, por la distincion de llevar la liga de Alix de Salisbury: tales son los misterios de las vanidades humanas.

Tal fue la obra desapercibida de sesenta años, al fue un resultado en apariencia tan poco parecido á su causa, y es que en el momento en que la revolucion estalló, pareció cosa asombrosa que tanta debilidad, servilismo y locura hubiesen depositado tanta fuerza, libertad y razon en las actas de tres Estados

y es que en aquellas actas brillaba el trabajo de las luces del espíritu, y no el de la corrupcion de las costumbres. Catilina y los jóvenes patricios sus cómplices, meditaron en medio de sus desarreglos la ruina de la libertad romana; los jóvenes nobles de Francia salieron de los brazos de las cortesanas de alta ó baja sociedad, para espresarse en la tribuna apenas abierta, con el lenguaje de los hombres libres.

Luis XVI habia comenzado la aplicacion de las teorías inventadas, bajo el reinado de su abuelo, por los economistas y los enciclopedistas. Este príncipe, hombre honrado, restableció los parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, y mejoró la suerte de os protestantes; en fin, el socorro que prestó á la revolucion de América (socorro injusto segun el derecho privado de las naciones; pero útil á la especie humana en general), acabó de desarrollar en Francia los principios de la libertad. La monarquía parlamentaria, saliendo al fin del seno de la monarquía absoluta, llamó la monarquía de los Estados; y la monarquía de éstos, remitió á su vez á la monarquía constitucional los poderes que habia recibido hereditariamente de los Estados de 1355 y 1356. Entonces fue cuando el rey mártir dejó de existir.

Entre las pilas bautismales de Clodoveo y el cadalso de Luis XVI, debe colocarse el grande imperio cristiano de los franceses. La misma religion dominaba en las dos barreras que marcan los dos límites de



ENRIQUE IV.

este largo período histórico. «¡Orgulloso Sicambro! inclina el cuello, adora lo que has quemado, quema lo que has adorado,» dijo el sacerdete que administraba á Clodoveo el bautismo de agua. «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!» dijo el sacerdote que asistió á Luis XVI en el bautismo de sangre.

El viejo mundo quedó sumergido, y cuando las olas de la anarquía se retiraron, Napoleon apareció á la entrada de un nuevo universo, como aquellos jigantes que la historia profana y sagrada nos pintan en la cuna de la sociedad y que aparecieron en la tierra despues del diluvio.

FIN DEL ANALISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

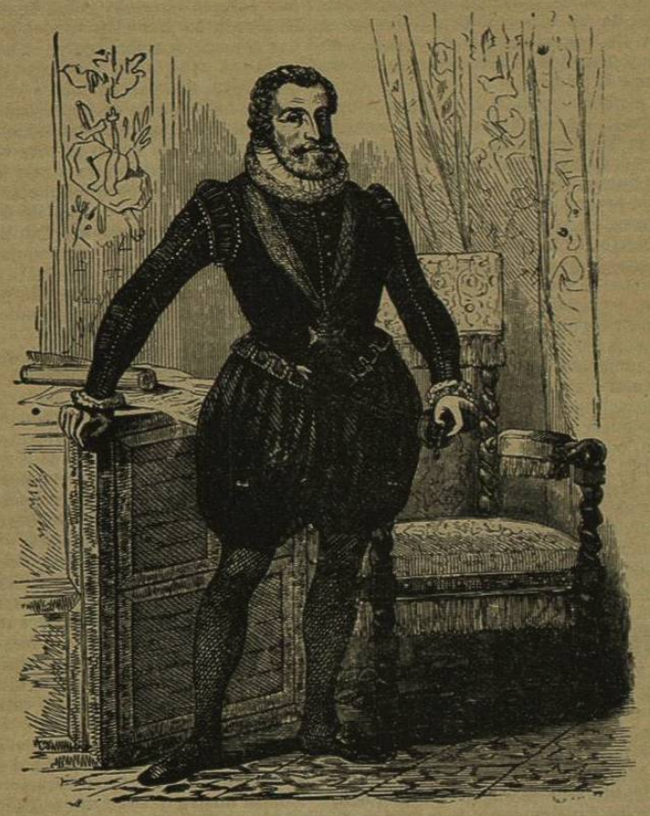
	PÁGS.
PRIMERA RAZA.	1
SEGUNDA RAZA.	03
TERCERA RAZA.	
Hugo Capeto.—Desde el año 987 al 996.	20
Roberto.—Desde el 996 al 1031.	21
Enrique I.—Desde el 1031 al 1060.	id.
Felipe I.—Desde 1060 al 1108.	22
Luis VI.—Desde 1108 al 1137.	23
Luis VII.—Desde el 1137 al 1180.	24
Felipe II.—Desde el 1226 al 1270.	25
Luis VIII.—Desde el 1223 al 1226.	26
Luis IX.	id.
Felipe III.—Desde el 1270 al 1285.	27
Felipe IV.—Desde el 1285 al 1314.	id.
Luis X.—Desde el 1314 al 1316.	30
Felipe V.—Desde el 1316 al 1322.	32
Cárlos IV.—Desde el 1322 al 1328.	33
Feudalismo.—Caballería.—Educacion y costumbres generales de los siglos XII, XIII y XIV.	35
Caballería,	41
Educacion,	44
Costumbres generales de los siglos XII, XIII y XIV.	45
HISTORIA DE FRANCIA.	
Felipe IV llamado de Valois.—Desde el 1328 al 1350,	55
Voto de la garza real.	56
Pérdida de los franceses en la batalla naval de Scluse.—Gondemaro de Fay.—Causas de los errores cometidos en esas guerras del siglo XIV.	id.
Guerra de Bretaña.—Los bretones.	57
Sitio de Hennebon.—Juana, condesa de Montfort.—Aventura de Gautir de Mauny y don Luis de la Cerda.	58
Amores de Eduardo III y la condesa de Salisbury,	60
Caida de Artavelle.	62
Invasion de Francia por Eduardo.	64
Rendicion de Calais.	76
Muerte del rey.	78
Juan II.—Desde su advenimiento al trono hasta la batalla de Poitiers.—Desde el 1350 al 1356.	id.
Trátase del rey de Navarra.	79
Los tres estados.	id.
Batalla de Poitiers.	80
ANÁLISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.	
Desde la batalla de Poitiers en tiempo del rey don Juan hasta la revolucion de 1789.	
Juan II.—Desde el 1356 al 1364.	87
Cárlos V.—Desde el 1364 al 1380.	91
Cárlos VI.—Desde el 1380 al 1422.	92
Cárlos VII..—Desde el 1422 al 1461.	95
Luis XI.—Desde el 1461 al 1483.	98
Cárlos VIII.—Desde el 1483 al 1498.	100
Luis XII.—Desde el 1498 al 1515.	101
Francisco I.—Desde el 1515 al 1547.	102
Enrique II.—Desde el 1547 al 1559.	108
Francisco II.—Desde el 1559 al 1560.	id.
Cárlos IX.—Desde el 1560 al 1574.	109
Enrique III.—Desde el 1574 al 1589.	112
Enrique IV.—Desde el 1589 al 1610.	130
Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI.—Desde 1610 al 1793.	136

FIN.

y es que en aquellas actas brillaba el trabajo de las luces del espíritu, y no el de la corrupcion de las costumbres. Catilina y los jóvenes patricios sus cómplices, meditaron en medio de sus desarreglos la ruina de la libertad romana; los jóvenes nobles de Francia salieron de los brazos de las cortesanas de alta ó baja sociedad, para espresarse en la tribuna apenas abierta, con el lenguaje de los hombres libres.

Luis XVI habia comenzado la aplicacion de las teorías inventadas, bajo el reinado de su abuelo, por los economistas y los enciclopedistas. Este príncipe, hombre honrado, restableció los parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, y mejoró la suerte de os protestantes; en fin, el socorro que prestó á la revolucion de América (socorro injusto segun el derecho privado de las naciones; pero útil á la especie humana en general), acabó de desarrollar en Francia los principios de la libertad. La monarquía parlamentaria, saliendo al fin del seno de la monarquía absoluta, llamó la monarquía de los Estados; y la monarquía de éstos, remitió á su vez á la monarquía constitucional los poderes que habia recibido hereditariamente de los Estados de 1355 y 1356. Entonces fue cuando el rey mártir dejó de existir.

Entre las pilas bautismales de Clodoveo y el cadalso de Luis XVI, debe colocarse el grande imperio cristiano de los franceses. La misma religion dominaba en las dos barreras que marcan los dos límites de



ENRIQUE IV.

este largo período histórico. «¡Orgulloso Sicambro! inclina el cuello, adora lo que has quemado, quema lo que has adorado,» dijo el sacerdete que administraba á Clodoveo el bautismo de agua. «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!» dijo el sacerdote que asistió á Luis XVI en el bautismo de sangre.

El viejo mundo quedó sumergido, y cuando las olas de la anarquía se retiraron, Napoleon apareció á la entrada de un nuevo universo, como aquellos jigantes que la historia profana y sagrada nos pintan en la cuna de la sociedad y que aparecieron en la tierra despues del diluvio.

FIN DEL ANALISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

	PÁGS.
PRIMERA RAZA.	1
SEGUNDA RAZA.	03
TERCERA RAZA.	
Hugo Capeto.—Desde el año 987 al 996.	20
Roberto.—Desde el 996 al 1031.	21
Enrique I.—Desde el 1031 al 1060.	id.
Felipe I.—Desde 1060 al 1108.	22
Luis VI.—Desde 1108 al 1137.	23
Luis VII.—Desde el 1137 al 1180.	24
Felipe II.—Desde el 1226 al 1270.	25
Luis VIII.—Desde el 1223 al 1226.	26
Luis IX.	id.
Felipe III.—Desde el 1270 al 1285.	27
Felipe IV.—Desde el 1285 al 1314.	id.
Luis X.—Desde el 1314 al 1316.	30
Felipe V.—Desde el 1316 al 1322.	32
Cárlos IV.—Desde el 1322 al 1328.	33
Feudalismo.—Caballería.—Educacion y costumbres generales de los siglos XII, XIII y XIV.	35
Caballería,	41
Educacion,	44
Costumbres generales de los siglos XII, XIII y XIV.	45
HISTORIA DE FRANCIA.	
Felipe IV llamado de Valois.—Desde el 1328 al 1350,	55
Voto de la garza real.	56
Pérdida de los franceses en la batalla naval de Scluse.—Gondemaro de Fay.—Causas de los errores cometidos en esas guerras del siglo XIV.	id.
Guerra de Bretaña.—Los bretones.	57
Sitio de Hennebon.—Juana, condesa de Montfort.—Aventura de Gautir de Mauny y don Luis de la Cerda.	58
Amores de Eduardo III y la condesa de Salisbury,	60
Caida de Artavelle.	62
Invasion de Francia por Eduardo.	64
Rendicion de Calais.	76
Muerte del rey.	78
Juan II.—Desde su advenimiento al trono hasta la batalla de Poitiers.—Desde el 1350 al 1356.	id.
Trátase del rey de Navarra.	79
Los tres estados.	id.
Batalla de Poitiers.	80
ANÁLISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.	
Desde la batalla de Poitiers en tiempo del rey don Juan hasta la revolucion de 1789.	
Juan II.—Desde el 1356 al 1364.	87
Cárlos V.—Desde el 1364 al 1380.	91
Cárlos VI.—Desde el 1380 al 1422.	92
Cárlos VII..—Desde el 1422 al 1461.	95
Luis XI.—Desde el 1461 al 1483.	98
Cárlos VIII.—Desde el 1483 al 1498.	100
Luis XII.—Desde el 1498 al 1515.	101
Francisco I.—Desde el 1515 al 1547.	102
Enrique II.—Desde el 1547 al 1559.	108
Francisco II.—Desde el 1559 al 1560.	id.
Cárlos IX.—Desde el 1560 al 1574.	109
Enrique III.—Desde el 1574 al 1589.	112
Enrique IV.—Desde el 1589 al 1610.	130
Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI.—Desde 1610 al 1793.	136

FIN.